LOURDES

POR

EMILIO ZOLA



MADRID

1894 - F. Morales y C.ª - Editores

Emilio Zolá

Lourdes

PQ2506
.A1
1894
Ej.2

Z86L

1020016804
BIBLIOTECA

LOURDES

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas Z861
Núm. Autor N
Núm. Adq. 33976
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

LOURDES

POR

EMILIO ZOLA

MADRID
F. MORALES y C. Editores
1894

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
33976

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA
PQ 2506
A1
1894
E.2
CAPILLA ALFONSINA
ACERVO DE LITERATURA
116421

Mon cher cousin
Ernest Garcia.
Hamo

Tampico 14-2-98

JORNADA PRIMERA

I.

Ya en marcha el tren, cuando peregrinos y enfermos, hacinados en los duros asientos del vagón de tercera clase, terminaban el *Ave maris stella*, que habían entonado al salir de la estación de Orleans, María, incorporada en su camastro de miseria y agitada por una impaciencia febril, divisó las fortificaciones.

—¡Ah! ¡Las fortificaciones!—exclamó con tono jovial, á pesar de su sufrimiento.—Ya estamos fuera de París: ¡al fin partimos!

Delante de ella, su padre, el Sr. de Guersaint, sonrióse al verla alegre; mientras que el abate Pedro Froment, que la miraba con fraternal ternura, dejó escapar en voz alta esta reflexión, sugerida por su piedad inquieta:

—Ahora, todo un día y una noche entera de tren, pues no llegaremos á Lourdes hasta mañana á las tres y cuarenta. ¡Más de veintidos horas de viaje!

Eran las cinco y media; el sol acababa de salir, radiante, en la pureza de una admirable mañana. Era un viernes, 19 de Agosto. Pero ya en el horizonte, espesas nubecillas anunciaban un terrible día de calor borrascoso. Y los rayos oblicuos enfilaban los departamentos del vagón, llenándolos de un polvo semejante al oro movedizo.

María, recayendo en su angustia, murmuró:

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí; veintidos horas. ¡Dios mío, cuanto tiempo aún!

Y su padre la ayudó á recostarse en la estrecha caja acanalada en que llevaba viviendo siete años. Los empleados del ferrocarril habían consentido en facturar excepcionalmente como equipaje los dos pares de ruedas que se desmontaban y adaptaban á la caja, para pasear á la enferma. Así embutida entre las tablas de aquel ataúd rodadizo, ocupaba el espacio de tres asientos en el coche.

Permaneció un instante con los párpados cerrados é inmóvil el rostro, demacrado y terroso, con todo el aspecto de una delicada niñez impropia de sus veintitrés años, gracioso, á pesar de todo, en medio de sus maravillosos cabellos rubios; cabellos de reina que la enfermedad respetaba. Muy sencillamente vestida con un traje de lanilla negra, llevaba colgada al cuello la tarjeta hospitalicia con su nombre y su número de orden. Ella misma había exigido aquella humildad, no queriendo, por otra parte, perjudicaren nada á sus parientes, que habían caído poco á poco en un estado próximo á la miseria. Por esto se encontraba allí, en tercera clase, en el *tren blanco*, el de los grandes enfermos, el más doloroso de los catorce trenes que aquel día iban á Lourdes y en el cual se amontonaban, además de los quinientos peregrinos válidos, cerca de trescientos infelices, consumidos de debilidad, desfigurados por el sufrimiento, transportados á todo vapor de un extremo al otro de Francia.

Sintiendo haberla contristado con sus reflexiones, Pedro siguió mirando á la enferma con su aire de hermano en perpetua tristeza. Flaco y pálido, de ancha frente, acababa de cumplir treinta años. Después de haberse cuidado de los menores detalles del viaje, quiso acompañarla y consiguió que le admitieran como miembro auxiliar de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud: sobre su sotana llevaba la cruz roja y amarilla de los camilleros. El señor de Guersaint no llevaba más que la crucecita encarnada de la peregrinación, prendida con un alfiler en su chaqué de paño gris. Parecía encantado de viajar, mirando el exterior, sin poder tener quieta su cabeza de pájaro distraído, de aspecto muy joven, aunque había cumplido los cincuenta.

Pero, en el departamento vecino, á pesar de la trepidación violenta que arrancaba suspiros á María, sor Jacinta se había levantado, y notó que el sol daba de lleno en el rostro de la muchacha.

—Señor cura, corra usted la cortinilla.... ¡Vamos, vamos! Aquí hay que instalarse arreglando bien las cosas.

Con su traje negro de hermana de la Asunción, graciosamente completado por la blanca cofia, el griñón blanco y el delantal, sor Jacinta se sonreía con una actividad valerosa. Su juventud brillaba en su boca pequeña y fresca y en el fondo de sus bellos ojos azules, siempre tiernos. Quizá no era hermosa, pero sí adorable, fina, esbelta, con un pecho de muchacho bajo el babadero del delantal; pero de buen muchacho, de tez blanquísima, rebosando salud, alegría é inocencia.

—¡Ya nos devora ese sol! Señora, tenga usted la bondad de correr también su cortinilla.

Sentada en un rincón, cerca de la monja, la señora de Jonquiére llevaba su saquito de mano en la falda. Obedeciendo á la súplica, corrió lentamente la cortinilla. Morena y fuerte, era todavía agradable, aunque tenía una hija de veinticuatro años, Ramona, á quien por decoro había metido en un coche de primera clase en compañía de dos damas hospitalarias, las señoras Désagneaux y Volmar. Como era directora del hospital de Nuestra Señora de los Dolores, en Lourdes, no se separaba de sus enfermos; y en la parte exterior de la portezuela, se balanceaba la tablilla reglamentaria, en la cual había inscritos, debajo del nombre de la joven, el de las dos hermanas de la Asunción que la acompañaban. Viuda de un marido arruinado, la señora de Jonquiére vivía modestamente con su hija, de una renta de quatro ó cinco mil francos, en el fondo de un patio de la calle Vaneau.

Era muy caritativa, de una caridad inagotable; consagraba todo su tiempo á la obra de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud, cuya cruz roja llevaba también sobre su traje de *popelina* carmelita, y de la cual era una de las celadoras más activas. De temperamento algo altivo, amiga de cariño y de lisonjas, hacía con placer extraordinario aquel viaje anual, del que su corazón y su vanidad salían satisfechos.

— Tiene usted razón, hermana; vamos á organizarnos. No sé por qué me enredo yo con este saco.

Y lo colocó debajo del asiento.

—Cuidado—dijo sor Jacinta,—tiene usted el jarro del agua entre los pies y le molesta.

No, señora; déjelo usted. En alguna parte ha de estar.

Entonces, dispusieron las cosas para poder pasar, lo más comodamente posible, un día y una noche con sus enfermos. La lástima era que no habían podido instalar á María en su departamento, porque esta no quiso separarse de Pedro ni de su padre; pero, por encima de la separación, que era baja, se comunicaban fácilmente.

Además, los cinco compartimientos del vagón venían a formar una sola cuadra, animada y común, que abarcaba la vista. Entre las maderas desnudas y amarillas de las paredes y las blanqueadas del techo, era aquello una verdadera sala de hospital, en una mezcolanza y un desórden de ambulancia improvisada. Medio ocultos debajo de los asientos, andaban por el suelo vasijas, lebrillos, escobas y esponjas. Y como el tren no tomaba equipajes, por todos lados se habían acumulado sacos de noche, maletas, cajas, sombrereras, lios, miserables objetos de uso, remendados con cordel, todo en lamentable mezcla; y la balumba empezaba por el techo, del cual prendían ropas, paquetes y cestas que se balanceaban sin reposo.

En medio de aquel baratillo, los grandes enfermos, tendidos en sus

estrechos colchones, y ocupando varios puestos, oscilaban movidos por las sacudidas de las ruedas, mientras que los que podían permanecer sentados, se apoyaban de espaldas en los tabiques, reclinándose en almohadas, con el semblante descolorido.

Reglamentariamente, debía haber una dama hospitalaria por cada departamento.

Al otro extremo se hallaba otra hermana de la Asunción, sor Clara de los Angeles. Algunos peregrinos válidos se levantaban, comían y bebían ya. En el fondo había un compartimiento entero de mujeres: diez peregrinas apretadas unas contra otras, jóvenes y viejas, todas de la misma fealdad lastimosa y triste. Y como no se atrevían á bajar los cristales, á causa de los tísicos que iban en el coche, empezaba el calor, con un olor insoportable que parecía desprenderse poco á poco de las sacudidas de la marcha á gran velocidad.

Al llegar á Juvisy, ya habían rezado el rosario; y al dar las seis, mientras pasaba el tren como un huracán por delante de la estación de Brétigny, sor Jacinta, se levantó. Era la que dirigía los ejercicios piadosos, cuyo programa seguían la mayor parte de los peregrinos, en un librito de cubiertas azules.

—El *Ave María*, hijos míos;—dijo sonriéndose, con su aire de maternidad á que daba dulce encanto su hermosa juventud.

Las Avemarías se sucedieron nuevamente; y, al terminar, Pedro y María se interesaron por dos mujeres que ocupaban los otros dos ángulos de su departamento.

La que se hallaba á los pies de María, era una rubia delgada, de apariencia burguesa, ajada prematuramente á los treinta años y pico. Casi desaparecía entre los pliegues de su traje oscuro, con sus cabellos sin color, su cara larga y dolorosa, que respiraba un abandono sin límites y una tristeza infinita. La que estaba en frente de ella, en el mismo banco que Pedro, era una obrera de la misma edad, con gorra negra, el rostro estropeado por la miseria y la inquietud, llevando en el regazo una niña de siete años; criatura tan pálida y raquítica, que parecía tener cuatro apenas. Con su nariz deprimida y sus párpados azulados y caídos en su rostro de cera, la niña no podía hablar; y sólo profería una sorda queja, un gemido suave, que cada vez desgarraba el corazón de su madre, inclinada sobre ella.

—¿Comería un poco de uva?—ofreció tímidamente la señora, muda hasta entonces.—Llevo en mi cesta.

—Gracias, señora,—contestó la obrera.—No toma más que leche, y ésta con trabajo.... Me he cuidado de traer una botella.

Y cediendo á la necesidad de confidencia de los miserables, contó su historia. Era viuda de un dorador llamado Vincent que había muerto tísico. Quedó sola en el mundo con su Rosita, que era su única pasión. Para criarla había trabajado noche y día en su oficio de costurera. Pero

había sobrevenido la enfermedad. Hacía catorce meses que guardaba á la pobre niña en brazos, cada vez más doliente y aniquilada. Un día, ella, que nunca iba á misa, entró en una iglesia, impulsada por la desesperación, implorando la salud de su hija, y allí oyó una voz que le decía que la llevase á Lourdes, donde la Santísima Virgen se apiadaría de ella.

No conociendo á nadie, no sabiendo siquiera cómo se organizaban las peregrinaciones, no tuvo más idea que la de trabajar, economizar el dinero del viaje, tomar un billete y partir con el franco y medio que le quedaba, sin llevar más que una botella de leche para la niña y sin acordarse siquiera de comprar para sí un pedazo de pan.

—¿Qué enfermedad tiene la pobrecita?

—¡Ah! señora; de seguro que es el *carreau*. (1)

Pero los médicos tienen sus nombres....

Al principio, no tuvo más que dolorcitos de estómago. Luego, se le hinchó el vientre y sufría ¡oh! pero tanto, que hacía llorar de pena. Ahora el vientre se le ha deshinchado; pero la pobrecita está tan demacrada, que no tiene piernas, y se derrite en sudores contínuos....

Rosita gimió abriendo los párpados, y la madre se inclinó sobre ella palideciendo sobresaltada.

—Tesoro mío, ¿qué tienes?... ¿Quieres beber?...

Pero la niña, cuyos ojos vagos, de un azul turbio, acababan de ver, había vuelto á cerrarlos, y ni siquiera contestó; nuevamente sumida en su aniquilamiento, tan blanca como su vestidito, que la madre le había puesto, imponiéndose un gasto inútil por un sentimiento de suprema coquetería, con la esperanza de que la Virgen se mostraría más clemente con una enfermita vestida de aquel modo.

Después de un rato de silencio, la Vincent continuó:

—¿Y usted, señora? ¿Es por usted misma qua va á Lourdes?... Claro se ve que está usted enferma.

Pero la señora se azoró, y dijo acurrucándose dolorosamente en su rincón:

—¡No, no! no estoy enferma.... ¡Ojalá lo estuviese, y sufriría menos!

La señora Maze, que así se llamaba, tenía en el corazón una incurable pena. Después de haberse casado por amor con un mocetón alegre y expansivo, vióse abandonada, al cabo de un año de luna de miel. Viajante en el comercio de joyas, su marido no paraba nunca; ganaba mucho dinero, desaparecía durante meses, engañaba á su mujer de una frontera á otra frontera de Francia, y hasta se traía sus queridas. Y sin embargo, ella le adoraba, sufriendo tanto por su abandono, que se entregó á la religión. Al fin había resuelto ir á Lourdes, para pedir á la Virgen que convirtiese á su marido y se lo devolviese enamorado.

---

(1) *Tabes mesentérica*. Alteración de las funciones de la nutrición N. del T.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sin comprenderla, la Vincent adivinó en la señora un gran dolor moral; y continuaron mirándose mutuamente la esposa abandonada, que agonizaba en su pasión, y la madre, que se moría de ver morir á su hija.

Mientras tanto, Pedro las había escuchado, lo mismo que María, é intervino en la cuestión. Se extrañaba de que la obrera no hubiese hecho hospitalizar á la enfermita. La Asociación de Nuestra Señora de la Salud había sido fundada por los Padres Agustinos de la Asunción, después de la guerra, con el objeto de trabajar en favor de la salvación de Francia y la defensa de la Iglesia, por medio del rezo común y el ejercicio de la caridad; y eran ellos los que, provocando el movimiento de las grandes peregrinaciones, habían creado particularmente y ensanchado de continuo, durante los últimos veinte años, la peregrinación nacional que iba anualmente á Lourdes, á fines de Agosto.

De esta manera se había perfeccionado poco á poco toda una sabia organización: considerables limosnas recogidas en todas las partes del mundo; enfermos alistados en cada parroquia; convenios hechos con las compañías de ferrocarriles, sin contar la ayuda, tan activa, de las Hermanitas de la Asunción y la creación de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud, vasta afiliación de todas las abnegaciones, donde hombres y mujeres, en su mayor parte de la buena sociedad, bajo las órdenes de los directores de las peregrinaciones, cuidaban á los enfermos transportándolos cuando era preciso, y velaban por la buena disciplina.

Los enfermos tenían que solicitar por escrito la hospitalidad que les eximía de todo gasto de viaje y estancia, les recogían á domicilio y allí les volvían á dejar; por consiguiente, sólo tenían necesidad de llevar algunas provisiones para el camino. Pero la mayor parte de ellos iban recomendados por sacerdotes ó por personas caritativas que se cuidaban de practicar las averiguaciones oportunas y de formar los expedientes con los justificantes necesarios y los certificados de los médicos. Después de lo cual, los enfermos no tenían ya que ocuparse de nada, pues desde aquel momento no eran más que triste carne de sufrimientos y milagros, entregada en manos fraternales de hospitalarios y hospitalarias.

—Pero, señora—explicó Pedro,—no tenía usted más que dirigirse al cura de su parroquia. Esta pobre criatura merecía toda clase de atenciones y cuidados. La hubieran admitido inmediatamente.

—Yo no sabía....

—¿Cómo ha hecho usted, entonces?

—Fuí á tomar un billete donde me indicó una vecina que lee los periódicos.

Se refería á los billetes con rebaja de precio que distribuían á los peregrinos que podían pagar.

Y María, que escuchaba, se sintió presa de una gran piedad y de un poco de vergüenza.... ella que no estaba absolutamente falta de recursos, había conseguido hacerse hospitalizar, gracias á Pedro, mientras que

aquella madre con su miserable hija, después de haber gastado sus pobres economías, se encontraban sin un cuarto.

Pero una sacudida más ruda del vagón le arrancó un grito.

—¡Ay! padre, por favor, levantáme un poco. No puedo estar más de espaldas.

Y después que el Sr. de Guersaint la hubo sentado, exaló un profundo suspiro. El tren llegaba á Etampe, á hora y media de París, y ya empezaba la fatiga, con el sol más caliente, el polvo y el ruido. La señora de Jonquière se había puesto de pie, para dar ánimos á la muchacha con buenas palabras, por encima de la división; y sor Jacinta volvió también á levantarse, palmeó alegremente, para hacerse oir y obedecer, de un extremo al otro del vagón, y dijo:

—¡Vaya, vaya! No pensemos en nuestras enfermedades. A rezar y á cantar, y la Santísima Virgen será con nosotros.

Ella misma empezó el Rosario, según las palabras de Nuestra Señora de Lourdes; y todos los enfermos y peregrinos la siguieron. Era la primera parte, compuesta de los cinco misterios de gozo; la Anunciación, la Visitación, la Natividad, la Purificación y el encuentro de Jesús. Luego todos entonaron el cántico: «Contemplemos el celeste Arcangel...» Las voces se quebraban en medio del ruido sordo de las ruedas; no se oía más que el confuso oleaje de aquel mar de gente, que se ahogaba en el fondo del vagón cerrado, rodando sin cesar.

Aunque practicaba, el Sr. de Guersaint no podía llegar jamás hasta el final de un cántico. Se levantaba, volvía á sentarse; y concluyó por apoyarse de codos en la baranda y por hablar á media voz, con un enfermo, sentado detrás del mismo tabique, en el departamento vecino. Era un Sr. Sabathier, hombre de unos cincuenta años, rechoncho, de cabeza grande y buena, completamente calva.

Hacía quince años que estaba atacado de ataxia, sufriendo sólo en los accesos, pero con las piernas completamente perdidas; y su mujer, que lo acompañaba, se las cambiaba de sitio cual si fueran miembros muertos cuando llegaban á pesarle demasiado, como lingotes de plomo.

—Sí, señor; tal como usted me ve, soy antiguo profesor de quinto año del Liceo Charlemagne. De pronto creí que no era más que una simple ciática.

Luego tuve dolores fulgurantes, como lanzadas de fuego en los músculos. Durante cerca de diez años, he sido invadido poco á poco, he consultado á todos los médicos, he ido á todas aguas las imaginables, y ahora sufro menos, pero no puedo moverme de mi sillon... Pues bien; yo que había vivido sin creencias religiosas, he vuelto á Dios con la idea de que yo era excesivamente desgraciado y de que Nuestra Señora de Lourdes no podría menos de tener piedad de mí.

Pedro interesado, se había asomado á su vez, y escuchaba.

—¿No es verdad, señor cura, que el sufrimiento es el mejor despertar

de las almas? Este es el septimo año que voy á Lourdes, sin desesperar de curarme. Estoy convencido de que este año la Virgen ha de devolverme la salud. Sí, todavía cuento andar, y en esta esperanza vivo.

El Sr. Sabathier se interrumpió, porque quiso que su mujer le empujase las piernas más á la izquierda; y Pedro le miraba, asombrado de encontrarse en presencia de una fé tan tenaz en un hombre inteligente, en uno de esos universitarios tan volterianos, por regla general. ¿Cómo había podido germinar é implantarse en aquel cerebro la creencia en el milagro? Como decía él mismo, sólo un gran dolor explicaba aquella necesidad de la ilusión, aquella florescencia de la consoladora eterna.

—Ya ve usted; mi mujer y yo vamos pobremente vestidos, porque este año he querido ser un simple pobre, y me he hecho hospitalizar por humildad, para que la Santísima Virgen me confunda con los desdichados, sus hijos... Pero, no queriendo usurpar el puesto á un pobre verdadero, he entregado cincuenta francos á la Hospitalidad, lo cual, como usted sabe, da derecho á traer consigo un enfermo, en la peregrinación... Conozco al mío: me lo han presentado esta mañana en la estación. Es un tuberculoso, según parece; á mí se me figura que está muy malo, pero muy malo...

Nuevo silencio.

—En fin ¡que la Virgen le salve también, ella que lo puede todo, y mi dicha será completa!

Los tres hombres, aislándose, continuaron hablando entre sí. La conversación versó al principio sobre medicina, y después sobre arquitectura romana, á propósito de un campanario divisado en una altura y saludado por todos los peregrinos con la señal de la cruz. En medio de aquellos infelices, de espíritu simple, embrutecidos por la miseria, el joven cura y sus compañeros se distraían, dominados momentáneamente por las costumbres de su inteligencia cultivada.

Transcurrió una hora; los peregrinos acababan de entonar otros dos cánticos; el tren había pasado las estaciones de Toury y los Aubrais, cuando, al llegar á Beaugency, los tres hombres cortaron al fin su conversación, oyendo á sor Jacinta, que, después de haber dado unas cuantas palmadas, prorrumpió con su voz fresca y sonora:

—*Parce, Domine, parce popalo tuo...*

Y se reanudó el canto; unieronse todas las voces, aquella oleada de oraciones, que renacía sin cesar, amortiguaba el dolor; exaltaba la esperanza, invadía poco á poco todo el ser fatigado por la preocupación constante de las gracias y las curas, que iban á buscar tan lejos.

Pero, al sentarse, Pedro reparó que María estaba muy pálida, con los ojos cerrados; y, sin embargo, á la contracción dolorosa de su rostro, comprendió que no dormía.

—¿Sufre usted más?

—¡Oh, sí; horriblemente! No es posible que yo pueda ir hasta el fin. Son esas sacudidas continuas...

Gimió y abrió los párpados. Estaba sentada, desfallecida, mirando á los demás enfermos. Justamente, en el departamento vecino, frente al Sr. Sabathier, la Grivota, que hasta entonces había permanecido tendida sin resollar, como una muerta, acababa de incorporarse. Era una solterona de más de treinta años, derrengada y singular, de cara redonda y ajada, con cabello encrespado y ojos de fuego que la hacían casi hermosa. Estaba tísica en tercer grado.

—¡Eh, señorita!—dijo hablando á María con su voz ronca, apenas inteligible,—si una pudiera dormitar un poco... ¡Pero, cá! todas esas ruedas giran dentro del cerebro.

Y á pesar de la fatiga que le causaba hablar, se empeñó en referir detalles de su vida. Era Colchonera, durante mucho tiempo había ejercido su oficio, de patio en patio, con una tía suya, en Bercy; y atribuía su mal á todas las lanas apestadas, cardadas por ella durante su juventud. Hacía cinco años que rodaba por los hospitales de París. Hablaba familiarmente de los grandes médicos.

Las Hermanas del hospital Laribosière, viéndola apasionada por las ceremonias religiosas, habían acabado de convertirla y de convencerla de que la Virgen la esperaba, en Lourdes para curarla.

—Buena falta me hace; dicen que tengo un pulmón perdido y que el otro no vale mucho más. Cavernas ¿sabe usted? Al principio sólo tenía el mal entre los hombros y escupía saliva espumosa. Después he enflaquecido, que es una desdicha. Ahora siempre estoy sudorosa, toso hasta echar los bofes; pero ya no puedo escupir, tan espeso es... Y, ¿ve usted? No puedo tenerme de pie, y no como nada.

Detúvola un ahogo y se puso lívida.

—Pero no importa; aún prefiero estar en mi pellejo que en el del padre que ocupa el otro departamento, detrás de usted. Tiene lo mismo que yo, pero mas adelantado.

Se equivocaba. Había, en effecto, adosado á María, un joven misionero, el padre Isidoro, echado sobre un colchón, y á quien no se veía porque no podía levantar siquiera un dedo. Pero no estaba tísico; se moría de una inflamación del hígado, contraída en el Senegal. Muy largo y flaquísimo, tenía la faz amarilla, seca y muerta como un pergamino. El absceso que se había formado en el hígado había concluído por atravesar el exterior, y la supuración lo aniquilaba, en un continuo temblor de fiebre, vómitos y delirio.

Solo sus ojos vivían aún; ojos de amor inextinguible, cuya llama iluminaba su rostro expirante de Cristo crucificado, un rostro común de campesino, que la fe y la pasión hacían sublime en ciertos momentos. Era bretón, último hijo raquítico, de una familia demasiado numerosa, que había dejado su parcela de tierra á sus hermanos mayores.

Acompañábale una de sus hermanas, Marta, que le llevaba dos años de edad y servía en París. En su abnegación de criada, había abando-

nado su colocación para seguir á su hermano, gastando sus pobres economías.

—Yo estaba echada al suelo, en el andén, cuando lo metieron en el vagón—añadió la Grivota.—Cuatro hombres le llevaban...

Pero no pudo decir más. Un acceso de tos la sacudió, haciéndola caer en el banco. Se ahogaba, y sus pómulos sonrosados y sus mejillas se ponían amoratadas. Sor Jacinta le levantó la cabeza y le limpió los labios con un lienzo que se manchaba de sangre. La señora de Jonquière, en aquel mismo momento, atendía á la enferma que tenía enfrente y acababa de desmayarse. Era la mujer de un pobre relojero del barrio Mouffetard, llamado Vétu que no había podido cerrar la tienda, para acompañarla á Lourdes; y ella se había hecho hospitalizar, á fin de tener la seguridad de que no le faltarían cuidados. El temor de morir la restituía á la iglesia, donde no había vuelto á poner los pies desde su primera comunión. Se sabía desbaucíada, roída por un cáncer en el estómago, y ya tenía la máscara anaranjada y hosca de los cancerosos; hacía deposiciones negras, como si echará hollín. En todo el viaje, aún no había despegado los labios; sufría horriblemente. Luego le dió un vómito y perdió el sentido. Al abrir la boca, se desprendió un olor pestilente que daba náuseas.

—Ya no es posible,—murmuró la señora de Jonquière que se sentía desfallecer;—es preciso airear un poco esto.

Sor Jacinta acababa de recostar á la Grivota sobre sus almohadas.

—Efectivamente; abramos un instante. Pero no por este lado; temo un nuevo acceso de tos... Abra usted ahí.

El calor seguía aumentando y se asfixiaban en medio de aquel aire pesado y nauseabundo. El poco de aire puro que entró fué un gran alivio. Durante un momento, hubo otros cuidados, toda una limpia: la hermana removía bacinillas y barreños, cuyo contenido echó por la portezuela, mientras que la dama hospitalaria limpiaba el suelo con una esponja. Fué preciso ponerlo todo en orden; y luego tuvieron que atender á la cuarta enferma, la que todavía no había hecho un solo movimiento, una joven delgada, con la cabeza envuelta en una manteleta negra, que se quejaba de hambre.

La señora de Jonquière se ofreció con su tranquila abnegación.

—No pase usted cuidado, mi hermana. Voy á cortarle el pan en pedacitos.

María en su necesidad de distracción, tomóse interés por aquella figura inmóvil, oculta bajo aquel negro velo. Suponía que se trataba de alguna llaga en la cara.

Le habían dicho simplemente que la enferma era una criada. Esta era una picarda, llamada Elisa Rouquet, que había tenido que dejar su colocación y vivía en París, en casa de una hermana suya, que la maltrataba mucho; ningún hospital había querido admitirla, porque realmente

no necesitaba cuidados facultativos. Muy devota, experimentaba, hacía ya meses, un ardiente deseo de ir á Lourdes.

María esperaba, con temor, que se apartase el velo.

—¿Bastan así de pequeños?—preguntaba maternalmente la señora de Jonquière.—¿Podrá usted metérselos en la boca?

Debajo de la manteleta, una voz ronca murmuró palabras confusas.

—Sí; sí, señora.

Por último cayó el velo, y María tuvo un extremecimiento de horror. Era un lupus, que había invadido la nariz y la boca, creciendo poco á poco; una ulceración lenta se extendía sin cesar bajo las costras, devorando las mucosas. La cabeza, alargada en forma de hocico de perro, con sus cabellos rudos y sus grandes ojos redondos, se había vuelto horrible.

Los cartílagos de la nariz se hallaban casi enteramente comidos; la boca se había contraído, tirada á la izquierda por la hinchazón del labio superior, y parecía una hendidura oblícua, inmunda y deforme. Un sudor de sangre mezclado con pus, manaba de la enorme llaga lívida.

—¡Oh! ¡Mire usted, Pedro!—murmuró María temblorosa.

El cura se extremeció á su vez, viendo cómo Elisa Rouquet metía con precaución pedacitos de pan por aquella abertura sanguinolenta que le servía de boca. Todo el vagón había palidecido ante la abominable aparición. Y el mismo pensamiento brotaba de aquellas almas henchidas de esperanza. ¡Ah! ¡Virgen Santa, Virgen poderosa! ¡Qué milagro, si semejante mal se curase!

Hijos míos, no pensemos en nosotros, si queremos pasarlo bien;—repitió sor Jacinta, que conservaba su animosa sonrisa.

E hizo rezar la segunda parte del rosario, los cinco misterios de dolor, Jesús en el Jardín de los Olivos, Jesús azotado, Jesús coronado de espinas, Jesús llevando la cruz y Jesús muriendo en la cruz. Luego siguió el cántico: «Pongo mi confianza ¡oh Virgen! en tu ayuda»...

El tren acababa de atravesar Blois. Ya hacía tres largas horas que andaban. Y María, que había apartado los ojos de Elisa Rouquet, les fijó en un hombre que ocupaba un ángulo del otro departamento, á su izquierda, cerca del padre Isidoro. Varias veces lo había observado, muy pobremente vestido con una vieja levita negra. El era joven todavía, á pesar de las canas prematuras de su barba poco poblada. Parecía sufrir mucho. Era pequeño y flaco, y su rostro demacrado y lívido estaba cubierto de sudor. Permanecía inmóvil, metido en su rincón; sin hablar á nadie y mirando fijamente ante sí con los ojos muy abiertos. De pronto, María notó que se le cerraban los párpados y se desmayaba.

Entonces llamó sobre él la atención de sor Jacinta.

—¡Vea usted, hermana! Parece que á aquel señor le ocurre alguna cosa.

—¿Qué señor, hija mía?

—Aquel de allí, que tiene la cabeza caída.

Fue una emoción; todos los peregrinos válidos se pusieron de pié para ver. La señora de Jonquiere gritó á Marta, la hermana del padre Isidoro, que golpease al hombre en la palma de las manos.

—Pregúntele qué tiene.

Marta se acercó, le sacudió, le preguntó; pero el hombre no contestó una palabra. Respiraba con estertor y con los ojos cerrados.

Una voz gritó espantada:

—¡Creo que se muere!

Aumentó el temor; cruzáronse palabras; dábanse consejos de un extremo al otro del vagón. Nadie conocía al hombre. Seguramente no estaba hospitalizado, puesto que no llevaba al cuello el tarjetón blanco, color del tren. Alguien refirió que le había visto llegar jadeante, tres minutos antes de la salida del tren, y que se había echado en aquel rincón, donde se moría, con todas las apariencias de una fatiga inmensa. Desde entonces no se había movido. Alguien hizo reparar en su billete, metido en la cinta de su viejo sombrero de copa alta, colgado cerca de él.

Sor Jacinta exclamó:

—¡Ah! ¡Ese hombre expira! Pregúntenle ustedes como se llama.

Preguntado nuevamente por Marta, el hombre solo exhaló una queja, este grito apenas balbuceado:

—¡Oh! ¡mucho sufro!

Desde aquel momento, no contestó otra cosa. A las preguntas sobre quién era, de dónde venía, cuál era su enfermedad, qué cuidados podían dársele, nada contestaba. Solo exhalaba este continuo gemido:

—¡Oh, yo sufro!... ¡Sufro mucho!

Sor Jacinta se agitaba de impaciencia. ¡Si al menos se hubiese encontrado en el mismo departamento! Y se proponía cambiar de sitio, en la primera estación donde parasen. Pero no había parada ninguna en mucho tiempo. La situación era terrible, tanto más cuanto que el hombre parecía haberse desmayado de nuevo.

—Se va, se va—repitió la voz.

¡Dios mío! ¿Qué hacer? La hermana sabía que se encontraba en el tren un padre de la Asunción, el padre Massias, con los Santos Oleos, dispuesto á administrar á los moribundos, porque cada año moría algún enfermo por el camino. Pero no se atrevía á tocar el timbre de alarma. Había también el furgón de la cantina, servido por la hermana San Francisco, y donde venía un médico con un botiquín. Si el enfermo llegaba vivo á Poitiers, donde el tren paraba media hora, se le prestarían todos los cuidados posibles. Lo atroz era que muriese súbitamente. Sin embargo, acabaron por calmarse un poco. El hombre, aunque seguía desmayado, respiraba con más regularidad y parecía dormir.

—¡Morir antes de llegar!—murmuró María extremeciéndose;—morir delante de la tierra de promisión...

Y como su padre tratase de tranquilizarla, añadió ella:

—¡Es que yo también sufro tanto!...

—Confianza—dijo Pedro;—la Santa Virgen vela por vos.

Ya no podía seguir sentada, y fué preciso acostarla de nuevo en su angosto ataúd. Para ello, su padre y el cura tuvieron que tomar infinitas precauciones, porque el menor choque le arrancaba un gemido. Y ella se quedó como muerta, con su cara de sufrimiento, rodeada de su abundante cabellera rubia.

Llevaban ya cerca de cuatro horas de marcha. Si el vagón oscilaba tanto, era porque iba enganchado á la cola. Los ganchos rechinaban y las ruedas hacían un ruido furioso. Por las ventanillas, que había necesidad de dejar entreabiertas, entraba el polvo, acre y ardiente. El calor era terrible; calor devorante de tempestad, bajo un cielo leonado, invadido poco á poco por nubarrones inmóviles. Aquellas jaulas rodadizas, donde se comía y se bebía, donde los enfermos satisfacían todas sus necesidades, en medio del aire viciado, entre el aturdimiento de las quejas de las oraciones y los cánticos, se convertían en hornos caldeados.

Y María no era la única cuyo estado había empeorado; los demás sufrían también á consecuencia del viaje. En el regazo de su madre desesperada, que la miraba con sus grandes ojos oscurecidos por las lágrimas, Rosita permanecía inmóvil, tan pálida, que dos veces la señora Maze se había inclinado para tocarle las manos, con el temor de encontrarlas frías.

A cada instante, la señora Sabathier tenía que hacer cambiar de posición á las piernas de su marido, porque pesaban tanto, decía el, que le arrancaban las caderas.

El padre Isidoro acababa de quejarse, en su habitual torpeza; y su hermana no le había podido aliviar sino levantándolo y teniendolo entre sus brazos. La Grivota parecía dormir, pero un hipo continuo la sacudía y sálíale de la boca un hilito de sangre. La señora Vétu había tenido otro flujo negro y pestilente. Elisa Rouquet no se cuidaba ya de ocultar la horrible llaga habierta de su cara. El hombre, allá continuaba con su estertor, como si á cada segundo hubiese expirado.

En vano la señora de Jonquière y sor Jacinta se multiplicaban; no conseguían sino aturdir tantos males. Por momentos, aquel vagón de miseria y de dolor, llevado á toda velocidad, en medio del vaivén continuo que hacía balancear las cestas remendadas y los viejos bártulos pendientes del techo y las paredes; con aquel cuadro en el fondo, donde las diez peregrinas, de una fealdad lastimosa, cantaban sin cesar, con un tono agudo, lamentable y falso; parecía una pesadilla horrible.

Entonces, Pedro pensó en los demás vagones del tren, de aquel tren blanco que transportaba particularmente *los grandes enfermos:* todos rodaban dentro del mismo sufrimiento, con sus trescientos enfermos y sus quinientos peregrinos. Luego pensó también en los otros trenes que salían de París aquel día; en el gris y en el azul que habían precedido al

blanco; en el verde, en el amarillo, en los de color de rosa y de naranja, que le seguían. De un extremo al otro de la línea, todo eran trenes lanzados de hora en hora. Y pensó, además, en los otros trenes que salían aquel mismo día de Orleans, del Mans, de Poitiers, de Burdeos, de Marsella, de Carcassona.

A la misma hora, la tierra de Francia, se hallaba surcada en todos sentidos por trenes semejantes, todos los cuales se dirigían allá, hacia la Gruta santa, conduciendo treinta mil enfermos y peregrinos á los pies de la Virgen. Y pensó que aquellas oleadas humanas se renovaban, más ó menos considerables, en los demás días del año; que no se pasaba semana sin que Lourdes viese llegar una peregrinación; que no era Francia sola la que se ponía en marcha, sino toda Europa, el mundo entero; que algunos años de gran religión hubo trescientos mil y hasta quinientos mil peregrinos y enfermos.

A Pedro le parecía oir aquellos trenes en movimiento, procedentes de todas partes, convergiendo todos hacia el mismo hueco de roca, donde ardían cirios. Todos retronaban, en medio de los gritos de dolor y la entonación de los cánticos. Eran hospitales ambulantes de enfermedades desesperadas, el agolpamiento del dolor humano hacia la esperanza de la curación, una furiosa necesidad de consuelo, al través de crisis recrudecidas, bajo la amenaza de la muerte presurosa y horrible en un tropel de inmensa barahunda. Rodaban, rodaban y rodaban sin fin, traginando la miseria de este mundo, camino de la divina ilusión, salud de los enfermos y consuelo de los afligidos.

Una inmensa piedad rebosó del corazón de Pedro: la religión humana de tantos males, de tantas lágrimas como devoran al hombre débil y desnudo. Era presa de una tristeza mortal, y una ardiente caridad le abrasaba, como el fuego inextinguible de su fraternidad por todas las cosas y por todos los seres.

A las diez y media, al salir de la estación de Saint-Pierre des Corps sor Jacinta dió la señal, y rezaron el tercer rosario, los cinco misterios de gloria: la Resurreción de Nuestro Señor, la Ascensión de Nuestro Señor, la Misión del Espíritu Santo, la Asunción de la Santísima Virgen y la Coronación de la Santísima Virgen. Luego entonaron el cántico de Bernadette, la infinita lamentación de sei docenas de estrofas, donde la Salutación angélica se repite sin cesar como estribillo, mecimiento prolongado, lenta obsesión que acaba por invadir todo el ser y por sumirlo en el sueño extático, en la espera deliciosa del milagro.

H. Dorlecke

II.

Desfilaban, entretanto, las verdes campiñas del Poitou, y el abate Pedro Froment miraba los árboles que huían, y que, poco á poco, cesó de distinguir. Apareció y desapareció un campanario: todos los peregrinos se persignaron á la vez. No habían de llegar á Poitiers hasta las doce y media del día. El tren continuaba rodando en la fatiga creciente de la pesada atmósfera de tempestad. Y el joven cura, sumido en una profunda meditación, no oía ya el cántico sino como un arrullo pausado de oleaje.

En el olvido del presente, la memoria del pasado invadía todo su ser. Remontó tan lejos como pudo en sus recuerdos. Veía en Neuilly la casa en que había nacido y que aún habitaba; aquella casa de paz y de trabajo, con su jardín plantado de hermosos árboles, que una doble cerca de arbustos y tablas separaba del jardín de la casa vecina, enteramente igual. Tenía él tres años, cuatro tal vez, cuando un día de verano estaba viendo sentados alrededor de una mesa, á la sombra de un copudo castaño, á su padre, su madre y su hermano mayor, que almorzaban.

Su padre, Miguel Froment, no tenía para él fisonomía bien determinada; veíala borrosa y vaga, con su renombre de químico ilustre y su título de académico, encerrándose en el laboratorio que se había hecho arreglar en el fondo de aquel barrio desierto. Pero veía claramente á su hermano Guillermo, de unos catorce años, que había salido aquella mañana del colegio por algún tiempo de vacaciones; y sobre todo, á su madre, tan afable, tan quieta, con los ojos tan llenos de una bondad activa!...

Más tarde había sabido las angustias de aquella alma religiosa, de aquella creyente que se había resignado, por estima y gratitud, á casarse con un descreído, que le llevaba quince años de edad, y del cual, su familia tenía recibidos grandes favores. Hijo tardío de aquella unión, venido al mundo cuando su padre rayaba ya en los cincuenta. Pedro no había conocido á su madre sino respetuosa y sumisa ante su marido, á quien amaba ardientemente, con el tormento horrible de saber que se hallaba en estado de perdición.

Y de pronto, le asaltó otro recuerdo, el del día terrible en que murió su padre, víctima de un accidente, la explosión de una retorta en su laboratorio. Entonces, él tenía cinco años, y recordaba ahora los más mínimos detalles; el grito de su madre, al encontrar el cadáver destrozado, en medio de los escombros; luego, su espanto, sus sollozos y sus

blanco; en el verde, en el amarillo, en los de color de rosa y de naranja, que le seguían. De un extremo al otro de la línea, todo eran trenes lanzados de hora en hora. Y pensó, además, en los otros trenes que salían aquel mismo día de Orleans, del Mans, de Poitiers, de Burdeos, de Marsella, de Carcassona.

A la misma hora, la tierra de Francia, se hallaba surcada en todos sentidos por trenes semejantes, todos los cuales se dirigían allá, hacia la Gruta santa, conduciendo treinta mil enfermos y peregrinos á los pies de la Virgen. Y pensó que aquellas oleadas humanas se renovaban, más ó menos considerables, en los demás días del año; que no se pasaba semana sin que Lourdes viese llegar una peregrinación; que no era Francia sola la que se ponía en marcha, sino toda Europa, el mundo entero; que algunos años de gran religión hubo trescientos mil y hasta quinientos mil peregrinos y enfermos.

A Pedro le parecía oir aquellos trenes en movimiento, procedentes de todas partes, convergiendo todos hacia el mismo hueco de roca, donde ardían cirios. Todos retronaban, en medio de los gritos de dolor y la entonación de los cánticos. Eran hospitales ambulantes de enfermedades desesperadas, el agolpamiento del dolor humano hacia la esperanza de la curación, una furiosa necesidad de consuelo, al través de crisis recrudecidas, bajo la amenaza de la muerte presurosa y horrible en un tropel de inmensa barahunda. Rodaban, rodaban y rodaban sin fin, traginando la miseria de este mundo, camino de la divina ilusión, salud de los enfermos y consuelo de los afligidos.

Una inmensa piedad rebosó del corazón de Pedro: la religión humana de tantos males, de tantas lágrimas como devoran al hombre débil y desnudo. Era presa de una tristeza mortal, y una ardiente caridad le abrasaba, como el fuego inextinguible de su fraternidad por todas las cosas y por todos los seres.

A las diez y media, al salir de la estación de Saint-Pierre des Corps sor Jacinta dió la señal, y rezaron el tercer rosario, los cinco misterios de gloria: la Resurreción de Nuestro Señor, la Ascensión de Nuestro Señor, la Misión del Espíritu Santo, la Asunción de la Santísima Virgen y la Coronación de la Santísima Virgen. Luego entonaron el cántico de Bernadette, la infinita lamentación de sei docenas de estrofas, donde la Salutación angélica se repite sin cesar como estribillo, mecimiento prolongado, lenta obsesión que acaba por invadir todo el ser y por sumirlo en el sueño extático, en la espera deliciosa del milagro.

H. Dorlecke

II.

Desfilaban, entretanto, las verdes campiñas del Poitou, y el abate Pedro Froment miraba los árboles que huían, y que, poco á poco, cesó de distinguir. Apareció y desapareció un campanario: todos los peregrinos se persignaron á la vez. No habían de llegar á Poitiers hasta las doce y media del día. El tren continuaba rodando en la fatiga creciente de la pesada atmósfera de tempestad. Y el joven cura, sumido en una profunda meditación, no oía ya el cántico sino como un arrullo pausado de oleaje.

En el olvido del presente, la memoria del pasado invadía todo su ser. Remontó tan lejos como pudo en sus recuerdos. Veía en Neuilly la casa en que había nacido y que aún habitaba; aquella casa de paz y de trabajo, con su jardín plantado de hermosos árboles, que una doble cerca de arbustos y tablas separaba del jardín de la casa vecina, enteramente igual. Tenía él tres años, cuatro tal vez, cuando un día de verano estaba viendo sentados alrededor de una mesa, á la sombra de un copudo castaño, á su padre, su madre y su hermano mayor, que almorzaban.

Su padre, Miguel Froment, no tenía para él fisonomía bien determinada; veíala borrosa y vaga, con su renombre de químico ilustre y su título de académico, encerrándose en el laboratorio que se había hecho arreglar en el fondo de aquel barrio desierto. Pero veía claramente á su hermano Guillermo, de unos catorce años, que había salido aquella mañana del colegio por algún tiempo de vacaciones; y sobre todo, á su madre, tan afable, tan quieta, con los ojos tan llenos de una bondad activa!...

Más tarde había sabido las angustias de aquella alma religiosa, de aquella creyente que se había resignado, por estima y gratitud, á casarse con un descreído, que le llevaba quince años de edad, y del cual, su familia tenía recibidos grandes favores. Hijo tardío de aquella unión, venido al mundo cuando su padre rayaba ya en los cincuenta. Pedro no había conocido á su madre sino respetuosa y sumisa ante su marido, á quien amaba ardientemente, con el tormento horrible de saber que se hallaba en estado de perdición.

Y de pronto, le asaltó otro recuerdo, el del día terrible en que murió su padre, víctima de un accidente, la explosión de una retorta en su laboratorio. Entonces, él tenía cinco años, y recordaba ahora los más mínimos detalles; el grito de su madre, al encontrar el cadáver destrozado, en medio de los escombros; luego, su espanto, sus sollozos y sus

oraciones, con la idea de que Dios acababa de castigar al impío, condenado á las penas eternas. No atreviéndose á quemar los papeles y los libros, contentóse con cerrar el despacho de su difunto esposo, donde nadie penetraba.

Desde aquel momento, asediada por la visión del infierno, no tuvo más que una idea, la de ampararse de su hijo menor, tan joven aún, educarlo en una religión extricta, y convertirlo en rescate y perdón del padre. El mayor, Guillermo, había dejado de pertenecerle; habíase formado en el colegio, y el siglo se lo había apropiado; pero el pequeño no iba á salir de casa, tendría un cura por preceptor; y el pensamiento secreto de la madre, su ardiente esperanza era verle un día sacerdote, celebrando su primera misa y aliviando á las almas que sufrían en espera de la dicha eterna.

Otra imagen viva surgió entre el verde ramaje, acribillado por los rayos del sol. Pedro divisó bruscamente á María de Guersaint, tal como la había visto una mañana, por una abertura de la cerca que separaba las dos fincas vecinas. El Sr. de Guersaint, de pequeña nobleza normanda, era un arquitecto-inventor, que se ocupaba entonces en la creación de barios obreros con iglesia y escuela: gran negocio, bastante mal estudiado, en la cual arriesgaba su fortuna de trescientos mil francos, con su impetuosidad habitual y su imprevisión de artista equivocado. Una misma fe religiosa había unido con vínculos de amistad á las señoras de Guersaint y de Froment; pero la primera, despejada y rígida, era toda una mujer, cuya mano de hierro era la única que impedía que la casa se arruinase; educaba á sus dos hijas, Blanca y María, en una devoción estrecha, sobre todo á la mayor, ya grave como ella, pues la menor era muy devota, aunque le gustaba mucho jugar, efecto de una vida intensa que la lanzaba á ruidosas expansiones de jubilo.

Desde la infancia, Pedro y María habían jugado juntos. Abríanse paso continuamente en la empalizada, y las dos familias se frecuentaban á todas horas. Y aquella mañana de claro sol en que él la veía, apartando las ramas, ella ya tenía dies años. Pedro, que tenía dieciséis, había de entrar el martes siguiente en el seminario.

Nunca le había parecido tan bonita. Sus cabellos de oro puro eran tan largos, que al desatarse la vestían enteramente. Su rostro de entonces se la aparecía con extraordinaria precisión, con sus mejillas redondas, sus ojos azules, su boca encarnada, y, sobre todo, la belleza de su cutis de nieve. Era alegre y brillante como el sol; deslumbradora. Y en aquel momento asomaban dos lágrimas por los párpados de la niña, enterada de la próxima partida de su amigo.

Sentáronse los dos á la sombra de la tapia, en el fondo del jardín. Sus dedos se mezclaban, y la pena les henchía el corazón. Sin embargo en sus juegos, nunca habían cambiado juramentos, ¡tan absoluta era su inocencia! Pero, en víperas de la separación, su ternura lessubía á los

labios; hablaban sin saber, se juraban pensar continuamente uno en otro y volver á encontrarse un día, como se juntan los justos en el cielo, para ser bienaventurados.

Luego, sin explicarse cómo, se abrazaron estrechamente, besándose en el rostro, que abrasaban las lágrimas. ¡Delicioso recuerdo que había acompañado á Pedro en todas partes, y que aún sentía vivo en su ser, al cabo de tantos años y de tan dolorosos desprendimientos!

Una sacudida más violenta le sáco de su meditación. Miró en el coche y entrevió vagos seres agobiados por el sufrimiento: la señora Maze, inmovil, muerta de angustia; Rosita, exhalando su débil gemido en el regaso de su madre; la Grivota, ahogada por su tos cavernosa.

El alegre rostro de sor Jacinta dominó un instante, en medio de la blancura de su cofia y su griñón. Continuaba el duro viaje, con el rayo de divina esperanza, allá lejos. Luego, todo se confundió poco á poco bajo un nuevo oleaje del pasado; y no quedó más que el cántico arullador, confusas voces de ensueño que salían de lo invisible.

Pedro recordó entonces sus años de seminario. Las clases, el patio con sus árboles, todo lo evocaba su memoria. Pero, de pronto, sólo vió, como un espejo, la figura del joven que era él entonces; y la contemplaba, detellándola, como la de un extraño. Alto y flaco, del prolongado rostro y barba puntiaguda, con la frente muy desarrollada y derecho como un poste. Parecía todo cerebro. En su boca, algo grande, había cierta dulzura. Esta y los ojos adquirían á veces una ternura infinita, como una sed inaplacada de amar, de entregarse y de vivir. Pero, en seguida reaparecía la pasión intelectual, ese deseo de saber y de comprender, que le había devorado siempre. Y aquellos años de seminario, únicamente los recordaba con sorpresa,

¿Cómo había podido aceptar durante tanto tiempo aquella ruda disciplina de la fe ciega, aquella obediencia á creerlo todo, sin examen? Le habían exigido el abandono total de su razón, y se había esforzado en hacerlo, consiguiendo ahogar en él la necesidad atormentadora de la verdad.

Sin duda se hallaba ablandado por las lágrimas de su madre, sin más deseos que el de procurarle la gran dicha anhelada. Sin embargo, ahora recordaba ciertos extremecimientos de rebeldía; sus noches de llanto, sin saber por qué; noches pobladas de imágenes indecisas, donde galopaba la vida libre y viril de exterior, donde la figura de María reaparecía sin cesar, tal como la había visto una mañana, resplandeciente de hermosura y bañada en lágrimas, besándola con toda su alma.

Y ya solo esto quedaba ahora. Los años de sus estudios religiosos, con sus lecciones monótonas, sus ejercicios y sus ceremonias, todas parecidas, habían desaparecido en una misma bruma, un claro-oscuro borroso, lleno de un mortal silencio.

Luego, habiendo pasado estrepitosamente por una estación, á toda máquina, hubo en Pedro una sucesión de cosas confusas. Fijóse en un

gran cercado desierto, y creyó verse en él á la edad de veinte años. Su pensamiento se extraviaba. Una indisposición bastante larga, sin hacerle interrumpir sus estudios, le obligó á pasar una temporada en el campo. Pasó mucho tiempo sin ver á María. Dos veces había estado de vacaciones en Neuilly sin encontrarla, porque casi siempre se hallaba ella de viaje.

Sabía que estaba muy enferma, de resultas de una caída de caballo que sufrió á los trece años, en el momento en que iba á ser mujer; y su madre, desesperada, en guerra con las contradictorias consultas de los médicos, la llevaba cada año á un establecimiento de aguas diferentes. Supo después la muerte repentina de aquella madre tan severa, pero tan útil para los suyos, acaecida en circunstancias trágicas: una pulmonía cogida una noche de paseo, en la Bourboule, por haberse quitado el abrigo para resguardar á María; enfermedad que en cinco días se la llevó al sepulcro.

El padre había tenido que ir á toda prisa para traerse á su hija, media loca, y el cadáver de su mujer. Y lo peor era que desde la desaparición de la madre, los negocios de la casa iban mal en manos del arquitecto, que echaba su fortuna en el abismo de sus empresas. María no se movía ya nunca de su sillón, y sólo quedaba para dirigir la casa su hermana Blanca, ocupadísima en la preparación de sus exámenes de maestra, título que estaba empeñada en tomar, en previsión del pan que indudablemente tendría que ganarse algún día.

De pronto, Pedro tuvo la sensación de una visión clara, que se desprendía del conjunto de aquellos hechos borrosos, medio olvidados. Era durante otra licencia que el mal estado de su salud le había obligado á tomarse. Acababa de cumplir veinticuatro años y estaba atrasado en su carrera; pues únicamente había tomado las cuatro órdenes menores; pero á su vuelta, iba á ser ordenado de subdiácono, lo que le ligaba para siempre al sacerdocio, mediando un juramento inviolable. Y la escena se reconstituía precisa y clara, en aquel jardincito de Neuilly, en el de los Guersaint, donde tantas veces jugara en otra época. Habían hecho rodar el sillón-cama de María hasta el fondo, á la sombra de los grandes árboles; y se encontraban solos en medio de la triste paz de aquella tarde de otoño. María llevaba riguroso luto por la muerte de su madre, y permanecía alargada, con las piernas inertes; mientras que él, igualmente vestido de negro, con sotana, estaba sentado cerca de ella, en una silla de hierro. Hacía ya cinco años que estaba enferma. Entonces tenía diez y ocho. Estaba pálida y flaquísima, sin dejar de ser adorable, con sus abundantes cabellos de oro, que la enfermedad respetaba. Tenía él idea de que estaba enferma para siempre, condenada á no ser mujer jamás, herida en su propio sexo. Los médicos, que no se entendían, la abandonaban. Sin duda, en aquella triste tarde otoñal, mientras caían hojas amarillas de los árboles, ella debió explicarle todas esas cosas. Pero no se acor-

daba de las palabras; sólo tenía presentes su sonrisa pálida, su rostro juvenil, todavía tan encantador, pero desesperado ya por la pérdida de la vida.

Luego, comprendió que ella evocaba el lejano día de su separación, en aquel mismo sitio, detrás de la cerca acribillada por los rayos del sol: y todo aquello era como muerto: sus lágrimas, su abrazo, su promesa de volverse á juntar un día, en una esperanza cierta de felicidad.

Se encontraban de nuevo, pero ¡ay! ¿de qué servía ya, si la pobre estaba como muerta y él iba á morir para la vida de este mundo? Desde el momento que la desahuciaban los médicos, y que jamás iba á ser mujer, ni esposa, ni madre, él podía también renunciar á ser hombre, anonadarse en Dios, á quien le entregaba su madre.

Y sentía aún en él la dulce amargura de aquella entrevista postrera, en que María se sonreía dolorosamente al recuerdo de sus antiguas niñerías, y le hablaba de la felicidad que hallaría seguramente en el servicio de Dios, con tal emoción, que le hizo prometer que la invitaría á asistir á su primera misa.

En la estación de Sainte-Maure oyóse un ruído que atrajo un instante la atención de Pedro en el vagón. Figuróse que se trataba de alguna crisis nerviosa, de algún nuevo desmayo. Pero las caras de dolor que encontró seguían siendo las mismas, conservaban su inmutable expresión contraída, la espera ansiosa del auxilio divino que tanto tardaba en llegar.

En vano el Sr. Sabathier trataba de colocar sus piernas, y el padre Isidoro lanzaba una débil queja continua de niño moribundo, mientras que la señora Vetu, presa de un acceso terrible, con el estómago devorado, ni siquiera respiraba, apretando los labios, con la faz descompuesta, negra y hosca.

A la señora de Jonquière, limpiando una bacinilla, se le había caído el jarro de zinc. Y á pesar de sus torturas, los enfermos se habían reído, como almas simples, que el sufrimiento volvía pueriles. En seguida, sor Jacinta, que con razón les llamaba sus hijos, les hizo rezar nuevamente el rosario, mientras llegaba la hora de cantar el *Angelus* que no debía decirse hasta Châtellerault, según el programa.

Sucedióronse las Avemarías; aquello fué pronto un simple murmullo un balbuceo perdido entre el ruído de los herrajes y el zumbido de las ruedas.

Pedro tenía veintiséis años, y era cura. Algunos días antes de su ordenación, sintió escrúpulos tardíos; la sorda conciencia de que se entregaba sin haberse dado clara cuenta de su acto. Pero vivía en medio del aturdimiento de su decisión, creyendo haber cortado en él, de un hachazo de voluntad, todo lo humano.

Su carne había muerto con la inocente novela de su infancia. Aquella blanca joven de los cabellos de oro, tendida en su lecho de enferma, se

le aparecía también como carne tan muerta, como la suya. Y había hecho luego el sacrificio de su razón, cosa che creía entonces más fácil, esperando que bastaba querer para no pensar.

De todas maneras, ya era tarde; no podía retroceder á última hora; y si en el instante de pronunciar su último juramento solemne, se sintió agitado por un terror segreto, por un pesar indeterminado é inmenso, lo olvidó todo, divinamente recompensado, de su esfuerzo, el día en que proporcionó á su madre la grande alegría tanto tiempo esperada, de verle celebrar su primera misa.

Aún la estaba viendo, á su pobre madre, en la pequeña iglesia de Neuilly, que ella eligiera, por ser la misma en que sehabían celebrado los funerales del padre; aún la contemplaba en aquella fría mañana de Noviembre, casi sola en la capillita sombría, arrodillada y con el rostro oculto entre las manos, llorando en abundancia, mientras él levantaba la hostia. Aquella había sido su postrera dicha, pues vivía solitaria y triste, sin su hijo mayor, que se había marchado, por incompatibilidad de ideas, rompiendo toda relación con la familia, desde que su hermano fué destinado á la Iglesia.

Decían que Guillermo, químico de gran talento, como su padre, pero entregado á las ideas revolucionarias, vivía en una casita de los alrededores de París, donde practicaba estudios peligrosos sobre materias explosivas; y añadían, cosa que acabó de romper todo lazo entre él y su madre, tan piadosa y correcta, que vivía maritalmente con una mujer, encontrada no se sabía dónde. Hacía tres años que Pedro no veía á Guillermo, á quien había adorado en su infancia.

Entonces sintió una congoja terrible, recordando á su madre muerta. Su desaparición había sido también brusca, como la de la señora de Guersaint. Cierta enfermedad de tres días la arrebató á su cariño. Una noche, despues de una loca carrera en busca del médico, encontróla muerta, inmovil, blanca como la nieve; y sus labios, cerrados para siempre, habían conservado la helada expresión del último beso.

No se acordaba; sin embargo, de la vela del cadáver, ni de los preparativos, ni del fúnebre cortejo. Todo esto se había perdido en la negrura de su atontamiento, un dolor tan atroz, que estuvo á punto de acabar con él.

Al regresar del cementerio, fué acometido de una fiebre mucosa que, durante tres semanas, le tuvo delirante, entre la vida y la muerte. Su hermano acudió á cuidarle; ocupóse luego de la cuestión de intereses, partiendo el pequeño patrimonio; dejóle la casa y una modesta renta, tomando su parte en dinero; y cuando le vió fuera de peligro, desapareció otra vez.

Pero, ¡qué convalecencia tan larga en el fondo de la casa desierta! Pedro no había hecho nada para retener á Guillermo, comprendiendo que los separaba un abismo. Al principio, pesóle mucho la soledad. Luego,

la encontró dulce, en el gran silencio de las habitaciones que el escaso ruído, de la calle no turbaba; bajo las umbrías discretas del jardín, donde podía pasar días enteros sin ver un alma.

Su sitio de refugio era sobre todo el antiguo laboratorio, aquel gabinetito de estudio de su padre, que su madre había tenido cerrado cuidadosamente durante veinte años, como para amurallar allí el pasado de descreimiento y condenación. A pesar de su dulzura y sumisión respetuosa de otro tiempo, hubiera acabado tal vez por destruir un día los papeles y los libros, si no la hubiese sorprendido la muerte.

Pedro hizo abrir las ventanas y sacudir el polvo de la mesa y de la estantería; se instaló en el gran sillón de cuero, y allí pasaba deliciosamente las horas, como regenerado por su enfermedad, vuelto á su joventud, experimentando con la lectura de los libros que le caían en las manos, un extraordinario placer intelectual.

Durante aquellos dos meses, de lento restablecimiento; no recordaba nader recibido sino al doctor Chassaigne, antiguo amigo de su padre, médico de veras que se encerraba, modestamente en su papel de práctico, sin más ambición que curar. Había asistido en vano á la señora de Froment; pero se vanagloriaba de haber salvado al joven sacerdote; y de vez en cuando iba á verle, le distraía con su conversación, hablándole de su padre, el gran químico, de quien contaba deliciosas anécdotas, con detalles impregnados todavía de una ardiente amistad.

Poco á poco, en su languidez de convaleciente, el hijo había visto surgir una figura de adorable sencillez, de ternura y de bondad. Era su padre tal como fué y no el hombre de dura ciencia que antes se imaginaba, oyendo á su madre. Cierto es que ella no le había enseñado jamás sino á respetar su cara memoria; pero ¿no era el incrédulo, el hombre de negación que hacía llorar á los ángeles, el artesano de impiedad que iba contra la obra de Dios? Y la visión resultaba sombría, como un expectro de condenado que vagaba por la casa; mientras que ahora la llenaba de una misteriosa luz risueña, destello póstumo de un trabajador apasionado por la verdad, que no había deseado nunca más pue el amor y la felicidad de todos.

El doctor Chassaigne, natural de los Pirineos, nacido en el fondo de una aldea en que se creía en las brujas, sentíase inclinado á la religion, aunque nunca había puesto los pies en ninguna iglesia, durante los cuarenta años, que había vivido en París. Pero su certeza era absoluta; si había un cielo, allí estaba Miguel Froment, sentado en un trono, á la derecha de Dios.

Pedro resolvió en pocos minutos, la espantosa crisis que durante dos meses le había devorado. No es que hubiese encontrado en la biblioteca libros de discusión antireligiosa, ni que su padre, cuyos papeles clasificaba, se hubiese salido jamás de sus investigaciones técnicas de sabio. Peró, poco á poco, y á pesar suyo, con la luz científica, penetraban en su espíritu un conjunto de fenómenos probados que demolían los dogmas, no dejando en él nada de los hechos, en los cuales debía creer.

Parecía que la enfermedad lo había renovado, que empezaba á vivir y á comprender, hombre nuevo en la suavidad física de la convalecencia, debilidad que daba á su cerebro una penetrante lucidez.

En el seminario, por consejo de sus profesores, había refrenado siempre el espíritu de examen, su necesidad de saber. Lo que el enseñaban, le sorprendía mucho; pero llegaba á hacer el sacrificio de su razón, que exigían de su piedad. Y ahora, todo aquel laborioso andamiaje del dogma era destruído por un acto de rebeldía de aquella razón soberana, que reclamaba sus derechos y á la cual ya él no podía hacer callar. La verdad bullía y desbordaba, en oleada tan irresistible, que el joven cura comprendió que jamás volvería á refrenar el error de su cerebro. Era la ruina total é irreparable de la fe. Si había podido matar la carne en él, renunciando á la novela de su juventud; si se sentía dueño de su sensualidad, hasta el punto de no ser ya hombre, sabía ahora que el sacrificio imposible iba á ser el de su inteligencia. Y no se equivocaba; era su padre que renacía en el fondo de su ser, y concluía por triunfar en aquella dualidad hereditaria, donde durante tantos años había dominado su madre. La parte alta de su rostro, la frente derecha, en forma de torre, parecía haberse levantado todavía más, mientras que la parte inferior, la barba puntiaguda y la boca tierna se hundían.

Mientras tanto, sufría mucho, agobiado por la tristeza de no poder creer ya y por el deseo de seguir creyendo; y sufría, sobre todo á ciertas horas del crepúsculo, en que su bondad y su sed de amor despertaban; y era preciso que llegase el quinqué, que viese claro en torno de él y en sí mismo, para recobrar la energía y la calma de su razón, la fuerza del martir, la voluntad de sacrificarlo todo á la paz de su conciencia.

La crisis, pues, se había declarado. Era sacerdote y ya no creía. Esto acababa de abrirse bruscamente á sus pies, como un abismo sin fondo. Era en el fin de su vida, el hundimiento de todo. ¿Qué hacer? La simple probidad, ¿no le mandaba arrojar los hábitos y volver al seno de la humanidad? Pero había visto curas renegados, y le habían inspirado desprecio. Un cura casado, que él conocía, le daba asco. Sin duda, aquello no era más que un resabio de su larga educación religiosa: conservaba la idea de la *indelebilidad* del sacerdodocio, según la cual, después de haberse entregado á Dios, nadie podía volver á pertenecer. Tal vez también se sentía demasiado señalado, muy diferente ya de los demás hombres, para no temer el ridículo entre ellos. Puesto que lo había castrado, quería permanecer aparte, en su dolorosa altivez. Y después de largos días de angustia, después de luchas que se renovaban sin cesar; y en las cuales pugnaban su deseo de felicidad y las energías de su salud restablecida, tomó la heroica resolución de seguir siendo cura, y cura honrado. No le faltaría fuerza de abnegación; porque, si no había podido reprimir el cerebro, había reprimido la carne, y estaba seguro de cumplir su juramento de castidad. Y aquello era lo inalterable y lo firme; la vida pura y recta que tenía, la absoluta seguridad de vivir.

¿Qué importaba lo demás? Iba á sufrir sólo; nadie en el mundo sospechaba las cenizas de su corazón, el desvanecimiento de su fe, la horrible mentira en que iba á agonizar. Su más firme sostén sería la honradez; ejercería las funciones de cura como hombre honrado, sin romper ninguno de los votos que había pronunciado, continuando, con sujeción á los ritos, su empleo de ministro del Señor, á quién predicaría en el púlpito, celebraría en el altar y distribuiría en pan de vida á los fieles.

¿Quién se atrevería á acriminarlo por haber perdido la fe, si algún día era conocida esta gran desgracia? Y ¿qué más podían pedirle que su vida entera, sacrificada á su juramento, el respecto de su ministerio, el ejercicio de todas las caridades, sin la esperanza de una recompensa futura?

De esta manera acabó por calmarse, erguido aún, en medio de aquella desolada grandeza de sacerdote que ya no cree y que continúa velando por la fe de los demás. Y seguramente no era solo; se sentía con hermanos, curas torturados, caídos en la duda, que no abandonaban el altar, como soldados sin patria, y conservaban, sin embargo, el valor de hacer brillar la divina ilusión por encima de las muchedumbres arrodilladas.

Una vez restablecido del todo, Pedro reanudó su servicio en la pequeña iglesia de Neuilly. Allí celebraba su misa todas las mañanas. Pero estaba resuelto á renunciar todo cargo y todo ascenso en su carrera. Pasaron meses y años, y persistió en no querrer ser allí más que un cura habituado, el más desconocido, el más humilde de esos sacerdotes que las autoridades eclesiásticas toleran en una parroquia, que aparecen y desaparecen después de haber cumplido su obligación. Toda dignidad aceptada le hubiera parecido una agravación de su mentira, un robo hecho á otros más merecedores. Y tenía que rehusar ofrecimientos frecuentes, pues su mérito no podía pasar desapercibido. En el arzobispado se asombraron de aquella obstinada modestia; hubieran querido utilizar la fuerza que en él adivinaban.

Sin embargo, á veces sentía el amargo pesar de no ser útil, de no trabajar en alguna grande empresa, en la pacificación de la tierra, en la salud y en la felicidad de todos, cuya ardiente necesidad le atormentaba. Por fortuna, disponía de su tiempo y se consolaba entregándose furiosamente al estudio. Devoraba todos los libros de la biblioteca de su padre, reanudaba todos sus estudios discutidos; experimentaba una preocupación vehemente de la historia de los pueblos, un vivo deseo de ir hasta el fondo del mal social y religioso, para ver si realmente no tenía remedio.

Cierta mañana, registrando unos cajones de la biblioteca, Pedro descubrió un legajo sobre las apariciones de Lourdes. Había documentos muy completos; copias que comprendían los interrogatorios de Bernadette, actas administrativas, informes de la policía, consultas de médicos, sin contar muchas cartas particulares y confidenciales del más vivo in-

terés. Sorprendióle el hallazzo. El doctor Chassaigne, á quien interrogó sobre el particular, recordó que su amigo, Miguel Froment, estudió algún tiempo con ahinco el caso de Bernadette; y él mismo natural de una aldea próxima á Lourdes, tuvo que entrometerse en el asunto, para proporcionar al químico parte de aquella documentación.

Pedro, á su vez, se apasionó tanto por aquel estudio, que durante un mes no se ocupó en otra cosa. Sintióse infinitamente seducido por la figura recta y pura de la vidente, pero sublevado contra todo lo que había surgido después: el fetichismo bárbaro, las superstiziones dolorosas, la simonía triunfante. En su crisis de incredulidad, aquella historia no parecía hecha más que para acelerar la ruína de su fe. Pero había venido también á irritar su curiosidad; hubiera querido abrir una especie de información, establecer la verdad científica indiscutible, prestar al cristianismo puro el servicio de desembarazarlo de aquella escoria, de aquel cuento de hadas, tan conmovedor y tan pueril. Luego tuvo que abandonar su estudio, retrocediendo ante la necesidad de hacer un viaje á la Gruta y ante las dificultades grandísimas con que tropezaba para obtener los datos que le hacían falta. De todo aquello, únicamente conservó su ternura por Bernadette que recordaba siempre con un encanto delicioso y una piedad infinita.

Transcurrían los días, y la soledad de Pedro era cada vez más absoluta. El doctor Chassaigne acababa de marcharse á los Pirineos, presa de una mortal inquietud: abandonaba su clientela para llevar á Cauterets á su mujer enferma, que él y su hija, una muchacha adorable, veían con angustia empeorar cada día. Desde aquel momento, la casita de Neuilly había caído en un silencio y en vació de muerte. Pedro no tuvo ya más distracción que ir de vez en cuando á ver á los de Guersaint, que se habían mudado, tiempo hacía, de la casa inmediata, y á quienes había encontrado en el fondo de una calle miserable del barrio, metidos en un cuchitril. Y el recuerdo de su primera visita era aún tan vivo, que sintió una sacudida en el corazón, al pensar en su emoción profunda delante de la infortunada María.

Despertó, miró y vió á la pobre enferma tendida en el asiento, tal como la había vuelto á encontrar entonces, metida ya en su gamellón, clavada en aquel ataúd, al que adaptaban ruedas para pasearla. Ella, antes tan exuberante de vida, que nunca paraba de moverse y de reir, se moría allí de inacción y de inmovilidad. No había conservado más que sus cabellos, que caían sobre su espalda como un manto de oro; estaba tan flaca, que parecía disminuída, vuelta á la estatura de una niña.

Y lo lastimoso, en aquel rostro pálido, eran las miradas apagadas y fijas que no veían la continua obsesión de algo extraño, una expresión de ausencia, de desvanecimiento en el fondo de su mal. Sin embargo, observó que la miraba y quiso sonreirle; pero la escapó una queja, y luego otra. ¡Ah! ¡Qué sonrisa de pobre criatura mortalmente herida, con

vencida de que va á expirar antes del milagro! Aquello trastornó al pobre cura, que ya no oía ni veía más que á ella, en medio de los demás sufrimientos de que iba lleno el vagón, como si ella los hubiese resumido á todos, en la larga agonía de su hermosura, de su alegría y de su juventud.

Y, poco á poco, sin apartar los ojos de María, Pedro recayo en el recuerdo de los pasados días, saboreando las horas de amargo y triste encanto que había pasado cerca de ella, cuando subía á hacerle compañía en la pequeña habitación pobre. El Sr. de Guersaint acababa de completar su ruína, con el proyecto de renovar la estampería religiosa, cuya defectuosidad le irritaba. Sus últimos cuartos habían desaparecido en la quiebra de una casa de impresión en colores, y distraído, imprevisor, á la buena de Dios, con las continuas ilusiones de su alma pueril, no se apercibía de la penuria atroz que aumentaba; pretendía resolver el problema de la dirección de los globos, sin ver siquiera que su hija mayor, Blanca, se veía obligada á hacer prodigios de actividad para llegar á ganar el pan de su familia, de sus dos hijos, como llamaba á su padre y á su hermana.

Era Blanca, efectivamente, la que, dando lecciones de francés y de piano, corriendo todo París, mañana y tarde, pisando polvo y fango hallaba todavía el dinero necesario para los cuidados continuos que María reclamaba. Y ésta se desesperaba á menudo, prorrumpiendo en lágrimas, acusándose de ser la causa primordial de la ruína, después de tantos años de pagar médicos y llevarla de un balneario á otro, á la Bourboule, á Aix, á Lamalou, á Amélie-les-Bains. Ahora los médicos la habían abandonado, después de diez años de diagnósticos y de tratamientos diferentes. Unos creían que se trataba de la ruptura de los ligamentos anchos; otros decían que era un tumor; no faltaba quien afirmase que se hallaban en presencia de una parálisis procedente de la médula; y como ella se negaba á todo examen, con una resistencia de virgen, y los médicos ni siquiera se atrevían á preguntarla de un modo claro y preciso, cada uno mantenía su explicación, declarando que la enfermedad era incurable.

La infeliz no contaba ya sino con la ayuda de Dios. Su devoción había aumentado desde que estaba enferma, no hallando consuelo más que en su ardiente fe. Lo que más la apenaba era no poder ir á la iglesia, y leía la misa cada mañana. Sus piernas inertes parecían muertas; y era tal su debilidad, que ni para comer tenía fuerzas. Algunas veces, su hermana tenía que darle alimento.

Pedro acordóse en aquel instante: era una tarde también, antes de que encendiesen las luces. Encontrábase sentado al lado de ella, en la sombra creciente; de pronto. María le dijo que quería ir á Lourdes, porque estaba segura de volver curada- Él se sintió disgustado y perdió la prudencia, al extremo de exclamar que era una locura creer en semejantes puerilidades. Nunca hablaba de religión con ella, habiéndose

negado, no solamente á confesarla, sino hasta á dirigirla en su pequeños escrúpulos de beata.

Él obedecía á un doble sentimiento de pudor y de piedad, porque le hubiera costado una pena muy grande mentirle á ella, y, por otra parte, se hubiera considerado como un criminal, si hubiese empañado con un soplo aquella gran fe pura, que le daba fuerzas contra el sufrimiento. Por esto le supo mal haber soltado aquella expresión, y turbóse atrozmente al sentir la manecita fría de la enferma que le tomaba la suya. Suavemente, animada por la sombra, con voz entrecortada, ella se atrevió á darle á comprender que conocía su secreto, que sabía su desgracia, esa espantosa miseria para un cura que consiste en no creer. En sus conversaciones, él lo había dicho todo sin querer, y ella había penetrado en el fondo de su conciencia por una delicada intuición de amiga enferma.

Todo esto la preocupaba horriblemente, sufriendo más por él que por ella misma, compadeciéndole por aquella triste enfermedad moral. Y como Pedro no hallasse nada que contestar, confesando la verdad con su silencio, volvió María á hablar de Lourdes, añadiendo por lo bajo que quería confiarlo á él también á la santa Virgen, suplicándole que le devolviese la fe. A partir de aquella tarde, María no cesó de repetir que si iba á Lourdes, se curaría. Pero la detenía la cuestión del dinero, de la cual no se atrevía á hablar á su hermana. Pasaron dos meses; ella se debilitaba por momentos, aniquilándose en meditaciones y en ensueños, vueltos los ojos hacia el resplandor de la Gruta milagrosa.

Pedro entonces pasó días terribles. Al pronto se negó terminantemente á acompañar á María. Luego, la primera flexión de su voluntad vino con el pensamiento de que, si realizaba el viaje, podría aprovecharlo para continuar su investigación sobre Bernadette, cuya figura encantadora tenía grabada en el corazón. Por último, experimentó una dulzura, una esperanza secreta, la de que tal vez tenía razón María, que la Virgen podría apiadarse de él y devolverle la fe ciega, la fe del niño que ama y no discute.

¡Oh! ¡Creer con toda el alma, abismarse en la creencia! Sin duda no había otra felicidad posible. Pedro aspiraba á la fe, con toda la alegría de su juventud, con todo el amor que había sentido por su madre, con todo su deseo ardiente de escapar al tormento de comprender y de saber, de adormecerse para siempre en el fondo de la divina ignorancia. Aquella esperanza de dejar de ser de no ser más que una cosa en las manos de Dios, era cobarde y era deliciosa. Y así llegó á experimentar el deseo de probar la suprema experiencia.

Ocho días después, el viaje á Lourdes estaba resuelto. Pero el joven cura había exigido una consulta de médicos, para saber si María se hallaba realmente en estado de poder viajar. Otra escena evocada por la memoria de Pedro, y de la cual le parecía estar viendo aún ciertos detalles, mientras que otros se borraban ya. Dos de los médicos que habían cuidado á la enferma antiguamente, uno creyendo en una ruptura de los ligamentos anchos y el otro diagnosticando una parálisis de la médula, habían concluído por estar de acuerdo sobre esta parálisis, quizá con accidentes del lado de los ligamentos: no faltaba ningún síntoma; el caso les parecía tan evidente, que no habían vacilado en firmar, separadamente, certificaciones, casi conformes, de una afirmación decisiva. Por lo demás, creían que el viaje era posible, aunque muy doloroso.

Esto determinó á Pedro, porque aquellos doctores le parecieron muy prudentes y muy amantes de la verdad. No le quedaba más que un vago recuerdo del tercer médico llamado á consulta, Beauclair, primo de él, joven de viva inteligencia, poco conocido aún y tenido por muy original. Este, después de haber examinado detenidamente á María, pidió informes sobre sus ascendientes y pareció interesarle mucho lo que le decían del señor de Guersaint, aquel arquitecto-inventor, de espíritu débil y exuberante. Luego quiso acudir al campo visual de la enferma.

Palpándola discretamente, adquirió la certeza de que el dolor había concluído por localizarse en el ovario izquierdo, que cuando apoyaban en aquel punto, el dolor parecía subir hacia la garganta, en una masa pesada que la estrangulaba. No parecía hacer caso alguno de la parálisis de las piernas. Y desde aquel instante, contestando á una pregunta directa, exclamó que tenían que llevarla á Lourdes, donde indudablemente se curaría, si ella estaba segura de ello. Decía, sonriéndose, que la fe bastaba; que dos de sus clientes, muy piadosas, enviadas por él el año anterior, habían vuelto resplandecientes de salud.

Hasta anunciaba cómo se operaría el milagro, en un instante, en un despertamiento, una exaltación de todo el ser, mientras que el mal, aquel maldito peso diabólico que ahogaba á la muchacha, subiría por última vez y escaparía, como si le saliese por la boca. Pero se negó absolutamente á dar una certificación. No se había entendido con sus dos colegas, que le trataban con frialdad, como á un joven de espíritu arriesgado.

Pedro había conservado un recuerdo confuso de la discusión, frases sueltas, algo de la consulta de Beauclair: una luxación del órgano, con ligeros desgarros de los ligamentos, á consecuencia de la caída de caballo; luego, una lenta reparación, un restablecimiento de las cosas en su sitio, seguido de accidentes nerviosos consecutivos, de modo que la enferma había quedado bajo la obsesión, del susto primero, con la atención localizada sobre el punto lesionado, inmovilizada en medio del dolor creciente, incapaz de adquirir nociones nuevas, como no fuese por la sacudida de una violenta emoción. Por lo demás, el joven doctor admitía también, accidentes de la nutrición, todavía mal estudiados, cuya marcha é importancia no se atrevía á determinar.

Pero aquella opinión de que María soñaba su mal, y de que los horribles sufrimientos que la torturaban, procedían de una lesión curada desde

mucho tiempo atrás, pareció tan paradógica al mismo Pedro, al contemplar agonizante y con las piernas ya muertas, en su lecho de miseria que no le hizo caso. En aquel momento sólo se fijó en que los tres médicos estaban conformes en autorizar el viaje á Lourdes.

Bastábale saber que podía curarse, y estaba dispuesto á acompañarla al fin del mundo.

¡Ah! ¡qué días tan agitados, los que acababa de pasar en París! La peregrinación nacional iba á partir. El había tenido el buen acuerdo de hacer hospitalizar á María, para evitar los principales gastos. Luego tuvo que practicar muchas diligencias para ingresar en la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud. El Sr. de Guersaint estaba encantado, porque era amante de la naturaleza y ardía en ganas de conocer los Pirineos, y no se preocupaba de nada; aceptaba perfectamente que el joven cura le pagase el viaje, corriese con los gastos de fondo, le tomase, en fin, á su cargo, como á un niño; y como, á última hora, su hija, Blanca le había puesto en la mano una moneda de veinte francos, se consideraba rico.

Aquella pobra y heróica Blanca tenía un escondrijo, cincuenta francos de economías, que tuvieron que acentar, porque se formalizaba, y quería contribuír también á la curación de su hermana, ya que no podía acompañarla en su viaje, por impedírselo sus lecciones. Continuaría sus marchas forzada por el duro suelo de París, en tanto que los suyos irían á prosternarse, allá lejos, entre los encantos de la Gruta. Y habían partido, y rodaban, y rodaban más y más.

En la estación de Châtellerault, una gran gritería sacó á Pedro de su meditación. ¿Que occurrío? ¿Llegaban á Poitiers? Pero apenas eran las doce, y era sor Jacinta que hacía rezar la oración angélica, las tres *Ave-marías* tres veces repetidas. Se quebraban las voces, y un nuevo cántico se elevó prolongándose en una lamentación.

Aún faltaban veinticinco minutos largos para llegar á Poitiers, donde parecía que la media hora de parada iba á liviar todos los sufrimientos. ¡Iban tan incómodos, tan rudamente sacudidos en aquel vagón apestado y y caldeado! Era demasiada miseria. Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de la señora Vincent; una sorda blasfemia había escapada al Sr. Sabathier, habitualmente tan resignado, mientras que el padre Isidoro, la Grivota y la señora Vétu parecían haber dejado de existir, como vestigios de un naufragio, á merced de las olas. María, con los ojos cerrados, no quería abrirlos ni contestar, perseguida por la horrible visión de la cara de Elisa Rouquet, de aquella cabeza horrible que la representaba la imagen de la muerte. Y mientras el tren aceleraba su marcha, acarreando aquella humana desesperación, bajo un cielo de plomo, á través de llanuras abrasadas, hubo otro susto. El hombre de los desmayos había cesado de respirar, y una voz anunció que expiraba.

III.

Luego que el tren se hubo detenido en Poitiers, sor Jacinta se apresuró á bajar en medio de la barahunda de los mozos de la estación que abrían las portezuelas y de los peregrinos que se precibitaban.

—Esperarse, esperarse,—repetía ella.—Déjenme pasar antes; quiero ver si todo ha concluído.

Cuando hubo subido al otro departamento, levantó la cabeza de aquel hombre, y al verle tan pálida y sin expresión alguna en los ojos, creyó desde luego que efectivamente había fallecido. Pero sintió luego una ligera respiración.

—No no, aún respira. No hay que perder un instante.

Y añadió, dirigiéndose á la otra hermana que se halla en el fondo del vagón:

—Haga usted el favor, sor Clara de los Angeles; vaya corriendo á buscar al padre Massías, que debe encontrarse en el tercero ó en el cuarto vagón. Dígale que tenemos un enfermo en peligro de muerte y que traiga en seguida los Santos Oleos.

Sin contestar la monja desapareció entre el tropel de gente. Era pequeña, delicada y afable, de aspecto reflexivo, con ojos de misterio, aunque muy activa.

Pedro, que observava la escena, de pie, en el otro departamento; se permitió hacer una observación.

—¿No sería bueno que llamasen también al medico?

—Sin duda; en esto estaba yo pensando,—contestó sor Jacinta.—¡Oh padre, tenga la amabilidad de ir usted mismo.

Precisamente, Pedro se proponía ir al furgón de la cantina, en busca de un caldo para María. Algo aliviada, desde que habían cesado las sacudida del tren, la enferma había abierto los ojos y suplicado á su padre que la sentase. Hubiera querido que la bajasen un momento al andén, ansiosa de respirar un poco de aire puro; pero comprendió que aquello sería pedir demasiado, y que costaría un trabajo excesivo bajarla y volverla á subir. El Sr. de Guersaint, que había almorzado en el tren, como la mayor parte de los peregrinos y enfermos, permaneció en el embarcadero, cerca de la portezuela abierta, fumando un cigarrillo, en tanto que Pedro corría al vagón de la cantina, donde se encontraba el medico de servicio con su botiquín.

En el vagón, se quedaron también otros enfermos que no era posible

mucho tiempo atrás, pareció tan paradógica al mismo Pedro, al contemplar agonizante y con las piernas ya muertas, en su lecho de miseria que no le hizo caso. En aquel momento sólo se fijó en que los tres médicos estaban conformes en autorizar el viaje á Lourdes.

Bastábale saber que podía curarse, y estaba dispuesto á acompañarla al fin del mundo.

¡Ah! ¡qué días tan agitados, los que acababa de pasar en París! La peregrinación nacional iba á partir. El había tenido el buen acuerdo de hacer hospitalizar á María, para evitar los principales gastos. Luego tuvo que practicar muchas diligencias para ingresar en la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud. El Sr. de Guersaint estaba encantado, porque era amante de la naturaleza y ardía en ganas de conocer los Pirineos, y no se preocupaba de nada; aceptaba perfectamente que el joven cura le pagase el viaje, corriese con los gastos de fondo, le tomase, en fin, á su cargo, como á un niño; y como, á última hora, su hija, Blanca le había puesto en la mano una moneda de veinte francos, se consideraba rico.

Aquella pobra y heróica Blanca tenía un escondrijo, cincuenta francos de economías, que tuvieron que acentar, porque se formalizaba, y quería contribuír también á la curación de su hermana, ya que no podía acompañarla en su viaje, por impedírselo sus lecciones. Continuaría sus marchas forzada por el duro suelo de París, en tanto que los suyos irían á prosternarse, allá lejos, entre los encantos de la Gruta. Y habían partido, y rodaban, y rodaban más y más.

En la estación de Châtellerault, una gran gritería sacó á Pedro de su meditación. ¿Que occurrío? ¿Llegaban á Poitiers? Pero apenas eran las doce, y era sor Jacinta que hacía rezar la oración angélica, las tres *Ave-marías* tres veces repetidas. Se quebraban las voces, y un nuevo cántico se elevó prolongándose en una lamentación.

Aún faltaban veinticinco minutos largos para llegar á Poitiers, donde parecía que la media hora de parada iba á liviar todos los sufrimientos. ¡Iban tan incómodos, tan rudamente sacudidos en aquel vagón apestado y y caldeado! Era demasiada miseria. Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de la señora Vincent; una sorda blasfemia había escapada al Sr. Sabathier, habitualmente tan resignado, mientras que el padre Isidoro, la Grivota y la señora Vétu parecían haber dejado de existir, como vestigios de un naufragio, á merced de las olas. María, con los ojos cerrados, no quería abrirlos ni contestar, perseguida por la horrible visión de la cara de Elisa Rouquet, de aquella cabeza horrible que la representaba la imagen de la muerte. Y mientras el tren aceleraba su marcha, acarreando aquella humana desesperación, bajo un cielo de plomo, á través de llanuras abrasadas, hubo otro susto. El hombre de los desmayos había cesado de respirar, y una voz anunció que expiraba.

III.

Luego que el tren se hubo detenido en Poitiers, sor Jacinta se apresuró á bajar en medio de la barahunda de los mozos de la estación que abrían las portezuelas y de los peregrinos que se precibitaban.

—Esperarse, esperarse,—repetía ella.—Déjenme pasar antes; quiero ver si todo ha concluído.

Cuando hubo subido al otro departamento, levantó la cabeza de aquel hombre, y al verle tan pálida y sin expresión alguna en los ojos, creyó desde luego que efectivamente había fallecido. Pero sintió luego una ligera respiración.

—No no, aún respira. No hay que perder un instante.

Y añadió, dirigiéndose á la otra hermana que se halla en el fondo del vagón:

—Haga usted el favor, sor Clara de los Angeles; vaya corriendo á buscar al padre Massías, que debe encontrarse en el tercero ó en el cuarto vagón. Dígale que tenemos un enfermo en peligro de muerte y que traiga en seguida los Santos Oleos.

Sin contestar la monja desapareció entre el tropel de gente. Era pequeña, delicada y afable, de aspecto reflexivo, con ojos de misterio, aunque muy activa.

Pedro, que observava la escena, de pie, en el otro departamento; se permitió hacer una observación.

—¿No sería bueno que llamasen también al medico?

—Sin duda; en esto estaba yo pensando,—contestó sor Jacinta.—¡Oh padre, tenga la amabilidad de ir usted mismo.

Precisamente, Pedro se proponía ir al furgón de la cantina, en busca de un caldo para María. Algo aliviada, desde que habían cesado las sacudida del tren, la enferma había abierto los ojos y suplicado á su padre que la sentase. Hubiera querido que la bajasen un momento al andén, ansiosa de respirar un poco de aire puro; pero comprendió que aquello sería pedir demasiado, y que costaría un trabajo excesivo bajarla y volverla á subir. El Sr. de Guersaint, que había almorzado en el tren, como la mayor parte de los peregrinos y enfermos, permaneció en el embarcadero, cerca de la portezuela abierta, fumando un cigarrillo, en tanto que Pedro corría al vagón de la cantina, donde se encontraba el medico de servicio con su botiquín.

En el vagón, se quedaron también otros enfermos que no era posible

bajar. La Grivota, que se ahogaba y deliraba, retuvo á la señora de Jonquière, que había citado en el restaurant á su hija Ramona y á las señoras Volmar y Désagneaux, para almorzar juntas las cuatro.

¿Cómo dejar sola, en el duro aciento, á aquella infeliz que parecía estar en la agonía? El Sr. Sabathier, clavado en su sitio, esperaba á su esposa, que había ido á buscarle un racimo de uvas. Marta no se había movido del lado de su hermano, el misionero, cuya débil queja continuaba. Los demás, los que podían andar, se habían atropellado para bajar del tren, huyendo apresuradamente, siquiera por un momento, de aquel vagón de miseria, donde se le entumecían los miembros al cabo de siete largas horas de viaje. La señora Maze se apartó en seguida hacia un extremo desierto de la estación, alejando allí su melancolía. Abatida por el sufrimiento, la señora Vétu solamente tuvo fuerzas para dar algunos pasos y sentarse luego en un banco, sin sentir el ardor del sol que le daba de lleno; mientras que Elisa Rouquet, que había tenido el pudor de envolverse la cara en su manteleta negra, buscaba por todas partes una fuente, abrasada de sed. La señora Vincent, á paso lento, paseaba en brazos á su Rosita, procurando sonreirle y alegarla enseñándole imágenes de colores muy vivos, que la niña miraba gravemente sin verlas.

Mientras tanto, á Pedro le costaba muchísimo trabajo abrirse paso en medio de aquel gentío que llenaba el muelle.

Aquel Raudal viviente de lisiados y de válidos, que había arrojado el tren; aquel millar y pico de personas que corrían y se agitaban ahogándose, ofrecían un cuadro indescriptible. Cada vagón había evacuado su miseria, como una sala de hospital; y calcúlese la espantosa cantidad de males que transportaría aquel tren blanco, que concluía por tener, á su paso, una leyenda de espanto y de horror. Unos enfermos iban arrastrándose, á otros les llevaban y muchos quedaban amontonados en la acera. Había oleadas bruscas, violentos llamamientos, un apresuramiento loco hacia el restaurant y la cantina. Cada cual iba presuroso á su quehacer. ¡Era tan corta aquella parada de media hora, la única que habían de tener antes de llegar á Lourdes! Y la sola nota alegre, en medio de las negras sotanas y de los trajes descoloridos de aquella pobre gente, era la blancura risueña de las Hermanitas de la Asunción, todas de blanco, moviéndose mucho, con su cofia, su toquilla y su delantal de nieve.

Cuando Pedro llegó, por fin, al furgón de la cantina, hacia la mitad del tren, lo encontró ya tomado por asalto. Había allí una hornilla de petróleo y una rudimentaria batería de cocina.

El caldo, hecho con jugo de carne, estaba puesto á calentar en calderos; y la leche concentrada, metida en latas, era desleída y utilizada á medida de las necesidades. Otras provisiones, como bizcochos, frutas y chocolate, ocupaban unas estanterías improvisadas. Pero ante las manos tendidas con avidez, sor San Francisco, encargada del servicio, mujer de

cuarenta y cinco años, baja de estatura y muy metida en carnes, de rostro simpático y fresco, perdía algo la cabeza. Tuvo que continuar su distribución, escuchando á Pedro que llamaba al médico, instalado en otro compartimiento del furgón, con su botiquín ambulante. Y como el joven cura daba explicaciones, hablando del pobre hombre que moría, ella se hizo reemplazar, porque quiso ir á ver lo que ocurría.

—Mi hermana; es que yo venía á pedirle á usted un caldo para una enferma.

—Pues voy á llevarlos yo misma, señor cura. Vayan ustedes delante.

El médico y el abate se dieron prisa, cambiando preguntas y respuestas rápidas, y seguidos por sor San-Francisco que llevaba la taza de caldo, con mucha precaución, en medio de los empujones de la muchedumbre. El médico era un joven moreno, de unos veintiocho años, robusto, guapo mozo, con una cabeza de emperador romano, como las produce todavía el suelo de Provenza. Al verle, sor Jacinta tuvo una gran sorpresa y exclamó:

—¡Cómo! ¿es usted, Sr. de Ferrand?

Ambos quedaron asombrados del encuentro. Las hermanas de la Asunción tienen la heróica misión de cuidar á los enfermos pobres, á los que no pueden pagar la asistencia, á los que agonizan en las buhardillas; y pasan así su enfermo se cura ó se muere.

De este modo se había instalado un día sor Jacinta en casa de aquel muchacho, estudiante de Medicina entonces, acometido de una fiebre tifoidea, y tan pobre, que habitaba en la calle del Horno, una especie de covacha, sin fuego y sin aire. Ella no se apartó jamás del miserable enfermo, salvóle de la muerte con su pasión de consagrar su vida entera á los demás, como hija del infortunio, encontrada hacía tiempo en el pórtico de una iglesia, sin más familia que la de los que sufrían, por quienes se sacrificaba, con todo su ardiente deseo de amar. ¡Y qué carácter tan adorable, qué trato tan exquisito luego, en aquella pura fraternidad del sufrimiento!

Cuando él la llamaba «mi hermana», era verdaderamente á su hermana á quien hablaba. Era, además, una verdadera madre para él; lo lavaba, lo acostaba, sin que entre los dos creciese otro sentimiento que una piedad suprema, la divina ternura de la caridad. Ella mostrábase siempre alegre, sin sexo, sin más instintos que el de aliviar y consolar; y él la adoraba, la veneraba, y había conservado de ella el más casto y más apasionado de los recuerdos.

—¡Oh! ¡Sor Jacinta! ¡Sor Jacinta!—murmuraba encantado.

La casualidad volvía á juntarlos; porque Ferrand no era creyente, y si se encontraba á ella era porque, á última hora, había consentido en sustituir á un amigo, bruscamente impedido. Hacía casi un año que era interno en el hospital de la Piedad. Aquel viaje á Lourdes, en condiciones tan particulares, le interesaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO L...
BIBLIOTECA UNIVERSITA...
"ALFONSO REYES"
...1625 MONTERREY, MEXI...

Pero la alegría de volverse á ver les hacía olvidar al pobre hombre y la monja repuso:

—Vea usted, señor de Ferrand; le hemos llamado para ese infeliz. Un instante le creímos muerto.... Desde Amboise viene causándonos grandes inquietudes, y acabo de mandar por los Santos Oleos.... ¿Le encuentra usted tan grave? ¿No podría usted reanimarlo un poco?

Mientras tanto, el médico lo examinaba. Entonces, los demás enfermos, que se habían quedado en el vagón, miraron con curiosidad. María, á quien á San Francisco había dado la taza de caldo, la sostenía con una mano tan vacilante, que Pedro tuvo que tomarla y probar de hacérsela beber; pero ella no podía tragar y no acabó de tomar el caldo si se hubiese tratado de su propia existencia.

—Diga usted, volvió á preguntar sor Jacinta; ¿cómo lo encuentra? ¿Qué enfermedad tiene?

—¡Oh! ¿Qué enfermedad?—murmuró Ferrand.—¡Las tiene todas!

Sacó luego un pomo del bolsillo, y procuró introducir algunas gotas entre los dientes apretados del enfermo. Este exaló un suspiro, levantó los párpados y los dejó caer de nuevo, y no dió más señales de vida.

Sor Jacinta, ordinariamente tan tranquila que no se exasperaba jamás, tuvo un movimiento de impaciencia.

—¡Esto es terrible! ¡Y sor Clara de los Angeles que no vuelve! Sin embargo, la he indicado bien el vagón del padre Massías.... ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotros?

Viendo que no podía ser útil, sor San Francisco iba á volverse á su furgón, cuando preguntó con toda sencillez si aquel hombre se moría acaso de inanición; porque sucedía alguna vez, y ella no había venido más que para ofrecer sus provisiones. En fin, al marcharse prometió decir á sor Clara de los Angeles, si la encontraba, que se diese prisa; y apenas había andado veinte metros, cuando retrocedió, desiguando á la hermana que volvía sola, con su paso discreto y menudo.

Asomada á la portezuela, sor Jacinta multiplicaba los llamamientos.

—¡Venga usted! ¡Dése usted prisa! Pero bien, ¿y el padre Massías?

—No está.

—Cómo, ¿no está?

—No. Yo no he podido ir más aprisa, entre ese gentío. Cuando llegué al vagón, el padre Massías había bajado ya, y salido de la estación sin duda.

Contó que el padre, según decían, debía tener una entrevista con el cura de Santa-Radegonda. Los otros años, la peregrinación nacional se detenía veinticuatro horas; metía los enfermos en el hospital de la villa ó iban á Santa Radegonda en procesión. Pero este año, había surgido un obstáculo, el tren iba á continuar directamente hacia Lourdes. Indudablemente, el padre Massías debía estar por allí, hablando con el cura.

—Me han prometido cumplir el encargo, y enviármelo con los Santos Oleos, tan pronto como parezca.

Era un verdadero desastre para sor Jacinta. Puesto que la ciencia, nadia podía, tal vez los últimos Sacramentos hubieran aliviado al enfermo. Ella había visto suceder esto á menudo.

—¡Oh, hermana, hermana mía, cuánto lo siento!... Vamos, tenga usted la amanabilidad de volver á esperar al padre, y traérmelo tan pronto come llegue.

—Sí, hermana; contestó dócilmente sor Clara de los Angeles, que volvió á partir con su aire grave y misterioso, deslizándose entre la muchedumbre, con una flexibilidad de sombra.

Ferrand seguía observando al hombre, desolado por no poder dar á sor Jacinta el gusto de reanimarlo. Y como hiciese un gesto de impotencia, volvió ella á suplicarlo.

—Señor Ferrand, quédese usted aquí; espere que haya venido el cura... Así estaré algo más tranquila.

Quedóse y ayudóla á levantar al hombre, que resbalaba del asiento. Luego ella cogió un lienzo y le secó la frente, que se cubría á cada momento de un espeso sudor. Y la espera se prolongó, en medio del malestar de los enfermos que se habían quedado en el vagón y de la curiosidad de las gentes de fuera, que empezaba á aglomerarse.

De pronto apareció una señorita, que, abriéndose paso entre el gentío, subió al estribo y se dirigió á la señora de Jonquière.

—¡Pero mamá! ¡Esas señoras te esperan en el restaurant!

Era Ramona de Jonquère, algo madura para sus veinticinco años, que se parecía extraordinariamente á su madre; muy morena, de nariz larga y boca grande, pero de rostro rollizo y agradable.

—Pero, hija, ¿no ves que no puedo abandonar á esta pobre mujer?

Y señalaba á la Grivota, presa en aquel momento de un acceso de tos que la sacudía horriblemente.

—¡Oh, mamá, qué lástima! La señora Desagneaux y la señora Volmar, que deseaban tanto que llegase el momento de comer juntas las quatro...

—¿Qué quieres, hija mía?... Empezad á almorzar sin mí. Di á esas señoras que tan pronto como pueda, iré.

Y como se le ocurriese una idea, añadió:

—Espera, aquí está el médico; voy á ver si se encarga de la enferma. Anda, que voy detrás de tí. Y ten entendido que estoy muerta de hambre.

Ramona volvióse corriendo al restaurant, mientras que la señora de Jonquière suplicaba á Ferrand que se acercase á ver si podía aliviar á la Grivota. A instancias de Marta, ya había examinado al padre Isidoro, cuya queja no cesaba; y de nuevo, el doctor había manifestado con un gesto su impotencia. Sin embargo, acudió, incorporó á la tísica,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esperando que cesaría la tos, que cesó, efectivamente, poco á poco. Luego ayudó á la dama hospitalaria á hacerle tomar un sorbo de una poción calmante.

En el vagón, la presencia del médico continuó poniendo á los enfermos en movimiento. El Sr. Sabathier, que comía lentamente su racimo de uva, no le preguntaba, porque conocía de antemano su contestación, cansado de haber consultado, como él decía á todos los príncipes de la ciencia; pero no dejaba de sentir cierto bienestar, viendo que el médico hacía cambiar de posición á aquella pobre muchacha, cuya vecindad le molestaba. Y la misma María le miraba hacer con un interés creciente, sin atreverse á llamarlo para ella, segura, también, de que nada podía conseguir.

En el muelle aumentaba el tropel. Solo faltaba un cuarto de hora para la salida. Como insensible, con los ojos abiertos, pero sin ver nada, la señora Vétu adormecía su mal bajo los ardores del sol; mientras que, delante de ella, con el mismo paso cadencioso y lento, la señora Vincent seguía paseando á Rosita, de un peso tan ligero, que no la sentía en sus brazos, como si llevase un pájaro enfermo. Muchos viajeros corrían á llenar de la fuente jarros, botijos y botellas. La señora Maze, muy cuidadosa y delicada, tuvo la ocurrencia de ir á lavarse en ella las manos; pero al llegar, encontróse con Elisa Rouquet y retrocedió ante aquel monstruo, ante aquella cabeza perruna, de hocico carcomido, que tendía la hendidura oblicua de su llaga para beber á lametazos. Y todos experimentaron el mismo extremecimiento de horror y la misma repugnancia en llenar las botellas, los botijos y los jarros en aquella fuente donde la Rouquet había bebido. Gran número de peregrinos comían á lo largo del andén. Oíanse las muletas acompasadas de una mujer que iba y venía sin cesar, en medio de los grupos. Un tullido arrastrábase por el suelo en busca de no se sabía qué. Otros, sentados en montón, ya no se movían. Todo aquel desenfardo de un momento, aquel hospital ambulante, vaciado allí por media hora, tomaba el aire entre la agitación azarada de la gente válida, de una pobreza y de una tristeza espantosas, en plena luz del medio día.

Pedro no se alejaba ya de María, porque el señor de Guersaint había desaparecido, atraído por el risueño paisaje que se divisaba al extremo de la estación. Inquieto al ver que no había podido tomar toda la taza de caldo, el joven cura trató de excitar el apetito de la enferma, ofreciéndose á ir á comprarle un melocotón; pero ella no quiso; sufría demasiado y nada apetecía. Ella le miraba con sus grandes ojos lastimeros, presa entre su impaciencia por aquella parada que retrasaba su curación posible, y su temor de ser nuevamente sacudida, á lo largo de aquel duro camino interminable.

Un señor grueso se acercó y tocó á Pedro en el brazo. Tenía el pelo gris, llevaba toda la barba y presentaba un rostro ancho y paternal.

—Dispense usted, señor cura; ¿no es en este vagón donde hay un desgraciado enfermo en la agonía?

Y después que el cura le hubo contestado afirmativamente, siguió hablando con la mayor llaneza y familiaridad.

—Yo me llamo Vignerón; soy subjefe en el ministerio de Hacienda, y he pedido licencia para acompañar con mi mujer, nuestro hijo Gustavo, á Lourdes. El pobre chico tiene puesta toda su esperanza en la Santa Virgen, á quien rogamos por él noche y día... Vamos ahí, en el vagón inmediato, donde ocupamos un compartimiento de segunda clase.

Volvióse luego y llamó á los suyos, acompañando las palabras con un movimiento de la mano:

—Venid, venid; aquí es en efecto. El pobre enfermo está realmente muy grave.

La señora Vignerón era pequeña, de rostro afilado y pálido, de una pobreza de sangre en su corrección de buena burguesa, que reaparecía terrible en su hijo Gustavo. Este de quince años de edad, parecía tener apena diez; raquítico, flaco como un esqueleto, anémico, con la pierna derecha reducida á nada, lo cual le obligaba á andar con una muleta. Tenía una carita adelgazada, algo torcida, donde no quedaban más que los ojos, pero unos ojos chispeantes de inteligencia, aguzados por el dolor, viendo seguramente claro hasta el fondo de las almas.

Seguía una vieja, de cara aplastada, arrastrando las piernas con dificultad; y al señor Vignerón, acordándose de que se había olvidado de ella, acercóse nuevamente á Pedro, para terminar la presentación.

—La señora Chaise, hermana mayor de mi mujer, que también ha querido acompañar á Gustavo á quien quiere mucho.

Y añadió en baja, al oído del cura, con aire de confianza:

—Es la viuda del comerciante en sedas; inmensamente rica. Padece una enfermedad del corazón, que le causa serias inquietudes.

Entonces, toda la familia, agrupada, miró con gran curiosidad lo que pasaba en el vagón. De continuo se aglomeraba gente, y el padre, para que su hijo pudiera ver bien, lo levantó un instante en brazos, mientras que la tía aguantaba la muleta, y la madre se ponía de puntillas para mirar.

El vagón continuaba ofreciendo el mismo espectáculo. El hombre de los desmayos, sentado en su rincón, rígido y con la cabeza apoyada en el duro tabique de madera. Estaba lívido, con los párpados cerrados y la boca contraída por la agonía, bañado en el sudor frío que sor Jacinta enjugaba, de vez en cuando, con un lienzo. Esta ya no decía nada, ni se impacientaba, vuelta á su habitual serenidad, confiada en el cielo, y dirigiendo sólo alguna mirada hacia el andén, para ver si llegaba el padre Massias.

—¿Ves, Gustavo?—dijo el Sr. Vignerón.—Debe ser un físico.

El muchacho roído por la escrófula, devorado en la cadera por un absceso frío, con un principio de necrosis de las vértebras, parecía observar con vivísimo interés aquella agonía. No se asustaba; se sonreía con infinita tristeza.

—¡Oh, qué horror!—murmuró la señora Chaise, que palidecía á la idea de la muerte, en su continuo temor de una crisis brusca que se la llevase al otro mundo.

—¡Paciencia!—exclamó filosóficamente el Sr. Vignerón.—A cada uno le toca su turno. Todos somos mortales.

Y la sonrisa de Gustavo adquirió una expresión de burla dolorosa, como si hubiese oído otras palabras y experimentado un deseo inconsciente la esperanza de que la vieja tía se moriría antes que el, que heredaría los quinientos mil francos prometidos, y que él tampoco serviría mucho tiempo de estorbo á su familia.

—Bájalo, que le cansas,—dijo la señora Vignerón á su marido.

Y ella y la tía procuraron que el chico no recibiese ningún golpe. ¡El pobre necesitaba que le cuidasen tanto! A cada instante, temían perderlo. El padre mismo opinó que lo mejor era volverlo á subir en seguida á su departamento. Y mientras las dos mujeres se lo llevaban, él añadió muy conmovido, dirigiéndose á Pedro:

—¡Ah! señor cura; si Dios nos lo arrebatase, nuestra vida se iría con él... No hablo de la fortuna de su tía, que pasaría á otros sobrinos. Aunque sería contra el cordón natural que el niño muriese antes que ella, sobre todo estando tan enferma... En fin, todos nos hallamos en manos de la Providencia, y confiamos en la Santa Virgen, que seguramente va á hacer un milagro.

La señora de Jonquière, tranquilizada por el doctor Ferrand, pudo al fin dejar á la Grivota. Pero tuvo el cuidado de decir á Pedro:

—Estoy muerta de hambre; corro un momento al restaurant... Por favor, si la tos de mi enferma repite, venga usted á buscarme.

Después de haber conseguido atravesar el andén con gran trabajo, encontróse con otra avalancha en el restaurant. Los peregrinos acomodados habían tomado las mesas por asalto. Muchos curas comían á toda prisa, en medio del ruído de tenedores, cuchillos y vajilla. Tres ó cuatro mozos no podían atender cumplidamente al servicio, porque les dificultaba el paso la gente agolpada al mostrador, que compraba fruta, panecillos y fiambres. Ramona almorzaba con las señoras Desagneaux y Volmar, en una mesita del fondo de la sala.

—¡Ah! mamá. ¡Gracias á Dios! Iba á volver á buscarte. Después de todo, es preciso que dejen comer.

Estaba muy animada y se divertía mucho con las aventuras del viaje y aquel almuerzo improvisado á escape.

— Toma; te he guardado tu parte de trucha con salsa verde, y aquí tienes una chuleta que te espera... Nosotras ya estamos en las alcachofas.

El almuerzo fué delicioso. Aquel rincón de alegría contrastaba vivamente con toda la tristeza ambulante del tren.

La joven señora Desagneaux estaba adorable. Era una rubia delicada, de cabellos amarillos y rizados con una carita de leche; redonda, salpicada de hoyuelos, muy risueña y muy bondadosa. Ricamente casada, dejaba, hacía tres años, á su marido en Trouvaille, en pleno Agosto, para acompañar la peregrinación nacional, en calidad de dama hospitalaria. Era su gran pasión, una piedad febril, una necesidad de consagrarse enteramente á los enfermos durante cinco días, un verdadero desenfreno de absoluta abnegación, del cual volvía quebrantada y loca de alegría. Lo único que la apenaba era no tener todavía ningún hijo, y á veces sentía, en un arranque cómico, no haberse dado cuenta de su vocación para hermana de la caridad.

—¡Ah! No compadezca usted á su madre—dijo vivamente á Ramona; —después de todo, se entretiene con los enfermos.

Y añadió, dirigiéndose á la señora de Jonquière:

—¡Si supiera usted qué largas nos parecen las horas, en nuestro hermoso departamento de primera clase! Ni siquiera se puede entretener una con la labor; está prohibido. Yo había suplicado que me metieran con los enfermos; pero todos los puestos estaban dados, y no voy á tener más remedio que procurar dormir toda la noche en mi rincón.

Rióse, y continuó:

—¿Verdad, señora Volmar, que dormiremos, puesto que parece que la conversación la fatiga á usted?

La señora Volmar, que había cumplido seguramente los treinta, muy morena, de cara larga y aire distinguido, tenía unos ojos sumamente rasgados, magníficos, verdaderos ásculas sobre las cuales pasaba, por momentos, como un velo, una nube que parecía apagarlas. A primera vista, no era hermosa; pero á medida que se la miraba, volvíase interesante, atractiva, apetecible hasta la pasión y la inquietud. Ella procuraba esquivarse, muy modesta, vistiendo siempre de negro y sin una sola joya, á pesar de ser la esposa de un diamantista de París.

—¡Oh! Yo—murmuró ella,—con tal de que no me zarandeen mucho, estoy contenta.

Ya había ido dos veces á Lourdes, como dama auxiliar, y apenas se la veía en el hospital de Nuestra Señora de los Dolores. A su llegada se encontraba ya tan cansada, que no podía moverse de su cuarto.

La señora de Jonquière, directora de la sala, se mostraba con ella muy tolerante y afectuosa.

—¡Ah! Tiempo les queda á ustedes para prodigarse. Duerman ustedes, si pueden; ya me sustituirán cuando yo me caiga de fatiga.

Y añadió, dirigiéndose á su hija:

—Tú, procura no excitarte mucho, si quieres conservar la cabeza firme.

Pero Ramona la miró sonriéndose con aire de reconvención.

—¡Mamá, mamá! ¿Por qué dices eso? ¿Es que yo no tengo juicio?

Y no debía poderse alabar mucho, porque en sus ojos grises brilló el deseo de gozar de la vida, animada por su juventud libre de preocupaciones y cuidados.

—Es verdad—confesó la madre algo confusa;—esta chica tiene á veces más juicio que yo... Dame la chuleta, y te aseguro que no voy á desdeñarla ¡Qué hambre tenía!

El almuerzo continuó, animado por las continuas risas de la señora Desagneaux y de Ramona. Esta se animaba, y su rostro, que la espera del matrimonio tenía ligeramente de amarillo, adquiría otra vez el rosado esplendor de los veinte años. Comían á dos carrillos, porque ya no les quedaban más que diez minutos. En toda la sala aumentaba la vocería de los comenzales que temían que les faltase tiempo para tomar el café.

Pero, apareció Pedro; á la Grivota le había dado otro ataque de sofocación; y la señora de Jonquiére acabóse su alcachofa y violvióse á su hija, que le daba las buenas noches en broma. Mientras tanto, el cura acaba de hacer un movimiento de sorpresa al ver á la señora de Volmar, con la cruz roja de las damas hospitalarias sobre el cuerpo de un vestido negro. La conocía; visitaba aún de vez en cuando á la vieja señora Volmar, madre del diamantista, antigua amiga de su propria madre; mujer terrible, excesivamente devota, de una dureza y de una severidad tales, que cerraba las persianas para que su nuera no se asomase á la calle, y el sabía la historia de la joven, encerrada desde el día después de su matrimonio, entre su suegra que la terrorizaba, y su marido, un mostruo, de una fealdad repugnante, que llegaba á pegarla por celos, á pesar de que mantenía varias queridas fuera de casa. No la dejaban salir más que un istante para ir á la iglesia. Pedro sorprendió un día su secreto, en la Trinidad, viéndola cambiar rápidamente una palabra con un señor de porte muy distinguido; la caída inevitable y tan perdonable; la falta en brazos del amigo discreto que se ha encontrado presente en el momento crítico; la pasión oculta y devoradora, que no puede satisfacerse y abrasa, la cita que cuesta tanto haber posible, que hay que esperarla semanas enteras, y que se aprovecha vorazmente, en una brusca llamarada del deseo.

Ella se había turbado, y le tendió su diminuta mano afilada y tibia.

—¡Hola! ¡Qué casualidad! señor cura... ¡Cuánto tiempo sin vernos!...

Y explicó que era el tercer año que iba á Lourdes; que su suegra había exigido que formase parte de la Asociación de Nuestra Señora de la Salud.

—Extraño que no me viese usted en la estación. Me mete en el tren y vuelve á recibirme, á la vuelta.

Todo aquello estaba dicho con la mayor naturalidad, pero con tan sorda ironía, que Pedro creyó adivinarlo todo. Sabía que era escéptica en materia de religión, y que no iba á la iglesia sino para disfrutar de una hora de libertad, de vez en cuando; y tuvo la súbita intuición de que alguien la esperaba en Lourdes, de que corría á satisfacer su pasión, bajo el velo de muerta indiferencia con que apagaba sus ojos de fuego.

—Yo acompaño una amiga de la infancia—dijo él;—una pobre muchacha enferma... Se la recomiendo, esperando que la cuidará usted...

Ella se puso ligeramente colorada, y Pedro ya no tuvo la menor duda.

Ramona arreglaba la cuenta, con el aplomo de una personita versada en números; y la señora Desagneaux llevóse á la señora Volmar. Los mozos se aturrullaban cada vez más; las mesas se desocupaban; todo el mundo se había precipitado al oir el toque de campana.

Pedro se apresuraba tambien á volverse á su vagón, cuando fué nuevamente detenido.

—¡Ah, señor cura!—exclamó;—le ví á usted en el momento de salir de París, pero no pude acercarme á saludar á usted.

Y tendió la mano al viejo sacerdote, que le miraba sonriéndose con su cara de bondad. Era el padre Judaine, cura de Saligny, pueblecito del departamento del Oise.

Alto, robusto, de cara mofletuda y sonrosada, rodeada de bucles blancos. Adivinábase en él á un santo hombre á quien ni la carne ni la inteligencia habían atormentado jamás. De una santidad serena, creía firmemente, con una fe absoluta y tranquila de niño, sin lucha alguna, como quien ignora las pasiones. Desde que la Virgen le había curado en Lourdes de una enfermedad de los ojos, por un milagro ruidoso del cual se hablaba todavía, su creencia era aún más ciega y más dulce como bañada en una divina gratitud.

—Me alegro de verle á usted con nosotros, amigo mío— dijo con afabilidad,— porque los curas jóvenes pueden sacar saludable provecho de estas peregrinaciones...

Dicenme que á veces hay en ellos cierto espíritu de rebeldía. Pues bien; va usted á ver como toda esta gente ora: es un espectáculo que hace llorar. ¡Cómo no entregarse en manos de Dios, ante tanto sufrimiento curado ó consolado!

El también acompañaba á una enferma. Señaló á un departamento de primera clase, en cuyo exterior estaba puesto un tarjetón que decía: *Señor abate Judaine, reservado.* Y, bajando la voz, añadió:

—La señora Dieulafay, la mujer del gran banquero. Su castillo, una posesión real, está enclavado en mi parroquia; y cuando supieron que la Santísima Virgen se había dignado hacerme una insigne gracia, me suplicaron que intercediese por la pobre enferma.

Ya he celebrado misas y hecho ardientes votos... Ahí la tiene usted. Se ha empeñado en que la bajaran un instante del coche, á pesar del trabajo que va á costar el subirla.

En el andén y á la sombra, veíase, efectivamente, en una especie de

sillón-cama, una mujer, cuyo hermoso rostro, de un óvalo puro y ojos admirables, denotaba unos veintiséis años de edad. Estaba atacada de una enfermedad terrible: la desaparación de las sales calcáreas que ocasionaba el reblandecimiento del esqueleto, la lenta destrucción de los huesos Tres años antes, después de haber dado á luz una criatura muerta, empezó á sentir vagos dolores en la columna vertebral.

Poco á poco, los huesos fueron deformándose; se aflojaban las vértebras; se aplastaba el hacinete; disminuían los huesos de las piernas y de los brazos; y como fundida, se convirtió en un girón humano, en una cosa fluida y sin nombre, que no podía sostenerse de pie y que se transportaba con muchísimo cuidado para que no se escapase de entre las manos. La cabeza conservaba su hermosura; pero permanecía inmovil, con aire estúpido é imbecil. En presencia de aquel resto lamentable de mujer, lo que acababa de impresionar era el gran lujo que la rodeaba: artesilla acolchada de seda azul, los preciosos encajes que la cubrían, la gorra de blonda que llevaba, una riqueza que se ostentaba hasta en la cama.

—¡Ah que lastima!—añadió el padre Judaine á media voz.—Una mujer tan joven, tan bonita ¡y con tantos millones! ¡Si supiese usted cómo la querían y cómo la adoran aún! A quel caballero alto, que está al lado de ella, es su marido; y esa señora elegante es su hermana, casada con el St. Jousseur.

Pedro recordó haber leído con frecuencia en los periódicos el nombre de la señora de Jousseur, mujer de un diplomático, muy conocida en la alta sociedad católica de París. Había circulado acerca de ella cierta historia de una gran pasión combatida y vencida. Era muy guapa, vestía con un arte de sencillez maravilloso y cuidaba á su hermana con un aire de abnegación perfecto. El marido, que á la edad de treinta y cinco años acababa de heredar la colosal casa de su padre era un hombre muy guapo, rubio, cuidadoso de su persona, vestido de levita negra; pero tenía los ojos anegados en lágrimas, porque adoraba á su mujer; había querido llevarla á Lourdes, abandonando sus negocios, puesta su última esperanza en aquel llamamiento á la misericordia divina.

Muchos males espantosos veía Pedro desde el amanecer en aquel doloroso tren blanco, pero ninguno le había conmovido tanto el alma como aquel miserable esqueleto de mujer que se licuaba, en medio de sus blondas y sus millones.

—¡Desgraciada!—murmuró extremeciéndose.

Entonces, el padre Judaine hizo un gesto de serena esperanza.

—La Santa Virgen la curará; ¡se lo he rogado tanto!

Oyóse otro toque de campana, y esta vez era efectivamente la señal de salida, Faltaban sólo dos minutos. Hubo el último tropel de viajeros que volvían con vituallas envueltas en papeles, con las botellas y botijos que habían llevado á la fuente.

Muchos se atontaban, no encontrando su vagón, y corrían azorados

á lo largo del tren, mientras que los enfermos se arrastraban, en medio de un ruído precipitado de muletas, y otros, los que andaban con dificultad, procuraban apresurar el paso, apoyados en el brazo de las damas hospitalarias. Cuatro hombres pasaban un trabajo infinito en levantar y meter á la señora Dieulafay en su departamento de primera clase. Los Vigneron, que se contentaban con viajar en segunda, se habían reinstalado en sus asientos, entre una acumulación extraordinaria de cestas, cajas y maletas, que apenas permitían al joven Gustavo alargar sus pobres miembros de insecto abortado. Luego reaparecieron todas: la señora Maze, escurriéndose en silencio, como de costumbre; la señora Vincent, llevando á su niña en brazos, con grandes precauciones, por temor de arrancarle alguna queja; la señora Vétu, á quien hubo que empujar, después de haberla sacado del atontamiento de su tortura; Elisa Rouquet, toda mojada por haberse obstinado en beber, secándose todavía su cara de monstruo.

Y mientras cada cual volvía á ocupar su puesto y se llenaba otra vez el vagón, María escuchaba á su padre, encantado de haber ido al extremo de la estación, hasta la casita del guarda-aguja, desde donde se descubría un paisaje verdaderamente hermoso.

—¿Quiere usted que la acostemos en seguida?—preguntó Pedro, á quien desolaba el angustioso rostro de la enferma.

¡Oh! no, no; luego—contestó ella.—Tiempo queda para oir retronar esas ruedas en mi cabeza, como si me molieran los huesos!

Sor Jacinta acababa de suplicar á Ferrand que volviese á examinar al hombre de los síncopes, antes de volverse al furgón de la cantina. Todavía esperaba al padre Massías, sin explicarse aquel retraso incomprensible; y no desconfiaba del todo, porque sor Clara de los Angeles no había vuelto.

—Sr. Ferrand, por favor, dígame usted si éste infeliz está en peligro inmediato.

El joven doctor miró, auscultó y palpó de nuevo al enfermo. Hizo un gesto de desconfianza, y dijo en voz baja á la monja:

—Tengo la convicción de que no le llevará usted vivo á Lourdes.

Todo el mundo escuchaba con ansiedad. ¡Si al menos hubiesen sabido cómo se llamaba aquel hombre, de dónde venía, quien era! Pero aquel mísero desconocido, á quien no podían arrancar una palabra, iba á morir allí, en el vagón, sin que nadie pudiese poner un nombre sobre su rostro.

A sor Jacinta se le ocurrió registrarle los bolsillos. En semejantes circunstancias, no había ningún mal en ello.

—Sr. Ferrand, vea usted si lleva algún documento encima.

El médico registró al hombre con precaución, y únicamente encontró en sus bolsillos cinco céntimos. Nunca se averiguó más.

Una voz anunció entonces la llegada de sor Clara de los Angeles y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
33976

del padre Massías. Este se había entretenido hablando con el cura de Santa-Radegonda, en una sala de espera. Hubo una viva emoción; pareció un instante que todo se había salvado. Pero el tren iba á partir, los empleados ya cerraban las portezuelas; había que administrar la Extrema unción á toda prisa, si no querían ocasionar un retraso demasiado grande.

—¡Por aquí, mi reverendo padre!—gritaba sor Jacinta.—¡Suba usted! Aquí está nuestro desgraciado enfermo.

El padre Massías, de cinco años más que Pedro, que lo había tenido sin embargo, de condiscípulo en el seminario, era alto y flaco, de cara de asceta, barba pálida y ojos chispeantes. No era el cura consumido por la duda ni el cura que ha conservado la inocencia y el carácter de un niño; era un apóstol, que la pasión arrebataba, siempre dispuesto á luchar y á vencer, por la pura gloria de la Virgen. Bajo su esclavina negra, provista de una gran capucha y su sombrero felpado de anchas alas, resplandecía con el continuo ardor del combate.

Inmediatamente sacó del bolsillo la caja de plata de los Santos Oleos; y empezó la ceremonia, en medio de los últimos estampidos de las portezuelas y el correr de los peregrinos retrasados, mientras que el jefe de la estación, inquieto, miraba al reloj, comprendiendo que le sería preciso conceder algunos minutos de gracia.

—*Credo in unum Deum....*—murmuró vivamente el cura.

—*Amén*—contestaron sor Jacinta y todo el vagón.

Los que pudieron, se arrodillaron en los bancos. Los otros juntaron las manos y multiplicaron las señales de la cruz; y cuando, al balbuceo de las oraciones sucedieron las letanías del ritual, eleváronse las voces, voló un ardiente deseo con los *Kyrie eleison*, para la remisión de los pecados, la curación física y espiritual del hombre; para que toda su vida, que ignoraban, le fuese perdonada; para que entrase, desconocido y triunfante, en el reino de Dios.

—*Christe, exaudi nos.*

—*Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix.*

El padre Massías había sacado el alfiler de plata, en cuya punta temblada una gota de óleo santo. En aquel momento, en que todo un tren estaba detenido, y la gente, sorprendida, se asomaba por las portezuelas, no podía, hacer las unciones de costumbre en los órganos de los sentidos, esas puertas que dejan entrar el mal. Como la regla le autorizaba, en caso de premura, limitóse á una sola unción; y la hizo en la boca, en aquella boca lívida, entreabierta, de donde se exhalaba apenas un ligero soplo de vida, mientras que el rostro, con los párpados cerrados, parecía vuelta al polvo de la tierra.

—*Per istam sanctam unctionem, et suam pissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per visum, auditum, odoratum, gustum, tactum, deliquisti.*

El resto de la ceremonia perdióse en el apresuramiento de la partida. El cura tuvo apena tiempo de secar la gotita con la pequeña mota de algodón en rama que sor Jacinta tenía preparada.

Y tuvo que volverse rápidamente á su vagón, arreglando la caja de los Santos Oleos, mientras que los asistentes terminaban la oración final.

—¡No podemos esperar más; no es posible!—repetía el jefe de estación, agitándose.—¡Vamos; vamos aprisa!

Por fin iban á ponerse otra vez en marcha. Todo el mundo se arrellenaba en su asiento. La señora de Jonquière, á quien seguía preocupando el estado de la Grivota, había cambiado de sitio, acercándose á ella, en frente del Sr. Sabathier, que esperaba resignado y silencioso. Sor Jacinta no había vuelto á su compartimiento, resuelta como estaba á permanecer al lado de aquel hombre, para asistirlo; tanto más, cuanto que allí también tenía á su alcance al padre Isidoro, cuya crisis no sabía Marta cómo aliviar. Y María, palideciendo, sentía ya, en el fondo de su triste carne, las sacudidas del tren, aun antes de haber vuelto á emprender su carrera bajo el sol de plomo, acarreando su carga de enfermos, en el ahogo y pestilencia de los vagones caldeados.

Oyóse el silbato de la locomora; ésta sopló, y sor Jacinta levántose para decir:

—¡Hijos míos, el *Magnificat!*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Al ponerse el tren en movimiento, abrióse la portezuela, y un empleado empujó á una muchacha de catorce años dentro del departamento en que iban Pedro y María.

—¡Ah! tiene usted sitio; pronto!

—Todos pusieron mala cara, é iban á protestar, cuando sor Jacinta exclamó:

—¡Cómo! ¡Usted aquí, Sofía? ¿Viene usted, pues, á ver á la Santa Virgen que la curó el año pasado?

Y la señora de Jouquière decía al mismo tiempo:

—¡Ah! Mi amiguita Sofía... Está bien. La gratitud es propia de las buenas almas.

—Sí, mi hermana; sí, señora—contestaba graciosamente la muchacha.

La portezuela había vuelto á cerrarse, y no había más remedio que admitir aquella nueva peregrina, como llovida del cielo, en el momento de partir el tren, que había estado á punto de dejarla en tierra. Estaba flaca y no ocupaba mucho sitio. Además, aquellas señoras la conocían. Todas las miradas se fijaron en ella al oír los enfermos que la Santa Virgen la había curado. Habían salido de la estación; la máquina soplaba en medio del ruído creciente de las ruedas, y sor Jacinta repitió, dando algunas palmadas:

—¡Vamos vamos, hijos míos; el *Magnificat!*

Mientras el canto de alegría se elevaba entre las sacudidas del vagón, Pedro miraba á Sofía atentamente. Era, según todas las apariencias, hija de pobres labriegos de las inmediaciones de Poitiers quienes la miraban desde que en ella se había operado un milagro, como á una elegida de Dios y de la Virgen, que iban á ver los curas de la comarca. Llevaba un sombrero de paja con cintas de color de rosa y un vestido de lana gris, guarnecido de un volante. Su cara redonda no era bonita, pero sí amable: muy fresca, iluminada por unos claros ojos sagaces, que le daban un aire risueño y modesto.

Terminado el *Magnificat*, Pedro no pudo resistir al deseo de preguntar á Sofía. Una muchacha de aquella edad, de tan cándida apariencia y sin trazas de ser mentirosa, le interesaba vivamente.

—Estuvo en un tris que la dejase á usted el tren.

—¡Oh! señor cura, ¡qué chasco hubiera sido para mí! Pero no crea usted; desde las doce estaba yo en la estación. Pero ví al señor cura párroco de Santa Radegonda, que me conoce mucho, y me llamó para

abrazarme, diciéndome que hacía muy bien en volver á Lourdes. Luego, parece que el tren ya partía, y eché á correr.... ¡Ay! ¡cómo he corrido!

Reíase un poco sofocada todavía, con el arrepentimiento, sin embargo, de haber estado á punto de cometer una falta de aturdimiento.

—¿Cómo se llama usted hija mía?

—Sofía Couteau, para servir á usted.

—¿No es usted del mismo Poitiers?

—¡Oh! no, por cierto. Somos de Vivonne, que dista siete kilometros. Mis padres tienen algunos bienes, y no lo pasaríamos del todo mal, si no fuésemos ocho hijos en casa. Yo soy la quinta. Por fortuna, los cuatro primeros empiezan á trabajar.

—¿Y usted, qué hace?

—¡Oh! yo no sirvo para gran cosa, señor cura. Desde el año pasado, desde que volví curada, no me han dejado un día tranquila, porque, como usted comprenderá, ha venido muchísima gente á verme, me han llevado al palacio del señor obispo, y á los conventos, á todas partes. Antes de todo esto, estuve largo tiempo enferma, no podía andar sino con un bastón, y á cada paso daba un grito, tanto era el dolor que sentía en el pie.

—¿Entonces fué ese mal del pie el que le curó la Santa Virgen?

Sofía no tuvo tiempo de contestar. Sor Jacinta, que escuchaba, intervino diciendo:

—Una cáries de los huesos del talón izquierdo, que databa de tres años. El pie estaba hinchado, deformado y había fístulas que supuraban continuamente.

Todos los enfermos del vagón empezaron á apasionarse. No apartaban la vista de la muchacha del milagro, buscando en ella el prodigio. Los que podían ponerse de pie, se levantaban para verla mejor; y los demás, los impedidos, tendidos en sus colchones, procuraban incorporarse y volver la cabeza. En medio del sufrimiento que habían vuelto á sentir á la salida de Poitiers, asustados por las quince horas que aún tenían que rodar, la brusca llegada de aquella niña, escogida del cielo, era como un consuelo divino, el rayo de esperanza que les daría fuerza para ir hasta el término del viaje. Ya las quejas cesaban un poco, y todos los rostros se volvían en la ardiente necesidad de creer.

María, sobre todo, reanimada, incorporada á medias, juntó sus manos temblorosas y suplicó suavemente á Pedro.

—Por favor, interróguela usted; supliquela que nos lo cuente todo... ¡Curada, Dios mío! ¡Curada de un mal tan horrible!

La señora de Jouquière, muy emocionada, se inclinó para besar á la niña por encima de la división.

—Naturalmente; nuestra amiguita va á decirnos.... ¿No es verdad que va á usted á contarnos lo que hizo por usted la Santa Virgen?

—¡Oh! sí, señora. Todo lo que usted quiera.

Y se sonreía con aire modesto, mientras sus ojos brillaban de inteligencia. Quiso empezar en seguida, levantando su mano derecha, en un ademán gracioso que reclamaba la ateción. Evidentemente, había adquirido ya la costumbre de hablar en público.

Pero no la veían de todos los asientos del vagón, y sor Jacinta tuvo una idea.

—Suba usted en el banco. Sofía y hable usted alto, á causa del ruido....

Esto la puso de buen humor, y tuvo que apelar otra vez á un aire serio para empezar.

—El caso es que mi pie estaba perdido; ya ni siquiera podía yo ir á la iglesia, y siempre tenía que llevarlo envuelto en trapos, porque chorreaba cosas que daban asco.... El Sr. Rivoire, el medico, que había dado un corte, para ver dentro, decía que se vería obligado á cortar un pedazo del hueso, lo que seguramente me hubiera dejado coja.... Entonces, después de haber rogado mucho á la Santa Virgen, fuí á meter mi pie en el agua, con tal deseo de curar, que ni siquiera me entretuve en quitarme los trapos. Y todo se quedó en el agua; cuando saqué el pie, ya no tenía nada absolutamente.

Elevóse y corrió un murmullo de sorpresa, de asombro y de deseo, al oir aquél hermoso cuento maravilloso, tan dulce para los desesperados. Pero la niña no había concluído. Después de una pausa, continuó con un nuevo ademán, separando un poco los dos brazos:

—En Vivonne, cuando el Sr. Rivoire volvió á ver mi pie, dijo: «Que la haya curado dios ó que la haya curado el diablo, á mi no me importa; lo cierto es que la niña está buena.»

Esta vez, rióse todo el mundo. Declamaba demasiado, por haber repetido su historia tantas veces, que la sabía de memoria. La expresión del médico era de un efecto seguro. Ella misma se reía de antemano, sabiendo que iban á reirse los demás; y mostrábase ingenua y conmovedora.

Sin embargo, debía haber olvidado un detalle, porque sor Jacinta, que con una mirada había anunciado al auditorio la frase del doctor, le apuntó por lo bajo:

—Sofía, ¿y sus palabras á la condesa, directoria de su sala?

—¡Ah, sí!... No me había llevado muchos trapos, para mi pie, y le dijo: «La Santa Virgen ha tenido la bondad de curarme el primer día, porque al día siguiente iba yo á acabar mi provisión.»

Riéronse de nuevo. Parecíales muy graciosa por haber sido curada de aquel modo. Preguntada por la señora de Jonquière, tuvo que contar la historia de las botinas que le dió la condesa, y con las cuales corrió, brincó y bailó después del milagro. Figúrense ustedes, ¡botinas, y botinas nuevas!... ¡Ella que hacía más de tres años que ni una babucha podía ponerse!

Grave y pálido, invadido por un sordo malestar, Pedro seguía mirándola, y le dirigió otras preguntas. Seguramente no mentía; pero él sospechaba en la muchacha una lenta desfiguración de la verdad, un embellecimiento muy explicable, en su gozo de haberse sentido aliviada y haberse convertido en una personita importante. ¿Quién sabía entonces si la pretendida cicatrización istantánea, completa, en pocos segundos, había tardado días en efectuarse? ¿Dónde estaban los testigos?

—Allí estaba yo—dijo precisamente la señora de Jonquière.—No pertenecía á mi saia, pero aquella misma mañana la había visto cojear....

Pedro interrumpió vivamente:

—¡Ah! ¿Usted vió su pie antes y después de la immersión?

—No, no; yo creo que nadie pudo verlo, porque lo llevaba envuelto en compresas.... Ella misma le ha dicho á usted que los trapos cayeron en la piscina....

Y volviendóse á la niña:

—Pero se lo va á enseñar á usted.... ¿Verdad, Sofía? Quítese el zapato.

Esta se quitó el zapato y la media, con una prontitud y una desenvoltura que denotaban lo muy acostumbrada que estaba á hacerlo. Y alargó su pie, muy limpio y muy blanco, con sus uñas de color de rosa cortadas con esmero, y lo giró con graciosa complacencia, para que el cura pudiese examinarlo cómodamente. Encima del tobillo, veíase una larga cicatriz, cuya costura blanquecina, muy marcada, atestiguaba la gravedad del mal.

—¡O! padre, coja usted el talón, apriételo con todas sus fuerzas: ya no siento nada.

Pedro hizo un gesto, como si el poder de la Santa Virgen le regocijase. Permanecía inquieto en la duda ¿Qué fuerza ignorada había obrado? O más bien: ¿qué falso diagnóstico del médico, qué concurso de errores y exageraciones habían conducido á tan hermoso cuenta?

Los enfermos todos querían ver el pie milagroso, aquella prueba visible de la curación divina, que iban todos á buscar. María fué la primera que le tocó, incorporada en su artesilla, sufriendo ya menos. Luego, la señora Maze, sacada de su melancolía, lo pasó á la señora Vincent, que lo hubiera besado, por la esperanza que le daba. El Sr. Sabathier había escuchado con cierta beatitud; la Sra. Vétu, la Grivota, y el mismo padre di Isidoro, abrían los ojos con gran interés, y la cara de Elisa Bouquet había sufrido una extraordinaria transfiguración por la fe: estaba casi hermosa; ya se veía con la llaga cerrada, sin más que una ligera cicatriz en su rostro vuelto á su estado normal.

Sofía tenía que agarrarse á una de las perchas de hierro y poner su pie en el borde de la baranda, ora á la derecha, ora á la izquierda, sin cesar, contenta y orgullosa de las exclamaciones que oía, de la admiración vivísima y del respeto religioso con que miraban aquella pequeña extremidad de su persona, aquel piecezuelo que era como sagrado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—Se necesita, sin duda, una gran fe, pensó María en voz alta; hay que tener el alma limpia de toda mancha....

Y añadió, dirigiéndose al Sr. Guersaint:

—Padre, tengo la convicción de que me curaría si tuviese diez años, es decir, si tuviese el alma inmaculada de una niña.

—¡Pero si tienes diez años, hija mía! ¿No es verdad, Pedro, que las niñas de diez años no tienen un alma más pura que ella?

El buen señor, con su espíritu quimérico, adoraba las historias de milagros; y el cura, profundamente emocionado por la ardiente pureza de la muchacha, no trató ya de discutir, y dejó que se abandonase al soplo de consoladora ilusión que pasaba.

Desde la salida de Poitier, el tiempo se había vuelto aún más pesado; veíase subir una tormenta en el cielo cobrizo; y parecía que el tren atravesaba un horno.

Los pueblos destilaban, tristes y desiertos, bajo el sol ardiente. En Coulé-Vérac, habían vuelto á rezar el rosario y entonado un cántico. Pero los ejercicios piadosos se entibiaron algo. Sor Jacinta, que aún no había podido almorzar, decidióse á comer rápidamente un panecillo con fruta, sin dejar de cuidar al hombre, cuya ligera y penosa respiración parecía más regular. Hasta llegar á Ruffec, á las tres, no se recitaron las vísperas de la santa Virgen.

—*Ora pro nobis, sancta dei Genitris.*

—*Ut digni efficiamur promissionibus Christi.*

Al terminar, el Sr. Sabathier que había estado mirando á Sofía, mientras volvía á ponerse la media y el zapato, dijo al señor de Guersaint:

—El caso de esa niña es, sin duda, muy interesante; pero eso es nada en comparación con otros. ¿Sabe usted la historia del Pedro de Rudder, obrero belga?

Todo el mundo volvió á escuchar.

—Ese hombre cayóse de un árbol y se fracturó una pierna. Ocho años después todavía no se habían soldado los dos fragmentos del hueso; veíanse las dos extremidades en el fondo de una llaga en continua supuración; y la pierna pendía, como muerta, moviéndose en todos sentidos... Pues ¡bien! bastóle beber un vaso del agua milagrosa, para que su pierna quedase reconstituída en un instante. Pudo irse sin muletas, y el médico se lo dijo bien claro: «Su pierna es como la de un niño recién nacido». Y así era efectivamente: una pierna nueva.

Nadie habló; únicamente hubo un cambio de miradas extasiadas.

—Mire usted—continuó el Sr. Sabathier;—es como la historia de Luis Bouriette, un cantero, en quien se operó uno de los primeros milagros de Lourdes. ¿La sabe usted? Había resultado herido en una explosión de mina. Tenía el ojo derecho completamente perdido, y corría peligro de perder el izquierdo... Un día, envió á su hija en busca de una botella del agua turbia de la fuente, que manaba apenas. Lavó su ojo con aquella agua fangosa, orando con fervor. Dióun grito; ya veía, si señor; veía tan bien como usted y como yo... El médico que lo curaba, escribió una memoria circunstanciada sobre el caso, que no ofrece la menor duda.

—¡Es maravilloso!—murmuró el señor de Guersaint entusiasmado.

—¿Quiere usted otro ejemplo? Es muy célebre; el de Francisco Macary, el carpintero de Lavaur. Hacía dieciocho años que tenía en la parte interna de la pierna una úlcera varicosa profunda, con infarto considerable de los tejidos. Ya no podía moverse, condenado por la ciencia á enfermedad perpetua, cuando se encerró, una noche, con una botella de agua de Lourdes. Quitóse el bendaje, se lavó las dos piernas y bebióse el resto de la botella. Luego acostóse y se durmió. Al despertar, se palpa, mira... y ¡nada! la varice, las úlceras, todo había desaparecido... La piel de la rodilla volvían á ser tan lisa y tan fresca, como debía serlo á los veinte años.

Esta vez hubo una explosión de admiración y de sorpresa. Enfermos y peregrinos entraban en el encantado país del milagro, donde á cada paso se realiza lo imposible, donde se anda sin fatiga, de prodigio en prodigio.

Cada cual tenía su historia que contar, ansioso de aducir una nueva prueba, de apoyar su fe y su esperanza en un ejemplo.

La señora Maze, la silenciosa, sintióse impulsada, al extremo de hablar la primera.

—Yo tengo una amiga que ha conocido á la viuda Rizan, aquella señora cuya curación hizo tanto ruido... Hacía veinticuatro años que estaba paralítica de todo el lado izquierdo. Arrojaba cuanto comía; era como una masa inerte que rodaba en la cama. A la larga, el roce de las sábanas le había ulcerado la piel. Una noche, estaba tan grave, que el médico anunció que no llegaría al día siguiente. Una hora después, salió de su estupor, pidiendo con voz débil que su hija fuese á buscarle un vaso de agua de Lourdes en casa de una vecina. Hasta la mañana inmediata no pudo obtener aquel vaso de agua. Al tomarlo exclamó: ¡Oh, hija mía, lo que bebo es la vida; frótame el rostro, el brazo, la pierna, todo el cuerpo!» Y á medida que la niña le obedecía, veía disminuir la hinchazón enorme; los miembros paralíticos y tumefactos recobraban su flexibilidad y su aspecto natural... Y no es esto todo; la señora de Rizan gritaba que estaba curada, que tenía apetito, que quería carne y pan, cuando hacía veinticuatro años que no los había comido. Y levantóse, y se vistió, mientras que su hija contestaba á las vecinas que la creían huérfana al verla trastornada: «¡No, no, mamá, no ha muerto, sino que ha resucitado!»

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de la señora Vincent. ¡Dios mío! Si pudiese ver á Rosita levantarse de aquel modo, y comer con apetito, y correr! Otro caso, el de una muchacha, que le habían

contado en París, y que había contribuído mucho á que tomase la resolución de llevar su hija enferma á Lourdes, le acudió á la memoria.

—Yo también conozco la historia de una paralítica Lucía Dreson, pensionista de un asilo de huérfanos, muy joven, que ni siquiera podía acrodillarse. Sus miembros se habían torcido como un aro; su pierna derecha, más corta, había concluído por curvarse alrededor de la izquierda. Cuando alguna de sus camaradas la llevaba, veíanse sus pies como muertos, que se balanceaban en el aire.

Observen ustedes que no fué á Lourdes. Hizo simplemente una novena; pero ayunó durante los nueve días, y su deseo de curar era tan grande, que se pasaba las noches rezando.

En fin, al noveno día, al beber un poco de agua de Lourdes, sintió en las piernas una violenta conmoción. Levantóse, cayó, volvióse á levantar y anduvo. Todas sus compañeras, admiradas, medio acostadas, gritaban: «¡Lucía, camina! ¡Lucía, anda!» Y era cierto; en pocos minutos sus piernas se habían vuelto derechas, sanas y fuertes. Ella atravesó el patio y pudo subir á la capilla, donde toda la Comunidad, transportada de gratitud, cantó el *Magnificat*... ¡Ah, qué satisfacción tan grande, la que experimentaría aquella niña!

Las dos lágrimas acabaron de rodar por sus mejillas, hasta caer en el pálido rostro de su hija, que cubrió de ardientes besos.

Pero el interés aumentaba; el exaltado placer de aquellos hermosos cuentos, donde á cada paso el cielo triunfaba sobre las realidades humanas, exaltaba á aquellas almas ingenuas, de tal manera, que los más enfermos se reanimaban y recobraban la palabra.

Y detrás de la narración de cada uno, había la preocupación de su mal, la esperanza de curar, puesto que una enfermedad idéntica había desaparecido como una pesadilla, al soplo divino.

—¡Ah!—balbuceó la señora Vétu, con la boca pastosa de sufrimiento—había una tal Antonieta Thardivil, que tenía el estomago devorado como yo. Hubieráse dicho que se lo comían los perros, y á veces abultaba como la cabeza de un niño. Desarrollábanse en él tumores como huevos de gallina. Durante ocho meses había vomitado sangre. También iba á morir de hambre, en los puros huesos, cuando bebió agua de Lourdes y se hizo lavar con ella la boca del estómago.

Tres minutos después, su médico que el día antes la había dejado en la agonía, sin respiración, la encontró levantada, sentada junto al fuego, comiendo con excelente apetito, un ala de pollo. Ya no tenía tumores; reía como á los veinte años, y su rostro acababa de adquirir el brillo de la juventud.

¡Ah! ¡Comer lo que uno apetece, volverse joven, dejar de sufrir!

—¡Y la cura de sor Juliana!—dijo la Grivota, que se incorporó en su codo, con los ojos brillante de fiebre.—Su mal procedía de un mal constipado, como el mio; luego empezó á esputar sangre. Cada seis meses recaía temiendo que guardar cama nuevamente.

La última vez, veíase claro que no volvería á levantarse. En vano se probaron todos los remedios: el iodo, los vegigatorios las punturas de fuego... En fin, una verdadera tísica, reconocida como tal por siete médicos. Pues bien; vino á Lourdes, y ¡sabe Dios cuántos sufrimientos le costó el viaje! En Toulouse pensaban que se moría. Las hermanas la llevaban en brazos. En la piscina, las damas hospitalarias no querían bañarla. Era un cadáver. Bueno, pues, la desnudaron y la metieron en el agua sin conocimiento y cubierta de sudor, y la sacaron tan pálida, que la tendieron en el suelo, pensando que aquella vez había muerto de veras.

De pronto, sus mejillas se colorean, sus ojos se abren y respira fuertemente. Estaba curada. Vistióse sola, y comió bien, después de haber ido á la Gruta, á dar las gracias á la Santa Virgen... ¿Que tal? Que no digan. ¡Esa sí que estaba tísica, y curó radicalmente en un abrir y cerrar de ojos!

Entonces, el padre Isidoro quiso hablar, pero no pudo; y se contentó con decir penosamente á su hermana:

—Marta, cuenta la historia de sor Dorotea, que el cura de Saint-Sauveur nos refirió.

—Sor Dorotea—dijo desmañadamente la campesina—se levantó una mañana con una pierna medio dormida; y, á partir de aquel momento, perdió la pierna, que se puso fría y pesada como una piedra. Además, tenía un gran dolor en la espalda. Los médicos nada comprendían. Eran una docena, que le metían alfileres en la carne y le quemaban la piel con una porción de drogas. Pero ¡cá! como si cantaran... Sor Dorotea comprendió que sólo la Santa Virgen encontraría remedio; y ya la tenemos andando camino de Lourdes, y he aquí que se hace meter en la piscina. De pronto, creyó con seguridad que se moría, de tan fría que era el agua. Luego el agua se volvió tan templada, que le pareció que era tibia y deliciosa como leche. Nunca había encontrado nada tan agradable; sus venas se abrían y el agua entraba en ellas. ¿Ustedes comprenden? La vida se le volvía á meter en el cuerpo, desde el momento que la Santa Virgen la había tomado por su cuenta... Ella ya no tenía el menor mal; se paseó, se comió un pichón entero por la tarde y durmió toda la noche como una bienaventurada. ¡Gloria a la Santa Virgen! ¡Gratitud eterna á la Madre poderosa y á su divino Hijo!

Elisa Rouquet hubiera querido contar también su milagro, peró ha blaba tan mal, con su boca deforme, que aún no había podido entrar en turno. Hubo una pausa, y la aprovechó, apartando un poco la manteleta que ocultaba su llaga horrorosa

—¡Oh, á mí me contaron una cosa, que no es nada de grande enfermedad, pero es tan curiosa!... Se trata de una mujer. Celestina Dubois, que se había clavado una aguja en la mano, lavando ropa. La tuvo metida durante siete años, sin que se la pudiese sacar ningún médico. No podía abrir la mano, que se había contraído... Llega y la mete en la piscina.

Pero la retira inmediatamente, dando gritos... La vuelven á meter á la fuerza en el agua, sujetándola, por más que la enferma solloza, con la cara cubierta de sudor. Repiten tres veces la cosa, y cada vez se ve correr la aguja, que sale al fin por la punta del dedo pulgar... Naturalmente ella gritaba, porque la aguja atravesaba la carne, como si alguien la empujase para sacarla... Celestina no volvió á sufrir jamás, y su mano no ha conservado más que una pequeña cicatris, con el único objeto de que se vea el trabajo de la Santa Virgen.

Esta anecdota produjo aún más efecto que los milagros de grandes curas. ¡Una aguja que coría, como si alguien la empujase! Esto poblaba lo invisible, enseñaba á cada enfermo su ángel guardián detrás de él, dispuesto á asistirle, á una orden del cielo. ¡Y qué hermosa y pueril era la historia de aquella aguja que se marchaba, en el agua milagrosa, después de haberse obstinato en no querer salir durante siete años!

Y todos prorrumpian en exclamaciones de admiración y de contento y reían de satifacción al ver que para el cielo no había nada imposible, y que si el cielo hubiese querido, todos estarían buenos, rejuvenecidos y hermosos. Bastaba creer y orar con fervor, para que la naturaleza se viese confundida y se realizase lo increíble. Por lo demás, todo era cuestión de suerte, porque el cielo parecía escoger.

—¡Oh, padre! ¡Qué hermoso es todo eso!—murmuró María, que había escuchado hasta entonces, reanimada por el deseo, muda de emoción.—¿Te acuerdas de lo que tú mismo me contaste, acerca de Joaquina Delhant, que había venido de Bélgica y atravesado toda la Francia, con su pierna torcida, cubierta de una úlcera, cuyo mal olor hacía retroceder á todo el mundo!... Por de pronto, curóse la úlcera; podían apretar la rodilla y la mujer no sentía nada; sólo quedaba una pequeña rubicundez.... Luego llególe el turno á la luxación. La enferma gritó mucho en el agua, porque parecía que le rompían los huesos y le arrancaban la pierna; y al mismo tiempo, ella y la mujer que la bañaba vieron enderezarse el pie deforme con la regularidad de una aguja girando sobre un cuadrante. La pierna se extendía, los músculos se alargaban, la rodilla volvía á colocarse en su sitio, en medio de un dolor tan fuerte, que Joaquina concluyó por desmayarse. Pero cuando volvió en sí, se precipitó, derecha y ágil, para llevar sus muletas á la gruta.

El Sr. de Guersaint se reía también de admiracion confirmando con el gesto aquella historia, que le había contado un fraile de la Asunción. Hubiera podido contar veinte casos parecidos, según decía, á cual más impresionable y extraordinario. Acudía al testimonio de Pedro; y éste, que no creía en nada de todo aquello, se limitaba á inclinar la cabeza. No queriendo afligir á María, procuró, desde luego, distraerse mirando por la ventanilla los campos, los árboles y las casas que desfilaban.

Acababan de dejar Angulema, y las praderas se extendían y las líneas de álamos se alejaban, en el movimiento de abanico continuo de

la velocidad. Debían de llevar retraso, porque el tren, lanzado á toda máquina, retronaba bajo la tormenta á través del aire ardiente, devorando los kilómetros.

A pesar suyo, Pedro oía fragmentos de historia, fijando de vez en cuando su atención en aquellas narraciones extravagantes que las duras sacudidas de las ruedas mecían, como si la locomotora, alocada y suelta les condujese á todos al divino país de los ensueños.

Y rodaban, y rodaban sin cesar; y el joven cura acabó de mirar hacia fuera y fué abandonándose al aire pesado y soñoliento del vagón, donde crecía un éxtasis delicioso, lejos de ese mundo real, que atravesaban en tan rápida carrera.

El rostro animado de María le colmaba de gozo. Abandonóle su mano, que la muchacha había cogido para expresarle con un apretón toda la confianza que renacía en ella. ¿A qué entristecerla con su duda, cuando tanto deseaba su curación? Conservaba con una ternura infinita aquella manecita húmeda de enferma, algo trastornado por su fraternidad compasiva, deseoso de creer en la piedad de las cosas, en una bondad superior que endulzaba el dolor de los desesperados.

—¡Oh! ¡Pedro!—repetía ella,—¡qué hermoso es todo eso! Y ¡qué gloria, si la Santa Virgen quiere molestarse por mí! ¿Cree usted que soy verdaderamente digna?...

¿Quién lo duda? Es usted la mejor y la más pura de todas; un alma blanca, como decía su padre; no hay en el paraíso bastantes ángeles buenos para custodiarla.

Pero no habían concluído las historias. Sor Jacinta y la señora de Jonquière contaban todos los milagros que sabían: toda la larga serie de los que durante treinta años habían florecido en Lourdes, como la eflorescencia no interrumpida de rosas en el rosal místico. Se contaban por millares, y cada año reverdecían con una savia prodigiosa, cada vez más brillantes.

Los enfermos, que escuchaban aquellas meravillas con una fiebre creciente, eran como los niños que después de un bonito cuento de hadas, quieren otro, y otro, y otro ¡Mas historias! ¡Todavía más! Historias en que la realidad maligna es humillada, en que la injusta naturaleza es vencida, en que Dios interviene como el dispensador supremo de la salud, y se burla de la ciencia y distribuye la felicidad á su antojo.

Fueron citados, desde luego, los sordos y los mudos, que de pronto habían oído y hablado. Aurelia Bruneau, incurable, con el tímpano roto, que súbitemente es embelesada por los sonidos celestes de un armonium; Luisa Pourchet, muda desde hacía cuarenta y cinco años, que orando ante la gruta, exclama de pronto: «¡Dios te salve, María!»; y otras, y otras que son radicalmente curadas, por haber vertido algunas gotas de agua en sus oídos ó sobre su lengua.

Luego desfilaron los ciegos: el padre Hermann, que sintió la mano

suave de la Santa Virgen quitarle el velo que tenía en la vista; la señorita de Panteriant, amenazada de perder los dos ojos y recobrando una vista mejor que antes, después de una simple oración; un muchacho de doce años cuyas córneas parecían bolas de mármol, y que en menos de tres segundos adquiere unos ojos claros y profundos, donde parecen sonreírse los ángeles. Pero los que abundan sobre todo son los paralíticos, que andan derecho; los que no pueden moverse de su lecho de miseria, y á quienes el Señor dice: «Levántate y marcha.»

Del Amoy, esáxico, cauterizado, quemado, colgado, admitido quince veces en los hospitales de París, de donde trae los diagnósticos acordes de doce médicos, siente una fuerza que le levanta al paso del Santísimo Sacramento, y le sigue con las piernas buenas y sanas.

María Luisa Delpón, de catorce años, con una parálisis que le había puesto las piernas rígidas, retraído las manos y torcido la boca, ve desligarse sus miembros y desaparecer la contorsión de su boca, como si una mano invisible cortase las horribles ligaduras que la deformaban.

María Vachiert clavada durante dieciocho años en un sillón por la paraplegia, no solamente corre y vuela al salir de la piscina, sino que ni siquiera descubre la menor traza de las llagas de que su larga inmovilidad le había cubierto el cuerpo.

Jorge Hanquet, atacado de reblandecimiento de la médula espinal, de una insensibilidad absoluta, pasa sin transición de la agonía á una salud perfecta.

Leónia Chartón, también muy grave de reblandecimiento de la médula, con las vértebras combadas, siente fundirse su joroba como por encanto, al mismo tiempo que sus piernas se enderezan, nuevas y vigorosas.

Siguieron luego toda clase de males. En primer lugar, los accidentes de la escrófula; piernas perdidas también, y renovadas instantáneamente.

Margarita Gehier, con una coxalgia de veintisiete años, que la había devorado el muslo y ankilosado la rodilla derecha, cae bruscamente de hinojos para dar las gracias á la Santa Virgen por su cura.

Filomena Simonneau, joven vandeana, con la pierna izquierda supurando por tres llagas horribles, con los huesos cariados en el fondo de ellas, al descubierto, ve en un istante reformados sus huesos, su carne y su piel.

Vinieron después los hidrópicos.

La señora de Ancelin, cuyos pies, manos, en una palabra, todo el cuerpo se deshinchó sin que pudiese saberse dónde había ido á parar tanta agua.

La señorita Montagnón, á quien varias veces habían sacado veintidós litros de líquido, y que, hinchada de nuevo, se vació con sólo aplicarle una compresa mojada en la fuente milagrosa, sin que tampoco encontrasen nada en la cama ni en el suelo.

Lo mismo acontece con las enfermedades del estómago. No hay una que resista. Todas desaparecen al primer vaso de agua que se bebe.

María Souchet, que echa sangre por la boca y está hecha un esqueleto, se pone á devorar y engorda en dos días.

María Jarland, que se ha quemado el estómago, bebiendo por equivocación un vaso de agua de cobre, siente fundirse el tumor que había ocasionado el accidente.

Todos los tumores se van del mismo modo, en la piscina, sin dejar la menor traza.

Pero lo que más maravilla son las úlceras, los cáncers, todas las horribles llagas aparentes, que un soplo de lo alto cicatriza. Un judío, un cómico, con la mano devorada por una úlcera, no tuvo más que meterla en el agua y quedó curado. Un joven extranjero, inmensamente rico, con una lupia enorme en la muñeca derecha, la vió disolverse.

Rosa Duval, que á consecuencia de un tumor blanco, tenía en el codo izquierdo un hoyo en que cabía una nuez, pudo seguir con la vista el trabajo de la carne que lo iba llenando rápidamente.

La viuda Fromond, con el labio medio destruído por un cáncer, no tuvo más que darse en él una loción, para que no quedase ni la menor rubicundez.

María Moreau, que sufría horriblemente de un cáncer en el pecho, durmióse, después de haberse aplicado un lienzo mojado en agua de Lourdes, y cuando despertó, dos horas después, había cesado el dolor, la carne estaba limpia y fresca como una rosa.

En fin, sor Jacinta empezó el capítulo de las curas inmediatas y radicales de tisis, y aquello era el principal triunfo. La terrible enfermedad que diezmaba al género humano, la que los incrédulos desafiaban á la Virgen á curar, ésta la curaba, efectivamente, según decían, con un ligero movimiento de su dedo meñique.

Cien casos, á cuál más extraordinario, acudían en tropel. Margarita Coupel, tísica desde hacía tres años, con el vértice de los pulmones comido por los tubérculos, se levanta y se va rebosando salud. La señora de la Rivière, que echa sangre, cubierta de un continuo sudor frío, con las uñas violáceas, á punto de exhalar el último suspiro, no hace más que beber una cucharada de agua que le echan en la boca, y ve cesar el extertor, se sienta, contesta á las letanías y pide un caldo.

Julia Jadot necesita cuatro cucharadas; pero ya no podía sostener la cabeza; era de una constitución tan delicada, que el mal parecía haberla fundido; pues bien, en pocos días se puso muy gorda. Ana Catry, en el último grado, con el pulmón izquierdo medio destruído por una caverna es zambullida cinco veces en el agua fría, en contra de toda prudencia, y queda con el pulmón bueno y sano. Otra tísica, una joven, desahuciada por quince médicos, no pidió nada, se arrodilló simplemente en la Gruta, por casualidad, y quedó sorprendida de verse curada al paso, de chiripa

sin duda, á la hora en que la Santa Virgen, apiadada, deja caer el milagro de sus manos invisibles.

¡Milagros y más milagros! Estos llovían como flores de ilusión, en un día de cielo claro y azul. Unos eran conmovedores; otros pueriles. Una vieja, con la mano ankilosada, sin poderla mover hacía treinta años, se lava y se persigna. Sor Sofía, que ladraba como una perra, se zambulle en la piscina y sale con una voz pura, entonando un cántico. El turco Mustafa invoca á la señora blanca y recobra el ojo derecho, aplicando en él una compresa. Un oficial de zuavos, fué protegido en Sedán, y un coracero de Reischoffen hubiera muerto de un balazo en el corazón, si la bala, que había atravesado su cartera, no se hubiese detenido ante una imagen de Nuestra Señora de Lourdes.

Y los niños que sufrían, también obtenían gracia. Uno de cinco años paralítico, después de haberle tenido durante cinco minutos bajo el chorro helado de la fuente, le levantó y anduvo. Otro de quince años, que sólo profería en la cama un grito de animal, saltó de la piscina gritando que estaba curado. Un chiquitín de dos años, que nunca había caminado, permaneció un cuarto de hora en el agua fría, y al salir, sonriente y ágil, como un hombrecito, dió sus primeros pasos.

Y para todos, grandes y pequeños, los dolores eran vivos, mientras se operaba el milagro; porque el trabajo de reparación no podía operarse sin una sacudida extraordinaria de toda la máquina humana. Los huesos se regeneraban, la carne retoñaba, el mal, arrojado, se escapaba en una convulsión postrera. Pero, ¡qué bienestar, después! Los médicos no podían dar crédito á sus ojos. Su asombro estallaba á cada cura, al ver á sus enfermos correr, brincar y comer con voraz apetito.

Todas aquellas elegidas, todas aquellas mujeres curadas andaban tres kilómetros, se sentaban á la mesa, delante de un pollo asado, y después de comer bien, dormían doce horas á pierna suelta. No había convalecencias. Todo eran saltos bruscos de la agonía á la plena salud; miembros como renovados; llagas tapadas; órganos restablecidos en su integridad; la gordura instantánea, todo como un relámpago.

La ciencia era menospreciada. No se tomaban ni las precauciones más sencillas. Bañaban á las mujeres en todas las épocas del mes; zambullían á los tísicos sudorosos en el agua fría, y abandonaban las llagas á su putrefacción, sin ningún cuidado antiséptico.

A cada milagro, ¡qué cántico de alegría! ¡qué grito de agradecimiento y de amor! La curada por el milagro cae de hinojos; todo el mundo llora; se operan conversiones; judíos y protestantes abrazan el catolicismo; otros milagros de la fe con que el cielo triunfa.

Los habitantes en masa van á esperar á la favorecida, á su regreso al pueblo, mientras la saluda un repique de campanas. Cuando la ven saltar ágilmente del carruaje, todo el mundo prorrumpe en gritos y sollozos de alegría, y se entona el *Magnificat*. ¡Gloria á la Santa Virgen! ¡Gratitud y ternura eternas!

De todas aquellas esperanzas realizadas, de todas aquellas ardientes acciones de gracias, lo que se desprendía era la gratitud á la purísima Madre, á la Madre admirable. Era ésta la gran pasión de todas las almas; la Virgen poderosa, la Virgen clemente, el Espejo de justicia, el Trono de la sabiduría.

Todas las manos se tendían hacia ella, Rosa mística en la sombra de las capillas, Torre de Marfil en el horizonte del pensamiento, Puerta del cielo abierta al infinito.

Al amanecer de cada día, ella brillaba, clara Estrella matutina, llena de joven y alegre esperanza. Y ¿no era también la Salud de los enfermos, el Refugio de los pecadores, el Consuelo de los afligidos?

Francia había sido siempre su país favorito.En él se le rendía un culto fervoroso, el de la mujer y el de la madre, en un vuelo de ternura divina; y era sobre todo en Francia donde se complacía en aparecer á las pastorcillas. ¡Era tan buena para los niños! Continuamente se cuidaba de ellos. Si tanto acudían á ella, era porque sabía que servían de intermediaria entre la tierra y el cielo. Cada noche lloraba lágrimas de oro, á los pies de su divino Hijo, para alcanzar gracias. Y estas eran los milagros, que le permitía hacer; aquel campo florido de milagros, olorosos como rosas del paraíso, de un brillo tan prodigioso como su perfume.

El tren rodaba, y rodaba.... Hacía un instante que había atravesado Contras. Eran las seis. Sor Jacinta se levantó y repitió dando unas palmadas.

—¡El *Ace María*, hijos míos!

Nunca se había elevado la oración de la tarde en una té más viva, ni más animada por el afán de ser oída del cielo. Pedro, entonces comprendió bruscamente; tuvo la explicación clara de aquellas peregrinaciones, de todos aquellos trenes que rodaban por el mundo entero, de todas aquellas muchedumbres que acudían á Lourdes, resplandeciente, allá lejos, como la salud de cuerpos y almas.

¡Ah! Todos aquellos infelices que veía desde por la mañana en el exteztor del sufrimiento, arrastrando su mísero cuerpo entre las fatigas del viaje, estaban desahuciados, abandonados de la ciencia, cansados de consultar médicos y de someterse á la tortura de remedios inútiles. ¡Como se comprendía que, ardiendo en deseos de vivir, no pudiendo resignarse á los rigores de la injusta é indiferente naturaleza, soñasen en un poder sobrenatural, en una divinidad todo poderosa, que iba tal vez á detener en su favor las leyes establecidas, á cambiar el curso de los astros y á volver sobre su creación! si les faltaba la tierra ¿no les quedaba Dios? La realidad era, para ellos, demasiado abominable, y hacía en su alma una inmensa necesidad de ilusión, de mentira.

¡Sí! Necesitaban creer que hay en alguna parte un justiciero supremo que corrige las faltas manifiestas de los seres y de las cosas; un redentor

que es el amo, que puede hacer que retrocedan las aguas de los torrentes; un dispensador de gracias y consuelos, que pueda rejuvenecer á los ancianos y resucitar á los muertos. ¡Cómo consuela, efectivamente, al infeliz que tiene el cuerpo cubierto de llagas, los miembros retorcidos, el vientre hinchado de tumores ó los pulmones destruídos, el pensar que aquello no importa, que todo puede desaparecer y renacer á una señal de la Santa Virgen, y que basta orar, conmoverla y obtener de ella la gracia de ser elegido!

¡Qué celeste manantial de esperanzas, cuando corría el raudal prodigioso de aquellas hermosas historias de curas milagrosas, de aquellos adorables cuentos de hadas, que embriagaban la imaginación febril de los enfermos!

Desde que Sofía Couteau, con su blanco pie curado, había subido al vagón, abriendo el cielo ilimitado de lo divino y de lo sobrenatural, ¡cómo se comprendía el soplo de resurrección que posaba, levantando poco á poco á los más desesperados de su lecho de miseria, haciendo brillar los ojos de todos, puesto que la vida era aún posible para ellos y que iban tal vez á empezarla de nuevo!

Sí, eso era. Si aquel tren lamentable rodaba y rodaba; si aquel vagón iba lleno; si los demás iban llenos también; si la Francia y el mundo desde los puntos más lejanos de la tierra, eran surcados por trenes semejantes; si muchedumbres de trescientosmil creyentes, tracinaban con ellas millares de enfermos, de cabo á cabo del año; era que la Gruta resplandecía, allá, lejos, en su gloria, como un faro de esperanza y de ilusión, como la sublevación y el triunfo de lo imposible sobre la inexorable materia.

Nunca se había escrito novela alguna capaz de exaltar tanto los ánimos, por cima de la rudas condiciones de la existencia. Soñar aquellos prodigios, era la gran felicidad inefable.

Si los padres de la Asunción habían visto extenderse, de año en año, el éxito de sus peregrinaciones, era porque vendían á los pueblos que acudían, el consuelo, la ilusión, que anhelaban, ese pan delicioso de la esperanza; de que siempre está hambrienta la humanidad que sufre y que nunca saciará su hambre.

Y no eran sólo las llagas físicas las que reclamaban ser curadas; todo el ser moral é intelectual se quejaba de su miseria, ¡en un deseo insaciable de felicidad. Ser dichoso poner la certeza de la vida en la fe, apoyarse hasta la muerte en ese sólido y único báculo de viaje: tal era el deseo que brotaba de todos los pechos, que hacía que todos los dolores morales se prostrasen, pidiendo la continuación de la gracia, la conversión de los seres amados, la salvación espiritual de sí mismo y de los demás. El inmenso grito se propagaba, subiendo y llenando el espacio: ¡Ser para siempre feliz, así en la vida como en la muerte!

Y Pedro había visto cómo todos aquellos enfermos que le rodeaban,

dejaban de sentir las sacudidas del tren y recobraban fuerzas á cada legua devorada que les acercaba al milagro. La misma señora Maze se volvía habladora, en la seguridad de que la Santa Virgen le devolvería á su esposo. La señora Vincent, sonriente, mecía con suavidad á Rosita, considerándola menos enferma que aquellos niños medio muertos que al ser metidos en el agua fría, salían jugando. El Sr. Sabathier bromeaba con el Sr. de Guersaint, explicándole que en Octubre, cuando tuviese piernas haría un viaje á Roma, que tenía proyectado hacía quince años.

La señora Vetu, calmada; tomando por apetito sus dolores de estómago, suplicaba á la señora de Jonquière que le dejase mojar pedacitos de pan en un vaso de leche; mientras que Elisa Rouquet, olvidándose de su llaga, se comía un racimo de uvas con la cara descubierta. Y la Grivota, sentada, y el padre Isidoro, que había cesado de quejarse, conservaban de todos, aquellos hermosos cuentos tal fiebre de dicha, que preguntaban la hora en la impaciencia de la cura. Pero sobre todo el hombre agonizante, resucitó un momento. Mientras sor Jacinta secaba de nuevo el sudor frío de su rostro, abrió los párpados, mientras que una sonrisa brillaba en su faz. Había sentido aún un soplo de esperanza. María conservaba en su manecita tibia la mano de Pedro. Eran las siete hasta las siete y media no iban á legar á Burdeos; y el tren, retrasado, para ganar los minutos perdidos, aceleraba cada vez más su marcha con una rapidez loca. La tormenta había concluído por deshacerse en agua, y del gran cielo claro caía una dulzura de una pureza infinita.

—¡Oh! Pedro, ¡qué hermosura!—exclamó María apretándole tiernamente la mano.

Y añadió, inclinándose para hablarle al oído:

—Pedro; ha poco he visto á la Virgen; le he pedido que le cure á usted y le he obtenido...

El cura; comprendiéndolo todo, fué transtornado por los ojos de divina luz que ella fijaba en los de él. La muchacha no se había acordado de sí misma, y había pedido la conversión de su amigo; y aquel ferviente voto, que emanuba con toda candidez de aquella criatura dolorida y amada, la conmovía el alma. ¿Por qué no había de creer un día? El calor sofocante del vagón lo había aturdido; el espectáculo de las miserias allí acumuladas le movía á compasión. Y el contagio obraba, y no sabía á punto fijo dónde llegaban lo real y lo posible, incapaz, en medio de aquella aglomeración de hechos estupendos, de escoger, explicando los unos y rechazando los otros. Elevóse como un cántico nuevo, que le transportó por el hilo obstinado de su obsesión. Ya no se pertenecía, y se imaginó que acababa por creer en el vértigo alucinado de aquel hospital que rodaba y rodaba á toda máquina.

V.

El tren salió de Burdeos, despues de pocos minutos de parada, durante la cual, los que no habían comido, se apresuraron á comprar provisiones. Los enfermos no cesaban de beber un poco de leche y pedir algún bizcocho, como chiquillos. Una vez nuevamente en marcha, sor Jacinta dió sus acostumbradas palmaditas, y gritó:

—¡Vamos, vamos! ¡Aprisa! ¡La oración de la noche!

Durante un cuarto de hora hubo un murmullo confuso de *Padrenuestros* y *Acemarías*, un examen de conciencia, un acto de contrición, un abandono de la propia persona á Dios, á la Santa Virgen y á los Santos; una acción de gracias por el feliz dia, con una oración en favor de los vivos y en sufragio de los muertos.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Amén.

Eran las ocho y diez. El crepúsculo inundaba ya la campiña, una llanura inmensa, prolongada por las brumas de la tarde, y donde se encendían, á los lejos, en las casas desparramadas, luces y fuegos. Las lámparas del vagón vacilaban, alumbrando con amarillenta luz la aglomeracion de equipajes y peregrinos, sacudidos por un continuo vaivén.

—Les advierto á ustedes, hijos mios,—añadió sor Jacinta, de pie—que llamaré á silencio en Lamothe, á una hora de aquí. Tenen, pues, una hora para divertirse; pero no se exciten demasiado. Pasado Lamothe, ni una palabra, ni un soplo; quiero que todo el mundo duerma.

Esto les hizo reir.

—Es la regla, y son ustedes demasiado juiciosos para no obedecer.

Desde la salida de Paris, habían cumplido puntualmente el programa de los ejercicios religiosos, indicados de hora en hora. Ahora que estaban dichas todas las oraciones, rezados los rosarios y entonados los cánticos, había terminado la jornada. Se podía conceder un corto recreo antes del descanso. Pero no sabían qué hacer.

—Mi hermana—propuso María;—¿quiére usted autorizar al señor cura á que nos lea algún pasaje de una historia de Bernardette, muy bonita, que traigo cabalmente?...

No la dejaron concluir, todos gritaron apasionadamente como niños, á quienes prometen un bonito cuento:

—¡Sí! ¡Sí ¡hermana! ¡Sí, sí!

—Naturalmente—dijo la religiosa;—lo permito desde el momento que se trata de una buena lectura.

Pedro no tuvo más remedio que acceder. Pero para colocarse debajo de la lámpara, se vió obligado á cambiar de sitio con el señor de Gersaint, á quien el anuncio de aquella historia había alegrado tanto como a los enfermos.

Cuando el joven cura, instalado al fin, abrió el libro, diciendo que vería bastante, corrió un extremecimiento de curiosidad de un extremo al otro del vagón, y todo el mundo tendió el oído. Afortunadamente tenía la voz clara y robusta, y pudo dominar el ruído del tren, que era sordo y monótono á través de aquella inmensa llanura.

Pero antes de empezar, Pedro estuvo examinando el libro. Era uno de esos tomitos portátiles, salidos de las prensas católicas y esparcidos profusamente por toda la cristiandad. Mal impreso en papel ordinario, llevaba, en su cubierta azul, una imagen de Nuestra Señora de Lourdes, demasiadamente grabada. Media hora bastaría para leerlo despacio.

Y Pedro empezó, con su voz clara y penetrante:

—«Era el jueves, 11 de Febrero de 1858, en Lourdes, pueblecitos de los Pirineos. El tiempo era frío y nebuloso. Faltaba leña para preparar la comida, en casa del pobre, pero honrado molinero, Francisco Soubiron.. Su mujer, Luisa, dijo á su hija segunda: «María, anda á recoger leña al borde del Gave, ó en las tierras comunales.» El Gave es el nombre de un torrente que atraviesa Lourdes.

«María tenía una hermana mayor, Bernadette, recién llegada del campo, donde unos honrados lugareños la habían empleado como pastora. Era una niña débil y delicada, de una grande inocencia, y sin más sabiduría que la de saber rezar el rosario. Luisa Soubiron no atrevía á mandarla al bosque con su hermana, á causa del frío; sin embargo, á instancias de María y de una vecinita, llamada Juana Abadie, la dejó partir.

Las tres compañeras bajaban á lo largo del torrente para recoger ramas y troncos secos, cuando se encontraron en frente de una gruta, abierta en una peña, que los habitantes del país llamaban la Massabielle»...

Al llegar a este punto de la lectura, mientras volvía la hoja, Pedro se detuvo, bajando el librito. La puerilidad de la narración, las frases hechas y vacías de sentido, le impacientaban. El, que poseía el legajo, completo de aquella historia extraordinaria y había puesto empeño en estudiar sus menores detalles, guardaba en el fondo del corazón una ternura deliciosa y una piedad infinita por Bernadette.

Acababa de pensar que la investigación decisiva que en otro tiempo tuvo intención de ir á hacer en Lourdes, podría empezarla á la mañana siguiente. Era uno de los motivos que le habían decidido á acompañar á María. Y de pronto dispertaba en él toda la curiosidad que sentía por lo veridica y por lo infeliz, pero cuyo caso hubiera querido analizar y explicar.

Seguramente, no mentía; había tenido su visión, oído voces, como

Juana de Arco, y como Juana de Arco libertaba á la Francia, al decir de los católicos.

¿Cuál era, pues, la fuerza que la había producido, á ella y á su obra? ¿Cómo había podido engrandecerse la visión en aquella mísera muchacha y transtornar á todas las almas creyentes, hasta renovar los milagros de los tiempos primitivos y fundar casi una religión nueva, en medio de una villa santa, construída á costa de millones, invadida por muchedumbres que no se habían visto tan exaltadas ni tan numerosas desde las Cruzadas?

Cesando de leer, Pedro contó lo que sabía, lo que había adivinado y restablecido en aquella historia aún tan oscura, á pesar de lo mucho que sobre ella se ha escrito; conocía el país, las costumbres y los trajes, merced á sus largas conversaciones con su amigo, el doctor Chassaigne. Y tenía una facilidad de palabra deliciosa, una emoción de exquisita pureza, notables dotes de orador sagrado, de que nunca hacía uso.

En el vagón, cuando vieron que conocía la historia mucho mejor que el librito, y que la contaba con un aire tan tierno y apasionado, redobló la atención de aquellas almas dolorosas, sedientas de felicidad, que se entregaban á él.

Contó, desde luego, la infancia de Bernadette en Bartrés.

Allí crecía en casa de su nodrisa, la Lagües, la cual, después de haber perdido á un hijo recién nacido, unió á los Soubirous, gente muy pobre, el favor de nutrir y guardar á la niña.

Aquella aldea de 400 almas, á una legua de Lourdes, se hallaba como desierto, lejos de todo camino frecuentado, oculto entre ramajes. El camino serpentea, las casas se hallan desparramadas entre praderas y trozos de arbolado; los arroyos cristalinos, que nunca callan, siguen las pendientes á lo largo de los caminos. Lo único que sobresale es la pequeña iglesia románica, que domina una meseta, invadida por las tumbas del cementerio.

En todas partes ondulan collados de variadas arboledas. Por entre la hierba corre de trecho en trecho algún arroyuelo de una frescura deliciosa.

Bernadette, que desde que era grande, ganaba el pan apacentando ovejas, las conducía á menudo por aquellos umbrosos parajes, donde no encontraba alma viviente.

A veces, desde lo alto de alguna colina, contemplaba, allá lejos, las montañas; el pico del Mediodía, el de Viscos, masas resplandecientes ó sombrías, según el color del tiempo, y que otros picos prolongaban; apariciones confusas y perdidas de visionaria, como se tienen en los sueños.

Pedro describió la casita de los Lagües, donde aún se conservaba la cuna de la niña; casa aislada y silenciosa, la última de la aldea. Extendíase delante de ella un prado plantado de manzanos y perales, y separado solamente de la campiña por un arroyo que podían pasar de un salto.

En la casa, baja y húmeda, sólo había, á derecha é izquierda de la escalera de mano que conducía al desván, dos habitaciones, empedradas, que contenían cuatro ó cinco camas cada una. Las niñas dormían juntas; dormíanse contemplando por la noche bonitas estampas, pegadas en la pared, mientras que el gran reloj, en su caja de pino, batía la hora gravemente, en medio del gran silencio.

¡Ah! ¡Cuánta dulzura experimentó Bernadette durante los años de su vida en Bartrés! Crecía delicada, siempre enferma, padeciendo un asma nervioso que la ahogaba al menor esfuerzo, y á los diez años no sabía leer ni escribir; únicamente hablaba el dialecto languedociano del país, retrasada en lo físico como en lo moral.

Era una niña como las demás: cariñosa y buena, pero poco habladora; le gustaba más escuchar que hacerse oir. A pesar de no ser muy inteligente, daba frecuentes pruebas de estar dotada de mucha razón natural, y á veces tenía salidas ingenuas y graciosas que hacían reir. Había costado un trabajo infinito enseñarle el Rosario; pero, cuando lo supo, pareció querer limitar al mismo toda su ciencia, y se aplicó á rezarlo todo el día, tanto, que nunca se le encontraba con sus ovejas sin el rosario en la mano, desgranando *Padrenuestros* y *Avemarías*.

Pasaba largas horas en las pendientes herbosas de las colinas, absorta en el misterio de las hojas, no viendo del mundo, más que las cumbres de los lejanos montes, perdidas en la luz como en un sueño. Transcurrían los días, y ella continuaba paseando su pensamiento estrecho, la única oración que repetía y que no le daba otra compañera y amiga que la Santa Virgen, en aquella soledad infantil, tan fresca y cándida

¡Qué hermosas veladas de invierno pasó en la sala de la izquierda, donde estaba el hogar! Su nodriza tenía un hermano cura, que leía de vez en cuando cosas admirables; historias de santos y de santas; aventuras prodigiosas que hacían temblar, tan pronto de miedo como de alegría; apariciones del paraíso en la tierra, mientras que el cielo entreabierto dejaba divisar el esplendor de los ángeles.

Los libros que llevaba solían estar llenos de estampas: Dios en medio de su gloria; Jesús, tan delicado y tan hermoso, con su rostro de luz; la Santa Virgen, sobre todo, que venía á cada momento, resplandeciente vestida de blanco, de azul y oro, tan amable, que la niña soñaba á veces con ella.

Pero el libro que leían con más frecuencia, era la Biblia, una vieja Biblia amarillenta, que llevaba más de cien años de uso en la familia. Cada velada, el marido de la nodriza, el único de la casa que sabía leer, clavaba al azar un alfiler entre las hojas y empezaba la lectura por la página de la derecha, en medio de la profunda atención de las mujeres y de los niños, que acababan por saber largos pasajes de memoria, de tal manera que hubieran podido seguir sin equivocar una palabra.

Bernadette prefería los libros piadosos, donde la Santa Virgen pa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

saba con su benévola sonrisa. Sin embargo, la agradó mucho también la lectura de la maravillosa historia de los Cuatro hijos de Aymón. En la cubierta amarilla del librito, caído sin duda del paquete de algún vendedor ambulante, figurabau, toscamente grabados, los cuatro héroes, Renato y sus hermanos, montados los cuatro sobre Bayardo, su famoso caballo de batalla, que la hada Orlanda los había regalado. Todo eran sangrientos combates, construcciones y sitios de fortalezas, estocadas terribles entre Rolando y Renato, que iban por fin á rescatar la Tierra Santa; sin olvidar al mágico Mangis, el de los maravillosos encantamientos, ni á la princesa Clarisa, hermana del rey de Aquitania, más hermosa que la luz.

Con la imaginación exaltada, á Bernadette le costaba mucho dormirse, sobre todo las noches en que, á falta de lectura, habían contado alguna historia de brujos. Era muy supersticiosa; por nada del mundo la hubieran hecho pasar, después de la puesta del sol, cerca de una torre de la vecindad, frecuentada por el diablo. Toda la comarca, habitada por gentes devotas y sencillas, pobres de espíritu, parecía poblada de misterios, de árboles que cantaban, de piedras que sudaban sangre, de encrucijadas donde había que rezar tres *Padrenuestros* y tres *Avemarías*, si no quería uno encontrarse con la bestia de los siete cuernos, que arrastraba las muchachas á la perdición.

Y ¡qué abundancia de cuentos terroríficos! Los había á centenares. Cuando empezaban á contarlos, al amor de la lumbre, era cosa de nunca acabar.

Referíanse las aventuras de los *loups-garous*, miseros hombres obligados por el demonio á meterse en la piel de los grandes perros blancos de las montañas. Si se pega un tiro de escopeta al perro y le da un sólo perdigón, el hombre queda libre; pero si los perdigones no dan más que en la sombra, el hombre muere inmediatamente.

Desfilaban luego los brujos y las brujas, hasta el infinito. Una de estas historias impresionaba particularmente á Bernadette: la de un notario de Lourdes que quiso ver al diablo y fué conducido por una bruja á un campo desierto, un Viernes Santo, á media noche.

El diablo llegaba magníficamente vestido de rojo. En seguida propuso al notario que le vendiese el alma, y éste fingía aceptar el trato. El diablo llevaba justamente debajo del brazo el registro en que firmaron las gentes del pueblo que se habían vendido.

Pero el notario, muy astuto, sacaba del bolsillo un supuesto tintero, que era en realidad una botella de agua bendita, y asperjaba al diablo, que daba gritos horribles, mientras él huía con el registro. Entonces empezaba una carrera infernal, que podía durar toda la velada por montes y barrancos, á través de espesos bosques y extensas llanuras, por peñascales y torrentes.

—¡Devuélveme el registro!

—No lo volverás á ver.

Y otra vez:

—¡Devuélveme el registro!

—No lo volverás á ver.

Por último, el notario, que llevaba su idea, extenuado ya de fatiga, casi á punto de sucumbir, se metía en el cementerio, y una vez en aquel terreno sagrado, se burlaba del diablo agitando el registro, después de haber salvado así á las almas de todos los infelices que habían firmado.

Las noches de tales cuentos, antes de entregarse al sueño, Bernadette rezaba mentalmente el Rosario, satisfecha de ver al infierno humillado, aunque temblando á la idea de que el diablo acudiría á rondar su camita tan pronto como hubiesen apagado la luz.

Todo un invierno pasaron las veladas en la iglesia. Lo había permitido el padre Ader, y muchas familias iban allá á fin de economizar luz y estar más calientes todos juntos.

Escuchaban la lectura de la Biblia y oraban en común. Los niños acababan por dormirse. Bernadette era la única que resistía hasta lo último, muy contenta de permanecer allí, en aquella nave estrecha, cuyas delgadas molduras estaban pintadas de rojo y azul. En el fondo el altar, igualmente pintado y dorado, con sus columnas salomónicas y sus retablos de María en casa de Santa Ana y la Degollación de San Juan, erguíase con una riqueza de detalles del peor gusto.

En la somnolencia que la invadía, la muchacha debía ver alzarse la visión mística de aquellas imágenes de vivos colores, brotar sangre de las llagas, flamear las aureolas, presentársele la Virgen y mirarla con sus ojos azules, realmente vivos, al mismo tiempo que parecía á punto de abrir sus labios de carmín para dirigirle la palabra.

Durante meses enteros pasó de igual modo sus veladas, sumida en aquella somnolencia, ante el altar vago y suntuoso, en aquel principio de sueño divino que se llevaba para terminarlo en la cama, durmiendo sin respirar, bajo la guardia de su ángel bueno.

Fué en aquella misma iglesia, tan humilde y llena de ardiente fe, donde Bernadette empezó á seguir el catecismo. Tenía entonces catorce años y era preciso que pensase en su primera comunión. Su nodriza, que pasaba por avara, no la enviaba á la escuela, con el objeto de utilizarla en casa todo el santo día. El maestro, Sr. Barbet, no la vió nunca en su clase. Pero un día en que explicaba el catecismo, en sostitución del padre Ader, que estaba enfermo, le llamó la atención por su piedad y por su modestia.

El cura la quería mucho y hablaba muchas veces de ella al maestro, diciéndole que no podía mirarla sin pensar en los niños de la Saleta, porque aquellos niños debieron ser sencillos, buenos y devotos como ella, para que se les apareciese la Virgen.

Cierta mañana, los dos hombres la vieron de lejos, con su rebaño,

fuera da la poblacion, perderse entre los árboles, y el cura se volvió varias veces para mirarla, diciendo de nuevo:

—Ignoro lo que pasa en mi; pero cada vez que encuentro á esa niña, se me figura ver á Melania, la pastorcita, compañera del pequeño Maximino.

Efectivamente se hallaba poseído de aquella idea singular, que resultó una predicción.

Un día, después del catecismo, y hasta una noche, en la velada de la iglesia, contó la maravillosa historia de la Señora vestida de blanco, que, doce años atrás, andaba sobre la hierba sin doblarla, de la Virgen que la apareció á Melania y á Maximino, en la montaña, al borde de un arroyo, para confiarles un gran secreto y anunciarles la cólera de su Hijo.

Desde aquel día, una fuente, nacida de las lágrimae de la Virgen, curaba todos los males, mientras que el secreto, confiado á un pergamino, lacrado con tres sellos, dormía en Roma.

Bernadette escuchó atentamente aquella historia admirable, y se la llevó al desierto de hojas en que vivía, para reconstituirla detrás de sus ovejas, en tanto que las cuentas de su rosario se deslizaban, una à una, por entre sus delicados dedos.

Y así transcurrió su infancia; en Bartrès. Lo que encantaba, en aquella Bernadette débil y pobre, era su mirada estática, unos hermosos ojos de visionaria, donde pasaban los pensamientos como un vuelo de pájaros en un cielo purísimo

Su boca, grande, indicaba bondad; su cabeza, cuadrada, de frente estrecha y espesos cabellos negros, hubiera parecido vulgar, sin su gracia de dulce obstinación. Pero el qué no penetraba en su mirada, no le hacía caso: era una niña cualquiera, la pobrecita de los caminos, enclenque, de una tímida humildad.

Seguramente fué en su mirada, donde el padre Ader leyó asombrado todo lo que iba a florecer en ella; el mal opresor que padecía su triste cuerpo de niña; la soledad de verdura en que había crecido, la dulzura baladora de sus ovejas, la Salutación angélica paseada bajo la bóveda del cielo, repetida hasta la alucinación, y las prodigiosas historias oídas en casa de su nodriza, y las veladas pasadas ante los retablos vivos de la iglesia, y todo el aire de primitiva fe que había respirado en aquel lejano país, cercado de montañas.

El 7 de Enero, Bernadette acababa de cumplir catorce años, y sus padres, los Soubirons, viendo que no aprendía nada en Bartrès, resolvieron tomarla definitivamente con ellos en Lourdes, para que estudiase el catecismo con asiduidad, á fin de prepararse seriamente para su primera comunión. Hacía, pues, quince ó veinte días que se hallaba en Lourdes, cuando con un tiempo frío y algo cubierto, al 11 de Febrero, un jueves...-

Pero Pedro tuvo que interrumpir su relato, porque sór Jacinta se levantó y dijo dando vigorosas palmadas.

—Hijos míos, son más de las nueve.... ¡El silencio! ¡El silencio!

Acababan de pasar la estación de Lamothe. El tren rodaba con su ruido sordo en un mar de tinieblas, á través de las llanuras sin fin de los Landes, sumergidas por la noche. Hacía diez minutos que en el vagón todo el mundo hubiera debido estar callado; dormir ó sufrir sin pronunciar una sola palabra. Hubo, sin embargo, una sublevación

—¡Oh! ¡mi hermana!—exclamó María, cuyos ojos centelleaban;—¡un cuartito de hora nada más! Estamos en el punto más interesante.

Diez voces veinte voces, se elevaron.

—¡Sí! ¡Por favor! ¡Un cuartito de hora!

Todos querían oir la continuación, ardiendo en curiosidad, como si no hubiesen conocido la historia, de tal manera les cautivaban los detalles de tierna humanidad que daba el narrador. Las miradas no se apartaban de él, y hacía él se inclinaban las cabezas, caprichosamente iluminadas por las lámparas vacilantes. Y no eran los enfermos solos; las diez mujeres del departamento del fondo, escuchaban también con avidez, volviendo sus pobres caras feas, que embellecía la cándida fe, y procurando no perder una palabra.

—¡No, no puedo!—declaró al pronto sor Jacinta. El programa es formal; ahora hay que guardar silencio.

Pero reflexionó, sintiendo ella misma gran curiosidad y hallándose tan impresionada que le latia fuertemente el corazón. María insistió de nuevo, suplicante, mientras que su padre, el Sr. de Guersaint, á quien divertía mucho el relato, declaró que iban á enfermar, si no seguían; y como la señora de Jonquierre se sonreía con aire de indulgencia, la monja acabó por ceder.

—¡Bueno! Vamos á ver un cuartito de hora nada más. Si no, caería yo en falta.

Pedro había aguardado tranquilamente sin intervenir, y continuó con la misma voz penetrante, donde la duda se enternecía de piedad por los que sufren y esperan.

La narración seguía en Lourdes, calle de los Petit-Fossés, callejón triste y tortuoso, que baja entre casas pobres y muros groseramente revocados.

En la planta baja de una de aquellas tristes viviendas, al extremo de un camino oscuro, los Soubirous ocupaban un cuarto único, donde se hacinaban siete personas: el padre, la madre y los cincos hijos. Apenas se veía en la habitación, donde entraba una luz verdosa por un patio interior, pequeño y húmedo. Dormían en un monton y comían cuando había pan en la casa. Hacía algún tiempo que el padre, de oficio molinero, encontraba con dificultad trabajo en casa ajena.

De aquel rincón obscuro, de aquella baja miseria y en aquel frío jueves de Febrero, había salido Bernadette á recoger leña con María, su hermana segunda, y con Juana, una amiguita de la vecindad.

Entonces se desarrolló lentamente el hermoso cuento de cómo las tres niñas bajaron á la orilla del Gave, al otro lado del Castillo; de cómo habían ido á parar á la isla del Chalet, frente á la roca de Massabielle, de la cual las separaba solamente el estrecho canal del molino de Savy.

Era un sitio agreste, donde el pastor común conducía á menudo los puercos del país, que se guarecían de los chubascos bajo aquella peña, que formaba en su base una especie de gruta poco profunda, obstruída por escaramujos y zarzales.

La leña seca era escasa; María y Juana atravesaron el canal, viendo, al otro lado, una porción de ramas que el torrente había arratrado y dejado entre grandes piedras; mientras que Bernadette, más delicada, un poco señorita, se quedaba á disgusto en la orilla, sin atrever á mojarse los pies. Tenía un poco de usagre en la cabeza. Su madre le había recomendado que se abrigase bien con su capuchón, un gran capuchón blanco que contrastaba con su viejo vestidito de lana negra.

Cuando vió que sus compañeras se negaban á ayudarla, se resignó á sacarse los zuecos y las medias. Serían las doce; las tres campanadas de la Salutación angélica debían sonar en la parroquia, bajo aquel gran cielo tranquilo de invierno, velado por ligerísimas nubes. Entonces subió en ella un gran trastorno, soplando en sus oídos con tal ruido de tempestad, que creyó sentir pasar un huracán bajado de las montañas. Miró los árboles y quedó estupefacta, porque no se movía ni una hoja. Creyó haberse equivocado y fué á recoger sus zuecos, cuando el gran soplo la atravesó de nuevo; pero esta vez el trastorno de los oídos invadía los ojos; ya no veía los árboles; estaba deslumbrada por una blancura, una especie de claridad viva que le pareció fijarse en la peña, encima de la gruta, en una rendija estrecha y alta, semejante á una ovija de catedral.

Espantada, cayó de hinojos. ¿Qué era aquello, Dios mío? Algunas veces, reinando mal tiempo, cuando su asma la oprimía más que de ordinario, pasaba malas noches, soñando sin fin, sueños á menudo penosos, de los cuales todavía guardaba la opresión al despertar, aun cuando no se acordaba de nada.

Vióse rodeada de llamas; el sol le pasaba por delante del rostro. ¿Había soñado de aquel modo la noche anterior? ¿Era aquello la continuación de algún sueño olvidado? Poco á poco, se indicó una forma. Bernadette creyó reconocer una figura que la viva luz hacía toda blanca. Temiendo que fuera el diablo, idea que le vino al recordar las historias de brujos, se puso á rezar el Rosario.

Después que se hubo apagado paulatinamente la luz, fué la niña á juntarse con María y con Juana, después de pasar el canal, y quedó sorprendida de que ni una ni otra hubiesen visto nada, mientras recogían leña delante de la gruta.

De regreso á Lourdes, las tres niñas hablaron. ¡Pues, qué! ¿Bernadette había visto algo? Esta no quería contestar, inquieta y un poco avergonzada. Por fin dijo que había visto una cosa blanca.

Desde entonces, partió de allí el rumor y fué creciendo. Los Soubirons, al enterarse, se incomodaron por aquellas niñerías, prohibiendo á su hija que volviese á la gruta de Massabielle. Pero todos los niños del barrio se contaban ya la historia. Los padres de Bernadette tuvieron que ceder el domingo, y permitir que ésta fuese á la gruta, con una botella de agua bendita, para saber decididamente si se trataba del diablo. La niña volvió á ver la claridad, y la figura que se completaba, sonreía sin temer el agua bendita.

Volvió el jueves, acompañada de otras personas; y sólo aquél día fué cuando la Señora del vivo resplandor se encarnó al extremo de dirigirle por fin la palabra:

—Hazme la gracia de venir aquí durante quince días.

Poco á poco, la aparición había adquirido forma determinada; aquella cosa vestida de blanco, se convertía en una Señora más hermosa que una reina, como únicamente se ven en las estampas.

Al principio, ante las preguntas con que el vecindario la abrumaba todo el santo día, Bernadette se mostró vacilante, agitada por escrúpulos. Luego pareció que, bajo la sugestión de aquellos mismos interrogatorios, la figura tomaba una vida definitiva, líneas y colores de los cuales la niña ya no había de apartarse jamás en sus descripciones.

Los ojos eran azules y de dulce mirada; la boca, sonrosada y risueña; el óvalo del rostro tenía á la vez una gracia de juventud y de maternidad.

Veíase apenas, bajo el borde del velo que cubría la cabeza y caía hasta los pies, la ondulación discreta de una admirable cabellera rubia. El vestido, enteramente blanco, resplandeciente, debía ser de una tela desconocida en la tierra, tejida con rayos de sol. El lazo azul que le ceñía el cuerpo, dejaba colgar dos extremos flotantes, ligeros como el aire matutino. El rosario, pasado por el brazo derecho, tenía unas cuentas blancas como la leche, mientras que la cadenilla y la cruz eran de oro. Y sobre sus pies desnudos, sobre sus adorables pies de nieve virginal, florecían dos rosas de oro, las rosas místicas de aquella carne inmaculada de Madre divina.

¿Dónde había visto Bernadette aquella Virgen, tan tradicional en su sencillez, sin una joya, de una gracia primitiva? ¿En alguno de los libros ilustrados del hermano de la nodriza, de aquel buen cura que leía cosas tan bonitas? ¿En alguna estatua, en algún cuadro, en alguna claraboya de la iglesia pintada y dorada; donde ella había crecido? Sobre todo, aquellas rosas de oro en sus pies desnudos, aquella deliciosa imaginación de amor, aquella eflorescencia devota de la carne de la mujer, ¿de qué novela caballeresca procedía? ¿De alguna historia contada por el padre Ader? ¿De algún sueño inconsciente paseado por las umbrías de Bartrés, repitiendo sin cesar las sugestivas decenas de la Salutación angélica?

La voz de Pedro se había enternecido cada vez más, porque si no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decía todas estás cosas á los pobres de espíritu que le escuchaban, la explicación humana que su duda, en el fondo de su ser, procuraba dar á todos aquellos prodigios, hacía que palpitase en su relato una simpática fraternidad.

Se encariñaba con Bernadette por el encanto de su alucinación, que le hacía ver á aquella señora tan graciosa y afable, llena de cortesía en su aparición y desaparición.

De pronto se presentaba el gran resplandor; luego la visión se formaba, iba, venía, se inclinaba, se movía en una flotación insensible y ligera; y al desvanecerse, aún persistía la luz durante un momento, para extinguirse, después, como un astro que muere.

Ninguna Señora de este mundo podía tener un rostro tan blanco y sonrosado, de esa belleza infantil propia de las estampas de primera comunión, y los zarzales de la gruta no herían sus pies desnudos, floridos de oro.

Pedro contó luego las demás apariciones. La cuarta y la quinta ocurrieron el viernes y el sábado; pero la Señora resplandeciente, que aún no había pronunciado su nombre, se contentó con sonreírse y saludar, sin decir una sola palabra. El domingo, lloró y dijo á Bernadette:

«Ruega por los pecadores.»

El lunes causó á la niña el gran disgusto de no aparecer, queriendo probarla, sin duda. Pero el martes, le confió un secreto personal, que no debía divulgarse jamás. Por último, la indicó la misión que le confiaba:

«Ve á decir á los sacerdotes que hay que construir aquí una capilla.»

El miércoles, murmuró varias veces la palabra: «¡Penitencia, penitencia, penitencia!» que la niña repitió besando el suelo.

El jueves, dijo:

«Ve á beber y á lavarte en la fuente, después de lo cual comerás de la hierba que hay al lado», palabras que la vidente acabó por comprender, después que hubo brotado una fuente bajo sus dedos, en el fondo de la gruta. Y aquello fué el milagro de la fuente encantada.

Transcurrió después la segunda semana. La imagen no apareció el viernes; fué exacta los cinco días siguientes, repitiendo sus órdenes mirando con su afable sonrisa á la humilde muchacha de su elección, la cual rezaba cada vez su Rosario, besaba el suelo y subía de rodillas hasta la fuente para beber y lavarse.

Por último, el jueves 4 de Marzo, último día de las místicas citas, pidió con mayor insistencia la construcción de una capilla, para que los pueblos acudiesen á ella en procesión de todos los ámbitos de la tierra.

Sin embargo, hasta entonces se había negado á contestar á todas las preguntas de Bernadette, para que le dijese quién era. Finalmente, el jueves 25 de Marzo, tres semanas después, la Señora, juntando las manos, y levantando los ojos al cielo, dijo:

—«Soy la Inmaculada Concepción.»

Apareció dos veces más, el 7 de Abril y el 16 de Julio, para hacer primeramente el milagro del cirio, aquel cirio sobre el cual la niña dejó caer por distracción la mano sin quemarse, y luego para su despedida, la última sonrisa y el último saludo de amable gentileza. En suma, dieciocho apariciones bien contadas. Y no volvió á dejarse ver.

Pedro se hallaba como dividido en dos entidades. Mientras continuaba su hermoso cuento, tan grato para aquella mísera pagonada de creyentes, evocaba para sí á la Bernadette lastimosa y amada, en quien tan lindamente había brotado la flor del sufrimiento. Según la expresión brutal de un médico, aquella niña de catorce años, atormentada en su pubertad tardía, atacada de asma, no era en suma, más que una irregular de la histeria, una degenerada, seguramente, una aniñada.

Si faltaban las crisis violentas; si no tenía en los accesos, la rigidez de los músculos; si guardaba el recuerdo preciso de sus visiones, era simplemente porque presentaba el curiosísimo documento de su caso especial; y lo inexplicado es lo que constituye el milagro. ¡La ciencia sabe aún tan poca cosa, en medio de la variedad infinita de los fenómenos! ¡Cuántas pastoras no habían visto á la Virgen, antes de Bernadette en la misma puerilidad! ¿No era siempre la misma historia, la Señora vestida de luz, el secreto confiado, la fuente que brota, la misión que llenar, los milagros cuyo encanto va á convertir á las muchedumbres?

Y siempre el ensueño de una niña pobre; el ideal de tradicional belleza, de dulzura y de amabilidad; la candidez de los medios y la identidad del fin: ¡rescate de pueblos, construcción de iglesias, procesiones de fieles!

Además, todas las palabras llovidas del cielo se parecían: llamamientos á la penitencia y promesas de auxilio divino. Aquí, lo nuevo era esta declaración extraordinaria: «Soy la Inmaculada Concepción,» que se manifestaba como el útil reconocimiento por la propia Santísima Virgen del dogma promulgado en la corte pontificia, tres años antes.

No era la Virgen Inmaculada la que aparecía, sino la Inmaculada Concepción, la abstracción misma, la cosa, el dogma, de manera que cabía preguntar si la Virgen podía haber hablado así. Las demás palabras, era posible que Bernadette las hubiese oído y conservado en algún rincón incoscente de su memoria.

Pero ¿de dónde salía ésta niña, para aportar al dogma, aún discutido, el prodigioso apoyo del testimonio de la Madre concebida sin pecado? Y Pedro, que estaba convencido de la absoluta buena fe de Bernadette, que se resistía á creerla instrumento de un fraude, divagaba, turbado, sintiendo la verdad vacilar en su interior.

En Lourdes, la emoción era inmensa, acudían gentíos entusiasmados; empezaban á realizarse milagros; mientras que se declaraban las inevitables persecuciones, que aseguran el triunfo de las religiones nuevas. El padre Peyramale, cura de Lourdes, hombre corpulento y honrado, de

espíritu recto y vigoroso, podía decir con razón que no conocía aquella niña, que nadia había visto todavía en las conferecias sobre el Catecismo,

¿Dónde estaba, pues, la presión, la lección aprendida de memoria? No había más que la infancia pasada en Bartrés; las primeras enseñanzas del padre Ader, conversaciones más bien que otra cosa; las ceremonias religiosas en honor del dogma reciente, ó simplemente el regalo de una de las medallas que se habían repartido á profusión.

El padre Ader, que había profetizado la misión de la vidente, no debía volver á figurar en la historia de ésta. Y todas las fuerzas ignoradas de la oculta aldea, de aquél rincón limitado y supersticioso, séguían transtornando los cerebros y ensanchando el contagio del misterio.

Se recordaba que un pastor de Argeles, hablando de la rosa Massabielle, predijo que pasarían allí grandes cosas. Otros niños caían en éxtasis con los ojos muy abiertos y los miembros sacudidos por convulsiones; pero estos veían al diablo.

Parecían soplar vientos de locura por la comarca. En Lourdes, una vieja declaraba que Bernadette no era más que una bruja, y que en su ojo había visto la pata de sapo. Para los demás, para los miles de peregrinos que acudían, era una santa, cuyas ropas besaban. Escapábanse sollos y las almas sentían una especie de frenesí, cuando ella caía de hinojos ante la gruta, con un cirio encendido en la mano derecha y el rosario en la izquierda. Poníase muy pálida y muy hermosa, como transfigurada. Sus facciones adquirían una expresión de beatitud extraordinaria, en tanto que sus ojos se llenaban de luz y que su boca entreabierta se movía como si estuviese pronunciando palabras que no oía nadie.

De seguro la muchacha ya no tenía voluntad propia, invadida por su alucinación, de tal manera poseída de su ensueño, en el medio èstrecho y especial en que vivía, que lo continuaba despierta, aceptándolo como la única realidad indiscutible, dispuesta á confesarla á costa de su sangre, repitiéndola sin cesar y obstinándose en ella, con detalles invariables. No mentía, porque no sabía, ni podía, ni deseaba querer otra cosa.

Pedro hizo una descripción encantadora del antiguo Lourdes, de aquel pueblecito piadoso, dormido al pie de los Pireneos. Antiguamente, el Castillo, asentado en su roca, en la encrucijada de los siete valles del Lavedan, era la llave de las montañas. Pero hoy, desmantelado, no era más que un caserón ruinoso, á la entrada de un callejón sin salida.

La vida moderna iba á detenerse allí, contra el formidable muro de los grandes picos nevados. El ferrocarril transpirenáico en proyeto hubiera sido el único medio de establecer una activa circulación de la vida social en aquel olvidado rincón donde se estancaba como agua muerta.

Lourdes dormitaba, pues, lento y feliz,en medio de su paz secular,

con sus calles estrechas, empedradas de guijarros, y sus casas negras, con marcos de mármol. Los viejos tejados aún se agrupaban todos al Este del Castillo; la calle de la Gruta, que se llamaba entonces la calle del Bosque. no era más que un camino desierto impracticable; ninguna casa bajaba hasta el Nave, cuyas aguas espumosas corrían á través de la absoluta soledad de los sauces y altas hierbas.

En la plaza del Mercado, veíanse raros transeuntes en los días de trabajo; mujeres que pasaban de prisa, yendo á sus ocupaciones; pequeños rentistas que entretenían sus ocios paseándose; y sólo los domingos y días de feria se reunía en el Campo común la población endomingada y los ganaderos procedentes de las altas y lejanas mesetas, con sus reses.

Durante la estación de las Aguas, el tránsito de los bañistas de Cauterets y de Bagnères, daba también alguna animación. Dos veces al día, cruzaban diligencias por la población; pero llegaban de Pau por un camino detestable, y tenían que vadear el Lapaca, que desbordaba á menudo; luego subían la empinada cuesta de la calle Baja y pasaban por la terraza de la iglesia, sombreada por grandes olmos.

¡Que tranquilidad en torno de y sobre todo en el interior de aquella vieja iglesia, medio española, llena de antiguas esculturas, de columnas. retablos y estatuas, poblada de visiones de oro y carnes pintadas, cocidas por el tiempo, como entrevistas al resplandor de lámparas misticas!

Toda la población iba allí á practicar, á llenarse los ojos de aquel ensueño del misterio. No había incrédulos; era el pueblo de la fe primitiva; cada corporación marchaba bajo la bandera de su santo; las cofradías reunían el pueblo entero, los días festivos, en una sola familia cristiana. Así es que reinaba una gran pureza de costumbres, como exquisita flor brotaba en un vaso de elección. Los mozos no tenían sitio alguno de desenfreno en que perderse, y todas las muchachas crecían en perfume y en belleza de inocencia, bajo la vigilante protección de la Santa Virgen, Torre de marfil y Trono de sabiduría.

Se comprendía que Bernadette, nativa de aquella tierra de santidad, hubiese brotado en ella como una rosa natural en los agabanzos del camino. Era la florescencia misma de aquel antiguo país de creencia y honradez; en otra parte, no se hubiera producido; únicamente podía nacer y desarrollarse allí, entre aquella raza retrasada, en medio de la paz durmiente de un pueblo en la infancia, bajo la disciplina moral de la religión.

¡Y que de amor había brotado en seguida en torno de ella! ¡Qué de fe ciega en su misión! ¡Qué consuelo inmenso y cuánta esperanza, desde los primeros milagros! Un largo grito de alivio acababa de acoger las curaciones del viejo Bouriette, recobrando la vista, y del niño Justino Bouhohorst, resucitando en el agua fría de la fuente.

En fin, la Santa Virgen intervenía en favor de los desesperados,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obligando á la naturaleza madrastra á ser justa y compasiva. Era reinado nuevo de la omnipotencia divina, que transtornaba las leyes del mundo para la felicidad de los enfermos y de los pobres. Los milagros se multiplicaban, cada vez más extraodinarios, como pruebas incontestables de la veracidad de Bernadette. Esta era, ciertamente, la rosa del jardin divino, cuya obra embalsamaba y que veía nacer en torno de ella todas las demas flores de la gracia y de la salud.

Pedro refería nuevos milagros é iba á continuar con el prodigioso triunfo de la Gruta, cuando sor Jacinta, dispertada con sobresalto del arrobamiento en que el relato la tenía sumida, se puso rápidamente de pie.

—Está visto que falta juicio. ¡Van á dar las once!

Era verdad. Habían pasado Morceux y llegaban á Mont-de-Marsan. La monja dió unas palmadas, diciendo:

—¡A descansar en silencio, hijo míos!

Esta vez, nadie se atrevió á chistar, porque tenía razón la hermana. Pero, ¡que lastima, no poder oír la continuación y quedarse á mitad de la historia!

Las diez mujeres del fondo del vagón dejaron escapar un murmullo de descontento; mientras que los enfermos, con la cabeza inclinada y los ojos muy abiertos, iluminados por la luz de la esperanza, parecían seguir escuchando. Aquellos milagros, que se repetían sin cesar, concluían por infundirles una alegría enorme y sobrenatural.

—¡Que no se oiga ni una palabra, ni un murmullo! A la que caiga en falta, la pondré de penitencia;—añadió la monja.

La señora de Jonquière se sonrió bondadosamente, y dijo:

—Obedeced, hijos míos; dormid, dormid tranquilos, á fin de tener fuerzas mañana, para rogar de todo corazón en la gruta.

Entonces todo el vagón quedó en silencio. Sólo se oía el ruido sordo del tren, sacudido y arrastrado á toda máquina en la noche oscura.

Pedro no pudo dormir. A su lado el señor de Guersaint roncaba ya ligeramente, como un bendito, á pesar de la dureza de asiento. Durante mucho tiempo, el joven cura había estado viendo los ojos de María muy abiertos llenos aún del reflejo de las maravillas que acababa de contar. Teníalos ardientemente fijos en él. Por último, los cerró; y Pedro no supo si dormitaba ó si hacía revivir en su imaginación el continuo milagro.

Algunos enfermos soñaban ahora en voz alta, con risas entrecortadas por quejas inconscientes. Tal vez veían á los arcángeles fundir su carne para arrancar el mal. Otros, presos del insomnio, se revolvían, ahogando de vez en cuando un sollozo, y miraban fijamente en la sombra.

Pedro, excitado por la evocación, de todo aquel misterio, sin reconocerse en aquel medio delirante de fraternidad doliente, acababa por detestar á su razón, en comunión estrecha, con los humildes, resuelto á

creer como ellos. ¿De qué le serviría aquella investigación filosófica sobre Bernadette, tan complicada, tan llena de lagunas? ¿Por qué no había de aceptarla como una mensajera del más allá, como una elegida del desconocido divino? Los médicos no eran más que unos ignorantes, de brutales manos, al paso que ¡era tan dulce dormirse en la fe de los niños, en los jardines encantados de lo imposible! Tuvo, por último, un delicioso momento de abandono, no queriendo explicarse ya nada, aceptando el viaje con su cortejo suntuoso de milagros, entregándose enteramente á Dios para que pensase y quisiese en su lugar.

Y miraba al exterior por el cristal, que no se atrevían á bajar á causa de los tísicos; y veía la noche inmensa, cubriendo la campiña á través de la cual huía el tren. La tormenta debía haber estallado allí, pues el cielo era de una pureza nocturna admirable, como lavado por las abundantes aguas. Grandes estrellas brillaban en aquel terciopelo oscuro, iluminando con misterioso resplandor los campos refrescados y mudos, que desarrollaban hasta el infinito la negra soledad de su sueño. Por páramos y valles, por planicies y laderas, el vagón de miseria y sufrimiento rodaba, y rodaba sin cesar, caldeado, apestado, lamentable y quejumbroso, en medio de la serenidad de aquella noche augusta, tan hermosa y tan dulce.

A la una de la madrugada habían pasado por Riscle. El silencio continuaba penoso y alucinado, entre el traqueteo del coche. A las dos, en Vic de Bigorre, hubo quejas sordas; el mal estado de la vía sacudía á los enfermos con un movimiento de vaivén insoportable. Hasta Tarbes á las dos y media, no rompieron el silencio. Allí empezaron a rezar las oraciones de la mañana, aunque todavía era de noche. Despues del *Padre nuestro* y del *Ave María*, el *Credo* para pedir á Dios la dicha de una jornada gloriosa. Dadme, ¡oh, Dios mío, fuerza bastante para evitar todo mal, para practicar todo el bien, para sufrir todas las penas.

Ya no tenían que parar hasta Lourdes. Unicamente faltaban tres cuarto de hora escasos para llegar, y la villa santa resplandecía, con su inmensa esperanza, en el fondo de aquella noche tan larga y cruel.

El despertar era penoso y febril; despendíase una agitación postrera del malestar matutino,en medio del abominable sufrimiento que volvía á empezar.

Pero á sor Jacinta la preocupaba, sobre todo, el moribundo, cuya frente cubierta de sudor no había cesado de secar. Había vivido hasta allí. La hermana lo había velado, sin pegar los ojos en toda la noche, escuchando su ligera respiración, con el obstinado deseo de llevarlo siquiera hasta la Gruta.

Bruscamente se asustó, y dijo á la señora de Jonquière:

—Hágame usted el favor de darme la botella del vinagre... Ya no le oigo respirar.

En effecto, hacía un instante que en los labios del hombre había

cesado aquel ligero soplo de vida. Permanecía aun con los ojos cerrados y con la boca entreabierta. Su palidez no había podido aumentar. Estaba frío y coniciento. El vagón rodaba con su ruido de herrajes traqueados, y la velocidad del tren parecía aumentar.

—Voy á frotarle las sienes—añadió sor Jacinta;—Ayúdeme usted.

De pronto, por efecto de una sacudida más ruda, el hombre cayó de bruces.

—¡Ah. Dios mío!... ¡Ayudenme ustedes á levantarlo!

Lo levantaron, estaba muerto. Y hubo que sentarlo en su rincón, apoyado en la pared. Allí se quedó tieso, sin más movimiento que una ligera oscilación de la cabeza, á cada balanceo. El tren continuaba su marcha veloz, con el mismo ruido sordo, mientras que la locomotora, contenta, sin duda, de llegar, lanzaba silbidos agudos, toda una sonata de alegría estridente, á través de la noche tranquila.

El viaje terminó durante una interminable media hora con aquel muerto. Dos gruesas lágrimas habían rodado por las mejillas de sor Jacinta; luego se quedó ésta rezando con las manos juntas. Todo el vagón se había estremecido ante aquel terrible compañero que llevaban demasiado tarde á la Santa Virgen. Pero la esperanza era más fuerte que el dolor. Por más que todos los males allí hacinados despertaban, crecían se irridaban bajo la fatiga abrumadora, un canto de alegría señalaba la entrada triunfal en la tierra del milagro.

Los enfermos acaban de entonar el *Ave, maris stella*, en medio del llanto que el sufrimiento les arrancaba, exasperados y quejumbrosos, en medio de un clamor creciente, donde los ayes de dolor se terminaban en gritos de esperanza.

María acababa de coger otra vez la mano de Pedro, entre sus pequeños dedos febriles.

—¡Oh, Dios mío! ese hombre que ha muerto, ¡y yo que temía tanto morir antes de llegar!... ¡Y ya estamos, ya hemos llegado, al fin!

El cura temblaba, presa de una emoción infinita.

—Es que usted debe curar, María, y yo curaré también, si usted ruega por mí.

La locomotora silbaba con más violencia, en el fondo de las tinieblas azules. Ya llegaban: las luces de Lourdes brillaban en el horizonte. Y todo el tren entonaba otro himno: la historia de Bernadette, la infinita cántica de seis docenas de estrofas, donde la *Salutation angelica* se repite sin cesar en estribillo, con enloquecedor entusiasmo, abriendo el cielo del éxtasis.

JORNADA SEGUNDA

I

El reloj de la estación, cuya esfera alumbraba un reflector, marcaba las tres y veinte. Bajo la marquesina que cubría el andén, de un centenar de metros de largo, iban y venían sombras, resignadas á la espera. A lo lejos, en la campiña oscura, no se veía más que la roja luz de una señal.

Dos de los paseantes se detuvieron. El más alto, un padre de la Asunción, el reverendo padre Foucarde, director de la peregrinación nacional, que había llegado la noche anterior, era un hombre de sesenta años, soberbio, vestido de hábito negro con larga capucha. Su hermosa cabeza, de ojos claros y dominantes, y de espesa barba gris, era la de un general enardecido por el deseo inteligente de la conquista. Pero arrastraba un poco la pierna, atacado súbitamente de un acceso de gota, y se apoyaba en el hombro de su compañero, el doctor Bonamy, médico agregado á la oficina del reconocimiento de los milagros, un hombrecito rechoncho, de cara cuadrada y afeitada, de ojos tiernos y un poco turbios, de gruesas facciones, en fin, sumamente tranquilas.

El padre Fourcade había preguntado al jefe de estación, que salía corriendo de su oficina:

—¿El tren blanco viene muy retrasado?

—No, mi reverendo padre; diez minutos á lo sumo. Llegará aquí á

cesado aquel ligero soplo de vida. Permanecía aun con los ojos cerrados y con la boca entreabierta. Su palidez no había podido aumentar. Estaba frío y coniciento. El vagón rodaba con su ruido de herrajes traqueados, y la velocidad del tren parecía aumentar.

—Voy á frotarle las sienes—añadió sor Jacinta;—Ayúdeme usted.

De pronto, por efecto de una sacudida más ruda, el hombre cayó de bruces.

—¡Ah. Dios mío!... ¡Ayudenme ustedes á levantarlo!

Lo levantaron, estaba muerto. Y hubo que sentarlo en su rincón, apoyado en la pared. Allí se quedó tieso, sin más movimiento que una ligera oscilación de la cabeza, á cada balanceo. El tren continuaba su marcha veloz, con el mismo ruido sordo, mientras que la locomotora, contenta, sin duda, de llegar, lanzaba silbidos agudos, toda una sonata de alegría estridente, á través de la noche tranquila.

El viaje terminó durante una interminable media hora con aquel muerto. Dos gruesas lágrimas habían rodado por las mejillas de sor Jacinta; luego se quedó ésta rezando con las manos juntas. Todo el vagón se había estremecido ante aquel terrible compañero que llevaban demasiado tarde á la Santa Virgen. Pero la esperanza era más fuerte que el dolor. Por más que todos los males allí hacinados despertaban, crecían se irridaban bajo la fatiga abrumadora, un canto de alegría señalaba la entrada triunfal en la tierra del milagro.

Los enfermos acaban de entonar el *Ave, maris stella*, en medio del llanto que el sufrimiento les arrancaba, exasperados y quejumbrosos, en medio de un clamor creciente, donde los ayes de dolor se terminaban en gritos de esperanza.

María acababa de coger otra vez la mano de Pedro, entre sus pequeños dedos febriles.

—¡Oh, Dios mío! ese hombre que ha muerto, ¡y yo que temía tanto morir antes de llegar!... ¡Y ya estamos, ya hemos llegado, al fin!

El cura temblaba, presa de una emoción infinita.

—Es que usted debe curar, María, y yo curaré también, si usted ruega por mí.

La locomotora silbaba con más violencia, en el fondo de las tinieblas azules. Ya llegaban: las luces de Lourdes brillaban en el horizonte. Y todo el tren entonaba otro himno: la historia de Bernadette, la infinita cántica de seis docenas de estrofas, donde la *Salutation angelica* se repite sin cesar en estribillo, con enloquecedor entusiasmo, abriendo el cielo del éxtasis.

JORNADA SEGUNDA

I

El reloj de la estación, cuya esfera alumbraba un reflector, marcaba las tres y veinte. Bajo la marquesina que cubría el andén, de un centenar de metros de largo, iban y venían sombras, resignadas á la espera. A lo lejos, en la campiña oscura, no se veía más que la roja luz de una señal.

Dos de los paseantes se detuvieron. El más alto, un padre de la Asunción, el reverendo padre Foucarde, director de la peregrinación nacional, que había llegado la noche anterior, era un hombre de sesenta años, soberbio, vestido de hábito negro con larga capucha. Su hermosa cabeza, de ojos claros y dominantes, y de espesa barba gris, era la de un general enardecido por el deseo inteligente de la conquista. Pero arrastraba un poco la pierna, atacado súbitamente de un acceso de gota, y se apoyaba en el hombro de su compañero, el doctor Bonamy, médico agregado á la oficina del reconocimiento de los milagros, un hombrecito rechoncho, de cara cuadrada y afeitada, de ojos tiernos y un poco turbios, de gruesas facciones, en fin, sumamente tranquilas.

El padre Fourcade había preguntado al jefe de estación, que salía corriendo de su oficina:

—¿El tren blanco viene muy retrasado?

—No, mi reverendo padre; diez minutos á lo sumo. Llegará aquí á

la media... Lo que me inquieta es el tren de Bayona, que debiera haber pasado.

Y siguió corriendo para dar una orden; luego volvió, flaco y nervioso, agitado por aquella fiebre que le mantenía de pie durante noches y días, en la época de las grandes peregrinaciones. Aquél día esperaba, fuera del servicio habitual, diciocho trenes; más de quince mil viajeros. El tren gris y el azul, los primeros salidos de París, habían llegado ya, á la hora reglamentaria. Pero el retraso del tren blanco lo agravaba todo, tanto más cuanto que el exprés de Bayona tampoco estaba señalado. Comprendíase, pues, la continua vigilancia necesaria, el alerta de cada segundo en que vivía todo el personal.

—Entonces, ¿dentro de diez minutos?—repitió el padre Fourcade.

—Sí, señor; dentro de diez minutos, á menos de que nos veamos obligados á cerrar la vía—exclamó el jefe de estación, que corría al telégrafo.

El religioso y el médico continuaron lentamente su paseo. Asombrábanse al pensar que nunca había ocurrido ningún accidente, en medio de semejante tropel. Y eso que tiempo atrás reinaba un increíble desorden.

El padre se complació en recordar la primera peregrinación que había organizado y dirigido, en 1875: el terrible, el interminable viaje, sin almohadas, sin colchones, con enfermos medio muertos, que no había medio de reanimar; luego de llegada á Lourdes, sin el menor material preparado para el desembarque: ni tirantes, ni camillas, ni coches.

Hoy había una organización poderosa; un hospital que esperaba á los enfermos, evitando que éstos tuviesen que acostarse, como antes, bajo porches, sobre paja. ¡Qué sacudida para aquellos miserables! ¡Qué fuerza de voluntad en el hombre de fe que los conducía al milagro! Y el padre se sonreía dulcemente, recordando su obra.

Interrogaba ahora al doctor, apoyándose en su hombro:

—¿Cuántos peregrinos tuvieron ustedes el año pasado?

—Unos doscientos mil. Ese promedio se mantiene... El año de la coronación de la Virgen, el número se elevó á quinientos mil. Pero era preciso, para eso, una ocasión excepcional, un considerable esfuerzo de propaganda.

Hubo una pausa, después de la cual continuó el cura:

—La obra es santa; llueven bendiciones sobre ella y prospera de día en día. Hemos reunido más de doscientos mil francos de limosna para este viaje, y Dios estará con nosotros. Mañana tendréis numerosas curas que reconocer; estoy seguro.

Luego, interrumpiéndose, preguntó:

—¿Ha venido el padre Dargelés?

El doctor Bonamy hizo un gesto vago para decir que no lo sabía. Aquel padre Dargelés estaba encargado de la redacción del *Diario de la*

Gruta. Pertenecía á la orden de los padres de la Inmaculata Concepción, instalados en Lourdes por el obispado, y los amos absolutos. Pero cuando los padres de la Asunción traían de París la peregrinación nacional, á la cual se agregaban los fieles de las ciudades de Cambray, Arrás, Chartres, Troyes, Reims, Sens, Orleans, Blois y Poitiers, ponían una especie de afectación en desaparecer completamente. Dejaba de sentirse su omnipotencia en la Gruta y en la Basílica; parecían entregar todas las llaves con todas las responsabilidades. Su superior, el padre Capdebarthe, alto, huesudo, con una enorme cabeza cuadrada, cuya cara borrosa de campesino conservaba el reflejo rojizo y triste de la tierra, no se dejaba ver tampoco. El único, que se encontraba en todas partes era el padre Dargelés, pequeño é insinuante, buscando apuntes para su periódico.

Pero si los padres de la Inmaculata Concepción desaparecían, se les sentía no obstante, detrás de toda aquella vasta decoración, como la fuerza oculta y soberana, que aprontaba recursos y trabajaba sin descanso para la triunfal prosperidad del establecimiento. Utilizaba hasta su humildad.

—La verdad es que ha sido preciso madrugar—añadió el padre Fourcade;—á las dos... Pero yo quería estar aquí. ¿Qué hubieran dicho mis pobres hijos?

Así llamaba á sus enfermos, la carne de milagro; y nunca había faltado en la estación, fuere la hora que fuese, para la llegada del tren blanco, el lamentable tren de los grandes sufrimientos.

—Las tres y veinticinco. Todavía cinco minutos—dijo el doctor Bonamy, que ahogó un bostezo mirando el reloj, muy aburrido, á pesar de su aire obsequioso, por haber tenido que abandonar la cama tan temprano.

Al borde de la vía, lo mismo que por el andén cubierto, continuaba el lento paseo, en medio de la densa noche, alumbrada de trecho en trecho por los faroles de amarillentos reflejos.

Vagos paseantes, por pequeños grupos compuestos de curas y de señores de levita, entre los cuales se destacaba un oficial de dragones, iban y venían sin cesar, con discretos murmullos de voces. Otros, sentados á lo largo de la fachada, en bancos, hablaban también ó esperaban con paciencia con la mirada perdida en el campo tenebroso.

Las oficinas y las salas de espera, vivamente alumbradas, presentaban sus puertas como lienzos de luz recortados. En la cantina veíase el mostrador cargado de cestas de pan y fruta, botellas y vasos.

A la derecha, al extremo de la marquesina, se divisaba un hormiguero confuso de gente. Había allí una puerta por donde se sacaban los enfermos. Interceptaba el paso una aglomeración de camillas y cochecitos, entre montones de colchones y almohadas. Tres brigadas de camilleros, hombres de todas clases, pero particularmente jóvenes de las

mejores familias, estaban allí con su cruz roja y amarilla, y el tirante de cuero de este último color. Muchos llevaban la boina del país. Algunos, vestidos cómo para una lejana excursión, ostentaban hermosas polainas que subían hasta la rodilla. Unos fumaban, otros dormían ó leían algún periódico, instalados en sus cochecitos. Un grupo, aparte, discutía cierta cuestión de servicio.

De pronto, los camilleros saludaron. En aquel momento llegaba un hombre paternal, vestido de blanco, de rostro mofletudo y aire de bondad, donde resaltaban sus grandes ojos azules de niño crédulo. Era el barón Suire, una de las grandes fortunas y una de las grandes situaciones de Toulouse; presidente de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud.

—¿Dónde está Berthaud?—preguntaba á cada uno con aire afanoso. —¿Dónde está Berthaud? Necesito hablarle.

Cada cual contestaba, dando un informe contrario. Berthaud era el director de los camilleros. Unos acababan de verlo con el reverendo padre Fourcade; otros afirmaban que debía allarse en el patio de la estación, visitando los coches de la ambulancia.

—Si el señor presidente desea que vayamos á buscar al señor director.

—No; gracias. Ya le encontraré.

Mientras tanto, Berthaud, que acababa de sentarse en un banco al extremo de la estación, hablaba con su joven amigo Gerardo de Peyrelongue, esperando la llegada del tren. Era un hombre de unos cuarenta años, buen mozo, que llevaba patillas muy bien cuidadas.

Pertenecía á una familia legitimista militante, y él mismo tenía ideas muy reaccionarias. Era procurador de la República en una ciudad meridional, desde el 24 de Mayo, cuando, veinticuatro horas después de haberse publicado los decretos contra las Congregaciones, dimitió ruidosamente, por medio de una carta insultante, dirigida al ministro de la Justicia. Y no había cedido. Metióse en la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud á modo de protesta, y cada año acudía á hacer su manifestación en Lourdes, convencido de que las peregrinaciones eran desagradables y perjudiciales á la República, y de que sólo Dios podía restablecer la monarquía, por medio de uno de esos milagros que prodigaba en la Gruta.

Por lo demás, era hombre de muy buen sentido, de carácter jovial, caritativo con los pobres enfermos, de cuyo transporte se cuidaba durante los tres días de la peregrinación nacional.

—Dime, dime, Gerardo—preguntó al joven que estaba sentado cerca de él:—¿te casas decididamente este año?

—Si encuentro la mujer que necesito, me caso, en efecto. A ver, primo, dame un buen consejo.

Gerardo de Peyrelongue, pequeño, flaco, rojo, de nariz prominente y pómulos huesosos, era de Tarbes, donde su padre y su madre acababan de morir, dejándole á lo sumo siete ú ocho mil francos de renta.

Muy ambicioso, no había descubierto en su provincia la mujer que él deseaba, bien emparentada y capaz de encumbrarlo. Habíase metido también en la Hospitalidad, y cada año iba á Lourdes con la vaga esperanza de que allí descubriría, entre la muchedumbre de fieles, entre aquella infinidad de señoras y señoritas de sanas ideas, la familia que le hacía falta para hacer carrera. Pero permanecía perplejo, porque si había ojeado á varias muchachas, ninguna le satisfacía completamente.

—Vamos á ver, primo; tú que eres hombre de experiencia, aconséjame... Hay la señorita Lemercier, que viene con su tía. Es muy rica... más de un millón, según dicen. Pero no es de nuestra clase, y me parece muy ligera de cascos.

Berthaud movía la cabeza:

—Ya te lo he dicho; en tu lugar cogería á Ramoncita, la de Jonquière.

—¡Pero si no tiene un cuarto!...

—Es verdad; no le sobra nada para vivir; pero es bastante guapa, instruída, y sobre todo, económica. Y esta es una gran condición, porque ¿de qué te sirve una rica, si te gasta lo que te trae en dote? Yo conozco á esas señoras; las encuentro todo el invierno en los salones más influyentes de París. Y, en fin, no olvides que su tío, el diplomático que ha tenido el triste valor de quedarse al servicio de la República, hará de su sobrino lo que quiera.

Después de un momento de vacilación, Gerardo recayó en su perplegidad.

—Sin un cuarto, la cosa es fuerte. Quiero pensarlo más.

Berthaud se echó á reir francamente.

—¡Qué diablo! Eres ambicioso y has de saber arriesgar el todo por el todo. Te aseguro que antes de dos años te calzas una secretaría de embajada... Esas señoras vienen en el tren blanco que esperamos. Decídete; hazle la corte á la muchacha.

—¡No, no, más tarde! Quiero pensarlo.

En aquel instante fueron interrumpidos por el barón Suire, que había pasado una vez por delante de ellos sin conocerlos á causa de la sombra.

Con la volubilidad de un hombre exuberante, la dió en seguida algunas órdenes referentes á los coches y á los transportes, deplorando que no pudiesen conducir los enfermos á la Gruta en el momento de llegar, á causa de la hora demasiado temprana. Les instalarían en el hospital de Nuestra Señora de los Dolores, donde podrían descansar un poco, después de tan rudo viaje.

Mientras el barón y el jefe de los camilleros se ponían de acuerdo acerca de las medidas que había que tomar, Gerardo saludaba con un apretón de mano á un cura que se había sentado á su lado. Era el padre

Hermoisos, de unos treinta y ocho años, con una cabeza de cura mundano, peinado con esmero, perfumado, idolatrado de las mujeres.

Muy afable y distinguido, iba á Lourdes en calidad de cura libre, como otros muchos, por gusto, y conservaba en el fondo de sus bellos ojos el fuego, como en sus labios la sonrisa de un escéptico, superior á toda idolatría. Cierto es que creía y se inclinaba; pero la Iglesia no se había pronunciado sobre los milagros, y él parecía dispuesto á discutirlos. Había vivido en Tarbes y conocía á Gerardo.

—¡Eh? ¡Qué impresionable es esta espera de los trenes de noche!... He venido á esperar á una señora, una de mis antiguas penitentes de París; pero no sé á punto fijo en que tren va á llegar. Sin embargo, aquí me tiene usted atraído por un espectáculo que me gusta mucho.

Sentóse junto á ellos otro sacerdote, un viejo cura de aldea, que empezó á hablar de la hermosura del país y del efecto teatral de las montañas al amanecer.

Hubo otro grito de alerta. El jefe de la estación corría dando órdenes. Y el padre Fourcade, á pesar de su pierna gotosa, abandonó el hombro del doctor Bonamy, para acercarse al jefe premurosamente.

—¡Eh?... Es ese exprés de Bayona que está detenido—dijo éste contestando á las preguntas.—Estoy intranquilo hasta saber lo que ocurre.

En aquel momento sonó un timbre; un mozo de la estación se metió en las tinieblas balanceando un farol, mientras que á los lejos maniobraba una señal. El jefe añadió:

—¡Ah! Ese es el tren blanco. A ver si tendremos tiempo de desembarcar á los enfermos, antes de que pase el exprés.

Esto dicho, desapareció corriendo. Berthaud llamó á Gerardo, que era jefe de una brigada de camilleros; y ambos se acercaron á su personal, activando ya por el barón Suire.

Los camilleros acudían de todas partes, se agitaban, empezaban á hacer rodar sus cochecitos, á través de las vías, hasta el andén de desembarque, descubierto y completamente oscuro. Pronto hubo allí un montón de almohadas, colchones y camillas que aguardaban, mientras que el padre Fourcade, el doctor Bonamy, los curas, los caballeros, sin olvidar al oficial de dragones, atravesaban también la vía, para asistir al descendimiento de los enfermos.

Y aún no se veía más que el farol de la locomotora, que brillaba á lo lejos, en el fondo de la campiña oscura, como una estrella roja que se agrandaba. Silbidos estridentes rasgaban las tinieblas de la noche.

Callaron todos y no se oyó más que el soplido del vapor y el sordo ruido de las ruedas, cuya velocidad iba disminuyendo.

Luego se oyó distintamente la cántiga de Bernadette, que el tren entero entonaba, con el frecuente estribillo.

Por fin, aquel tren de sufrimiento y de fe, lleno de cantos y de gemidos, que hacía su entrada en Lourdes, se detuvo.

Inmediatamente fueron abiertas las portezuelas. Los peregrinos válidos y los enfermos que podían andar, saltaron llenando el andén.

Los pocos faroles de gas que allí había no alumbraban sino débilmente aquella masa de pobres, vestidos de oscuro, embarazados con cestas, maletas, cajas y líos de toda clase.

En medio de aquel gentío azarado que no sabía donde buscar la salida, se oían exclamaciones, gritos de familias perdidas que se llamaban, besos de personas esperadas por parientes y amigos.

Un mujer declaraba, con aire de bendita satisfacción:

—¡Qué bien he dormido!

Una cura se iba con su maleta, diciendo á una señora estropeada:

—¡Buena suerte!

La mayor parte de ellos ponían la cara cansada y alegre, algo espantada, de las gentes que un tren de recreo arroja á una estación desconocida. Fueron tales el barullo y la confusión, en medio de las tinieblas, que los viajeros no oían á los empleados que les gritaban:

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

El personal sabía la necesidad de dejar pronto libre la vía.

Sor Jacinta había saltado ligeramente del vagón, dejando al hombre muerto al cuidado de sor Clara de los Angeles, y corrió al furgón de la cantina, con la idea de que Ferrand la ayudase. Afortunadamente encontró delante del furgón al padre Fourcade, á quien contó en voz baja el accidente. El cura reprimió un gesto de contrariedad y llamó al barón Suire, que pasaba, para hablarle al oído.

Durante algunos segundos, hubo cuchicheos. Luego el barón se abrió paso por entre el gentío, con dos jóvenes que llevaban una camilla cubierta.

Y se llevaron al muerto, como si hubiera sido simplemente un enfermo desmayado, sin que los peregrinos, en medio de la emoción de la llegada, se ocupasen de él. Le depositaron inmediatamente, por disposición del barón, en una sala de mercancías, detrás de unos toneles. Uno de los camilleros, un muchacho rubio, pequeño, hijo de un general, quedóse junto al cadáver.

Sor Jacinta, mientras tanto, había vuelto al vagón, después de haber rogado á sor San Francisco y á Ferrand que fuesen á esperarla en el patio de la estación, cerca del coche reservado, que había de conducirlas al hospital de Nuestra Señora de los Dolores. Y como hablase de ayudar á bajar á los enfermos, María no quiso que la tocasen.

—¡No, no! Mi hermana, no se ocupe usted de mí. Mi padre y el señor Froment han ido á buscar las rampas, que vienen en el furgón. Ellos saben como se monta la artesilla y me llevarán. Tranquilícese usted.

El Sr. Sabathier y el hermano Isidoro deseaban que no se les moviese, hasta que se hubiese despejado un poco el andén.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La señora de Jonquière, que cuidaba de la Grivota, se encargó también de que la señora Vetú fuese conducida en un coche de ambulancia.

Entonces, sor Jacinta se decidió á partir inmediatamente á fin de prepararlo todo en el Hospital. Llevábase á la niña Sofía Couteau y á Elisa Rouquet, á quien envolvió la cara cuidadosamente.

Precedíales la señora Maze, mientras que la señora Vincent pugnaba por atravesar la muchedumbre con su hija en brazos, desvanecida y pálida como una muerta, sin más idea que la de correr á depositarla en la Gruta, á los pies de la Santa Vírgen.

Los peregrinos se agolpaban á la puerta de salida. Hubo que abrir las de la sala de equipajes para facilitar el paso de aquel gentío. Los empleados recibían los billetes en sus gorras, que se llenaban á cada instante.

En el patio de la estación había una confusión extraordinaria de vehículos de toda clase.

Los ómnibus de las fondas, arrimados á la acera, llevaban en grandes letreros los nombres más santos: los de María y Jesús, de San Miguel, del Rosario, del Sagrado Corazón. Allí se enredaban coches de ambulancia, landeaus, tílburis, jardineras, carritos, cuyos cocheros gritaban, blasfemaban y hacían chasquear el látigo, en medio del tumulto aumentado por la oscuridad que hendían los resplandores de los faroles.

Como había llovido parte de la noche, un mar de barro líquido salpicaba á todo el mundo por efecto de las pisadas de las caballerías, y los peatones se encharcaban hasta el tobillo. El Sr. Vignerón, seguido de su esposa y de la señora Chaise, levantó á Gustavo para instalarlo con su muleta en el ómnibus de la fonda de las Apariciones, donde él y las dos señoras tomaron luego asiento.

La señora Maze, andando con gran tiento, á fin de no ensuciarse el calzado, hizo seña al cochero de un viejo cupé, subió en el vehículo y desapareció discretamente, dando las señas del convento de las Hermanas azules.

En fin, sor Jacinta pudo instalarse con Elisa Rouquet y Sofía Couteau en un carromato, en que ya habían tomado asiento Ferrand y las hermanas San Francisco y Clara de los Angeles.

Los cocheros fustigaban á sus caballitos vivarachos y los carruajes salían á escape, entre la gritería de la gente y los salpicones del barro.

La señora Vincent no se atrevía á pasar por delante de aquella avalancha con su preciosa carga. De vez en cuando oía risas en torno de ella.

Después que el patio se hubo despejado un poco, se arriesgó á pasar. ¡Qué miedo tan terrible de resbalar y caerse en el lodazal, en medio de la oscuridad! Al llegar á la carretera divisó algunos grupos de mujeres del país, que ofrecían cuartos para alquilar, la cama y la mesa, según los bolsillos.

—Señora,—preguntó á una vieja;—¿me hace usted el favor de decirme por dónde se va á la Gruta?

Por toda contestación, la vieja propuso un cuarto barato.

—Todo está lleno, no encontrará usted sitio en las fondas... Tal vez encuentre usted que comer, pero con seguridad no hallará ni un rincón donde acostarse.

¡Comer! ¡Acostarse! ¿A caso pensaba en nada de esto la pobre señora Vincent? Había salido con treinta sueldos en el bolsillo, único caudal que le quedó después de los gastos que tuvo que hacer.

—Señora, por favor ¿cuál es el camino de la Gruta?

Había entre aquellas mujeres una robusta moza, vestida de criada elegante, muy aseada, con manos de señorita. A la pregunta de la Vincent, la joven se encogió ligeramente de hombros; y al ver pasar á un cura de anchas espaldas y rostro colorado, la moza se precipitó hacia él, le ofreció una habitación amueblada y le siguió hablándole al oído.

—Mire usted, acabó por decir á la señora Vincent otra muchacha compadecida; baje usted por esta carretera, tuerza luego á la derecha y llegará á la Gruta.

En el andén continuaba el tropel. Mientras que los peregrinos y los enfermos que podían andar iban desfilando, se procedía á la engorrosa operación de desembarcar y llevarse á los enfermos impedidos.

Los camilleros corrían atontados con sus angarillas y sus coches, sin saber por dónde empezar su excesivo trabajo.

Pasando Berthaud con Gerardo, gesticulando como de costumbre, divisó dos señoras y una joven, de pie cerca de un farol, en actitud de esperar á alguien. Conoció á Ramona y detuvo en seguida á su compañero.

—¡Ah! Señorita, ¡cuánto me alegro de verla! ¿Cómo está su mamá? ¿Han tenido ustedes buen viaje?

Y sin esperar contestación, presentó á su compañero.

—Mi amigo Gerardo de Peyrelongue.

Ramona miraba con fijeza al joven con sus ojos claros y risueños.

—¡Ah! Tengo el gusto de conocer algo á este caballero. Nos hemos encontrado en Lourdes otra vez.

Entonces Gerardo, pareciéndole que su primo se precipitaba un poco, y dispuesto á no comprometerse fácilmente, se limitó a saludar con mucha cortesía.

—Esperamos á mamá—añadió la muchacha.—Está muy ocupada, pues tiene á su cuidado enfermos de mucha consideración.

La señora Désagneaux, con su cabecita rubia, dijo que aquello la estaba bien merecido á la señora de Jonquière, por no haber querido aceptar sus servicios. Y se impacientaba, ardiendo en deseos de intervenir y ser útil, mientras que la señora Volmar, humilde y muda, procuraba simplemente penetrar en la sombra, como si buscase algo en sus dos ojos magníficos, ordinariamente velados, donde se encendía una pequeña

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En aquel momento bajaron á la señora Dieulafay de su compartimiento de primera clase, y la Desgenaux no pudo contener un grito de compasión.

—¡Ah! ¡Pobre señora!

Era cosa triste, en efecto, ver aquella mujer, en medio de su gran lujo, tendida con sus encajes como en un ataúd, y tan fundida, que parecía un cirio. Esperando que la llevasen, yacía en el andén. Su marido y su hermana estaban de pie junto á ella, y ambos muy elegantes y muy tristes, en tanto que un criado y una doncella corrían con maletas y averiguaban si la gran carretela, encargada de antemano por telégrafo, se encontraba en el patio.

El padre Judaine asistió también á la enferma; y en el momento en que dos hombres la levantaban, el buen cura la saludó dirigiéndole algunas palabras que ella no pareció oir. Viéndola desaparecer, añadió acercándose á Berthaud, á quien conocía:

—¡Pobre gente! ¡Si pudiesen comprar la salud! Les he dicho que el oro más precioso para la Santa Virgen es la oración. Yo creo haber rogado bastante para que el cielo se apiade de nosotros... Sin embargo, traen un magnífico presente: una lámpara de oro para la Basílica; una verdadera maravilla de arte, adornada con piedras preciosas... ¡Que María Inmaculada se digne aceptarla con beneplácito!

Los peregrinos eran portadores de muchos regalos. Acababan de pasar enormes ramos de flores, entre los cuales se distinguía uno que formaba una triple corona de rosas, montada sobre un pie de madera. El viejo cura explicó que, antes de marcharse, quería recoger un estandarte, donativo de la hermosa señora Jousseur, hermana de la señora Dieulafay.

Llegó la de Jonquière, y viendo á Berthaud y á Gerardo, les dijo:

—Caballeros, tengan ustedes la bondad de ir á ese vagón, donde faltan hombres para bajar á tres ó cuatro enfermos... Yo me desespero, porque no tengo fuerza...

Después de haber saludado á Ramona, Gerardo corrió á prestar los servicios que de él reclamaban, mientras que Berthaud aconsejaba á la señora de Jonquière que se marchase con su hija y aquellas señoras, que no estuviesen más tiempo en el andén, que ella no haría falta, por que él se encargaba de que antes de tres cuartos de hora tuviese todos sus enfermos en su sala del Hospital.

La señora de Jonquière concluyó por ceder, tomó un coche en compañía de Ramona y de la señora Desgenaux. La de Volmar agradeció de desaparecer, como cediendo á una brusca impaciencia. Creían haberla visto acercarse á un señor desconocido, sin duda para pedirle algún informe. En la fonda la encontrarían.

Delante del vagón, Berthaud se acercó á Gerardo, en el momento en que éste, con ayuda de dos camaradas, procuraban bajar al Sr. Sabatier. La operación no era fácil, porque el hombre era muy grueso, pesaba mucho, y parecía que nunca podría pasar por la portezuela del coche. Sin embargo, por ella había entrado. Otros dos camilleros tuvieron que dar la vuelta por la otra portezuela, y finalmente consiguieron bajarlo al andén.

Amanecía un día pálido, y la acera de la estación presentaba un espectáculo lamentable, con aquel desenfardo de ambulancia improvisada. La Grivota, desvanecida, yacía allí sobre un colchón, mientras llegaba una camilla. A la Vétu habían tenido que sentarla arrimada á un farol, presa de una crisis, sufriendo de modo que apenas se atrevían á tocarla. Varios hospitalarios enguantados transportaban difícilmente en sus carretillas á pobres mujeres, miserablemente vestidas, con viejas cestas á los pies. Otros no podían pasar con sus angarillas, en que habían colocado cuerpos rígidos, tristes cuerpos mudos, con ojos de angustia. Cojos y mancos lograban deslizarse; entre ellos pasaron un joven cura patizambo, y un niño con muletas, jorobado y amputado de una pierna, que atravesaba la muchedumbre como un gnomo.

Se había agrupado mucha gente alrededor de un hombre doblado por la mitad, torcido por una parálisis, al extremo de tener que transportarlo en una silla vuelta al revés, con la cabeza y los pies hacia abajo.

Al parecer, se necesitarían horas para despejar el andén.

El azaramiento llegó á su colmo, cuando el jefe de la estación se precipitó gritando:

—El exprés de Bayona está señalado... ¡Aprisa! ¡Aprisa! Sólo faltan tres minutos...

El padre Fourcade, que estaba en medio del gentío, del brazo del doctor Bonamy, alegre, animado á los más enfermos, llamó por señas á Berthaud, para decirle:

Acaben ustedes de bajarlos á todos; ya se los llevarán después.

El consejo era prudente. Pronto no quedó en el vagón más que María, que esperaba con impaciencia á su padre y á Pedro. Estos llegaron, por fin, con los dos pares de ruedas. El joven cura bajó rápidamente y la muchacha, con la ayuda de Gerardo. Era ligera como un pájaro frío. Lo único que les dió algún trabajo, fué la caja. Después de haberla bajado del vagón, le adaptaron las ruedas. Pedro hubiera podido llevarse en seguida á María, sin la gente que le estorbaba.

—¡Pronto! ¡Pronto!—repetía furiosamente el jefe de la estación.

El buen señor ayudaba á sacar los enfermos, ora sosteniendo los pies á alguno, ora empujando alguna carretilla.

En un departamento de segunda, quedaba todavía una mujer, presa de un ataque nervioso atroz. Gritaba y sufría convulsiones, sin que se la pudiese tocar en aquel momento. Y el exprés iba á llegar; ya lo anunciaban todos los timbres eléctricos. Hubo que tomar una resolución,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Cerróse la portezuela y se trasladó el tren á la vía apartada, donde había de permanecer tres días, antes de volver á recibir el cargamento de peregrinos y enfermos. Mientras se alejaba, se oyeron nuevamente los gritos de la mísera epiléptica, que había tenido que quedarse en el tren con una monja; gritos cada vez más débiles, gritos de niño sin fuerza, á quien se acaba por consolar.

—¡Gracias á Dios!—murmuró el jefe;—¡ya era hora!

En efecto, el exprés de Bayona llegaba á toda máquina y pasó como un rayo, á lo largo de aquella acera lastimosa, por donde se arrastraba la dolorosa miseria de un desbordamiento de hospital. Los cochecitos y las camillas fueron sacudidos; pero no hubo ningún accidente. Los mozos de la estación estaban alerta, apartando de la vía á aquel rebaño atontado, que seguía empujando para salir. La circulación se restableció en breve, y los camilleros pudieron, al fin, transportar á los enfermos, con prudente lentitud.

Poco á poco se adelantaba el día; un alba clara que blanqueaba el cielo, cuyo reflejo iluminaba la tierra, negra todavía. Empezaba á distinguirse claramente las personas y las cosas.

—¡No, luego!—repetía María á Pedro, que trataba de abrirse camino.—Esperemos que la oleada haya pasado.

Llamóle la atención un hombre de unos sesenta años y de aspecto militar, que se paseaba por entre los enfermos. Cubría su cabeza, gruesa y angulosa, un pelo blanco, espeso y cortado al rape. Hubiera parecido robusto, si no hubiese ido arrastrando el pie izquierdo que echaba hacia adentro, á cada paso. Apoyábase fuertemente, con la mano izquierda en un grueso bastón.

El Sr. Sabathier, que hacía ya seis años que se unía á la peregrinación, le vió y exclamó alegrándose mucho:

—¡Ah! ¡Es usted, comendador!

Tal vez era comendador de nombre. Pero como llevaba una ancha cinta encarnada en el ojal, tal vez le apodaban así á causa de su condecoración y á pesar de no ser más que simple caballero.

Nadie sabía con exactitud su historia. Debía tener familia en alguna parte; pero esas cosas permanecían en el misterio. Hacía tres años que estaba en la estación, encargado de una vigilancia en las Mensajerías; una simple ocupación, un empleillo que le habían dado por gran favor y que le permitía vivir perfectamente feliz. Herido de un primer ataque de apoplegía á los cincuenta y cinco años, había tenido otro, tres años después, que le dejó un poco paralítico del lado izquierdo. El hombre esperaba el tercer ataque con aire de absoluta tranquilidad. Estaba, como él decía, merced de la muerte, hoy, mañana, en el instante mismo; y todo Lourdes le conocía por su manía de ir, á la llegadade cada tren de peregrinos, de grupo en grupo, arrastrando su pie y apoyándose en su bastón, para manifestar su asombro y reprochar á los enfermos el rabioso empeño que tenían de querer curar.

Como hacía tres años que veía al Sr. Sabathier, descargó toda su cólera sobre él.

—¡Cómo! ¿Otra vez, usted? ¿Tantas ganas tiene usted de prolongar esa execrable vida?... ¡Parece mentira, hombre! ¡Ande allá! ¡Muérase usted tranquilamente en su casa, en su propia cama! ¿Hay nada mejor en el mundo?

El Sr. Sabathier se reía sin enfadarse, aunque estaba quebrantado por lo que necesariamente le habían hecho padecer para bajarlo.

—¡Bah! ¡Bah! Prefiero curar.

—¡Curar, curar!... ¡Todos piden lo mismo! ¡Recorrer centenares de leguas, llegar molido, sufriendo horriblemente, y todo para curar, es decir, para volver á las andadas, para continuar con todas las penas y todos los dolores!...

Vamos á ver, caballero: usted, á su edad, con su cuerpo arruinado, ¿qué haría si la Santa Virgen le devolviese las piernas? ¿De qué le servirían? ¿Qué gusto pasaría usted prolongando algunos años la abominación de la vejez? ¡Qué diablo! Ya que está usted echado á perder, ¡muérase de una vez! ¿Qué mayor felicidad?...

Y decía todo esto, no como creyente que aspira á la deliciosa recompensa de la otra vida, sino como hombre hastiado que cuenta caer en la nada, en la gran paz eterna del no ser.

Mientras el Sr. Sabathier se encogía alegremente de hombros, como si tratase con un niño, el padre Judaine, que por fin acababa de encontrar su estandarte, se devuto al paso para reconvenir suavemente al comendador, á quien también conocía mucho.

—No blasfeme usted, amigo mío; eso es ofender á Dios. ¡Rehusar á la vida y despreciar la salud!... Si usted me hubiese escuchado, hubiera perdido ya á la Virgen la curación de su pierna.

Entonces el comendador se incomodó.

—¡Mi pierna! no puede con ella la Virgen; por eso estoy tranquilo. ¡Que venga la muerte, y que todo acabe para *in eternum*!... Cuando es preciso morir, se vuelve uno del lado de la pared, y se muere; no hay nada más sencillo!

Pero el viejo cura lo interrumpió, señalando á María, que les escuchaba tendida en su cajón:

—¿Envía usted todos nuestros enfermos á que se mueran en su casa, inclusa esta señorita, que se halla en la flor de la edad y quiere vivir?

María abrió con ardor sus grandes ojos, en su deseo de existir, de tomar su parte del vasto mundo; y el comendador, que se había acercado, la miraba, sobrecogido de una profunda emoción, que hizo temblar su voz.

—Si la señorita se cura, le deseo otro milagro: el de ser feliz.

Y se fué, continuando su paseo de filósofo indignado, en medio de los enfermos; arrastrando su pie y golpeando en las baldosas con la contera de su grueso bastón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Poco á poco la acera se había ido despejando. Se habían llevado á la señora Vetu y á la Gérvais, y Gerardo se llevó al Sr. Sabathier en una carretilla; mientras que el barón Suire y Berthaud ya daban órdenes para el tren verde que esperaban. No quedaba más que María al celoso cuidado de Pedro. Pero cuando la hubo trasladado al patio de la estación, notaron que el señor de Guersaint había desaparecido. Mas no tardaron en divisarlo en gran conversación con el abate Des Hermoises, con quien acababa de trabar conocimiento. La admiración de la naturaleza, que ambos sentían por igual, les había aproximado mutuamente. Había amanecido ya, y las montañas vecinas se mostraban en toda su majestad. Guersaint lanzó exclamaciones de entusiasmo.

—¡Qué país, señor! Hace treinta años que deseo visitar el circo de Gavarnie. Pero todavía está muy lejos, y cuesta tan caro ir, que probablemente no podré realizar jamás esta excursión.

—Se equivoca usted, caballero. Nada más factible. Asociándose varios, el gasto es módico. Y, precisamente, yo quiero volver este año, de manera que si usted quiere ser de los nuestros...

—¡Ya lo creo!... Hablaremos. Muchas gracias.

Su hija llamaba y se dirigió hacia ella, después de un cordial cambio de saludos. Pedro había resuelto llevarse él mismo á María al Hospital de salubo. Pedro había resuelto llevarse él mismo á María al Hospital, para evitarle el transbordo á otro coche. Los ómnibus, los landaus y las jardineras volvían ya á llenar el patio, esperando el tren siguiente, y costó algún trabajo llegar á la carretera con el diminuto vehículo, cuyas ruedas bajas se metían en el fango hasta los cubos. Los agentes de policía encargados del servicio de órden público, echaban pestes contra aquel lodazal, que les salpicaba los botas. Las mujeres que ofrecían cuartos para alquilar, eran las únicas que no hacían caso de los baches, atravesándolos en todos sentidos, en persecución de los peregrinos que salían.

Mientras la carretilla rodaba más libremente cuesta abajo, María preguntó de pronto á Guersaint, que andaba cerca de ella:

—Padre, ¿qué día es hoy?

—Sábado, hija mía.

—Es verdad, sábado; el día de la Santa Virgen... ¿Va á curarse hoy mismo?

Detrás de ella, furtivamente, dos hombres bajaban, oculto en una camilla cubierta, el cadaver del infeliz que había sucumbido en el tren y que acababan de recoger en el fondo de la sala de los Mensajeros, á la sombra de los mostos, para conducirlo á un lugar secreto que el padre Fourcade había designado.

II.

El Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, construido por un canónigo cantativo y dejado sin acabar por falta de dinero, es un vasto edificio de cuatro pisos, demasiado alto, por la dificultad de subir á los enfermos. Ordinariamente está ocupado por un centenar de ancianos enfermos y pobres. Pero en el momento de la peregrinación nacional, estos viejos son trasladados á otra parte por tres días, y el Hospital se alquila á los padres de la Asunción, que á veces instalan en él quinientos ó seiscientos enfermos. Por más apiñados que se les instale, las salas siempre resultan insuficientes.

Los tres ó cuatrocientos enfermos que quedan son distribuídos entre el Hospital de la Salud, para los hombres, y el Hospicio del pueblo, para las mujeres.

Aquella mañana, bajo el sol naciente, la confusión era grande en el patio enarenado, delante de la puerta guardada por dos curas. Desde la víspera, el personal de la Dirección occidental se hallaba instalado en una sala de la planta baja, con gran abundancia de registros, tarjetas y fórmulas impresas. Querían hacerlo todo mucho mejor que el año anterior. Las salas del piso bajo estaban destinadas á los enfermos más impotentes. La distribución de tarjetas, con el nombre de la sala y el número de la cama, se iba á hacer con mucho cuidado, para evitar errores de personalidad, como se habían dado casos.

Pero ante la afluencia de enfermos llegados en el tren blanco, las mejores intenciones eran ineficaces, y las nuevas formalidades complicaban de tal modo las cosas, que hubo necesidad de colocar á los desgraciados enfermos en el patio, á medida que llegaban, hasta poderlos admitir con un poco de orden.

Repetíase, pues, el desembarco de la estación, el fatigoso campamento al aire libre, mientras que los camilleros y los empleados de la secretaría, jóvenes seminaristas, corrían de un lado para otra, aloloudrados.

—¡Han querido hacer demasiado bien las cosas!, gritaba desesperadamente el barón Suire.

Y era verdad. Nunca se habían tomado tantas precauciones inútiles. Cuían en la cuenta de que habían clasificado en las salas de arriba á los enfermos más difíciles de mover, á consecuencia de errores inexplicables.

Era imposible hacer la clasificación; todo iba á organizarse nuevamente al azar; y empezó la distribución de tarjetas, mientras que un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Poco á poco la acera se había ido despejando. Se habían llevado á la señora Vetu y á la Gérvais, y Gerardo se llevó al Sr. Sabathier en una carretilla; mientras que el barón Suire y Berthaud ya daban órdenes para el tren verde que esperaban. No quedaba más que María al celoso cuidado de Pedro. Pero cuando la hubo trasladado al patio de la estación, notaron que el señor de Guersaint había desaparecido. Mas no tardaron en divisarlo en gran conversación con el abate Des Hermoises, con quien acababa de trabar conocimiento. La admiración de la naturaleza, que ambos sentían por igual, les había aproximado mutuamente. Había amanecido ya, y las montañas vecinas se mostraban en toda su majestad. Guersaint lanzó exclamaciones de entusiasmo.

—¡Qué país, señor! Hace treinta años que deseo visitar el circo de Gavarnie. Pero todavía está muy lejos, y cuesta tan caro ir, que probablemente no podré realizar jamás esta excursión.

—Se equivoca usted, caballero. Nada más factible. Asociándose varios, el gasto es módico. Y, precisamente, yo quiero volver este año, de manera que si usted quiere ser de los nuestros...

—¡Ya lo creo!... Hablaremos. Muchas gracias.

Su hija llamaba y se dirigió hacia ella, después de un cordial cambio de saludos. Pedro había resuelto llevarse él mismo á María al Hospital de salubo. Pedro había resuelto llevarse él mismo á María al Hospital, para evitarle el transbordo á otro coche. Los ómnibus, los landaus y las jardineras volvían ya á llenar el patio, esperando el tren siguiente, y costó algún trabajo llegar á la carretera con el diminuto vehículo, cuyas ruedas bajas se metían en el fango hasta los cubos. Los agentes de policía encargados del servicio de órden público, echaban pestes contra aquel lodazal, que les salpicaba los botas. Las mujeres que ofrecían cuartos para alquilar, eran las únicas que no hacían caso de los baches, atravesándolos en todos sentidos, en persecución de los peregrinos que salían.

Mientras la carretilla rodaba más libremente cuesta abajo, María preguntó de pronto á Guersaint, que andaba cerca de ella:

—Padre, ¿qué día es hoy?

—Sábado, hija mía.

—Es verdad, sábado; el día de la Santa Virgen... ¿Va á curarse hoy mismo?

Detrás de ella, furtivamente, dos hombres bajaban, oculto en una camilla cubierta, el cadaver del infeliz que había sucumbido en el tren y que acababan de recoger en el fondo de la sala de los Mensajeros, á la sombra de los mostos, para conducirlo á un lugar secreto que el padre Fourcade había designado.

II.

El Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, construido por un canónigo cantativo y dejado sin acabar por falta de dinero, es un vasto edificio de cuatro pisos, demasiado alto, por la dificultad de subir á los enfermos. Ordinariamente está ocupado por un centenar de ancianos enfermos y pobres. Pero en el momento de la peregrinación nacional, estos viejos son trasladados á otra parte por tres días, y el Hospital se alquila á los padres de la Asunción, que á veces instalan en él quinientos ó seiscientos enfermos. Por más apiñados que se les instale, las salas siempre resultan insuficientes.

Los tres ó cuatrocientos enfermos que quedan son distribuídos entre el Hospital de la Salud, para los hombres, y el Hospicio del pueblo, para las mujeres.

Aquella mañana, bajo el sol naciente, la confusión era grande en el patio enarenado, delante de la puerta guardada por dos curas. Desde la víspera, el personal de la Dirección occidental se hallaba instalado en una sala de la planta baja, con gran abundancia de registros, tarjetas y fórmulas impresas. Querían hacerlo todo mucho mejor que el año anterior. Las salas del piso bajo estaban destinadas á los enfermos más impotentes. La distribución de tarjetas, con el nombre de la sala y el número de la cama, se iba á hacer con mucho cuidado, para evitar errores de personalidad, como se habían dado casos.

Pero ante la afluencia de enfermos llegados en el tren blanco, las mejores intenciones eran ineficaces, y las nuevas formalidades complicaban de tal modo las cosas, que hubo necesidad de colocar á los desgraciados enfermos en el patio, á medida que llegaban, hasta poderlos admitir con un poco de orden.

Repetíase, pues, el desembarco de la estación, el fatigoso campamento al aire libre, mientras que los camilleros y los empleados de la secretaría, jóvenes seminaristas, corrían de un lado para otra, aloloudrados.

—¡Han querido hacer demasiado bien las cosas!, gritaba desesperadamente el barón Suire.

Y era verdad. Nunca se habían tomado tantas precauciones inútiles. Cuían en la cuenta de que habían clasificado en las salas de arriba á los enfermos más difíciles de mover, á consecuencia de errores inexplicables.

Era imposible hacer la clasificación; todo iba á organizarse nuevamente al azar; y empezó la distribución de tarjetas, mientras que un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

joven cura inscribía en un registro los nombres y los domicilios para la inspección. Cada enfermo tenía que presentar su farjetón de hospitalidad, del color del tren, con su nombre y su número de orden, y en él se añadía el nombre de la sala y el número de la cama. Todo lo cual eternizaba el desfile de las admisiones.

Entonces, en todo el vasto establecimiento, de arriba abajo, á través de los cuatro pisos, se produjo un pisoteo sin fin. El Sr. Sabathier fué uno de los primeros instalados, en una sala del entresuelo, llamada de los matrimonios, porque en ella las mujeres podían asistir y acompañar á sus maridos.

Fuera de éstos, no se admitían más que mujeres en el Hospital de Nuestra Señora de los Dolores. Pero aunque el padre Isidoro iba con su hermana, consintieron en considerarlos como un matrimonio y colocaron al cura en la cama inmediata á la del Sr. Sabathier.

La capilla estaba al lado, llena todavía de yeso, con los huecos cerrados con simples tablas.

También quedaban varias salas sin concluir; sin embargo, se hallaban provistas de colchones, donde las enfermas se acumulaban rápidamente. Las que podían andar, sitiaban ya el refectorio, larga galería cuyas anchas ventanas daban á un patio interior; y las hermanas Saint-Frai, sirvientas ordinarias del Hospital, encargadas de la cocina, distribuían tazas de café con leche y de chocolate á todas aquellas pobres mujeres, estenuadas por el terrible viaje.

—Descansen ustedes; repongan fuerzas;—iba diciendo el barón Suire, que se prodigaba, mostrándose á la vez en todas partes.—Tienen ustedes tres horas largas. Aún no son las cinco, y los reverendos Padres han dado orden de no ir á la Gruta hasta las ocho, para evitar un excesivo cansancio.

En el segundo piso, la señora de Jonquière había tomado posesión, antes que nadie, de la sala de Santa Honorina, de la cual era directora. Habíase visto obligada á dejar abajo á su hija Ramona, que estaba agregada al servicio del refectorio; pues el reglamento prohibía que las solteras entrasen en las salas, donde hubieran podido ver cosas poco decorosas y demasiado horribles. Pero la señora Désagneaux, simple dama hospitalaria, no se había separado de la directora, á la cual pedía órdenes, muy contenta de poder sacrificarse al fin.

—Señora, ¿están bien arregladas todas estas camas? ¡Si yo las rehiciese con la hermana Jacinta!...

La sala, pintada de amarillo claro, mal alumbrada por un patio interior, contenía quince camas, puestas en dos hileras, arrimadas á la pared.

—Luego veremos—contestó la señora de Jonquière, ocupada en contar las camas y examinar aquella sala larga y estrecha.

Despuéz añadió á media voz:

—No es posible que quepan. Me han anunciado veintitrés enfermos; habrá que poner colchones en el suelo.

Sor Jacinta, que acababa de entrar después de haber dejado á sor San Francisco y á sor Clara de los Angeles instaladas en una pieza inmediata, transformada en cuarto de ropa blanca, levantaba ya las colcheturas y examinaba las camas. Después de lo cual tranquilizó á la señora Désagneaux.

—Las camas están bien hechas; todo limpio. Se conoce que las hermanas Saint-Frai han cuidado de esto. Los colchones de reserva están ahí cerca; si usted quiere ayudarme, podemos poner en seguida una hilera, entre las camas.

—¡Sí, señora!—exclamó la damita hospilaria, exaltada por la idea de traginar colchones, con sus débiles brazos de hermosa rubia.

La señora de Jonquière tuvo que calmarla.

—Luego, luogo; no corre prisa. Esperemos que lleguen los enfermos... Esta sala no me gusta mucho; difícilmente se puede ventilar. El año pasado me dieron la sala de Santa Rosalía, en el primer piso... En fin, vamos á ver cómo nos arreglamos.

Llegaron otras damas hospitalarias, y la sala quedó convertida en una especie de colmena de abejas laboriosas, ávidas de empezar su trabajo. Aquél gran número de enfermeras pertenecientes á la aristocracia y á la clase media, movidas por mucho celo y un poco de vanidad, era otra causa de confusión.

Había más de 200. Como cada una, al entrar en la hospitalidad de Nuestra Senora de la Salud, tenía que hacer un donativo, no se atrevían á rechazar ninguna, por temor de que disminuyesen las limosnas, y su número iba en aumento de año en año. Por fortuna, muchas se contentaban con llevar al pecho la cruz de paño rojo, y emprendían excursiones tan pronto como llegaban á Lourdes. Pero las que se sacrificaban hacían verdamente actos meritorios, pues pasaban cinco días de abominable fatiga, durmiendo apenas dos horas por noche, viviendo en medio de los espectáculos más tristes y más repugnantes. Asistían á las agonías, curaban llagas apestadas, vaciaban jofainas y bacinillas, mudaban de ropa á las baldadas, cambiaban de postura á los enfermos; una faena atroz, abrumadora, á la cual no estaban acostumbradas. Así es que volvían de la peregrinación completamente derrengadas, muertas, con ojos de fiebre, ardiendo en el gozo de la caridad que las exaltaba.

—¿Y la señora Volmar?—preguntó la Désagneaux.—Creía encontrarla aquí.

La de Fonquière cortó la conversación, como si estando al corriente de lo que ocurría, hubiese querido que nadie hablase de ello, por indulgencia de mujer tierna con las miserias humanas.

—No es muy robusta y ha tenido que irse á la fonda á descansar. Hay que dejarla dormir.

Distribuyó luego las camas entre aquellas señoras; dos para cada una. Y todas acabaron de tomar posesión del local, yendo y viniendo, subiendo y bajando, para darse cuenta de dónde estaban la administración, la ropa y las cocinas.

—¿Y la farmacia?—preguntó la Desagneaux.

Pero no había farmacia. Ni siquiera había allí ningún personal médico. ¿Para qué? ¿No eran todas enfermas desahuciadas de la ciencia, desesperadas que venían á pedir á Dios la salud que los hombres no podían prometerles? Durante la peregrinación se suspendía todo tratamiento médico. Si una enferma entraba en la agonía, la sacramentaban. El joven médico que ordinariamente acompañaba al tren blanco con su botiquín, no tenía más misión que la de procurar algún alivio á las enfermas que lo requirieran en sus ataques.

Justamente la hermana Jacinta llegaba con Ferrand, que sor San Francisco había hecho instalar en un gabinete contiguo al cuarto de la ropa blanca.

—Señora—dijo él á la de Jonquière,—estoy enteramente á su disposición. En caso de necesidad, mándeme usted llamar.

Apenas le escuchaba la directora de la sección, que en aquel momento discutía acaloradamente con un joven cura de la administración, porque non había más que siete barandillas para toda la sala.

—Sí, señor—dijo el médico;—necesitábamos una poción calmante...

Pero no concluyó; sino que volvió á la discusión:

—En fin, señor abate, procure usted facilitarme cuatro ó cinco más... ¿Cómo quiere usted que hagamos? Si ya es tan penoso...

Ferrand escuchaba, mirando con asombro toda aquella gente extraordinaria, en medio de la cual se hallaba metido por casualidad desde la víspera. El, que no creía, que únicamente estaba allí por amistad y por caridad, quedaba asombrado de tanta miseria y sufrimiento, entregado ciegamente á la esperanza de la felicidad.

Lo que más sorprendió al joven médico fué el abandono de toda precaución, el desprecio de las más sencillas indicaciones de la ciencia, en la seguridad de que, si el cielo quería, se operaría la cura desmintiendo las propias leyes de la naturaleza.

¿A qué hacer, pues, aquella última concesión al respeto humano, de llevar un médico para el viaje?

Ferrand se volvió a su gabinete, vagamente avergonzado, considerándose inútil y un poco ridículo.

—Por lo que pueda ocurrir, prepare usted las píldoras de opio—le explicó sor Jacinta, que entraba con él en el cuarto de la ropa blanca.

—Sin duda, harán falta, porque vienen enfermos que me preocupan.

Y puso en él sus grandes ojos azules, tan dulces, tan buenos, con su eterna y divina sonrisa. Con aquel trajín, la sangre le coloreaba el cutis resplandeciente de juventud. Y como buena amiga, que consentía en compartir con él los asuntos del corazón, le dijo:

—Si necesito ayuda para levantar ó acostar algún enfermo, cuento con usted.

Entonces, alegróse de haber venido, de encontrarse allí, al pensar que iba á serle útil. La recordaba sentada á la cabecera de su cama, cuando estuvo á punto de morir, cuidándolo con manos fraternales y con una gracia jovial de ángel sin sexo, mezcla de camarada y de mujer. No pensaba siquiera en la creencia religiosa que iba unida á ella.

—¡Todo lo que usted quiera, mi hermana! Usted dispone de mí, en absoluto, y tendré una gran satisfacción en servirla. Usted sabe la deuda de gratitud que tengo contraída con usted.

Con mucha gracia, ella le impuso silencio aplicando un dedo sobre sus labios. Nadie la debía nada; no era más que la sirvienta de los enfermos y de los pobres.

En aquel momento entraba la primera enferma en la sala de Santa Honorina. Era María, á quien Pedro acababa de subir, con ayuda de Gerardo, tendida en su caja de madera. Habiendo salido la última de la estación, llegaba antes que las demás, gracias á las complicaciones sin fin que de pronto deluvieron á todas las enfermas, para dejarlas después al azar de la distribución de los tarjetones.

El Sr. de Guersaint había tenido que separarse de su hija á la puerta del Hospital, á instancias de esta, que lo aconsejó fuese inmediatamente á comprometer dos cuartos en cualquier fonda: uno para él y otro para Pedro. La pobre estaba tan rendida, que después de haberse desesperado por no poder ser conducida inmediatamente á la Gruta, consintió en que la acostasen un momento.

—Vamos, hija mía—repetía la señora de Jonquière,—tiene usted tres horas para descansar. Vamos á acostarla en su cama. Estará usted mejor de ir encajonada de ese modo.

Levantóla por las espaldas, mientras que sor Jacinta le sostenía los pies. La cama se encontraba en el centro de la sala, cerca de una ventana. La enferma permaneció un instante con los ojos cerrados, como extenuada. Luego fué preciso que Pedro entrase, porque estaba nerviosa, impaciente, diciendo que tenía que explicarle ciertas cosas.

—No se vaya usted, amigo mío; se lo suplico. Llévese esta caja de relleno de la escalera, pero quédese aquí, porque quiero que me lleven tan pronto como me lo permitan.

—¿Está usted mejor en esa cama?—preguntó el joven cura.

—Sí, sí; sin duda.... Pero no sé.... ¡Tengo tal impaciencia por llegar á los pies de la Santa Virgen!

Después de haberse retirado Pedro con la caja, María se distrajo con la llegada sucesiva de los enfermos. La señora Vetu, que dos camilleros habían subido en brazos, fué acostada vestida, en la cama inmediata, donde permaneció inmóvil, sin respiración, con su máscara amarilla de cancerosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No desnudaban á ninguna enferma. Se contentaban con tenderlas, aconsejándolas que procurasen dormir un rato. Las que no necesitaban estar acostadas, se sentaban al borde de los colchones, hablando entre sí y arreglando sus bártulos.

Elisa Rouquet, que también estaba cerca de María, sacó de su cesta un pañolón limpio, lamentándose de no tener un espejo.

En menos de diez minutos; todas las camas se encontraron ocupadas, de manera que, cuando apareció la Grivota, apoyada en sor Jacinta y en sor Clara de los Angeles, fué preciso empezar á tender colchones en el suelo.

—¡Aquí tienen ustedes uno!—exclamó la Désagneaux.—Aquí estará bien, lejos de la corriente de aire de la puerta.

Añadiéronse otros siete colchones á la fila, que ocupó todo el paso central. Para circular, era preciso andar con mucha precaución por entre las enfermas. Cada una de éstas conservaba su cesta, su caja, su maleta ó su lío, al lado de sus lechos improvisados. Amontonáronse chismes viejos y pingajos entre sábanas y coberturas.

Parecía una ambulancia lamentable, organizada á toda prisa, después de alguna gran catástrofe, incendio ó terremoto que hubiese dejado en la calle centenares de heridos y miserables.

La señora de Jonquière iba de un extremo al otro de la sala, repitiendo:

—Vamos, hijas mías, no excitarse; procuren dormir un poco.

Pero no conseguía calmarlas, sino que, por el contrario, aumentaba la fiebre general con su azaramiento y el de las otras damas hospitalarias. Había que mudar de ropa á algunas enfermas. Otras tenían necesidades. Una que tenía una úlcera en la pierna, daba tales gritos lastimeros, que la señora Désagneaux se había apresurado á curarla; pero tenía pocas mañas, y á pesar de todo su valor de enfermera apasionada, estaba á punto de desmayarse, á causa del dolor insoportable del mal.

Las que se encontraban mejor pedían caldo, y las tazas circulaban entre llamamientos, respuestas y órdenes contradictorias que nadie ejecutaba.

Muy alegre en medio de aquel tropel, la joven Sofía Couteau, que permanecía con las hermanas, corría, brincaba y bailaba en un pie, como colegiala en recreo, llamada y mimada por todas, por la esperanza del milagro que llevaba á cada una.

Transcurrían las horas, en medio de aquella agitación. Acababan de dar las siete, cuando entró el padre Judaine. Era capellán de la sala de Santa Honorina. Le había trasado la dificultad de encontrar un altar libre para celebrar su misa. Al verle entrar, se alzó de todas las camas un grito de impaciencia.

—¡Oh, señor cura; vámonos, vámonos en seguida!

Movíalas un deseo ardiente, irritado, de minuto en minuto, como

abrasadas de una sed cada vez más viva y que sólo podía calmar la fuente milagrosa.

La Grivota, sentada en su colchón, juntaba las manos, implorando que la llevasen á la Gruta. Aquel despertar de su voluntad, aquella febril necesidad de curar que la reanimaba, ¿no era ya un comienzo de milagro? Después de haber llegado inerte, desvanecida, se levantaba, girando sus ojos negros hacia todos lados, espiando la hora bienaventurada en que irían á llevársela. Su rostro lívido adquiría color, ya resucitaba.

—¡Por favor, señor cura! ¡Diga usted que me lleven á la Gruta, porque siento que voy á curar.

El padre Judaine las escuchaba con su aire bonachón, calmando su impaciencia con buenas palabras. Luego iban á partir. Había que tener juicio y dejar organizar las cosas, Además, á la Santa Virgen no le gustaba que la atropellasen; esperaba su hora, y distribuía sus favores divinos á los enfermos más razonables.

Al pasar junto á la cama de María y ver á ésta con las manos suplicantes, detúvose de nuevo.

—¿También usted lleva tanta prisa, hija mía? Tranquilícese usted; habrá gracias para todas.

—Padre—murmuró,—yo muero de amor. Mi corazón está demasiado henchido de ruegos, y me ahoga.

Conmovióle mucho ver tanta pasión en aquella pobre muchacha, tan rudamente herida en su belleza y en su juventud. Quiso calmarla, señalando á su vecina, la Vetu, que no se movía, á pesar de tener los ojos muy abiertos y fijos en las personas que pasaban.

—¡Vea usted que tranquila está la señora! Se recoge, y hace bien en abandonarse como un niño á la voluntad de Dios.

Pero la Vetu murmuraba con voz imperceptible:

—¡Oh! ¡Cómo sufro! ¡Cómo sufro!

Por último, á las ocho menos cuarto, la señora de Jonquière avisó á las enfermas que convenía que se preparasen. Con la ayuda de sor Jacinta, abrochó vestidos y chaquetas, y calzó pies impedidos. Todas deseaban presentarse lo mejor posible ante la Santa Virgen. Muchas tuvieron la delicadeza de lavarse las manos. Otras desembalaban sus trapos y se ponían ropa limpia.

Elisa Rouquet había concluído por descubrir un espejo de bolsillo en manos de una de sus vecinas, mujer enorme, hidrópica muy aseada. Se lo había hecho prestar y lo tenía puesto en la almohada, mirándose en el para ponerse con un cuidado infinito la manteleta, de modo que ocultase la monstruosidad de su rostro y su llaga sanguinolenta. De pie, delante de ella, la pequeña Sofía la observaba con atención.

El abate Judaine dió la señal de la marcha para la gruta. Quería acompañar á sus amadas hijas de sufrimientos en Dios como él decía

mientras que aquellas damas de la Hospitalidad y las hermanas se quedaban allí para poner la sala en orden. Esta se vació en seguida. Los enfermos fueron bajados en medio de un nuevo tumulto. Pedro, que había vuelto á poner las ruedas á la caja en que iba María tendida tomó la delantera del cortejo, compuesto de unos veinte carritos y camillas.

Las demás salas se vaciaban igualmente. El patio estaba lleno, y el desfile se organizaba casi por sí solo. Pronto hubo una cola interminable, bajando la cuesta de la Avenida de la Gruta; de suerte que Pedro llegaba ya á la Meseta de la Merlasse, cuando las últimas camillas acababan de salir del patio del Hospital.

Eran las ocho. El sol, ya alto, un sol de Agosto triunfal, brillaba en el cielo de una pureza admirable. Lavado por el aguacero de la noches, el azul del aire parecía nuevo, de una frescura virgen. Y el espantoso desfile, aquél ejército del sufrimiento humano, recorría la cuesta bajo el resplandor de aquella radiante mañana.

La cola de las abominaciones se alargaba sin acabar nunca. No se observaba ningún orden en aquella mezcolanza de males, que parecía el desbordamiento de un infierno en que se hubiesen acumulado las enfermedades monstruosas, los casos raros y atroces, que extremecían.

Veíanse cabezas comidas por el eczema, frentes coronadas de roseola, narices y bocas en las cuales la elefantiasis había formado grietas deformes. Resucitaban enfermedades perdidas; una vieja tenía lepra; otra estaba cubierta de liquens, como un árbol pudriéndose en la sombra.

Pasaban luego los hidrópicos, hinchados como odres, con el gigantesco vientre bajo la cobertura, mientras que manos retorcidas por el reumatismo pendían fuera de las camillas, y desfilaban pies abultados por el edema, como talegas llenas de trapos.

Una hidrocétala, sentada en un carrito, balanceaba un cráneo enorme, cuyo excesivo peso le hacia caer hacía atrás. Una muchacha, alta y flaca, atacada del baile de San Vito, danzaba con todo el cuerpo, sin cesar, con muecas horribles, que le hacían torcer toda la parte izquierda de la cara. Otra muchacha, más joven, le iba detrás dando una especie de ladrido lastimero, cada vez que hacía la mueca involuntaria que le torcía la boca y la mejilla derecha, que ella parecía echar hacia delante.

Venían luego las tísicas, temblando de fiebre, extenuadas por la disentería, demacradas, como esqueletos, con la piel lívida; color de la tierra en que iban pronto á dormir. Una de ellas, blanca, con ojos de fuego, parecía una cabeza de muerto con una luz en el interior.

Sucedíanse después todas las deformidades de las contracciones: talles combados, brazos vueltos, cuellos plantados al revés, pobres seres rotos y triturados, inmovilizados en posturas de polichinelas trágicos. Había sobre todo, una enferma cuyo puño derecho se había retirado á la espalda, mientras que la mejilla izquierda se inclinaba, pegada al hombro.

Veíanse también niñas raquíticas que ostentaban su color de cera y su nuca delicada, roída por humores fríos; jóvenes con el estupor doloroso de las míseras á quienes el cáncer devora los pechos; tendidas y con los ojos fijos en el cielo, que parecían escuchar en su interior el choque de los tumores, tumores grandes como cabezas de niño, que obstruían sus órganos.

Y el desfile no acababa nunca, y era cada vez más lamentable. Una muchacha de unos veinte años, con la cabeza aplastada como la de un sapo, tenía una papera tan enorme, que le colgaba hasta la cintura, como babero de un delantal.

Una ciega avanzaba con la cabeza erguida, de una palidez marmórea, con las órbitas de sus ojos inflamados y sanguinolentos: dos llagas vivas que manaban pus.

Una pobre imbécil, completamente loca, con la nariz comida por algún chancro, se reía con una risa terrible, dejando ver su boca vacía y negra.

De pronto una epiléptica empezó á sufrir convulsiones, echando espuma en la camilla, sin que el cortejo detuviese su marcha, como hostigado por el viento de la carrera, en aquella febril pasión que lo empujaba hacia la Gruta.

Camilleros, curas y enfermos acababan de entonar un cántico, el de Bernadette, y todo rodaba en medio de la obsesión de las *Avemarías*. Los carritos, las camillas y los peatones bajaban la cuesta de la calle, como arroyo crecido, arrastrando ruidosamente el caudal de sus aguas.

En la esquina de la calle de San José, cerca de la Meseta de la Merlasse, había una familia de excursionistas, que llegaban de Cauterets ó de Bagnères, y permanecían inmóviles en la acera, profundamente asombrados del cortejo. Debían ser ricos burgueses: padre y madre, muy correctos, y dos muchachas en trajes claros, con caras risueñas de personas que se divierten.

Pero á la sorpresa primera del grupo, siguió un terror creciente, como si hubiesen visto abrirse un hospital de leprosos, de los tiempos legendarios, después de una epidemia.

Las dos muchachas palidecían; el padre y la madre estaban petrificados ante el desfile no interrumpido de tantos horrores, cuyo aire apestado les daba en el rostro. ¡Dios mío! ¡Cuánta fealdad! ¡Cuánta miseria asquerosa! ¡Cuanto sufrimiento! ¡Y todo, bajo aquel hermoso sol, tan radiante; bajo aquel gran cielo de luz y de alegría, donde subía la frescura del Gave, donde el viento de la mañana traía el puro olor de las montañas!

Cuando Pedro, al frente del cortejo, llegó á la Meseta de la Merlasse, se vió bañado por aquel claro sol y por aquel aire tan vivo y embalsamado. Volvióse dirigiendo una dulce sonrisa á María; y al llegar ambos á la plaza del Rosario, en medio del resplandor de la mañana,

quedaron encantados ante el admirable horizonte que se extendía en torno de ellos.

En frente, al Este, aparecía al viejo Lourdes, recostado en un ancho repliegue del terreno, al otro lado de su roca. El sol se alzaba detrás de los lejanos montes, y su rayos oblícuos recortaban como árbol oscuro aquella roca solitaria, coronada por la torre y los muros ruinosos del antiguo Castillo, que fué un tiempo llave tremenda de los siete valles.

En medio del polvo de oro suspendido en el aire, únicamente se divisaban altivas aristas, restos de construcciones ciclópeas, y, más allá, vagas techumbres, los tejados parduscos del antiguo caserío; mientras que aquende el Castillo, desbordaba á derecha é izquierda, la nueva población, riente entre el verde follaje, con las blancas fachadas de sus fondas y hospedarías, y sus hermosas tiendas de ciudad rica y ruidosa, levantada allí en poco tiempo, como por encanto.

El Gave lamía las estribaciones de la roca con sus aguas inquietas, verdes y azules, profundas bajo el puente viejo y saltonas bajo el nuevo puente construído por los Padres, para enlazar la Gruta con la estación y con el *boulevard* recientemente abierto.

Como fondo de aquel cuadro delicioso, de aquellas frescas aguas, de aquellos verdes ramajes de aquella población rejuvenecida, desparramada y alegre, se alzaban el pequeño y el grande Gers; dos cumbres enormes de roca desnuda y de hierba rasa, que adquirían en la sombra delicados tintes que morían en la rosada luz.

Al Norte, á la derecha del Gave, más allá de las colinas que sigue la línea del ferrocarril, subían las alturas del Buala, con sus vertientes cubiertas de árboles y anegadas en los resplandores matutinos. Hacia allá se encontraba Bartrés. Más á la izquierda se erguía la sierra de Julos, dominada por el Miramont. A lo lejos se evaporaban otras cimas en el éter.

En primer término, alegraban aquel punto del horizonte, más allá del Gava, los numerosos conventos que se habían escalonado en las sinuosidades herbosas del terreno. Parecían haber crecido como una vegetación natural y pronta en aquella tierra de prodigio.

Veíase, en primer lugar, un Asilo de huérfanos, creado por las Hermanas de Never, y cuyos vastos edificios resplandecían al sol. Venían luego las Carmelitas, en frente de la Gruta, junto á la carretera de Pau. Más arriba, las Asuncionistas, al borde del camino de Poneyferré; las Dominicas, perdida en el desierto, sin enseñas más que un ángolo de su tejado; y finalmente, las Hermanas de la Inmaculada Concepción, llamadas las Hermanas Azules, que habían fundado, al extremo del valle, una casa de retiro, donde admitían señoras solas, como huéspedes, y donde solían albergarse las peregrinas ricas, amantes de la soledad.

En aquel momento, todas las campanas de aquellos conventos repicaban de alegría mientras que al extremo opuesto del horizonte, al Mediodía, les contestaban las campanas de otros conventos, con la misma explosión de alegría argentina.

Cerca del Puente Viejo, la campana de las Clarisas soltaba una gama de notas tan sonoras y argentinas, que parecía el canto de algún pájaro. Y por aquel lado de la población, se veían otros valles y otros montes; una naturaleza accidentada y risueña; una sucesión interminable de colinas, entre las cuales llamaban la atención las de Visens, en que se combinaban preciosos matices de carmín y azul pálido.

Cuando María y Pedro volvieron los ojos hacia el Oeste, quedaron deslumbrados. El sol daba de lleno en el grande y en el pequeño Béout, de crestas de desigual altura. Parecía un fondo de púrpura de oro, un monte verdaderamente deslumbrador, donde no se distinguía más que el camino que serpenteando sube al Calvario, entre árboles.

Sobre aquel fondo inundado de sol, radiante como una gloria, se destacaban las tres iglesias superpuestas, que la débil voz de Bernadette había hecho surgir de la roca, para alabanza de la Santa Vírgen. Abajo estaba la iglesia del Rosario, baja y redonda, medio abierta en la roca, en el fondo de la esplanada que encerraban los brazos inmensos, las rampas colosales que se elevan suavemente hasta la Crupta. Había allí un trabajo enorme, toda una cantera de piedras removidas y talladas, arcadas altas como naves, dos avenidas de gigantesco circo, para que la pompa de las procesiones se desplegase y para que el carrito de un niño enfermo pudiese subir fácilmente hasta Dios.

Seguía luego la Cripta, la iglesia subterránea, de la cual no se veía más que la puerta baja, por encima de la iglesia del Rosario, cuya techumbre embaldosada, con sus vastos corredores, eran continuación de las rampas.

Por último, la Basílica se alzaba, algo delicada y sencilla, demasiado nueva, demasiado blanca, con su estilo de joya del Renacimiento, surgida de las rocas de Massabielle como una plegaria, como un vuelo de paloma pura. Su pequeña flecha, vista por encima de las rampas gigantescas, parecía la pequeña llama de un cirio, en medio del inmenso horizonte.

Al lado de la espesa vegetación de las colinas del Calvario, la Basílica presentaba una fragilidad y un candor pobre de fe infantil, y recordaba también el bracito blanco, la manecita flaca de la débil niña que señalaba al cielo, en una crísis de su miseria humana.

No se veía la Gruta, cuya entrada se encontraba á la izquierda, al pie de la roca.

Detrás de la basílica no había más que la habitación de los padres, un edificio sólido y cuadrado, y el palacio episcopal, mucho más léjos, en medio de un valle umbroso que se ensanchaba.

Las tres iglesias resplandecían al sol de la mañana, y la lluvia de oro de sus rayos caía sobre toda la campaña, mientras que el repiqueteo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de las campanas parecía la vibración misma de la luz, el alegre despertar de aquel hermoso día naciente.

De la plaza del Rosario, que atravesaban, Pedro y María echaron un vistazo á la Esplanada, jardín que bordan dos anchos paseos paralelos y que va hasta el nuevo puente. Allí se encontraba, vuelta hacia la Basílica, la gran Vírgen coronada.

Todas las enfermas, al pasar, se persignaban. Y el espantoso cortejo continuaba, entonando su cántico, á través de la naturaleza riente, bajo el cielo lleno de luz, entre los montes de púrpura de oro, los árboles seculares y la eterna frescura de las aguas corrientes; cortejo de condenados, enfermos de la piel; de hidrópicas hinchadas como odres; de reumáticas y paralíticas, retorcidas por el sufrimiento. Y desfilaban las hidrocéfalas, las atacadas del baile de San Vito, las tísicas, las raquíticas, las epilépticas, las cancerosas, las locas y las imbéciles.

¡Dios te salve, María!

La cántiga obstinada arreciaba, arrastrando hacia la Gruta aquella oleada abominable de la miseria y del dolor humanos, en medio del espanto y el horror de los transeuntes, que se quedaban parados, como petrificados ante aquel desfile de infernal pesadilla.

Pedro y María pasaron los primeros bajo el arco alto de una de las rampas. Siguiendo luego la orilla del Gave, apareció de pronto la Gruta. Y María, empujada por Pedro, lo más cerca posible de la reja, únicamente pudo incorporarse en su carrito, murmurando:

—¡Oh, Santísima Vírgen... queridísima Vírgen!...

No había visto nada, ni las piscinas, ni la fuente de los doce años, por delante de las cuales acababa de pasar; ni tampoco veía la tienda de artículos piadosos, á la izquierda, ni á la derecha, el púlpito de piedra, que ya ocupaba el padre Massías. Unicamente la deslumbraba el fulgor de la Gruta; parecíale que ardían cien mil cirios detrás de la verja, llenando de un resplandor de fragua la baja abertura, y envolviendo en una radiación de astro la estatua de la Vírgen, colocada más arriba, al borde de una hendidura estrecha, en forma de ojiva.

Nada existía para la pobre enferma, fuera de aquella gloriosa aparición: ni las muletas, con que estaba tapizada parte de la bóveda, ni los ramos de flores amontonados, que se mustiaban entre las hiedras y los zarzales; ni el altar mismo, colocado en el centro, al lado de un armonium, cubierto con una funda.

Al alzar los ojos, vió encima de la roca, en el cielo, la delicada Basílica blanca, que se presentaba ahora de perfil, con su delgada flecha, perdida en el azul del infinito, como una plegaria.

—¡Oh, Vírgen poderosa!... ¡Reina de las Vírgenes!... ¡Santa Vírgen de las Vírgenes!

Mientras tanto, Pedro había conseguido empujar la carretilla de María hasta el primer término, delante de los bancos de encima, alineados al aire libre, como en la nave de una iglesia. Ya estaban ocupados casi enteramente por enfermos que podían sentarse. Los espacios vacíos se llenaban de camillas colocadas en el suelo, de carritos cuyas ruedas se enredaban unas con otras, de almohadas y colchones, donde se acumulaban todos los males.

Al llegar, vió á los Vignerón, con su triste hijo Gustavo, en el centro de un banco; mientras que á sus ojos apareció en el suelo la cama guarnecida de encajes de la señora Dienlafay, á cuya cabecera oraban de hinojos su marido y su hermana.

Todos los enfermos del vagón estaban allí: el Sr. Sabathier, al lado del padre Isidoro; la Vetu, desfallecida en un carrito; Elisa Rouquet, sentada; la Grivota, exaltada, apoyándose en los puños; la señora Maze, aparte, ensimismada en una oración; la Vincent, postrada de hinojos, presentando su Rosita á la Vírgen, en actitud de madre desesperada, para que la Madre de la divina gracia se apiadase de ella.

La muchedumbre de peregrinos aumentaba á cada momento en torno de aquel recinto reservado, hasta llegar al parapeto del Gave.

—¡Oh, Vírgen clemente!—seguía diciendo María á media voz.—¡Vírgen fiel!... ¡Vírgen concebida sin pecado!...

Luego desfallecía y callaba, en tanto que sus lábios eran agitados aún por una oración mental, y miraba á Pedro con profunda emoción. Este creyó que deseaba manifestarle algún deseo, y le dijo al oído:

—¿Quiere usted que me quede aquí, á su disposición, para conducirla luego á las piscinas?

Después de haber comprendido, rehusó con un movimiento de cabeza.

Agitada por la fiebre, dijo:

—¡No, no! No quiero bañarme esta mañana... ¡Me parece que hay que ser tan digna, tan pura, tan santa, antes de tentar el milagro!... Toda esta mañana quiero orar, quiero rogar con toda mi fuerza y con toda mi alma...

Se ahogaba, y añadió:

—No vuelva usted por mí hasta las once, para volver al Hospital. No me moveré de aquí.

Sin embargo, Pedro no se alejó. Quedóse cerca de ella. Prosternóse un instante; él también hubiera querido orar con aquella fe ardiente, pedir á Dios la curación de aquella enfermita á quien amaba con fraternal ternura. Pero desde que se hallaba delante de la Gruta, se sentía preso de un vago malestar, como una sorda rebeldía que estorbaba al piadoso arranque de su plegaria.

Quería creer; había esperado toda la noche que la fe rebotaría en su alma, como una hermosa flor de ignorancia y de candor, tan pronto como se arrodillase en la tierra del milagro. Y no experimentaba sino malestar é inquietud, en presencia de aquella decoración, ante aquella

estatua dura y descolorida á la falsa luz de los cirios entre la tienda de rosarios, llena de clientes, y el gran púlpito de piedra, desde el cual un padre de la Asunción lanzaba *Ave Marías* á voz en cuello.

¿A tal punto se le había secado el alma al joven cura? ¿Ningún rocío divino podría ya bañarla de inocencia, hacerla igual á esas almas de niño que se entregan enteramente á la menor caricia de la leyenda?

Continuó su distracción, pero vió que el religioso del púlpito era el padre Massías. Lo había tratado tiempo atrás, impresionándole su sombrío ardor, su rostro enjuto, sus ojos brillantes, su gran boca elocuente, violentando el cielo para hacerlo bajar á la tierra. Lo examinaba, extrañándose de ser tan diferente, cuando descubrió, al pie del púlpito, al padre Fourcade, en gran conferencia con el barón Suire. Este último parecía perplejo.

Sin embargo, concluyó por aprobar por medio de un complaciente movimiento de cabeza. También estaba allí el abate Judaine, que detuvo un momento al padre. Su ancho rostro placentero expresaba también cierto asombro; pero se inclinó á su vez.

De pronto, el padre Fourcade apareció en el púlpito, irguiendo su alta figura, de ordinario un poco encorvada por la gota que padecía. No queriendo que el padre Massías, su hermano predilecto, bajase del todo, le tenía detenido en un tramo de la estrecha escalera, apoyándose en su hombro.

Con voz plena y grave, y con una autoridad soberana que hizo reinar el más profundo silencio, dijo:

—Carísimos hermanos; perdonadme si interrumpo vuestras preces; pero tengo que haceros una comunicación; tengo que pedir la ayuda de todas vuestras almas fieles... Esta mañana, hemos tenido que deplorar un triste accidente; uno de nuestros hermanos ha muerto en uno de los trenes en que habeis venido, cuando ya llegaba á la tierra de promisión.

Detúvose algunos segundos. Parecía crecer aún más; su hermoso rostro empezó á resplandecer, en medio de su larga barba.

—Pues bien, amados hermanos míos; á pesar de todo, tengo la idea de que no debemos perder la esperanza... ¡Quién sabe si Dios no ha querido esa muerte, para probar al mundo su omnipotencia!

Paréceme oir como una voz que me habla, que me impulsa á subir á este púlpito, á pediros vuestras plegarias para el hombre, para el que ya no existe y cuya salud está sin embargo en las manos de la Santísima Virgen, que siempre puede implorar á su divino Hijo... ¡Sí! El hombre está aquí; he mandado traer su cuerpo, y tal vez dependa de vosotros que un milagro resonante deslumbre á la tierra, si rogáis con bastante ardor para conmover al cielo... Sumergiremos el cadáver en la piscina, rogaremos al Señor, árbitro del mundo, que lo resucite, que nos dé esa prueba extraordinaria de su bondad soberana...

Un soplo helado, venido de lo invisible, pasó por la concurrencia.

Todos se habían puesto pálidos, y sin que nadie hubiese abierto los labios, parecía correr un murmullo á través de un extremecimiento general.

—Pero—continuó el padre Fourcade, con la vehemente expresión de una fe exaltada;—¡con qué ardor no es preciso orar! Hermanos míos, quiero toda vuestra alma; quiero una oración en que vais á poner vuestro corazón entero, vuestra sangre, vuestra vida, con lo que tenga de más noble y tierno... Orad con toda vuestra fuerza; orad hasta olvidaros de vosotros mismos y del sitio en que os encontráis; orad como se ama, como se muere; porque lo que vamos á pedir aquí es una gracia tan preciosa, tan rara, tan asombrosa, que sólo la violencia de nuestra adoración puede obligar á Dios á respondernos. Y para que nuestras oraciones sean eficaces, para que tengan tiempo de ensancharse y de subir á los pies del Eterno, hasta las cuatro de la tarde no sumergiremos el cadáver en la piscina... ¡Carísimos hermanos, orad, orad á la Santa Virgen, Reina de los Angeles, consuelo de los afligidos!

Y él mismo, dominado por la emoción, cogió el rosario, mientras que el padre Massías prorrumpía en sollozos. Rompióse el gran silencio ansioso; un contagio de exaltación mística invadió la muchedumbre y estalló en gritos, lágrimas y balbuceos desordenados de súplica. Sopló como un delirio aboliendo las voluntades, convirtiendo todos aquellos seres en un solo ser, exasperado de amor, lanzado al deseo loco del imposible prodigio.

Un momento parecióle á Pedro que la tierra faltaba bajo sus pies, que iba á caer desvanecido. Levantóse con dificultad y se apartó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

Mientras se alejaba, en su malestar, poseído de una invencible repugnancia á permanecer allí más tiempo, divisó al Sr. de Guersaint arrodillado cerca de la Gruta, absorto, rogando con toda su fe. No había vuelto á verle desde su llegada; ignoraba si había conseguido alquilar dos cuartos, en el fondo de algún hotel, y su primer impulso fué ir á interrumpirle. Luego vaciló, no queriendo turbar su recogimiento, pensando que rogaba, sin duda, por su hija, á quien amaba con delirio, á pesar de sus continuas distracciones de cerebro inquieto. Y fuese á perder entre los árboles. Daban las nueve; por tanto, disponía de dos horas.

La ribera silvestre en que antes pacían los puercos, había sido transformada, á fuerza de dinero, en un paseo hermoso, á lo largo del Gave, cuyo lecho habían tenido que apartar, á fin de ganar el terreno necesario y hacer un malecón monumental, con una ancha acera resguardada por un parapeto.

El paseo iba á parar á una colina, á dos ó trescientos metros de la Gruta, y estaba provisto de bancos y abrigado por magníficos árboles. Nadie pasaba por allí, solamente llegaban los desbordamientos de la muchedumbre. Aún se encontraban sitios solitarios, entre la musgosa pared que cerraba el paseo por la parte del Mediodía, y los vastos campos que se extendían hacía el Norte, al otro lado del Gave; umbrosas laderas, animadas por las blancas fachadas de los conventos.

En los ardorosos días de Agosto se disfrutaba allí de una frescura deliciosa, bajo las umbrías, al borde de las corrientes.

En seguida, Pedro se sintió descansado, como si saliera de un sueño penoso. Se interrogaba, preocupado de sus sensaciones. Por la mañana había llegado á Lourdes con el deseo de creer, con la idea de que ya empezaba á creer otra vez, como en los años dóciles de su infancia, cuando su madre le hacía juntar las manos, enseñándole á creer en Dios, y apenas se había encontrado delante de la Gruta, cuando la idolatría del culto, la violencia de la fe, el asalto contra la razón, acababa de mortificarle hasta el desfallecimiento.

¿Qué iba á ser de él? ¿No podía siquiera tratar de combatir su duda, aprovechando su viaje para ver y convencerse? Mal principio era aquel para animarle. Pero el espectáculo de la naturaleza; los hermosos árboles que le protegían con su sombra; las claras aguas del torrente; aquel paseo tan fresco y tranquilo, todo concurrió á reponerle de la sacudida.

Al llegar al extremo de la alameda, tuvo un inesperado encuentro. Vió á un anciano, alto, abrochado en una larga levita, y cubierto con un sombrero de anchas alas, que venía hacia él. Parecíale conocer aquel rostro pálido, de nariz aguileña y de ojos muy negros y penetrantes. Pero la larga barba blanca y los bucles blancos de sus largos cabellos le desorientaban. El viejo se detuvo también con aire de asombro.

—¡Como! ¡Pedro! ¡Usted en Lourdes!

Bruscamente, el joven cura reconoció al doctor Chassaigne, el amigo de su padre, su propio amigo antiguo, que le había curado, y reanimado, durante su terrible crisis física, y moral, después de la muerte de su madre.

—¡Ah, mi buen doctor, cuanto me alegro de verle!

Ambos se abrazaron con grande efusión. Ante aquella nieve de los cabellos y de la barba; ante aquel andar lento y aquel aire infinitamente triste, Pedro recordaba el encarnizamiento de la desgracia que había hecho envejecer á aquel hombre.

Apenas habían transcurrido unos cuantos años, y le encontraba aterrado por el destino.

—¿No sabía usted que me había quedado en Lourdes? Es verdad que ya no escribo á nadie, ni estoy ya con los vivos, porque resido en el país de los muertos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y continuó con voz quebrantada:

—Sentemonos en ese banco; recordaremos nuestro pasado, como en otro tiempo.

A su vez, el cura se sintió ahogado por un sollozo. Sin encontrar palabras que decir, murmuró solamente:

—¡Ah! ¡mi buen doctor! ¡mi viejo amigo! ¡le he compadecido con todo mi corazón, con toda mi alma!

Era el desastre, el naufragio de una vida. El doctor Chassaigne y su hija Margarita, una adorable Muchacha de veinte años, habían ido á Cauterest, á instalar á la señora de Chassaigne, cuya salud les inspiraba serias inquietudes. Al cabo de quince días, iba mucho mejor, y proyectaba excursiones, cuando, bruscamente, una mañana, la encontraron muerta en la cama. Después de aquel golpe terrible, padre é hija se quedaron aturdidos por la traición de la suerte. El doctor, que era natural de Bartrés, tenía en el cementerio de Lourdes una sepoltura de familia, donde yacían sus padres, y quiso enterrar en ella á su mujer, al lado del nicho vacío donde contaba que no tardaría, á su vez, en bajar á dormir el sueño eterno. Después de pasar allí una semana con Margarita, ésta murió en veinticuatro horas, sin que su padre, desesperado, pudiese darse cuenta exacta en la enfermedad. No fué el viejo abatido, sino la joven resplandeciente de hermosura, la que bajó al nicho vacío, al lado de la madre.

El hombre que ocho días antes se veía ayudado, adorado por dos

criaturas cuyo afecto mantenía el calor de su corazón, no era ya más que un viejo miserable, tembloroso y perdido, á quien helaba la soledad. Toda la alegría de su existencia, se había desmoronado; y le daban envidia los peones, que trituraban cascajo en las carreteras, al ver que mujeres, y niñas descalzas les llevaban el potaje. No quiso marcharse de Lourdes; lo abandonó todo, sus trabajos, su clientela de París, para vivir allí, cerca de aquella tumba donde su mujer y su hija dormían el último sueño.

—¡Ah! ¡mi viejo amigo!—repitió Pedro—¡Cuánto le he compadecido! ¡Qué horrible pena!... Pero ¿por qué no acudió usted á las personas que le quieren? ¿Por qué se ha encerrado usted aquí en su dolor?

El doctor hizo un gesto que abrazaba al horizonte.

—No puedo irme. Ellas están ahí y me retienen... Todo se acabó. Espero que llegue la hora de descansar á su lado.

Nuevo silencio, interrumpido solamente por el arrullo y revoloteo de los pájaros entre el ramaje, detrás de los dos amigos, y por el murmullo de las aguas del Gave, que tenían delante.

En las vertientes de las colinas, el sol parecía condensarse en un lento polvo de oro. Pero debajo de aquellos copudos árboles y sobre aquel banco apartado, el fresco seguía siendo delicioso. A doscientos pasos de la muchedumbre, Pedro y el doctor estaban como en un desierto, pues nadie se apartaba de la Gruta para internarse en la alameda.

Hablaron largo rato. Pedro le refirió en qué circunstancias había llegado aquella misma mañana á Lourdes, con la peregrinación nacional, en compañía del señor de Guersaint y de su hija.

De pronto, anadió con sobresalto:

—¡Cómo! doctor, ¿cree usted ahora en la posibilidad del milagro? ¡Usted, á quien conocí incrédulo, ó al menos de una completa indiferencia?

Le miraba estupefacto de lo que le oía decir de la Gruta y de Bernadette; ¡á él, cuya cabeza era tan firme y cuya inteligencia era tan exacta! ¡A él, cuyas poderosas facultades de análisis, había admirado tanto en otro tiempo! ¿Cómo un espíritu de aquella naturaleza, elevado y claro, desligado de toda fe, nutrido en el método y la experimentación había podido llegar á admitir las curas milagrosas, operadas por aquella divina fuente, que la Santa Virgen había hecho brotar bajo la mano de una niña.

—¡Pero, mi buen doctor, acuérdese usted! Fué usted mismo quien proporcionó á mi padre notas sobre Bernadette, su paisanita, como usted la llamaba; y también el que, más tarde, cuando me apasioné por esa historia, me habló extensamente de ella. Para usted la niña no era más que una enferma, una alucinada, una creatura semi-inconsciente, incapaz de tener voluntad propia... ¡Acuérdese usted de nuestras conversaciones, de mis dudas, de la sana razón que me ayudó á recuperar!

Y se emocionaba, porque la aventura era de las más extrañas. ¡Él, cura antiguamente resignado á la creencia, acabó de perder la fe al contacto de aquel médico entonces incrédulo, á quien ahora encontraba convertido y creyendo en lo sobrenatural, cuando él mismo agonizaba en el tormento de no creer!

—Usted, que no aceptaba más que los hechos exactos, y lo basaba todo en la observación!... ¿Renuncia, acaso, á la ciencia?

Entonces, Chassaigne, que hasta entonces, había permanecido apacible, con una triste sonrisa en los labios, hizo un gesto de violencia y de soberano desprecio.

—¡La ciencia! ¿Por ventura sé yo algo? ¿Quiero yo algo, acaso?... Hace un momento, me preguntaba usted de qué había muerto mi pobre Margarita. ¡No lo sé! ¡Me tienen por sabio, armado contra la muerte, y no comprendí ni pude nada, ni siquiera prolongar una hora la vida de mi hija! ¡Encontré á mi mujer fría en la cama, cuando se había acostado, la víspera, mejor de salud y más alegre, y no fuí capaz de prever! ¡La ciencia! ¡La ciencia! ¡Ah, no! ¡Para mí la ciencia ha hecho solamente lo que convenía hacer! No, no, para mí la ciencia ha hecho bancarrota. No quiero ya saber nada. No soy más que un bestia, un pobre hombre.

Decía esto furiosamente debelado contra todo su pasado de orgullo y de felicidad.

Después de haberse calmado, continuó:

—No tengo más que un remordimiento atroz, que me acosa y me impele á rodar siempre por aquí, entre la gente que ruega... el de no haber venido desde luego á humillarme ante la Gruta, trayendo á mis dos amadas criaturas. Se hubieran arrodillado como todas esas mujeres que usted ve; yo me hubiera prosternado simplemente con ellas, y la Santa Virgen tal vez me las hubiera curado y conservado... Yo, ¡imbécil de mí! ¡Sólo supe perderlas! La culpa es mía.

De sus ojos brotaron gruesas lágrimas.

—En mi infancia, pasada en Bartrés, recuerdo que mi madre, una campesina, me hacía juntar las manos para pedir cada mañana el auxilio de Dios. Aquella plegaria me vino á la memoria cuando volví á encontrarme solo, tan débil y perdido como un niño. ¿Qué quiere usted, amigo mío? Mis manos se han juntado como entonces, porque me sentía demasiado abandonado y mísero; porque experimentaba una vivísima necesidad de un auxilio sobrehumano, de un poder divino que pensase y quisiese por mí, para arrebatarme en su sabiduría eterna.

¡Ah! ¡Qué confusión, los primeros días! ¡Qué desvarío en mi triste cabeza, bajo el golpe que acababa de recibir! Pasé veinte noches sin dormir, pensando que iban á volverme loco. Toda clase de ideas entraban en lucha, A veces me indignaba, amenazando al cielo, para caer después en profundas humiltades, pidiendo á Dios que me llevase de este mundo... Por último me calmó una confianza cierta en la justicia

y en el amor, que me devolvió la fe. Usted conoció á mi hija, esbelta, hermosa, llena de vida. ¿No sería una injusticia monstruosa que no hubiese nada para ella, que no ha vivido, más allá del sepulcro?

Tengo la convicción absoluta de que ha de revivir, porque á veces la oígo decir que volveremos á juntarnos y á vernos. ¡Oh! ¡Volver á ver á los seres amados que hemos perdido; revivir fuera de este mundo con mi esposa y con mi hija!... ¡ Qué felicidad!... ¡Ahí está toda la esperanza, el único consuelo para los dolores de esta vida! Me he entregada á Dios, porque sólo Dios puede devolvérmelas.

Agitábale un ligero temblor senil, y Pedro comprendía alfin aquella conversión, cuyo caso restablecía. Habían envejecido las facultades intelectuales de aquel sabio que volvía á su creencia bajo el imperio del sentimiento. Descubría una especie de atavismo de la fe en aquel pirenáico, hijo de campesinos montañeses, educado en la leyenda y de quien la leyenda volvían a apoderarse, á pesar de haber pasado por encíma de ella cinquenta años de estudios positivos. Tenía en cuenta el cansancio humano' propio del individuo á quien la ciencia no ha proporcionado la felicidad y que se subleva contra la misma ciencia, el día en que le parece limitada é incapaz de evitar sus lágrimas. Por último se hacía cargo del desaliento, de la duda de todas las cosas que conducía á una necesidad de certeza, en el anciano enternecido por los años, satisfecho de adormecerse en la credulidad.

Pedro no protestaba ni hacía burla de aquella conversión, porque la decrepitud dolorosa del gran viejo abatido le desgarraba el corazón. ¿No de pena ver á los más fuertes y más claros de entendimiento, volverse niños bajo semejantes golpes?

—¡Ah!—murmuró casi para sí—¡Si yo sufriese bastante para acallar también mi razón, y arrodillarme allí, y creer en todos esos hermosos cuentos!...

La pálida sonrisa que todavía se dibujaba á veces en los labios del doctor Chassaigne, reapareció.

—Los milagros, ¿no es cierto? Usted es sacerdote, hijo mío, y conozco su desgracia.... Los milagros le parecen imposibles. ¿Què sabe usted? Diga usted que no sabe nada, y que lo imposibles, según nuestros sentidos. se realiza á cada minuto... ¡Vaya! Hemos hablado ya mucho. Van á dar las once y es preciso que se vuelva usted á la Gruta. Pero le espero á las tres y media; le llevaré á la oficina de los reconocimientos médicos, donde espero enseñarle cosas que le sorprenderan... No se olvide; á las tres y media.

Despidió al cura y se quedó solo en el banco! El calor había aumentados. Las colinas immediatas parecían andar, abrasadas por el sol. Y el viejo se complacía en meditar á la sombra, escuchando el murmullo continuo del Gave, como si le hablase una dulce y amada voz del otro

Pedro se apresuró á acercarse á María; lo que pudo hacer sin dificultad, porque el gentió era meno compato. Muchos peregrinos se habían ido á almorzar. Junto á la muchacha estaba el Sr. de Guersaint, quien quiso explicar su larga ausencia de la mañana. Había recorrido Lourdes en todos sentidos, llamado á la puerta de veinte fondas, sin encontrar un rincón donde dormir. Hasta los cuartos de las criadas estaban alquilados. Ni siquiera había disponible un colchón para tenderse en algún pasillo.

Por fin, cuando ya no esperaba encontrar nada, dió con dos cuartitos, en un sotabanco, pero en una buena fonda, en el hotel de las Apariciones, uno de los mejores de la población. Las personas que los habían hecho reservar, acababan de telegrafiar que su enfermo había muerto. Una suerte inaudita, que al buen señor le tenía contentísimo.

Dieron las once, y el lamentable cortejo de enfermos volvió á ponerse en marcha, por las plazas y calles llenas de sol.

Al llegar al hospital de Nuestra Señora de los Dolores, María suplicó á sú padre y á su amigo que se fuesen á almorzar tranquilamente á la fonda, que descansase después un rato y que no volviesen por ella hasta las dos, hora en que habían de conducir otra vez los enfermos á la Gruta.

Pero en el hotel de las Apariciones, después de almorzar, el señor de Guersaint, rendido de cansancio, se durmió tan profundamente que Pedro no se atrevió á despertarlo. ¿Para què? Su presencia no era indispensable. Volvióse, pues, solo al Hospital.

El cortejo volvió á bajar por la avenida de la Gruta, desfiló á lo largo de la meseta de la Merlasse, atravesó la plaza del Rosario, en medio de un gentío que aumentaba por momentos, se estremecía y se persignaba, en medio del jubilo de que lo circundaba todo aquel admirable dia festival.

Nuevamente instalada ante la Gruta, María preguntó.

—Y mi padre, ¿no va á venir?

—Sí; descansa un rato.

Ella hizo un gesto de aprobación. y añadió con voz que acusaba una emocion profunda:

—Escuche usted, Pedro; no venga á buscarme hasta dentro de una hora para conducirme á las piscinas..... No estoy bastante en estado de gracia; quiero orar todavía más.

Después de haber deseado con tanto ardor llegar allí, agitábale un terror secreto en el momento de tentar el milagro. Como contase que no había podido comer nada; se le acercó una joven y le dijo:

—Senorita; si se sintiese usted demasiado débil, no olvide que aquí tenemos caldo.

María reconoció á Ramona. Como ella, había otras jóvenes encargadas de distribuir en la Gruta tazas de caldo y de leche á los enfermos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En los años anteriores, las hubo que llevaron sú coquetería al extremo de ponerse delantales de seda con ricos encajes; lo cual dió motivo á que se las impusiese un delantal de uniforme; hecho de modesta tela á cuadros blancos, y azules. A pesar de todo, Ramona había conseguido presentarse encantadora en medio de aquella sencillez, con su frescura y su aire atareado de linda ama de casa.

—Quedamos en que me avisará usted, y la serviré en seguida.

María le dió las gracias, diciendo que seguramente no tomaría nada. Después añadió, dirigiéndose al cura:

—Aún falta una hora, amigo mío.

Pedro quiso quedarse á su lado, Pero todo el sitio correspondía á los enfermos, y no permetían que lo ocupase nadie más.

Los mismos camilleros tenían que retirarse. Empujado por las oleadas de la muchedumbre, el joven cura fué á parar al lado de las piscinas, donde le detuvo un espectáculo extraordinario.

Delante del edificio en que estaban las bañeras, de tres en tres; seis para las mujeres y tres para los hombres, había un largo espacio, bajo los árbóles, cerrado por una cuerda atada á los troncos- Allí esperaban en torno, puestos en fila, los enfermos en sus carritos ó en los colchones de sus camillas; mientras que por el otro lado de la cuerda se agolpaba un gentío immenso y exaltado.

En aquel instante, un capuchino, de pie en medio del espacio libre dirigía las preces. Sucedíanse las *Aoemarias*, repetidas por la muchedumbre en un confuso murmullo.

De pronto, en el momento en que la Vincent, después de esperar mucho tiempo, pálida de angustia, entraba al fin con su preciosa carga, con su hija que parecia un niño Jesús de cera, el capuchino cayó de hinojos con los brazos en cruz, exclamando:

—¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!

Y repitió este grito diez, veinte veces exaltándose cada vez más, sollozando y besando la tierra. Pasó como un viento de delirio, abatiendo todas las frentes en el polvo.

Pedro se sintió profundamente conmovido por el sollozo de sufrimiento que salía de las entrañas mismas del pueblo. Empezaba por una plegaria, cada vez más fuerte; estallaba luego en una exigencia, y concluía por un grito de impaciencia y de cólera, ensordecedor y obstinado, para obligar al cielo.

«¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!... ¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!...

Y el grito no cesaba.

Pero hubo un incidente. La Grivota lloraba á lágrimas viva, porque no querían bañarla.

—Dicen que estoy tísica y que no pueden sumergir á los tísicos en el agua fría.... Esta mañana han sumergido una; yo lo he visto. ¿Por qué

no me lo han de permitir á mí?.... Hace una hora que me mato asegurándoles de disgustar á la Santa Virgen. Siento que voy curar; estoy segura....

Como empezaba á promover escándalo, uno de los capellanes de las piscinas se acercó para calmarla.. Luego verían. Iban á consultar el caso con los reverendos padres. Si era prudente, la bañarían quizá.

Y el grito continuaba:

»¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!... ¡Señor! ¡Curad a nuestros enfermos!...»

Y Pedro, que acaba de divisar á la Vetu, esperando también delante de las piscinas, no podía ya apartar los ojos de aquel rostro torturado por la esperanza, con la mirada fija en aquella puerta por donde las elegidas salían curadas. Pero un aumento de frenesi, una verdadera rabia de súplica, le conmovió hasta arrancarle lágrimas. La Vincent reaparecía con su hija en brazos, que acababan de sumergir en el agua fría. La pobre enfermita, con la cara mal enjugada, tenía los ojos cerrados y parecía más muerta que antes.

Su madre, crucificada por aquella larga agonía, desesperada en vista de la negativa de la Virgen, insensible al mal de su hija, sollozaba.

Y, sin embargo, cuando la Vetu entró à su vez, con el afán de una moribunda que va à beber la vida, el grito obstinado estalló otra vez, sin desaliento ni cansancio:

«¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!... ¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!...»

El capuchino se había prosternado con la cara pegada al suelo, y la muchedumbre, rugiente, con los brazos en cruz, se comía la tierra á besos.

Pedro, quiso acercarse á la señora Vincent para dirigirle una palabra de consuelo; pero una nueva oleada de peregrinos le impidió pasar, arrojándolo hacia la fuente, sitiada por otra aglomeración de peregrinos.

A pesar de los doce grifos que manaban agua en la taza, habían tenido que formar colas. Muchos acudían á llenar botellas y cántaros. Para evitar la pérdida de agua. los grifos únicamente funcionaban al apretar un resorte. Muchas mujeres apoyaban mal con sus débiles dedos, y empleaban mucho tiempo en la operación, durante la cual se mojaban los piés. Las que no tenían nada que llenar, bebían al menos y se lavaban la cara.

Pedro observó á un joven que se bebió siete copitas de agua y se lavó siete veces los ojos sin enjugarse. Otros bebían en vasos de metal, en conchas y en bolsas de cuero.

Llamó particularmente la atención del cura el espectáculo de Elisa Rouquet, la cual, considerando inútil ir á las piscinas, para la curación de su horrible llaga, se contentaba, desde por la mañana, con lavarse en la fuente cada dos horas. Arrodillábase, apartaba la manteleta, apli-

caba sobre la llaga un pañuelo embebido del agua milagrosa, y en torno de ella, la multitud se precitaba con tal fiebre, que nadie reparaba en su monstruosa cara, y muchos se lavaban y bebían en el mismo caño en que ella mojaba á cada instante su pañuelo.

En aquel momento, Gerardo, que pasaba arrastrando al Sr. Sabathier á las piscinas, llamó á Pedro, á quien vió desocupado. Suplicóle que le siguiese para ayudarle, porque el atáxico iba á ser difícil de mover y de sumergir en el agua.

Por esta circunstancia, Pedro permaneció cerca de media hora en la piscina de hombres, donde se quedó con el enfermo, mientras que Gerardo iba por otro á la Gruta. Aquellas piscinas le parecieron bien dispuestas. Consistían en tres bañeras separadas por tabiques, y en las cuales se bajaba por unos escalones. A la entrada de cada una había una cortina, que se podía correr, para aislar al enfermo.

Delante hallábase una sala común, embaldosada, sin más muebles que un banco y dos sillas. En esta sala de espera se desnudaban los enfermos y volvían á vestirse con torpe apresuramiento, á causa de un inquieto sentimiento de pudor.

Había allí un hombre desnudo, medio envuelto en la cortina, que se ponía un vendaje con manos temblorosas. Otro, un tísico, horriblemente demacrado, temblaba con un resuello extraño y la piel lívida, salpicada de manchas violáceas.

Pero quien llamó más poderosamente la atención de Pedro, fué el padre Isidoro, á quien sacaban de un baño. Estaba desmayado; de pronto le creyeron muerto; mas luego empezó á exhalar débiles gemidos. Causaba profunda pena ver aquel cuerpo consumido por el sufrimiento, como un girón humano, agujereado en la cadera por una llaga en supuración. Los dos hospitalarios que acababan de bañarlo, tomaban grandes precauciones para ponerle la camisa, por temor de que se les quedara muerto en las manos.

—Señor cura, va usted á ayudarme, ¿no es cierto?—preguntó el hospitalario que desnudaba el Sr. Sabathier.

Pedro se apresuró á prestarle ayuda, y entonces reconoció en aquel enfermero de tan humildes funciones al marqués de Salomón-Roquebert, que el señor de Guersaint le había enseñado al bajar de la estación.

Era un hombre de unos cuarenta años, de nariz aguilena y cara larga; último representante de una de las casas más antiguas y más ilustres de Francia, tenía una fortuna considerable, un palacio en París, calle de Lille, y tierras inmensas en Normandía. Cada año acudía por caridad á Lourdes, durante los tres días de la peregrinación nacional; pero sin ningún celo religioso, pues únicamente practicaba por las buenas formas. No quería ser nada más que simple enfermero; y aquel año le había tocado bañar infelices. Tenía ya los brazos rotos de fatiga, pues todo el día estaba ocupado en mover cuerpos inertes y en quitar y poner vendajes.

—¡Cuidado!,—decía;—Quítenle ustedes las medias poco á poco; no vaya á suceder lo que con el pobre hombre que visten ahí; con la media siguió la carne.

Dejó un instante al Sr. Sabathier para ir á calzar al hombre aludido. Al tacto, notó que el zapato izquierdo estaba húmedo por dentro. Miró y vió que la punta del zapato estaba llena de pus, y tuvo que ir á vaciarlo fuera, ante de ponerselo al enfermo, con infinitas precauciones, evitando tocar la pierna, atacada de una úlcera.

—Ahora—dijo á Pedro, volviendo al lado del Sr. Sabathier,—tire usted de los calzoncillos al mismo tiempo que yo, para sacarlos de una vez.

En la sala de espera, no había más que los enfermos y los hospitalarios encargados del servicio de las piscinas.

Tambien había un capellan, rezando *Padrenuestros* y *Avemarías*, porque las oraciones no habían de cesar un solo instante. Una simple cortina flotante cerraba la puerta que daba al ancho espacio protegido por la cuerda; y las ardientes preces de la multitud llegaban allí en un clamor continuo, al mismo tiempo que se oía la voz penetrante del capuchino, repitiendo sin cesar:

«¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!... ¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!...»

Por altas ventanas caía una luz fría en aquella estancia, donde reinaba una humedad continua y un olor de subterraneo impregnado de agua.

Al fin, el Sr. Sabathier quedó desnudo, con un pequeño delanta atado al vientre, por decencia.

—Haganme ustedes el favor de meterme poco á poco en el agua—dice el paralítico.

El agua fría le horripilaba. Contaba que la primera vez experimentó una impresión tan fuerte, que juró no volver á bañarse. Según él, no había peor tortura. Además, como él decía, el agua no convidaba mucho, porque por temor de que faltase, los padres de la Gruta no hacían cambiar la de las bañeras más que dos veces al día; y como pasaban por la misma agua unos cien enfermos, calcúlese que terrible caldo llegaba á ser. De todo había al fin: coágulos de sangre, trozos de piel, costras, hilas, un horroroso *consommé* de todos los males, de todas las llagas, de todas las podredumbres. Era un verdadero cultivo de gérmenes infecciosos, una esencia de los contagios más temibles, y el milagro parecía consistir en salir vivo de aquel fango humano.

—¡Poco á poco, poco á poco!—repetía el señor Sabathier á Pedro y al marqués, que le habían cogido por los muslos para llevarlo al baño.

Y miraba el agua con un terror de niño: aquella agua espesa y de lívido aspecto, sobre la cual flotaban lucientes placas sospechosas. En el borde, á la izquierda, había un coágulo rojo, como si allí hubiese reven-

tado un absceso. Trozos de trapo andaban como carnes muertas. Y era tal el horror que el agua fría le causaba, que prefería aquellos baños sucios de la tarde, porque todos los cuerpos que entraban concluían por calentarlos un poco.

—Vamos á deslizarlo á usted por los escalones—explicó el marqués á media voz.

Luego encargó á Pedro que lo sostuviese fuertemente por debajo de los brazos.

—Pierda usted cuidado—dijo el cura;—no lo soltaré.

El Sr. Sabathier fué bajado lentamente. Ya no se le veía más que la espalda, que se extremecía hinchándose al contacto del agua. Una vez sumergido, echo atrás la cabeza en un espasmo; y oyose como un crujido de huesos, mientras se ahogaba, respirando con ansiosa precipitación.

Inmediatamente, el capellán, de pie delante de la bañera, repitió con nuevo fervor.

—¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!... ¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!...

El marqués repitió el grito, que era de reglamento para los hospitalarios, á cada inmersión. También tuvo que darlo Pedro, y era tan grande su piedad en presencia de tanto sufrimiento, que sentía renacer un poco de su antigua fe. Hacía mucho tiempo que no había rogado de aquel modo, deseando que hubiese en el cielo un Dios cuya omnipotencia pudiese oliviar á la humanidad doliente.

Pero tres ó cuatro minutos después, cuando con dificultad sacaron del baño al señor de Sabathier, lívido y tembloroso, experimentó una tristeza más desesperada, al verle tan abatido y triste de no experimentar ningún alivio. ¡Otra tentativa inútil! La Santa Virgen no se había dignado escucharle, por séptima vez. Cerró los ojos y dos gruesas lágrimas brotaron de sus párpados, mientras lo vestían.

Pedro reconoció después al niño Gustavo Vigneron que entraba, con su muleta, para tomar su primer baño. La familia acababa de arrodillarse á la puerta. El padre, la madre y la tía, señora Chaise, daban prueba de una devoción ejemplar. La gente cuchicheaba diciendo que el Sr. Vigneron era un alto funcionario del ministerio de Hacienda.

En el momento en que el niño empezaba á desnudarse, corrió el rumor de que el padre Fourcade y el padre Massías llegaban bruscamente, ordenando suspender las inmersiones.

Iba á tentarse el gran milagro, el favor extraordinario solicitado ardientemente desde por la mañana: la resurrección del hombre fallecido en el tren.

En el exterior, continuaban las preces, un furioso llamamientos de voces que se perdían en el cielo, bajo el calor de la tarde. Dos hombres trajeron una camilla cubierta, que depositaron en el suelo, en medio de la sala.

Detrás venían el barón Suire, presidente de la Hospitalidad, y el Sr. Berthaud, uno de los jefes de servicio; porque la aventura ponía en movimiento á todo el personal. Cambiáronse algunas palabras en voz baja entre dichos señores y los dos padres de la Asunción. Luego éstos se hincaron de rodillas, con los brazos en cruz, orando, con la faz iluminada, transfigurada por el ardiente deseo de ver manifestarse la omnipotencia de Dios.

—¡Señor! ¡Escúchanos!... ¡Señor! ¡Atiéndenos!...

Acababan de llevarse al Sr. Sabathier. No quedaban allí más enfermos que el pequeño Gustavo, medio desnudo, olvidado en una silla. Apartáronse las cortinas de la camilla y apareció el cadáver, ya rígido, como reducido y adelgazado, con sus grandes ojos que habían quedado obstinadamente abiertos.

Había que desnudarlo, y esta faena terrible hizo vacilar un momento á los hospitalarios.

Pedro observó que el marqués de Salmón-Roquebert, que sin repugnancia alguna cuidaba asiduamente de los vivos, se había apartado, arrodillándose también por no tocar aquel cadáver. El joven cura le imitó, prosternándose á su lado.

Poco á poco, el padre Massías se exaltaba, cubriendo con su voz la de su superior, el padre Fourcade.

—¡Señor, devuélvenos á nuestro hermano!... ¡Señor, hazlo para gloria tuya!

Uno de los hospitalario se había decidido á tirar de los pantalones del muerto; pero las piernas no cedían; era preciso levantar el cuerpo. El otro hospitalario, que desabrochaba la vieja levita, dijo en voz baja que lo más corto sería cortarlo todo con unas tijeras; de lo contrario, no acabarían nunca.

Berthaud se precipitó, después de haber consultado rápidamente algo con el barón Suire. Como hombre político, desaprobaba en el fondo al padre Fourcade por haber tentado semejante aventura. Pero ya no era posible retroceder. La muchedumbre esperaba, suplicando á Dios desde por la mañana. Lo prudente era acabar pronto, lo más respetuosamente posible con el muerto. De modo que en vez de sacudirlo para desnudarlo, Berthaud pensaba que valía más sumergirlo vestido en la piscina. Ya le mudarían la ropa, si resucitaba; y si no, ¿qué mas daba? Comunicó rápidamente sus instrucciones á los hospitalarios, y les ayudó á pasar tirantes por debajo de los muslos y por debajo de las espaldas del hombre.

El padre Fourcade aprobaba con una inclinación de cabeza, mientras que el padre Massías redoblaba en fervor.

—¡Señor, dirígile un soplo de vida, y renacerá!... ¡Señor, devuélvele el alma para que te glorifique!

Los dos hospitalarios levantaron al hombre en peso encima de las

correas, lo llevaron á la bañera y lo bajaron al agua lentamente, con el temor de que se les escapase.

Pedro que, horrorizado, no podía menos de mirar, vió muy bien al cuerpo sumergirse, con su pobre ropa. que se pegaba á los huesos, dibujando el esqueleto. Flotaba como un ahogado. Luego, lo abominable fué que la cabeza, á pesar de su rigidez cadavérica, caia hacia atrás, debajo del agua. En vano los hospitalarios levantaban las correas de las espaldas; el hombre estuvo á punto de escurrirse al fondo del baño.

¿Cómo hubiera podido volver á respirar, si tenía la boca llena de agua, con sus grandes ojos abiertos, que parecían morir otra vez?

Durante los tres interminables minutos que lo tuvieron metido en el agua, los dos padres de la Asunción y el capellán, en un paroxismo de deseo y de fe, se esforzaron en violentar al cielo, á voz en grito.

—¡Señor, mírale solamente, y resurcitará!... ¡Señor, que se levante á tu voz, para convertir á la tierra!... ¡Señor, no tienes más que decir una palabra, para que tu pueblo te aclame!...

Como si alguna vena se le hubiese reventado en la garganta, el padre Massías cayó de codos, con un ronco resuello y sin fuerzas para besar el suelo.

De fuera llegó el clamor del gentío, y al grito, repetido sin cesar, que el capuchino seguía lanzando:

«¡Señor, curad á nuestros enfermos!... ¡Señor, curad á nuestros enfermos!....»

Aquello caía tan singularmente, que hacía sufrir más á Pedro. A su lado, sentía al marqués extremecerse. De modo que todo el mundo experimentó un alivio, como si les quitaran un gran peso de encima, cuando Berthaud, decididamente disgustado de la aventura, dijo con voz brusca á los hospitalarios:

—¡Saquenlo! ¡Sánquenlo!

Un minuto después, el hombre volvía á estar tendido en las andas, con sus ropas de ahogado pegadas á los miembros. Chorreaban sus cabellos; la sala quedó encharcada; y el muerto, muerto se quedó; naturalmente.

Todos se levantaron y le miraron con fijeza, en medio de un silencio doloroso. Cubriéronle y se lo llevaron. El padre Fourcade seguía detrás, apoyado en el hombro del padre Massías y arrastrando la pierna, cuya pesadez había olvidado un momento. Recobraba ya todo su fuerte serenidad, y se le oyó decir á la muchedumbre, en un instante de silencio:

—Carísimos hermanos; Dios no ha querido devolvérnoslo. Es que en su infinita bondad, lo guarda sin duda entre sus elegidos.

Y no hubo más; ya nadie volvió á ocuparse del muerto.

Nuevamente traían enfermos. Las otras dos bañeras estaban ocupadas. El niño Gustavo, que había observado la escena con ojos sagaz y

curioso, sin terror ninguno, acababa de desnudarse. Su miserable cuerpo escrofuloso apareció con sus costillas salientes y su espina dorsal, tan flaco que sus piernas parecían bastones, sobre todo la izquierda, seca, reducida al hueso; y presentaba dos llagas, una en el muslo y la otra en la espalda, horrible, en carne viva. Sin embargo, se sonreía, tan aguzado por el mal, que parecía tener la razón y la filosofía anímosa de un hombre, admirable á su edad de quince años con apariencias de diez escasos.

El marqués de Salmón-Roquebert, que lo había tomado delicadamente en sus brazos, rehusó la ayuda de Pedro.

—Gracias; pesa menos que un pájaro.,. No tengas miedo, chiquitín, iré con cuidado.

—¡Oh! No me expanta el agua fría. Puede usted sumergirme, caballero.

Y efectivamente, fué sumergido en el baño en que habían remojado al muerto. Las señoras Vignerón y Chaise, que no podían entrar, estaban arrodilladas á la puerta y oraban devotamente, mientras que el padre, el señor Vignerón, admitido en la sala, se persiginaba repetidas veces.

Viendo que ya no lo necesitaban, Pedro se marchó. Acordóse de pronto de que hacía tiempo que habían dado las tres, de que María le debía estar esperando y apresuró el paso.

Pero al tratar de abrirse camino entre la multitud, vió llegar á la muchacha, arrastrada en su carretilla por Gerardo, que no había cesado de conducir enfermos á las piscinas.

María se había impacientado, súbitamente invadida por la certeza de que al fin se encontraba en estado de gracia. Al encontrarse con Pedro, le dijo:

—¡Oh, amigo mío, se olvidó usted de mí!

El no supo qué contestar, y la miró desaparecer por la puerta que daba acceso á la piscina de mujeres. Después cayó de rodillas, moralmente triste.

Allí quería el esperarla, prosternado, para conducirla á la Gruta, seguramente curada, cantando alabanzas.

Puesto que estaba segura de curar, ¿cómo no había de recubrar la salud? En vano buscaba palabras de oración en el fondo de su ser transtornada. Permanecía bajo la impresión de las cosas terribles que acababa de ver físicamente fatigado, con el cerebro deprimido, sin saber ya lo que veía, ni lo que creía.

Lo único que le quedada era su loca ternura por María, que le hacía sentir la necesidad de suplicar y humillarse, pensando que los pequeños cuando aman mucho y suplican á los poderosos, concluyen por obtener gracias. Y quedó sorprendido de sí mismo, al darse cuenta de que repetía con la muchedumbre, con angustiosa voz, salida del fondo de su ser;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Señor, curad á nuestros enfermos!... ¡Señor, curad á nuestros enfermos!..-

Esto duró diez minutos, tal vez un cuarto de hora. Luego María reapareció en su carretilla. Tenía el rostro desesperado y pálido, y sus hermosos cabellos atados en un mazo de oro, que el agua no había tocado.

No estaba curada.

Un estupor de infinito desaliento le había desencajado el rostro y apartaba la vista como para evitar la de Pedro, quien con el corazón helado, se decidió á empuñar el timón del carrito y la condujo nuevamente á la Gruta.

Y los gritos de los fieles, arrodillados, puestos en cruz, besando la tierra, continuaba con creciente locura, excitada por la aguda voz del capuchino:

—¡Señor, curad á nuestros enfermos!... ¡Señor, curad á nuestros enfermos?...

Al ser reinstalada delante de la Gruta, María sufrió un desmayo. En seguida, Gerardo, que estaba presente, vió acudir á Ramona con una taza de caldo. Uno y otra rivalixaron en celo cerca de la enferma.

Ramona, sobre todo, insistía en que tomase el caldo, sosteniendo la taza con aire mimoso de buena enfermera; en tanto que Gerardo pensaba que realmente era muy simpática aquella joven sin fortuna, experimentada en las cosas de la vida, dispuesta á dirigir con mano firme una casa, sin dejar de ser amable. Berthaud debía tener razón: era la mujer que necesitaba.

—Señorita, ¿quiere usted que la incorpore un poco?

—Gracias, caballero; tengo fuerza bastante... pero se lo haré tomar con la cuchara... irá mejor.

Vuelta en sí, obstinada en su hosco silencio, María rehusaba el caldo con el gesto. Quería que la dejasen tranquila; que nadie le hablase. Cuando los otros dos se hubieron alejado, sonriéndose, María dijo á Pedro con voz sorda:

—Y mi padre, ¿no ha venido?

Después de un momento de vacilación, el cura tuvo que confesar la verdad:

—Le dejé dormido y no habrá despertado.

Entonces María, recayendo en su anonadamiento, le dispidió á él también, con el gesto que adoptaba para rechazar todo socorro. Inmovil, ya no rezaba, sino que miraba fijamente con sus grandes ojos á la Virgen de marmol, la estatua blanca, en medio del resplandor de la Gruta.

Dieron las cuatro, y pedro se fué, con el corazón destrozado, á la oficina de los reconocimientos médicos, recordando la cita que le había dado el doctor Chassaigne.

IV.

El doctor Chassaigne aguardaba á Pedro delante de la oficina de los reconocimientos. Pero había allí un gentío compacto y febril, que espiaba á los enfermos que entraban, preguntándoles y aclamándoles á la salida, cuando se propalaba la noticia del milagro: un ciego que veía una sorda que oía, una paralítica que recobraba nuevas piernas.

Costóle á Pedro mucho trabajo atravesar aquel gentío.

—Y bien—preguntó al doctor;—¿vamos á tener algún milagro, pero verdadero, incontestable?

El doctor se sonrió, indulgente en su fe nueva.

—¡Ah! Los milagros no se hacen de encargo. Dios interviene cuando quiere.

Varios hospitalarios guardaban severamente la puerta. Pero tódos conocíau al doctor, y se apartaron respetuosamente para dejarlo entrar con su compañero.

Aquella oficina en que se consignaban las curas, se hallaba muy mal instalada en un barracón de tablas, compuesto de dos piezas, una pequeña antesala y una sala común de reunión, bastante capaz.

Tratábase de mejorar aquel servicio, instalándole con más holgura el año venidero, bajo una de las rampas del rosario, donde se preparaba ya un vasto local.

En la antesala, cuyo único mobiliario, consistía en un banco de madera, Pedro vió a dos enfermas sentadas, esperando turno, bajo la vigilancia de un joven hospitalario.

Pero, cuando penetró en la sala común, sorprendióla el número de personas allí acomuladas mientras que el calor sofocante, condensado entre las paredes de madera, caldeadas por el sol, le quemaba el rostro. Era una pieza cuadrada, pintada de amarillo claro, desnuda, con una sola ventana, cuyos cristales habían sido blanqueados con cal, para que el gentío que se apiñaba fuera no pudiese ver nada. No se atrevían siquiera á abrir la ventana para que entrase un poco de aire, pues en seguida se asomaban una infinidad de cabezas curiosas.

Los muebles de aquella oficina se reducían á dos mesas de pino, de desigual altura, colocadas á lo largo, una pegada á la otra y desprovistas de tapete, un gran casillero, lleno de papeles, legajos, registros y folletos, unas treinta sillas de paja y dos sillones despellejados, para los enfermos.

El doctor Bonamy se levantó á recibir al Sr. Chassaigne, que era

—¡Señor, curad á nuestros enfermos!... ¡Señor, curad á nuestros enfermos!..-

Esto duró diez minutos, tal vez un cuarto de hora. Luego María reapareció en su carretilla. Tenía el rostro desesperado y pálido, y sus hermosos cabellos atados en un mazo de oro, que el agua no había tocado.

No estaba curada.

Un estupor de infinito desaliento le había desencajado el rostro y apartaba la vista como para evitar la de Pedro, quien con el corazón helado, se decidió á empuñar el timón del carrito y la condujo nuevamente á la Gruta.

Y los gritos de los fieles, arrodillados, puestos en cruz, besando la tierra, continuaba con creciente locura, excitada por la aguda voz del capuchino:

—¡Señor, curad á nuestros enfermos!... ¡Señor, curad á nuestros enfermos?...

Al ser reinstalada delante de la Gruta, María sufrió un desmayo. En seguida, Gerardo, que estaba presente, vió acudir á Ramona con una taza de caldo. Uno y otra rivalixaron en celo cerca de la enferma.

Ramona, sobre todo, insistía en que tomase el caldo, sosteniendo la taza con aire mimoso de buena enfermera; en tanto que Gerardo pensaba que realmente era muy simpática aquella joven sin fortuna, experimentada en las cosas de la vida, dispuesta á dirigir con mano firme una casa, sin dejar de ser amable. Berthaud debía tener razón: era la mujer que necesitaba.

—Señorita, ¿quiere usted que la incorpore un poco?

—Gracias, caballero; tengo fuerza bastante... pero se lo haré tomar con la cuchara... irá mejor.

Vuelta en sí, obstinada en su hosco silencio, María rehusaba el caldo con el gesto. Quería que la dejasen tranquila; que nadie le hablase. Cuando los otros dos se hubieron alejado, sonriéndose, María dijo á Pedro con voz sorda:

—Y mi padre, ¿no ha venido?

Después de un momento de vacilación, el cura tuvo que confesar la verdad:

—Le dejé dormido y no habrá despertado.

Entonces María, recayendo en su anonadamiento, le dispidió á él también, con el gesto que adoptaba para rechazar todo socorro. Inmovil, ya no rezaba, sino que miraba fijamente con sus grandes ojos á la Virgen de marmol, la estatua blanca, en medio del resplandor de la Gruta.

Dieron las cuatro, y pedro se fué, con el corazón destrozado, á la oficina de los reconocimientos médicos, recordando la cita que le había dado el doctor Chassaigne.

IV.

El doctor Chassaigne aguardaba á Pedro delante de la oficina de los reconocimientos. Pero había allí un gentío compacto y febril, que espiaba á los enfermos que entraban, preguntándoles y aclamándoles á la salida, cuando se propalaba la noticia del milagro: un ciego que veía una sorda que oía, una paralítica que recobraba nuevas piernas.

Costóle á Pedro mucho trabajo atravesar aquel gentío.

—Y bien—preguntó al doctor;—¿vamos á tener algún milagro, pero verdadero, incontestable?

El doctor se sonrió, indulgente en su fe nueva.

—¡Ah! Los milagros no se hacen de encargo. Dios interviene cuando quiere.

Varios hospitalarios guardaban severamente la puerta. Pero tódos conocíau al doctor, y se apartaron respetuosamente para dejarlo entrar con su compañero.

Aquella oficina en que se consignaban las curas, se hallaba muy mal instalada en un barracón de tablas, compuesto de dos piezas, una pequeña antesala y una sala común de reunión, bastante capaz.

Tratábase de mejorar aquel servicio, instalándole con más holgura el año venidero, bajo una de las rampas del rosario, donde se preparaba ya un vasto local.

En la antesala, cuyo único mobiliario, consistía en un banco de madera, Pedro vió a dos enfermas sentadas, esperando turno, bajo la vigilancia de un joven hospitalario.

Pero, cuando penetró en la sala común, sorprendióla el número de personas allí acomuladas mientras que el calor sofocante, condensado entre las paredes de madera, caldeadas por el sol, le quemaba el rostro. Era una pieza cuadrada, pintada de amarillo claro, desnuda, con una sola ventana, cuyos cristales habían sido blanqueados con cal, para que el gentío que se apiñaba fuera no pudiese ver nada. No se atrevían siquiera á abrir la ventana para que entrase un poco de aire, pues en seguida se asomaban una infinidad de cabezas curiosas.

Los muebles de aquella oficina se reducían á dos mesas de pino, de desigual altura, colocadas á lo largo, una pegada á la otra y desprovistas de tapete, un gran casillero, lleno de papeles, legajos, registros y folletos, unas treinta sillas de paja y dos sillones despellejados, para los enfermos.

El doctor Bonamy se levantó á recibir al Sr. Chassaigne, que era

una de las últimas y más gloriosas conquista de la Gruta. Encontró para él una silla, é hizo sentar también á Pedro, cuya sotana saludó.

Después de lo cual dijo, con su tono de gran cortesía:

—Mi querido colega, con su permiso, voy á continuar... Estábamos examinando esta señorita.

Tratábase de una sorda; una campesina de veinte años, que estaba sentada en uno de los sillones. Pero, en vez de escuchar, Pedro, muy cansado, con la cabeza que le zumbaba todavía, se contentaba con mirar procurando darse cuenta del personal que se encontraba allí. Habría unos cincuenta individuos, muchos de los cuales permanecían de pie, arrimados á la pared. Delante de las mesas había cinco: el jefe del servicio de las piscinas, en medio, consultando sin cesar un voluminoso registro; un padre de la Asunción y tres jóvenes seminaristas, que servían de secretarios, escribiendo y poniendo los registros en orden, después de cada examen.

Llamó particularmente la atención de Pedro, el padre Dargelès, de la Inmaculada concepción, redactor jefe del *Diario de la Gruta*, que le habían enseñado aquella mañana. Su figurita delgata, de ojos obliquos, nariz puntiaguda y boca fina, se sonreía siempre. Estaba sentado modestamente al extremo de la más baja da las dos mesas, y de vez en cuando, tomaba notas para su periódico. Era el único de la Congregación que se dejaba ver durante los tres días de la peregrinación nacional. Pero detrás de el se adivinaban todos los demás como una fuerza lentamente acrecentada y oculta, que todo lo organizaba y recogía.

La concurrencia se componía de muchos curiosos y testigos, unos veinte médicos, y algunos curas. Estos médicos, procedentes de todas partes, guardaban casi todos un absoluto silencio. Algunos se aventuraban á hacer algunas preguntas; y cambiando á las veces miradas obliquas, parecían más ocupados en observarse entre sí, que en atestiquar los hechos sometidos á su examen. ¿Quienes serían? Pronunciábanse nombres enteramente desconocidos. Uno sólo había causado una viva emoción: el de un célebre doctor de una Universidad católica.

Pero aquel día, el doctor Bonamy, que no se sentaba nunca, dirigiendo la sesión, interrogando á los enfermos, guardaba sobre todo sus atenciones para un señor rabio, bajito, escritor de algún talento, que colaboraba en uno de los periódicos más leídos de París, y que, por casualidad, había llegado á Lourdes aquella mañana.

¿No era un incrédulo á quien había que convertir, y una influencia y un reclamo que convenía utilizar? El doctor le obligó á sentarse en el otro sillón, y afectaba una sencillez risueña, dándole la gran representación, repitiéndole que no había nada que ocultar, pues todo pasaba en plena luz del día y en presencia de todo el mundo.

—No pedimos más que luz—decía una y otra vez.—no cesamos de provocar el examen de los hombres de buena voluntad.

Luego, como la pretendida cura de la sorda se presentaba muy mal, le dijo con aspereza:

—¡Vaya, vaya! No hay más que un principio... Vuelva usted.

Y añadió á media voz:

—A escucharlas, todas resultarían curadas. Pero no aceptamos sino curas probadas, manifiestas, claras como el sol... Observe usted que digo curas y no milagros, porque nosotros, los médicos, no nos permitimos interpretar; estamos aquí simplemente para atestiguar que los enfermos sometidos á nuestro examen, no ofrecen ninguna traza de enfermedad.

Se cuadraba, sacando á cuento su honradez: decía que no era más tonto ni más embustero que otro; que creía sin creer, sabiendo que en la ciencia, tan oscura y tan llena de sorpresas, lo imposible era siempre realizable. En los últimos años de su larga vida de médico, se había creado en la Gruta una situación aparte, que tenía sus inconvenientes y sus ventajas, pero, en suma, bastante tranquila y feliz.

Contestando á una pregunta del periodista de París, explicaba su manera de proceder Cada enfermo de la peregrinación llegaba con un expediente, en el cual figuraba casi siempre un certificado del médico que le asistía. A veces había certificaciones de médicos diferentes, boletines de hospitales, toda la historia del enfermo. De modo que si alguna cura se operaba, y la persona curada se presentaba á declararlo, bastaba examinar su expediente y leer las certificaciones, para saber la enfermedad que padecía y ver, por medio del examen, si el mal había desaparecido realmente.

Pedro escuchaba. Desde que se encontraba allí, sentado, en reposo, se iba calmando y recobraba sus facultades intelectuales. Lo único que lo incomodaba era el calor. Escuchaba atentamente las explicaciones del doctor Bonamy, y deseoso de formarse una opinión, hubiera tomado la palabra á no llevar el traje sacerdotal. Aquella sotana le condenaba á un retraimiento continuo.

Alegróse de oír al hombrecito rubio, al escritor influyente, formular las objeciones, que se presentaban al momento. ¿No era desastroso que un médico diagnosticase la enfermedad y otro médico atestiguase la cura? Indudablemente había allí una continua fuente de errores posibles.

Lo mejor hubiera sido que una comisión medica examinase á todos los enfermos, á su llegada á Lourdes, y redactase actas á que atenerse en cada caso de cura comprobado por la misma comisión.

Pero el doctor Bonamy contestaba, no sin fundamento, que una comisión no bastaría jamás para tan gigantesco trabajo. ¡Figúrense ustedes! Mil enfermos que examinar en una mañana. Y ¡qué de teorías diferentes! ¡Qué de discusiones! ¡qué de diagnósticos contrarios! ¡Cómo aumentaría la incertidumbre!

El previo examen de los enfermos ofrecía, efectivamente, las mismas causas de errores. En la práctica, había que atenerse á aquellos certifi-

cados expedidos por los médicos de los enfermos, que adquirían una importancia capital, decisiva.

Hojearon varios expedientes sobre una de las mesas, é hicieron leer algunas certificaciones al periodista de París. Muchas satisfacían poco á causa de su brevedad. Otras, mejor redactadas, especificaban claramente las enfermedades. Algunas firmas de médicos venían legalizadas por las alcadías de los pueblos. Pero subsistían innumerables dudas, invisibles. ¿Qué médicos eran aquellos? ¿Tenían la autoridad científica necesaria? ¿No habían cedido tal vez á circunstancias ignoradas, á intereses puramente personales? Se sentía uno tentado de abrir una información sobre cada uno de ellos. Desde el momento que todo estaba basado en el expediente traído por el enfermo, hubiera debido proceder á una revisión minuciosa de los documentos, pues todo se hundía desde el momento en que una crítica severa no había establecido la absoluta certeza de los hechos.

Muy colorado, sudando, el doctor Bonamy se agitaba defendiéndose.

—¡Esto es, precisamente, lo que hacemos! ¡Esto es lo que hacemos Cuando un caso de curación nos parece inexplicable por las vías naturales, procedemos á una información minuciosa y rogamos á la persona curada que vuelva á que nos rodeamos de todas la luces posibles. Estos señores que nos escuchan son médicos, casi todos, que han venido de los puntos más opuestos de Francia. Les suplicamos que nos manifiesten sus dudas, que discutan los casos con nosotros, se extiende un acta muy detallada de cada sesión... Yo lo oyen ustedes, señores; protesten siempre que vean aquí algo que hiera en ustedes la verdad.

Ninguno de los presentes se movió ni despegó los labios. La mayor parte de los médicos que asistían al acto y que debían ser católicos, se inclinaron, naturalmente. Los demás, los incrédulos, los sabios puros, miraban, fijaban su atención en ciertos fenomenos, se abstenían, por cortesía, de entrar en discusión, que después de todo hubiera resultado inútil; y cuando su malestar de hombres razonables aumentaba demasiado, cuando se sentían próximos á enfadarse, se marchaban.

De modo que nadie dijo una palabra y el doctor Bonamy triunfó. Habiéndole preguntado el periodista si llevaba él sólo el peso de aquel enorme trabajo, contestóle:

—Absolutamente solo. Pero mis funciones de médico de la Gruta no son tan complicadas como usted se figura, pues consisten simplemente, como ya he dicho, en consignar las curas, cuando ocurren.

Sin embargo, rectificose, algo, añadiendo con una sonrisita.

—¡Ah! Tengo á Raboin, que me ayuda á poner aquí un poco de orden.

Diciendo esto designaba á un hombrón de unos cuarenta años, de pelo gris, cara carnosa y mandíbula de perro dogo. Era un creyente exasperado, un exaltado que no consentía que nadie dudase de los milagros. Sus funciones en aquella oficina, le hacían sufrir mucho, pues apenas se discutía algún caso, rugía de cólera. El llamamiento al testimonio de los enfermos, de tal modo le puso fuera de sí, que el doctor tuvo que calmarlo.

—¡Vamos, amigo Raboin!—le dijo;—callese usted. Todas las opiniones sinceras tienen derecho á manifestarse.

Los enfermos iban desfilando. Introdujeron un hombre con un eczema que le cubría todo el tronco. Cuando se sacaba la camisa! caía de su piel una harina gris. No estaba curado; únicamente afirmaba que venía cada año á Lourdes, volviéndose cada vez aliviado.

Entró luego una señora condesa, de una flaqueza espantosa, cuya historia era extraordinaria. Curada siete años atras por la Santísima Virgen, de una tuberculosis, tuvo cuatro hijos, y después volvió á ponerse tísica; ahora se presentaba morfinomana, pero aliviada ya por su primer baño; tanto, que se proponía asistir por la noche á la procesión, con las veintisiete personas de su familia que la acompañaban.

Pasó después una mujer atacada de afonía nerviosa, la cual, después de una porción de meses de mudez absoluta, acababa de recobrar súbitamente la voz, en el momento de la procesión de las cuatro, mientras pasaba el Santísimo Sacramento.

—Señores—declaró el doctor Bonamy, con la afectada complacencia de un sabio de ancho criterio;—ya saben ustedes que no consignamos el caso, desde el momento que se trata de una afección nerviosa. Sin embargo, tengan ustedes en cuenta que esa mujer ha estado cuidada durante diez meses en la Salpetrière, y que ha tenido que venir aquí para ver desatarse su lengua de sopetón.

Estaba algo impaciente, porque hubiera querido ofrecer al señor de París un caso importante, como solían presentarse durante aquella procesión de las cuatro; hora de gracia y de exaltación, en la que Santísima Virgen intercedía por sus elegidos.

Hasta entonces, las curas que habían desfilado, eran dudosas y carecían de interés.

Oíase fuera gran ruído de pasos y la confusión de voces de la muchedumbre que entonaba cánticos, febril, exasperada por la necesidad de lo divino, enervándose cada vez más en la espera.

Acababa de entrar una niña, risueña y modesta, con ojos claros, muy vivos, brillando de inteligencia.

—¡Ah!—exclamó alegremente el doctor—aquí viene nuestra amiguita Sofía.... Una cura notable, señoras, que aconteció en esta misma época, el año pasado, y cuyos resultados voy á tomarme la libertad de enseñar á ustedes.

Pedro reconoció á Sofía Couteau, que había subido en su compartimiento, en Poitiers; y asistió á una repetición de la escena que ya se había representado delante él. El doctor Bonamy daba ahora las expli

caciones más detelladas al hombrecito rubio, que escuchaba muy atento: una cáries del hueso del talón izquierdo, un principio de necrosis que necesitaba la resección, una llaga horrorosa, echando pus; todo curado en un minuto, á la primera inmersión en la piscina.

—Sofía, cuente al señor....

La muchacha hizo el gracioso gesto que reclamaba la atención.

—El caso es que mi pie estaba perdido; ya ni siquiera podía yo ir á la iglesia, y siempre tenía que llevarlo envuelto en trapos, porque chorreaban cosas que daban asco.... El ssñor Rivoire, el médico, que había dado un corte para ver dentro, decía que tendría necesidad de cortar un pedazo del hueso, lo que seguramente me hubiera dejado coja. Entonces, después de haber rogado muchó á la Santa Virgen, fuí á meter mi pie en el agua, con tal deseo de curar, que ni siquiera me entretuve en quitarme los trapos. Y todo se quedò en el agua; cuando saqué el pie, ya no tenía nada absolutamente.

El doctor Bonamy seguía y aprobaba cade palabra, con un movimiento de cabeza.

—A ver, Sofía, repítanos usted las palabras de su médico.

—En nuestro queblo, cuando el Sr. Rivoire volvió á ver mi pie, dijo: «Que la haya curado Dios ó que la haya curado el diablo, á mí no me importa; lo cierto es que la niña está buena.»

Rióse toda la sala. La expresión era de un efecto seguro.

—¿Y lo que usted dijo á la condesa, la directora de su sala?

—¡Ah! sí... No había llevado conmigo muchos trapos, para mi pie, y le dije: «La Santa Virgen, ha tenido la bondad de curarme el primer día, porque el siguiente iba yo á acabar mí provisión.»

Riénronse de nuevo, pues causaba una satisfacción general verla tan graciosa, recitando con alguna afectación su historia, que se sabía al dedillo, pero muy simpática con su oire verídico.

—Sofía, quitese usted el zapato y enseñe el pie á estos señores... Tienen que tocarlo, para que nadie pueda dudar.

Prontamente apareció el pie, muy limpio y muy blanco, cuidado con esmero, presentando la cicatriz encima del tobillo; una larga cicatriz, cuya costura blanquecina atestiguaba la gravedad del mal.

Algunos médicos se acercaron y miraron en silencio. Otros que sin duda estaban previamente convencidos, no se molestaron. Uno de éstos, con mucha cortesía. preguntó por qué la Virgen no hizo un pie nuevo, puesto que lo mismo le costaba.

El doctor Bonamy contestó vivamento que si la Virgen dejó aquella cicatriz, fué sin duda para que existiese una traza, una prueba del milagro. Entró en detalles técnicos, demostrando que un fragmento de hueso y parte de la carne habían tenido que ser reconstuídos instantáneamente, lo que no tenía explicación por las vías naturales.

—¡Pues, señor!—interrumpió el hombrecito rubio;—no hace falta tanto. Que me enseñen simplemente un dedo con un corte de cuchillo, que salga cicatrizado del agua; el milagro será tan grande como cualquier otro, y yo me declararé convencido.

Luego añadió:

—Si yo tuviese una fuente que restañase así las llagas, revolucionaria al mundo. No sé cómo me las arreglaría, pero yo llamaría á todos los pueblos, y los pueblos no dejarían de venir. Haría comprobar los milagros con tal evidencia, que yo sería el amo de la tierra. ¡Figúrese usted un poderío extraordinario, enteramente divino!... Pero sería menester que no quedase el menor asomo de duda' que la verdad brillase como el mismo sol. El mundo entero vería y creería.

Luego discutió con el doctor los medios de revisión. Había admitido que no podían examinar á todos los enfermos, en el momento de llegar Pero, ¿por qué no creaban, en el Hospital, una sala especialmente reservada á las llagas visibles? De esta manera, habría, á lo sumo, unos treinta casos, que someter al examen previo de una comisión. Estenderíanse actas, y se fotografiarían las llagas. Y si después se producía alguna cura, la comisión no tendría más que hacerla constar en una nueva acta. No se trataría ya de ninguna enfermedad interna, de difícil diagnóstico, siempre discutibil. Los casos serían evidentes.

Algo embarazado, el doctor Bonamy repetía:

—Sin duda, sin duda; no queremos más que luz, mucha luz.... Lo difícil sería formar esa comisíon. Si viera usted lo poco que se entiende.... Pero, en fin, no es mala idea.

Vino á sacarle del apuro una nueva enferma. Mientras Sofía Couteau se calzaba, ya olvidada, apareció Elisa Rouquet con su faz de monstruo, que eshibió quitándose la manteleta. Contó que, desde por la mañana, se había estado dando lociones con trapos mojados en la fuente, y que le parecía que su llaga, antes tan viva, empezaba á secarse y á palidecer.

Y era verdad. Pedro observaba, con sorpresa, que su aspecto era menos horrible. Aquella fué un nuevo alimento para la discusión sobre las llagas visibles, porque el hombrecito rubio se obstinaba en su idea de la creación de una nueva sala especial. Si aquella misma mañana hubiesen examinado el estado de la muchacha, y después curarse, ¡qué triunfo para la Gruta, el de haber curado un lupus! No sería posible negar el milagro.

Hasta entonces, el doctor Chassaigne había permanecido apartado, inmovil y mudo, como si hubiese querido que los hechos obrasen por sí solos en el espíritu de Pedro. Inclinóse bruscamente para decirle al oído:

—¡Las llagas visibles, las llagas visibles!... Ese señor no sabe que en el dia, nuestros sabios médicos sospechan que muchas de esas llagas tienen un origen nervioso. Descúbrese que se trata simplemente de una mala nutrición de la piel. Todas esas cuestiones de la nutrición, se estu-

dian aún tan poco.... Y se llega á probar que la fe que cura, puede curar perfectamente las llagas, y entre ellas ciertos lupus.

Dígame usted, pues, que certeza obtendría ese señor, con su famosa sala de las llagas aparentes. Un poco más de confusión y de pasión en la eterna disputa.... ¡No, no! La ciencia es vana; es la madre de la incertidumbre.

Sonrióse dolorosamente, mientras que el doctor Bonamy recomendaba á Elisa Rouquet que continuase con sus lociones y volviese cada día á hacerse examinar.

Luego repitió, con su aire prudente y afable:

—En fin, señores, hay un principio de curación; no cabe duda.

Pero la oficina fué de pronto revolucionada. La Grivota entró como un torbellino, brincando y gritando á voz en cuello;

—¡Estoy curada! ¡Estoy curada!

Refirió que al principio no quisieron bañarla; que solo después de insistir, suplicar y sollozar mucho, se decidieron á hacerlo, mediante un permiso formal del padre Fourcade.

Y sucedió lo que ella había dicho de antemano. Aún no hacía tres minutos que estaba metida en el agua fría, sudando y respirando con su ronquera de tísica, cuando sintió recobrar las fuerzas, como si hubiese recibido un gran latigazo en todo el cuerpo. Estaba poseida de una exaltacion que la hacía brincar de alegría, sin poder estarse queta un instante.

—¡Estoy curada, señores.... ¡Estoy curada!

Pedro la miraba estupefacto. ¿Era la misma muchacha que había visto la noche anterior anonadada en el banco del vagon, tosiendo y esputando sangre con la faz terrosa? No la reconocia derecha, animada, con las mejillas encendidas, los ojos centelleantes, con una voluntad y una satisfacción de vivir que la tenian como electrizada.

—Señores—declaró el doctor Bonamy:—el caso me parece muy interesante.... Vamos á ver....

Pidió el expediente de la Grivota. Pero entre la acumulacion de papeles, no lo encontraban. Los secretarios, jovenes seminaristas, lo revolvían todo. Fue preciso que el jefe del servicio de las piscinas, que estaba sentado en medio de la sala, se levantase á buscar la documentacion en los estantes.

Por fin, cuando se hubo vuelto á sentar, descubrio al espediente debajo de un registro que tenía abierto delante. Contenía tres certificaciones de médico, que él mismo leyó. Los tres diagnosticaban una tísis adelantada, á la cual daban un carácter particular los accidentes nerviosos.

El doctor Bonamy movió la cabeza, como diciendo que el caso no ofrecía ninguna duda. Luego auscultó lentamente á la enferma, después de lo cual murmuró:

—No oigo nada.... No oigo nada....

Retúvose y dijo:

—O casi nada.

Después se volvió hacia los veinticinco ó treinta médicos que estaban allí silenciosos.

—Señores, si alguno de ustedes quiere ayudarme con sus conocimientos.... Estamos aquí para estudiar y discutir.

De pronto, ninguno se movió. Luego hubo uno que quiso cerciorarse por si propio. Auscultó á su vez á la enferma, pero sin pronunciarse. Reflexionaba, moviendo con incertidumbre la cabeza. Finalmente, murmuró que, á su juicio, había que quedarse en expectativa.

Otro le reemplazó en seguida, y fué categórico. No oia nada. Aquella mujer no había estado nunca tísica.

Siguieronle otros; en fin, todos acabaron por desfilar, excepto cinco ó seis, que permanecian mudos y sonrientes.

La confusión llegó á su colmo. Cada cual emitía su opinión, diferente de las demás. Llegó un momento en que nadie se entendía.

El padre Dargelés era el único que conservaba una calma absoluta y serena, porque había olfateado uno de esos casos que apasionan á todo el mundo y glorifican á Nuestra Senora de Lourdes. Ya estaba él tomando notas en un ángulo de la mesa.

Entonces, merced al confuso vocerío, Pedro y el doctor Chassaigne, pudieron hablar aparte sin ser oídos.

—¡Oh! ¡Que piscinas las que acabo de ver, donde al agua se renueva tan raras veces! ¡Que porquería! ¡Que caldo de microbios!... ¡Ah! La manía, el furor de precauciones antisepticas que hoy se toman, ¡buen golpe llevan ¿Como se explica que una misma peste no acabe con todos los enfermos? ¡Como deben reirse los adversarios de la teoría microbiana!

El doctor le hizo callar.

—No, no, hijo mío... Si bien es verdad que los baños no son muy limpios también es cierto que no ofrecen peligro alguno. Tenga usted en cuenta que el agua no pasa de diez grados, y que se necesitan 25 para el cultivo de los gérmenes. Además, no suelen venir á Lourdes enfermedades contagiosas, ni el cólera, ni el tifus, ni las viruelas, ni el sarampión, ni la escarlatina. No vemos más que ciertas enfermedades orgánicas; parálisis, escróbulas, tumores, úlceras y abscesos, el cáncer, la tisis; y ésta no es transmisible por el agua de los baños. Las viejas llagas que ellos se remojan, no corren ni ofrecen peligro de contagio.... Yo le aseguro á usted que sobre este particular, la Santa Virgen no tiene necesidad de intervenir.

—Pero, doctor; cuando usted tenía servicio de enfermos, ¿los hubiera zambullido á todos en agua fría, sin exceptuar á las mujeres, en cualquier época del mes, é inclusos los reumáticos, los cardíacos y los

tísicos?... ¿Hubiera usted bañado á esa infeliz muchacha, medio muerta, cubierta de sudor?

—No, por cierto. Hay medios heroicos, que por lo común no se atreve uno á emplear. Un baño frío puede ciertamente matar á un tísico; pero ¿quién sabe si, en ciertas circunstancias, puede salvarlo? Yo, que he acabado por admitir que aquí obraba un poder sobrenatural, convengo en que deben operarse curas, naturalmente, gracias á esa inmersión en el agua fría, que nos parece imbécil y bárbara.... ¡Ah! ¡Cuántas cosas ignoramos! ¡Cuántas cosas!....

Y renacía en él su cólera y su odio contra la ciencia, que despreciaba, desde que lo había dejado atónito é impotente, ante la agonía de su mujer y de su hija.

—¿Quiere usted certezas? No será la medicina la que se las dé.... Escuche usted un instante á esos señores y quedará edificado. ¡Qué bella confusión!

Claro es que hay enfermedades que conocemos admirablemente, hasta en las menores fases de su evolución; cierto es, hay remedios cuyos efectos se han estudiado con el cuidado más escrupuloso; pero lo que no se sabe, lo que no puede saberse, es la relación del remedio con la enfermedad; porque tantos enfermos, tantos casos, y cada vez la experiencia se renueva. Por esto la medicina es un arte; porque no puede tener un rigor experimental. La curación depende siempre del acaso, de alguna circunstancia feliz, del genial hallazgo del médico....: Las personas que vienen aquí á discutir, me mueven á risa cuando hablan en nombre de las leyes absolutas de la ciencia. ¿Dónde están esas leyes, en medicina? ¡Qué me las enseñen!

Quería callar, pero le arrastró el apasionado entusiasmo por su tésis.

—Ya he dicho á usted que me he vuelto creyente.... Pero comprendo que ese excelente doctor Bonamy no se conmueva mucho y llame á los médicos del mundo entero para estudiar sus milagros. Cuantos más médicos haya, menos se aclarara la verdad, en medio de la batalla de diagnósticos y de métodos de tratamiento. Si no se entendien acerca de una llaga visible, ¿cómo quiere usted que se entendían sobre una lesión, interna, que unos niegan y otros afirman? ¿Por qué no habían de ser todos milagros entonces? Porque en el fondo, tanto si es la naturaleza como una causa oculta la que obra, los médicos quedan con frecuencia pasmados, en presencia de terminaciones raramente previstas.

Es claro; las cosas están aquí muy mal organizada. Esos certificados de médicos desconocidos no tienen valor alguno, á decir verdad. Se necesitaría una severísima revision de los documentos. Pero no sea usted cándido; por absoluto que fuese el rigor científico, nunca llegarían á convencerse todos. El error está encarnado en el hombre, y no hay trabajo más heroico que el de establecer una verdad, por pequeña que sea.

Pedro empezó entonces á comprender lo que pasaba en Lourdes; dábase cuenta, por fin, del extraordinario espectáculo á que asistía el mundo; hacía tantos años, entre la adoración devota de los unos y la risa insultante de los otros.

Indudablemente obraban fuerzas mal estudiadas, desconocidas: autosugestión, agitación preparada de larga fecha, entusiasmo del viaje, oraciones y cánticos, exaltación creciente; y sobre todo, la corriente curativa, el poder desconocido que se desprendía de las muchedumbre, en la crisis aguda de la fe.

Parecíale poco inteligente creer ya en supercherías. Los hechos eran á la vez mucho más elevados y mucho más sencillos. Los padres de la Gruta no tenían necesidad de descender á mentiras; bastabales ayudar á la confusión y utilizar la universal ignorancia.

Hasta se podía admitir que obraban todos de buena fe: los médicos sin genio que extendían certificados; los enfermos consolados que creían haber recobrado la salud; los testigos apasionados que juraban haber visto el milagro.

De todo lo cual resultaba la evidente imposibilidad de probar si el milagro era ó no era. Y entonces, ¿no se convertía este en una realidad, para la mayor parte de los creyentes, para todos los que sufrían y necesitaban esperar?

Al verlos hablar aparte, el doctor Bonamy se acercó á ellos, y Pedro le preguntó:

—¿En qué proporción se producen aproximadamente las curas?

—El diez por ciento—contestó el médico.

Y leyendo en los ojos del joven sacerdote lo que este no podía decir, añadió con acento bondadoso y aire ingenuo:

—¡Oh! Pero obtendríamos más, si las escuchásemos; todas estarían curadas. Sépalo usted; yo no estoy aquí sino para ejercer la policía de los milagros.

Mi única misión es refrenar los celos excesivos evitando que las cosas santas caigan en el ridículo. En suma, mi oficina no es más que un negociado de legalización, donde pongo el visto bueno cuando las curas comprobadas me parecen serias.

Pero fué interrumpido por sordos refunfuños. Raboin se enfadaba.

—¡Las curas comprobadas!... ¡Las curas comprobadas!... ¿Para qué? El milagro es continuo... Para los creyentes, ¿qué necesidad hay de comprobarlos? No tienen más que inclinarse y creer. En cuanto á los incrédulos, ¿de qué sirve? Jamás se les convencerá... Lo que hacemos aquí, no son más que tonterías.

El doctor Bonamy le ordenó severamente que se callase.

—Raboin, es usted un revoltoso. Diré al padre Capdebarthe que no le quiero más conmigo, porque siembra la desobediencia.

Sin embargo, tenía razón aquel hombre que enseñaba los dientes, dispuesto siempre á morder, cuando le herían en su fe. Pedro le miró

con simpatía. Todo aquel trabajo de la oficina de comprobaciones, tan mal hecho, era, en efecto, inútil: mortificante para los devotos é insuficientes para los incrédulos.

¿Es que el milagro se prueba? ¡Hay que creer en él! Desde el momento en que Dios interviene, no hace falta comprender nada.

En los siglos de verdadera creencia, la ciencia no se metía en explicar á Dios.

¿A qué venir ahora á estorbar á la fe, rebajándose á sí misma? ¡No, no! Había que prosternarse, besar la tierra y creer. O marcharse. No había compromiso posible. Desde el momento que empezaba el examen, no había de detenerse hasta conducir fatalmente á la duda.

Pero á Pedro le molestaban sobre todo las extraordinarias conversaciones que oía en torno de él. Había allí creyentes que hablaban de los milagros con una desenvoltura y con una tranquilidad inauditas. Los hechos más asombrosos les dejaban llenos de serenidad! ¡Otro milagro! ¡Otro! Y contaban imaginaciones de demencia con una sonrisa, sin la menor protesta de su razón.

Vivían en una atmósfera de fiebre visionaria, y ya nada les asombraba. Y no se trataba solamente de pobres de espíritu, de ignorantes y de alucinados, sin que también había allí personas inteligentes, y hasta sabios, como el doctor Bonamy y otros.

Era incomprensible.

Por esto Pedro se sentía presa de un malestar creciente, de una cólera sorda que hubiera concluído por estallar. Su razón luchaba como un pobre ser arrojado al agua y que se ve próximo á ahogarse; y pensaba que los cerebros que naufragan en una creencia ciega, como el doctor Chassaigne, deben pasar antes por aquel malestar y por aquella lucha, antes del naufragio definitivo.

Miróle y le vió infinitamente triste, abatido por el destino, débil como un niño que llora, sólo en el mundo para el resto de sus días. Y sin embargo, no pudo retener el grito de protesta que le subía a los labios.

—¡No, no! Si no se sabe todo, si jamás se sabe lo bastante, no es razón para cesar de aprender. No conviene que lo desconocido beneficie de la debilidad y de la ignorancia. La eterna esperanza debe fundarse en que los hechos inexplicables se explicarán un día; y no cabe sanamente otro ideal que esa marcha hacia lo desconocido para conocerlo, esa victoria lenta de la razón, á traves de las miserias de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia... ¡Ah! La razon es la que á mí me hace sufrir, pero tambien espero de ella toda mi fuerza.

Cuando la razón perece, perece todo el ser. Aunque sea á costa de mi felicidad, tengo el deseo ardiente de satisfacerla cada vez más.

Los ojos del doctor Chassaigne se llenaron de lágrimas. Sin duda acababa de recordar á su esposa y a su hija. A su vez murmuró:

—¡La razón! Sí, es un gran orgullo, la dignidad misma de vivir... Pero hay el amor, pue es la omnipotencia de la vida, el unico bien que hay que reconquistar, cuando se ha perdido...

Su voz se quebró en un sollozo ahogado; y hojeando maquinalmente los expendientes puestos sobre la mesa, dió con el que llevaba escrito en grandes tetras el nombre de María de Guersaint. Lo abrió. y leyo los certificados de los dos medicos, que diagnosticaban una paralisis de la medula. Y continuo:

—Vamos a ver, hijo mio; se que siente usted un vivo afecto por la señorita de Guersaint... ¿Que diria usted si curase aquí? En este expediente veo certificaciones, firmadas por personas respetables, y usted sabe que las paralisis de esa naturaleza son poco menos que incurables.... Pues bien. Si de pronto esa joven corríese saltase, como tantas otras que yo he visto, ¿no se alegraría usted con toda el alma, y no admitiría, en fin, la intervencion de un poder sobrenatural?

Pedro iba a contestar, cuando se acordó de la consulta de su primo Beauclair, del milagro predicho como un relámpago en un despetamiento, en una exaltacion de todo el ser sintio que su malestar aumentaba y se limitó a decir:

—En efecto, me alegraría muchisimo..... Y tiene usted razon; en toda la agitacion de este mundo, no hay sin duda mas que la voluntad de la dicha.

No podía continuar allí. El calor hacía transpirar en abundancia. El doctor Bonamy había empezado a dictar á un seminarista el resultado dal examen de la Grivota; mientras que el padre Dargeres, atento a las expresiones, se alzaba a hablarle de vez en cuando al oido, para hacerle modificar tal ó cuál frase.

El tumulto continuaba en torno de ellos; la discusión de los médicos versaba ahora sobre puntos tecnicos, de ningún interés en el caso especial puesto en estudio.

Ya no se podía respirar en aquel baraccón de solo tablas, cuyo mal olor daba nauseas, y cuyo ambiente mareaba los cerebros. El hombrecito rubio, escritor influyente en Paris, se había marchado descontento, por no haber visto un verdadero milagro.

Pedro dijó al doctor Chassaigne:

—Vamonos, si no acqui me va a dar algo.

Salieron al mismo tiempo que la Grivota. A la puerta, tropezaron con el gentio que se agolpaba para ver á la mujer del nuovo milagro. La noticia se había propalado rápidamente, y todos se disputaban la honra de preguntar y tocar á la escogida de la Virgen.

Y ella, con sus mejillas encendidas y sus ojos ardientes, no hacía más que repetir bailando de alegría:

¡Estoy curada!... ¡Estoy curada!...

Su voz era ahogada por gritos de admiracion y de entusiasmo, y ella era arrastrada por las oleadas de la multitud.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Un momento, la perdieron de vista, si se hubiese hundido; pero reapareció súbitamente, cerca Pedro y del doctor, que procuraban abrirse paso.

Acababan de encontrarse con el comendador, una de cuyas manías consistía en bajar a las piscinas de la Gruta para echar pestes.

Ceñido militarmente en su levita, apoyábase como de costumbre en su grueso bastón de puño de plata, arrastrando un poco la pierna izquierda, medio paralítica, después de su segundo ataque. Encendiósele el rostro y sus ojos echaron chispas de cólera, cuando la Grivota le empujó para pasar, repitiendo, en medio del entusiasmo desencadenado del gentío:

—¡Estoy curada!... ¡Estoy curada!...

—Pues, peor para usted!—exclamó presa de un furor brusco.

La gente se rió, porque todo el mundo le conocía y le perdonaba su maniática pasión por la muerte. Sin embargo, al oirle murmurar que cuando una carecía de belleza y de fortuna, era lástima que quisiese vivir; que aquella muchacha debía preferir la muerte en seguida antes que continuar sufriendo, la gente empezada á enfadarse en torno de él, cuando el abate Judaine, que pasaba, le sacó del paso. Llevóselo aparte diciéndole:

—¡Cállese usted, amigo mío! No sea escandaloso. ¿Por qué se rebela usted contra la bondad de Dios, que á veces alivia nuestras miserias?... Debiera usted prosternarse y pedirle que le cure la pierna y le deje vivir diez años más.

Entonces, exclamó ahogándose:

—¿Yo? ¿yo, pedir diez años de vida, cuando mi día más feliz será el día en que me largue! ¿Ser tan humilde y cobarde como esos miles de enfermos que veo desfilar aquí, en un bajo terror de la muerte, gritando su debilidad y su vergonzoso afán de vivir?... ¡Ah! ¡No; me despreciaría demasiado á mí mismo! ¡Muera, pues, pero en seguida! ¡Qué bueno será dejar de existir!...

Encontróse otra vez cerca del doctor Chassaigne y de Pedro, fuera del tropel de gente, á la orilla del Gave, y se dirigió al doctor, á quien conocía:

—¡Figúrese usted que hace un rato han intentado resucitar á un hombre! ¡Cuando me lo han contado, creí que me ahogaba la rabia! ¿Le parece á usted, doctor?... Un hombre que tenía la dicha de estar muerto y que se han atrevido á zambullir en el agua, con la criminal esperanza de hacerlo revivir. Pero si hubiesen logrado su intento, si su agua hubiese reanimado á ese infeliz, porque todo puede suceder en este mundo extravagante, ¿no cree usted que ese hombre hubiera tenido el derecho de esculpirles á la cara, á todos esos remienda-cadáveres? ¿Acaso el muerto les había encargado que le despertasen? ¿Sabían acaso si estaba contento de haber muerto? A la gente, al menos, se la consulta. Figúrese usted que me vengan á mí con esa broma asquerosa, cuando duerma al fin mi gran sueño. ¡Ah! ¡Bonitos les pondría yo! ¡Métanse ustedes en lo que les importa! ¡Y vuelta á morirme!

Era tan extravagante en sus enfados, que el abate Judaine y el doctor no pudieron menos de sonreírse. Pedro, en cambio, estaba serio, helado por el gran extremecimiento que pasaba. ¿No acababa de oir las imprecaciones desesperadas de Lázaro? Muchas veces se había imaginado á Lázaro, salido del sepulcro, gritando á Jesús: «¡Oh; Señor! ¿por qué me has despertado á esta abominable vida? ¡Era yo tan feliz, sumido en el eterno sueño sin pesadilla alguna, en las delicias de la nada! Había conocido todo la miseria y todos los dolores; las traiciones, las falsas esperanzas, los descalabros, las enfermedades; había pagado al sufrimiento mi horrorosa deuda de viviente, porque había nacido sin saber por qué, y vivido sin saber cómo; y resulta, Señor, ¡que me haces pagar por duplicado, que me condenas á volver á empezar mis trabajos forzados! ¿He cometido alguna falta inexpiable, para imponerme tan cruel castigo? ¡Volver á vivir!... ¡Ah!... ¡Sentirse morir cada día un poco en su carne; no tener inteligencia, sino para dudar; ni voluntad, sino para no querer; ni ternura, sino para llorar sus penas!... Y ya todo había concluído; acababa de dar el paso terrorífico de la muerte, ese segundo tan horrible, que basta para envenenar toda la existencia. Había sentido bañárseme la piel por el sudor de la agonía, retirarse la sangre de mis miembros, escapármese el aliento en el último suspiro. ¿Quieres, pues, que pase otra vez por ese trámite horrible? Has querido que yo muera dos veces, y que mi miseria humana exceda á la de todos los hombres... ¡Oh! ¡Señor; sea ahora mismo! Te lo imploro; haz este otro gran milagro; que me tienda otra vez en mi sepulcro y que sin sufrir vuelva á sumirme en mi eterno sueño interrumpido. No me impongas el tormento de revivir; tormento tan espantoso, que á él no has condenado ningún ser. Siempre te amé y serví; no hagas de mí el mayor ejemplo de tu cólera, que espantaría á las generaciones. Sé bueno y piadoso, Señor; ¡devuélveme el sueño que me he ganado, adorméceme de nuevo en las delicias de la nada!»

Mientras tanto, el abate Judaine se había llevado al Comendador, acabándolo de colmar. Pedro dió un apretón de mano al doctor Chassaigne, acordándose de que eran más de las cinco y debía esperarle María.

Al volverse á la Gruta, encontróse al padre Hermoises en conversación trabada con el señor de Guersain, que hasta entonces no había salido de su cuarto, reanimado después de tan larga dormida. Ambos admiraban la belleza extraordinaria que la exaltación de la fe imprimía en el rostro de algunas mujeres. También hablan de sú proyectada excursión al circo de Gavarnie.

Guersaint siguió inmediatamente á Pedro, al saber que María había

tomado el primer baño sin resultado. Encontraron á la muchacha sumida en el mismo estupor doloroso, con los ojos constantemente fijos en la Santa Vírgen, que no la había escuchado. No contestó á las palabras de ternura que le dirigió su padre; únicamente le miró con sus grandes ojos tristes, y volvió á fijarlos en la estátua de marmol, muy blanca en medio del resplandor de los cirios.

Mientras Pedro estaba de pie, para conducirla al Hospital, Guersaint se arrodilló devotamente. Desde luego rogó con fervor por la cura de su hija.

Después pidió para sí la gracia de encontrar un comanditario que le diese el millón, indispensable para sus experimentos sobre la dirección de los globos.

V

A cosa de las once de la noche, después de haber dejado al Sr. Guersaint en su cuarto de la fonda de las Apariciones, ocurriósele á Pedro volver un instante al Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, antes de acostarse. Había dejado á María tan desesperada, encerrada en un mutismo tan huraño, que el joven cura estaba lleno de inquietudes.

Al ser recibido por la señora de Jonquière, á la puerta de la sala de Santa Honorina, se alarmó todavía más, porque los informes no eran buenos. La directora le enteró de que la muchacha no había vuelto á despegar los labios; y no solamente no contestaba á nadie, sino que, además, se negaba á comer.

Por esto quiso absolutamente que Pedro entrase. Estaba prohibido que los hombres entrasen en la sala de las mujeres, por la noche; pero un cura no es un hombre.

—No quiere á nadie más que á usted, usted es el único á quien escuchará. Hágame el favor de entrar y de ir á sentarse al lado de su cama; espere usted al padre Judaine, que ha de venir, á eso de la una, para dar la comunión á las más enfermas, á las que no pueden moverse y comen desde que amanece. Le ayudará usted.

Pedro siguió á la señora de Jonquière, que lo instaló á la cabecera de María.

—Hija mía, aquí le traigo á una persona que la quiere mucho. Va usted á hablar y entrar en razón. ¿No es cierto?

Pero la enferma, al reconocer á Pedro, se le quedó mirando con aire de sufrimiento exasperado.

—¿Quiere usted que le dé un rato de lectura; una de esas bonitas lecturas que alivian, como la que nos dió en el vagón?... No; no está usted de humor para ello. Bueno; veremos mas tarde... La dejo á usted con él.

Estoy segura de que dentro de un instante se habrán acabado esas rarezas de enferma malhumorada.

En vano la habló Pedro en voz baja, diciéndole todo lo que le inspiraba su ternura, suplicándola que no se dejase caer de aquel modo en la desesperación. Si la Vírgen no la había curado el primer día, era que la reservaba para algún milagro extraordinario.

Pero la enferma había vuelto la cabeza. Ni siquiera parecía escucharlo, con la boca amarga y los ojos irritados, perdidos en el vacío.

Pedro tuvo que callarse, y miró en torno suyo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tomado el primer baño sin resultado. Encontraron á la muchacha sumida en el mismo estupor doloroso, con los ojos constantemente fijos en la Santa Vírgen, que no la había escuchado. No contestó á las palabras de ternura que le dirigió su padre; únicamente le miró con sus grandes ojos tristes, y volvió á fijarlos en la estátua de marmol, muy blanca en medio del resplandor de los cirios.

Mientras Pedro estaba de pie, para conducirla al Hospital, Guersaint se arrodilló devotamente. Desde luego rogó con fervor por la cura de su hija.

Después pidió para sí la gracia de encontrar un comanditario que le diese el millón, indispensable para sus experimentos sobre la dirección de los globos.

V

A cosa de las once de la noche, después de haber dejado al Sr. Guersaint en su cuarto de la fonda de las Apariciones, ocurriósele á Pedro volver un instante al Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, antes de acostarse. Había dejado á María tan desesperada, encerrada en un mutismo tan huraño, que el joven cura estaba lleno de inquietudes.

Al ser recibido por la señora de Jonquière, á la puerta de la sala de Santa Honorina, se alarmó todavía más, porque los informes no eran buenos. La directora le enteró de que la muchacha no había vuelto á despegar los labios; y no solamente no contestaba á nadie, sino que, además, se negaba á comer.

Por esto quiso absolutamente que Pedro entrase. Estaba prohibido que los hombres entrasen en la sala de las mujeres, por la noche; pero un cura no es un hombre.

—No quiere á nadie más que á usted, usted es el único á quien escuchará. Hágame el favor de entrar y de ir á sentarse al lado de su cama; espere usted al padre Judaine, que ha de venir, á eso de la una, para dar la comunión á las más enfermas, á las que no pueden moverse y comen desde que amanece. Le ayudará usted.

Pedro siguió á la señora de Jonquière, que lo instaló á la cabecera de María.

—Hija mía, aquí le traigo á una persona que la quiere mucho. Va usted á hablar y entrar en razón. ¿No es cierto?

Pero la enferma, al reconocer á Pedro, se le quedó mirando con aire de sufrimiento exasperado.

—¿Quiere usted que le dé un rato de lectura; una de esas bonitas lecturas que alivian, como la que nos dió en el vagón?... No; no está usted de humor para ello. Bueno; veremos mas tarde... La dejo á usted con él.

Estoy segura de que dentro de un instante se habrán acabado esas rarezas de enferma malhumorada.

En vano la habló Pedro en voz baja, diciéndole todo lo que le inspiraba su ternura, suplicándola que no se dejase caer de aquel modo en la desesperación. Si la Vírgen no la había curado el primer día, era que la reservaba para algún milagro extraordinario.

Pero la enferma había vuelto la cabeza. Ni siquiera parecía escucharlo, con la boca amarga y los ojos irritados, perdidos en el vacío.

Pedro tuvo que callarse, y miró en torno suyo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La sala ofrecía un espectáculo horrible. Aún no se le había revuelto nunca el corazón con semejantes náuseas de piedad y de terror.

Hacía tiempo que habían comido; sin embargo, aún se veían sobre las camas muchas raciones traídas de la cocina. Durante toda la noche, había enfermas que comían, mientras otras gemían sin reposo, suplicando que las cambiasen de postura ó las ayudasen á hacer sus necesidades.

A medida que avanzaba la noche, invadíalas á todas una especie de vago delirio. Muy pocas dormían tranquilas, y no eran muchas las que se habían desnudado y metido entre sábanas. Casi todas se habían tendido encima de la cama. Les era tan difícil desvestirse, que ni una sola vez se mudaban la ropa interior, durante los cinco días de la peregrinación.

El amontonamiento de personas y cosas en la sala, parecía haberse en medio de las semi-tinieblas; las quince camas alineadas á lo largo de las paredes, los siete colchones que llenaban el paso central, otros que acababan de añadirse, una aglomeración de girones y trapos sin nombre, y, tirados en medio, los equipajes, cestas, cajas, lios y maletas.

No se podía andar sin poner el pie encima de algún objeto ó de alguna persona.

Dos faroles humeantes iluminaban apenas aquel campamento de moribundos. El mal olor se hacía por momentos insoportable, á pesar de las dos ventanas entreabiertas, por las cuale no entraba más que el pesado calor de la noche de Agosto.

Pasaban sombras y gritos de pesadilla, poblando aquel infierno, en la agonía nocturna de tantos sufrimientos.

Pedro reconoció á Ramona, quien, una vez terminado su servicio, quiso besar á su madre, antes de subir á acostarse á uno de los desvanes reservados para las hermanas.

La señora de Jonquière tomaba tan á pechos sus funciones de directora, que no pegaba los ojos en las tres noches. Tenía un sillón en que descansar, pero no podía sentarse un momento, sin tener que levantarse en seguida para acudir á alguna enferma. Era animosamente secundada por la pequeña señora Désagneaux, con un celo tan exaltado, que sor Jacinta le había dicho sonriéndose:

—Pero ¿por qué no se hace usted religiosa?

Y ella había contestado, con aire de aturdida sorpresa:

—¡Eh! ¡No puedo; soy casada y adoro á mi marido!

La señora Volmar ni siquiera había parecido. Decían que la señora de Jonquière la había enviado á acostarse, en vista de que se quejaba de una jaqueca atroz. Lo cual ponía fuera de sí á la Désagneaux, porqué, decía ella, y con razón, no se va á cuidar enfermos, cuando uno necesita cuidarse á sí misma.

Pero la buena señora empezaba á tener quebrantados los brazos y las piernas, sin quererlo confesar, acudiendo á la menor queja, constantemente dispuesta á prestar su ayuda. Ella que, en su abitación de París, hubiera llamado á un criado antes que cambiar un candelabro de sitio, llevaba de un lado para otro bacinillas y jofainas, vaciaba cubos, sostenía enfermos entre sus brazos, mientras la señora de Jonquière les ponía almohadas á las espaldas.

Pero poco después de haber dado las once, cayó en redondo. Habiendo cometido la imprudencia de echar un momento en el sillón, fué vencida por el sueño y se durmió profundamente, con su bonita cabeza doblada sobre el hombro, en medio de la desgreñadura de sus adorables, cabellos rubios. Y ya, ni quejas, ni llamamientos, ni ruido alguno la despertaron.

La señora de Jonquière fué á decir muy quedo al joven cura:

—Se me había ocurrido llamar al Sr. Ferrand, el interno que nos acompaña, para que diese á la pobre muchacha algo que pudiera calmarla. Pero está ocupado abajo, en la sala de los matrimonios, al lado del padre Isidoro. Además, aquí no procuramos existencia facultativa á las enfermas, sino que venimos á ponerlas en manos de la Santa Virgen.

Sor Jacinta, que estaba resuelta á pasar la noche con la directora, acercóse.

—Subo de la sala de los matrimonios, donde había prometido llevar naranjas al señor Sabathier, y he visto al Sr. Ferrand, que ha conseguido reanimar al hermano Isidoro.... ¿Quiere usted que vaya á hacerlo venir?

Pedro se opuso.

—No, no. María tendrá juicio. Luego le leeré algunas páginas entretenidas, y descansará.

María, obstinada, no contestó. Uno de los faroles estaba allí, contra la pared, y Pedro veía distintamente el rostro flaco, inmovil, marmóreo, de la enferma. En la cama siguiente, divisaba la cabeza de Elisa Rouquet, profundamente dormida, sin manteleta, con su faz de monstruo al aire, y cuya horrible llaga empezaba, efectivamente, á palidecer.

A su izquierda yacía la Vetu, débil, desahuciada, que no podía adormecerse un instante, sacudida por un continuo estertor. Pedro la dirigió algunas palabras de consuelo, y ella le dió las gracias con un movimiento de cabeza. Reuniendo sus últimas fuerzas, acabó por decir muy bajo:

—Ha habido varias curas, hoy; me he alegrado muchísimo.

En efecto, la Grivota, acostada en un colchón puesto en el suelo, al pie de la cama de la Vetu, no cesaba de incorporarse, en una fiebre de actividad extraordinaria, para repetir su frase á todo el que se le presentaba:

—¡Estoy curada!... ¡Estoy curada!...

Y refería que había devorado medio pollo, cuando hacía meses que no comía nada. Luego había seguido, á pié la procesión que había durado cerca de dos horas. Y hubiera bailado hasta el nuevo día, si la Santa Virgen hubiese dado un baile.

—Estoy curada ¡oh! pero curada completamente.

Entonces, con una serenidad infantil, con una sonriete y perfecta abnegación, la Vetu pudo añadir:

—La Santa Virgen ha hecho bien en curar, á ésta, porque es pobre. Me alegro más que si se tratase de mí misma, porque yo tengo aún una pequeña relojería, y puedo esperar....Una después de otra.... A cada cual le llegará su turno.

Todas demostraban aquella caridad, aquella increíble dicha por la curación de las otras. Raramente sentían celos ni envidia. Cedían á una especie ed epidemia feliz, á la esperanza contagiosa de curar, cuando la Vigen quisiese. No habían que disgustarla, mostrándose demasiado impacientes; porque seguramente sus razones tenía para empezar por una enferma ante que por otra.

Las más graves oraban por sus vecinas, en aquella fraternidad del sufrimiento y de la esperanza. Ninguna desesperaba jamás: cada nuevo milagro era una garantía del milagro próximo. Su fe permanecía inalterable.

Contábase que una campesina paralítica había dado algunos pasos, en la Gruta, con una fuerza de voluntad extraordinaria; de regreso al Hospital, quiso que la bajasen otra vez, para volver á la Gruta; pero a mitad del camino, vaciló, jadeante, lívida; y traída en andas había muerto; curada, decían las vecinas de la sala.

A cada una le llegaba su turno: la Santa Virgen no olvidaba á ninguna de sus amadas hijas, á menos de querer enviar al paraíso á una elegida, en el acto.

Bruscamente, en el momento en que Pedro se inclinaba hacia ella para ofrecerle una lectura, María prorrumpió en furiosos sollozos. Había dejado caer la cabeza en el hombro de su amigo; decía su protesta en voz baja, terrible, en medio de las vagas sombras de la espantosas sala. Era en la pobre enferma, como le sucedía raras veces, una pérdida de la fe, una súbita falta de valor, una verdadera rabia del ser que sufría sin poder esperar más tiempo. Y llegaba hasta el sacrilegio.

—No, no; es una maldad suya, es una injusticia el no haberme querido curar esta tarde. ¡Estaba tan segura de que me escucharía hoy! ¡La había rogado tanto! ¡Oh! Jamás curaré.... Ya va á terminar esta primera jornada. Era sábado, y yo estaba convencida de que me curaría un sábado.... No quería hablar. Impídame usted que hable, porque tengo demasiada pena acumulada en el corazón, y si me desahogo, voy á propasarme.

Estrechóle fraternalmente la cabeza, tratando de sofocar el grito de su rebelión.

—¡Por Dios, María, cállese usted! Que no la oigan... ¡Usted, tan piadosa!... ¿Quiere usted escandalizar á todas las almas?

Pero ella no podía callar, á pesar de su esfuerzo.

—¡Me ahogaba! Necesito decirlo... Yo no la amo, ya no creo en, ella, Todo eso son mentiras; todo lo que por ahí cuentan es falso: no hay nada; ni siquiera existe ella, puesto que no oye cuando le hablan, ni cuando lloran. ¡Si supiese usted todo lo que le he dicho!... Quiero irme ahora mismo. Lléveme usted, cójame en brazos y sáqueme de aquí; quiero morir en la calle, donde los transeuntes, al menos, se apiadarán de mi sufrimiento.

Desfallecía y volvió á caer de espaldas, balbuciente y pueril.

—Además, nadie me quiere. Mi propio padre no estaba allí. Usted amigo mío, usted me abandonó. Cuando vi que era otro que me llevaba á la piscina, empecé á sentir que se helaba la sangre. ¡Oh! Pero el frío de la duda que he experimentado á menudo en París. Sí, sí; yo he dudado seguramente.

Cuando no me ha devuelto la salud, es que he dudado. Habré orado mal; no estaré bastante purificada ..

Ya no blasfemaba, buscaba escusas para el cielo. Pero su rostro no perdía su violencia, en aquella lucha contra el poder superior, tan amado y suplicado, que no le había obedecido.

Cuando pasaban ráfagas de cólera por la sala y estallaban sordas rebeliones en las camas, oyéndose gritos de desesperación, sollozos y hasta blasfemias, las damas hospitalarias y las monjas, algo asustadas, se contentaban con correr las cortinas. La gracia se había retirado; había que esperar que volviese. Y todo se apaciguaba al cabo de algunas horas; todo moría en el gran silencio lamentable.

—Cálmese usted, cálmese usted, por favor;—repetía Pedro al oído de María, al ver que le daba otro acceso, la crisis de la duda de sí misma, del temor de no ser digna.

Sor Jacinta se acercó de nuevo.

—No podrá usted comulgar, dentro de un rato, hija mía, si continúa usted en ese estado. Vamos á ver; puesto que autorizamos al señor abate que le lea á usted algún pasaje bonito ¿por qué no acepta usted?

Hizo un gesto de cansancio, para decir que aceptaba, y Pedro se apresuró á sacar de la maleta, que estaba al pie de la cama, el librito de cubiertas azules, donde se refería cándidamente la historia de Bernadette. Pero como en la noche anterior, en el tren, no se atuvo al texto conciso del libro, sino que improvisó, haciendo revivir los hechos á su manera, para distraer á las mujeres sencillas que le escuchaban.

Pero como filósofo, como analista que era, no podía menos de restablecer la verdad *in mente*, y humanizaba para él solo aquella leyenda cuyo continuo prodigio ayudaba á la curación de los enfermos.

Pronto las mujeres de todas las camas vecinas se incorporaron, ansiosas de oir la continuación de la historia. La impaciencia febril con que esperaban la concesión, les impedía dormir. Y Pedro, en la pálida claridad del farol colgado de la pared, sobre su cabeza, levantaba poco á poco la voz, para que le oyese toda la sala.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—«Desde los primeros milagros, empezaron las persecuciones, Bernadette, tratada de embustera y de loca, fué amenazada con ser metida en la cárcel.

El padre Peyramale, cura de Lourdes, y monseñor Laurence, obispo de Tarbes, lo mismo que todo el clero, permanecían indecisos, esperando con la mayor prudencia; mientras que las autoridades civiles, el prefecto, el procurador imperial, el alcalde, el comisario de policía, se entregaban, contra la religión, á excesos de celo deplorables...»

Así continuando, Pedro veía surgir en su mente la historia verdadera, con una fuerza invencible. Retrocedía un poco y hablaba á Bernadette en el momento de las primeras apariciones, tan cándida, de una ignorancia y de una buena fe tan encantadora, en su sufrimiento.

Era la vidente, la santa, cuyo rostro, durante la crisis de éxtasis, adquiría una expresión de sobrehumana belleza; la frente radiaba, las facciones parecían transformarse, los ojos se bañaban de luz, al mismo tiempo que la boca, entreabierta, ardía en amor. Toda su persona se revestía de majestad, y sus señales de la cruz, muy nobles, muy lentas, como si llenasen el horizonte.

En los valles vecinos, en las aldeas y en los pueblos no hablaban más que de Bernadette. Aunque la Virgen no se hubiese manifestado todavía, la gente decía «Es ella, es la Santa Virgen.»

El primer día de mercado hubo tanto gentío, que no cabía en Lourdes. Todos querían ver á la bendita niña, á la elegida de la Reina de los Angeles, que tan bella se volvía, cuando se abrían los cielos á sus maravillados ojos.

Cada mañana aumentaba la muchedumbre, á la orilla del Gave. Miles de personas acababan por instalarse allí, empujándose, á fin de no perder nada del espectáculo.

Luego que aparecía Bernadette, corría un murmullo favorable: «¡Ahí viene la santa, la santa, la santa!» Precipitábanse á besarle la ropa. Era el Mesías, el eterno Mesías que los pueblos esperan, y cuya necesidad renace sin cesar, á través de las generaciones.

Cada vez se repetía la misma aventura. Una aparición de la Virgen á una pastora; una voz que exortaba al mundo á la penitencia; una fuente que brotaba; milagros que causaban asombro y llenaban de júbilo á las muchedumbres, que acudían cada vez más numerosas.

¡Ah! ¡Qué eflorescencia primaveral de consuelo y de esperanza se operó en el corazón de los infortunados que devoraban la pobreza y la enfermedad, en presencia de los primeros milagros de Lourdes!

El ojo curado del viejo Bourriette; el niño Bouhohorts resucitado en el agua fría; sordos que recobraban el oído; cojos que andaban, y tantos otros, como Blas, Maumus, Bernarda Soubies, Augusto Bordes, Blasilla Soupenne, Benita Cazeaux, salvados de peores sufrimientos, eran objeto de conversaciones sin fin y exaltaban la ilusión de todos los que sufrían en su corazón ó en su carne.

El jueves, 4 de Marzo, último día de las quince visitas pedidas por la Vírgen, había más de veinte mil personas delante de la Gruta. Toda la montaña había bajado.

Y aquel inmenso gentío encontraba allí lo que con tanto afán deseaba: el alimento de lo divino, el festín de lo maravilloso, algo bastante imposible para contentar en creencia en un poder superior que se dignaba ocuparse de los pobres, que intervenía de una manera sorprendente en los lamentables asuntos de este bajo suelo, para restablecer en él un poco de justicia y de bondad.

Era el grito de caridad divina que estallaba, la mano invisible y dadivosa que se extendía al fin, para curar la eterna llaga humana.

¡Ah! Aquella ilusión que cada cura reconstituía á su vez, con qué energía indestructible renacía en los desheredados, tan pronto como encontraba un terreno favorable, preparado por las circunstancias!

En el transcurso de muchos siglos, tal vez no se habían reunido nunca de aquel modo los hechos, para encender, como en Lourdes, el hogar místico de la fe.

Iba á fundarse una religión nueva, y en seguida estallaron las persecuciones, porque las religiones no nacen y se desarrollan sino en medio de los tormentos y de las insurrecciones.

Lo mismo que en Jerusalem al esparcirse el rumor de que los milagros florecían al paso del Salvador tan esperado, las autoridades civiles, el procurador imperial, el juez de paz, el alcalde y, sobre todo, el prefecto de Tarbes, se alarmaron y agitaron á su vez.

Este último era precisamente un católico sincero, de absoluta honradez; pero un administrador celoso, defensor acérrimo del buen orden, adversario declarado del fanatismo, de donde proceden los tumultos y las perversiones religiosas. Bajo sus órdenes había en Lourdes un comisario de policía, muy inteligente y ductil, muy correcto, que veía legítimamente en el asunto de las apariciones una ocasión de probar sus dotes y hábil sagacidad.

Y empezó la lucha. Este mismo comisario hizo comparecer en su despacho á Bernadette, para interrogarla, el primer domingo de Cuaresma, después de las primeras apariciones.

En vano se mostró sucesivamente afectuoso, violento y amenazador: no obtuvo de la niña más que sus contestaciones de siempre. La historia que refería, con sus detalles lentamente aumentados, habíase fijado poco á poco de una manera irrevocable en su cerebro infantil. Y en aquella pobre criatura, enfermiza, histérica, no era ninguna mentira, era la obsesión inconsciente, la falta radical de voluntad propia para desprenderse de su alucinacion primera. No sabía, ni podía, ni quería tener voluntad.

¡Ah! Aquella niña tan amable, tan dulce, incapaz de un mal pensamiento, se veía desde aquel momento perdida para la vida, crucificada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

por la idea fija, de la cual no hubiera podido desprenderse, sino cambiando de medio ambiente, volviendo al aire libre de algún país resplandeciente de luz y lleno de ternura humana.

Pero era la elegida; había visto á la Vírgen, y ello iba á causarle grandes sufrimientos toda la vida, hasta determinar su muerte.

Pedro, que conocía bien á Bernadette, y la recordaba con fraternal piedad, con el fervor que se siente por una santa humana, por una criatura sencilla, recta y simpática en el suplicio de su fe, mostró su emoción en sus ojos húmedos y en su voz temblorosa. Y hubo una interrupción. María, que hasta entonces había permanecido tiesa, con su rostro duro de rebelde, desligó sus manos é hizo un vago gesto piadoso.

—¡Ah!—murmuró.—¡Pobre niña! ¡Sola contra aquellos magistrados, y tan inocente, tan altiva, inmutable en la verdad!

De todas las camas iba subiendo la misma simpatía lastimosa. El infierno de aquella sala, en su miseria nocturna, con su aire apestado, su amontonamiento de lechos dolorosos, su fantástico ir y venir de hospitalarias y religiosas rendidas de cansancio, parecía bañarse en una claridad divina.

Eterna ilusión de la dicha, que se forma hasta en las lágrimas y en la inconsciente mentira. ¡Pobre Bernadette! Todas las enfermas se indignaban contra las persecuciones que había sufrido para defender su fe.

Pedro continuó refiriendo todo lo que la niña había tenido que sufrir. Después del interrogatorio del comisario, tuvo que comparecer ante el tribunal. La magistratura entera se empeñaba en arrancarle una retractación. Pero la tenacidad de su visión era más fuerte que la razón de las autoridades civiles reunidas.

Dos doctores, enviados por el prefecto para un detenido examen de la enferma, diagnosticaron honradamente, como hubiera hecho todo médico, trastornos nerviosos, una de cuyas indicaciones ciertas era el asma, y que podían haber determinado visiones, en ciertas circunstancias; diagnóstico que estuvo á punto de ser causa de que internasen á la niña en un hospital de Tarbes.

Temieron la exasperación popular. Un obispo había ido á arrodillarse delante de ella. Muchas señoras querían comprarle gracias á peso de oro. Crecientes masas de fieles acudían á visitarla. Se había refugiado en el convento de las Hermanas de Nevers, que servían en el Hospicio de la villa. Allí había hecho su primera comunión y aprendía difícilmente á leer y escribir.

Como parecía que la Vírgen no la había escogido sino para la felicidad de los otros, sin curarla de su crónica sofocación, tuvieron la buena ocurrencia de llevarla á las aguas de Cauterets, que, por cierto, no la hicieron ningún bien.

De vuelta á Lourdes, al tormento de los interrogatorios, de las adoraciones de todo un pueblo se reprodujo, cada vez más grave, haciéndole aborrecer de día en día la sociedad.

Todo había acabado para ella. Ya no era la niña juguetona; ya no podía ser la muchacha que sueña con su marido, ni la joven mujer que besa hijos rollizos en las mejillas.

Había visto á la Vírgen, era la elegida y la mártir.

Los creyentes decían que la Vírgen no la había armado con la triple armadura de los tres secretos, sino para que la defendiese.

El clero se abstuvo durante mucho tiempo; estaba lleno de duda y de inquietud.

El cura de Lourdes, el abate Peyramale, era un hombre rudo, de una bondad infinita, de una rectitud y de una energía admirables, cuando creía andar por el buen camino.

La primera vez que recibió la visita de Bernadette, acogió casi tan duramente como el comisario de policía, á aquella niña criada en Bartrés, que aún no había visto en el catecismo.

No quiso creer en su historia; le encargó, con cierta ironía, rogase á la Señora que ante todo hiciese florecer el escaramujo que tenía á sus pies, cosa que la Señora no hizo; y si el cura acabó, más tarde, por tomar á la niña bajo su protección, como buen pastor que defiende su rebaño, fué cuando empezaron las persecuciones y se trató de encerrar á aquella débil criatura, de claros ojos, tan francos y de tanta tenacidad en su modesta dulzura, cuando refería sus visiones.

¿Por qué había de continuar el buen cura negando el milagro, después de haber dudado simplemente como sacerdote obligado á la prudencia y poco deseoso de mezclar la religión con una aventura sospechosa?

Las Sagradas Escrituras están llenas de prodigios y todo el dogma está basado en el misterio. A los ojos del cura, nada se oponía, pues, á que la Vírgen hubiese confiado á aquella niña un piadoso mensaje para él: el encargo de construir una iglesia, donde los fieles irían en procesión. Empezó, por tanto, á querer y defender á Bernadette, aunque permaneciendo apartado, esperando la resolución de su obispo.

Este obispo, monseñor Laurence, parecía haberse encerrado con triple cerrojo en el fondo de su obispado de Tarbes, guardando el silencio más absoluto, como si en Lourdes no ocurriese nada digno de llamar su atención. Había dado á su clero órdenes severas, y aún no había parecido un solo cura entre las muchedumbres que pasaban días enteros delante de la Gruta.

Esperaba y dejaba que el prefecto dijese, en sus circulares administrativas, que la autoridad civil marchaba de acuerdo con la autoridad religiosa.

En el fondo, no debía creer en las apariciones de la Gruta de

Massabielle, donde no veían sin duda más que la alucinación de una niña enferma. La aventura, que revolucionaba al país, era bastante importante, para que el prelado la hiciese estudiar cuidadosamente, día por día, y su largo apartamiento prueba que no admitía el pretendido milagro, y que únicamente cuidaba de no comprometer á la Iglesia en una historia destinada á acabar mal.

Monseñor Laurence era hombre muy piadoso, de una inteligencia fría y práctica, que gobernaba con muy buen sentido en la diócesis. Los impacientes, los ardientes partidarios del prodigio, le apellidaron entonces Santo Tomás, por la persistencia de su duda, hasta que fué vencido por los acontecimientos. Hacía oidos de mercader, resuelto á no transigir sino en el caso en que la religión no tuviese nada que perder.

Pero las persecuciones iban á acentuarse. El ministro de Cultos, avisado en París, exigía que cesase todo desorden; y el prefecto acababa de hacer ocupar militarmente las inmediaciones de la Gruta.

El celo de los fieles y la gratitud de las personas curadas, la habían adornado con macetas de flores. Se echaban en ella monedas y afluían regalos para la Santa Vírgen.

Se habían empezado ciertas obras rudimentarias, que parecían hacerse por sí solas. Unos canteros habían tallado una especie de pilón, para recibir el agua milagrosa; otros quitaban las piedras y trazaban un camino en la colina.

En vista del tropel de gente, que iba aumentando de día en día, el prefecto, después de haber renunciado al arresto de Bernadette, tomó la grave determinación de prohibir que se acercasen á la Gruta, cubriéndola, además, por medio de una fuerte empalizada.

Habían ocurrido hechos deplorables. Hubo niños que pretendieron haber visto al diablo. Unos eran culpables de fingimiento, otros cedían á verdaderos ataques en el contagio de desquiciamiento nervioso que reinaba.

El trabajo de desembarazar la Gruta fué toda una historia. Hasta la noche, el comisario no encontró quién le alquilase un carrito. Fué una muchacha que dos horas más tarde se cayó, fracturándose una costilla.

También un hombre que había prestado un hacha fué al día siguiente víctima del desprendimiento de una roca, que le aplastó un pie.

Al llevarse las macetas de flores, los cirios que allí ardían, las monedas y los corazones de plata que yacían en la arena, el comisario fué objeto de una gran silba. La gente le enseñaba los puños, tratándole sordamente de ladrón y asesino.

Luego se plantaron los pies derechos de la empalizada y se clavaron las tablas; toda una obra que encerraba el misterio, cerraba el paso á lo desconocido, encarcelaba el milagro. Y las autoridades civiles tuvieron la candidez de creer que todo había concluído; que aquellas cuatro

tablas iban á detener á las pobres gentes, sedientas de ilusión y de esperanza.

Una vez proscripta, prohibida por la ley como un delito, la religión nueva ardió con una llama inextinguible en el fondo de todas las almas. Los creyentes acudían, á pesar de todo, cada vez en mayor número. Se arrodillaban á distancia y sollozaban delante del cielo prohibido. Y los enfermos, los pobres enfermos, sobre todo, cuya curación velaba un bando bárbaro, burlaban la interdicción arrastrándose, pasando por los agujeros, venciendo los obstáculos con el único y ardiente deseo de robar agua.

¡Como! Había allí una agua prodigiosa que devolvía la vista á los enfermos y los miembros á los tullidos, que curaba instantáneamente todos los males, y había hombres, revestidos de autoridad, bastante crueles para encerrar aquella agua bajo llave para que cesase de curar á los infelices. ¡Qué monstruosidad! El pueblo bajo dejaba oir un grito general de execración. Protestaban indignados todos los desheredados, que tenían tanta necesidad de lo maravilloso, como de pan para vivir.

Según la orden gubernativa, tenían que formar espediente á los culpables; y así fué que pudo verse ante el tribunal un desfile lamentable de viejos y de hombres destrozados, culpables; de haber bebido en la fuente de la vida. Balbuceaban, suplicaban, no comprendían cuando les imponían una multa.

Y el pueblo rugía fuera, pues nunca se manifestó más fuñosa impopularidad como la que iba levantándose contra aquellos magistrados, tan crueles con la miseria humana, contra aquellos señores sin piedad que después de haberse apoderado de toda la riqueza, no querían siquiera dejar á los pobres la ilusión del más allá, la creencia de que un poder superior y bueno se ocupaba materialmente de ellos, devolviéndoles la paz del alma y la salud del cuerpo.

Una bandada de pobres y de enfermos dirigióse á casa del alcalde. Arrodilláronse en el patio y entre sollozos suplicaron á la autoridad municipal que mandase abrir la Gruta. Y lo que decían era tan lastimero, que todo el mundo lloraba. Una madre presentaba su hijo medio muerto. ¿Le dejarían fallecer en sus brazos, cuando había allí una fuente que había salvado á los hijos de otras madres?

Un ciego enseñaba sus ojos turbios: un pálido niño escrofuloso ostentaba las llagas de sus piernas; una mujer paralítica trataba de juntar sus tristes manos retorcidas. ¿Querrían dejarlos perecer? ¿Les negarían la última probabilidad divina de vivir, ya que la ciencia de los hombres les abandonaba?

Y la desesperación de los creyentes eran igualmente grande. Los que estaban convencidos de que se había entreabierto un rincón del cielo, en la noche de su sombría existencia, se indignaban de que les arrebatasen aquellos quiméricos goces, aquel supremo consuelo para su sufri-

miento humano y social, de creer que la Santa Virgen había bajado á traerles la infinita dulzura de su intervención.

El alcalde no pudo prometer nada, y el pueblo se retiró lloroso, próximo á rebelarse como bajo el golpe de una grande injusticia, de una crueldad imbécil con los pequeños y los pobres de espíritu, que clamaba venganza al cielo.

La lucha continuó durante algunos meses. Era un espectáculo extraordinario el que ofrecían hombres sensatos como el ministro, el prefecto, el comisario de policía, animados ciertamente de las mejores intenciones, luchando con una multitud cada vez más numerosa de desesperados, que no querían que les cerrasen la puerta de la ilusión, el trasunto místico de la dicha futura, donde se consolaban de su miseria presente.

Las autoridades exigían orden, respeto á una religión prudente, al triunfo de la razón; mientrs que la necesidad de la dicha arrebataba al pueblo en alas del deseo exaltado de curar en este mundo y en el otro.

¡No sufrir más! ¡Conquistar la igualdad del bienestar! ¡No marchar ya sino bajo la protección de una madre justa y buena! ¡No morir sino para despertar en el cielo!....

Y era necesariamente aquel ardiente deseo de las muchedumbres, aquella santa locura de la universal alegría, las que habían de barrer la rígida y recelosa concepción de una sociedad bien organizada, donde las crisis epidémicas de las alucinaciones religiosas son condenadas como atentatorias al buen orden de los espíritus sanos.

En aquel momento, la misma sala de Santa Honorina se sublevaba. Pedro tuvo que suspender un instante su lectura, ante las exclamaciones ahogadas que trahan al comisario de policía, de Satanás y de Herodes. La Grivota se había puesto de pie sobre el colchón murmurando:

—¡Ah, monstruos! ¡La Santa Virgen que me ha curado!

La Vetu, vuelta á la esperanza, en la sorda certeza de que iba á morir, se enfadaba al pensar que si el prefecto hubiese triunfado, la Gruta no existiría.

—Entonces no habría peregrinaciones; no estaríamos aquí nosotras; no curaríamos á centenares todos los años.

Tuvo un acceso de sofocación, y fué preciso que sor Jacinta la sentase en la cama. La señora de Jonquière aprovechó la ocasión para pasar la sartén á una mujer joven, enferma de la médula.

Otras dos mujeres, que no podían permanecer en la cama, á causa del calor que se les hacía intolerable, daban vueltas, pisando quedo, silenciosamente, como fantasmas blancas y borrosas.

En un extremo de la sala, salía de las tinieblas una respiración penosa que no había cesado, acompañando la lectura de una especie de estertor. Elisa Rouquet era la única que dormía tranquilamente, tendida de espaldas, ostentaba su llaga horrorosa, que se iba secando.

Eran las doce y cuarto. De un momento á otro podía llegar el abate Judaine para la comunión. La gracia volvía á penetrar en el corazón de María; ésta estaba convencida ahora de que si la Santa Virgen se había negado á curarla, ella misma tenía seguramente la culpa, porque había dudado en el momento de ser sumergida en la piscina.

Y se arrepentía de su rebelión, como de un crimen. ¿Podría ser perdonado jamás? Su faz pálida se había abatido entre sus hermosos cabellos rubios; sus ojos se llenaban de lágrimas y miraba á Pedro con una tristeza infinita.

—¡Oh, amigo mío! ¡Qué mala he sido! Al escuchar los crímenes de orgullo de ese prefecto y de esos magistrados, he comprendido mi falta... Hay que creer, amigo mío; fuera de la fe y del amor, no hay felicidad posible.

Como Pedro quisiese dar por terminada su lectura, todas exclamaron, exigiendo la continuación Y él tuvo que prometer que seguiría hasta el triunfo de la Gruta.

La empalizada la tenía cerrada aún. Sólo de noche, ocultamente se podía ir á orar y á llevarse una botella de agua robada. En tanto, aumentaban los temores de algún tumulto. Contaban que pueblos enteros de la montaña se proponían bajar á libertar á Dios. Era una leva en masa de los humildes, una avalancha tan irresistible de los sedientos de milagro, que el simple buen sentido y el buen orden iban á ser barridos como una paja.

El primero que tuvo que rendirse fué monseñor Laurence, en su obispado de Tarbes. Toda su prudencia, todas sus dudas, se vieron arrolladas por el movimiento popular.

Durante cinco meses había podido permanecer aislado, impedir á su clero que siguiese á los fieles que iban á la Gruta y defender á la Iglesia contra aquel viento desencadenado de superstición.

Pero ¿á qué seguir luchando? Era tan grande la miseria del desgraciado pueblo, puesto bajo sus auspicios, que se resignó á darle el culto idólatra de que le sentía ávido. Sin embargo, por un resto de prudencia, se decidió simplemente á nombrar una comisión encargada de proceder á una información. Era la admisión de los milagros dentro de un plazo más ó menos largo.

Si monseñor Laurence era el hombre de sana cultura y de razón fría que se cree, ¿cuál no sería su pesadumbre al tener que nombrar aquella comisión? Debió arrodillarse en su oratorio y suplicar á Dios, soberano del mundo, que le dictase su conducta. No creía en las apariciones. Tenía de las manifestaciones de la divinidad una idea más elevada, más intelectual. Pero, ¿no era piedad y misericordia acallar los escrúpulos de su razón y las nobleza de su culto, ante la necesidad de aquel pan de la mentira, que la pobre humanidad necesita para ser feliz?

—«¡Oh! ¡Dios mío! Perdonadme si os hago descender del poder eterno en que estáis, si os rebajo á ese juego infantil de los milagros inútiles. Es injuriaros el haceros intervenir en esa aventura lastimosa, donde únicamente hay enfermedad y desvarío.

«Pero ¡oh, Dios mío! ¡sufren tanto, tienen tanta sed de lo maravilloso, de cuentos de hadas, para distraer su dolorosa vida!

«Vos mismo ayudaríais á engañarlos, si fuesen vuestro rebaño. ¡Qué todo lo que sea en detrimento de la idea de vuestra divinidad, redunde en consuelo para estos infelices!»

Y el obispo, derramando lágrimas, había hecho el sacrificio de su Dios á su caridad ardiente de pastor, en provecho del lamentable rebaño humano.

Luego el emperador, el señor de los señores, se rindió á su vez. Hallábase entonces en Biarritz, donde le enteraban diariamente de todo lo relativo á las apariciones, de las cuales se ocupaba toda la prensa de París. La persecución no hubiera sido completa, si en ella no hubiese tomado parte la pluma de los periodistas volterianos.

Y el emperador, mientras que su ministro, su prefecto y su comisario de policía combatían por el buen sentido y por buen orden, guardaba aquel gran silencio de soñador despierto, que nadie se atrevía á penetrar.

Llegaban peticiones cada día, y el emperador callaba.

Presentáronse obispos y altos personajes; grandes damas de la corte le llamaban aparte para arrancarle una declaración, y él callaba.

Trabábase todo un combate sin tregua en torno de su voluntad: por un lado los creyentes, ó simplemente las cabezas quiméricas, apasionadas por el misterio; por otro lado, los incrédulos, los hombres de Gobierno, que recelan de los trastornos de la imaginación; y el emperador callaba.

Pero bruscamente, en su decisión de hombre tímido, habló.

Corrió el rumor de que había tomado una resolución, ante las súplicas de la emperatriz. Esta intervino, sin duda, pero hubo sobre todo en el emperador una reminiscencia de su antiguo ensueño humanitario: un retoño de su piedad real por los desheredados.

Sucedióle lo mismo que al obispo: no quiso cerrar á los miserables la puerta de la ilusión, manteniendo la orden impopular del Prefecto que prohibía á los enfermos desesperados que fuesen á beber la vida á la fuente santa. Y envió un telegrama, la orden breve de derribar la empalizada, para que la Gruta quedase libre.

Entonces, fué el *hosanna*, fué el triunfo. La nueva orden fué leída en Lourdes, entre los redobles del tambor y los toques de la trompeta. El comisario de policía, en persona, tuvo que proceder á la demolición de la empalizada. Fué luego trasladado, lo mismo que el prefecto.

De todas partes llegaban poblaciones enteras. En la Gruta se organizaba el culto. Alzábase un grito de divina alegría: Dios había vencido.

¿Dios? ¡Ay, no! Pero sí la miseria humana, la eterna necesidad de

la mentira, esa sed de lo maravilloso, esa esperanza del condenado que se entrega, para su salvación, en manos de omnipotencia invisible, más fuerte que la naturaleza, la única capaz de quebrantar, si quiere, las leyes inexorables.

Y también había vencido la piedad soberana de los pastores del rebaño, del obispo y del emperador misericordiosos, que dejaban á los grandes niños enfermos el fetiche que consolaba á los unos y también curaba á los otros alguna vez.

A mediados de Noviembre, la comisión episcopal fué á Lourdes para llevar á cabo la información que se lo había confiado.

Interrogó una vez más á Bernadette y estudió un gran número de milagros. Sin embargo, no consignó más que treinta curaciones, para que la evidencia fuese absoluta.

Monseñor Laurence se declaró convencido. Sin embargo, dió una nueva prueba de su prudencia suma, esperando aún tres años, antes de declarar en una pastoral, que la Santa Vírgen había aparecido realmente en la Gruta de Massabielle, y que después se habían operado numerosos milagros.

Había comprado á la villa de Lourdes, en nombre del obispado, la Gruta misma con todo el terreno que la rodeaba. Ejecutáronse obras, modestas al principio, luego más importantes de día en día, á medida que afluía el dinero de toda la cristiandad.

Arreglaron la Gruta, cerrándola con una verja. Apartaron el Gave, abriéndole un nuevo cauce, para establecer los parterres y alamedas de las inmediaciones.

Por último, la iglesia que la Santa Vírgen había pedido la Basílica, emperaba á levantarse en la cúspide de la roca misma. Desde el primer día, el abate Peyramale, cura de Lourdes, lo dirigió todo, con un celo extremado, porque la lucha lo había convertido en el creyente más fervoroso y sincero de la obra. Con su paternidad algo ruda, había acabado por adorar á Bernadette; hacía suya la misión de la niña; entregábase en cuerpo y alma á la realización de las órdenes que había recibido del cielo, por boca de aquella inocente.

Y se extenuaba en esfuerzos dominadores, queriendo que todo fuese bellísimo y grandioso, digno de la Reina de los Angeles que se había dignado visitar aquel rincón de montañas.

La primera ceremonia religiosa no se verificó hasta seis años después de las apariciones. Instalaron con la gran pompa, en la Gruta, una estatua en marmol de la Vírgen, en el sitio en que ésta había aparecido. Fué un día espléndido. Lourdes estuvo empavesado y todas las campanas fueron echadas al vuelo.

Cinco años más tarde, en 1869, celebróse la primera misa en la cripta de la Basílica, cuya veleta no estaba aún terminada.

Los donativos aumentaban sin cesar. Corría un río de oro hacia la

Gruta, una ciudad entera iba á surgir del suelo. Era la religión nueva que acababa de fundarse. El deseo de curar, curaba. La sed del milagro hacía el milagro. Un Dios de piedad y de esperanza salía del sufrimiento del hombre, de esa necesidad de mentira y de consuelo que, á todas las edades de la humanidad, ha creado los paraísos maravillosos del más allá, donde una omnipotencia hace justicia y distribuye la eterna felicidad.

Los enfermos de la sala de Santa Honorina, no veían, en la victoria de la Gruta, más que sus triunfantes esperanzas de cura. Corrió á lo largo de las camas un extremecimiento de alegría, cuando Pedro, con el corazón vivamente agitado en presencia de aquellos míseros rostros que se tendían hacia él, ávidos de certeza, repitió:

—Dios había vencido, y los milagros no han cesado desde aquel día, y las criaturas más humildes son las más consoladas.

Dejó el librito. Acababa de entrar el abate Judaine. Iba á empezar la comunión. María, presa nuevamente de la fiebre de la fe, con las manos ardientes, se inclinó hacia Pedro, diciéndole:

—Amigo mío ¡ah! dispénseme el gran obsequio de escuchar la confesión de mi falta y de absolverme. He blasfemado; estoy en pecado mortal. Si no viene usted en mi ayuda, no voy á poder recibir la hostia consagrada, ¡y necesito tanto ser consolada y fortalecida!

El joven cura se negaba con el gesto. Nunca había querido confesar á aquella amiga, la única mujer que había amado y deseado, en los sanos y joviales años de su juventud. Pero ella insistía.

—Se lo suplico; va usted á contribuir al milagro de mi curación.

Y él cedió al fin, y recibió la confesión de su falta, de la rebelión impía de su sufrimiento contra la Virgen, que había permanecido sorda á sus plegarias; y luego le dió la absolución, con las frases sacramentales.

El abate Judaine había puesto ya el copón sobre una mesita, entre dos cirios, cuyas llamas parecían dos estrellas tristes en la semioscuridad de la sala.

Acababan de decidirse á abrir una de las ventanas del patio, porque el olor de aquellos cuerpos enfermos y de aquellos trapos amontonados se había hecho insoportable. Pero no entraba aire ninguno. El patio estrecho, lleno de tinieblas, parecía un pozo abrasado.

Pedro se ofreció á servir al abate Judaine y recitó el *Confiteor*. El capellán, revestido de alba, después de haber contestado con el *Misereatur* y el *Indulgentiam* levantó el copón, diciendo:

«Este es el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo.»

Cada una de las mujeres que esperaban con impaciencia la comunión, atormentadas por sus males, como el moribundo espera la vida de una poción nueva, que tarda en venir, repetían tres veces, con la boca cerrada, este acto de humildad:

«Señor, no soy digna de que entres en mí, pero dí solamente una palabra, y mi alma quedará curada.»

El abate Judaine había empezado á dar la vuelta á las camas, seguido de Pedro, mientras que la señora de Jonquière y sor Jacinta los acompañaban, cada una con un cirio en la mano. La monja designaba las enfermas que habían de comulgar, y el capellán se inclinaba y depositaba la hostia en la lengua, un poco al azar, murmurando las palabras latinas.

Casi todas esperaban, con los ojos muy abiertos y brillantes, en medio del desorden de aquella atropellada instalación. Hubo necesidad, sin embargo, de despertar á dos que se habían dormido profundamente.

Muchas gemían, sin darse cuenta de ello, y continuaban gimiendo después de haber recibido á Dios.

En el fondo de la sala, el estertor de la que no se veía, continuaba.

Nada más triste que aquel pequeño cortejo en las semi-tinieblas, donde brillaban, como dos débiles estrellas, las dos manchas amarillas de los cirios.

El rostro de María, nuevamente en éxtasis, fué una aparición divina. Habían negado la comunión á la Grivota, que había de comulgar por la mañana en el Rosario, hambrienta de pan y de vida. La Vetu, más dada, acababa de recibir la hostia en su lengua negra, durante una contracción de hipo. María aparecía ahora, al pálido resplandor de los cirios tan hermosa en medio de sus cabellos de oro, con sus ojos rasgados y sus facciones transfiguradas por la fe, que todos la admiraron. La infortunada enferma comulgó con verdadero transporte; el cielo bajaba visiblemente en ella, en su pobre cuerpo de juventud, reducido á tal miseria física. Detuvo un instante á Pedro por la mano y le dijo:

—¡Oh! ¡amigo mío! La Vírgen me curará. Acaba de decírmelo.... Vaya usted á descansar. ¡Yo voy á dormir con una tranquilidad!...

Al retirarse con el abate Judaine, Pedro divisó á la pequeña Désgneaux, en el sillón en que la fatiga parecía haberla anonadado. Nada podía despertarla. Era la una y media de la madrugada. La señora de Jonquière, ayudada por sor Jacinta, iba de una á otra cama, atendiendo á las enfermas, haciéndolas cambiar de postura, limpiándolas y curándolas.

La sala se calmaba poco á poco, cayendo en una pesadez oscura, más dulce desde que Bernadette había pasado por ella con su hechizo. La pequeña sombra de la vidente erraba triunfante entre las camas, después de haber llenado su misión trayendo un poco de cielo, á cada desheredada de esta tierra; y mientras se entregaban todas al sueño, la veían, débil y enferma como ellas, inclinarse y besarlas con una dulce sonrisa.

JORNADA TERCERA

I.

En aquella mañana de hermoso domingo de Agosto, caluroso y claro el Sr. de Guersaint estuvo ya levantado y vestido á las siete, en uno de los dos cuartitos que había tenido la suerte de alquilar en el tercer piso del hotel de las Apariciones, en la calle de la Gruta.

Se había acostado á las once, y al despertar, descansado y bien dispuesto, se fué al cuarto de Pedro. Pero éste, que se había retirado á las dos, agitado por el insomnio, no había reconciliado el sueño hasta muy tarde y dormía aún. Su sotana, tirada en una silla y su demás ropa esparcida por el cuarto, revelaban su fatiga y su trastorno.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¡Perezoso!—gritó alegremente Guersaint.—¿No oye usted las campanas?

Pedro despertó con sobresalto, sorprendido de hallarse en aquel estrecho cuarto de fonda, que el sol inundaba. Por la ventana, dejada abierta, entraba el alegre repiqueteo de las campanas. Toda la villa parecía despertar regocijada.

—No tendremos tiempo de llegar antes de las ocho al Hospital, para llevarnos á María, porque vamos á desayunarnos, ¿no es verdad?

—Sin duda. Encargue usted á toda prisa dos chocolates, mientras me levanto. En un momento estoy aviada.

Apenas estuvo solo, Pedro saltó de la cama, á pesar del cansancio, que parecía haberle molido los huesos. Aún tenía la cara metida en la jofaina, cuando reapareció Guersain, que no sabía estar solo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ya está—dijo;—en seguida van á subirlos. ¡Ah! ¡Qué fonda! ¿Ha visto usted al dueño, el Sr Majestad, vestido de blanco y tan grave en su despacho? Parece que el establecimiento está lleno de bote en bote. Nunca habían tenido tanta gente... No me extraña que haya reinado toda la noche ese ruído infernal... Tres veces me han despertado. No sé qué habrán podido hacer en el cuarto vecino al mío. Hace poco, todavía han dado un golpe en la pared, luego se oyeron cuchicheos y después suspiros...

Interrumpióse para preguntar:

—Y usted ¿ha dormido bien?

—No, señor;—contestó Pedro.—Estaba muerto de cansancio y me ha sido imposible pegar los ojos. Habrá sido esa algarabía de que usted me habla...

A su vez habló de los tabiques delgados, de la casa atestada de viajeros, de los ruídos inexplicables, de las corridas bruscas en los pasillos, de los pasos acompasados y lentos, de las robustas voces que subían de no se sabía donde; sin contar los gemidos de los enfermos, las toses, las horribles toses que parecían salir de todas las paredes.

Sin duda, durante toda la noche, hubo gentes que entraban y salían, se levantaban, y volvían á acostarse; porque ya no había horas; todo el mundo vivía en el desarreglo de las sacudidas apasionadas, tomando la devoción como un recreo.

—¿Y María? ¿Cómo la dejó usted anoche?—preguntó bruscamente Guersaint.

—Mucho mejor;—contestó Pedro.—Después de una terrible crisis de desesperación, recuperó todo su valor y toda su fe.

Hubo un rato de silencio.

—¡Oh! Yo estoy tranquilo;—dijo luego el padre con su inalterable optimismo.—Ya verá usted como irá bien. Yo estoy contentísimo. Pedí á la Virgen su protección para mis asuntos; ya sabe usted mi grande invento de los globos dirigibles... Pues bien, si yo le dijese á usted que ya me ha manifestado su gracia... Sí, señor; anoche, hablando con el abate Des Harmoises, me dijo éste que me encontraría sin duda un comanditario en Tolosa, uno de sus amigos, inmensamente rico, muy aficionado á la mecánica. En seguida ví en ello el dedo de Dios.

Y se reía con su risa de niño. Luego añadió:

—¡Qué simpático es ese abate Des Harmoises!

Esta tarde veré si hay medio de hacer con él la excursión al valle de Gavarnie, baratito.

Pedro, que quería correr con todo el gasto, le dijo amistosamente:

—No desperdicie usted la ocasión de visitar las montañas, ya que tanto lo desea. ¡Su hija se alegrará tanto de que usted se divierta!

Fueron interrumpidos por una criada que les traía los dos chocolates, con dos panecillos, en una bandeja cubierta con una servilleta. Como había dejado la puerta abierta, veían parte del corredor á lo largo.

—¡Calla! Ya arreglan el cuarto de mi vecino;—dijo Guersaint, curioso.—¿Es un matrimonio, verdad?

La criada le miró con sorpresa, y contestó:

—¡No, señor! ¡Es un caballero solo!

—¡Solo! ¡Pero si no ha cesado de moverse, y esta mañana, en su cuarto, se oían cuchicheos y suspiros!

—No es posible; está solo... Acaba de bajar, después de haber mandado que le arreglase el cuarto á escape. Y no hay más que una estancia, con un gran armario, cuya llave se ha llevado... Sin duda habrá encerrado en él cosas de valor.

Se iba de la lengua, colocando los chocolates en la mesa.

—¡Oh! Es un caballero muy distinguido... El año pasado se hizo reservar uno de los pabellones aislados que el Sr. Majestad alquila en el callejón vecino. Pero este año llegó tarde, y ha tenido que contentarse con este cuarto, lo que le tenía verdaderamente desesperado... Como no quiere comer con los demás, se hace servir en su cuarto... Bebe buenos vinos y come de lo mejor.

—¡Eso es!—dijo alegremente Guersaint.—Anoche cenaría demasiado fuerte.

Pedro había escuchado.

—Y á mi lado, ¿no hay dos señoras con un caballero y un niño que anda con una muleta?

—Sí, señor abate. Les conozco. La tía, la señora Chaise, ha tomado uno de los dos cuartos; mientras que los esposos Vignerón y su hijo Gustavo han tenido que arreglarse en el otro. Es el segundo año que vienen. ¡Oh, son personas muy decentes también!

Durante la noche, Pedro había creído reconocer la voz de Vignerón, á quien el calor debía molestar mucho.

Una vez puesta á hablar, la camarera indicó los demás huéspedes del corredor; á la izquierda, un cura, una madre con sus tres hijas, un matrimonio viejo; á la derecha, otro caballero solo, una señora joven, también sola; otra familia, con cinco hijos pequeños. La fonda estaba atestada hasta los desvanes. Las criadas, que habían abandonado sus cuartos á los clientes, dormían amontonadas en la coladuría. La noche última, habían puesto catres en algunos corredores. Un venerable sacerdote se había visto obligado á dormir sobre un billar.

Cuando la criada se hubo marchado, los dos amigos tomaron su chocolate; después Guersaint se fué á su cuarto para lavarse nuevamente las manos, pues era muy cuidadoso de su persona. En tanto, Pedro, atraído por el claro sol, se asomó un instante al balconcito de su habitación.

Todos los cuartos del tercer piso, por esta parte del hotel, tenían un balcón con balaustrada de madera recortada.

Pero la sorpresa de Pedro fué enorme. En el balcón vecino, en el

que correspondía al cuarto ocupado por el caballero solo, vió asomarse una mujer, y reconoció á la señora Volmar.

Era la misma, con su cara afilada, sus facciones finas, sus ojos rasgados, magníficos, verdaderas ascuas sobre las cuales pasaba, de vez en cuando, como un velo, una nube que parecía apagarlas. Ella se extremeció de miedo, al reconocerlo. Y él mismo, embarazado, sintiendo causarla aquel trastorno, se retiró inmediatamente.

Todo lo comprendía. El caballero, que no había podido alquilar más que aquel cuarto, escondía su querida á los ojos de todo el mundo, encerrándola en el vasto ropero mientras arreglaban el cuarto; compartía con ella su comida, bebiendo ambos en la misma copa; y se explicaban los ruídos de la noche. Para la joven mujer, serían tres días de absoluto encierro, de pasión loca, en el fondo de aquel misterioso escondite.

Sin duda, una vez terminado el arreglo del cuarto, abrió el ropero y asomó la cabeza para ver si su amigo volvía.

Ahora se explicaba Pedro por qué no le habían visto en el Hospital, donde la pequeña Désagneaux preguntaba sin cesar por ella.

Inmovil, con el corazón alterado, Pedro cayó en una meditación profunda, pensando en aquella existencia de mujer, que él conocía perfectamente; aquella tortura de la vida conyugal en París, entre una suegra feroz y un marido indigno; y luego estos tres únicos días de entera libertad por año; llamarada de amor, con el sacrílego pretexto de venir á Lourdes para servir á Dios.

Lágrimas que él no se explicaba siquiera; lágrimas brotadas de lo más hondo de su ser, de su castidad voluntaria, le llenaron los ojos, mientras sentía invadida su alma por un sentimiento de inmensa tristeza.

—¡Vamos ya?—gritó alegremente Guersaint, que volvió enguantado y estirado en su chaqueta de paño gris.

—Sí, sí, vamos;—dijo Pedro, que se volvió, buscando su sombrero, para secarse los ojos.

Al salir, reconocieron á la izquierda la voz de Vignerón que recitaba muy alto las oraciones de la mañana.

Pero tuvieron un encuentro que les llamó particularmente la atención. Seguían el corredor, cuando se cruzaron con un caballero de unos cuarenta años, alto, robusto, de aspecto elegante, con patillas correctas. La verdad es que ahuecó tanto las espaldas y pasó tan á prisa, que no pudieron distinguir sus facciones. Llevaba en la mano un paquete cuidadosamente envuelto. Metió la llave, abrió y cerró la puerta, y desapareció como una sombra, sin ruído.

Guersaint se volvió.

—¡Calla! Es el caballero solo. Vendrá de comprarse golosinas.

Pedro fingió no oírlo, pues consideraba á su amigo demasiado ligero para confiarle un secreto que no le pertenecía. Además experimentaba

una gran molestia, una especie de terror púdico, á la idea de aquella revancha de la carne, que desde aquel momento iba á conocer, y á recordar á cada instante, tal vez, en medio de la mística exaltación de que se sentía rodeado.

Llegaron al Hospital, en el momento en que bajaban á los enfermos para conducirlos á la Gruta, y encontraron á María muy alegre, después de haber dormido descansadamente. Besó á su padre y le riñó cuando supo que aún no había decidido su excursión á Gavarnie. Sentiría mucho que no fuese. Además, decía con su aire tranquilo y risueño, que no sería curada aquel día. Luego suplicó á Pedro que le obtuviese el permiso de pasar la noche siguiente ante la Gruta. Era un favor que todas deseaban vivamente y que sólo se concedía con dificultad á la más protegidas.

Después de haberse esforzado en demostrar los inconvenientes ye el peligro de pasar toda una noche al raso, estando tan enferma, Pedro se vió obligado á prometer que practicaría las diligencias necesarias para obtener el permiso, pues vió que lo contrario sería causarle un grandísimo disgusto.

Sin duda no esperaba hacerse oir de la Virgen, sino á solas con ella, en la paz soberana de las tinieblas. Y aquella mañana, se encontró tan perdida entre los enfermos aglomerados ante la Gruta, que á las diez suplicó ya que la llevasen de nuevo al Hospital, diciendo que tenía los ojos muy cansados por el resplandor del día.

Después que su padre y el cura la hubieron reinstalado en la sala de Santa Honorina, les dió licencia por todo el día.

—No, no venga á buscarme; esta tarde no volveré á la Gruta. Es inútil que vengan... Pero esta noche, á las nueve, estará usted aquí para llevarme, ¿no es verdad, Pedro? Convenido; me lo ha prometido usted.

El repitió que procuraría obtener el permiso, aunque fuese necesario pedirlo al padre Fourcade.

—Pues, hijita, hasta la noche;—dijo Guersaint besándola.

Y la dejaron muy tranquila en la cama, ensimismada, con sus grandes ojos pensativos y risueños perdidos en lontananza.

Al regresar al hotel de las Apariciones, serían las diez y media escasas. Guersaint, á quien el buen tiempo ponía de excelente humor, propuso almorzar en seguida, para lanzarse lo más pronto posible á través de Lourdes. Pero antes quiso subir á su cuarto. Siguióle Pedro, y al llegar arriba, encontráronse con su verdadero drama.

La puerta de los Vignerón estaba abierta de par en par y se veía á Gustavo tendido en el canapé que le servía de cama. Estaba lívido; acababa de sufrir una síncope que alarmó mucho al padre y á la madre, quienes creyeron que se moría. La señora Vignerón abatida en una silla, no salía del terror que había experimentado. Su marido tropezaba con todo, preparando un vaso de agua con azúcar, en la cual vertió algunas

gotas de un elixir. Decía que aquella poción lo acabaría de aliviar. Pero ¿quién era capaz de comprender aquello? ¡Un muchacho que, á pesar de su dolencia, se mantenía bastante fuerte, desmayarse así, poniéndose blanco como la nieve!...

Esto diciendo, miraba á la tía, á la señora Chaise, que estaba derecha delante del canapé, con trazas de gozar mejor salud que nunca; y al buen señor le temblaban más las manos, al pensar que si aquella maldita crisis hubiese cortado la vida á su hijo, la herencia de la vieja ya no les pertenecería.

Estaba fuera de sí; entreabrió los apretados dientes del niño, y le hizo tragar, á la fuerza, todo el contenido de la copa. Al verle suspirar y abrir los ojos, recobró su bondad paterna, lloró y acarició á su hijo.

Al acercársele la tía, Gustavo la rechazó con un gesto de odio brusco, como si hubiese comprendido la perversión inconsciente que el dinero de aquella mujer hacía germinar en el alma de sus padres.

Ofendida, la vieja se sentó apartada, mientras que el padre y la madre, ya tranquilizados, daban gracias á la Santa Vírgen por haberles conservado aquel niño que les miraba con su sonrisa sagaz y con aquella tristeza que daban á entender que aquella criatura de quince años lo sabía todo y estaba hastiado de la vida.

—¿Podemos serles á ustedes útiles en algo?—preguntó Pedro con mucha afabilidad.

—No, no; gracias, señores,—contestó Vignerón, que salió un momento al comedor.—¡Oh, hemos pasado un susto! Figúrense ustedes, no tenemos más que un hijo, ¡y le queremos tanto!

La proximidad del almuerzo ponía á todo el mundo en movimiento en la fonda. Por todas partes se oían portazos; en escaleras y pasillos resonaban continuas correrías. Pasaron tres muchachas levantando mucho aire con sus vestidos. Unos niños lloraban en el fondo de un cuarto vecino. Viejos alocados se salían de sus casillas; curas presurosos se echaban la sotana al brazo para andar más de prisa; de arriba abajo retemblaban los suelos, bajo el peso de tanta gente aglomerada.

Una camarera, que llevaba todo un almuerzo en una gran bandeja, fué á llamar á la puerta del caballero solo. La puerta tardó en abrirse. Por fin se entreabrió y dejó ver el cuarto tranquilo, donde el caballero estaba solo, vuelto de espaldas. Después que la camarera se hubo retirado, la puerta volvió á cerrarse discretamente.

—¡Oh! Espero que no volverá á tener nada, y que la Santa Vírgen va á curarlo, repetía el Sr. Vignerón, que no dejaba partir á sus vecinos. Esperen ustedes; vamos á bajar todos, porque les confieso que con todo esto se me ha desarrollado un apetito feroz.

Cuando Pedro y Guersaint, después de haber ido un momento á sus cuartos, llegaron al comedor, tuvieron el disgusto de no hallar el más pequeño sitio en ninguna mesa. Se agolpaba allí un gentío extraordinario, y los pocos sitios desocupados, estaban reservados. Un mozo les declaró que de diez á una el comedor estaba lleno, de tal manera despertaba el apetito el vivo libre de las montañas.

Tuvieron que resignarse á esperar, y rogando al mozo que les avisase, tan pronto como hubiese dos cubiertos vacantes. No sabiendo qué hacer, fueron á pasearse por el pórtico de la fonda, que daba á la calle, por donde desfilaba sin cesar un inmenso gentío endomingado.

Pero el propietario del hotel de las Apariciones, el Sr. Majestad en persona, apareció vestido de blanco y les dijo con gran cortesía:

—¿Si los señores quieren esperar en el salón?

Era un hombre grueso, de unos cuarenta y cinco años, que se esforzaba en llevar regiamente su nombre. Calvo, pálido, de ojos azules y redondos en una faz de cera, con tres paperas escalonadas, afectaba gran dignidad. Había venido de Nevers con las hermanas que servían en el Asilo de huérfanos, y se había casado con una mujer de Lourdes, pequeña y negra.

Entre los dos, en menos de quince años, habían hecho de su hotel uno de los establecimientos más ricos y mejor acreditados de la población. Ultimamente habían unido á su industria un comercio de artículos religiosos, que ocupaba, á la izquierda, una vasta tienda, donde despachaba una joven sobrina, bajo la vigilancia de la señora Majestad.

—Los señores podrían sentarse en el salón—repitió el fondista, á quien inspiraba mucha consideración la sotana de Pedro.

Pero ambos prefirieron andar, esperar de pie, al aire libre. Entonces, Majestad quiso hablar un instante con ellos, como acostumbraba hacerlo con los clientes á quienes deseaba honrar. La conversación versó de pronto sobre la procesión de la noche, que prometía ser magnífica gracias al tiempo admirable que hacía.

Había más de cincuenta mil forasteros en Lourdes. Habían acudido, paseantes de todos los balnearios vecinos, lo cual explicaba la aglomeración de gente en las mesas redondas. Se temía que se acabase el pan como había sucedido el año anterior.

—¿Ven ustedes qué tropel? No sabemos cómo atender á todo el mundo. Siento, de veras, que tengan ustedes que esperar un poco.

En aquel momento llegó el cartero, con una correspondencia considerable; un gran paquete de cartas y periódicos que colocó sobre una mesa en el despacho. Luego preguntó, enseñando una carta que llevaba en la mano:

—¿Vive aquí la señora Maze?

—La señora Maze..... La señora Maze;—repitió el fondista.—No, no.

Pedro, que había oído al cartero, se acercó á decirle:

—Hay una señora Maze que debe haberse hospedado en el convento de la Inmaculada Concepción, en casa de las Hermanitas Azules, como creo que aquí las llaman.

El cartero dió las gracias y se fué. Pero una amarga sonrisa había asomado á los labios de Majestad.

—¡Las Hermanitas Azules!.... ¡Ah!....

Dirigió una mirada oblícua á la sotana de Pedro y se calló en seco, temeroso de extralimitarse. Sin embargo, sentía necesidad de desahogar su pecho, y por otra parte, aquel joven cura de París, de aspecto vivo y abierto, no debía ser de la banda, como llamaba á todos los sirvientes de la Gruta, á todos los que se hacían de oro con Nuestra Señora de Lourdes. Poco á poco se atrevió.

—Señor abate, le juro que soy buen católico.... Aquí lo somos todos. Pero yo cumplo con todos los preceptos de la Iglesia, y comulgo por Pascua Florida.... Sin embargo, yo digo que no está bien que una fonda esté servida por religiosas. No, señor; no está bien.

Y exhaló su rencor de comerciante perjudicando por una competencia desleal. Aquellas hermanas de la Inmaculada Concepción, aquellas Hermanitas Azules, debieran haberse limitado á fabricar hostias y lavar y conservar las ropas sagradas. Pero habían transformado su convento en una vasta hostería, donde las señoras que iban solas encontraban cuartos separados y comían en común, cuando no preferían hacerse servir aparte. Todo muy limpio, muy bien organizado y barato, gracias á las mil ventajas que tenían las religiosas. Ningún hotel de Lourdes tenía tanta clientela como aquel convento.

—En fin, ¿les parece á ustedes decoroso que unas religiosas se ocupen en vender ropa? Y la superiora es mujer que lo entiende. Al ver que se le presentaba la fortuna, la quiso toda para su casa, y se separó resueltamente de los padres de la Gruta, que procuraban echarle mano por todos los medios imaginables. Sí, señor abate; esa mujer se plantó en Roma y ganó su pleito, y embolsa ahora todo el dinero de las cuentas de hospedaje. Pero yo sostengo que no está bien que religiosas trafiquen con el alquiler de cuartos amueblados y con una mesa redonda.

Levantaba los brazos al cielo, muy sofocado.

—Pero, señor—acabó por objetar suavemente Pedro;—puesto que la casa de usted se halla atestada de clientes y no le queda ni una cama ni un plato disponible, ¿dónde metería usted á los viajeros si le llegasen más?

Majestad exclamó vivamente:

—¡Ah, señor abate, se ve que no conoce usted al país! Durante la peregrinación nacional, es verdad, hay para todos; no podemos quejarnos. Pero esto no dura más que cuatro ó cinco días. En tiempo ordinario, el movimiento es muy inferior. ¡Oh, yo, gracias á Dios, siempre estoy satisfecho! La casa es conocida; está á la altura del hotel de la Gruta, donde ya se han hecho dos fortunas. Pero no importa; mortifica mucho ver que esas Hermanitas Azules espuman la clientela y nos quitan las señoras acomodadas que pasan quince días ó tres semanas en Lourdes:

y esto en las épocas tranquilas, cuando no hay mucha gente, ¿comprenden ustedes? personas bien educadas que detextan el barullo; que van solas á la Gruta, á pasarse días enteros orando, y que pagan bien, sin regatear nunca.

La señora Majestad, que Pedro y Guersaint no habían visto aún, ocupada en sumar partidas en un libro de comercio, intervino en la conversación con su voz aguda:

—El año pasado, señores, tuvimos una cliente casi dos meses. Iba á la Gruta, venía, volvía, comía, se acostaba.... Y sin decir una palabra jamás; siempre con una sonrisa de aprobación y de contento, como de una persona que todo lo encuentra muy bien. Pagó su cuenta sin mirarla siquiera.... ¡Ah! Esas clientes son las que una siente no tener.

Levantóse. Era pequeña, flaca y muy morena; iba vestida de negro, con un cuello delgado y plano Con mucha amabilidad ofreció su mercancía.

—Si los señores quieren llevarse algún pequeño recuerde de Lourdes, no se olviden de nosotros. Tenemos al lado una tienda donde encontrarán un gran surtido de los objetos de mayor demanda. Las personas que se hospedan en nuestro hotel, suelen no comprar sino en nuestra tienda.

Pero Majestad movía otra vez la cabeza, con su aire de buen católico entristecido por los escándalos del tiempo.

—No quisiera faltar al respeto debido á los reverendos padres; pero, fuerza es decirlo, son, en verdad, demasiado codiciosos.... ¿Han visto ustedes la tienda que han instalado cerca de la Gruta, esa tienda donde venden artículos piadosos y cirios y que siempre está llena de gente que compra? Muchos curas declaran que es una vergüenza y que es preciso arrojar nuevamente á los mercaderes del templo. También se dice que los padres comanditan la gran tienda de ahí en frente que surte á los vendedores al detalle. En fin, á ser cierto lo que se murmura, mangonean en todo el comercio de objetos religiosos, cobrando un tanto por cierto sobre los millones de rosarios, estatuítas y medallas, que se venden anualmente en Lourdes....

Había bajado la voz, porque sus acusaciones se precisaban y concluía por temblar de confiarse de aquel modo á extranjeros. Sin embargo, tranquilizábale el rostro dulce y atento del joven cura; y continuó en su pasión de concurrente lesionado y resuelto á ir hasta el fin.

—Yo quiero admitir que haya exageración en todo eso; pero siempre resultará que hace gran daño á la religión el ver que los reverendos padres tienen tienda abierta, como el ultimo de nosotros. Yo no voy á con ellos el dinero de sus misas, ni á pedir el tanto por ciento sobre los regalos que reciban. Entonces ¿por qué se meten á vender de lo que yo vendo? Nuestro último año ha sido mediano á causa de ellos. Ya somos demasiado. Todo el mundo trafica con Dios en Lourdes; tanto que ya no se encuentra pan que comer ni agua que beber. ¡Ah, señor abate!

aunque tengamos con nosotros á la Santa Vírgen, hay momentos en que las cosas van muy mal!

Tuvo que alejarse un instante para atender á su cliente; pero volvió al mismo tiempo que una joven venía en busca de la señora Majestad. Era una chica de Lourdes, bonita, pequeña y gruesa, de hermoso pelo negro y cara ovalada, muy risueña.

—Nuestra sobrina Apolonia—dijo el fondista—hace dos años que está al frente de nuestra tienda. Es hija de un hermano pobre de mi mujer. Hacía de pastora en Bartrès, cuando al verla tan simpática resolvimos traerla. Y no nos arrepentimos de ello, porque es una excelente muchacha y entiende mucho la venta.

Lo que no decía era que corrían rumores bastante ligeros acerca de Apolonia. La habían visto alejarse con muchachos por el Gave. Pero era preciosa, y sin duda atraía á la clientela con sus grandes ojos negros y risueños. El año anterior, Gerardo de Peyrelongue no se movía de la tienda, y si este año no volvía, era indudablemente porque andaba preocupado con la idea de casarse. Parecía reemplazado por el galante abate Des Harmoises, que traía muchas señoras á hacer compras.

—¡Ah! Hablan ustedes de Apolonia—dijo la señora Majestad, de regreso de su tienda.—Señores, no se han fijado ustedes en una cosa, y es su extraordinario parecido con Bernadette.... Miren ustedes.... ahí, en la pared, una fotografía de esta última, cuando tenía dieciocho años.

Pedro y Guersaint se acercaron, mientras Majestad decía:

—¡Sí, señores; Bernadette! Era Apolonia, menos bonita, más triste y más pobre.

Por fin apareció el mozo anunciando que había una mesita desocupada.

Guersaint había ido dos veces á echar un vistazo al comedor, porque ardía en deseos de almorzar y salir á disfrutar de aquel hermoso domingo. Por consiguiente, volvió la espalda á Majestad, que hacía observar, con una amable sonrisa, que los señores no habían tenido que esperar mucho.

La mesita se hallaba en el fondo; los dos amigos tuvieron que atravesar todo el comedor.

Era una larga sala, pintada de amarillo claro y aceitoso, que se descacarillaba un poco por todas partes. En ella todo respiraba la usura y el poco aseo, bajo el galope continuo de los comilones que allí daban fondo.

Todo el lujo consistía en un reloj de zinc dorado y dos candelabros endebles, puestos sobre la chimenea. Había también cortinas de guipur en las cinco ventanas que daban á la calle, en pleno sol. Aun á través de las persianas, penetraban flechas ardientes.

En medio había cuarenta personas sentadas apretadamente á la mesa redonda, apenas capaz para treinta. Otros cuarenta comensales ocupaban mesitas arrimadas á las paredes.

Unos y otros recibían frecuentes empujones de los tres mozos que servían. Reinaba en la sala un ruído ensordecedor de voces, cubiertos y vajilla, y un calor húmedo, sofocante, en medio de un vapor impregnado de olores de cocina.

Pedro no distinguió nada al principio; pero después de haberse instalado en su mesa, una mesita de jardín, utilizada para el caso, y donde los dos cubiertos se tocaban, fué vivamente impresionado por el espectáculo de la mesa redonda, que enfilaba con la vista.

Hacía una hora que se comía en ella. Dos hornadas de clientes se habían sucedido y los cubiertos se iban á la desbandada. Los manteles estaban llenos de manchas de vino y de salsas. Ya nadie se cuidaba de la simetría de los fruteros, que representaban todo el ornato de la mesa.

Era sorprendente el cúmulo de los comensales: curas enormes, muchachas delgadísimas, mamás como toneles, caballeros muy encarnados y solos, familias en fila, alineando generaciones de una fealdad agravada y lastimosa.

Toda aquella gente sudaba, tragaba con glotonería, sentada al sesgo, con los brazos pegados al cuerpo y las manos torpes.

Y en medio de aquellos enormes apetitos, decuplicados por la fatiga, en medio de aquella prisa de llenarse para volver más pronto á la Gruta, había, en el sitio preferente de la mesa, un eclesiástico corpulento que no se apresuraba, que de todo comía con una prudente lentitud y con un ruído de mandíbulas muy digno y continuado.

—¡Caramba! no hace frío aquí,—dijo Guersaint.—Sin embargo, voy á comer con apetito, porque no sé lo que es, pero desde que estoy en Lourdes, tengo el estómago en los talones. Y usted ¿no tiene hambre?

—Sí, sí, voy á comer algo,—contestó Pedro que tenía más náuseas que apetito.

La lista era copiosa: salmón, tortilla, chuletas con *purée* de patata, riñones salteados, coliflor, fiambres y tortas de albaricoques; todo demasiado cocido, nadando en salsa, insípido y acre. Pero los fruteros estaban bastante bien provistos, abundando sobre todo los melocotones.

Los comensales parecían tener el estómago á toda prueba. Una delicada joven, muy simpática, con sus ojos tiernos y su cutis de raso, apretada entre un cura viejo y un señor barbudo, muy sucio, comía regocijada los riñones, remojados en el agua gris que les servía de salsa.

—No es malo este salmón,—dijo Guersaint.—Ponga usted un poco de sal y estará perfectamente.

Pedro se decidió á comer, porque era preciso sostenerse.

En una mesa inmediata á la suya, vió á la Vignerón y á la Chaise. Estas señoras parecían haberse adelantado y esperar á alguien, sentadas una en frente de la otra. En efecto, no tardaron en presentarse al señor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vignerón y su hijo Gustavo. Este último estaba muy pálido y se apoyaba más posadamente que de costumbre en su muleta.

—Siéntate al lado de tu tía—dijo el padre.—Yo me sentaré aquí.

Al decir esto designaba el escaso sitio que quedaba libre al lado de su esposa. Reparó en sus dos vecinos y se acercó á ellos diciendo:

—¡Oh! ya está completamente bien. acabo de friccionarlo con agua de colonia, y esta tarde podrá tomar su baño en la piscina.

Sentóse y devoró. Pero ¡qué susto! Seguía hablando del accidente, en alta voz, sin querer tanto le había trastornado el terror de ver morir al niño antes que la tía.

Esta contó que la víspera, arrodillada ante la Gruta, se sintió bruscamente aliviada; y pretendía estar curada de su afección cardíaca, dando detalles precisos que su cuñado escuchaba, con los ojos muy abiertos, involutariamente inquietos.

A decir verdad, era un buen hombre que nunca había deseado la muerte de nadie; pero se indignaba al pensar que la Vírgen podía curar aquella vieja, olvidándose de su hijo, tan joven.

Ya atacaba las chuletas y engullía el *purée* de patata, á carga de tenedor, cuando creyó notar que la señora Chaise ponía mala cara á su sobrino.

—Gustavo—dijo de pronto,—¿has pedido perdón á tu tía?

El niño, abrió con sorpresa sus grandes ojos claros, en su faz adelgazada.

—Sí, te has portado mal con ella, la has rechazado, arriba cuando se acercó á tí.

La señora Chaise, con aire de dignidad, se callaba, esperando.

Gustavo, que comía sin apetito la parte magra de su chuleta cortada en pedacitos, quedóse con los ojos fijos en el plato, obstinándose esta vez en negarse á representar el triste papel de ternura que le imponían.

—Vamos, Gustavo, sé cariñoso; sabes cuán buena es tu tía y lo mucho que piensa hacer por tí.

¡No, no! No iba á ceder. En aquel momento execraba á la vieja que tardaba demasiado en morirse, que le echaba á perder el afecto de sus padres, hasta el punto de que al verlos solícitos con él, no sabía si querían salvarlo á él mismo ó si querían salvar la herencia que su vida representaba.

Pero la señora Vignerón, siempre digna, ayudó á su marido.

—Me das mucha pena, Gustavo. Pide perdón á tu tía, si no quieres incomodarme del todo.

El niño cedió. ¿A qué luchar? De todas maneras, valía más que sus padres heredasen aquel dinero. El moriría más tarde, puesto que de aquel modo se arreglaban los intereses de la familia. El sabía esto y lo comprendía todo, aun cuando no hablaban. La enfermedad le había dado oídos tan sutiles, que sentía los pensamientos.

—Tía, pido á usted perdón por mi poca amabilidad de hace poco.

Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, mientras sonreía con su aire de hombre tierno y desengañado, cansado de vivir.

La señora Chaise le besó en seguida, diciendo que no estaba enfadada. Desde aquel momento, los Vignerón rebosaron otra vez de satisfacción tranquila.

—Si los riñones no son de primera—dijo Guersaint,— esta coliflor, en cambio, es muy sabrosa.

En todo el comedor continuaba la masticación formidable. Pedro no había visto comer jamás de aquel modo, ni con tal sudor, ni en medio de semejante asfixia de coladuría ardiente. El olor de la comida se condensaba, como humo. Para entenderse, había que gritar, porque todos los comensales hablaban muy alto, y los mozos azarados, removían la vajilla al vuelo; sin contar el ruído de las mandíbulas, un triturameinto de muelas que se oía distintamente.

Lo que mortificaba al joven cura, era la promiscuidad extraordinaria de aquella mesa redonda, donde hombres, mujeres, muchachas y eclesiásticos, se apiñaban, saciando su hambre como una jauría suelta, que engulle las tajadas apresuradamente.

Las cestas de pan circulaban, vaciándose en seguida.

Hubo un destrozo horrible de fiambres: todos los restos de las viandas de la víspera: carnero, ternera, jamón, todo rodeado de gelatina clara.

Todo el mundo había comido demasiado, y no obstante aquellos fiambres despertaban el apetito, con la idea de que no había que dejar nada.

El cura tragón, que ocupaba el sitio central de la mesa, iba comiendo fruta con toda calma. Ya había dado razón de dos melocotones, á pesar de que eran enormes, y pelaba lentamente el tercero, que se comía á tajadas, con verdadera compunción.

Una emoción súbita agitó á toda aquella gente.

Un mozo distribuía el correo, cuyo triaje había terminado detenidamente la señora Majestad.

—¡Calla!— exclamó Vignerón;—¡una carta para mí! Es extraño: yo no he dado mi dirección á nadie.

Luego se acordó.

—¡Ah! Sí; será de Sauvageot, que me sustituye en Hacienda.

Abrió la carta, le temblaron las manos y dió un grito.

—¡Oh! ¡Ha muerto el jefe!

La Vignerón, vivamente impresionada, tampoco pudo contener la lengua.

—¡Entonces vas á ascender!

Su sueño dorado, acariciado secretamente, era la muerte del Jefe del Negociado; á fin de que él, que llevaba diez años de oficial primero, pudiese alfin ascender al empleo superior, como quien dice al generalato. Su alegría era tan grande que no pudo contenerse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Oh! Esposa mía; decididamente, la Santa Vírgen está conmígo.. ¡Esta mañana he vuelto á pedirle mi ascenso y me ha escuchado!

Luego comprendió que debía moderarse, al tropezar con la mirada de la señora Chaise y al ver á su hijo Gustavo que se sonreía.

En la familia cada cual iba seguramente á su negocio, pidiendo á la Vírgen las gracias personales que necesitaba.

El hombre se retuvo, y dijo con su aire de bondad:

—Quiero decir que la Santa Vírgen nos ama á todos y que á todos nos dejará satisfechos. ¡Ah! Pobre jefe! ¡Cuánto lo siento! Tendré que enviar mi tarjeta á la viuda.

A pesar de su esfuerzo, no podía disimular la satisfacción que experimentaba. Ya no dudaba que vería cumplidos sus más secretos deseos; aun aquellos que ni á sí mismo se confesaba.

Las tortas de albaricoques fueron festejadas Gustavo obtuvo el permiso de comer un pedazo.

—Es extraño,—dijo á Pedro el Sr. de Guersaint, que se había servido una taza de café,—es extraño que no se vean aquí más enfermos. Toda esa gente me parece que tiene muy buen apetito.

Después de mirar bien, además de Gustavo, que no comía más que migajas, como un polluelo, acabó por descubrir un hidrópico, sentado á la mesa redonda, entre dos mujeres, una de las cuales era indudablemente cancerosa. Más allá, una muchacha parecía tan flaca y pálida, que había que suponerla tísica. Y más lejos, había una idiota, que había entrado sostenida por dos parientas, y que, con sus ojos claros y su faz muerta, tomaba su alimento babeando sobre la servilleta.

Tal vez se encontraban otros enfermos, perdidos en medio de aquellos apetitos ruidosos; enfermos animados por el viaje, que comían como no habían comido en mucho tiempo.

Viandas y postres desaparecían rápidamente, no quedando en los manteles más que las manchas de salsa y de vino, cada vez mayores.

Eran cerca de las doce.

—Volveremos en seguida á la Gruta; ¿no es cierto?—dijo Vignerón.

Ya no se oían más que estas palabras:

—¡A la Gruta!... ¡A la Gruta!

Las bocas llenas se daban prisa por volver á las plegarias y á los cánticos.

—Puesto que disponemos de toda la tarde—dijo Guersaint,—propongo ir á visitar la población. Además, voy á ver si encuentro un carruaje para mi excursión, puesto que mi hija lo desea.

Pedro, que se asfixiaba, salió gustoso del comedor. Bajo el pórtico respiró. Pero había allí un nuevo tropel de clientes, que formaban cola, esperando sitio. Disputábanse las mesas, y el menor hueco de la redonda hallábase inmediatamente ocupado.

El asalto iba á continuar todavía una hora, y los platos de la lista

desaparecerían como en las tandas anteriores, en medio del ruído de las mandíbulas, del calor y del asco crecientes.

—¡Ah! Dispense usted, tengo que subir al cuarto—dijo el joven cura; —he salido sin pañuelo.

Y arriba, en el gran silencio de la escalera y de los corredores desiertos, oyó un ligero ruído, al llegar á la puerta de su habitación.

Era una risa tierna que, en el cuarto vecino, había seguido al choque demasiado vivo de un tenedor. Luego hubo, apenas perceptible, más bien adivinado que oído, el extremicimiento de un beso, unos labios posándose sobre otros labios para hacerlos callar.

El caballero solo, almorzaba también.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Una vez fuera, Pedro y Guersaint anduvieron lentamente, en medio de la afluencia, cada vez más considerable, de gente endomingada.

El cielo era de un azul resplandeciente y el sol abrasaba la villa. Había en el aire una alegría de fiesta, ese animado regocijo de las grandes ferias, que hacen brilar la vida de todo un pueblo.

Despues de haber bajado la acera obstruída de la avenida de la Gruta, encontráronse detenidos á la esquina de la explanada de la Merlasse, á causa del reflujo del tropel de gente, caballerías y coches.

—No llevamos prisa—dijo Guersaint.—Mi idea es subir á la plaza del Mercadal, en la población antigua. La camarera de la fonda me ha dicho que hay allí un peluquero, cuyo hermano alquila carruajes baratos ¿Le molesta á usted ir por ahí?

—¡Molestarme! No, señor—exclamó Pedro.—Vamos á donde usted quiera.

—¡Bueno! Pues entonces, aprovecharé lo ocasión para afeitarme.

Llegaron á la plaza del Rosario, delante de los parterres que se extienden hasta el Gave, y allí fueron nuevamente detenidos por un encuentro.

La señora Désagneaux y Ramona de Jonquière estaban allí hablando alegremente con Gerardo de Peyrelongue. Ambas vestían traje claro; ligeros vestidos de playa, y sus sombrillas de raso blanco relucían al sol. Era una nota bonita, un rincón de charla mundana con frescas risas de juventud.

—¡No, no!—repetía la de Désagneaux;—¿qué hemos de ir ahora á ver su rancho, en el momento en que todos sus camaradas están comiendo?

Gerardo insistía, muy galante, dirigiéndose á Ramona, cuyo rostro algo carnoso presentaba aquel día un encantador aspecto de radiante salud.

—Aseguro á ustedes que es cosa curiosísima, y serían ustedes admirablemente recibidas.... Fíe usted en mí, señorita. Además, allí encontraríamos seguramente á mi primo Berthaud, que se alegraría mucho de hacer á ustedes los honores de nuestra instalación.

Ramona se sonreía, mientras que sus ojos vivos daban á entender que deseaba ir.

Entonces fué cuando Pedro y Guersaint se acercaron á saludar á las dos señoras. En seguida fueron puestos al corriente de la cuestión.

Llamaban «el rancho» á una especie de restaurant, ó mesa redonda, que los individuos de la Hospidalidad de Nuestra Señora de la Salud, los angarilleros, los hospitalarios de la Gruta, de las piscinas y de los hospitales, habían fundado para comer barato en común.

Como muchos de ellos carecían de fortuna, pues la Hospitalidad se reclutaba entre todas las clases de la sociedad, habían logrado hacer tres buenas comidas por tres francos diarios; y todavía les quedaban sobras, que distribuían á los pobres.

Pero lo administraban todo ellos mismos, compraban las provisiones, reclutaban un cocinero, criados, sin que nadie retrocediese ante la necesidad de ayudar personalmente al buen orden del local.

—Será muy interesante—exclamó Guersaint.

—Vamos á ver eso, si no estamos de más.

La Désagneaux consintió entonces.

—¡Ah! Desde el momento que vamos en banda, no tengo inconveniente. Temía que no estuviese bien.

Y habiéndose echado á reir, se rieron todos. Aceptó el brazo de Guersaint, y Pedro siguió á su izquierda, lleno de simpatía por aquella alegre mujercita, tan vivaracha, tan graciosa, con sus cabellos rubios desgreñados y su cutis de leche.

Detrás iba Ramona, del brazo de Gerardo, á quien daba conversación con su voz tranquila y su tono de muchacha juiciosa, bajo su aire de juventud indolente. Y puesto que al fin tropezaba con el marido tan deseado, prometíase conquistarlo esta vez. Le embriagaba con su perfumes de hermosa muchacha sana, maravillándolo con sus conocimientos de economía doméstica hasta en los más pequeños detalles; porque pidiéndola explicaciones acerca de sus compras, lo demostraba que aún hubieran podido disminuir mucho los gastos.

—Estará usted horriblemente cansada—dijo Guersaint á la señora Désagneaux.

Esta tuvo un arranque de protesta, un grito de verdadera cólera:

—¡No, señor! Figúrese usted que la fatiga me postró en un sillón, á media noche, en el Hospital, y esas señoras tuvieron la calma de dejarme dormir.

Echáronse á reir de nuevo. Pero ella estaba fuera de sí.

—De manera que he dormido ocho horas, como un tronco. ¡Yo que había jurado pasar la noche en vela!

La risa acabó por dominarla y exclamó enseñando sus blancos y bonitos dientes:

—¡Vaya una enfermera! ¿Verdad? La que ha velado hasta muy entrado el día ha sido la pobre señora de Jonquière. En vano he tratado de pervertirla, hace un rato, para que viniese con nosotros...

Ramona que había oído, levantó la voz:

—¡Oh! ¡pobre mamá! ¡Si no podía tenerse de pie! La obligué á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acostarse, asegurándole que podía dormir tranquila; que todo marcharía bien.

Y dirigió á Gerardo una clara mirada risueña. Hasta creyó sentir él una presión imperceptible del brazo fresco y redondeado que se apoyaba en el suyo, como si se mostrase satisfecha de estar sola con él, y poder arreglar juntos, sin intervención de nadie, sus pequeños negocios.

Aquello le encantaba á Gerardo, quien explicó que si aquel día no almorzaba con sus camaradas, era porque lo había hecho á las diez, en el restaurant de la estación, convidado por una familia amiga suya, que se marchaba, merced á lo cual, quedó libre después de la salida del tren de las once y media.

—¡Ah! ¡Qué algazara mueven!—añadió:—¿Los oye usted?

Ya llegaban, y efectivamente se oía una batahola de gente joven, que salía de un grupo de árboles, bajo el cual se ocultaba el viejo local de yeso y zinc donde se había instalado « el rancho ».

Gerardo quiso que pasasen desde luego por la cocina, muy vasta y bien acondicionada, con sus grandes fogones, una larga mesa y ollas enormes.

Hizo notar que el cocinero, hombre grueso y campechano, llevaba también la cruz roja sobre su chaqueta blanca, pues formaba parte de la peregrinación.

Abrió luego una puerta y los introdujo en el comedor.

Era una larga sala, con dos hileras de mesas de pino, otra mesa grande para la vajilla y sillas de paja. Pero las paredes blanqueadas con cal, el piso encarnado, reluciente y todo los demás parecía muy limpio, en medio de aquella pobreza voluntaria de refectorio monacal.

Lo que alegraba, desde la puerta, era el regocijo infantil que allí reinaba entre los ciento cincuenta comensales, de todas edades, que comían con excelente apetito, riendo, cantando y aplaudiendo.

Procedentes de todas partes y de todas las clases de la sociedad, unialos un mismo sentimiento de fraternidad, expansiva y franca.

Muchos de ellos no se conocían siquiera, y sin embargo, se codeaban allí todos los años, durante tres días, viviendo como hermanos; se separaban después, y ninguno volvía á saber del otro en el transcurso de aquel año.

Nada más agradable que encontrarse una y otra vez en la caridad, compartir durante unos días las mayores fatigas y los goces más infantiles. Aquello tenía algo de las excursiones de recreo, bajo un cielo hermosísimo; y los camaradas reunidos disfrutaban practicando la caridad en las horas necesarias y riendo en los momento de ocio.

La misma frugalidad de la mesa, el orgullo de administrarse ellos mismos, de comer lo que habían comprado y lo que habían cocido, contribuían al buen humor general.

—Ya ven ustedes que, á pesar de nuestro oficio, no estamos tristes,—explicó Gerardo.

—La Hospitalidad cuenta más de 300 individuos, pero aquí únicamente comen ahora unos 150, pues ha sido necesario organizar dos mesas sucesivas para facilitar el servicio en la Gruta y en los hospitales.

La presencia del pequeño grupo de visitantes detenido en el umbral, parecía haber redoblado la alegría de todos; y Berthaud, jefe de los augarilleros, que comía en un extremo de la mesa, se levantó cortésmente para recibir á las dos señoras.

—¡Eso huele muy bien!—exclamó la Désagneaux, con su aire aturdido. ¿No nos convidan ustedes á probar su cocina mañana?

—¡Ah! ¡No, no! Aquí no hay nada para las señoras,—contestó Berthaud riendo.—Pero si estos señores quieren acompañarnos mañana á comer, nos proporcionarán una verdadera satisfacción.

De un golpe de vista había observado la buena inteligencia que reinaba entre Gerardo y Ramona, de lo cual se alegró infinito, pues deseaba vivamente que su primo se casase con la muchacha.

—¿No es el marqués de Salmón-Roquebert—preguntó Ramona—el que está sentado allá abajo, entre aquellos dos jóvenes que parecen mancebos de tienda?

—En efecto—contestó Berthaud;—aquellos dos muchachos son los hijos de un modesto papelero de Tarbes, y el que está entre ellos es el marqués en persona, nuestro vecino de la calle de Lille, propietario de aquel suntuoso palacio, y uno de los hombres más ricos y más nobles de Francia... ¡Vea usted cómo saborea nuestro guisado de carnero!

El marqués, con todos sus millones, se divertía muchísimo, comiendo por sus tres francos diarios, democráticamente sentado á tan humilde mesa, en compañía de burgueses y de obreros, que no se hubieran atrevido á saludarlo en la calle.

Aquellos comensales, así reunidos, ¿no representaban la comunión social, en plena caridad?

El marqués tenía aquella mañana tanto más apetito cuanto que había bañado en las piscinas á más de sesenta enfermos: todos los males abominables de la triste humanidad. En torno de él, había en aquella mesa la realización de la comunidad evangélica; pero sin duda no existía tan agradable y alegre, sino con la condición de no durar más que tres días.

A pesar de que acababa de almorzar, Guersaint tuvo ganas de probar el guisado de carnero. Lo declaró excelente. Mientras tanto, Pedro, que había divisado al barón Suire, director de la Hospitalidad, paseándose con aire de importancia, como si hubiese impuesto la obligación de atender á todo, aún á la manera con que se alimentaba su personal, se acordó bruscamente del vivísimo deseo que María le había manifestado de pasar la noche ante la Gruta; y pensó que el barón podría otorgar el permiso necesario.

—Sí, señor—contestó éste, poniéndose serio;—toleramos eso alguna vez; pero ¡es tan delicado! ¿Me responde usted, al menos, de que la enferma no está tísica?... Puesto que tiene tanto empeño, hablaré de ello al padre Fourcade y avisaré á la señora de Jonquière, para que permita que usted la lleve.

En el fondo, era un excelente sujeto, á pesar de su aire de hombre indispensable, agobiado de responsabilidades enormes. A su vez, detuvo á los visitantes, dándoles acerca de la organización de la Hospitalidad, los detalles más completos: las oraciones rezadas en común, los dos consejos de administración por día, con asistencia de todos los jefes de servicio, los padres y algunos capellanes.

Comulgaban con frecuencia. Había trabajos complicados; un movimiento de personal extraordinario, todo un mundo que había que gobernar con mano firme.

Hablaba como un general que obtiene cada año una gran victoria sobre el espíritu del siglo; y exigió que Berthaud se fuese á concluir de almorzar, pues se empeñó en acompañar aquellas señoras hasta el pequeño patio enarenado, al cual dos árboles prestaban sombra.

—¡Es muy interesante! ¡Sumamente curioso!—Iba diciendo la Désagneaux.—¡Muchísimas gracias, caballero, por su amabilidad!

—Al contrario, señora; yo soy quien debe dárselas á ustedes por la honra que nos han dispensado, y por la ocasión que me han proporcionado á mí de enseñarles mi pequeño pueblo.

Gerardo no se había separado de Ramona. Guersaint y Pedro se consultaban ya con la vista, para irse á la plaza del Marcadal, cuando la Désagneaux recordó que una amiga le había encargado que le expidiese una botella de agua de Lourdes, y preguntó á Gerardo cómo tenía que arreglárselas para cumplir el encargo.

—¿Quiere usted aceptarme como guía? Mire usted; si estos caballeros consienten en seguirnos, les enseñaré á ustedes desde luego el almacén donde se llenan, se tapan y se expiden las botellas. Es cosa muy curiosa.

Guersaint consintió en seguida, y los cinco volvieron á ponerse en marcha: la Désagneaux, entre el arquitecto y el curá, y Ramona y Gerardo, detrás.

La muchedumbre aumentaba, en pleno sol; la plaza del Rosario rebosaba de paseantes y mirones, como en día de fiesta popular.

El almacén estaba allí cerca, á la izquierda, bajo uno de los pórticos. Era una serie de tres salas muy sencillas. En la primera se llenaban las botellas, de la manera más ordinaria del mundo: un tonelito de zinc, pintado de verde y arrastrado por un hombre, en un carrito parecido á los de riego, llegaba lleno de la Gruta, y un mozo llenaba al grifo las botellas, una tras otra, sin gran cuidado de que rebosase el agua, que formaba una charca en el suelo.

Las botellas no llevaban etiqueta. La única inscripción que indicaba la procedencia estaba en la cápsula de plomo, que cubría el tapón de corcho. Untábanla de una especie de cerusa, sin duda para su conversación.

Las otras dos salas servían para el embalaje.

Allí había todo lo necesario al efecto. Fabricábanse, especialmente, cajas para una y dos botellas; cajas elegantes, bonitas, donde las botellas iban acondicionadas con virutas muy finas.

El almacén recordaba los de Niza, para la expedición de flores, y los de Grasse, para las de frutas en dulce.

Gerardo dió explicaciones, con aire tranquilo y satisfecho.

—Vean ustedes; el agua viene efectivamente de la gruta, lo cual destruye las chanzas de mal género que sobre este particular circulan. Aquí no hay complicación ninguna. Todo es natural y todo se hace á la vista de todo el mundo. Les haré observar, además, que los padres no venden el agua, cosa que se les imputa. Una botella llena, comprada aquí, cuesta veinte céntimos, lo que vale el casco. Si ustedes se la hacen enviar, habrá que añadir, naturalmente, el precio del embalaje y de la expedición; les costará á ustedes un franco setenta... Además, pueden ustedes llenar á la fuente todos los botijos y demás recipientes que les dé la gana.

Pedro pensaba que en todo aquello, el beneficio de los padres no debía ser muy considerable, pues no ganaban sino sobre la fabricación de las cajas y sobre las botellas, que, tomadas por miles, debían costar menos de veinte céntimos cada una.

Ramona y la Désagneaux, lo mismo que Guersaint, de imaginación viva, experimentaban una gran decepción ante el tonel verde, las cápsulas embadurnadas de albayalde y los montones de virutas en torno de los bancos de carpintero.

Sin duda se habían imaginado solemnes ceremonias; cierto rito para embotellar el agua milagrosa; curas revestidos de ornamentos sagrados, dando bendiciones, entre cánticos de puras voces infantiles.

Pedro acabó por pensar, ante aquellas vulgares operaciones, en la fuerza activa de la fe. Cuando una de aquellas botellas llega muy lejos, al cuarto de un enfermo; cuando la desembalan, y este enfermo cae de rodillas delante de ella y se exalta mirando y bebiendo esa agua pura, hasta provocar la curación de su mal, es preciso, en verdad, dar un salto extraordinario á la omnipotente ilusión.

—¡Ah!—exclamó Gerardo, en el momento en que los cinco salían; —¿quieren ustedes ver la tienda de los cirios, antes de subir á la administración? Está á dos pasos de aquí.

Y ni siquiera esperó la contestación. Llevólos al otro lado de la plaza del Rosario, sin más objeto, en el fondo, que el de entretener á Ramona.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El espectáculo de la tienda de cirios era aún menos recreativo que el de los talleres de embalaje, de que acababan de salir. Era una especie de cueva, bajo una de las arcadas de la derecha; una bodega profunda, dividida, por medio de armazones de madera, en vastos estantes, en el fondo de los cuales había una extraordinaria provisión de cirios, clasificados por tamaños.

Lo sobrante de los cirios dados á la Gruta yacía allí, y eran tantos, que en carretillas especiales, donde los depositaban los fieles, cerca de la reja, había necesidad de transportarlos varias veces al día al vasto almacén.

En principio, todo cirio ofrecido tenía que ser quemado á los pies de la Vírgen. Pero era demasiado. Aunque ardiesen doscientos de todo tamaño, noche y día, no llegaban jamás á agotar aquella espantosa provisión, que aumentaba sin cesar.

Corría el rumor de que los padres se veían obligados á revender la cera. Y no faltaban amigos de la Gruta que confesaban con cierto orgullo, que el rendimiento de los cirios hubiera bastado para hacer marchar todo el negocio.

La cantidad sola, asombró á Ramona y á la Dèsagneaux.

¡Cuánto cirio! Señor, ¡cuánto cirio!

Los pequeños, sobre todo, los que costaban de cincuenta céntimos á un franco, se amontonaban en cantidad fabulosa.

Guersaint, engolfado en los números, formó una estadística en que se perdió; Pedro, mudo, miraba aquellos montones de cera, destinados á arder al aire libre para gloria de Dios; y aunque no era utilitario y comprendía el lujo de los goces, de las satisfacciones ilusorias, que alimenta al hombre tanto como el pan, no podía menos de pensar en las limosnas que hubieran podido hacerse con el dinero de toda aquella cera que se iba en humo.

—Bueno, ¿y la botella que he de enviar?—preguntó la Dèsagneaux.

—Vamos á la oficina—contestó Gerardo.—Es cuestión de cinco minutos.

Tuvieron que atravesar la plaza del Rosario y subir por la escalera que conduce á la Basílica.

La oficina se encontraba en lo alto, á la izquierda, á la entrada del camino del Calvario. El edificio era muy mezquino. Un barracón de tablas y yeso, arruinado por el viento y la lluvia. A la entrada se leía esta muestra:

«Dirigirse aquí para las misas, donativos y cofradías. Intenciones recomendadas. Envío de agua de Lourdes. Suscripciones á los Anales de Nuestra Señora de Lourdes.»

Y ¡qué de millones habían pasado ya por aquella oficina miserable, que debía datar de la edad de la inocencia, de cuando echaban apenas los fundamentos de la Basílica inmediata!

Todos entraron deseosos de verlo. Pero no vieron más que una taquilla. La Dèsagneaux tuvo que inclinarse para dar la dirección de su amiga, y después de haber entregado un franco y setenta céntimos, le dieron un pequeño recibo, parecido al talón que para el equipaje expiden en los ferrocarriles.

Otra vez fuera, Gerardo continuó, enseñando un vasto edificio, á dos ó trescientos metros:

—Aquella es la habitación de los padres de la Gruta.

—¿Cómo es que nunca se los ve?—preguntó Pedro.

Sorprendido, el joven no supo, de momento, qué contestar. Luego dijo:

—Naturalmente, no se les ve, porque lo abandonan todo, Gruta y demás, á los padres de la Asunción, durante la peregrinación nacional.

Pedro miraba el edificio, que parecía una fortaleza. Las ventanas estaban cerradas. La casa parecía desierta.

Sin embargo, todo salía de allí y allí todo convergía. A Pedro se le figuraba oír el ruído del oro de las muchedumbres, que los padres recogían con la sangre de los devotos.

Mientras tanto, Gerardo continuó en voz baja:

—¡Ve usted cómo salen! Aquí viene precisamente el reverendo padre director Capdebarthe.

En efecto, pasaba un religioso, de aspecto vulgar, con aires de campesino tosco, corpulento, de cabeza cuadrada. En sus ojos opacos nada se leía, y su rostro había conservado un tinte arcilloso y un reflejo rojizo y triste de la tierra.

Monseñor Laurence, tiempo atrás, había hecho una elección verdaderamente política, al confiar la organización y la explotación de la Gruta á esos misioneros de Garaisón, tan tenaces y rudos, hijos, casi todos, de montañeses, amantes apasionados del suelo.

Los cinco bajaron luego lentamente, por la explanada de la Merlasse, el ancho boulevard que sigue la rampa de la izquierda y se une con la avenida de la Gruta.

Era ya más de la una, pero el almuerzo continuaba en toda la villa atestada de gente. Los cincuenta mil peregrinos y curiosos aún no habían podido turnar todos en las mesas.

Pedro, que había dejado llena la mesa redonda de su hotel, y acababa de ver á los hospitalarios apretados en torno de la mesa del «rancho,» volvía á ver mesas y más mesas ocupadas. En todas partes, no hacían más que comer.

Pero al aire libre, á derecha é izquierda de la vasta calle, la gente pobre invadía las mesas servidas en las aceras, y formadas con largas tablas, provistas de dos bancos; todo cubierto con una tira de tela, á guisa de toldo.

Allí vendían caldo y café á diez céntimos taza. Los panecillos, en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

altas cestas, costaban lo mismo. Colgados de los palos que sostenían el toldo, balanceábanse sartas de salchichones, jamones y embutidos de todas clases.

Algunos de aquellos venteros al aire libre freían patatas; otros guisaban viandas baratas con cebolla. Un humo acre y olores violentos se mezclaban en el aire con el polvo que levantaba el continuo andar de los transeuntes.

Formábanse pacientes colas delante de las cantinas. Los clientes se sucedían en los bancos, á lo largo de las tablas cubiertas de hule, donde apenas cabían, á lo ancho, dos escudillas de sopa.

Todos devoraban presurosos, con el apetito abierto por la fatiga; ese apetito insaciable que son las grandes sacudidas morales. La bestia se saciaba á su vez, después del agotamiento de las plegarias infinitas; después del olvido del cuerpo en el cielo de las leyendas.

Bajo aquel cielo resplandeciente de los hermosos domingos, la avenida de la Gruta ofrecía entonces el aspecto de un verdadero campo de feria, donde se manifestaba la glotonería de un pueblo suelto, la satisfacción de vivir, á pesar de las enfermedades abominables y de la rareza de los milagros.

—Comen y se divierten—dijo Gerardo, que adivinó las reflexiones de la amable comitiva.

—Es natural—murmuró Pedro;—¡pobre gente! Su expansión es muy legítima.

Por su parte, sentíase vivamente impresionado ante aquel desquite de la naturaleza. Pero al encontrarse al extremo inferior del boulevard, camino de la Gruta, le mortificó la impertinencia de las vendedoras de cirios y ramos, que á bandadas asaltaban á los transeuntes, con una rudeza de conquista. Casi todas eran mujeres jóvenes, con la cabeza descubierta ó abrigada con un pañuelo, y mostraban un desparpajo que rayaba en desvergüenza; y las viejas no daban pruebas de mayor discreción. Llevaban un paquete de cirios debajo del brazo, blandiendo el que ofrecían hasta meterlo en la mano de la gente.

—Caballero, señora, cómpreme usted un cirio, que le traerá suerte.

Un señor, rodeado, sacudido por tres de las más jóvenes, estuvo á punto de dejar en manos de ellas los faldones de su levita.

La misma historia se repetía con los ramos; unos ramos redondos, fuertemente atados con recio cordel, que parecían coles.

—Un ramo, señora, un ramo; cómpreme un ramo para la Santa Vírgen.

Si la señora escapaba, oía detrás de ella sordas injurias.

El negocio, el impudente negocio, asediaba así á los peregrinos hasta las inmediaciones de la Gruta. No solamente se instalaba triunfante en todas las tiendas, unas pegadas á las otras, hasta el punto de convertir cada calle en un bazar, sino que entorpecía el paso, y paseaba en carritos de mano rosarios, medallas, estatuítas y estampas piadosas.

En todas partes se compraba casi tanto como se comía, pues todo el mundo quería llevarse un recuerdo de aquella feria santa. Y la nota viva, la alegría de aquella fiebre comercial, de aquel enjambre de vendedores ambulantes, consistía en los chiquillos que atravesaban el gentío pregonando el *Diario de la Gruta*.

Su vos delgada y aguda penetraba en los oídos:

—¡El *Diario de la Gruta*, edición de esta mañana, diez céntimos, el *Diario de la Gruta!*

En medio de los empujones contínuos, en el remolino incesante de la muchedumbre, el grupo se halló separado. Ramona y Gerardo se quedaron atrás. Los dos se habían entretenido hablando, con un aire de intimidad sonriente, perdidos y solos entre tanta gente. Fué preciso que la señora Dèsagneaux se detuviese y los llamase.

—Anden ustedes; íbamos á perdernos.

En el momento en que llegaban, Pedro oyó á la muchacha que decía:

—¡Mamá está tan ocupada! Háblela usted antes de que nos vayamos.

Gerardo contestó:

—Convenido. Colmará usted mi dicha, señorita.

Era el matrimonio conquistado y resuelto durante aquel paseo delicioso, entre las maravillas de Lourdes.

Ella sola había acabado de vencer, y él había tomado al fin una resolucion al sentirla apoyarse en su brazo, tan alegre y juiciosa. Pero Guersaint, con la vista levantada, exclamó:

—Arriba, en aquel balcón, ¿no es esa familia muy rica que ha viajado con nosotros? ¿No se acuerdan ustedes? Aquella señora joven, enferma, acompañada de su marido y de su hermana.

Se refería á los Dieulafay; y eran ellos, efectivamente, asomados al balcón del piso que habían alquilado en una casa nueva, cuyas ventanas daban á los parterres del Rosario. Ocupaban el primer piso, amueblado con todo el lujo que Lourdes había podido proporcionar: tapices, alfombras, cortinas, etcétera; sin contar el personal de criados enviados previamente de París.

Como hacía buen tiempo, habían sacado al aire libre á la enferma, tendida en un gran sillón. Vestía una bata de encaje. El marido, de levita cerrada, como siempre, estaba de pie á la derecha de su esposa; mientras que la hermana, divinamente vestida, con un traje de color de rosa, estaba sentada á su izquierda, sonriente é inclinándose hacia ella de vez en cuando, para hablarle, sin obtener contestación.

—¡Oh!—refirió la Dèsagneaux;—he oido hablar con frecuencia de la señora Jousseur. Está casada con un diplomático que la quiere poco, á pesar de que es tan hermosa. El año pasado hablóse mucho de la pasión que ella tuvo por un joven coronel muy conocido en París. Pero los salones católicos afirman que ella triunfó, gracias á la religión.

Todos se quedaron mirando hacia arriba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Quién diría que su hermana, la enferma que ven ustedes ahí, era su retrato vivo? Hasta tenía un aire de bondad y de alegría infinitamente más dulce.... Ahora, miren ustedes: es una muerta puesta al sol: un montón de carne reducida, lívida y sin huesos, que no se atreven á mover. ¡Desgraciada!

Ramona aseguró entonces que la señora Dieulafay, que llevaba dos años escasos de matrimonio, había traído todas las joyas de su ajuar de novia, para regalárselas á Nuestra Señora de Lourdes.

Gerardo confirmó el detalle, añadiendo lo que le habían dicho aquella mañana; es, á saber: que las joyas acababan de ser entregadas al tesoro de la Basílica; sin hablar de una linterna de oro, adornada con piedras preciosas, y de una crecida cantidad de dinero, destinada á los pobres.

Pero la Santa Vírgen no debía haberse dejado conmover todavía, pues el estado de la enferma parecía más bien haber empeorado.

Desde aquel momento, Pedro no vió más que á la joven señora, tan desgraciada en medio de su lujo y sus riquezas, que parecía dominar, desde aquel lujoso balcón, á la muchedumbre suelta, á todo Lourdes que disfrutaba alegremente de aquel hermoso domingo.

Los dos seres que la velaban con tanta ternura, la hermana, que había abandonado sus éxitos mundanos, y el marido, que no se acordaba de su casa de banca, cuyos millones rodaban por las cuatro partes del mundo, aumentaban con su corrección irreprochable la tristeza del grupo que formaban, por cima de todas las cabezas, en frente del admirable valle.

Eran los que más llamaban la atención, como infinitamente ricos é infinitamente miserables.

Pero los cinco paseantes corrían riesgo de ser atropellados á cada instante por los coches que llegaban sin cesar. Entre éstos abundaban las carretelas tiradas por cuatro caballos, lujosamente enjaezados, con muchos cascabeles.

Eran los *turistas*, que venían de Pau, Barèges y Cauterets, atraídos por la curiosidad, estimulados por el buen tiempo, regocijados por la carrera animada á través del país montañoso; y como no habían de estar en Lourdes más que algunas horas, corrían á la Gruta y á la Basílica, en traje de playa, y volvíanse contentos de haber visto todo aquello.

Familias enteras vestidas de claro; numerosos grupos de señoras, con sombrillas de vivos colores, corrían por entre la muchedumbre gris y neutra de la peregrinación, que acababan de transformar en una barahunda de fiesta foránea, de esa donde la gente elegante se digna ir á divertirse.

De pronto, la Dèsagneaux dió un grito:

—¡Cómo! ¿Tú aquí, Berta?

Y besó á una mujer alta, morena, encantadora, que bajaba de un coche, con otras tres señoras jóvenes, muy alegres y muy animadas.

Las voces se cruzaban, mezclándose las preguntas con la exclamaciones; un regocijo extraordinario con motivo del encuentro.

—¡Pero, amiga, si estamos en Cauterets! Se nos ocurrió venir las cuatro, como todo el mundo. Y tu marido ¿ha venido contigo?

La Dèsagneaux contestó:

—¡Cá, mujer! si está en Trouville, ¿pues no lo sabes? Yo iré el jueves.

—¡Ah! sí, es verdad—contestó la morena alta, que también parecía muy aturdida.—No me acordaba. Has venido con la peregrinación.... Y, dime....

Bajó la voz á causa de Ramona, que estaba escuchando con la sonrisa en los labios.

—Escucha ¿has pedido á la Vírgen que te envíe el fruto de bendición que tanto tarda en llegar?

La Dèsagneaux, poniéndose algo colorada, la hizo callar diciéndole al oído:

—Hace dos años que se lo pido; y te aseguro que me tiene muy disgustada el ver que no llega.... Pero esta vez, creo, sin embargo, que algo hay en camino. ¡Oh! no te rías. He sentido positivamente algo esta mañana, orando en la Gruta.

Echóse á reír y todas hicieron lo mismo, gritando como locas. Se brindó á servirlas de guía, prometiéndolas enseñarlas todo lo que había que ver, en menos de dos horas.

—Venga usted con nosotras, Ramona; su mamá no pasará cuidado.

Cambiáronse saludos con Pedro y Guersaint.

Gerardo se despidió también, dando un tierno apretón de mano á Ramona, mientras se miraba en sus ojos como para comprometerse de un modo definitivo.

Las señoras se alejaron, dirigiéndose hacia la Gruta. Eran seis, felices, jóvenes y graciosas, paseando el encanto de su alegría y su hermosura.

Después que Gerardo se hubo ido, á su vez, por su lado, á reanudar su servicio, Guersaint dijo á Pedro:

—¿Y nuestro peluquero de la plaza del Mercadal? Necesito ir á su casa. Me acompaña usted ¿verdad?

—Naturalmente; donde usted quiera. Le sigo á usted, puesto que María no nos necesita.

Atravesaron el puente nuevo y tuvieron otro encuentro: la del abate Des Hermoisses, que se había constituído en guía de dos señoras jóvenes, que habían llegado par la mañana de Tarbes. Iba en medio de las dos, con su aire galante de cura mundano, y les enseñada y explicaba malos olores, el espectáculo de toda Lourdes, evitándoles los lados desagradables, como los enfermos, losaquella bajo miseria humana, que quedaba disimulada bajo la hermosura de aquel día esplendoroso.

A la primera palabra de Guersaint que le habló del aquiler de carruaje, para la excursión á Gavarnie, debió tener miedo de separarse de aquellas hermosas señoras.

—Como usted quiera, caballero. Encárguese usted de ello; y tiene usted razón, lo más barato posible, porque irán conmigo dos eclesiásticos pobres. Seremos cuatro.... Sírvase usted mandarme recado esta noche diciéndome la hora de salida.

Dijo el elegante abate, y se fué con las dos señoras á la Gruta, por la umbrosa alameda que se halla á la orilla del Gave; paseo fresco y discreto, propio para los enamorados.

Pedro había permanecido apartado, adosado al paradeto del puente nuevo. Por primera vez le llamó la atención el pululamiento extraordinario de los curas en medio de la muchedumbre. Miróles pasar en número infinito por el puente.

Todas las variedades desfilaban: los curas correctos, que habían venido con la oeregrinación y que eran conocedores por su aplomo y por sus sotanas limpias; los pobres curas de aldea, más tímidos, mal vestidos, que habían hecho sacrificios para realizar la excursión y andaban azorados por las calles; por último, la nube de eclesiasticos que había caído sobre Lourdes, no se sabía de dónde, y gozaban de una libertad absoluta sin que pudiera saberse si celebraban su misa cada mañana.

Esta libertad debía parecerles tan grata que, indudablemente, la mayor parte de ellos, como el abate Des Hermoisses, se encontraban allí de vacaciones, libres de todo deber, contentos de vivir como el común de los mortales, gracias á la barahunda en que se perdían.

Desde el joven vicario, cuidadoso y perfumado, hasta el viejo cura de sotana sucia, que arrastraba anchos y viejos zapatos, la especie entera estaba allí representada; los gordos y los flacos, los altos y los bajos, los guiados por la fe más ferviente y los que iban desempeñando simplemente tales ó cuales funciones, los intrigantes, que sólo acudían por buena política.

Pedro quedaba asombrado en presencia de tantos curas, cada uno con su pasión particular y todos puestos en camino de la Gruta, como quien va á un deber, á una creencia, á un placer, á un sacrificio.

Reparó en uno muy pequeño, flaco y negro, de acento italiano, y cuyos brillantes ojos parecían levantar el plano de Lourdes, como esos espías que recorren el país antes de la conquista; y vió otro, enorme, de aire paternal, que se sentía molesto por haber comido demasiado, y se detuvo delante de una vieja enferma, acabando por ponerle en la mano una moneda de cinco francos.

Guersaint volvió á juntarse con él.

—No tenemos más que seguir el boulevard y la calle Baja.

Pedro le siguió sin contestar. Acababa de sentir su sotana sobre sus espaldas, y nunca le había parecido tan ligera como en medio de aquella

aglomeración de gente. Vivía en una especie de atuádimiento y de incosciencia, esperando siempre el golpe de la fe, á pesar del sordo malestar que aumentaba en él, en presencia de las cosas que veía.

La presencia de aquella multitud de curas, ya no le mortificaba, sino que, por el contrario, sentía por ellos una especie de fraternidad. ¡Cuántos habría que, sin creer desempeñaban como él honradamente su misión de guías y dispensadores de consuelos!

Guersaint levantó la voz.

—Ya sabe usted que este boulevard es nuevo. ¡Las casas que han construído en veinte años!... ¡Hay aquí una verdadera ciudad nueva!

El Lapaca corría á la derecha, detrás de las casas.

Se les ocurrió meterse por un callejón, y encontraron viejas construcciones, muy curiosas, á orillas del arroyo.

Varios antiguos molinos alineaban sus ruedas. Les enseñaron el que monseñor Laurence dió á los padres de Bernadette, después de las apariciones.

También hacían visitar allí una casita, supuesto domicilio de Bernadette, donde se instalaron los Soubirons, al irse de la calle de los Petits-Fossés, y donde la muchacha, estando ya de pensionista en el convento de las Hermanitas de Nevers, debió dormir raras veces.

En fin, por la calle Baja, llegaron á la plaza del Marcadal.

Era una larga plaza triangular, la más animada y lujosa de la antigua población; donde se hallaban los cafés, las farmacias, las tiendias más hermosas.

Entre éstas, distinguíase una pintada de verde claro, guarnecida de altos espejos, y sobre cuya puerta se leía en letras de oro:

CAZABAN, PELUQUERO.

Guersaint y Pedro entraron. Pero no había nadie en la peluquería, y tuvieron que esperar.

Oíase en la habitación inmediata un terrible ruído de tenedores. El comedor había sido convertido en mesa redonda, donde almorzaban diez ó doce personas, á pesar de que ya eran las dos.

La tarde avanzaba, pero en todo Lourdes se comía aún.

Lo mismo que todos los demás propietarios de la villa, fueren cuales fuesen sus opiniones religiosas. Cazabán alquilaba, durante las peregrinaciones, su propio cuarto, y abandonaba su comedor para refugiarse en la cueva, donde comía y dormía con su mujer, en un rincón donde faltaba aire para respirar.

El negocio hacía que la población desapareciese, como la de una ciudad conquistada, entregando á los peregrinos hasta las camas de las mujeres y de los hijos, sentándolos, á sus mesas y haciéndolos comer en su vajilla.

—¡No hay nadie en esta casa!—gritó Guersaint.

Al fin salió un hombrecito, tipo pirenáico, vivo y huesoso, afilado

de cara, de pómulos salientes, cutis moreno, salpicado de rojo. Sus grandes ojos, brillantes, no permanecían nunca inmóviles, y en toda su flaca persona había una exuberancia continua de gestos y palabras.

—¿Desea usted afeitarse, caballero? Usted dispense; mi oficial ha salido y yo estaba ahí dentro con mis huéspedes.... Ya puede usted sentarse, si gusta. Voy á servirle al momento.

Y Cazabán, dignándose, operar en persona, batió el jabón y afiló la navaja.

Había dirigido una mirada inquieta á la sotana de Pedro, que, sin decir una palabra, se había sentado y parecía absorto en la lectura de un periódico que había desplegado.

Hubo un corto silencio.

Pero Cazabán no podía estar callado; mientras jaboneaba la barba de su cliente, añadió:

—Figúrese usted, caballero, que mis huéspedes se han entretenido tanto en la Gruta, que hasta hace un momento no han venido á almorzar. ¿Les oye usted? Yo estaba con ellos por pura cortesía... Pero también me debo á mis clientes, ¿verdad? Hay que contentar á todo el mundo.

Entonces Guersaint, á quien le gustaba también hablar, le preguntó:

—¿Aloja usted peregrinos?

—¡Oh! En Lourdes no hay quien no aloje algunos—contestó sencillamente el peluquero.—El país lo trae de sí.

—¿Los acompaña usted á la Gruta?

Cazabán se indignó, y dijo con la navaja en el aire:

—¡Nunca, caballero; nunca! Hace ya cinco años que no he bajado á esa nueva población que edifican.

Contúvose otra vez, mirando de reojo la sotana de Pedro que desaparecía detrás del periódico; y la vista de la cruz roja, prendida en la chaqueta de Guersaint, le indujo á ser prudente. Pero su lengua le dominó.

—Diré á usted, caballero; todas las opiniones son libres, yo respeto la de usted, pero no creo en esas fantasmagorías. Y no lo he ocultado jamás á nadie. Bajo el Imperio, ya era yo republicano y librepensador. No éramos cuatro en Lourdes, en aquella época. Y me vanaglorío de ello; sí, señor.

Había atacado la mejilla izquierda y triunfaba. Desde aquel instante, el hombre se convirtió en un diluvio de palabras, inagotables. En primer lugar, repitió las acusaciones de Majestad contra los padres de la Gruta; el tráfico con los objetos religiosos, la competencia desleal hecha á los tenderos de artículos piadosos, á los fondistas y á los caseros.

En cuanto á las Hermanitas azules de la Inmaculada Concepción, ¡Ah! ¡Qué odio las tenía porque le habían quitado dos inquilinas, dos señoras viejas que pasaban en Lourdes tres semanas cada año!

Y lo que más se observaba en él, era el rencor lentamente acumulado, y que desbordaba al fin, de la población vieja contra la nueva, surgida de improviso, al lado opuesto del castillo; contra aquella población rica, con grandes casas como palacios, donde iba á parar todo el lujo y todo el dinero; de tal manera se engrandecía y enriquecía sin cesar, al paso que la hermana mayor, la antigua villa pobre de las montañas, acababa de agonizar, con sus callejones desiertos, donde crecía la hierba.

La lucha continuaba, sin embargo; la villa antigua no quería morir, procuraba obligar á su ingrata hermana menor á un reparto de fortuna, alojaba también peregrinos y abría tiendas; pero las tiendas no se aparroquianaban sino con la condición de hallarse cerca de la Gruta, y únicamente los peregrinos pobres consentían en alojarse lejos.

Este combate desigual agravaba la ruptura, convertía las poblaciones alta y baja en dos enemigas irreconciliables, que se devoraban sordamente, en contínuas intrigas.

—¡Oh! ¡No, por cierto; no seré yo quien vaya á la Gruta!—añadió Cazabán con su aire furioso.—¡Y de qué manera abusan de ella! ¡Parece mentira que en el siglo XIX veamos semejante idolatría, una superstición tan grosera!... Pregunteles usted si en veinte años han curado un solo enfermo de la población. Y no es que falten tullidos en nuestras calles. Al principio fueron gente de aquí las que obtuvieron el beneficio de los primeros milagros. Pero, al parecer, hace tiempo que su agua milagrosa ha perdido toda virtud para nosotros. Vivimos demasiado cerca, y hay que venir de lejos para que cure.

¡Qué solemne tontería! ¡Le aseguro á usted que no bajaría á la Gruta, aunque me diesen cien francos!

La inmovilidad de Pedro debía irritarle. Acababa de pasar á la mejilla derecha, y concluía furiosamente contra los padres de la Inmaculada Concepción, cuya aspereza era la única causa del desacuerdo.

Estos padres, que eran al fin y al cabo del país, puesto que habían comprado al Municipio los terrenos donde querían edificar, no respetaban siquiera el convenio firmado con la villa, pues se comprometían á abstenerse de todo comercio, de la venta de agua y artículos de piedad.

Indudablemente, se les hubiera podido demandar ante los Tribunales de justicia, con la seguridad de verles condenados. Pero se consideraban tan fuertes, que de toda amenaza se reían y no dejaban que un solo donativo fuese á la parroquia. Todo el dinero recogido iba á parar á la Gruta y la Basílica.

Cazabán tuvo una exclamación ingenua:

—¡Si, al menos, consintiesen en partir!...

Cuando Guersaint, que se levantaba, volvió á sentarse, el peluquero continuó:

—¿Y si yo le dijese á usted, caballero, en qué han convertido nuestro pobre pueblo? Las muchachas eran muy juiciosas y honradas, yo se lo aseguro á usted, hace cuarenta años. Yo recuerdo que en mis mocedades, cuando un joven quería divertirse, no había aquí más que tres ó cuatro desvergonzadas para satisfacerle; tanto que, en días de feria, he visto á los hombres hacer cola á la puerta de aquellas mujeres; palabra de honor.... Pero, ¿ahora? ¡Ah! ¡Cómo han cambiado los tiempos! Las costumbres son muy distintas.

Ahora, las hijas del país se dedican casi todas á la venta de cirios y de ramos; ya habrá usted visto de qué manera asedian á los transeuntes, metiéndoles á la fuerza la mercancía en las manos. ¡Es una vergüenza, con esas atrevidas! Ganan mucho, se entregan á la vida perezosa, y en invierno no hacen nada, esperando que vuelva la época de las peregrinaciones.

Pues bien, yo le aseguro á usted que los jóvenes aficionados á correrla, encuentran hoy con quién entretenerse. ¡Añada usted á eso la población flotante y sospechosa que nos invade tan pronto como aparecen los primeros días buenos: cocheros, vendedores ambulantes, cantineros, todo un bajo pueblo nómada, que suda grosería y vicio, y tendrá usted la honrada villa nueva que nos han propinado, con las bandadas de gente que vienen á su Gruta y á la Basílica!

Pedro, muy fatigado, había dejado caer el periódico. Escuchaba, teniendo por primera vez la intuición de los dos Lourdes; el antiguo, tan honrado y piadoso en su tranquila soledad, y el nuevo, corrompido desmoralizado por tantos millones manejados, y tantas riquezas provocadas y acrecidas, por la afluencia creciente de forasteros que atravesaban la villa á escape, por la podredumbre fatal de la aglomeración y el contagio de los malos ejemplos.

Y ¡qué resultado, si se pensaba en la cándida Bernadette arrodillada ante la rústica Gruta primitiva, en toda la ingenua fe y en toda la pureza ferviente de los primeros collaboradores de la obra!

¿Era aquel envenenamiento del país por el lucro y por la escoria humana, lo que se habían propuesto? Bastaba que viniesen los pueblos para que se declarase la peste.

Cazabán, viendo que Pedro escuchaba, tuvo otro gesto de amenaza, como para barrer toda aquella superstición envenenadora. Luego, silencioso, acabó de peinar á Guersaint.

—¡Para servir á usted, caballero!—dijo una vez terminada la operación.

Hasta entonces no habló del coche el arquitecto.

El peluquero se excusó, al principio, diciendo que era preciso ver á su hermano, en el Campo común. Por último consintió en aceptar el encargo. Una carretela de dos caballos, para ir á Gavarnie, costaba cincuenta francos. Pero contento de haber tenido ocasión de hablar tanto

y de ver que se le trataba de hombre honrado, acabó por rebajar el precio á cuarenta francos. Entre cuatro personas, tocaría á diez por barba.

Se convino en partir de noche, cerca de las tres, á fin de poder regresar al día siguiente, lunes, por la tarde, temprano.

—El coche estará delante de la fonda de las Apariciones á la hora convenida—repitió Cazabán, con su aire de énfasis. Cuenten ustedes conmigo, caballeros.

Escuchó. El ruído de vajilla no cesaba en el fondo de la habitación vecina. Seguían comiendo en ella, con aquel ruído de voracidad que se extendía de un extremo al otro de la habitación.

Levantóse una voz pidiendo pan.

—Dispensen ustedes—dijo vivamente Cazabán;—mis huéspedes me reclaman.

Y precipitóse con las manos grasientas de haber manejado el peine y el cosmético.

Durante el segundo que la puerta estuvo abierta, Pedro divisó en las paredes del comedor varias imágenes piadosas, y sobre todo una vista de la Gruta que le sorprendieron. Indudablemente, el peluquero no las tenía colgadas allí sino durante los días de peregrinación, para dar gusto á sus huéspedes.

Eran cerca de las tres.

Una vez en la calle, sorprendió á Pedro y á Guersaint el gran ruído de Campanas que agitaba al aire. Al primer toque de vísperas, dado en la Basílica, había contestado la parroquia; y en seguida los conventos, uno detrás de otro, se agregaban al repiqueteo creciente.

La campana cristalina de las Carmelitas se unía á la campana grave de la Inmaculada Concepción; todas las campanas alegres de las Hermanitas de Nevers y de las Dominicas tocaban á un tiempo.

Los días de fiesta, hendían el aire, desde el amanecer hasta la noche vuelos de campanas, por encima de los tejados de Lourdes.

Nada más alegre que aquella canción sonora bajo el gran cielo azul, sobre aquella población glotona, que alfin había almorzado y paseaba ahora su feliz digestión al sol.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

Entrada la noche, María fué acometida de impaciencia en el Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, porque sabía por la señora de Jonquière que el barón Suire había obtenido para ella, del padre Fourcade, la autorización de pasar la noche entre la Gruta.

A cada minuto, preguntaba á sor Jacinta:

—Mi hermana, diga usted, ¿son ya las nueve?

—No, hija mía, no; apenas son las ocho y media... Tome usted; aquí tiene un buen pañolón de lana para abrigarse de madrugada, porque el Gave corre cerca y las mañanas, son frescas en estos países montañosos.

—¡Oh, las noches son tan hermosas! Y además, duermo tan poco en esta sala... Fuera no puedo estar peor que aquí... ¡Dios mío, qué contenta estoy! ¡Qué delicia, qué encanto, pasar toda la noche con la Santa Vírgen!

La sala entera le tenía envidia. Era el goce inefable, la beatitud suprema, eso de orar toda una noche ante la Gruta.

Decíase que las elegidas veían seguramente á la Santa Vírgen, en medio de la augusta paz de las tinieblas. Pero se necesitaban altas protecciones para obtener semejante favor.

A los padres no le gustaba concederlo, desde que varias enfermas habían muerto allí, como adormecidas en su éxtasis.

—Mañana, hija,—añadió sor Jacinta,—por la mañana, temprano, comulgará usted en la Gruta, antes de volver aquí.

Dieron las nueve. Pedro, tan puntual. ¿Se habría olvidado de ella?

Hablábanla ahora de la procesión nocturna, con profusión de hachas y cirios, que podría ver de un extremo al otro, si salía en seguida.

Cada noche, las ceremonias, concluían con una procesión igual; pero la del domingo era siempre la más hermosa, y anunciaban que la de aquella noche sería de un esplendor extraordinario, pocas veces visto. Cerca de treinta mil peregrinos habían de desfilar con un cirio en la mano.

Las maravillas nocturnas del cielo iban á abrirse, las estrellas bajarían seguramente á la tierra.

Y los enfermos se quejaban. ¡Qué triste era estar crucificado en la cama, sin poder ver nada de todos aquellos prodigios!

—Hija mía querida,—se acercó á decirle la señora de Jonquière;—aquí vienen su señor padre y el abate.

María, loca de contenta, olvidó sus impaciencias de antes.

—¡Oh! Pedro, á prisa, á prisa! Hágame el favor...

La bajaron, y Pedro tiró del carrito que rodó suavemente bajo al cielo acribillado de estrellas; Guersaint iba al lado.

Era una noche sin luna, admirablemente hermosa; un terciopelo azul oscuro, tachonado de diamantes. La dulzura del aire era exquisita; un baño tibio de aire puro, embalsamado con el perfumo de las montañas.

Muchos peregrinos iban presurosos por la calle, en dirección á la Gruta. Pero era una muchedumbre discreta, una oleada humana, recogida, sin la bobería foránea del dinero.

Desde la explanada de la Merlasse, las tinieblas se ensanchaban; se entraba bajo el cielo inmenso, en el lago de sombra de los parterres y de los grandes árboles, por encima de los cuales únicamente se destacaba, á la izquierda, la veleta delgada y pálida de la Basílica.

A Pedro le preocupó el gentío; cada vez más compacto, que iba encontrando. En la Plaza del Rosario, andaban ya con mucha dificultad.

—No hay que pensar en acercarnos á la Gruta, dijo deteniéndose. Lo mejor sería tomar una alameda detrás del Abrigo de los peregrinos, y allí esperar.

Pero María deseaba vivamente ver la salida de la procesión.

—Por favor, amigo mío, procure usted ir hasta el Gave. Veré de lejos, no digo que me acerquen.

Guersaint, tan curioso como ella, insistió á su vez:

No tenga usted cuidado; aquí estoy yo detrás, para evitar todo choque.

Pedro tuvo que volver á tirar del carrito. Necesitó un cuarto de hora para pasar por debajo de una de las arcadas de la rampa de la derecha; tan apiñada estaba la gente. Oblicuó luego un poco y acabó por llegar al malecón, á la orilla del Gave, donde no había más que espectadores apostados en la acera. Pudo avanzar todavía unos cincuenta metros y detuvo el carrito contra el parapeto, á la vista de la Gruta.

—¿Estará usted bien aquí?

—Sí, sí; gracias. Pero hay que sentarme y veré mejor.

Guersaint la sentó y él mismo se encaramó en el banco de piedra que reina de un extremo al otro del malecón. Había allí una apiñada multitud de curiosos como en noches de fuegos artificiales. Todos estiraban el cuello, empinándose para ver. El mismo Pedro acabó por mirar con curiosidad, aunque todavía era poco lo que se veía.

Pasarían de treinta mil personas las que allí se habían aglomerado, y seguían llegando más. Todos llevaban un cirio envuelto en una especie de cucurucho de papel blanco en el cual había impresa en azul una imagen de Nuestra Señora de Lourdes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero aquellos cirios no estaban aún encendidos.

Por encima de aquel mar de cabezas se veía la Gruta que brillaba como una fragua. Subía un gran murmullo; pasaban soplos que daban la sensación de miles de seres apretados, perdidos en el fondo de la sombra refluyendo como una capa viviente, que se ensanchaba sin cesar.

Los había bajo los árboles, más allá de la Gruta, en hondonadas de tinieblas que nadie hubiera adivinado.

En fin, los preparativos empezaron por algunos cirios, encendidos acá y acullá, que brillaron como bruscas centellas, atravesando al acaso la oscuridad.

Creció el número rápidamente; formáronse islotes de estrellas; mientras que en otros puntos se veían como vías lácteas, en medio de las constelaciones. Los treinta mil cirios se encendían uno por uno, apagando el vivo resplandor de la Gruta y haciendo correr de un extremo al otro del paseo las pequeñas llamas amarillas de un fuego inmenso.

—¡Oh, Pedro, qué bonito es eso!—murmuró María.—Parece la resurrección de los humildes; pequeñas almas pobres que despiertan y brillan.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!—repetía Guersaint en un arranque de satisfacción artística.—Mire usted allá abajo aquellos dos regueros de luz que se cortan y forman una cruz.

Pero á Pedro le había impresionado lo que María acababa de decir. Efectivamente, eran llamas débiles, apenas puntos luminosos, de una modestia de pueblo humilde y cuyo gran número brillaba con un resplandor de sol.

Continuamente nacían nuevas llamas, más lejanas y como perdidas.

—¡Ah!—murmuró.—Allí apareció una solitaria y vacilante, allá lejos... ¿La ve usted, María? ¡Cómo flota, y cómo viene lentamente á perderse en el gran lago de fuego!

Veíase ahora tan claro como de día. Los árboles, iluminados por debajo, eran de un verdor intenso, como árboles pintados, tal como los vemos en las decoraciones.

Por encima del movedizo incendio, se destacaban banderas inmóviles, con sus santos bordados y sus cordones de seda.

El gran reflejo subía á lo largo de la peña hasta la Basílica, cuya veleta aparecía ahora blanca sobre el cielo negro; mientras que á la opuesta orilla del Gave, las colinas se iluminaban también, ostentando las fachadas claras de los conventos, en medio de follaje sombrío.

Hubo todavía un momento de incertidumbre. El lago flameaba, parecía pronto á romperse para escaparse en río. Las banderas oscilaron y se inició un movimiento.

—¡Calla!—exclamó Guersaint.—¿No pasan por aquí?

Pedro, al corriente, explicó que la procesión subía desde luego por el camino en zig-zag, abierto á costa de mucho dinero en la vertiente de la colina, poblada de árboles. Daba luego la vuelta por la Basílica, antes de bajar por la rampa de la derecha, y desarrollarse á través de los jardines.

—Miren ustedes; se ven los primeros cirios que suben entre el ramaje.

Fué un encanto. Lucecitas trémulas se destacaban de la vasta hoguera, subían pausadamente, con vuelo delicado, sin que pudiese distinguirse nada que los sujetase á la tierra. Aquello se movía como polvo de sol en las tinieblas. Pronto hubo una línea oblícua; luego la línea se dobló, formando un codo brusco, y se indicó otra línea, que dobló á su vez. Al fin toda la ladera quedó surcada de un zig-zag de fuego, como esos rayos que se ven caer del cielo negro, en las estampas.

Pero la traza luminosa no se borraba. Las lucecitas seguían deslizándose con el mismo vuelo suave y lento. De vez en cuando había un eclipse súbito. La procesión debía pasar detrás de algún espeso ramaje. Más lejos, lejos, los cirios volvían á arder, continuaban su marcha hacia el cielo, por los complicados tramos, incesantemente interrumpidos y reanudados.

Llegó un momento en que cesaron de subir. Habían llegado á lo más alto de la colina. Allí desaparecieron por el último recodo del camino.

Salían voces de la muchedumbre.

—Dan ahora la vuelta á la Basílica.

—¡Todavía tardarán veinte minutos antes de bajar por el otro lado!

—Sí, señora; son treinta mil. Hasta dentro de una hora no partirán de la Gruta los últimos.

Desde el principio de la procesión, elevóse un cántico por encima del sordo murmullo del gentío. Era la cántica de Bernadette, las seis decenas de estrofas, donde la salutación angélica se repetía en estribillo, con un ritmo monótono.

Cuando había terminado aquellas sesenta estrofas, volvía á empezarlas.

Y el arrullo se repetía hasta el infinito:

¡Ave, ave, ave, María! Hasta atontar el espíritu, quebrantar las fuerzas y sumergir poco á poco á aquellos miles de seres en una especie de sueño, en plena visión de paraíso.

De noche, cuando dormían, se sentían mecidos en la cuna, y arrullados por el mismo cántico.

—¿Nos quedamos aquí?—preguntó Guersaint, que se cansaba pronto.

—Ahora va á ser siempre lo mismo.

María informada por las voces que oía entre la masa de espectadores, dijo á su vez:

—Pedro, tenía usted razón; mejor sería volvernos al pie de aquellos árboles... ¡Tengo unas ganas de verlo todo!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Es claro—dijo el cura;—vamos á buscar un puesto desde el cual pueda usted verlo todo. Lo difícil, ahora, es salir de aquí.

La aglomeración de curiosos los había amurallado.

Pedro tuvo que abrirse paso con una obstinación lenta, implorando un poco el sitio para una enferma.

Mientras tanto, María se volvía para ver delante de la Gruta la capa de llamas, el lago de pequeñas ondas luminosas de donde salía la interminable procesión, sin que pareciese disminuir.

Guersaint cerraba la Marcha, protegiendo la camilla contra los empujones.

Por fin se haltaron los tres á un lado, fuera del gentío, cerca de uno de los cercados, en un sitio desierto, donde pudieron respirar un instante.

Ya no se oía más que la cántica lejana, con el obstinado refrán, y no se veía sino el reflejo de los cirios, en una especie de nube luminosa, que flotaba hacia la Basílica.

—El mejor sitio,—dijo Guersaint,—sería subir al Calvario. Una camarera de la fonda me lo ha dicho esta mañana. Parece que desde allá arriba, la vista es mágica.

Pero no había que pensarlo. Pedro insistió sobre las dificultades.

—¿Cómo quiere usted encaramarnos á estas horas con el carrito? Luego habría que volver á bajar; cosa muy peligrosa, de noche, en medio de las tropelías.

María también prefería quedarse en los jardines, debajo de los árboles, donde se estaba muy bien.

Pusiéronse, pues, nuevamente en marcha y desembocaron á la Esplanada, delante de la gran Vírgen coronada.

Estaba ésta iluminada con farolillos de colores, que la colocaban en una gloria de fiesta foránea, con una aureola de luces azules y amarillas. A pesar de su devoción, Guersaint encontró aquello de un gusto execrable.

—¡A ver!—dijo María—Cerca de este espesillo estaremos muy bien.

E indicaba un bosquecillo de arbustos, al lado del Abrigo de los peregrinos.

El sitio, en efecto, era excelente, pues desde él se podía ver bajar la procesión por la rampa izquierda y seguir hasta el puente nuevo, á lo largo de los jardines, en su doble movimiento paralelo de ida y vuelta.

La proximidad del Gave daba al follaje una frescura exquisita, y allí no había nadie y se disfrutaba una paz infinita en la sombra espesa de los grandes plátanos que poblaban la alameda.

Guersaint se ponía de puntillas, impaciente, por ver reaparecer los primeros cirios al volver de la Basílica.

—Aun no se ve nada,—murmuraba.—¡Ba! Voy á sentarme un instante sobre la hierba. Mis piernas no pueden más.

Y se interesó por su hija.

—¿Quiéres que te abrigue? Aquí hace mucho fresco.

—No, papá; no tengo frío. ¡Estoy tan á gusto! Hacía mucho tiempo que no había respirado un aire tan bueno.... Por ahí cerca, debe haber rosas. ¿No sientes ese perfume delicioso?

—Y volviéndose hacia Pedro:

—Amigo mío, ¿dónde está esas rosas? ¿No las ve usted?

Cuando Guersaint se hubo sentado cerca del carrito, Pedro miró si había por allí algún rosal. Pero en vano buscó hasta por los sitios más oscuros; no distinguió más que bosquecillos de plantas verdes.

Al volver, pasó por delante del Abrigo de los peregrinos y entró por curiosidad.

Era una gran sala, muy alta de techo, alumbrada con anchas ventanas laterales. El piso estaba embaldosado; las paredes, desnudas. No contenía más muebles que algunos bancos en desórden. No había una sola mesa, ni siquiera una tabla que de tal hiciese las veces; de modo que los peregrinos sin asilo, que se habían refugiado allí, habían amontonado sus cestas, sus líos y sus maletas, en los antepechos de las ventanas, que se encontraban convertidos en estantes de equipajes.

La sala estaba vacía. Todos los pobres que abrigaba debían estar en la procesión.

A pesar de que la puerta se hallaba abierta de par en par, reinaba allí un olor insoportable. Procedía de las paredes impregnadas de miseria, de las baldosas ensuciadas y húmedas á pesar del hermoso día de sol que había reinado, y llena de gargajos, grasa y vino derramado. Allí se hacía de todo; se comía y se dormía en los bancos, en un amontonamiento de carne sucia y de andrajos.

Pedro pensó que el buen olor de rosas no salía de allí.

Acabó, sin embargo, de dar la vuelta á la sala, luminada por cuatro faroles humeantes y que él creía absolutamente vacía. Pero divisó, con sorpresa una forma vaga, arrimada á la pared de la izquierda; una mujer vestida de negro, que tenía sobre las rodillas un paquete blanco. Estaba sola en aquella soledad, inmóvil, con los ojos muy abiertos.

Pedro se acercó y reconoció á la Vincent, que le dijo en voz baja, quebrantada y lastimera:

—Sí, señor, ¡Rosa ha sufrido tanto hoy! Desde que amaneció no ha hecho más que exalar una queja.... Y como se ha dormido hace unas dos horas, no me atrevo á moverme, por temor de que despierte y vuelva á sufrir.

Y conservaba su inmovilidad de madre mártir, que durante meses había tenido á su hija de aquel modo, con la obstinada esperanza de curarla. La había llevado á Lourdes en brazos, y en sus brazos la paseaba y la dormía, sin tener un miserable cuarto ni siquiera una cama de hospital.

—¿La pobre niña no va mejor?—preguntó Pedro con el corazón oprimido.

—No, señor abate; no, señor. Creo que no.

—Pero está usted muy mal sobre ese banco. Debió usted practicar alguna diligencia, á fin de no quedarse poco menos que en medio de la calle. En alguna parte hubieran amparado á esa pobre criatura, de seguro.

—¡Ah! ¿Para qué, señor abate? Está bien sobre mis rodillas. Además, ¿cree usted que me hubieran dejado estar siempre así con ella?... No, no; prefiero tenerla conmigo; me parece que esto acabará por salvarla.

Dos gruesas lágrimas rodaban por su rostro inmóvil. La infeliz continuó con su voz ahogada.

—No me falta dinero. Tenía treinta sueldos al salir de París y todavía me quedan diez.... Tengo bastante con pan, y ella, la pobre niña, ni leche puede ya beber. Tengo bastante hasta que nos volvamos; y si cura, ¡oh! si cura, ¡estaremos ricos, muy ricos!

Inclinóse y miró, á la luz vacilante del farol cercano, el rostro blanco de Rosa, cuyos labios entreabría una ligera respiración.

—¡Mire usted cómo duerme!... ¿No es verdad, señor abate, que la Santa Vírgen tendrá piedad y la curará? No falta más que un día, pero no desespero; voy á rezar otra vez toda la noche, sin moverme de este sitio.... Mañana será. Hay que vivir hasta mañana.

Una infinita piedad invadió á Pedro, que se fué por temor de llorar.

—Sí, sí, pobre mujer; no pierda usted la esperanza.

Y la dejó en el fondo de la vasta sala desierta y nauseabunda, entre la desbandada de los bancos, inmovilizada en su pasión dolorosa de madre, al extremo de contener la respiración, por temor de que el tumulto de su pecho despertase á la enfermita.

Crucificada, oraba con fervor, sin despegar los labios.

Cuando Pedro volvió al lado de María, le preguntó ésta vivamente.

—¿Y esas rosas?... ¿Las hay por aquí?

No quiso entristecerla con el relato de lo que había visto.

—No; he registrado todo eso y resulta que no hay tales rosas.

—¡Cosa más singular¡—añadió ella, pensativa.—¡Ese perfume es á un tiempo mismo tan suave y tan penetrante!... Le siente usted, verdad? En este momento es de una fuerza extraordinaria, como si todas las rosas del Paraíso florecieran esta noche en torno nuestro.

Pero una ligera exclamación de su padre le interrumpió. Guersaint se había puesto de pie, viendo puntos luminosos que aparecían en lo alto de las rampas á la izquierda de la Basílica.

—¡Al fin! Allí están.

En efecto, era la cabeza de la procesión que reaparecía.

En seguida los puntos luminosos pulularon, alargándose en una doble línea oscilante; y como las tinieblas lo inundaban todo, aquello parecía verificarse muy alto, salir de las negras profundidades de lo ignoto.

Al mismo tiempo volvía á oirse el canto; la misma cántiga monótona y tenaz, pero tan lejana, tan ligera, que parecía no ser aún más que el pequeño zumbido de la ráfaga próxima entre los árboles.

—Ya lo dije—murmuró Guersaint;—para verlo todo, había que subir al Calvario.

Volvía á su idea primera, con su obstinación de niño, quejándose de que hubiesen escogido al sitio peor.

—Peró, papá—acabó por decirle María;—¿por qué no subes tú al Calvario? Aún es tiempo Pedro quedará aquí conmigo.

Y añadió con una triste sonrisa:

—Anda, que nadie me robará.

El no quería, pero cedió de pronto, incapaz de resistir al impulso de un deseo.

Tuvo que darse prisa, atravesando vivamente los parterres.

—No se mueven ustedes; espérenme debajo de estos árboles. Les contaré lo que haya visto desde arriba.

Pedro y María se quedaron solos, en aquel rincón oscuro y solitario, donde se respiraba el perfume de las rosas, sin que hubiese una sola de éstas en las inmediaciones.

No hablaron; miraron la procesión que bajaba, deslizándose suavemente de una manera continua.

Era como una doble valla de estrellas temblorosas, que, surgiendo del ángulo izquierdo de la Basílica, seguía ahora la rampa monumental cuya redondez dibujaba poco á poco.

A tal distancia, aún no veían á los peregrinos que llevaban los cirios; de modo que no aparecían más que llamas errantes, disciplinadas, trazando líneas correctas en la sombra.

Los monumentos, en la noche azul, erguíanse vagos, apenas indicados por una condensación de las tinieblas.

Pero, poco á poco, á medida que aumentaba el número de cirios, las líneas arquitectónicas se iban iluminando, delineándose con precisión las aristas de la Basílica, los arcos ciclópeos de las rampas, la fachada maciza del Rosario.

Con aquel río no interrumpido de vivas llamas, que corría y corría sin cesar, pausadamente, pero con el aspecto obstinado del caudal que desborda y al que nada pone dique, llegaba como una aurora, una nube luminosa, naciente é invasora, que iba á acabar por bañar todo el horizonte con su gloria.

—¡Mire usted, mire usted, Pedro!—repetía María, presa de una alegría infantil. ¡Eso no acaba nunca!

Y, en efecto, arriba, la aparición brusca de las pequeñas claridades continuaba con una regularidad mecánica, como si algún celeste manantial inagotable vertiese aquel polvo solar.

La cabeza de la procesión acababa de llegar á los jardines, á la altura de la Vírgen coronada; de manera que la doble línea de llamas no dibujaba aún más que la curva de los tejados del Rosario y la de la gran rampa que á él conduce.

Pero la proximidad de la muchedumbre se dejaba sentir en una agitación del aire, un soplo animado venido de lejos.

Las voces aumentaban; la cántiga de Bernadette adquiría amplitud, hinchándose con un clamor de pleamar que arrastraba el refrán:

Ace, ace, ace María.

Y el movimiento rítmico era cada vez más alto.

—¡Ah, ese estribillo—murmuró Pedro,—se mete en la piel! Se me figura que todo mi cuerpo acaba por cantarlo.

María tuvo nuevamente su ligera risa infantil.

—Es verdad, me sigue en todas partes. La noche pasada, lo oía durmiendo. Ahora se apodera otra vez de mí, y me mece encima de la tierra.

Interrumpióse para decir:

—Ya llegan al otro extremo del parterre, delante de nosotros.

La procesión siguió entonces la larga alameda de la derecha. Luego después de haber doblado la Cruz de los Bretones, bajó por la alameda de la izquierda.

Necesitóse más de un cuarto de hora para ejecutar este movimiento.

Ahora la doble línea dibujaba dos largos brazos de llamas paralelas, sobre las cuales se elevaba una figura de sol triunfal.

Pero la continua maravilla era la marcha incesante de aquella serpiente de fuego, cuyos anillos de oro se deslizaban suavemente por la tierra negra, prolongándose y prolongándose hasta el infinito, sin que jamás pudiese acabar el inmenso cuerpo desplegado.

Varias veces debieron producirse grandes empujones, pues las líneas flaquearon, como á punto de romperse. Pero el orden se restableció y continuó al deslizamiento con lenta regularidad.

En el cielo parecía haber menos estrellas.

Había caído de lo alto una vía láctea que arrastraba su pulverización de mundos, continuando en la tierra la ronda de los astros.

Manaba una claridad azul y ya no había más que cielo. Los monumentos y los árboles adquirían una apariencia de sueño, en el misterioso resplandor de los millares de cirios cuyo número aumentaba siempre.

María lanzó un suspiro ahogado de admiración. No encontraba frases para expresarla, y repetía:

—¡Qué hermoso, Dios mío, qué hermoso es! Mire usted, Pedro, ¡qué hermoso!

Pero desde que la procesión desfilaba á pocos pasos de ellos, ya no era solamente una marcha rítmica de estrellas que ninguna mano llevaba. Distinguían ahora en la claridad los cuerpos, reconociendo al paso, de vez en cuando á los peregrinos que llevaban los cirios.

Vieron, en primer lugar, á la Grivota, que había querido tomar parte en la cerimonia, á pesar de la hora, exagerando su curación y repitiendo que nunca se había sentido tan buena. Continuaba su aire exaltado y danzante, bajo la impresión de la noche fresca que la producía un ligero extremecimiento.

Pasaron después les Vignerón, con el padre delante, llevando el cirio muy alto; seguíale su esposa, detrás de la cual iba la señora Chaise, arrastrando las piernas cansadas, mientras que el niño Gustavo, extenuado, golpeaba la arena con su muleta, con la mano cubierta de gotas de cera.

Todos los enfermos que podían andar, iban desfilando. Elisa Rouquet, entre otras, pasó como una aparición de condenada, con su cara descubierta y roja.

Algunas reían. Sofía Couteau se distraía jugando con el cirio como con un bastón.

Pasaban cabezas y más cabezas; mujeres sobre todo bajamente comunes, á veces con una expresión magnífica, que se divisaban un momento y se perdían en la fantástica claridad.

Y aquello no acababa nunca. Después de unas venían otras sin cesar, y divisaron también una pequeña sombra negra muy discreta, que no era otra que la señora Maze, á quien no hubieran reconocido, si no hubiese levantado un instante su rostro pálido, inundado de lágrimas.

—Mire usted—explicó Pedro á María;—allí se ven las primeras luces de la procesión que llegan á la plaza del Rosario, y estoy seguro que la mitad de los peregrinos se encuentra aún delante de la Gruta.

María levantó los ojos. Arriba, en efecto, vió surgir del lado izquierdo de la Basílica otras luces, con incesante regularidad, con aquella especie de movimiento mecánico, que parecía no se detendría jamás.

¡Ah!—dijo ella.—¡Cuantas almas en pena! Porque cada una de esas pequeñas llamas es un alma que sufre y se redime, ¿no es cierto?

Pero tenía que inclinarse para oirla, porque el cántico, el eterno cántico de Bernadette, les aturdía desde que la procesión pasaba tan cerca de ellos.

Las voces estallaban en un vértigo creciente; las estrofas se habían mezclado poco á poco; cada trozo de la procesión cantaba la suya, con una voz estática de poseídos, que ya no se entendían á sí mismos.

Era un inmenso clamor confuso: el clamor loco de una muchedumbre que el ardor de su fe acababa de embriagar.

Y repetíase, dominante, con su ritmo de pasión frenética, el estribillo:

¡Ace, ace, ace María!

Bruscamente Pedro y María fueron sorprendidos con la vuelta de Guersaint.

—¡Ah, hijos míos! No he querido detenerme allá arriba.... Acabo de cortar la procesión dos veces para pasar.... Pero ¡qué espectáculo! Es, con seguridad, la primera cosa verdaderamente bella que he presenciado desde que estoy aquí.

Y se puso á describirles la procesión, vista desde las alturas del Calvario.

—Imagínense ustedes otro cielo abajo, reflejando el de arriba; pero un cielo de una sola constelación, inmensa, que lo ocupa todo.

Ese hormigueo de astros parece perdido, muy lejos, en las profundidades oscuras; y el raudal de fuego representa una custodia ¡sí! una verdadera custodia, cuyo pie dibujan las rampas, la caña, los dos paseos paralelos, y la hostia, el parterre redondo que los corona; custodia de oro ardiente, que flanea en el fondo de las tinieblas con un continuo centelleo de estrellas en marcha. No se ve otra cosa; y es gigantesco y soberano.... ¡La verdad, nunca he visto nada tan extraordinario!

Agitaba los brazos, fuera de sí, exuberante de emoción artística.

—Papaíto—dijo María con ternura;—puesto que lo has visto todo, debieras ir á acostarte. Son cerca de las once y sabes que tienes que partir á las tres de la madrugada.

Y añadió para decidirle:

—¡Me alegro tanto de que hagas esa excursión!... Pero cuidado con estar de vuelta temprano, mañana por la tarde, porque ya verás, ya verás....

Y no se atrevió á afirmar la seguridad que tenía de curar.

—Tienes razón; voy á meterme en la cama—dijo Guersaint, ya calmado.—Puesto que Pedro te acompaña, m voy tranquilo.

—Pero—exclamó ella,—no quiero que Pedro pase la noche en pie. Cuando me haya llevado á la Gruta, se retirará también á descansar... Yo no necesitaré de nadie. Cualquier angarillero me conducirá al Hospital, mañana temprano.

Pedro callaba. Luego dijo sencillamente:

—No, no, María: yo me quedo... Yo también pasaré la noche en la Gruta.

Ella abrió la boca para insistir, para enfadarse. Pero el cura había dicho aquellas palabras con tanta dulzura, que la muchacha adivinó en ellas una dolorosa sed de felicidad, y guardó silencio, conmovida en el fondo del alma.

—En fin, hijos míos,—añadió el padre;—arréglense ustedes; sé que ambos sóis muy juiciosos. Buenas noches y no paséis el menor cuidado por mí.

Dió un prolongado beso á su hija, extrechó ambas manos al joven cura, y se fué perdiéndose entre las apretadas filas de la procesión, que hubo de atravesar otra vez.

Entonces se encontraron solos, en su rincón sombrío y solitario, debajo de los copudos árboles; ella sentada en su artesilla y él arrodillado en la hierba, con el codo apoyado en una de las ruedas.

Momento adorable aquél en que continuaba el desfile de los cirios y se agrupaban todos arremolinándose en la plaza del Rosario.

Lo que maravillaba á Pedro era qus nada parecía quedar en Lourdes de las comilonas del día, como si un viento purificador, venido de las montañas, hubiese barrido el olor de los guisos, las glotonas alegrías del domingo y todo aquel polvo ardiente y apestado de fiesta foránea, que flotaba sobre la población.

No quedaba más que un cielo inmenso con estrellas purísimas, y la frescura del Gave era deliciosa, y las brisas errantes traían perfumes de flores silvestres.

El infinito mistero se perdía en la paz soberana de la noche. De la pesada materia no quedaba más que aquellas llamas de cirios, comparadas por María con almas dolientes en actitud de libertarse.

Todo era de un reposo exquisito y de una esperanza sin límites.

Desde que Pedro se encontraba allí, los recuerdos mortificantes de la tarde, los apetitos voraces, la simonía impudente, la vieja población corrompida y prostituída, se iban poco a poco, para dejarlo entregado á aquella fresca reacción divina, á aquella noche tan hermosa, en que todo su ser se bañaba como en una agua de resurrección.

María, penetrada también de una infinita dulzura, murmuró:

—¡Ah! ¡Cómo le gustaría á Blanca ver todas estas maravillas!

Pensaba en su hermana, dejada en París, en las inquietudes de su dura profesión de institutriz, corriendo á dar lecciones á domicilio.

Aquella simple frase, el nombre de aquella hermana, de la qual no había hablado desde su llegada á Lourdes, y que surgía de improviso, acababa de bastar para evocar todo el pasado.

María y Pedro, sin hablar, revivieron su infancia, los juegos de antaño, en los dos jardines colindantes, que una valla de arbustos separaba.

Recordaron luego la separación, el día en que él entró en el seminario y ella le besó en las mejillas, con lágrimas ardientes, jurando no olvidarlo jamás.

Pasaban años, y los dos jóvenes volvían á encontrarse eternamente separados: él, cura; ella, crucificada por la enfermedad, sin esperanza de ser nunca mujer.

Era toda su historia una ternura ardiente que se había ignorado durante mucho tiempo: luego, una ruptura total, como si hubiesen muerto, aunque vivían uno cerca del otro.

Se representaban la habitación pobre, donde la hermana mayor procuraba aportar un poco de bienestar á fuerza de dar lecciones; aquella habitación pobre, de la cual había partido para venir á Lourdes,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

después de tantas luchas y tantas discusiones: las dudas de él y la fe apasionada de ella que había vencido.

Era verdaderamente delicioso volver á encontrarse así juntos y completamente solos, en aquel rincón de tinieblas, durante aquella admirable noche, en que había en la tierra tanta estrellas como en el cielo.

Hasta entonces, María había conservado una pequeña alma de niña, su alma blanca, como decía su padre: la mejor y las más pura de las almas. Atacada por el mal á la edad de trece años, no había envejecido más. Ahora, á los veintitrés, seguía teniendo trece años, animada, replegada sobre sí misma, enteramente sumida, en la catástrofe que le aniquilaba.

Esto se veía en sus ojos vagos, en su expresión distraída, en su aire de continua obsesión, encontrándose incapaz de querer otra cosa.

Ningún alma de mujer era más sencilla que la suya, detenida en su desarrollo, como la de una muchacha honrada, en quien la pasión, al despertar, se contenta con besos en las mejillas.

En su vida no había tenido más novela que el adiós dado entre lágrimas á su amigo, y ello bastaba, diez años hacía, para llevarle el corazón.

Durante los días interminables que pasó en su lecho de miseria, nunca traspasó la ilusión de que si ella no se hubiese puesto enferma, él no se hubiera hecho cura, á fin de vivir juntos.

No leía más que libros piadosos, cuya lectura la mantenía en la exaltación de un amor sobrehumano.

Hasta los ruídos exteriores expiraban á la puerta del cuarto en que vivía enclaustrada; y antes, cuando la paseaban de un extremo de Francia al otro extremo, de balneario en balneario, atravesaba las muchedumbres como una sonámbula que no ve ni oye nada, absorta en la idea fija de su decaimiento, de la traba que la inutilizaba en su sexo.

Subsistió, pues, la pureza infantil de la edad inocente, y aquella adorable hija del sufrimiento adquirió el débil desarrollo de su triste carne, sin guardar en el corazón más que el despertar remoto, el amor ignorado de sus trece años.

La mano de María, en las tinieblas, buscó la de Pedro; y, cuando la hubo hallado que iba al encuentro de la suya, la estrechó largamente.

¡Ah! ¡Qué delicia! Nunca habían experimentado un gozo más puro ni más perfecto, en encontrarse así juntos, lejos del mundo, en medio del encanto soberano de la sombra y del misterio.

En torno de ellos, ya no había más que la ronda de las estrellas.

Los cánticos arrulladores eran como el vértigo alado que los transportaba.

La pobre enferma estaba segura de que al día siguiente quedaría curada, después de haber pasado una noche de embriaguez ante la Gruta. Estaba absolutamente convencida de que se haría oir de la Santísima

Vírgen, de que vencería su voluntad, desde el momento que la dejasen sola con ella, frente á frente, para implorarla.

Y comprendía muy bien lo que Pedro había querido decir antes, al manifestar el deseo de pasar él también la noche entera ante la Gruta. Seguramente estaba resuelto á tentar un supremo esfuerzo de creencia, á arrodillarse como un niño y suplicar á la Madre Todopoderosa que le devolviese la fe perdida.

Y otra vez, sin necesidad de hablar, sus manos enlazadas se repetían lo mismo. Prometíanse orar el uno por el otro, se compenetraban con un deseo tan ardiente de ver su curación y su felicidad mutuas, que tocaron un instante el fondo del amor que se da y se inmola.

Fué un goce divino.

—¡Ah!—murmuró Pedro.—Esta noche azul, este infinito de sombra que se lleva toda la fealdad de los hombres y de las cosas, esta paz inmensa y fresca, en que yo quisiera adormecer mi duda...

Su voz se apagó.

María, á su vez, dijo muy quedo:

—Y las rosas, ese perfume de rosas... ¿no lo siente usted, amigo mío? ¿Dónde están, que no las ha visto?

—Sí, sí, siento su aroma, pero no existen. Yo las hubiera visto, porque las he buscado detenidamente.

—¿Cómo puede usted decir que no hay rosas, cuando embalsaman el aire en torno nuestro y nos bañamos en su perfume? Hay momentos en que ese perfume es tan penetrante, que al respirarlo desfallezco de placer... Con seguridad las hay aquí en gran número á nuestros pies.

—No; lo he mirado bien; le aseguro á usted que no hay tales rosas. A menos que sean invisibles, que sean esa misma hierba que pisamos, esos grandes árboles que nos rodean; que su olor salga de la misma tierra, y del torrente vecino, y de los bosques y de las montañas.

Callaron un instante. Luego continuó ella, diciendo á media voz:

—¡Qué bien huelen, Pedro! Nuestras dos manos unidas me hacen el efecto de un ramo.

—En efecto, exhalan un perfume adorable; pero se desprende de usted, María, como si las rosas floreciesen en sus cabellos.

Y no hablaron más.

La procesión seguía desfilando, y vivas centellas continuaban apareciendo al lado de la Basílica, brotando de la obscuridad, como de un manantial inagotable.

El inmenso reguero de pequeñas llamas en marcha, en su doble circuito, rayaba la sombra con una cinta de fuego.

Pero lo mejor del espectáculo estaba en la plaza del Rosario, donde la cabeza de la procesión continuaba su evolución lenta, se replegaba sobre sí misma, en un círculo cada vez más estrecho, especie de torbellino obstinado, que acababa de aturdir á los peregrinos, extenuados de fatiga, y de exasperar sus cantos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pronto la ronda no fué más que una masa ardiente, un núcleo de nebulosa, alrededor del cual iba arrollándose la cinta de fuego, cuyo extremo parecía no haber de concluir jamás; y el núcleo se ensanchaba, y al fin formó un lago.

La vasta plaza del Rosario se convertía en un mar ardiendo, cuyas olas centelleantes rodaban hacia el vértice de aquel torbellino sin fin.

Un reflejo de aurora blanqueaba la Basílica.

El resto del horizonte caía en una oscuridad profunda.

Aisladamente, no se veía más que algunos cirios perdidos, que andaban solos, como luciérnagos que buscan, el camino con su farolillo.

Una cola vagabunda de la procesión debía haber subido al Calvario, pues que también viajaban estrellas allí arriba, en pleno cielo.

Por fin llegó un momento en que los últimos cirios aparecieron, dieron la vuelta á los parterres y fueron á anegarse en el mar de llamas.

Ardían en ella treinta mil cirios, girando sin cesar, atizando su llama bajo el cielo tranquilo, donde palidecían los astros.

Una nube luminosa se elevaba con los cánticos, cuya obsesión no había cesado. Y el rumor de las voces, las *Ave Marías*, eran como el chisporroteo de aquellos corazones de fuego, que se consumían en oraciones para el rescate de sus almas.

Uno, á uno, los cirios acababan de apagarse. La noche volvía á reinar, soberana, oscurísima y muy apacible, cuando Pedro y María se dieron cuenta de que aún estaban allí, ocultos bajo el misterio de los árboles, con las manos entralazadas.

Y los lejos, en las calles sombrías de Lourdes, ya no había más que peregrinos extraviados, que preguntaban el camino para retirarse á la cama.

Oíase en la sombra como rozamientos de fantasmas; todo lo que ronda y se duerme, al final de un día de fiesta.

Y los dos tiernos amigos lo olvidaban todo, y allí permanecían inmóviles, deliciosamente felices, envueltos en el perfume de las rosas invisibles.

IV.

Pedro arrastró la carretilla de María hasta la Gruta, instalándola la más cerca posible de la verja.

Eran más de las doce. Aún había allí un centenar de personas; unas sentadas en los blancos, y la mayor parte arrodilladas, como anonadadas en la oración.

La Gruta, llena de cirios, resplandecía como una capilla ardiente, sin que en ella se pudiese distinguir nada más que aquel polvo de estrellas, del cual sumergía, en su nicho, la estatua de la Virgen, de una blancura ideal.

Las ramas colgantes adquirían un brillo de esmeralda; los miles de maletas que cubrían la bóveda, parecían un intrincado entrelazamiento de troncos secos, próximos á florecer.

Tan vivo resplandor hacía la noche más oscura. Las inmediaciones se sumergían en una sombra espesa, donde muros y árboles desaparecían. Unicamente se oía el rumor continuo del Gave, que arrastraba sus aguas vecinas, de las cuales se extralaba una deliciosa frescura, bajo el gran cielo tenebroso, pesado como cuando amenaza tormenta.

—¿Está usted bien, María?—preguntó Pedro con mucha afabilidad.—¿Siente usted frío?

Ella había tenido un extremecimiento. Pero no era más que el airecito del más allá desconocido, que le parecía que soplaba de la Gruta.

—No, no—contestó en seguida.—Estoy muy bien. Eche usted solamente el mantón sobre mis rodillas. Gracias, Pedro; no pase usted cuidado por mí. No necesito ya de nadie, puesto que al fin estoy con ella....

Su voz desfalleció.... La enferma caía ya en el éxtasis, con las manos juntas, los ojos alzados hacia la estatua blanca, en una transfiguración beata de todo su pobre rostro demacrado.

Pedro quedóse, sin embargo, algunos minutos. Hubiera querido envolverla en el mantón, pues veía temblar sus manecitas afiladas. Pero temió disgustarla y se limitó á rodearla el abrigo como á una niña, mientras que ella, apoyada de codos en los bordes de la artesilla, medio incorporada, ya no lo veía.

Sentóse en un banco próximo, para recogerse á su vez, cuando sus ojos tropezaron con una mujer, arrodillada en la sombra, vestida de negro, tan flaca, y discreta, que no la había visto al principio. Se confundía con las tinieblas.

Sin embargo, reconoció, adivinó más bien, á la señora Maze.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pronto la ronda no fué más que una masa ardiente, un núcleo de nebulosa, alrededor del cual iba arrollándose la cinta de fuego, cuyo extremo parecía no haber de concluir jamás; y el núcleo se ensanchaba, y al fin formó un lago.

La vasta plaza del Rosario se convertía en un mar ardiendo, cuyas olas centelleantes rodaban hacia el vértice de aquel torbellino sin fin.

Un reflejo de aurora blanqueaba la Basílica.

El resto del horizonte caía en una oscuridad profunda.

Aisladamente, no se veía más que algunos cirios perdidos, que andaban solos, como luciérnagos que buscan, el camino con su farolillo.

Una cola vagabunda de la procesión debía haber subido al Calvario, pues que también viajaban estrellas allí arriba, en pleno cielo.

Por fin llegó un momento en que los últimos cirios aparecieron, dieron la vuelta á los parterres y fueron á anegarse en el mar de llamas.

Ardían en ella treinta mil cirios, girando sin cesar, atizando su llama bajo el cielo tranquilo, donde palidecían los astros.

Una nube luminosa se elevaba con los cánticos, cuya obsesión no había cesado. Y el rumor de las voces, las *Ave Marías*, eran como el chisporroteo de aquellos corazones de fuego, que se consumían en oraciones para el rescate de sus almas.

Uno, á uno, los cirios acababan de apagarse. La noche volvía á reinar, soberana, oscurísima y muy apacible, cuando Pedro y María se dieron cuenta de que aún estaban allí, ocultos bajo el misterio de los árboles, con las manos entralazadas.

Y los lejos, en las calles sombrías de Lourdes, ya no había más que peregrinos extraviados, que preguntaban el camino para retirarse á la cama.

Oíase en la sombra como rozamientos de fantasmas; todo lo que ronda y se duerme, al final de un día de fiesta.

Y los dos tiernos amigos lo olvidaban todo, y allí permanecían inmóviles, deliciosamente felices, envueltos en el perfume de las rosas invisibles.

IV.

Pedro arrastró la carretilla de María hasta la Gruta, instalándola la más cerca posible de la verja.

Eran más de las doce. Aún había allí un centenar de personas; unas sentadas en los blancos, y la mayor parte arrodilladas, como anonadadas en la oración.

La Gruta, llena de cirios, resplandecía como una capilla ardiente, sin que en ella se pudiese distinguir nada más que aquel polvo de estrellas, del cual sumergía, en su nicho, la estatua de la Virgen, de una blancura ideal.

Las ramas colgantes adquirían un brillo de esmeralda; los miles de maletas que cubrían la bóveda, parecían un intrincado entrelazamiento de troncos secos, próximos á florecer.

Tan vivo resplandor hacía la noche más oscura. Las inmediaciones se sumergían en una sombra espesa, donde muros y árboles desaparecían. Unicamente se oía el rumor continuo del Gave, que arrastraba sus aguas vecinas, de las cuales se extralaba una deliciosa frescura, bajo el gran cielo tenebroso, pesado como cuando amenaza tormenta.

—¿Está usted bien, María?—preguntó Pedro con mucha afabilidad.—¿Siente usted frío?

Ella había tenido un extremecimiento. Pero no era más que el airecito del más allá desconocido, que le parecía que soplaba de la Gruta.

—No, no—contestó en seguida.—Estoy muy bien. Eche usted solamente el mantón sobre mis rodillas. Gracias, Pedro; no pase usted cuidado por mí. No necesito ya de nadie, puesto que al fin estoy con ella....

Su voz desfalleció.... La enferma caía ya en el éxtasis, con las manos juntas, los ojos alzados hacia la estatua blanca, en una transfiguración beata de todo su pobre rostro demacrado.

Pedro quedóse, sin embargo, algunos minutos. Hubiera querido envolverla en el mantón, pues veía temblar sus manecitas afiladas. Pero temió disgustarla y se limitó á rodearla el abrigo como á una niña, mientras que ella, apoyada de codos en los bordes de la artesilla, medio incorporada, ya no lo veía.

Sentóse en un banco próximo, para recogerse á su vez, cuando sus ojos tropezaron con una mujer, arrodillada en la sombra, vestida de negro, tan flaca, y discreta, que no la había visto al principio. Se confundía con las tinieblas.

Sin embargo, reconoció, adivinó más bien, á la señora Maze.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Acordóse de la carta que debía haber recibido aquel mismo día, y la compadeció mucho, sintiendo el abandono de aquella solitaria, que no tenía ninguna llaga física que curar, y únicamente pedía á la Vírgen que aliviase el mal de su corazón, convirtiendo á su marido infiel.

La carta debía ser alguna contestación dura, porque agobiada, con el rostro muy inclinado, con la humildad de una pobre criatura vencida, la pobre mujer parecía no existir.

Escogía la noche para prosternarse y orar largas horas ante la Gruta, satisfecha de poderse perder, llorar y sufrir como una martir, implorando el retorno de las ternuras desaparecidas, sin que nadie sospechase su doloroso secreto.

Sus labios no se movían siquiera. Era su corazón lacerado el que oraba, reclamando locamente su parte de amor y de felicidad.

Y aquella sed inextinguible de felicidad que allí los conducía á todos, á los heridos en el cuerpo y á los heridos en el alma.

Pedro la sentía también secarle la garganta en la ardiente necesidad de satisfacerse. Hubiera querido echarse de rodillas y pedir el auxilio divino con la fe humilde de aquella mujer. Pero tenía los miembros como atados y no encontraba las palabras necesarias.

Fué para él un grande alivio el sentir que le tocaban en el brazo.

—Señor abate, venga usted conmigo, si no conoce la Gruta. Le instalaré en ella. ¡Se está tan bien á estas horas!...

Levantó la cabeza y reconoció al barón Suire, director de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salud. Sin duda, aquel hombre bondadoso y sencillo le había cobrado afecto. Pedro aceptó su oferta y le siguió á la Gruta, que estaba absolutamente vacía. El barón volvió á cerrar la verja bajo llave.

—Esta es la hora en que aquí se está verdaderamente bien—dijo el barón.—Cuando vengo á pasar algunos días en Lourdes, raramente me acuesto ante de que amanezca, pues acostumbro terminar aquí la noche.... No queda nadie; está uno solo, y es una delicia ¿verdad?... Parece que uno está en la propia morada de la Santísima Vírgen.

Sonreía con aire de bondad, haciendo los honores de la Gruta como parroquiano antiguo, algo debilitado por la edad, lleno de una verdadera ternura por aquel rincón delicioso.

A pesar de su gran devoción, estaba allí con naturalidad, como en su casa, hablando y dando explicaciones con la familiaridad de un hombre que se sentía amigo del cielo.

—¡Ah! Mire usted los cirios.... Hay unos doscientos que arden á la vez, día y noche. Y esto acaba por calentar.... Aun en invierno, se siente aquí calor. Pedro, efectivamente, se ahogaba un poco dentro de aquel tibio ardor de la cera. Deslumbrado por la viva claridad en que entraba, miraba la gran pirámide central, erizada de pequeños cirios.

En el fondo, una hilera de púas bajas sostenía los cirios de mayor tamaño, de altura desigual, que se alineaban como tubos de órgano. Algunos eran gruesos como el muslo. Acá y acullá, en los puntos salientes de la roca, había pesados candelabros recargados de cirios.

La bóveda de la Gruta se deprimía á la izquierda, por cuyo motivo la piedra parecía cocida y ennegrecida por las eternas llamas, que hacia tantos años la venían calentando.

La cera caía continuamente en forma de una imperceptible lluvia de nieve. Las arandelas chorreaban. Toda la roca estaba cubierta de cera semilíquida, y la capa del suelo era tan grande, que había necesidad de poner esteras para evitar caídas.

—Esos gruesos son los más caros—seguía explicando con amabilidad el barón Suire;—cada uno cuesta sesenta francos; tardan un mes en arder. Los más pequeños, que valen veinticinco céntimos, no duran más que tres horas.... ¡Oh! No los economizamos. Nunca nos faltan. Aquí tiene usted dos cestas que no hubo tiempo de llevar al almacén.

Luego detalló el mobiliario: un órgano armonium, metido en una funda; una mesa con anchos cajones, donde se guardaban las vestiduras sagradas; bancos y sillas, reservadas al pequeño público privilegiado que se admitía durante las ceremonias, y, finalmente, un hermoso altar rotativo, recubiertos de placas de plata grabada, donativo de una gran dama, que solamente se usaba durante las peregrinaciones ricas, para que no lo estropease la humedad.

A Pedro le causaba cierta molestia la continua conversación de aquél hombre complaciente. Su emoción religiosa religiosa perdía su encanto.

Al entrar á pesar de su falta de fe, sintióse turbato; parecióle que su alma vacilaba, como si fuese á serle revelado el misterio; algo curioso y delicioso á la vez. Veía cosas que le conmovían; ramos amontanados á los pies de la Vírgen, exvotos pueriles; zapatitos lácios, un pequeño corselete de hierro, una muleta de muñeca, como un juguete.

El pie de la ojiva natural, en que se verificó la aparición, donde los peregrinos frotaban los rosarios y las medallas que querían consagrar, la roca estaba gastada y pulimentada. Millones de labios ardientes se habían posado allí, con tal fuerza de amor, que la piedra se había calcinado, formando venas negras, con marmóreo brillo.

Pero detúvose, en el fondo, ante un hueco, dentro del cual había una porción de cartas y papeles de toda clase.

—¡Ah! no me acordaba—dijo el barón;—aquí está lo más interesante. Son las cartas que todos los días arrojan los fieles á través de la verja. Las recogemos y las ponemos aquí. Durante el invierno, me entretengo en leerlas. Como usted comprende, no se las puede quemar sin abrirlas antes; pues á menudo contienen dinero, piezas de cincuenta céntimos francos, y sobre todo sellos de franqueo.

Removía las cartas, tomaba una cualquiera, enseñaba el sobre y la abría para leerla. Casi todas eran pobres cartas de gente sin instrucción; los sobres contenían en grandes letras desiguales esta dirección:

A Nuestra Señora de Lourdes.

Muchas contenían peticiones ó gracias, en frases incorrectas, de una ortografía extraordinaria. Nada más conmovedor, á veces, que la naturaleza de aquellas peticiones. Tratábase ora de la salvación de un hermanito, ora del éxito de un pleito, ya de la conservación de un amante, ya de la conclusión de un matrimonio.

Otras cartas contenían reproches á la Virgen, que no se había dignado contestar á una primera carta, llenando los deseos del firmante.

Otras, de letra más fina y frases escogidas, contenían confesiones y ardientes plegarias de almas de mujer que escribían á la Reina del cielo lo que no se atrevían á decir á un cura, en la sombra del confesionario.

En fin, un sobre, cogido al azar, encerraba simplemente una fotografía. Era una niña que inviaba su retrato á Nuestra Señora de Lourdes, con esta dedicatoria:

«A mi buena Madre.»

En suma, aquello era el correo diario de una Reina poderosísima, que recibía súplicas y confidencias, y tenía contestar con mercedes y beneficios de toda clase.

Las monedas de cincuenta céntimos y los francos eran un simple testimonio de amor, para ganar su voluntad; y los sellos debían ser una comodidad que facilitaba el envío de dinero; como no fuesen una pura inocencia, como en la carta de una campesina, que había añadido una postdata, para decir que incluía un sello para la respuesta que aguardaba.

—Le aseguro á usted—dijo en conclusión el barón Suire,—que las hay muy bonitas y menos tontas de lo que se cree. Durante tres años, he encontrado las cartas muy interesantes de una dama que no hacía nada sin que se lo contase á la Vírgen. Era una señora casada, y experimentaba la más peligrosa pasión por un amigo de su esposo.... Pues triunfó, señor abate. La Santa Vírgen le contestó, enviándole la armadura de su castidad, la fuerza divina de resistir á su corazón.

Interrumpióse para decir:

—Pero venga usted á sentarse aquí, señor abate. ¡Verá usted que bien se está!

Pedro fué á sentarse cerca de él, en el banco, á la izquierda, en el sitio donde bajaba la roca. Allí había, en efecto, un rincón delicioso para el descanso. Ambos cesaron de hablar. Reinaba un profundo silencio, cuando el joven cura oyó, detrás de sí, un murmullo confuso, una ligera voz de cristal, que parecía venir de lo invisible. Hizo un movimiento, que el barón Suire comprendió.

—Eso que usted oye, es la fuente. Está ahí, detrás de esa reja... ¿Quiere usted verla?

Y sin esperar que Pedro aceptase, se bajó para abrir una de las compuertas que la protegían, haciendo observar que, si la cerraban de aquel modo, era por temor de que los librepensadores fuesen á echar veneno en ella.

Aquella cavilación extraordinaria dejó estupefacto al cura, pero éste acabó por atribuírsela al barón, que era, en verdad, muy inocente.

Este luchaba en vano con el candado de letras, que no quería ceder.

—¡Cosa más singular!—murmuraba.—La palabra es *Roma*, y estoy seguro de que no la han cambiado... La humedad todo lo pudre. Cada dos años tenemos necesidad de cambiar las muletas de la bóveda, que se caen hechas polvo.... Traiga usted un cirio.

Después que Pedro le hubo alumbrado con un cirio, arrancado de su rastro, logró abrir el candado de cobre, todo oxidado. Giró la compuerta y apareció la fuente.

En una hendidura de la roca y sobre un fondo de casquijo fangoso, manaba una agua lenta y límpida, sin borbotones. Parecía venir por un ancho cauce.

El barón explicó que, para conducirla á los gritos, la habían canalizado por medio de una tubería cubierta de cemento.

Confesó que detrás de las piscinas tuvieron que construir un depósito, á fin de recoger el agua durante la noche, porque el débil caudal de la fuente no hubiera bastado para las necesidades cuotidianas.

—¿Quiere usted probarla? - dijo bruscamente.—Es todavía mejor aquí, donde sale de la tierra.

Pedro no contestó. Contemplaba aquella agua tranquila, aquella agua inocente, que tomaba reflejos de oro, bajo la luz vacilante del cirio. Gotas de cera que caían, la animaban con un ligero temblor. Y él pensaba en todo el misterio que traía del seno de las montañas.

—¡Beba usted un vaso!

El barón había llenado, sumergiéndole, un vaso que siempre tenía allí y el cura tuvo que apurarlo.

Era agua buena, pura, transparente y fresca, como la que mana en las alturas de los Pirineos.

Cerrado nuevamente el candado, los dos hombres volvieron á sentarse en el banco de encina. Detrás de él, por momentos, Pedro seguía oyendo la fuente, con su pequeño, murmullo de pájaro oculto.

El baron siguió hablándole de la Gruta tal como se la veía en todas las estaciones y en todos tiempos, con una charla sentida, llena de detalles pueriles.

El verano no era más que la estación brutal; las muchedumbres foráneas de las grandes peregrinaciones; el fervor ruidoso de los miles de peregrinos que oraban y gritaban á la vez.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero con el otoño llegaban las lluvias que batían el umbral de la Gruta, durante largos días. Entonces venían los peregrinos de lejos: indios, maleses, hasta chinos; pequeñas comparsas silenciosas y estáticas que se arrodillaban en el fango, á una señal de los misioneros.

En Francia, ninguna de las antiguas provincias igualaba á la Bretaña en el envío de peregrinos, verdaderamente devotos: de ella venían parroquias enteras, donde los hombres eran tan numerosos como las mujeres, y cuya compostura piadosa, fe sencilla y decente eran edificantes.

Llegaba el invierno con sus fríos terribles y sus espesas nevadas que cerraban las montañas. Familias enteras se acuartelaban entonces en el fondo de los hoteles desiertos. Los fieles iban, á pesar de todo, cada mañana á la Gruta, donde se refugiaban todos los que huían del ruído, todos los que querían hablar á la Vírgen, en la tierna intimidad de la soledad.

Había algunos á quienes nadie conocía; que se presentaban cuando tenían la seguridad de que estarían solos para prosternarse y amar como amantes celosos, y huían á la primera amenaza de gentío.

¡Qué dulzura durante el mal tiempo de invierno! Tanto si reinaba la lluvia, como el viento ó la nieve, la Gruta conservaba su resplandor. Aun en las noches de tempestad furiosa, cuando no se acercaba un alma, incendiaba las tinieblas desiertas, ardiendo como una hoguera de amor que nada podía apagar.

El barón contó que durante las grandes nieves del invierno anterior, había venido á pasar tardes enteras en aquel mismo sitio, en el banco mismo en que estaban sentados.

Reinaba en la Gruta un calor dulce, á pesar de estar abierta al Norte y de que jamás penetraba en ella el sol.

La roca, continuamente calentada por los cirios, explicaba, sin duda, aquel calor; pero ¿no era de creer, además, que, por un acto de encantadora bondad, la Vírgen hacía reinar allí un abril eterno?

Las avecillas no se equivocaban; todos los pinzones de las cercanías cuando la nieve las helaba las patas, se refugiaban allí, y revoloteaban entre la hiedra alrededor de la estatua santa.

Por último, despertaba la primavera, y el Gave arrastraba con rumor de trueno las nieves derretidas; los árboles reverdecían á impulsos de la sávia, mientras la muchedumbre invadía ruidosamente la Gruta, ahuyentando á los pajaritos del cielo.

—Sí, sí,—repetía el barón Suire con pausada voz;—he pasado aquí enteramente sólo, días de invierno adorables... No veía más que á una mujer, que se arrodillaba ahí, pegada á la verja, para no poner sus rodillas en la nieve.

Era muy joven y muy hermosa; una morena de magníficos ojos azules.

No decía nada; ni siquiera parecía rezar; permanecía así horas enteras, con aire infinitamente triste... No sé quién era; no la he vuelto á ver.

Cesó de hablar, y dos minutos después, como Pedro le mirase, extrañando su silencio, notó que se había dormido.

Puestas las manos sobre el vientre; apoyada la barba en el pecho, dormía con una vaga sonrisa, como un niño. Sin duda, cuando decía que pasaba la noche allí, quería decir que echaba su primer sueño de viejo feliz, visitado por los ángeles.

Pedro disfrutó entonces de la deliciosa soledad.

Reinaba; efectivamente, en aquel rincón de roca, una dulzura que penetraba el alma.

Componíase del olor un poco asfixiante de la cera, del deslumbramiento de éxtasis en que se caía, en medio del resplandor de los cirios.

Ya no distinguía claramente las muletas de la bóveda, ni los exvotos colgados de las paredes, ni el altar de plata grabada, ni el órgano armonium metido en su funda.

Apoderábase de él una lenta embriaguez, un anonadamiento creciente de todo su ser.

Y experimentaba, sobre todo, la sensación divina de hallarse lejos del mundo de los vivos, en el fondo de lo increíble y de lo sobrehumano, como si la simple verja de hierro se hubiese trocado en la barrera misma del infinito.

Un ligero ruído á izquierda, le inquietó. Era la fuente que manaba sin cesar, con su gorjeo de pájaro. ¡Cómo hubiera querido caer de rodillas, y creer en el milagro, y tener la certeza obstinada de que aquella agua divina no había brotado de la roca sino para curar á la humanidad doliente!

¿No había venido para prosternarse, para implorar á la Vírgen que la devolviese la fe de los niños? ¿Por qué, pues, no había de orar y suplicarle que le devolviese la gracia?

Ahogábase cada vez más; los cirios lo deslumbraban hasta el vértigo. Acordóse de que dos días seguidos, merced á la gran libertad que disfautaban los curas en Lourdes; no se había cuidado de celebrar misa.

Estaba en pecado, y era tal vez aquel peso lo que le oprimía el corazón. Esta idea le atormentó tanto, que tuvo que levantarse y marcharse. Contentóse con entornar la verja, dejando al barón Suire dormido en el banco.

En su artesilla, María no se había movido. Seguía incorporada en los codos, con el rostro extasiado, vuelto hacía la Vírgen.

—¿Está Ud. bien, María? Tiene usted frío?

Ella no contestó. Le tocó las manos, y encontrólas tibias y suaves, pero agitadas por un ligero temblor.

—¿Tiembla usted de frio, María?

Esta dijo entonces, con voz ligera como un soplo:

—No, no, déjeme; ¡me encuentro tan bien! Voy á verla, me lo dice el corazón. ¡Ah! ¡qué delicias!

Entonces él subió un poco el mantón para que la abrigase algo más, y se alejó en plena noche, preso de un trastorno inexplicable.

Al salir de la viva claridad de la Gruta, las tinieblas eran negras como la tinta. A ellas se lanzó él sin rumbo determinado. Sus ojos fueron distinguiendo los objetos en la oscuridad. Encontróse cerca del Gave y siguió su orilla, por una alameda sombría, donde volvía á encontrar la oscuridad fresca.

Aquella sombra y aquella frescura tan apacibles le aliviaban, y no experimentaba sino la sorpresa de no haberse arrodillado y orado, como oraba María, con todo el abandono de su alma.

¿Cuál era entonces el obstáculo en él? ¿De dónde procedía la irresistible rebelión que le impedía abandonarse á la fe, aun cuando su ser agitado deseaba aquel abandono? Se daba clara cuenta de que solo su razón protestaba, y en aquel momento hubiera querido matarla, porque le devoraba la vida, impidiéndole ser feliz, como lo son los ignorantes y los simples.

Si hubiese visto un milagro, hubiera tenido quizá la voluntad de creer. Por ejemplo, si María se hubiese levantado de pronto, y andando delante de él, ¿no se hubiera prosternado, vencido al fin?

La imagen de María salvada, de María curada, le emocionó hasta tal punto, que se detuvo, con los brazos temblorosos y levantados al cielo acribillado de estrellas.

¡Ah, Dios poderoso! ¡Qué hermosa noche, misteriosa y profunda, embalsamada y ligera! ¡Qué gozo el que llovía en medio de aquella eterna esperanza de salud recobrada, de eterno amor, renaciendo hasta el infinito, como la primavera!

Siguió andando y no paró hasta el extremo de la alameda. Pero sus dudas volvieron. Cuando para creer exigimos un milagro, es que somos incapaces de creer. Dios no necesita probar su existencia.

También sufría al pensar que mientras no hubiese cumplido sus deberes de cura, celebrando la misa, Dios no le escucharía. ¿Por qué no iba inmediatamente á la iglesia del Rosario, cuyos altares, desde las doce de la noche hasta las doce del día, quedaban á disposición de los curas transeuntes?

Bajó por otra alameda y volvió á encontrarse debajo de los árboles, en la espesura desde la cual había visto, con María, pasar la procesión. Hallábase ahora en un mar de sombra, sin orillas.

Pedro experimentó allí un nuevo desfallecimiento moral, y entró

maquinalmente en el Abrigo de los peregrinos, como si hubiese querido ganar tiempo.

La puerta estaba abierta de par en par, sin ventilar bastante la vasta sala, llena de gente.

Apénas hubo dado los primeros pasos, cuando sintió en el rostro el pesado calor de los cuerpos hacinados y el olor espeso y corrompido de los alientos y de las transpiraciones.

Los faroles humeantes alumbraban tan mal, que tuvo que andar con cuidado por no pisar miembros esparcidos; porque el amontonamiento era extraordinario. Muchas personas que no habían encontrado sitio en los bancos, se habían tendido al suelo, sobre las húmedas baldosas, llenas de detritus, desde la mañana.

Había allí una promiscuidad sin nombre, hombres, mujeres y curas, echados juntos, al azar, rendidos de fatiga, con la boca abierta, anonadados.

Muchos roncaban sentados de espaldas á la pared, con la cabeza caída sobre el pecho. Otros habían caído. Las piernas se entremezclaban. Una muchacha estaba tendida en cruz sobre un viejo cura de aldea, cuyo tranquilo sueño sonreía á los ángeles.

Era el establo de los pobres viandantes, quienes se habían alegrado de encontrar un refugio con el cual no contaban. Los que no tenían casa donde dormir, después de aquella hermosa tarde de fiesta, habían dado fondo allí, fraternalmente dormidos los unos en brazos de los otros.

Los había, sin embargo, que no encontraban reposo; excitados por la fiebre, revolvíanse ó se incorporaban para acabarse las provisiones de sus cestas.

Veíase á algunos inmóviles, con los ojos muy abiertos, fijos en la sombra.

Entre los ronquidos; se oían gritos de ensueño y quejidos de dolor.

Aquel rebaño de miserables, amontonados, en el asco de sus andrajos, inspiraba una profunda piedad; aunque, sin duda, sus pequeñas almas blancas viajaban lejos de allí, por el país azul de su ilusión mística.

Pedro se retiraba con el corazón angustiado, cuando lo detuvo un gemido débil y contínuo. Reconoció en el mismo sitio y en la misma posición á la Vincent, que mecía á Rosita en su regazo.

—¡Ah! señor abate,—murmuró:—¿la oye usted? Ha despertado hace una hora y desde entonces gime. Sin embargo, yo le juro que no he movido ni un dedo. ¡Estaba yo tan contenta de verla dormir!

El cura se inclinó para examinar á la niña, que no tenía fuerza siquiera para mover los párpados. Su gemido salía de la boca como la respiración misma; y estaba tan blanca, que el cura se extremeció, pues sintió venir la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Dios mío!—¿Qué voy á hacer?—dijo la madre martirizada, en el agotamiento de sus fuerzas.—Esto no puede continuar así; no puedo ya oirla gemir. ¡Si usted supiese las cosas que le digo!... «¡Angel mío, mi tesoro, por favor, no grites más, sé buena, la Vírgen va á curarte!» Y sigue gimiendo...

La pobre mujer sollozaba, y gruesas lágrimas caían sobre el rostro de la niña, cuyo estertor no cesaba.

—Si fuese de día, no hubiera marchado ya de esta sala, donde incomodo á la gente. Hay aquí una vieja que se les ha quejado... Pero le temo al frío; y además, ¿á donde ir de noche?... ¡Ah! Vírgen Santa, Vírgen Santa, tened piedad de nosotros!

Pedro, conmovido por las lágrimas, besó los cabellos rubios de la niña, y se marchó por no prorrumpir en sollozos con aquella madre dolorosa. Fuése en derechura al Rosario, como resuelto á vencer á la muerte.

Ya había visto el Rosario durante el día, y esta iglesia no le había gustado. El arquitecto, obligado por el sitio y acorralado por la roca, había tenido que construirla redonda y demasiado baja, con su gran cúpula sostenida por pilastras cuadradas. Lo peor era que, á pesar de su estilo bizantino arcáico, carecía de sentimiento religioso, sin misterio ni recogimiento ninguno, semejante á una lonja de trigo nuevecita, iluminada crudamente por la cúpula y las anchas puertas de cristales.

Aún no estaba concluída. Faltábale la ornamentación. Las paredes desnudas donde estaban adosados los altares; no tenían más adorno que rosas de papel y pobres ex-votos; lo cual acababa de darle un aire de vasta sala de paso, embaldosada, cuyo pavimento se llenaba de humedad, como el de las salas de ferrocarril, en los días de lluvia.

El altar mayor provisional era de madera pintada. Innumerables hileras de bancos llenaban la rotonda central; bancos de refugio público, donde podía la gente ir á sentarse á todas horas, pues el Rosario permanecía abierto de noche y de día, á todos los peregrinos. Como el Abrigo, era el establo donde Dios recibía á los pobres.

Al entrar, Pedro volvió á experimentar aquella impresión de mercado común, cruzado por la calle. Pero la viva claridad del día no inundaba ahora las paredes descoloridas; los cirios que ardían en todos los altares constelaban las grandes sombras vagas, dormidas bajo las bóvedas.

A media noche habían celebrado una gran misa solemne, con extraordinaria pompa, entre profusión de luces, cantos, vestiduras de oro é incensarios. De todo aquel glorioso brillo, no había quedado más que los cirios reglamentarios, indispensables para la celebración de las misas, en los quince altares del recinto.

A media noche empezaban las misas y no cesaban hasta el medio día. En el Rosario solamente, se celebraban unas cuatrocientas, durante las doce horas. En todo Lourdes, donde había unos cincuenta altares, el número de misas ascendía á más de dos mil diarias.

La afluencia de curas era tan grande, que muchos cumplían difícilmente su deber, teniendo que hacer cola horas enteras antes de llegar á un altar desocupado.

Pedro quedó, efectivamente, sorprendido al ver las largas hileras de curas que, en la semi-oscuridad, esperaban con paciencia su turno, en las gradas de los altares, mientras los oficiales depachaban sus frases latinas, acompañadas de grandes señales de la cruz. La fatiga era tan grande, que la mayor parte de aquellos sacerdotes se sentaban en el suelo, y algunos se dormían en los escalones, amontonados y rendidos, esperando que el sacristán les despertase.

Paseóse un momento, indeciso. ¿Esperaría como los demás? Le asustaba la idea de hacer cola horas enteras. Pero el espectáculo le retenía.

Cada misa reunía en torno del altar una multitud de peregrinos, que se empujaban y comulgaban de prisa, con una especie de fervor voraz. Los copones se llenaban y se vaciaban sin cesar; las manos de los curas se cansaban de distribuir el pan de vida. Y aumentaba el asombro de Pedro. Jamás había visto un rincón de tierra regado de aquel modo con la sangre divina, y de donde se exhalase la fe con semejante vuelo de las almas.

Era como un retorno á los tiempos heroicos de la Iglesia, cuando los pueblos se arrodillaban bajo el mismo viento de credulidad, en el terror de su ignorancia, que fiaba su felicidad en manos del Dios omnipotente.

Podía creerse transportado ocho ó nueve siglos atrás, á las épocas de gran devoción pública, cuando creían próximo el fin del mundo; tanto más, cuanto que el gentío que había asistido al oficio de media noche, se había quedado en los bancos, con cierta familiaridad mezclada de bienestar. Muchos de los fieles carecían de asilo. Pero la Iglesia era su casa, el refugio donde día y noche les esperaba el consuelo.

Los que no sabían dónde acostarse, los que ni en el Abrigo habían encontrado un rincón, entraban en el Rosario y acababan por instalarse en un banco ó se tendían en el pavimento.

Otros, á quienes esperaba su cama, se quedaban por el gusto de pasar una noche entera en aquella casa divina, tan llena de hermosos ensueños.

Hasta que amanecía el hacinamiento y la promiscuidad eran extraordinarios: durmientes tendidos en todos los rincones y detrás de todas las columnas; hombres, mujeres y niños, adosados unos contra otro, todas las filas de bancos ocupados; otros, con la cabeza en el hombro del vecino, mezclando sus alientos con una tranquila inconsciencia; el cataclismo de una santa asistencia vencida por el sueño, una iglesia transformada en

un hospidalidad imprevista, la puerta abierta de par en par á la hermosa noche de Agosto, dejando penetrar á todos los transeuntes de las tinieblas, los buenos y los malos, los cansados y los perdidos.

Y en cada uno de los quince altares las campanillas de la elevación tocaban sin cesar; y del montón de durmientes se levantaban á cada paso bandadas de fieles que iban á comulgar y volvían á perderse luego entre el rebaño, sin nombre y sin pastor, que yacían en la semi-oscuridad, como en la decencia de un velo.

Pedro erraba, con aire de indecisión inquieta, por entre aquellos grupos vagos, cuando un viejo cura, que estaba sentado en la grada de un altar, lo llamó por señas.

Hacía dos horas que éste esperaba en el mismo sitio, y en el momento en que llegaba el turno se sentía presa de tal debilidad, que temiendo no poder acabar la misa, prefería ceder su puesto. Indudablemente, el ver á Pedro perdido, torturado en las sombras, le había dado lastima.

Le indicó la sacristía, esperó hasta que su sostituto volvió con la casulla y el cáliz, y durmióse profundamente en uno de los bancos vecinos.

Pedro entonces celebró su misa como la decía en París, como un hombre honrado que cumple su deber profesional. Tenía la apariencia exterior de una fe sincera. Pero nada le conmovió, nada le derritió el corazón, de cuanto creyó poder esperar de aquellos dos días de fiebre del medio extraordinario y desconcertador en que vivía desde su salida de París.

Esperaba que en el momento de la comunión, cuando se cumple el divino misterio, le consternaría una gran emoción y sería bañado por la gracia, ante el cielo cubierto, frente á frente con Dios.

Y no sucedió nada; su corazón helado no palpitó siquiera; pronunció hasta el fin las palabras habituales; hizo los signos reglamentarios, con la corrección maquinal del oficio.

A pesar de su esfuerzo de fervor, una sola idea le perseguía, obstinada; la de que la sacristía era demasiado pequeña para un número tan enorme de misas. ¿Cómo podían los sacristanes proporcionar las vestiduras sagradas y los lienzos necesarios? Esto le confundía y ocupaba su espíritu con una persistencia imbecil.

Poco después, se asombró de encontrarse fuera. Y volvió á andar en medio de las tinieblas de la noche, una noche que le pareció más negra, más muda y de un vacío inmenso.

La villa estaba muerta; no brillaba ni una luz. Unicamente quedaba el zumbido del Gave, que sus oídos acostumbrados cesaban de oír.

De pronto, como una aparición, resplandeció la Gruta delante de él, incendiando las tinieblas con su perpetua hoguera, ardiendo como un amor inextinguible.

Había vuelto á acercarse inconscientemente, atraído, sin duda, por el pensamiento de María.

Iban á dar las tres. Los bancos se habían desocupado. No quedaban allí más que unas veinte personas; figuras negras y perdidas, prosternaciones vagas, éxtasis somnolientos, caídos en un entorpecimiento divino.

Hubiérase dicho que la noche, á medida que avanzaba, condensaba las tinieblas, apartando la Gruta en una lontananza de ensueño.

Todo se hundía en el fondo de un cansancio delicioso. Ya no venía más que sueño de la inmensa campiña oscura; mientras que la voz de las aguas invisibles era como el aliento mismo de aquel sueño puro, en que sonreía la Vírgen, toda blanca, en medio de la aureola de cirios.

Entre las mujeres desvanecidas, la señora Maze seguía arrodillada, con las manos juntas y la cabeza inclinada, en actitud tan humilde, que parecía fundida en su ardiente plegaria.

Pedro se acercó en seguida á María. Como él temblaba, se imaginó que la pobre enferma estaría helada por el relente de la madrugada.

—¡Por Dios, María, abríguese usted! ¿Quiere usted encontrarse luego peor?

Y levantó el mantón que se había caído, procurando abrochárselo al cuello.

—Tiene usted frío, María. Sus manos están heladas.

Ella no contestó. Continuaba en la misma actitud que dos horas antes, en el momento de marcharse él. Incorporada de codos en la artesilla, mirando con el mismo fervor á la Vírgen, con el rostro transfigurado, radiante de celeste alegría. Sus labios se movían sin que se escapase de ellos ningún sonido.

Tal vez continuaba alguna conversación misteriosa, en la región del encanto soñando despierta. Pedro le habló de nuevo y ella tampoco le contestó. Después, murmuró al fin con voz lejana:

—¡Oh, Pedro; qué felicidad la mía!... La he visto, he implorado su gracia en favor de usted, y me ha sonreído, haciéndome una ligera seña con la cabeza, para decirme que me oía y atendía á mis súplicas... No me ha hablado, Pedro, pero he comprendido, sin embargo, lo que me decía; y es que esta tarde, á las cuatro, quedaré curada, en el momento de pasar el Santísimo Sacramento.

El la escuchaba transtornado. ¿Había dormido con los ojos abiertos? ¿No era en sueños que había visto á la Santa Vírgen de mármol inclinar la cabeza y sonreir? Tuvo un gran extremecimiento, al pensar que aquella purísima criatura había rogado por él. Y anduvo hasta la verja y cayó de rodillas balbuceando:

«¡Oh, María.... María!...»

Sin saber si este grito de su corazón se dirigía á la Vírgen ó á la amiga adorada de su infancia.

Después, quedóse allí, anonadado, esperando la gracia.

Transcurrieron minutos interminables. Esta vez, era el esfuerzo sobrehumano, la espera del milagro que había venido á buscar para sí mismo, la brusca revelación, el rayo que se llevase su duda y le volviese á la fe de los inocentes, rejuvenecido y triunfante.

Se abandonaba, y hubiese querido que una fuerza soberana transformase su ser.

Pero, como poco antes en la misa, no oía en él más que un silencio sin límites, y no sentía más que un vacío sin fondo.

No intervenía nada: su corazón, desesperado, parecía cesar de latir.

En vano se esforzaba en rogar, en fijar ardientemente su pensamiento en aquella Vírgen poderosa, tan dulce para las pobres gentes; á pesar de todo, su pensamiento se escapaba, reconquistado por el mundo exterior, y se ocupaba en detalles pueriles.

Al otro lado de la verja, en la Gruta, acababa de ver nuevamente al barón Suire dormido, continuando su sueño feliz, con las manos juntas sobre el vientre.

Otras cosas le llamaron también la atención; los ramos de flores amontonados á los pies de la Vírgen; las cartas allí echadas, como á correo del cielo; la delicada blonda de cera que se mantenía derecha, alrededor de la llama de los grandes cirios, rodeándola como un rico adorno de plata calada.

Luego, sin correlación aparente de ideas, pensó en su infancia evocándose muy distinta la figura de su hermano Guillermo. Después de la muerte de su padre, no había vuelto á verle. Sabía únicamente que vivía aislado, ocupándose de ciencias en el fondo de la casita en donde vivía como exclaustrado, con una querida y dos grandes perros; y no hubiera tenido noticias de él, si no hubiese leído últimamente su nombre en un periódico, á propósito de un atentado revolucionario.

Se le suponía apasionadamente consagrado al estudio de materias explosivas, frecuentando los jefes de los partidos más avanzados.

¿Cómo, pues, se le aparecía así, en aquel sitio de éxtasis, en medio de la claridad mística de los cirios, y tal como lo había conocido en otra época, tan bueno y cariñoso, con una rebeldía de caridad para todos los sufrimientos?

Durante un rato, le acosó aquel pensamiento, sintiendo amargamente aquella buena fraternidad perdida.

Luego, sin transición, volvió á pensar en sí mismo, comprendiendo que se obstinaría allí durante horas enteras, sin que la fé volviese.

Sin embargo, sintió una especie de temblor, una postrera esperanza, la idea de que, si la Santa Vírgen hiciese el gran milagro de curar á María, él creería sin duda.

Era como el último plazo que se daba, una cita con la fé para aquel mismo día, á las cuatro de la tarde, cuando pasase el Santísimo Sacramento, como ella había dicho.

De pronto, cesó su angustia y permaneció arrodillado, muerto de fatiga, dominado por una somnolencia invencible.

Transcurrían las horas. La Gruta seguía proyectando en la oscuridad su resplandor de capilla ardiente, cuyo reflejo llegaba á las colinas inmediatas, blanqueando las fachadas de los conventos.

Pero Pedro la vió palidecer poco á poco, Asombrado, despertó con un ligero extremecimiento glacial: era que amanecía en un cielo nebuloso.

Notó que una de esas tormentas, tan bruscas en los países de montañas, avanzaba rápidamente por la parte del Mediodía. Ya retumbaba el trueno lejano, mientras ráfagas de viento barrían los caminos.

El quizá había dormido también, pues ya no encontró al barón Suire, á quien no recordaba haber visto alejarse.

Apenas quedaban quince personas delante de la Gruta, entre las cuales reconoció á la señora Maze, con la cara apoyada en las manos.

Al notar que clareaba y la veían, levantóse y desapareció por la estrecha senda que conducía al convento de las Hermanitas Azules.

Inquieto, Pedro se acercó á decir á María que era preciso irse, si no quería mojarse.

—Voy á conducirla al Hospital.

Ella se negó y suplicó con insistencia.

—¡No, no! Espero la misa; he prometido comulgar aquí... No pase usted cuidado por mí. Vuélvase usted aprisa á la fonda; vaya á acostarse: se lo suplico. Ya sabe usted, que cuando llueve, vienen carruajes á buscar á los enfermos.

Ella se obstinó, mientras que él repetía que no quería acostarse.

Celebrábase, en efecto, una misa, de madrugada, en la Gruta; y era una satisfacción divina para los peregrinos el poder comulgar allí, después de una larga noche de éxtasis, en la gloria de sol naciente.

Empezaban á caer gruesas gotas, cuando apareció un sacerdote, con casulla, acompañado de dos acólitos, uno de los cuales llevaba abierto, protegiendo el cáliz, un paraguas de raso blanco, bordado de oro.

Pedro, que había arrimado la carretilla á la verja, para abrigar á María debajo de la roca, donde se habían refugiado igualmente las pocas personas que allí quedaban acababa de ver á la muchacha recibir la hostia con un fervor ardiente, cuando llamó su atención un espectáculo lastimoso, que le oprimió el corazón.

Bajo la lluvia torrencial, divisó á la Vincent, con los brazos tendidos, que ofrecía á la Santa Vírgen su pobre Rosa, cuya amada y dolorosa carga, sostenía aún.

No habiendo podido continuar en el Abrigo, donde muchos reclamaban contra el continuo gemir de la niña, se la había llevado á través de las espesas tinieblas, errando como una loca durante más de dos horas, estrechando contra su pecho aquella triste carne de su carne, sin poder aliviarla.

Ignoraba qué camino había seguido, bajo qué árboles se había refugiado, preocupada enteramente por el injusto sufrimiento que con tanta dureza castigaba á un pequeño ser tan débil, tan puro é incapaz de haber pecado. ¿No eran una abominación aquellas tenazas de la enfermedad que torturaban sin cesar, semanas hacía, al pobre ser, cuyo gemido no sabía cómo aplacar?

Iba meciéndola en sus brazos, por senderos desconocidos, caminando como una loca, con la esperanza obstinada de que acabaría por adormecerla, de que acallaría aquel grito que le desgarraba el corazón.

Bruscamente, ya extenuada, agonizando de la agonía de su hija, acababa de salir á la Gruta, á los pies de la Vírgen del Milagro, que perdonaba y devolvía la salud.

—¡Oh, Vírgen, Madre admirable, cúrala!... ¡Oh, Vírgen, Madre de la divina gracia, cúrala!

Había caído de rodillas, tendiendo su hija expirante en sus brazos trémulos, en una exaltación de deseo y de esperanza, que la agitaba toda.

Y la lluvia, que no sentía en sus talones, se precipitaba detrás de ella, con un ruido de torrente desbordado, mientras que violentos truenos hacían retemblar las montañas.

Un momento creyó que sus preces eran atendidas. Rosa acaba de hacer un ligero extremecimiento, como visitada por el arcángel, con los ojos y la boca abiertos, blanca como la nieve. Había exhalado un postrer aliento, muy débil, y ya no gritaba.

—¡Oh, Vírgen, Madre del Salvador, cúrala!... ¡Oh Vírgen, Madre Todopoderosa, cúrala!

Pero sintió que su hija pesaba menos en sus brasos tendidos, y se alarmó de no oirla gemir, de verla tan blanca, con los ojos y la boca abiertos, sin respirar.

¿Por qué no sonreía, si estaba curada?

De pronto, dió un grito desgarrador, el grito de la madre dominando al trueno, en medio de la tempestad que arreciaba.

Su hija estaba muerta.

Levantóse, volvió las espaldas á aquella Vírgen sorda, que dejaba morir á los niños, y marchóse como una loca, bajo la lluvia torrencial, sin saber á donde iba, meciendo aún el pequeño cuerpo que sostenía en brazos desde hacía tantos días y tantas noches.

Estalló un trueno, y el rayo debió abrir uno de los árboles cercanos, en medio de un gran crugido de ramas torcidas y desgajadas.

Pedro corrió detrás de la Vincent, para guiarla y socorrerla. Pero no pudo alcanzarla, porque la perdió en seguida detrás del turbio velo de lluvia.

Al volver, terminaba la misa, y el agua caía con menos violencia. El oficiante acabó por marcharse debajo del paraguas de raso blanco, bordado de oro, mientras que una especie de ómnibus aguardaba á los enfermos, para conducirlos al Hospital.

María estrechó ambas manos á Pedro.

—¡Oh, cuán dichosa soy!... Esta tarde no venga usted por mí antes de las tres.

Una vez solo, bajo la lluvia, que continuaba más fina y pertinaz, Pedro entró en la Gruta y fué á sentarse en el banco, cerca de la fuente. No quería acostarse; el sueño le inquietaba, á pesar de su cansancio, en la excitación nerviosa que le dominaba desde el día anterior.

La muerte de la niña Rosa había aumentado su fiebre; no podía olvidar aquella madre crucificada, errante por caminos fangosos, con el cuerpo de su hija.

¿Qué razones eran entonces las que decidían á la Vírgen? Le espantaba qué pudiese elegir; hubiera querido saber cómo su corazón de Madre divina podía resolverse á no curar más que diez enfermos de cada cien, aquel diez por ciento de milagros cuya estadística había establecido el doctor Bonamy.

El mismo se había preguntado el día anterior, cuáles enfermos hubiera elegido si hubiese tenido el poder de curar á diez.

¡Poder terrible! ¡Elección tremenda para la cual le hubiera faltado valor!

¿Por qué el uno y por qué no el otro?

¿Dónde está la justicia y dónde la bondad?

¡Ser el poder infinito y curarlos á todos! ¿No era éste el grito que salía de todos los corazones?

Y la Vírgen le parecía cruel, mal informada, tan dura é indiferente como la impasible naturaleza, distribuyendo la vida y la muerte como al azar, con arreglo á leyes ignoradas del hombre.

La lluvia cesaba. Hacía dos horas que Pedro se encontraba allí cuando sintió que tenía los pies mojados. Miró y quedó sorprendido de ver que la fuente rebosaba á través de las compuertas.

El suelo de la Gruta estaba inundado; el agua salía fuera, por debajo de los bancos, hasta el parapeto del Gave.

Los aguaceros habían hinchado los manantiales de los contornos, y Pedro pensó que la famosa fuente, con todo y ser tan milagrosa, estaba sometida á las leyes de las otras fuentes, pues comunicaba seguramente con depósitos naturales, donde penetraban y se acumulaban las aguas de lluvia.

Y se fué por no mojarse los tobillos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

Pedro echó á andar, experimentando la necesidad de respirar aire puro. Sentía un gran peso en la cabeza y se descubrió para refrescarse la frente, que ardía. A pesar de la fatiga de aquella terrible noche en vela, no pensaba en dormir. Manteníale en pie la sublevación de todo su ser, que no se calmaba.

Dieron las ocho, y aún andaba sin rumbo fijo, bajo el glorioso sol matutino, que resplandecía en un cielo sin mancha, como lavado del polvo del domingo por la tormenta.

De pronto levantó la cabeza con la inquietud de saber dónde se encontraba; y asombróse de haber andado tanto, pues se hallaba al pie de la estación, cerca del Hospicio municipal. Vacilaba ante la bifurcación de dos caminos, sin saber cuál de ellos tomar, cuando una mano amiga se apoyó en su espalda.

—¿A dónde va usted á estas horas?

Era el doctor Chassaigne, estirado en su levita, vestido de negro.

—¿Se ha extraviado usted? ¿Necesita usted algún informe?

—No, no, gracias—contestó Pedro turbado.—He pasado la noche en la Gruta, con la joven enferma á quien tanto quiero, y he experimentado tal malestar, que me paseo para reponerme, antes de ir á la fonda á descansar un rato.

El doctor continuaba mirándolo, leyendo claramente en él su horrible lucha, su desesperación de no poder dormirse en la fé, todo el sufrimiento de su esfuerzo inútil.

—¡Ah! ¡pobre hijo mío!—murmuró.

Y después de un rato de silencio, añadió paternalmente:

—Pues bien, puesto que usted se pasea, ¿quiere usted que continuemos el paseo juntos? Iba á bajar precisamente hacia ese lado, á orilla del Gave.... Venga usted, y á la vuelta, verá usted ¡qué horizonte tan maravilloso!

Cada día, por la mañana, el doctor se daba un paseo de dos horas, siempre solo, fatigando su duelo. Al levantarse, iba desde luego al cementerio, y allí permanecía un rato arrodillado sobre la tumba de su esposa y de su hija, que guarnecía de flores, en toda época. Luego erraba por caminos y senderos, secando sus lágrimas, y no volvía á su casa á desayunarse, sino rendido de fatiga.

Pedro aceptó, y los dos bajaron por la carretera, uno al lado del otro, sin decir una palabra. Largo tiempo callaron. El doctor parecía más

abatido que de ordinario, como si su conversación con las dos muertas amadas le hubiese desgarrado más el corazón.

En su rostro pálido, rodeado de canas, su nariz aguileña parecía bajar, mientras que aún brotaban lágrimas de sus ojos.

¡El tiempo era tan apacible, al sol, en aquella admirable mañana! El camino seguía ahora el borde del Gave, á la orilla derecha, al otro lado de la población nueva. Veíanse los jardines, las rampas, la Basílica. Luego vióse también la Gruta, que apareció en frente, con el continuo resplandor de los cirios, que la claridad del día hacía palidecer.

El doctor Chassaigne, que había levantado la cabeza, le persiguió. Pedro no comprendió desde luego. Mas cuando á su vez hubo visto la Gruta, miró con sorpresa á su viejo amigo recayendo en el asombro de la víspera, ante aquel hombre de ciencia, ateo y materialista, que el dolor había abatido y que ahora creía, por la única satisfacción de ver en otra vida á sus queridas muertas, tan lloradas.

El corazón había vencido á la razón; el hombre viviente y solo, no vivía sino de la ilusión de volver á vivir, en el paraíso, donde los mortales vuelven á encontrarse.

Esto aumentó el malestar del joven cura. ¿Era, acaso, preciso esperar la vejez y soportar igual sufrimiento, para encontrar al fin un refugio en la fé?

Continuaron andando, alejándose del pueblo, al borde del Gave. Sentíanse como arrullados por aquellas aguas claras, que rodaban por las piedras, entre árboles.

Y seguían callados, llevando el mismo paso, perdidos en su infinita tristeza.

—¿Y Bernadette?—preguntó de pronto Pedro.—¿La conoció usted?

El doctor levantó la cabeza.

—Bernadette.... Sí, sí; la ví una vez, más tarde.

Recayó un instante en su silencio, y luego habló:

—¿Comprende usted? En 1858, en el momento de las apariciones, yo tenía treinta años; me encontraba en París; era médico, enemigo de todo lo sobrenatural, y no se me ocurrió volver á mis montañas, para ver á una alucinada.... Pero cinco ó seis años después, en 1864, pasé por aquí, y tuve la curiosidad de visitar á Bernadette, que se encontraba aún en el Hospicio, con las hermanas de Nevers.

Pedro recordaba que su deseo de completar su investigación acerca de Bernadette, era uno de los motivos de su viaje á Lourdes.

¿Quién sabía si la gracia le vendría de aquella humilde y adorable criatura, el día en que se convenciese de la misión de perdón divino que hubiera llenado en la tierra? Tal vez la bastaría conocerla mejor y convencerse de que era efectivamente la santa y la elegida.

—Háblame usted de ella, se lo suplico Dígame todo lo que sepa.

Una débil sonrisa asomó á los labios del doctor. Comprendía, y hubiese querido calmar aquella alma de cura, torturada por la duda.

—¡Con mucho gusto, pobre hijo mío! ¡Me gustaría tanto iluminar su alma! Hace usted bien en querer á Bernadette; esto puede salvarlo, porque he reflexionado después de todas esas cosas ya tan viejas, y hoy declaro que nunca encontré criatura tan franca y deliciosa.

Entonces al ritmo lento de su marcha por la hermosa carretera en que el sol se mezclaba con la exquisita frescura de la mañana, el doctor refirió su visita á Bernadette, en 1864.

Esta tendría entonces veinte años; había ya seis que las apariciones se habían verificado. Su aire sencillo y juicioso, y su modestia perfecta, sorprendieron al visitante. Las hermanas de Nevers, que la habían enseñado á leer, la tenían con ellas en el Hospicio, para sustraerla á la curiosidad pública. Las ayudaba en los quehaceres del establecimiento, pero enfermaba tan á menudo, que se pasaba semanas enteras en la cama.

Lo que más llamó la atención del doctor, fueron sus ojos admirables, de una pureza infantil, ingenuos y francos. El resto de la cara había desmejorado un poco: el color se enturbiaba y las facciones eran más gruesas; parecía una criada como las demás, pequeña, humilde y enclenque.

Seguía siendo muy devota; pero no le pareció la joven extática y exaltada que esperaba encontrar; manifestaba más bien un espíritu positivo, sin elevación ninguna, ocupándose con frecuencia en alguna labor, como media ó bordado.

En una palabra, seguía la senda común, sin parecerse en nada á las grandes apasionadas de Cristo.

Nunca había vuelto á tener visiones, y jamás se le ocurría hablar de las dieciocho apariciones que habían marcado su destino. Para esto era preciso que la interrogaran, que le hiciesen una pregunta precisa.

Entonces contestaba brevemente, procurando cortar la conversación. No le gustaba hablar de aquellas cosas. Cuando alguien quería seguir y le preguntaba la naturaleza de los tres secretos cuya divina confidencia había recibido, se callaba, desviando los ojos.

Era imposible ponerla en contradicción con ella misma. Los detalles que daba, concordaban siempre con su versión primera. Parecía haber concluído por repetir extrictamente las mismas palabras, con las mismas inflexiones de voz.

—Hablé con ella toda una tarde—continuó el doctor—y no varió una sílaba. Era capaz de desconcertar á cualquiera... Le juro á usted que ella no mentía, que no mintió jamás, que era incapaz de mentir.

Pedro osó discutir.

—Pero doctor, ¿no cree usted que pudo estar enferma de la voluntad? ¿No está hoy probado que ciertas degeneradas, las aniñadas, por ejemplo, afectas de una idea fija, de una alucinación, de una quimera, no pueden desprenderse de ella, sobre todo cuando permanecen en el medio en

que se produjo el fenómeno?... Bernadette enclaustrada, Bernadette viviendo con su idea fija, se obstinaba naturalmente en ella.

El doctor volvió á mostrar su débil sonrisa, y continuó con un vago ademán algo solemne.

—¡Ay, hijo mío, me pregunta usted cosas á las cuales no puedo contestar! Usted sabe que ya no soy más que un pobre viejo, muy poco orgulloso de su saber, y que no tiene la pretensión de explicar nada... Sí, conozco, efectivamente, el famoso ejemplo de clínica, el de la muchacha que se dejaba morir de hambre en su casa, creyéndose atacada de una grave enfermedad del estómago, y que comió lejos de su domicilio.

Pero esto no es más que un hecho, y ¡hay tantos otros hechos contradictorios!

Callaron un momento. No se oía en el camino más que el ruido cadencioso de sus pasos. Luego el doctor continuó:

—Es verdad que Bernadette huía del mundo; que no se encontraba bien sino en su rincón solitario. Nunca se le conoció ninguna amiga íntima, ninguna ternura humana particular. Era igualmente dulce y buena con todos, y no mostraba vivo afecto sino para los niños... Como, á pesar de todo, el médico no ha muerto completamente en mí, confieso que alguna vez he tratado de explicarme si vivió virgen de espíritu, como seguramente lo fué de cuerpo. Es posible, porque era de un temperamento lento y delicado, casi siempre enfermo; sin hablar del medio inocente en que se crió: primero Bartrès y más tarde el convento. Sin embargo, tuve mis dudas, cuando averigüé la ternura con que se interesaba por el Asilo de huérfanos, construído por las Hermanas de Nevers al borde de este mismo camino. En él se da albergue á las niñas pobres, salvándolas de los peligros de la calle. Y si lo quería muy grande, capaz de contener todas las ovejas en peligro, ¿no era que se acordaba de haber andado por esos caminos, descalza, y temblaba todavía al pensar en lo que hubiese podido ser de ella, sin el auxilio de la Santa Virgen?

Continuó; habló del gentío inmenso que acudía á contemplar y venerar á Bernadette. Era para ella una fatiga considerable. No pasaba día sin que se presentase una nube de visitantes, procedentes de todos los puntos de Francia y aun del extranjero. Y había que eliminar á los simples curiosos; no permitía que se le acercasen más que los verdaderos fieles, los eclesiásticos, las personas de viso, á quienes no se podía negar decentemente la entrada.

Siempre tenía á su lado una religiosa, para protegerla contra las indiscreciones demasiado vivas, porque las preguntas llovían y la fatigaban enormemente haciéndole contar su historia.

Algunas grandes damas se arrodillaban á sus pies y la besaban el vestido, del cual hubieran querido llevarse un retazo, como reliquia.

Tenía que defender su rosario, pues muchas exaltadas le suplicaban

que se lo vendiese á cualquier precio. Una marquesa trató de conquistarlo, dándole otro con la cruz de oro y las cuentas de perlas finas. Muchos esperaban que consentiría en hacer un milagro en su presencia, y le llevaban niños para que los tocase; la consultaban sobre enfermedades y procuraban comprar su influencia segura sobre la Santa Vírgen.

La ofrecieron grandes cantitades, y la hubieran llevado presentes regios, á la menor señal, si hubiese manifestado el deseo de ser una reina, adornada de pedrerías y coronada de oro.

Los humildes se quedaban de rodillas á la puerta, los grandes de la tierra se apiñaban en torno de ella y se hubieran enorgullecido de servirle de escolta.

Hasta se refirió que hubo uno, el más apuesto y el más rico de los príncipes, que en un hermoso día de Abril fué á pedirla en matrimonio.

—Pero—interrumpió Pedro—lo que siempre me ha causado mala impresión, es esa salida de Lourdes, á los veintidos años, esa desaparición brusca, ese encierro en el convento de Saint-Gildard, en Nevers, de donde no volvió á salir... ¿No daba esto pie á los rumores de locura que corrieron falsamente? ¿No se exponían á que se supusiese que la encerraban, que la hacían desaparecer por temor de una indiscreción de su parte, de una palabra cándida que hubiese revelado el secreto de una larga superchería?... Y, francamente ¿quiere usted que le diga en crudo lo que pienso? Pues yo mismo aún creo que la escamotearon.

El doctor Chassaigne movió la cabeza suavemente.

—No, no, en todo eso nunca hubo historia preconcebida; no hubo melodrama ideado en la sombra y representado luego por actores más ó menos conscientes. Las cosas acontecieron por sí mismas, por la fuerza exclusiva de los hechos; y siempre fueron muy complejas, de un análisis muy delicado... No hay duda que Bernadette fué la primera que deseó marcharse de Lourdes. Las continuas visitas le molestaban, se encontraba mal en medio de aquella adoración ruidosa que á ella acudía tan de lejos.

No aspiraba sino á un rincón, en la sombra, donde poder vivir en paz; y su desinterés era á las veces tan huraño, que arrojaba al suelo el dinero que le entregaban, con el fin piadoso de celebrar una misa ó encender un cirio.

Nunca aceptó nada para sí, ni para su familia, que vivió siempre pobre.

Con tal orgullo, con tal sencillez natural, con tal modestia, se comprende muy bien que quisiese desaparecer, enclaustrarse, á fin de prepararse á bien morir.... Su obra estaba terminada; consistía aquel extraordinario movimiento que había determinado, sin saber exactamente cómo ni cuándo. Ya no hacía falta; otros iban á hacer el resto y asegurar el triunfo de la Gruta.

—Admitamos que se marchase espontáneamente—dijo Pedro.—Pero

¡qué desahogo para las gentes á quienes usted se refiere, para las que desde aquel momento se quedaron dueñas absolutas, bajo la lluvia de los millones que caían del mundo entero!

—¡Oh! ¡Yo no digo que la retuvieran! exclamó el doctor. A decir verdad, creo que la empujaron un poco. Acababa por causar algún estorbo; no porque temiesen de su parte confidencias sensibles; sino porque era poco decorativa, con su excesiva timidez, y á menudo tenía que guardar cama.

Por humilde que fuese el puesto que ocupaba en Lourdes, por mucha que fuese su obediencia, siempre resultaba ser una potencia que atraía á la gente; por tanto, hacía competencia á la Gruta.

Para que la Gruta se quedase sola, resplandeciente en su gloria, convenía que Bernadette desapareciese para no ser más que una leyenda.

Tales fueron, sin duda, las razones que determinaron al obispo de Tarbes, Mr. Laurence, á apresurar la partida.

Tuvieron únicamente el mal acuerdo de decir que se trataba de arrancarla á las asechanzas del mundo, como si hubiesen temido que pudiese cometer el pecado de orgullo, entregándose á la vanidad de aquella ama santa que repercutía en toda la cristiandad. Esto era inferirle una grave injuria, pues era incapaz de tener orgullo, como era incapaz de mentir; nunca existió niña más sencilla, más modesta, ni más encantadora que ella.

El doctor se apasionaba y exaltaba. Bruscamente se calmó y reapareció su pálida sonrisa.

—Yo la quiero mucho, es verdad; á medida que he ido pensando en ella, la he querido más.... Pero, amigo mío, no me juzgue usted completamente embrutecido por la creencia. Si pienso en el más allá, si tengo necesidad de creer en otra vida mejor y más justa, sé que quedan los hombres en este bajo mundo, y aun cuando llevan sotana, sus obras son á veces abominables.

Otro silencio. Cada uno de los dos estaba abismado en sus pensamientos.

El doctor continuó:

—Quiero decir á usted una idea que me ha perseguido á menudo. Supongamos que Bernadette no fuese aquella niña sencilla y tímida; désmole un espíritu de intriga y dominio, hagamos de ella una conquistadora, una directora de pueblo, y procure usted evocar lo que hubiera sucedido entonces....

«Naturalmente, la Gruta le pertenecería, y la Basílica también. La veríamos triunfar en las ceremonias, sentada en un trono, con una mitra de oro. Sería ella la que distribuiría los milagros, guiando las muchedumbres de fieles al cielo, con su diminuta mano, en actitud soberana. Resplandecería, siendo la Santa, la elegida, la única que había contemplado la divinidad frente á frente.

«Y, en suma, nada más justo; no haría más que asistir al éxito, después de haber pasado los trabajos; disfrutaría gloriosamente de su obra.»

Pero, en lugar de todo eso, ya lo ve usted; es defraudada, expoliada. Las maravillosas cosechas que sembró, las siegan otros. Durante los doce años que pasó en Saint-Gildard, arrodillada en la sombra, había aquí victoriosos sacerdotes con vestiduras de oro, cantando acciones de gracias, bendiciendo iglesias y monumentos, construídos á fuerza de millones. Es la única que no ha asistido al triunfo de la fé nueva, que fué obra suya.... Dice usted que soñó. ¡Ah, hermoso sueño que ha conmovido á todo un mundo y del cual la pobre criatura no despertó jamás!

Detuviéronse y sentáronse un momento en una roca, al borde del camino, antes de regresar al pueblo.

Delante de ellos, el Gave, muy profundo en aquel sitio, arrastraba aguas azules, con reflejos sombríos, mientras que más abajo, corriendo por un ancho cauce pedregoso, era todo espuma, blanca y ligera como la nieve. De las montañas bajaba un aire fresco, mezclado con la lluvia de oro del sol.

Pedro no había encontrado más que un nuevo motivo de reprobación, escuchando aquella historia de Bernadette, explotada y suprimida y con los ojos fijos en el suelo, pensaba en la injusta naturaleza, en esa ley que quiere que el más fuerte se coma al más débil.

Levantando luego la cabeza, dijo:

—¿Ha conocido usted también al abate Peyramale?

Los ojos del doctor se animaron, y el anciano contestó vivamente:

—¡Sí, señor! ¡Un hombre recto y fuerte, un santo, un apostol! Fué, con Bernadette, el gran obrero de Nuestra Señora de Lourdes. Como ella, sufrió horriblemente, y su propia obra le causó la muerte.... No sabe nada, no comprende nada del drama que aquí pasó, quién no conoce esa historia.

Entonces la refirió largamente.

Era un hombre alto y grueso, con una vigorosa cabeza leonina; un hijo del país, despejado, inteligente, muy honrado, muy bueno, pero violento á veces y dominante.

Parecía hecho para la acción; enemigo de toda locura devota, desempeñaba su ministerio con amplitud de espíritu.

Por esto receló al principio, negándose á creer en las relaciones de Bernadette, á quien interrogó, exigiéndole pruebas.

Sólo más tarde, cuando la corriente de la fé se hizo irresistible, venciendo á los más rebeldes y arrastrando, á los pueblos, acabó por inclinarse; y fué conquistado, sobre todo por su amor á los humildes y á los oprimidos, el día en que vió á Bernadette amenazada de ser metida en la cárcel.

Las autoridades civiles perseguían á una de sus ovejas; su corazón

de pastor despertó, y el buen cura la defendió con su ardiente pasión de justicia.

Además, el encanto de la niña había conquistado su voluntad; la veía tan ingenua y verídica que empezó á creer ciegamente en ella y acabó por amarla como la amaba todo el mundo.

Y ¿por qué rechazar el milagro, cuando aparece en todos los pasajes de las Sagradas Escrituras? No tocaba á un ministro de la religión, por prudente que fuese, manifestarse incrédulo, cuando poblaciones enteras se prosternaban y cuando la Iglesia parecía hallarse en vísperas de un nuevo y gran triunfo.

Sin contar con que el director de almas que había en él, el agitador de masas y el edificador, había encontrado al fin su ruta, el vasto campo en que podría obrar la gran causa á la cual se consagraría por completo, con su ardor y su necesidad de victoria.

Desde aquel momento, el abate Peyremale no tuvo más que una idea: la de ejecutar las órdenes que la Vírgen había encargado á Bernadette que la transmitiese. Cuidóse del arreglo de la Gruta. Colocaron una verja; canalizaron el agua de la fuente; removiéronse tierras para despojar las inmediaciones.

Pero, sobre todo, la Vírgen había pedido que construyesen una capilla, y él quiso una iglesia; toda una basílica triunfal. Concebía las cosas en grande; acosaba á los arquitectos, exigiéndoles palacios dignos de la reina del cielo, confiado en la ayuda entusiasta de toda la cristiandad.

Los donativos afluyeron efectivamente; el oro llovía de las diócesis más remotas; una lluvia de oro que había de aumentar siempre para no cesar jamás.

Aquellos fueron los años felices. A todas horas se encontraba el buen cura entre los trabajadores, á quienes activaba, afable y risueño, dispuesto siempre á coger el pico y la trulla, en su afán de ver pronto realizado su sueño.

Pero iba á llegar el tiempo de prueba. El hombre cayó enfermo. El 4 de Abril de 1864 estaba en peligro de muerte, cuando la primera procesión salió de su iglesia parroquial para ir á la Gruta: una procesión de sesenta mil peregrinos, que se desarrolló en medio de una concurrencia inmensa.

El día en que el abate Peyramale, salvado una vez de la muerte, se levantó, se encontró desposeído.

Para suplirlo en su pasada tarea, el obispo monseñor Laurence le había dado ya un auxiliar, uno de sus antiguos secretarios, el padre Sempé, nombrado director de los Misioneros de Garaisón, casa fundada por él.

El padre Sempé era un hombrecito delgado y listo, desinteresado en apariencia, muy humilde, pero abrasado en el fondo por la sed de todas las ambiciones. Al principio se mantuvo en su puesto, sirviendo al cura de

Lourdes como subordinado fiel, ocupándose de todo para aligerar su carga y poniéndose al corriente de todo, con el deseo de hacerse indispensable.

Inmediatamente debió comprender cuán rica finca iba á ser la Gruta y la renta colosal que de ella podía sacarse, con un poco de habilidad.

No salía del obispado. Se había hecho suyo el obispo, hombre frío, muy práctico, que tenía gran necesidad de limosnas. De este modo consiguió, al caer enfermo el abate Peyramale, hacer separar definitivamente del curato de Lourdes el dominio entero de la Gruta, que él estuvo encargado de administrar, al frente de algunos padres de la Inmaculada Concepción, de la cual el obispo le nombró superior.

La lucha empezó muy pronto; una de esas luchas sordas, encarnizadas, mortales, como las hay bajo la disciplina eclesiástica. Había allí una causa de rompimiento, un campo de batalla donde iban á batirse á millonadas: la construcción de una nueva iglesia parroquial, más grande y más digna que la vieja iglesia existente, cuya insuficiencia era manifiesta desde que en tan gran número afluían los fieles.

Este era el antiguo proyecto del abate Peyramale, que quería ser el extricto ejecutor de las órdenes de la Vírgen.

Nuestra Señora había dicho, hablando de la Gruta:

«Vendrán á ella en procesión.»

Y siempre se había imaginado á los peregrinos partiendo en procesión del pueblo, á donde habían de volver del mismo modo, como se hizo al principio.

Necesitaban, pues, un centro, un punto de reunión, y soñaban con una iglesia magnífica, una catedral de gigantescas proporciones, donde cupiese todo un pueblo.

Con su temperamento de constructor, de obrero apasionado del cielo, la veía surgir y elevar al sol su campanario con gran repiqueteo de campanas.

Quería que el templo fuese también su casa, su acto de fé y de adoración, y en él esperaba ser como el Pontífice, triunfando con el dulce recuerdo de Bernadette, en presencia de la obra de que le habían desposeído.

Naturalmente, en la profunda amargura que aquella usurpación le había causado, la nueva iglesia parroquial tenía algo de revancha, era su parte de gloria, una manera de ocupar su actividad militante, la fiebre que le consumía, desde que, con el corazón lacerado, hasta había cesado de ir á la Gruta.

Al principio, fué una ráfaga de entusiasmo. La población antigua, que se sentía dejada á un lado, hizo causa común con su cura, ante la amenaza de ver acudir todo el dinero y toda la vida á la población nueva, que surgía como por encanto en torno de la basílica.

El Consejo municipal votó cien mil francos, que por desgracia, no

habían de entregarse hasta que se abriese la iglesia. El abate Peyramale había aceptado los planos del arquitecto (un proyecto grandioso, como él quería), y tratado con un contratista de Chartres, que se comprometía á terminar la iglesia en tres ó cuatro años, si las cantidades prometidas se hiciesen efectivas con regularidad.

Los donativos iban, sin duda, á seguir lloviendo de todas partes. El cura emprendía aquel gran negocio sin ninguna inquietud, lleno de valerosa confianza, contando con que el cielo no le abandonaría en el camino. Hasta tuvo seguro el apoyo del nuevo obispo, monseñor Jourdán, quien, después de haber bendecido la primera piedra, pronunció una alocución, en la cual reconoció la necesidad y el mérito de la obra.

Parecía que el padre Sempé, con su humildad ordinaria, se había inclinado aceptando una competencia desastrosa, que había de obligarle á partir ganancias, porque aparentaba consagrarse enteramente á la administración de la Gruta. Hasta había dejado poner en la basílica un cepillo para la nueva iglesia parroquial en construcción.

Luego reanudóse la lucha sorda y encarnizada. El abate Peyramale, que era un detestable administrador, no cabía en sí de gozo al ver que su iglesia se levantaba rápidamente. Los trabajos proseguían con gran actividad; era lo único que pedía siempre, convencido de que la Vírgen pagaría.

¡Qué estupor cuando vió cesar las limosnas, como si alguien hubiese desviado, en la sombra, el curso del dinero de los fieles!

Llegó el día en que le fué imposible verificar los pagos ofrecidos. Había sido víctima de una trama sabiamente urdida y de la cual no se dió cuenta hasta más tarde.

El padre Sempé debía haber conquistado nuevamente para la Gruta el favor exclusivo del obispo. Hasta se habló de circulares confidenciales distribuídas en las diócesis para que las remesas de dinero no fuesen ya hechas á la parroquia.

La Gruta voraz, la Gruta insaciable lo quería todo, lo devoraba todo, y las cosas llegaron al extremo de que la administración de la Gruta se quedó con billetes de quinientos francos, depositados en el cepillo de la basílica para la obra de la parroquia. Esta era robada.

Pero el cura, en su pasión por la iglesia nueva, que era su hija, resistía con violencia y hubiera derramado su sangre por ella. Al principio había tratado en nombre de la fábrica; pero cuando no supo cómo pagar, trató en su nombre personal. Toda su vida estaba allí y agotóla en esfuerzos heroicos.

De los cuatrocientos mil francos prometidos, no pudo dar más que doscientos mil; y el Consejo municipal se obstinaba en no querer hacer entrega de los cien mil votados, hasta que la iglesia estuviese abierta.

Esto era ir contra los intereses evidentes del pueblo.

El padre Sampé, según decían, obraba secretamente de concierto con el contratista. De pronto triunfó, y se suspendieron las obras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquello fué el principio de la agonía. El cura Peyramal, el montañés de robustas espaldas; el de la cara leonina, herido en el corazón, vaciló y cayó, como una encina herida por el rayo. Se puso en cama y no volvió á levantarse.

Circulaban varias historias. Decían que el padre Sempé, con un piadoso pretexto, procuró colarse en la rectoría, para ver si su temido adversario estaba ó no herido de muerte; y añadían que tuvieron que echarlo de aquel cuarto doloroso, donde su presencia era un escándalo.

Muerto el cura, el padre Sempé asistió triunfante al funeral, de donde no se atrevieron á proscribirlo. Dicen que él ostentó una alegría abominable, resplandeciendo su triunfo en su cara. Veíase libre, al fin, del único hombre que le sirviera de obstáculo, y cuya legítima autoridad temía. Ya no tendría que partir con nadie los beneficios, puesto que los dos obreros de Nuestra Señora de Lourdes se encontraban suprimidos: Bernadette en el convento y el abate Peyramale bajo tierra.

La Gruta era enteramente suya. Las limosnas no afluirían sino á él; emplearía á su antojo el presupuesto de unos ochocientos mil francos, de que disponía cada año. Concluiría los trabajos gigantescos que convertirían la basílica en un mundo que se bastase por sí mismo; contribuiría al brillo de la población nueva, para aislar aún más á la antigua y relegarla detrás de su peña, como una parroquia ínfima, eclipsada por el resplandor de su vecina todopoderosa.

Era la realeza definitiva: todo el dinero y todo el dominio.

Sin embargo, la nueva iglesia parroquial, aunque dormía en su cercado de tablas, desde la suspensión de las obras estaba más de medio construída hasta las bóvedas de las naves laterales. Era, pues, una amenaza para el día en que la villa intentase concluirla Era, pues, preciso acabar de matarla, á su vez, convirtiéndola en una ruina irreparable.

Continuó, por consiguiente, el sordo trabajo: una maravilla de crueldad, de destrucción lenta. Desde luego se conquistó al nuevo cura, al extremo de que no abría siquiera los pliegos en que llegaban valores dirigidos á la parroquia. Todos eran llevados directamente á los padres.

Luego criticaron el sitio elegido para la nueva iglesia, é hicieron redactar por el arquitecto diocesano un informe que declaraba la iglesia antigua muy sólida y suficiente para las necesidades del culto.

Pero, sobre todo, influyeron en el ánimo del obispo, haciéndole ver el lado desagradable de las dificultades pecuniarias sobrevenidas con el empresario de las obras.

Peyramale no había sido más que un hombre violento y testarudo, una especie de loco, cuyo celo indisciplinado había estado á punto de comprometer á la religión.

El obispo, olvidando que había bendecido la primera piedra, escribió una carta para poner á la iglesia en entredicho, con prohibición de celebrar en ella todo servicio religioso.

Este fué el golpe supremo.

Se habían entablado pleitos interminables. El empresario, que únicamente había recibido 200,000 francos á cuenta de los 500,000 á que ascendían los trabajos ejecutados, acababa de demandar al heredero del cura, á la fábrica y al Municipio, pues éste último continuaba negándose á entregar los 100,000 francos votados por él.

Desde luego, el Consejo de prefectura se declaró incompetente; pero después que el Consejo de Estado le hubo devuelto el expediente, condenó al Municipio á pagar los 100,000 francos y al heredero á terminar la iglesia, declarando á la fábrica libre de responsabilidad.

Pero hubo una nueva apelación ante el Consejo de Estado, que casó la sentencia; y esta vez condenó á la fábrica, ó, en su defecto, al heredero, á pagar al empresario.

Ambos eran insolventes, y las cosas quedaron en tal situación. Los pleitos habían durado quince años.

Como el Municipio se había resignado á dar sus cien mil francos, ya no se debían al empresario más que doscientos mil. Pero las costas y los intereses acumulados habían engrosado esta cantidad hasta tal punto, que ascendía á seiscientos mil francos; y, como, por otra parte, se calculaba en cuatrocientos mil la cantidad necesaria para la conclusión de la iglesia, se necesitaba un millón para salvar á la joven ruina de una destrucción segura.

Desde aquel día, los padres de la Gruta pudieron dormir tranquilos. La iglesia, por ellos asesinada, había muerto á su vez.

Las campanas de la basílica fueron echadas al vuelo. El padre Sempé reinó victorioso, al salir de aquella lucha gigantesca, en la cual habían matado piedras, después de haber matado á un hombre, en la sombra discreta de las sacristías.

Y el viejo Lourdes, testarudo y falto de inteligencia, sufrió duramente la pena de no haber sostenido mejor á su cura, que había muerto en la brecha, por amor á su parroquia; pues desde entonces la población nueva no cesó de engrandecerse y de prosperar á expensas de la antigua.

Todo el dinero iba á la primera. Los padres de la Gruta se hacían de oro; comanditaban fondas y cererías y vendían el agua de la fuente, á pesar de estarles prohibido el dedicarse á todo negocio, en virtud de una cláusula de su contrato con el Municipio.

El país entero se corrompía. El triunfo de la Gruta había desarrollado tal furor de lucro, una fiebre tan ardiente de poseer y disfrutar, que, bajo la lluvia de millones, la perversión más extraordinaria se agravaba de día en día. trocando en Gomorra y en Sodoma el Belén de Bernadette.

El padre Sempé acababa de coronar el triunfo de Dios, entre la abominación, humana, en medio del desastre de las almas.

Surgían del suelo construcciones gigantes. Ya se habían gastado cinco ó seis millones, sacrificándolo todo al empeño absoluto de aislar á la parroquia, á fin de guardar la presa entera.

Las rampas colosales, tan costosas, sólo servían para eludir el deseo de la Vírgen, de que fuesen á la Gruta en procesión.

No era ir en procesión el bajar de la basílica por la rampa de la izquierda y volver á subir por la rampa de la derecha: era girar sobre un mismo punto.

Pero los padres habían conseguido que se partiese de su casa para volver á ella, á fin de ser los únicos propietarios los cosecheros magníficos que recogían todo el trigo.

El cura Peyramale estaba enterrado en la cripta de su iglesia, á medio construir y en ruinas; y Bernadette había agonizado largo tiempo lejos de allí, en el fondo de un convento, donde ya dormía también, á su vez, bajo la losa de una capilla.

Cuando el doctor de Chassaigne hubo terminado esta larga historia, reinó un gran silencio. Luego se levantó penosamente.

—Amigo mío, van á dar las diez y quiero que descanse un poco. Volvámonos.

Pedro le siguió silencioso y ambos regresaron al pueblo á paso más rápido.

—¡Ah, sí!—continuó el doctor;—hubo aquí grandes inquietudes y grandes dolores. Ya se sabe, el hombre prostituye las obras más bellas. No puede usted imaginarse la horrible tristeza de las cosas que le acabo de referir. Hay que verlo, hay que tocarlo con las manos. ¿Quiére usted que le haga visitar esta noche el cuarto de Bernadette y la iglesia no concluída del cura Peyramale?

—Sí, señor, con mucho gusto.

—Pues bien; después de la procesión de las cuatro espéreme delante de la basílica é iremos juntos.

Y no volvieron á hablarse, engolfado cada uno en sus pensamientos.

A su derecha, el Gave corría, en aquel sitio, por una garganta profunda, una especie de hendidura en que se precipitaba, como desaparecido, entre arbustos. De trecho en trecho se veía la corriente clara, como plata mate. Más lejos, después de un brusco recodo, reaparecía ensanchado á través de una llanura, extendiéndose en tablazones vivas que debían cambiar á menudo de lecho, pues el suelo, de arena y guijarros, estaba abarrancado por todas partes.

El sol empezaba á arder; alto ya en el vasto cielo, cuyo azul límpido subía de color de un borde al otro del inmenso circuito de montañas.

En el recodo del camino reapareció Lourdes, todavía lejano, á los ojos de Pedro y del doctor Chassaigne. En aquella mañana espléndida el pueblo se destacaba en el horizonte en medio de un flotante polvo de

Nevad y Carlos 7 de Solio 1981 Abasolo N.L Hidalgo N.L.

oro y de púrpura. con sus casas, sus monumentos, cada vez más distintos á medida que se acercaban.

El doctor, sin hablar, concluyó su pensamiento señalando á la población creciente, con un ademán reposado y triste, como para tomarla por testigo de las historias que había contado. Era el ejemplo evocado á la brillante luz del sol.

Ya divisaban el resplandor de la Gruta, debilitado en aquella hora, entre el verde ramaje. Luego se extendían los trabajos gigantescos, el malecón de piedra, á lo largo del Gave, cuyo curso habían tenido que desviar, el puente nuevo que unía los nuevos jardines con el *boulevard* recientemente abierto, y las rampas colosales, y la iglesia maciza del Rosario, y la basílica esbelta, de una gracia altiva, dominándolo todo.

En los alrededores, no se veía de la población nueva, á tal distancia, sino una aglomeración de fachadas blancas, un reflejo de pizarras nuevas, los grandes conventos, las grandes fondas, el barrio rico, salido como por encanto del antiguo suelo pobre; mientras que detrás de la masa roqueña, donde se perfilaban los muros ruinosos del Castillo, aparecían, confusas y perdidas, las humildes techumbres del antiguo caserío, amalgamadas, corroídas por la edad, miedosamente apretadas unas contra otras.

Y como fondo de aquella evocación de la vida de ayer y de hoy, bajo la gloria del eterno sol, el pequeño y el grande Gers, que se elevaban, cerrando el horizonte con sus laderas desnudas, que los rayos oblícuos acuchillaban de amarillo y rosa.

El doctor Chassaigne quiso acompañar á Pedro hasta la fonda de las Apariciones, donde se separó de él recordándole la cita que le había dado para la tarde.

Aún no eran las once. Pedro, á quien la fatiga acababa de rendir de golpe, se esforzó en comer antes de acostarse, pues sentía que la necesidad entraba por mucho en su decaimiento. Afortunadamente se encontró un cubierto libre en la mesa redonda. Comió durmiendo con los ojos abiertos, sin saber lo que le servían. Luego subió á su cuarto y se echó en la cama, después de haber encargado á la camarera que le despertase á las tres.

Pero, una vez tendido, la fiebre que le abrasaba, le impidió de pronto cerrar los ojos. Un par de guantes, olvidado en el cuarto vecino, le habían recordado el viaje de Guersaint á Gavarnie, para donde había salido antes de amanecer, con el objeto de regresar por la tarde.

¡Dichoso don, el de la indolencia!

El pobre cura, quebrantados los miembros por el cansancio y trastornado el espíritu, sentía una tristeza mortal. Todo parecía conjurar contra su buen deseo de reconquistar la fé de su infancia. La trágica historia del rector Peyramale acababa de agravar la sublevación que le produjo la Bernadette, elegida y martir. La verdad que había venido á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buscar en Lourdes, en vez de devolverle la fé, parecía haber de conducirle á un odio más grande contra la ignorancia y la credulidad, á esa amarga certeza de que el hombre está sólo en el mundo con su razón.

Por fin, se durmió. Pero las imágenes seguían flotando en su penoso sueño. Lourdes, corrompida por el dinero, convertida en un lugar de abominación y de perdición, transformada en un vasto bazar, donde todo se vendía, inclusas las misas y las almas; el cura Peyramale, muerto y enterrado en medio de las ruínas de su iglesia, entre las ortigas que la ingratitud había sembrado...

Y no se calmó, y no disfrutó la dulzura de la nada hasta que la última visión, pálida y lastimosa, se hubo disipado; la de Bernadette en Nevers, arrodillada en un rincón oscuro, pensando en su obra, que nunca había de ver.

JORNADA CUARTA

I.

En el hospital de Nuestra Señora de los Dolores, María había permanecido toda la mañana sentada en su cama, con la espalda apoyada en almohadas. Habiendo pasado la noche entera en la Gruta, no quiso volver. Y al acercarse la señora de Jonquière para levantar una almohada que se caía, le preguntó la enferma:

—¿Qué día es hoy, señora?

—Lunes, hija mía.

—¡Ah, es verdad! Ya no sabe una cómo vive. Y además, ¡estoy tan contenta! Hoy va á curarme la Santa Vírgen.

Sonreía divinamente, con aire de soñadora despierta, con la vista extraviada, tan distraída, tan absorta en la idea fija, que no veía más que la certeza de su esperanza.

La sala de Santa Honorina acababa de desocuparse en torno de María; todas las enfermas se habían ido á la Gruta; no quedaba más que la Vêtu, que agonizaba en la cama del lado. Pero no la veía siquiera; estaba satisfecha de la paz brusca que se había producido. Un ancho rayo del sol de la radiante mañana entraba por una de las ventanas del patio, y el polvo de oro bailaba sobre su sábana, bañando sus pálidas manos.

¡Qué alegría ver aquella sala, tan lúgubre de noche con su hacinamiento de lechos dolorosos, su hediondez y sus gemidos de pesadilla, inundada de pronto por el sol, refrescada por el aire matinal y sumida en la dulce paz de aquel silencio!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buscar en Lourdes, en vez de devolverle la fé, parecía haber de conducirle á un odio más grande contra la ignorancia y la credulidad, á esa amarga certeza de que el hombre está sólo en el mundo con su razón.

Por fin, se durmió. Pero las imágenes seguían flotando en su penoso sueño. Lourdes, corrompida por el dinero, convertida en un lugar de abominación y de perdición, transformada en un vasto bazar, donde todo se vendía, inclusas las misas y las almas; el cura Peyramale, muerto y enterrado en medio de las ruínas de su iglesia, entre las ortigas que la ingratitud había sembrado...

Y no se calmó, y no disfrutó la dulzura de la nada hasta que la última visión, pálida y lastimosa, se hubo disipado; la de Bernadette en Nevers, arrodillada en un rincón oscuro, pensando en su obra, que nunca había de ver.

JORNADA CUARTA

I.

En el hospital de Nuestra Señora de los Dolores, María había permanecido toda la mañana sentada en su cama, con la espalda apoyada en almohadas. Habiendo pasado la noche entera en la Gruta, no quiso volver. Y al acercarse la señora de Jonquière para levantar una almohada que se caía, le preguntó la enferma:

—¿Qué día es hoy, señora?

—Lunes, hija mía.

—¡Ah, es verdad! Ya no sabe una cómo vive. Y además, ¡estoy tan contenta! Hoy va á curarme la Santa Vírgen.

Sonreía divinamente, con aire de soñadora despierta, con la vista extraviada, tan distraída, tan absorta en la idea fija, que no veía más que la certeza de su esperanza.

La sala de Santa Honorina acababa de desocuparse en torno de María; todas las enfermas se habían ido á la Gruta; no quedaba más que la Vêtu, que agonizaba en la cama del lado. Pero no la veía siquiera; estaba satisfecha de la paz brusca que se había producido. Un ancho rayo del sol de la radiante mañana entraba por una de las ventanas del patio, y el polvo de oro bailaba sobre su sábana, bañando sus pálidas manos.

¡Qué alegría ver aquella sala, tan lúgubre de noche con su hacinamiento de lechos dolorosos, su hediondez y sus gemidos de pesadilla, inundada de pronto por el sol, refrescada por el aire matinal y sumida en la dulce paz de aquel silencio!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Por qué no procura usted dormir un poco?—repuso maternalmente la señora de Jonquière.—Debe usted estar rendida, después de pasar toda la noche en vela.

María pareció sorprendida, tan ligera y tan desvanecida, que ya no sentía sus miembros.

—Pero si no estoy cansada; no tengo sueño.... ¿Dormir? ¡Oh! No señora, ¡qué tristeza! Ya no sabría que voy á curar.

Esto hizo reir á la directora.

—Entonces, ¿por qué no ha querido usted que la llevasen á la Gruta? Va usted á fastidiarse en esa cama, sola.

—No estoy sola, señora; estoy con ella.

Juntó las manos, en su éxtasis, mientras evocaba, la visión.

—Ya sabe usted que anoche la ví inclinar la cabeza, sonriéndome. Comprendí muy bien, oí su voz, sin que ella despegara los labios. A las cuatro, cuando pase el Santísimo Sacramento, quedaré curada.

La señora de Jonquière quiso calmarla, algo inquieta por aquella especie de sonambulismo en que la veía. Pero repetía la enferma:

—No, no, no estoy peor; espero..... Pero, ¿comprende usted, señora? No necesito ir esta mañana á la Gruta, puesto que me ha emplazado para las cuatro.

Y añadió más quedo:

—A las tres y media, Pedro vendrá á buscarme... A las cuatro quedaré curada.

El sol subía lentamente por sus brazos desnudos y transparentes, de una delicadeza enfermiza, mientras que sus admirables cabellos rubios, caídos sobre sus hombros, parecían un chorro del astro mismo, que la envolvía enteramente.

Subió del patio el gorjeo de un pájaro, alegrando el silencio de la sala. Alguna niña debía jugar no lejos de allí, pues de vez en cuando estallaban también risas ligeras en el aire tibio, de una tranquilidad deliciosa.

—Vamos, entonces no duerma usted, si no tiene sueño—dijo la señora de Jonquière.—Pero estése usted muy tranquila, y asimismo descansará.

Pero en la cama inmediata, la Vêtu se moría. No se habían atrevido á llevarla á la Gruta, por temor de que expirase en el camino. Hacía un momento que tenía los ojos cerrados, y Sor Jacinta, que la observaba, llamó por señas á la señora Desagneaux para comunicarle su mala impresión.

Inclinadas ambas sobre la moribunda, la expiaban con creciente inquietud. El cutis se había puesto aún más amarillo de un color fangoso. Las órbitas de los ojos se habían ahondado y los labios parecían adelgazarse; pero lo más alarmante era el estertor que empezaba; una respiración lenta y pestilencial, apestada por el cancer que acababa de devorar el estómago.

Bruscamente levantó los párpados y se asustó al ver aquellas dos caras inclinadas sobre la suya. ¿Estaba próxima su muerte, cuando así la miraban? Una tristeza inmensa se dibujó en sus ojos; un dolor desesperado de perder la vida. No llegaba á la sublevación violenta, porque no tenía fuerzas para luchar. Pero ¡qué suerte más espantosa! ¡Abandonar tienda, comodidades, esposo, para venir á morir tan lejos! ¡Afrontar el suplicio abominable de semejante viaje, rogar día y noche y no ser atendida, y morir cuando otras curaban!.

Unicamente pudo balbucear:

—¡Ay, cómo sufro! ¡Ay, cómo sufro!... Por caridad, hagan ustedes algo, hagan ustedes, al menos, que yo no sufra más.

La pequeña Désagneaux, con su bonita cara de leche, achicada por desgreñados cabellos rubios, estaba trastornada.

No tenía costumbre de asistir á las agonías: hubiera dado la mitad de su corazón, como decía, por salvar á aquella pobre mujer.

Levantóse y se dirigió á Sor Jacinta, que lloraba de pena, pero resignada ya á la salvación mediante una buena muerte. No había, realmente, nada qué hacer? ¿No se podía probar algo, como pedía la moribunda?

Aquella misma mañana, dos horas antes, el abate Judaine había venido á sacramentarla. Tenía el auxilio del cielo, único con el cual podía contar, puesto que hacía mucho tiempo que no esperaba nada de los hombres.

—Sí, sí, hay que hacer algo—exclamó la Désagneaux.

Y fué á buscar á la señora de Jonquière, junto á la cama de María.

—¿Oye usted, señora, á esa infeliz, cómo sufre? Sor Jacinta pretende que no le quedan más que algunas horas de vida.

Pero no podemos dejarla gemir de este modo... Hay cosas para calmar. ¿Por qué no llaman á ese joven médico que está ahí?

—En seguida—contestó la directora.

En las salas, nunca se acordaban del médico. Unicamente se les ocurría llamarlo en el momento de las crisis terribles, cuando alguna de sus enfermas gemía terriblemente de dolor.

La misma sor Jacinta, extrañada de no haber pensado en Ferrand, cuando sabía que estaba en una habitación inmediata, preguntó:

—¿Quiere usted, señora, que vaya á buscar al Sr. Ferrand?

—¡Sí, sí! que venga en seguida.

Cuando la hermana se hubo marchado, la señora de Jonquière se hizo ayudar por la Désagneaux, para levantar un poco la cabeza de la moribunda, pensando que esto la aliviaría.

Cabalmente, las dos señoras se encontraban solas aquella mañana; todas las demás hospitalarias habían ido á sus quehaceres ó á sus devociones. En el fondo de la sala, vacía de una paz tan dulce, donde el sol metía su tibio temblor, no se oían más que las risas ligeras de la niña invisible, que estallaban á intervalos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Es Sofía la que hace todo ese ruído?—dijo de pronto la directora, un poco nerviosa, disgustada por la catástrofe que preveía.

Dirigióse vivamente al extremo de la sala, y vió que. en efecto, era Sofía Couteau, la niña del milagro, la cual. sentada en el suelo, detrás de una cama, se divertía, á pesar de sus catorce años, en hacer una muñeca de trapos. Y la hablaba y se divertía tanto con ella, que á cada momento se echaba á reir.

—Estese usted derecha, señorita. A ver, baile usted un poco la polka. ¡Uno, dos, tres!

Pero llegó la señora de Jonquière.

—Hija mía, ahí tenemos una enferma que sufre mucho, y está gravísima... No ría usted tan alto.

—¡Ay! señora, yo no sabía...

—Levantóse, con la muñeca en la mano, muy seria.

—Señora ¿va á morirse esa enferma?

—Lo temo, hija mía.

Entonces Sofía se calló. Siguió á la directora, y se sentó en una cama inmediata. Abriendo sus grandes ojos con una curiosidad ardiente, sin miedo ninguno, miraba á la Vétu agonizante.

La Désagneaux, nerviosa, se impacientaba de no ver llegar al médico; mientras que María, extasiada, bañada por el sol, parecía indiferente á todo lo que pasaba en torno de ella, en la espera entusiasta del milagro.

Sor Jacinta no había encontrado á Ferránd en la pequeña habitación donde solía encontrarse, cerca del cuarto de la ropa blanca, y lo buscaba por toda la casa.

Hacía dos días que el joven médico se confundía cada vez más en medio de aquel hospital singular, donde nunca reclamaban sus auxilios sino para las agonías.

El botiquín que había traído resultaba inútil, pues no había que pensar en instituir ningún tratamiento, porque los enfermos no estaban allí para cuidarse, sino para curar de repente, en virtud de un prodigio. Pues casi no distribuía sino píldoras de opio, que adormecían los fuertes sufrimientos.

Había tenido el estupor de asistir á una visita del doctor Bonamy, á través de las salas. Era un simple paseo. El médico veía á los enfermos sin examinarlos y sin dirigirles pregunta alguna; únicamente le interesaba revistar las supuestas curas; se detenía ante las mujeres que reconocía por haberlas visto en su oficina, donde se registraban los milagros.

Una de estas mujeres tenía tres enfermedades, y la Santa Vírgen, hasta el presente, no se había dignado curar más que una; pero se tenían grandes esperanzas para las otras dos.

A veces, alguna infeliz, curada la víspera, manifestaba que habían vuelto los dolores; pero esto no alteraba la serenidad del doctor, quien

decía que al cielo tocaba hacer lo que el cielo había comenzado. Gran cosa era que hubiese un principio de mejoría de salud. Por esto exclamaba habitualmente:

—Hay un principio; tenga usted paciencia.

Lo que él temía eran las obsesiones de las damas directoras, que deseaban todas enseñarle casos extraordinarios. Cada una de ellas tenía la vanidad de contar en su servicio las enfermedades más graves, las más excepcionales y horribles, y ardían en deseos de hacerlas constar, para darse luego importancia.

Tal directora le detenía por el brazo, afirmándole que creía tener una leprosa. Tal otra le suplicaba que viese una muchacha que tenía los riñones cubiertos de escamas de pescado. Una tercera le daba al oído detalles espantosos sobre una señora, casada, de la mejor sociedad.

El doctor escapaba: se negaba á examinar una sola enferma, y prometía volver más tarde, cuando tuviese tiempo. Porque lo que él decía: si hubiese escuchado á aquellas señoras, se hubiese pasado el día en consultas inútiles.

De pronto se detenía delante de una curada por milagro; hacía una seña á Ferránd para que se acercase, y exclamaba:

—¡Ah! ¡Aquí tenemos una cura interesante!

Y Ferránd tenía que escucharla, aturdido, mientras reconstituía la enfermedad, que había desaparecido totalmente, á la primera inmersión en la piscina.

Por fin, el abate Jadaine, á quien encontró, enteró á sor Jacinta de que acababan de llamar al joven médico á la sala de casados. Era la cuarta vez que bajaba á ella, para asistir al padre Isidoro, cuyas torturas no cesaban. No podía hacer más que saturarlo de opio. En su martirio, el padre únicamente pedía un calmante, á fin de tener fuerza para ir por la tarde á la Gruta, á donde no había podido ir por la mañana. Pero aumentaba el dolor y perdió el conocimiento.

Al entrar, la monja encontró al médico, sentado á la cabecera del misionero.

—Señor Ferránd, venga usted conmigo, á toda prisa; tenemos en la sala de Santa Honorina una enferma que se muere.

El había sonreído, pues no la veía nunca sin alegrarse y sentirse reconfortado.

—Voy con usted, mi hermana. Pero permítame un momento que reanime, si es posible, á este infeliz.

Sor Jacinta tuvo paciencia y prestó ayuda.

La sala de casados, en la planta baja, estaba también bañada por el sol y por el aire, que entraban por tres grandes ventanas que daban á un pequeño jardín.

El Sr. Sabathier se había quedado solo en la sala, con el padre Isidoro, pues deseaba descansar aquella mañana, mientras la señora Sabathier iba á comprar algunas medallas y estampas para regalos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Tranquilamente sentado en la cama, apoyado de espaldas en almohadas, hacía correr entre sus dedos las cuentas de un rosario; pero ya no rezaba, sino que seguía por una especie de distracción maquinal, puestos los ojos en su vecino, cuya crisis observaba con doloroso interés.

¡Ay, mi hermana!—dijo á sor Jacinta que se había acercado—ese pobre padre me llena de admiración. Ayer dudé un instante de la Santa Vírgen, al ver que no se dignaba escucharme, al cabo de siete años que vengo aquí; y el ejemplo de este martir, tan resignado en su tortura, me ha hecho avergonzar de mi poca fe... ¡No puede usted imaginarse lo que sufre; y hay que verle ante la Gruta, con sus ojos ardiendo en una esperanza sublime!... ¡Qué hermoso ejemplo! No conozco, en el Louvre, más que un cuadro de un maestro italiano desconocido, donde existe una cabeza de fraile divinizada por una fe igual.

La parte intelectual reaparecía; el antiguo universitario, educado en la literatura y el arte, despertaba en el fondo de aquel náufrago de la vida, que quiso hacerse hospitalizar y no ser más que un pobre, para conmover al cielo.

Volviendo á sus nuevas ideas, añadió, tenaz en su esperanza, que la inutilidad de siete viajes á Lourdes no había podido abatir:

—En fin, aún me queda la tarde de hoy puesto que no partimos hasta mañana. El agua es muy fría, pero me haré sumergir otra vez. Desde que amaneció estoy rezando y pidiendo perdón por mi sublevación de ayer... ¿No es verdad, mi hermana, que á la Santa Vírgen le basta un segundo, cuando quiere curar á uno de sus hijos?... ¡Hágase su voluntad y bendito sea su nombre!

Y volvió á sus *Padrenuestros* y *Avemarías,* haciendo correr con mano más lenta las cuentas de un rosario, mientras que sus párpados se entornaban en su faz blanda, donde reapareció una expresión infantil, después de estar tantos años como separado del mundo.

Pero Ferránd había llamado por señas á Marta, la hermana del padre Isidoro, que estaba de pie, cerca de la cama, con los brazos caídos, mirando al moribundo á quien adoraba, sin verter una lágrima, con su resignacion de pobre muchacha, de escasa inteligencia.

Había seguido á su hermano como un perro fiel, gastando sus miserables ahorros, y no servía más que para verlo sufrir.

Cuando el médico le dijo que tomase al enfermo en brazos para incorporarlo un poco, se alegró muchísimo de ser al fin útil para algo. Su faz, basta y triste, salpicada de manchas rojas, se iluminó.

—Sosténgalo usted, mientras voy á ver si le hago tomar esto.

Ella le levantó, y Ferránd metiéndole una cucharita entre sus dientes apretados, logró echarle en la boca algunas gotas de líquido. Momentos después, el enfermo abrió los ojos y suspiró profundamente. Estaba más tranquilo; el opio produjo su efecto y calmó el dolor que

sentía en el costado derecho, como un hierro candente. Pero estaba tan débil, que cuando quiso hablar, tuvieron que acercar el oído á su boca, para oirle.

Con una ligera seña, había suplicado á Ferránd que se inclinase.

—Es usted el médico, ¿no es verdad? Déme usted fuerzas para que pueda volver á la Gruta esta tarde. Estoy seguro de que, si puedo ir, la Santa Vírgen me curará.

—Seguramente irá usted—contestó el joven.—¿No se siente usted mucho mejor?

—¡Oh, mucho mejor, no!... Yo sé muy bien lo que tengo, porque he visto morir á varios de nuestros hermanos, allá, en el Senegal... Cuando el hígado está acabado y el abceso se manifiesta al exterior, ya no hay remedio. Llegan los sudores, la fiebre, el delirio. Pero la Santa Vírgen tocará el mal con el dedo y quedará curado. A todos ustedes se lo suplico; que me lleven á la Gruta, aun cuando haya perdido el conocimiento.

Sor Jacinta se había inclinado también para escuchar.

—Esté usted tranquilo, mi querido hermano. Irá á la Gruta después del almuerzo, y todos rogaremos por usted.

Por fin, pudo llevarse á Ferránd, desesperada de aquellas tardanzas, muy inquieta por la Vétu. Sin embargo, la suerte del fraile le inspiraba profunda lástima. Subiendo la escalera, preguntó al médico si realmente ya no había esperanza. Este hizo un gesto de absoluto fallo, diciendo que era una locura venir á Lourdes en semejante estado.

Pero reprimióse con una sonrisa:

—Usted dispense, mi hermana. Ya sabe usted que tengo la desgracia de no creer.

—Ella sonrióse, á su vez, indulgente, como amiga que tolera las imperfecciones de los que ama.

—No importa; le conozco á usted; á pesar de todo, es usted un excelente muchacho.... Además, nosotras vemos á tanta gente y vamos á casa de tan grandes paganos, que trabajo tendríamos si hubiésemos de escandalizarnos.

En la sala de Santa Honorina encontraron á la Vétu que seguía gimiendo, presa de sufrimientos intolerables.

Las señoras de Jonquière y Dèsagneaux permanecían junto á la cama, pálidas, desconcertadas de oir aquel grito de muerte que no cesaba.

Después de haber interrogado á Ferránd, en voz baja, éste contestó simplemente, encogiéndose de hombros, que era mujer perdida; cuya muerte era cuestión de horas, de minutos tal vez. Todo lo que podía hacer era entorpecerla, para facilitarle la atroz agonía que preveía.

La enferma le miraba, conservando aún su conocimiento, y se mos-

traba obediente, sin negarse á tomar ninguna medicina. Como las demás, no tenía más que un ardiente deseo: el de volver á la Gruta.

La pobre mujer lo manifestó con voz balbuciente de niña que tiembla por temor de no ser escuchada.

—A la Gruta, ¿verdad? á la Gruta....

—Luego la llevarán á usted; yo se lo prometo—dijo sor Jacinta.—Pero hay que obedecer. Procure usted dormir un poco, para adquirir fuerzas.

La enferma pareció adormecerse, y la señora de Jonquière creyó poder llevarse á la Dèsagneaux al otro extremo de la sala, donde se pusieron á contar ropa blanca; toda una contabilidad en la cual se perdían, pues faltaban servilletas.

Sofía no se había movido de la cama en frente, donde seguía sentada. Había acostado la muñeca en su falda, esperando que la mujer muriese, puesto que le habían dicho que se moría.

Sor Jacinta permanecía al lado de la moribunda; y no queriendo perder el tiempo, enhebró una aguja para remendar el vestido de una de sus enfermas, estropeado por el uso en las mangas.

—¿Se queda usted un momento aquí?—preguntó á Ferránd.

Este seguía examinando á la Vétu:

—Sí, sí.... Puede expirar de un momento á otro. Temo una hemorragia.

Reparó en María, sentada en la cama inmediata, y añadió bajando la voz:

—¿Cómo sigue? ¿Ha experimentado algún alivio?

—Todavía no. ¡Pobre muchacha! Hacemos por ella los votos más sinceros. ¡Tan joven, tan simpática y tan afligida!... Mírela usted en este momento. ¡Qué bonita es! Parece una santa, así, inundada de sol, con sus grandes ojos de éxtasis y su cabellera de oro, que luce como una aureola.

Ferránd la examinó un instante y extrañóle su aire distraído, su indiferencia por todo lo que la rodeaba, la ferviente fe, el ardiente gozo interior que la reconcentraba en sí misma.

—Curará—murmuró—como formulando por lo bajo un pronóstico. Curará.

Luego se acercó á sor Jacinta, que se había sentado en el hueco de la alta ventana, abierta de par en par al aire tibio del patio. El sol empezaba á girar, y ya no echaba más que una estrecha barra de oro sobre la cofia blanca y el griñón blanco de la monja.

Ferránd permaneció de pie, delante de ella, mirándola coser, adosado al antepecho

—Sepa usted, mi hermana, que este viaje á Lourdes, cuya carga acepté para servir á un amigo, ya á ser una de las raras venturas de mi existencia.

Ella no comprendió, y preguntó ingenuamente:

—¿Por qué?

—Porque he vuelto á encontrar á usted; porque estoy aquí á su lado ayudándola un poco en sus obras admirables. ¡Si usted supiera cuán agradecido le estoy, cuánto la amo y cuánto la venero!

Ella levantó la cabeza para mirarlo de frente y se puso á chancearse sin embarazo alguno.

Era deliciosa con su cútis de lirio cándido, su boca pequeña y alegre, sus adorables ojos azules que sonreían siempre; y tan delicada y flexible, con el pecho de niña, como si todo su desarrollo se hubiese convertido en inocencia y abnegación.

—¡Tanto me ama usted! Y ¿por qué?

—¿Por qué la amo?... Es usted la mejor, la más consoladora, la más fraternal de las criaturas. Hasta el presente, es usted el recuerdo más profundo de mi vida; el más dulce, el que evoco cuando necesito apoyo y valor.... ¿No se acuerda usted del mes que pasamos juntos, en mi pobre cuarto, cuando estuve tan enfermo y usted me cuidó con tanto afecto.

—¡Sí, sí! Nunca he tenido mejor enfermo que usted. Tomaba usted todo cuanto yo le daba, y después de arroparlo en la cama, se quedaba usted quieto como un niño.

Ella seguía mirándolo con su risa ingénua. Era muy guapo, muy robusto, con la nariz algo grande, los ojos soberbios, los lábios encarnados y el bigote negro, en todo el esplendor de su viril juventud. Pero ella parecía alegrarse simplemente de verle delante de ella, hondamente conmovido.

¡Ay, hermana mía! Sin usted me habría muerto. Su presencia me curó.

Entonces, mientras se miraban con aquella jovial ternura, recordaron aquel mes adorable.

No oían ya el extertor de la Vétu; ni veían la sala atestada de camas con el desorden de una ambulancia improvisada, después de una catástrofe pública.

En su imaginación volvían á encontrarse en el último piso de una casa negra, en una estrecha bohardilla del viejo París, donde el aire y la luz no penetraban sino por una ventanita, abierta sobre un océano de tejados.

¡Qué encanto encontrarse solos; él abatido por la fiebre, y ella caída allí como un angel, que llegaba tranquilamente de su convento, como un camarada que nada teme!

Así cuidaba ella á la mujeres, á los niños y á los hombres, al azar dichosa de poder moverse y aliviar algun sufrimiento, sin que jamás apareciese en ella la idea de su sexo.

El tampoco parecía pensar que en ella pudiese haber una mujer,

como no fuese observar que tenía las manos muy suaves, la voz cariñosa; y, sin embargo, emanaba de ella toda la ternura de la madre y todo el cariño de la hermana.

Durante tres semanas, como ella decía, lo cuidó como á un niño, lavándolo y acostándolo, prestándole los cuidados íntimos, sin mortificación, sin repugnancia, salvados ambos por la pureza santa del sufrimiento y de la caridad. Todo pasaba por cima de la vida.

Y llegada la convalecencia ¡qué buena intimidad, qué risas de viejos amigos! Ella le velaba aún, le reñía, le daba palmadas en los brazos cuando se obstinaba en tenerlos fuera de la cubierta de la cama.

El la miraba hacer pequeños enjabonados en la jofaina, lavarle algunas camisa, para ahorrarle los quince céntimos de lavado. Nunca subía nadie, siempre estaban solos, á mil leguas del mundo, encantados de aquella soledad, donde se regocijaba tan fraternalmente su juventud.

—¿Se acuerda usted, mi hermana, de aquel día en que anduve por primera vez? Usted me levantó y me sostuvo mientras yo titubeaba, sin saber hacer uso de mis piernas.... ¡Cómo se reía usted!

—Sí, sí, estaba usted fuera de peligro y yo tenía una alegría inmensa.

—¿Y el día en que usted me trajo cerezas? Nos estoy viendo: á mí, apoyado en las almohadas, y á usted sentada en el borde de la cama, con las cerezas entre los dos, en un gran papel blanco. No quise probarlas si usted no comía conmigo.... Entonces, tomábamos una cada uno, por turno. Eran muy buenas y vaciamos el papel.

—Sí, sí, muy buenas.... Lo mismo pasaba con el jarabe de grosellas no quería usted tomar, si no tomaba yo también.

Reíanse más alto; estos recuerdos los encantaban.

Pero un suspiro doloroso de la Vétu les hizo volver á la hora presente.

Ferránd se inclinó y echó una ojeada á la enferma, que no se había movido.

La sala conservaba su gran tranquilidad, turbada únicamente por la voz clara de la Désagneaux, que contaba ropa blanca.

Ahogado por la emoción, el joven médico continuó en voz más baja.

—¡Ay, hermana mía, aunque viva cien años y pruebe todos los goces y todas las ternuras, nunca amaré á otra mujer como la amo á usted!

Entonces sor Jacinta bajó la cabeza, aunque sin confusión, y continuó cosiendo.

Un ligero rubor sonorsó su cutis de irio.

—Yo también le quiero á usted mucho, Sr. Ferránd. Pero no hay que volverse orgullosa. Hice por usted lo que he hecho por tantos otros. Es mi profesión. Lo único agradable que hubo en todo aquello, fué que Dios le curó á usted.

Fueron interrumpidos de nuevo.

La Grivota y Elisa Rouquet volvían de la Gruta antes que los demás.

Inmediatamente la Grivota se acurrucó en el colchón, puesto en el suelo, al pie de la Vétu, y sacó del bolsillo un pedazo de pan, que se puso á devorar.

Ferránd, desde el día anterior, se interesaba por aquella tísica que á travesaba un período de agitación tan curioso, presa de un apetito exagerado y de una febril necesidad de movimiento.

Pero en aquel instante, el caso de Elisa Rouquet le llamó todavía más la atención, porque era evidente que el lupus, cuya llaga le comía el rostro, se había enmendado.

Continuaba las lociones en la fuente milagrosa. Acababa de salir, precisamente, de la oficina de atestaciones, donde el doctor Bonamy había triunfado.

Sorprendido, Ferránd se acercó, examinó aquella llaga, ya pálida, algo seca, que distaba mucho de estar curada, pero donde empezaba todo un trabajo sordo de curación. Y el caso le pareció tan curioso que prometióse tomar algunas notas para uno de sus antiguos profesores de la Escuela, que estudiaba el origen nervioso de ciertas enfermedades de la piel, determinadas por un transtorno de la nutrición.

—¿Ha sentido usted picazones?—le preguntó el médico.

—No, señor. Me lavo y rezo mi rosario con toda el alma; y nada más.

La Grivota, vanidosa y celosa, que triunfaba entre la muchedumbre desde la víspera llamó al médico.

—¡Yo, señor doctor, estoy curada, pero curada completamente!

El sonrióse, hizo un gesto amistoso, negándose á examinarla, y dijo:

—Ya sé hija mía. No tiene usted nada.

En aquel momento, sor Jacinta lo llamó. Esta había dejado la costura, viendo que la Vétu se incorporaba, con unas náuseas atroces. Por mucha prisa que se dió, no llegó á tiempo con la jofaina. La enferma había tenido otro vómito de deyecciones negras, parecidas al hollín, mezcladas con chorrillos de sangre violácea. Era la hemorragia, el fin próximo que Ferránd temía.

—Avise usted á la directora,—dijo en voz baja, instalándose para permanecer al lado de la cama.

Sor Jacinta corrió á buscar á la señora de Jonquière: La ropa blanca quedaba contada, y la hermana encontró á la directora en conversación con su hija Ramona, aparte, mientras la Désagneaux se lavaba las manos.

Ramón acababa de escaparse un momento del refrectorio, donde se hallaba de servicio. Era para ella la carga más pesada. Aquella larga sala estrecha, con sus dos hileras de mesas grasientas, con su repugnante olor de agrio y miseria, la revolvía el estómago. Había subido de prisa, aprovechando la media hora que le quedaba, antes de que volviesen los enfermos.

Sofocada, con el cutis encendido y los ojos brillantes, se echó al cuello de su madre.

—¡Ay, mamá, qué dicha!... ¡Ya está!

Sorprendida, y con la cabeza llena del zumbido de la dirección de la sala, la señora de Jonquière no comprendía una palabra.

—¿Qué, hija mía?

Entonces, Ramona bajó la voz y añadió ruborizándose un poco:

—¡Mi casamiento!

La madre se regocijó á su vez. Una viva satisfacción brilló en su grueso rostro de mujer madura, todavía hermosa y agradable. Inmediatamente se acordó del pisito de la calle Vaneau, donde, después de la muerte de su marido, había educado con tantas privaciodes á su hija con el poco dinero que le dejara. El matrimonio era la vuelta á la vida, los salones abiertos, la reconquista de la hermosa situación de otros tiempos.

—¡Ay, hija mía, cuánto me alegro!

Pero bruscamente experimentó cierto embarazo! Dios era testigo de que hacía tres años que venía á Lourdes por pura caridad, por la gran satisfacción de cuidar á sus queridos enfermos.

Sin embargo, si hubiese hecho su examen de conciencia, tal vez hubiera encontrado en su abnegación algo de su naturaleza autoritaria, que le hacía muy grato el ejercicio del mando, y la esperanza de encontrar un marido para su hija, entre los jóvenes de su clase que pululaban en la Gruta, no hubiera llegado sinceramente hasta lo último.

La buena señora pensaba en esto, naturalmente, como en una cosa posible, de la cual no hablaba.

Sin embargo, la alegría le arrancó esta confesión.

—¡Ay, hija mía, no me extraña ese buen resultado, porque esta mañana se lo había rogado á la Vírgen!

Quiso luego saberlo con certeza y se hizo dar detalles.

Ramona no le había referido aún su largo paseo de la víspera, del brazo de Gerardo, porque deseaba no hablarle de estas cosas hasta poderse presentar triunfante, segura de haber conquistado al fin un marido.

Y ya estaba hecho. Aquella misma mañana en la Gruta había vuelto á ver al jóven, que le dió formalmente palabra de casamiento.

Seguramente Berthadd pediría la mano de Ramona para su primo antes de salir de Lourdes.

—Vamos,—declaró la señora de Jonquière,—que se reponía de su escrúpulo, sonriente, contentísima en el fondo; espero que seras feliz, puesto que eres tan juiciosa y no me necesitas para llevar á buen término tus negocios ¡Abrázame!

Entonces fué cuando llegó sor Jacinta, para anunciar la muerte inminente de la Vétu.

Ramona se fué corriendo, y la Désagneaux; que se secaba las manos,

trinaba contra las damas auxiliares, todas las cuales habían desaparecido, precisamente por la mañana, cuando más falta hacían:

—Por ejemplo,—añadió la señora Volmar....—¿Dónde se habrá metido? No se la ha visto ni un instante desde que llegamos.

—Deje usted á la señora Volmar tranquila,—contestó la de Jonqvière algo impaciente.—Dije á usted que estaba enferma.

Ambas corrieron al lado de la Vétu. Ferránd esperaba de pie; y sor Jacinta le preguntó si se podía hacer algo por la enferma.

El médico contestó negativamente con la cabeza.

La moribunda, como aliviada por su primer vómito, se había quedado inerte, con los ojos cerrados.

Pero repitióse la horrible náusea y arrojó nuevas deyecciones negras, mezcladas con sangre violácea.

Luego tuvo otro momento de calma y abrió los ojos; reparó en la Grivota, que comía vorazmente su pan, en el suelo, sobre el colchón; y sintiéndose morir, murmuró:

—¿Está ya buena verdad?

La Grivota la oyó y exaltóse.

—¡Oh, sí, señora; buena, completamente buena!

Un instante, la Vétu pareció presa de una tristeza abominable, de la sublevación del ser que no quiere concluir, cuando los demás continúan viviendo.

Pero pronto se resignó. Oyósela decir en voz baja:

—Es la gente jóven la que ha de quedar. La Santa Vírgen ha hecho bien.

Y sus ojos, que no pestañeaban, giraban como diciendo adiós á todas aquellas personas, cuya presencia la extrañaba. Se esforzó en sonreirse al encontrar la mirada de ávida curiosidad que la pequeña Sofía Couteau tenía fija en ella.

La niña había ido á besarla en su cama, aquella mañana misma.

Elisa Rouquet, sin ocuparse de nadie, había cogido el espejo y estaba absorta en la contemplación de su faz, que creía ver embellecer á ojos vistos desde que la llaga se secaba.

Pero fué sobre todo el espectáculo de María, tan encantadora en su éxtasis, lo que pareció embelesar á la moribunda. La miró largamente volviendo siempre los ojos hacia ella, como á una visión de luz y de alegría. Quizá creía ya divisar á las santas del paraíso.

Bruscamente se repitieron los vómitos, en los cuales ya no había más que sangre, esa sangre corrompida, de un color vinoso. La hemorragia fué tan fuerte, que salpicó la sábana, ensuciando toda la cama.

En vano las señoras de Jonquière y Désagneaux, traían servilletas y toallas, una y otra muy pálidas y con las piernas que les flaqueaban.

En su impotencia, Ferránd había rotrocedido hasta la ventana, en el sitio en que acababa de experimentar una emoción tan deliciosa, mien-

tras que por un movimiento instintivo, del cual seguramente no tenía conciencia, sor Jacinta volvía también á aquella ventana dichosa, como para arrimarse á él.

—¡Dios mío!—repitió;—¿nada puede usted hacer para salvarla?

—¡Nada, absolutamente! Va á morir así, como una lámpara que se vacía.

Extenuada, con un hilito rojo que aún la salía de la boca, la Vétu miró fijamente á la señora Jonquière, moviendo los labios.

La directora se inclinó, oyó frases lentas, entrecortadas, concluídas apenas.

—Para mi marido, señora... La tienda está en la calle Monffetard; ¡oh! muy pequeña; no lejos de los Gobelinos... Es relojero; no pudo acompañarme, naturalmente, á causa de la clientela; va á encontrarse muy apurado cuando vea que no vuelvo... Sí, yo limpiaba las joyas, yo iba á los recados.

La voz se dibilitaba, las palabras se espaciaban en el estertor.

—Hágame usted el favor de escribirle, porque yo no he podido hacerlo; y todo se acabó... Dígale usted que mi cuerpo se queda en Lourdes; costaría demasiado transportarlo á París... Y que vuelva á casarse, es necesario para el comercio... La prima; dígale usted que la prima...

No siguió más que un murmullo confuso. La debilidad era extrema; la respiración se detenía. Sin embargo, los ojos aún permanecían abiertos y vivos, en la faz amarilla, de una palidez de cera.

Y aquellos ojos parecían agarrarse desesperadamente al pasado, y todo lo que iba á dejar de existir para ella; á la pequeña relojería, en el fondo de un barrio populoso; al tren uniforme y dulce del hogar, con un marido laborioso, constantemente encorvado sobre los relojes; á las grandes diversiones del domingo, que consistían en ver volar cometas en las fortificaciones.

Los ojos se ensancharon luego, buscando en vano la luz en la espantosa noche que los envolvía.

La señora de Jonquière se inclinó por última vez, viendo moverse suavemente los labios. No fué más que una ligera agitación del aire, una voz del otro mundo que balbuceaba, remota, con una desolación inmensa:

—No me ha curado.

Y la Vétu expiró muy suavemente.

Como si no esperase otra cosa, la pequeña Sofía Couteau, satisfecha, saltó de la cama y se volvió á jugar con su muñeca al extremo de la sala.

Ni la Grivota, ocupada en acabarse su pan, ni Elisa Rouquet entretenida en mirarse al espejo, repararon en la catástrofe.

Pero á la fría corriente que pasaba, á los cuchicheos consternados de las señoras de Jonquière y Désagneaux, poco acustambradas al espectáculo de la muerte, María pareció despertar.

Salió, efectivamente, del arrobamiento de espera en que la sumía la continua oración de todo su sér, sin palabras que le despegarán los labios. Y cuando hubo comprendido lo que pasaba, sintió una compasión fraternal de compañera de dolor, segura de su curación, y prorrumpió en llanto.

—¡Ah! ¡Pobre mujer! ¡Muerta tan lejos y tan sola á la hora de renacer!

Ferrand, profundamente conmovido también, á pesar de la diferencia profesional se había adelantado para comprobar la muerte.

A una señal del médico, sor Jacinta cubrió con la sábana la faz de la muerta, pues no había que pensar en llevarse el cadáver en aquel momento.

Los enfermos volvían á bandadas de la Gruta. La sala, tan tranquila y bañada por el sol, se llenaba de ese tumulto de miseria y sufrimiento, de toses profundas, de piernas pesadas, del olor apestoso, del cúmulo lamentable de todas las enfermedades humanas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Aquel día, lunes, la afluencia á la Gruta fué enorme.

Era el último día que la peregrinación nacional tenía que pasar en Lourdes.

El padre Fourcade, en su instrucción de la mañana, había dicho que era necesario hacer un supremo esfuerzo de fervor y de fe, para obtener del cielo todas las gracias, todas las curas prodigiosas que tuviese á bien dispensar.

A las dos de la tarde, ya había ante la Gruta veinte mil peregrinos, febriles, agitados por las más ardientes esperanzas.

De minuto en minuto, el tropel aumentaba, hasta el punto de que el barón Suire, asustado, salió de la Gruta, para repetir á Berthaud:

—Amigo mío, esta tarde vamos á vernos apurados... Doble usted sus brigadas; encargue á sus hombres que estén todos cerca y en disposición de prestar sus servicios.

La Hospidalidad de Nuestra Señora de la Salud era la única encargada del buen orden, pues no había allí guardias ni polizontes de ninguna clase. Por esto se mostraba inquieto el presidente de la asociación.

Pero, en las circunstancias graves, Berthaud era un jefe de prestigio y de una energía tranquilizadora.

—Tranquilícese usted; yo respondo de todo... No me moveré de aquí hasta que haya desfilado la procesión de las cuatro.

Sin embargo, llamó por señas á Gerardo.

—Da á tus hombres la consigna más severa. Que únicamente dejen pasar á las personas que lleven papeleta. Reúnelos y díles que no cedan.

Allá, bajo las hiedras que cubrían la roca, la Gruta se abría con el eterno resplandor de sus cirios. De lejos, parecía un poco aplastada, irregular, muy estrecha y modesta para el soplo infinito que de ella salía, haciendo palidecer é inclinar todas las frentes.

La estatua de la Vírgen no era más que una mancha blanca, que parecía moverse en medio del témblor del aire caldeado por las pequeñas llamas amarillas.

Había que empinarse para ver, detrás de la verja, el altar de plata, el órgano-armonium sacado de su funda, el montón de ramos de flores, los ex-votos que tapizaban las paredes ahumadas.

El día era admirable. Nunca se había extendido un cielo más puro por cima de la inmensa muchedumbre. La dulzura de la brisa era deliciosa, después de la turbonada de la noche, que había hecho caer el calor pesadísimo de los dos primeros días.

Gerardo tuvo que abrirse paso con los codos para repetir las órdenes. Ya había apreturas y empujones.

—¡Otros dos hombres aquí! Pónganse ustedes cuatro, si es preciso, y no romper el cordón.

Era instintivo invencible; las veinte mil personas que allí había, se encontraban como atraídas por la Gruta; iban á ella por una irresistible atracción, donde una ardiente curiosidad se mezclaba con la sed del misterio.

Todos los ojos convergían todos los labios, todas las manos, todos los cuerpos volaban hacia el pálido resplandor de los cirios, la mancha blanca y movediza de la Vírgen de mármol.

Para que el ancho espacio reservado á los enfermos, delante de la reja, no fuese invadido por el tropel de gente, había sido necesario rodearle de una gruesa cuerda, que los angarilleros sujetaban con ambas manos, á intervalos de dos ó tres metros.

Estos tenían orden de no dejar pasar más que á los enfermos, portadores de la tarjeta de hospitalización, y á las pocas personas provistas de una autorización especial.

Levantaban la cuerda y volvían á bajarla detrás de los elegidos, sin escuchar ninguna súplica. Pero se mostraban algo rudos, por el placer de hacer uso de aquella autoridad, de que estaban investidos por un día.

En realidad, les empujaban mucho, y tenían que sostenerse unos á otros y resistir con toda la solidez de sus espaldas para no ser arrollados.

Entonces, mientras los bancos, delante de la Gruta, y el vasto espacio reservado, se llenaban de enfermos, de carretillas y andas, la muchedumbre inmensa se apiñó en los contornos.

Partía de la plaza del Rosario y se perdía en el fondo del paseo, á lo largo del Gave. La acera estaba atestada de gente; la ola humana era tan densa, que la circulación se encontraba detenida.

Sobre el parapeto, una línea interminable de mujeres sentadas, y algunas de pie, para ver mejor, hacían brillar al sol la seda de sus sombrillas, sedas claras, de una alegría de fiesta.

Habían querido conservar una calle libre para conducir á los enfermos; pero era continuamente invadida, obstruída, de manera que los carritos y las camillas se quedaban atascados en el camino, hasta que les abría paso algún angarillero.

A pesar de todo, aquello era un pisoteo de rebaño dócil, un gentío de una inconsciencia y de una mansedumbre de corderos, de los cuales no había que combatir más que el involuntario empuje, la ciega masa que afluía hacia la claridad de los cirios.

Nunca había ocurrido ningún accidente, á pesar de la excitación que subía poco á poco y la arrojaba al delirio desordenado de la fe.

El barón Suire se abrió paso nuevamente.

—¡Berthaud! ¡Berthaud! ¡Procure usted que el desfile sea más lento! Hay mujeres y niños á quienes ahogan.

Esta vez Berthaud hizo un gesto de impaciencia.

—¡Hombre! Yo no puedo estar en todas partes... Cierre usted la reja un momento, si es preciso.

Tratábase del desfile que se organizaba en la Gruta, durante toda la tarde. Se dejaba entrar á los fieles por la puerta de la izquierda, y salían por la puerta de la derecha.

—¿Cerrar la reja?—exclamó el barón.—No puede ser, todos se aplastarían contra ella.

Gerardo se encontraba cabalmente allí, distraído en hablar un instante con Ramona, la cual estaba de pie, al otro lado de la cuerda, con una taza de leche que llevaba á una vieja paralítica.

Berthaud le encargó que apostase dos hombres á la puerta de entrada de la Gruta, con la consigna de no dejar pasar á los peregrinos, sino de diez en diez.

Cuando Gerardo hubo ejecutado esta orden, volvió y encontró á Berthaud que reía y bromeaba con Ramona. Esta se alejó, y los dos hombres se la quedaron mirando, mientras daba de beber á la paralítica.

—Es encantadora, y supongo que ya es cosa hecha, que te casas con ella, ¿no es cierto?

—Esta noche la pediré á su madre. Espero que me acompañarás.

—Naturalmente. Ya sabes lo que te dije. El partido es excelente. El tío te colocará antes de seis meses.

Una oleada les separó. Berthaud fué á ver si el desfile se verificaba ahora con método y sin empujones en la Gruta.

Durante horas, continuaba la misma afluencia no interrumpida de mujeres, hombres y niños, todos los que querían, todos los que pasaban, procedentes del mundo entero.

Las clases se encontraban singularmente mezcladas: mendigos harapos al lado de ricos burgueses; campesinas y señoras elegantes; criadas con la cabeza descubierta, niñas descalzas y niñas perfumadas con lazos en el peinado.

La entrada era libre; el misterio se abría para todos, así á los incrédulos como á los fieles, á los que iban por pura curiosidad y á los que penetraban allí con el corazón desfalleciente de amor.

Había que verlos, todos casi igualmente conmovidos, en medio del olor tibio de la cera, algo ahogados por aquel aire pesado de tabernáculo que se condensaba en el hueco de la roca, mirando al suelo por miedo de resbalar sobre los enrejados de hierro.

Muchos quedaban asombrados, sin inclinarse siquiera, examinando las cosas con la sorda inquietud de los indiferentes, perdidos en el misterio imponente de un santuario.

Pero los devotos se persignaban, de vez en cuando echaban cartas, dejaban cirios y ramos, besaban la roca, al pie de la Virgen, ó frotaban en aquel mismo sitio rosarios, medallas y otros objetos de piedad, que por este contacto quedaban bendecidos.

Continuaba el desfile sin fin, durante días y durante meses, desde hacía muchos años; y parecía que toda la tierra venía á pasar por allí, por el fondo de aquel hueco donde desfilaban todas las miserias y todos los sufrimientos humanos, en aquella especie de ronda ipnotizada y contagiosa en busca de la dicha.

Cuando Berthaud se hubo cerciorado de que en todas partes las cosas se organizaban lo mejor posible, se paseó como simple espectador, vigilando á sus hombres.

Su única inquietud era ya la que se inspiraba la procesión del Santísimo Sacramento, durante la cual se declaraba tal frenesí, que siempre había accidentes que temer.

Aquella última jornada se anunciaba ferviente, por el extremecimiento de fe exaltada, que ya sentía producirse en la masa de fieles.

La fiebre del viaje, la absesión de los mismos cánticos, repetidos sin fin, la repetición obstinada de los mismos ejercicios religiosos, las conversaciones sobre los milagros, la fija sobre el resplandor divino de la Gruta, todo acababa de arrebatar á la muchedumbre.

Muchos habían pasado tres noches sin dormir, llegando á un estado de vigilia alucinada, presas de una ilusión que exasperaba.

No se les dejaba descansar un momento; las oraciones continuas eran como un látigo que les fustigaba el alma.

Nunca cesaban las imprecaciones á la Virgen, los curas se sucedían en el púlpito haciéndose eco del dolor universal, dirigiendo súplicas desesperadas á sus oyentes durante todo el tiempo que los enfermos permanecían allí, ante la pálida estatua de mármol, que sonreía, con las manos juntas y los ojos levantados hacia el cielo.

En aquel momento, el púlpito de piedra blanca á la derecha de la Gruta, adosada á la roca, se hallaba ocupado por un cura de Tolosa, á quien Berthaud conocía y cuyas palabras escuchó un instante, con señales de aprobación.

Era un hombre grueso, de voz pastosa, célebre por sus éxitos oratorios. Bien que allí, toda la elocuencia consistía en solidez de pulmones, en una manera violenta de lanzar la frase, el grito, que todo el auditorio había de repetir; porque ello era poco menos que una vociferación, entrecortada de *Padrenuestros* y *Avemarías*.

El cura, que acababa de rezar el rosario, procuró crecerse sobre sus cortas piernas, y dió el primer grito de las letanías que inventaba y

conducía á su antojo, según la inspiración de que se hallaba poseído.

—¡Os amamos, Vírgen María!

Y el auditorio repitió, con aliento más bajo, confuso y débil:

—¡Os amamos, Vírgen María!

Desde aquel momento, la cosa no paró. La voz del cura retemblaba; la voz de la muchedumbre repetía con un balbuceo de dolor:

—¡María, sola esperanza nuestra!

—¡María, sola esperanza nuestra!

—¡Vírgen pura, purifica nuestras almas!

—¡Vírgen pura, purifica nuestras almas!

—¡Vírgen poderosa, salva á nuestros enfermos!

—¡Vírgen poderosa, salva á nuestros enfermos!

A menudo, cuando se cortaba ó cuando quería hacer más penetrante un grito, lo repetía hasta tres veces; y otras tantas lo repetía igualmente el auditorio, dócil, tembloroso bajo el enervamiento de aquella lamentación obstinada, que acrecentaba su fiebre.

Las letanías continuaron, y Berthaud volvió á la Gruta. Los que desfilaban por el interior, en frente de los enfermos, tenían un espectáculo extraordinario.

Todo el vasto espacio comprendido entre las cuerdas, estaba ocupado por los mil á mil doscientos enfermos que la peregrinación nacional había traído. Bajo el cielo azul de aquel radiante día, era la más lástimosa mezcolanza que se pueda imaginar.

Los tres hospitales habían vaciado allí sus salas espantosas.

En el fondo, sobre los bancos, habían colocado apretadamente á los que todavía podían estar sentados. Sin embargo, muchos se apoyaban en almohadas. Otros se apoyaban entre sí, de espaldas, sosteniendo los más fuertes á los más débiles.

Delante de la Gruta, en primer término, los grandes enfermos se hallaban tendidos.

El piso desaparecía bajo aquella lastimera multitud: un charco de horror.

Se había producido un explicable enredo de carritos, andas y colchones.

Algunos enfermos, metidos en artesillas como ataúdes, se incorporaban dominando; la mayor parte, al ras de la tierra, parecían acostados en el suelo.

Los había que estaban vestidos, echados simplemente en los colchones á cuadros. Los demás habían sido traídos entre sábanas y no asomaban más que la cabeza y las manos pálidas.

Pocos lechos de aquellos estaban limpios.

Algunas almohadas, de resplandeciente blancura, adornadas de encaje por una coquetería póstuma, brillaban entre la sucia miseria de las demás.

Había un desenfardo horrible de andrajos, mantas viejas, sábanas salpicadas de manchas...

Y todo aquello estaba hacinado, apretado, conforme había ido llegando: hombres, mujeres, niños, curas, unos vestidos y otros no, en pleno día deslumbrador.

Allí estaban todas las enfermedades; las del horroroso desfile que salía dos veces diarias de los hospitales para atravesar Lourdes espantado.

Cabezas roídas por el ezema; frentes coronadas de roseola; narices y bocas convertidas en jetas informes por la elefantiasis.

Luego, hidrópicos, hinchados como odres; reumáticos, con las manos retorcidas y los pies hinchados como talegos llenos de trapos; una hidrocéfala, cuyo cráneo enorme, pesadísimo, se caía hacia atrás.

Después, las tísicas, temblando de fiebre, debilitadas por la disentería; con la piel lívida, flacas como esqueletos.

Luego las deformidades de las contracciones, los talles torcidos, los brazos vueltos, los cuellos plantados de lado, los pobres seres triturados, inmovilizados en posturas de polichinelas trágicos.

Allí había también pobres niñas raquíticas, ostentando su cutis de cera y su nuca delgada, comida por humores fríos; mujeres jóvenes, atontadas, sumidas en el estupor doloroso de las infelices á quienes el cáncer devora; otras descoloridas, que no se atrevían á moverse, por temor de que chocaran los temores cuya pesada angustia las ahogaba.

En los bancos, sordos que nada oían, y sin embargo, cantaban; ciegos que con la cabeza erguida, permanecían horas enteras vueltas hacia la estatua de la Vírgen, que no podían ver.

Había, además, la loca, atacada de imbecilidad, con la nariz carcomida por algún chancro, que reía de un modo terrorífico, con su boca vacía y negra; y había también la epiléptica que una reciente crísis había dejado pálida como la muerte y con la espuma en las comisuras de los labios.

Pero la enfermedad y el sufrimiento no importaban ya nada, desde que todos estaban allí, sentados ó tendidos, fijos los ojos en la Gruta.

Los pobres rostros descarnados, de color de tierra, se transfiguraban, ardiendo en esperanza.

Manos paralíticas se juntaban; párpados caídos, hallaban la fuerza de levantarse; voces apagadas, se reanimaban á los llamamientos del cura.

Al principio no eran más que balbuceamientos confusos, como pequeños soplos de viento que se levantan, esparcidos por encima de la multitud.

Luego, el grito subía, se extendía y ganaba á la muchedumbre, de un extremo al otro de la inmensa plaza.

—¡María, concebida sin pecado, ruega por nosotros!—gritaba el cura con su voz de trueno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y enfermos y peregrinos repetían cada vez más fuerte:

—¡María, concebida sin pecado, ruega por nosotros!

Después, todo aquello se aceleraba aún más.

—¡Madre purísima, Madre castísima, aquí tienes á tus hijos postrados á tus pies!

—¡Madre purísima, Madre castísima, aquí tienes á tus hijos postrados á tus pies!

—¡Reina de los Angeles, dí una palabra, y nuestros enfermos quedarán curados!

—¡Reina de los Angeles, dí una palabra, y nuestros enfermos quedarán curados!

Hácia el púlpito, el Sr. Sabathier se hallaba en segundo término. Se había hecho conducir temprano para escoger sitio como viejo cliente conocedor del terreno.

Pareciale, además, que había un interés capital en estar lo más cerca posible, bajo los ojos de la Vírgen, como si ella hubiese tenido necesidad de ver á sus fieles para acordarse de ellos.

Durante los siete años de sus peregrinaciones, no había alimentado más esperanza que la de llamar un día su atención, conmoverla al fin y obtener su cura, si no por elección, al menos por antigüedad.

Todo era cuestión de paciencia, sin que la firmeza de su fé hubiese disminuido jamás.

Pero, como pobre hombre resignado, algo cansado al fin de tanto aplazamiento, á veces se permitía distracciones.

Había conseguido que dejasen pasar á su mujer con él, y la tenía á su lado, sentada en una silla de tijera.

Aficionado á hablar, le comunicaba sus impresiones.

—Mujer, levántame un poco... Me escurro y estoy muy mal.

Vestía pantalón y americana de lanilla gruesa, y estaba sentado en su colchón, apoyado de espaldas en una silla vuelta.

—¿Estás ahora mejor?—le preguntó su esposa.

—Sí, sí...

Interesándose luego por el padre Isidoro, que habían traído al fin, á pesar de su gravísimo estado, y que ocupaba un colchón inmediato, acostado de espaldas, con la sábana subida hasta la barba, las manos fuera, juntas sobre la cubierta dijo el Sr. Sabathier:

—¡Ay, pobre hombre!... ¡Qué imprudencia! ¡Pero la Vírgen es tan poderosa, cuando quiere!

Volvía á tomar su rosario, cuando se interrumpió de nuevo, viendo á la señora Maze que acababa de introducirse en el recinto reservado, tan flaca y discreta que había pasado sin duda por debajo de las cuerdas sin que nadie reparase en ella.

Estaba sentada en el extremo de un banco, sin ocupar más sitio que el de una niña, callada é inmovil. Y su cara afilada, de facciones cansadas, sus treinta y dos años de rubia ajada, respiraban una tristeza sin límites, un abandono infinito.

—¡Es decir—continuó en voz baja el señor Sabathier, dirigiéndose á su mujer, con un ligero movimiento de barba,—que esa señora ruega por la conversión de su marido?... ¿Te has encontrado con ella, esta mañana, en una tienda?

—Sí—contestó la señora Sabathier.—Además me habló de ella una señora que la conoce... Su marido es viajante de comercio. Se pasa á veces cinco ó seis meses lejos de ella, enredándose con mujeres. Es un muchacho muy alegre, muy simpático, que nunca la tiene sin dinero. Pero ella le adora y no puede resignarse á su abandono. Por esto viene á rogar á la Vírgen que se lo devuelva... Parece que ahora se encuentra precisamente en Luchón con dos señoras, hermanas...

Con un gesto, el Sr. Sabathier interrumpió á su esposa. Miraba á la Gruta con los ojos del hombre de ciencia, que en él despertaba otra vez. Volvía á ser, por un instante, el profesor entusiasta por las cuestiones de arte.

—Mira, ¿ves? han estropeado la Gruta á fuerza de quererla embellecer. Tengo la seguridad de que estaría mucho mejor en su rusticidad primitiva. Ha perdido gran parte de su carácter. Y ¡qué horrorosa tienda le han puesto al lado, allí, á la izquierda!

Pero tuvo el brusco remordimiento de su distracción. Mientras tanto, ¿no era probable que la Vírgen se fijase, más bien que en él, en uno de sus vecinos, más ferviente y de mejor compostura?

Inquieto, recayó en su modestia y en su paciencia, con la vista apagada y sin pensar, en espera de la voluntad del cielo.

El timbre de una voz nueva contribuyó á sumirlo otra vez en aquel anonadamiento, en aquella muerte del hombre de ciencia que había sido.

Otro predicador había subido al púlpito; un capuchino, cuyo grito gutural, repetido con insistencia, sacudía á la multitud, haciéndola extremecer.

—¡Santa Vírgen de las vírgenes, bendita seas!

—¡Santa Vírgen de las vírgenes, bendita seas!

—¡Santa Vírgen de las vírgenes, no apartes el rostro de tus hijos!

—¡Santa Vírgen de las vírgenes, no apartes el rostro de tus hijos!

—¡Santa Vírgen de las vírgenes, sopla sobre nuestras llagas, y nuestras llagas se secarán!

—¡Santa Vírgen de las vírgenes, sopla sobre nuestras llagas, y nuestras llagas se secarán!

La familia Vignerón había logrado sentarse en el primer banco, al borde del paso central, que se llenaba. Allí estaban todos: el niño Gustavo, sentado y abatido, con la muleta entre las rodillas; la madre, al lado de él, siguiendo las preces como burguesa correcta; la tía, al otro

lado, molestada por la multitud, sofocada; y el Sr. Vignerón, silencioso, que examinaba á esta última con atención, desde hacía un buen rato.

—¿Qué tiene usted, mi querida? ¿Se siente usted indispuesta?

Ella respiraba con dificultad.

—No sé... He perdido la sensibilidad en las piernas, y me falta aire.

En aquel instante, cayó en la cuenta de que aquella agitación, aquellas fiebres, aquellos troqueles de una peregrinación no debían ser muy buenos para una enfermedad de corazón.

Cierto que no deseaba la muerte de nadie; nunca había pedido á la Vírgen semejante cosa. Si ya había satisfecho sus deseos de ascenso, gracias á la muerte repentina de su jefe, era que éste, indudablemente, estaría condenado, en los designios del cielo.

Así también, si la señora Chaise muriese antes, dejando su fortuna á Gustavo, no tendría más remedio que inclinarse ante la voluntad de Dios, que, de ordinario, quiere que los viejos mueran antes que los jóvenes.

Sin embargo, su esperanza fué inconscientemente tan viva, que no pudo menos de cambiar una mirada con su mujer, asaltada del mismo pensamiento involuntario.

—Gustavo, córrete un poco,—exclamó;—molestas á tu tía.

Y como acertase á pasar Ramona, le dijo:

—Señorita ¿tiene usted un vaso de agua? Tenemos aquí una parienta que se desmaya.

Pero la señora Chaise rehusó. Se reponía, y respiró con fuerza:

—No, que no traigan nada, gracias... Ya estoy mejor. ¡Ay, creí que me ahogaba!

El miedo la dejaba temblorosa, con ojos extraviados en su faz lívida.

Juntó nuevamente las manos y suplicó á la Vírgen que la salvase de otras crisis y la curase, mientras que los Vignerón, marido y mujer, buenas gentes, recaían en el sordo voto de felicidad que venían á hacer en Lourdes; una vejez dichosa, muy merecida al cabo de veinte años de honradez, y una fortuna sólida que irían á disfrutar en el campo, cultivando flores.

El niño Gustavo, que lo había visto y observado todo con sus ojos vivos y su inteligencia aguzada por el sufrimiento, no rezaba, sonreía vagamente, con su sonrisa perdida y enigmática.

¿A qué rezar? Sabía que la Vírgen no le curaría, y que se moriría.

Pero Vignerón no podía permanecer mucho tiempo sin ocuparse de sus vecinos.

En medio del paso central atestado de gente, habían colocado á la señora Dieulafay, llegada con retraso, y al buen funcionario le asombraba todo aquel lujo, aquella especie de ataúd acolchado de raso blanco, donde la joven señora yacía, vestida con una bata color de rosa, guarnecida de encajes.

El marido, de levita, y la hermana, en traje negro, de una sencilla y maravillosa elegancia, permanecían de pie; en tanto que el abate Judaine, arrodillado cerca de la enferma, terminaba una fervorosa oración.

Cuando el cura se levantó, Vignerón le hizo sitio á su lado en el banco, y se permitió luego interrogarlo.

—Y bien, señor cura, ¿esa pobre joven experimenta alguna mejoría?

El abate Judain hizo un gesto de infinita tristeza.

—¡Ay, no!... ¡Yo estaba lleno de una esperanza tan grande! Fuí yo el que decidió la familia á venir. La Vírgen me había concedido hace dos años una gracia tan extraordinaria curando mis pobre ojos perdidos, que aún esperaba obtener de ella otro favor... En fin, no quiero desesperar. Tenemos hasta mañana.

Vignerón examinaba el rostro de aquella mujer, que aún conservaba sus hermosas facciones y sus ojos admirables, pero todo postrado, color de plomo, parecido á la máscara de la muerte, entre las blondas.

—¡Es verdaderamente triste!—murmuró.

—¡Y si usted la hubiese visto el verano pasado!...—añadió el cura. —Tienen su quinta en Saligny, mi parroquia, y con frecuencia comía yo con ellos... No puedo mirar sin tristeza á su hermana mayor, la que va de negro, porque se le parece mucho, y la enferma era todavía más bonita, una de las beldades de París.

Compare usted, vea usted esa gracia soberana, al lado de esta pobre criatura lastimosa... ¡Esto oprime el corazón! ¡Qué lección tan terrible!

Callóse un instante. Aquel santo hombre, tan natural, sin pasiones, sin inteligencia viva, sin nada que le distrajese de su fe, mostraba una admiración ingénua por la belleza, por la riqueza, por el poder, que nunca había envidiado.

Sin embargo, atrevióse á manifestar una duda, con escrúpulo que turbaba su habitual serenidad.

—Yo hubiera querido que viniese aquí con más sencillez, sin todo ese aparato de lujo, porque la Santa Vírgen prefiere á los humildes.... Pero comprendo que hay necesidades sociales. Y además, su marido y su hermana ¡la quieren tanto! Figúrese usted que se han resignado á dejar, él sus negocios y ella sus diversiones, tan transtornados por el temor de perderla, que siempre tienen los ojos húmedos y ese aire consternado que usted ver. Por esto hay que excusarles si cuidan de proporcionarle la satisfacción de presentarla bella hasta el ultimo momento.

Vignerón aprobaba con la cabeza. ¡Ah! no eran los ricos los que más probabilidades de curar tenían en la Gruta. Criadas, campesinas, pobres de solemnidad, recobraban la salud, mientras que las señoras se volvían con sus enfermedades, sin alivio, á pesar de sus regalos y de los enormes cirios que hacían arder.

Involuntariamente miró á la señora Chaise, que descansaba con beatitud repuesta del todo.

Corrió una emoción entre la multitud, y el abate Judaine añadió:

—El padre Massías sube al púlpito. Es un santo. Escúchele usted.

Lo conocían; no podía presentarse sin que una súbita esperanza agitase á todas las almas; pues referían que su gran fervor ayudaba á los milagros. Pasaba por tener una voz de ternura y de fuerza que gustaba á la Vírgen.

Todas las cabezas se habían levantado, y la emoción aumentó aún cuando vieron al padre Fourcade, que había llegado al pie del pulpito, apoyándose en el hombro de su hermano predilecto, para escucharlo también.

Su pie gotoso le molestaba más desde por la mañana; necesitaba gran valor para estarse de pie, risueño.

La exaltacion creciente de la multitud le hacía feliz. Preveía prodigios, curas assombrosas, para gloria de María y del Jesús.

En la cátedra, el padre Massías no habló en seguida. Parecía muy alto, flaco y pálido, con una faz de asceta, alargada por su barba incolora. Sus ojos centelleaban; su grande boca elocuente se henchía de apasionado fervor.

—¡Señor, sálvanos, que perecemos!

Y la muchedumbre arrebatada, repitió, en una fiebre que aumentaba, de minuto en minuto:

—¡Señor, sálvanos, que perecemos!

Abría los brazos y lanzaba su grito de fuego, como si lo arrancase de su corazón abrasado.

—¡Señor, si queréis, podéis curarme!

—¡Señor, si queréis, podéis curarme!

¡Señor, no soy digno de que entréis en mi casa; pero decir solamente una palabra y recobraré la salud!

—¡Señor, no soy digno de que entréis en mi casa; pero decid solamente una palabra y recobraré la salud!

Marta, la hermana de fray Isidoro, se había puesto á hablar en voz baja con la señora Sabathier, cerca de la cual acababa al fin de sentarse.

Habían trabado conocimiento en el hospital, y unidas por tanto sufrimiento, la criada explicaba familiarmente á la burguesa las inquietudes que le inspiraba su hermano, pues comprendía que no le quedaba ya más que un soplo de vida.

Si la Vírgen quería curarlo, tenía que darse prisa. Ya era un milagro que lo hubiese traido vivo á la Gruta.

En su resignación de pobre criatura sencilla, no lloraba. Pero tenía el corazón tan oprimido, que sus raras palabras se ahogaban. Recordó luego el pasado, y dió expansión á su angustia diciendo:

—Éramos catorce en casa, allá en Saint-Yacut, cerca de Vannes... El, á pesar de ser tan alto, fué siempre endeble. Por esto se quedó con nuestro cura, quien acabó por meterlo en las Escuelas Cristianas... Los mayores tomaron su parte de herencia, y yo preferí ponerme á servir.

Una señora me llevó con ella á París hace cinco años... ¡Ay! ¡Cuán penosa es la vida! ¡Todo el mundo tiene mucho que sufrir!

—Tiene usted razón, hija mía;—contestó la señora Sabathier, mirando á su marido, que repetía con devoción cada frase del padre Massías.

—El mes pasado—continuó Marta,—supe que Isidoro había vuelto de los países cálidos, donde hacía misión, con una grave enfermedad... Entonces, cuando corrí á verlo, me dijo que iba á morir si no partía para Lourdes, pero que le era imposible emprender el viaje, porque no tenía quien le acompañase... Entonces, yo tenía ochenta francos de ahorros, y abandoné mi puesto, y partimos juntos... Ya ve usted, señora si le quiero; pero tambien, cuando era chiquitina, me traía grosellas de la Rectoría, mientras que mis otros hermanos me pegaban.

Volvió á guardar silencio, con el rostro henchido de pena, sin que las lágrimas pudiesen brotar de sus tristes ojos quemados por las vigilias. Ya no murmuró más que palabras sueltas. Al cabo de un rato, añadió:

—Mírelo usted, señora. Da lástima... ¡Ay, Dios mío! Sus pobres mejillas, su pobre barba, su pobre rostro...

Era, en efecto, un espectáculo lamentable. La señora Sabathier padecia de ver á fray Isidoro tan amarillo y terroso, cubierto de un sudor frío de agonía.

Continuaba el moribundo enseñando únicamente las manos junta y la cabeza rodeada de largos y escasos cabellos. Pero si sus manos de cera parecían muertas, si la larga faz doloroza no tenía ya ningún rasgo de vida, los ojos conservaban aún el fuego de un amor inextinguible, cuya llama bastaba para iluminar todo su rostro expirante de Cristo en la cruz.

Y nunca se había acentuado tanto el contraste entre la frente baja el aire bestial del campesino, y el divino esplendor que salía de aquella pobre cabeza humana, devastada, santificada por el sufrimiento, sublime en la hora postrera, en medio del ardor apasionado de la fé.

Como si la carne se hubiese derretido, no quedaba en él más que un soplo, una mirada, una luz.

Desde que lo habían colocado allí, fray Isidoro no apartaba los ojos de la estatua de la Vírgen. En torno de él, no ezistía nada más.

No veía la multitud enorme, ni oía los gritos incesantes y arrebatados de los curas, que le conmovían. No le quedaban más que sus ojos que ardían en una infinita ternura y se habían fijado en la Vírgen para no volverse á apartar de ella. La veían hasta la muerte, con una postrera voluntad de desaparecer, extinguiéndose en ella.

La boca se entreabrió un instante, una expresion de beatitud celeste suavizó el rostro; luego, nada volvió á moverse; los ojos seguían muy abiertos, obstinadamente fijos en la estatua blanca.

Transcurrieron alguno minutos. Marta había sentido un soplo frío que le helaba la raíz de los cabellos.

—¡Señora, mire usted!

Ansiosa la señora Sabathier fingió no comprender.

—¿Qué, hija mía?

—¡Mi hermano! ¡Vea usted! Se ha quedado inmóvil. Abrió la boca y no ha vuelto á moverse.

Entonces, ambas se extremecieron, en la seguridad de que estaba muerto.

Acababa de expirar sin un extertor, sin un resuelo, sin un soplo, como si la vida se hubiese ido por sus grandes ojos de amor, avidos de gracia divina.

Había muerto mirando á la Vírgen, con una dulzura incomparable, y seguía mirándola con sus ojos muertos, con inefables delicias.

—Pruebe usted de cerrarle los ojos—murmuró la señora Sabathier.

—Así sabremos...

Marta se levantó, y bajándose para que no la viesen, se esforzó en cerrar los ojos del muerto, con un dedo, que temblaba. Pero cada vez los ojos volvían á ebrirse, mirando nuevamente á la Vírgen, con obstinación.

La pobre chica comprendió que estaba muerto; y tuvo que dejarle los ojos abiertos, anegados en un éxtasis infinito.

—¡Ay! ¡Todo se acabó, señora, todo se acabó!—balbuceó la infeliz.

Dos lágrimas brotaron de sus párpados rojos y rodaron por sus mejillas, mientras que la señora Sabathier le estrechaba la mano para hacerla callar.

Habían corrido ya cuchicheos, propagándose la inquietud. Pero, ¿qué partido tomar? En medio de semejante tropel, durante las preces, no era posible llevarse aquel cadáver, sin riesgo de causar un efecto desastroso.

Lo mejor era dejarlo allí hasta que llegase un momento favorable. No escandalizaba á nadie; no parecía más muerto que diez minutos antes, y todo el mundo podía creer que sus ojos ardientes vivían aún en su llamamiento supremo á la divina ternura de la Santa Vírgen.

Unicamente sabían lo que ocurría algunas de las personas que rodeaban al fraile. Azorado, el señor Sabathier interrogó á su mujer con un gesto, y puesto al corriente por una muda y larga afirmación, volvió á reanudar su rezo, sin asomo de revuelta, pero palideciendo ante la misteriosa omnipotencia que enviaba la muerte cuandole pedían la vida.

Los Vignerón, extraordinariamente interesados, se inclinaban cuchicheando, como después de haber ocurrido un accidente callejero, de esos que el padre, en París, contaba al volver de laoficina y que la familia comentaba toda la noche.

La señora Jousseur volvióse, y murmuró una simple palabra al oído del señor Deulafay; después de lo cuál, uno y otra volvieron á sumirse en la contemplación dolorosa de su querida enferma; mientras que el padre Judaine, enterado por el señor Vignerón, se arrodillaba, decía en voz baja, muy conmovido, la oración de difuntos.

Sin duda era un santo, aquel missionero, vuelto de los países mortíferos, con su mortal herida en el cuerpo, para expirar allí, bajo la sonriente mirada de la Santa Vírgen.

La señora Maze, encariñada con la muerte, estaba resuelta á suplicar al cielo que la suprimiese así, discretamente, si no atendía á sus ruegos devolviéndole á su marido.

Pero el grito del padre Massías subió más todavía, estallando con una fuerza de desesperación terrible, en un desgarro de sollozo.

—¡Jesús, hijo de David, voy á perecer, sálvame!

Y la multitud sollozó después de él:

—¡Jesús, hijo de David, voy perecer, sálvame!

Luego las voces se obstinaron en gritar cada vez mas alto la miseria exasperada del mundo.

Era un delirio. El padre Fourcade, al pie del púlpito, dominado por la extraordinaria pasión que rebosaba de los corazones, levantó los brazos y gritó también con su voz de trueno para violentar al cielo.

Y la exaltación crecía bajo aquél soplo de deseo que humillaba á la muchedumbre, hasta á las jóvenes señoras, simplemente curiosas, sentadas allá en el parapeto del Gave, que palidecían bajo sus sombrillas de colores.

La mísera humanidad clamaba desde el fondo de su abismo de sufrimiento; y el clamor paraba en un extremecimiento sobre todas las nucas, y no había allí más que un pueblo agonizante que rechazaba la muerte, queriendo obligar á Dios á decretar la eterna vida.

¡Ah! ¡La vida, la vida! ¡Era lo único que querían, era lo único que reclamaban todos aquellos infelices, todos aquellos moribundos, que habían acudido de tan lejos, en medio de tantos obstáculos, movidos por una necesidad desordenada de vivir más, de vivir siempre!

¡Oh, Señor, sea cual fuere nuestra miseria, sea cual fuere nuestro tormento de vivir, cúranos, haz que volvamos á empezar á vivir, para sufrir de nuevo lo que hemos sufrido! Por desgraciados que seamos, queremos existir.

No te pedimos el cielo, te pedimos la tierra; nuestro deseo es abandonarla lo más tarde posible, no abandonarla jamás, si tu poder llega hasta tanto.

Aun cuando no imploramos ninguna curación física, sino un favor moral, lo que te pedimos es la felicidad, cuya sed única nos abrasa.

¡Oh, Señor, haz que seamos felices y que gocemos de salud! ¡Déjanos vivir! ¡Déjanos vivir!

Este grito loco, el grito del furioso deseo de la vida lanzado por el padre Massías, se quebrantaba, saliendo en lágrimas de todos los pechos.

—¡Oh, Señor, hijo de David, cura á nuestros enfermos!

Dos veces Berthaud había tenido que precepitarse, para impedir que se rompiesen las cuerdas al empuje inconsciente de la multitud. Desesperado, sumergido, el barón Suire gesticulaba, suplicando que fuesen en su auxilio, porque la Gruta se hallaba invadida, pues el desfile no era más que un pisoteo de rebaño entregado á su pasión.

En vano Gerardo se separó nuevamente de Ramona para acudir á la puerta de la reja, á fin de restablecer la consigna, de diez en diez personas. Fué arrollado y barrido á un lado.

Todo el pueblo, febril, exaltado, entraba, pasaba como un torrente en medio del resplandor de los cirios, echaba ramos de flores y cartas á la Vírgen, besaba la roca, que millones de bocas inflamadas habían pulimentado.

Era la fe desencadenada, la gran fuerza, que ya nada detenía.

Entonces, Gerardo, aplastado contra la verja, oyó á dos campesinas, arrastradas por el desfile, exclamarse sobre el espectáculo de los enfermos que yacían delante de ellas.

Una de ellas se había fijado en la pálida faz de fray Isidoro, con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos y fijos en la estatua de la Vírgen. Se persignó y murmuró, invadida de una admiración devota.

—¡Oh! ¡Mira aquél, cómo ruega de todo corazón, y como mira á Nuestra Señora de Lourdes!

La otra campesina contestó:

—De seguro va á curarlo... ¡Es tan hermoso!...

En el acto de amor y de fe que continuaba desde el fondo de la nada, el muerto, con la fijeza infinita de su mirada, impresionaba á todos los corazones, operando la edificación profunda de aquel pueblo, cuyo desfile no cesaba.

III.

El buen abate Judaine era quien debía llevar el Santo Sacramento en la procesión de las cuatro. Desde que la Santa Vírgen le había curado de una enfermedad de los ojos, milagro del cual los diarios católicos todavía hablaban con entusiasmo, era aquél una de las glorias de Lourdes; allí ocupaba siempre el lugar de preferencia y se le honraba con toda clase de distinciones.

A las tres y media, se levantó y quiso dejar la Gruta. Pero la extraordinaria afluencia de gente le asustó y temió llegar tarde si no conseguía desembarazarse de ella. Afortunadamente, se le presentó una ayuda.

—Señor cura—exclamó Berthaud,—no intente usted atravesar el Rosario, pues se quedará en el camino. Lo mejor es subir por los atajos. Y mire usted, sígame, que yo marcharé delante.

Ayudándose con los codos, hendió la compacta oleada, abriendo paso al sacerdote, que se confundía en frases de agradecimiento.

—Es usted demasiada amable... Yo tengo la culpa, puesto que me he olvidado... Pero, ¡Dios mío! ¿Cómo vamos á arreglarnos en este instante para pasar con la procesión?

Esta procesion, ordinariamente constituía una inquietud para Berthaud, porque provocaba á su paso una loca crisis de exaltación, que le obligaba á tomar medidas especiales. ¿Qué iba, pues, á suceder al atravesar esta muchedumbre compacta de treinta mil almas, poseída de una fiebre de fe, próxima ya á un divino frenesí? Así es que, con mucha razón aprovechó la ocasión para hacer las más prudentes recomendaciones.

—¡Ah, señor cura, le suplico á usted que encargue á esos señores del clero que no dejen espacio entre sí, que marchen sin prisa, unos junto á otros!... Y sobre todo que tengan bien cogidos los estandartes, para que no sean arrollados... Cuanto á usted, señor cura, cuide de que los portadores del palio sean vigorosos, y estreche el lienzo alrededor del nudo del viril; no tenga usted miedo de llevarle con las dos manos y toda su fuerza.

El sacerdote, algo asustado con estas recomendaciones, le daba siempre las gracias.

—Sin duda, sin duda, es usted muy amable.... ¡Ah, señor; que reconocido le estoy por haberme ayudado á salir de este gentío!

Y desembarazado al fin, se apresuró á ganar la Basílica por el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Oh, Señor, hijo de David, cura á nuestros enfermos!

Dos veces Berthaud había tenido que precepitarse, para impedir que se rompiesen las cuerdas al empuje inconsciente de la multitud. Desesperado, sumergido, el barón Suire gesticulaba, suplicando que fuesen en su auxilio, porque la Gruta se hallaba invadida, pues el desfile no era más que un pisoteo de rebaño entregado á su pasión.

En vano Gerardo se separó nuevamente de Ramona para acudir á la puerta de la reja, á fin de restablecer la consigna, de diez en diez personas. Fué arrollado y barrido á un lado.

Todo el pueblo, febril, exaltado, entraba, pasaba como un torrente en medio del resplandor de los cirios, echaba ramos de flores y cartas á la Vírgen, besaba la roca, que millones de bocas inflamadas habían pulimentado.

Era la fe desencadenada, la gran fuerza, que ya nada detenía.

Entonces, Gerardo, aplastado contra la verja, oyó á dos campesinas, arrastradas por el desfile, exclamarse sobre el espectáculo de los enfermos que yacían delante de ellas.

Una de ellas se había fijado en la pálida faz de fray Isidoro, con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos y fijos en la estatua de la Vírgen. Se persignó y murmuró, invadida de una admiración devota.

—¡Oh! ¡Mira aquél, cómo ruega de todo corazón, y como mira á Nuestra Señora de Lourdes!

La otra campesina contestó:

—De seguro va á curarlo... ¡Es tan hermoso!...

En el acto de amor y de fe que continuaba desde el fondo de la nada, el muerto, con la fijeza infinita de su mirada, impresionaba á todos los corazones, operando la edificación profunda de aquel pueblo, cuyo desfile no cesaba.

III.

El buen abate Judaine era quien debía llevar el Santo Sacramento en la procesión de las cuatro. Desde que la Santa Vírgen le había curado de una enfermedad de los ojos, milagro del cual los diarios católicos todavía hablaban con entusiasmo, era aquél una de las glorias de Lourdes; allí ocupaba siempre el lugar de preferencia y se le honraba con toda clase de distinciones.

A las tres y media, se levantó y quiso dejar la Gruta. Pero la extraordinaria afluencia de gente le asustó y temió llegar tarde si no conseguía desembarazarse de ella. Afortunadamente, se le presentó una ayuda.

—Señor cura—exclamó Berthaud,—no intente usted atravesar el Rosario, pues se quedará en el camino. Lo mejor es subir por los atajos. Y mire usted, sígame, que yo marcharé delante.

Ayudándose con los codos, hendió la compacta oleada, abriendo paso al sacerdote, que se confundía en frases de agradecimiento.

—Es usted demasiada amable... Yo tengo la culpa, puesto que me he olvidado... Pero, ¡Dios mío! ¿Cómo vamos á arreglarnos en este instante para pasar con la procesión?

Esta procesion, ordinariamente constituía una inquietud para Berthaud, porque provocaba á su paso una loca crisis de exaltación, que le obligaba á tomar medidas especiales. ¿Qué iba, pues, á suceder al atravesar esta muchedumbre compacta de treinta mil almas, poseída de una fiebre de fe, próxima ya á un divino frenesí? Así es que, con mucha razón aprovechó la ocasión para hacer las más prudentes recomendaciones.

—¡Ah, señor cura, le suplico á usted que encargue á esos señores del clero que no dejen espacio entre sí, que marchen sin prisa, unos junto á otros!... Y sobre todo que tengan bien cogidos los estandartes, para que no sean arrollados... Cuanto á usted, señor cura, cuide de que los portadores del palio sean vigorosos, y estreche el lienzo alrededor del nudo del viril; no tenga usted miedo de llevarle con las dos manos y toda su fuerza.

El sacerdote, algo asustado con estas recomendaciones, le daba siempre las gracias.

—Sin duda, sin duda, es usted muy amable.... ¡Ah, señor; que reconocido le estoy por haberme ayudado á salir de este gentío!

Y desembarazado al fin, se apresuró á ganar la Basílica por el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estrecho camino que sube por en medio del ribazo; mientras que su acompañante penetraba nuevamente en la barahunda para volver a ocupar su sitio de vigilancia.

Al mismo tiempo, Pedro, que llevaba á María en su carromato, chocaba por el lado opuesto, (por el lado de la plaza del Rosario), contra el muro impenetrable de la muchedumbre. A las tres le había despertado la criada del hotel, para ir á buscar á la joven al Hospital. No había por qué apresurarse; tenían tiempo sobrado para llegar á la Gruta antes que la procesión. Pero esa inmensa multitud, ese resistente muro, al que no sabía por donde horadar, empezaba á causarle alguna inquietud. No podría de ninguna manera atravesar con el cochecito que guiaba, si las gentes no ponían por su parte un poco de voluntad.

—¡Vamos, señoras, vamos, se lo suplico!... Ya ven ustedes que es para una enferma.

Las señoras no se movían, hipnotizadas á la vista de la Gruta que brillava á lo lejos, y se levantaban sobre la punta de los pies para no perder nada del espectáculo. Por otra parte, era tan fuerte el clamor de las letanías en ese momento, que ni siquiera se oían las súplicas del joven sacerdote.

—Señor, apártese, déjeme pasar... Un poco de sitio para una enferma; haga usted el favor de atenderme.

Y los hombres, lo mismo que las mujeres, no pensaban en moverse, fuera de sí y poseídos de un arrobamiento ciego y sordo.

Por lo demás, María sonreía con serenidad, como ignorante del obstáculo y segura de que nada en el mundo le impediría obtener la curación de su enfermedad. Sin embargo, cuando Pedro encontró un hueco y se fué introduciendo en aquella viviente oleada, se agravó la situación. Por todas partes, la marejada batía el frágil carro y amenazaba sumergirle. A cada paso era necesario detenerse, esperar, comenzar de nuevo las súplicas. Jamás Pedro había experimentado una sensación tan angustiosa de la muchedumbre. Esta estaba pacífica, con una inocencia y una pasividad de rebaño; pero él encontraba allí un temblor que le atormentaba, un aire particular que le trastornaba. Y á pesar de su amor por los humildes, la fealdad aquella de los rostros, aquellas caras ordinarias y sudorosas, aquel aliento fatigado y aquellas ropas viejas y mal olientes le hacían sufrir hasta náuseas.

—Vamos, señoras, vamos caballeros, se trata de una enferma... Un poco de sitio, se lo suplico á ustedes.

El carro, perdido, zarandeado en este vasto mar, seguía avanzando por sacudidas empleando minutos en conquistar algunos metros de terreno. Por un momento se le pudo creer sumergido; no se le veía siquiera. Después, reapareció, llegó á la altura de las piscinas.

Esta joven enferma tan destruída por el sufrimiento y tan bella todavía, comenzaba á inspirar una dulce simpatía.

Cuando las gentes habían debido ceder al tenaz empuje del sacerdote, se volvían y no se atrevían á incomodarse; por el contrario, se sentían conmovidos al contemplar aquel enflaquecido rostro lleno de dolor, que resplandecía entre la aureola formada por sus hermosos y rubios cabellos. No se oían sino frases de piedad y admiración. «¡Ah, pobre niña! ¿no es una crueldad estar enferma á esa edad?» «¡Que la Santa Vírgen sea clemente con ella!» Otros se admiraban, por el éxtasis en que la veían, con sus ojos tan claros que parecían abiertos y viendo más allá de su esperanza. Y es que ella veía el cielo, y por eso obtendría seguramente la curación. El carrito dejaba tras sí al hendir la multitud con tanto trabajo, como una estela de admiración y de fraternal caridad.

Sin embargo, Pedro se desesperaba, y se sentía ya sin fuerzas, cuando los camilleros fueron en su ayuda, esforzándose por restablecer para la procesión un paso, que Berthaud había dado orden de proteger con cuerdas sostenidas de dos en dos metros.

Desde entonces, Pedro condujo con bastante libertad á María, haciéndola al fin entrar en el recinto reservado, donde se detuvieron en frente y á la izquierda de la Gruta. Nadie podía moverse allí; de tal manera iba por minutos amontonándose la gente. Y todo lo que conservaba como recuerdo de la travesía tan penosa que acababa de hacer á costa de sus miembros doloridos, era la idea de una reunión prodigiosa de gentes que, como un Océano le rodease por todas partes y del cual oyese sin cesar las olas estrellarse alrededor suyo.

Desde el Hospital, María no despegó sus labios. Pedro comprendió que deseaba hablarle y se inclinó.

—¿Y mi padre— preguntó ella—está allí? ¿No ha vuelto de su excursión?

Pedro debió contestar que el señor de Guersaint no había regresado, y que sin duda se había retardado á pesar suyo. Entonces María se contentó con añadir, sonriendo:

—¡Ah, pobre padre! ¡Qué contento se va á poner cuando me encuentre curada!

Pedro la miraba lleno de muda admiración. No recordaba haberla visto tan adorable en la lenta destrucción de su enfermedad.

Sus cabellos, lo único respetado por el mal, la revestían de oro. Su cabeza reducida, afinada, había adquirído una expresión de desvarío; los ojos, perdidos en la profundidad de su sufrimiento, los rasgos inmovilizados como si toda ella estuviese bajo el imperio de una idea fija y esperando que un sacudimiento de la ansiada dicha la despertase. Estaba fuera de sí misma; volvería en sí cuando Dios quisiese. Y esta niña angelical, de veintitrés años, que había quedado detenida en su desarrollo, sin llegar á ser mujer, estaba al fin dispuesta á recibir la visita del ángel, el choque milagroso que debía sacarla de su entorpecimiento y ponerla de pie.

Su extasis de la mañana continuaba: sus manos se habían unido; un interior impulso de todo su ser la había arrebatado de la tierra desde que vió la imagen de la Santa Vírgen, á la cual oraba y se ofrecía de una manera sobrehumana.

Fué para Pedro esta una hora de gran turbación. Sentía que el drama de su vida de sacerdote iba á representarse, que si él no encontraba de nuevo la fe en esa crisis, jamás volvería á hallarla. Y se sentía sin malos pensamientos, sin resistencia, anhelando con fervor ser él también con ella curados al mismo tiempo. ¡Oh, ser convencido por medio de la curación de María, creer juntos, ser salvados al mismo tiempo! El quiso como ella orar con ardiente fe.

Pero, á pesar suyo, la muchedumbre le preocupaba; esta multitud sin límites donde tan penosamente se había introducido, desapareciendo, no siendo más que la hoja de la selva perdida entre el montón de las demás hojas. No podía dejar de analizarla, de juzgarla. La veía hacía cuatro días arrastrada, sugestionada; la fiebre de su largo viaje, la excitación producida por los nuevos paisajes, los días pasados contemplando el esplendor de la Gruta, las noches sin sueño, el dolor exasperado, ansioso de ilusión. Además, aún duraba la obsesión de las oraciones, esos cánticos, esas letanías que hacían vibrar sus nervios incesantemente. Al padre Massías había sucedido otro sacerdote, y Pedro oía á éste, un abate pequeño, delgado y muy moreno, hacer los llamamientos á la Vírgen y á Jesus, con voz cortada, parecida á latigazos, mientras que el padre Massías y el padre Fourcade, al pie del púlpito, dirigían los gritos de la muchedumbre, cuya lamentación subía más alto bajo el limpio sol.

La exaltación había crecido y llegaba el momento en que las violentas preces elevadas al cielo obtenían los milagros.

De pronto, una paralítica acababa de levantarse, de ir hacia la Gruta, llevando en el aire su muleta; y esta muleta, levantada y agitada á modo de bandera por encima de aquellas cabezas que se movían como un mar borrascoso, arrancaba aclamaciones á los fieles. Se acechaban los prodigios, se les esperaba con la certidumbre de que se producirían innumerables y brillantes. Los ojos creían verlos, las voces febriles los señalaban. ¡Una más que estaba curada! ¡Todavía otra, todavía otra! Una sorda que oía, una muda que hablaba, una tísica que resucitaba. ¿Cómo una tísica? Ciertamente; eso se veía á diario. No había sorpresa posible. Hubieran declarado sin admirar á nadie, que una pierna cortada, volvía á brotar. El milagro venía á sustituir á la misma naturaleza; esto constituía lo corriente á fuerza de repetirse. Para esas imaginaciones ardientes, las historias increíbles parecían muy sencillas, dentro de la lógica de lo que ellos esperaban de la Santa Vírgen. Era preciso oír las relaciones que circulaban, las tranquilas afirmaciones, las certezas absolutas, cuando una enferma delirante gritaba que se había curado. ¡Otra más, otra más! A veces, sin embargo, una voz afligida se elevaba: «¡Ah, esa está curada! ¡Ha tenido suerte!»

Ya en la oficina de reconocimientos, Pedro se había contagiado de esta credulidad. Pero aquí, eso pasaba los límites de lo conocido; se exasperaba con las extravagancias que oía, dichas tan tranquilamente con claras sonrisas de niño. Así es que trataba de absorberse, de no escuchar nada. «¡Dios mío; haced, pues, que mi razón se humille, que yo no quiera comprender, que acepte lo irrealizable y lo imposible!»

Durante un instante, pudo creer que había vencido al espíritu de crítica que sentía, dejándose llevar por la ardiente súplica.

—¡Señor, curad á nuestros enfermos! ¡Señor, curad á nuestros enfermos!

Lo repetía con el sentimiento más vivo de caridad, juntando las manos, mirando fijamente la estatua de la Vírgen hasta sentir vértigo, hasta imaginarse que ella se movía. ¿Por qué, pues no volvería él á ser niño como los demás, puesto que la dicha estaba en la ignorancia y en la mentira?

El contagio acabaría por obrar; Pedro vendría á ser un grano de arena entre los demás: humilde entre los humildes dejándose pulverizar por la piedra sin hacer resistencia.

Y justamente en este mismo segundo en que creía haber matado en sí al hombre de ántes, haberse aniquilado con su voluntad y su inteligencia, el sordo trabajo del pensamiento comenzaba de nuevo en su cráneo, incesante, invencible. Poco á poco, á pesar de su esfuerzo, volvía nuevamente á su información, dudaba y buscaba. ¿Cuál era, pues, la fuerza desconocida que se desprendía de aquella multitud, aquel fluído vital bastante poderoso para determinar algunas curas que realmente se verificaban?

Existía allí un fenómeno que ningún sabio fisiólogo había estudiado aún. ¿Debería creerse que una muchedumbre no era más que un ser, pudiendo decuplar por sí misma la potencia de la auto-sugestión? ¿Podía admitirse que en ciertas circunstancias de extrema exaltación, una muchedumbre venía á ser un agente de soberana voluntad forjando á obedecer á la materia? Esto hubiera explicado cómo se verificaban las curas súbitas en el seno mismo de la muchedumbre, alcanzando á los sujetos más sinceramente exaltados.

Todos los alientos se reunían en un solo aliento, y la fuerza que obraba era una fuerza de consuelo, de esperanza y de vida.

Este pensamiento de caridad humana conmovió á Pedro. Por un momento pudo todavía reaccionarse, y pidió la curación de todos, en la firme creencia de que de este modo trabajaba un poco por su parte en la curación de María. Pero bruscamente, sin que supiese por qué asociación de ideas, le vino á la mente un recuerdo, el de la consulta que él había exigido sobre el caso de la joven, antes de partir para Lourdes. La escena se le reaparecía con extraordinaria claridad; volvía á ver el cuarto con su papel gris, con flores azules, y escuchaba á los tres mé-

dicos discutir y exponer sus conclusiones. Los dos que habían dado certificados diagnosticando una paralisis de la médula, hablaban con la lentitud propia de prácticos conocidos, estimados y de perfecta honorabilidad; mientras que sentía aún en su oído la voz viva y fogoza de su primito Beauclair, el tercer médico, un jóven de vasta y atrevida inteligencia, á quien sus compañeros trataban con frialdad, como á un espíritu aventurero. Y Pedro se sorprendía de volver á hablar en su memoria, en este supremo instante, cosas cuya razón de ser ignoraba por ese fenómeno singular que hace á veces que las palabras apenas escuchadas, mal entendidas, almacenadas como á pesar de uno, se revelen, brillen, se impongan, después de largo olvido. Y le parecía que la proximidad misma del milagro, evocaba las condiciones en que Beauclair le había anunciado que éste se verificaría.

En vano Pedro se esforzaba por arrojar de si este recuerdo, orando con redoblado fervor. Las imágenes renacían, las antiguas palabras resonaban, llenaban sus oídos con la fuerza de una trompeta. Estaba ahora en el comedor, donde Beauclair y él se habían encerrado después de la partida de los otros dos. Y Beauclair hacía la historia de la enfermedad: la caída del caballo sobre los pies á los catorce años; la luxación del órgano arrollado y vuelto del reves; los ligamentos desgarrados sin duda y desde entonces la pesadez en el bajo vientre y en los riñones, la debilidad en las piernas llegando hasta la paralisis. Después, la lenta reparación de los desórdenes, el órgano colocándose por sí mismo en us sitio, los ligamentos cicatrizándose, sin que los fenómenos dolorosos pudiesen cesar en esta gran niña nerviosa, cuyo cerebro, herido por el accidente, no llegaba á distraerse, localizada su atención sobre el punto en que sufría, inmovilizada, incapaz de adquirir nuevas nociones; de suerte que hasta después de la curación, el sufrimiento había persistido, un estado neuropático, un abatimiento nervioso consecutivo, agravado sin duda por accidentes de nutrición mal conocidos aún.

También Beauclair explicaba fácilmente los diagnósticos contrarios y falsos de los numerosos médicos que habían cuidado á la enferma, sin permitirse la visita indispensable, marchando desde entonces á oscuras, creyendo unos en un tumor, y otros, los más numerosos, convencidos de una lesión de la médula. Unicamente él, después de haber inquirido la erencia de la enfermedad, acababa de sospechar el simple estado de autosugestión en que la enferma se mantenía obstinadamente, bajo el sacudimiento, la primera violencia del dolor. Y daba sus razones: el campo visual reducido, los ojos fijos, la mirada absorta, distraida, y más que nada la naturaleza del sufrimiento, que había abandonado el órgano para subir bacia el ovario izquierdo, en donde se manifestaba por un gran peso, intolerable, que á menudo subía hasta la garganta, determinando horribles crisis de sofocación. Una brusca voluntad de apartarse de la noción falsa de su mal, una voluntad de levantarse, de respirar libre-

mente, de no sufrir más, podían tan sólo conseguir ponerla de pié, curada, transfigurada, bajo el latigazo de una gran exaltación.

Por última vez, intentó Pedro no ver más, no oir más, porque sentía dentro de sí arruinarse de una manera irreparable, su fe en el milagro.

Y á pesar de sus esfuerzos, á pesar del ardor con que se ponía á gritar:

«¡Jesús, hijo de David, curad á nuestros enfermos!» veía y oía siempre á Beauclair decirle con aire sosegado y sonriente, cómo se cumpliría el milagro como un rayo en el mismo segundo de la extrema emoción, bajo la decisiva circunstancia que acabaría de desligar los músculos. En un desatinado transporte de júbilo, la enferma se levantaría y andaría, con las piernas repentinamente ligeras, aliviadas del peso que las hacía de plomo desde largo tiempo atrás, y como si este peso se hubiese fundido, caído á tierra. Pero sobre todo, el peso que aplastaba el vientre, que subía, destruía el pecho y ahogaba la garganta, se iría esta vez en un vuelo prodigioso, en un soplo de tempestad, llevando consigo todo el mal. ¿No era acaso, de este modo, como en la Edad Media los poseídos despedían por la boca al diablo, que había tanto tiempo torturado su carne vírgen? Y Beauclair había añadido que María sería mujer al fin, que la sangre de la maternidad surgiría en ese sobresalto de *hossanna;* y ese despertar de un cuerpo que había quedado en la infancia, retrazado y destruído por tan largo sueño de sufrimiento, recobraría de pronto su salud brillante, sus ojos vivos y su faz radiosa.

Pedro miró á María, y su turbación aumentó aún al verla tan miserable en su cari-coche, implorando tan fuera de sí, entregada enteramente á Nuestra Señora de Lourdes, que daba la vida.

¡Ah! ¡Que María se salvase aunque fuera á costa de condenarse él eternamente!

Pero ella estaba demasiado enferma, la ciencia mentía como la fé; no podía Pedro creer que esta niña, con las piernas muertas hacía tantos años, iba á revivir. Y en el mar de dudas en que él caía, su corazón destrozado, exclamaba más alto, repetía sin cesar con la delirante multitud:

—¡Señor, hijo de David, curad á nuestros enfermos!...

—¡Señor, hijo de David, curad á nuestros enfermos!...

En este momento un tumulto circuló agitando todas las cabezas. La gente se extremeció, volvía la cabeza, se levantaba. Era la procesión de las cuatro: un poco retardada este día, cuya cruz desfilaba bajo uno de los arcos de la monumental escalera. Hubo allí una aclamación tal, un empuje instintivo tan violento, que Berthaud, con grandes gestos, ordenó á los camilleros contener el gentio, tirando fuertemente de las cuerdas.

Estos arrollados un instante, tuvieron que echarse hacia atrás, destrozándose los puños, consiguiendo al fin ensanchar un poco el paso reservado por el cual pudo entonces la procesión continuar lentamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A la cabeza de ella, avanzaba un soberbio suizo, vestido de azul y plata, que precedía á la cruz procesional, una cruz alta y brillante como una estrella. Después venían los delegados de las diferentes peregrinaciones con sus pendones, sus estandartes de terciopelo y de satín, bordados con hilos de metal y sedas de colores, adornados con figuras pintadas y llevando los nombres de las ciudades: Versalles, Recnis, Orleans, Poitiers, Toulose. Uno de estos estandartes, blanco del todo y de mucha riqueza presentaba en letras rojas la siguiente inscripción: «Obra de los círculos católicos de obreros.» Seguidamente empezaba el clero; dos ó trecientos sacerdotes de sotana, ciento de sobrepelliz, unos cincuenta revestidos de casullas doradas, brillantes como astros. Todos ellos llevaban cirios encendidos y todos cantaban el *Laudate Sion Salvatorem* á voz en grito. Detrás venía regiamente el palio, de seda púrpura galoneada de oro, sostenido por cuatro sacerdotes que evidentemente habían sido escogidos entre los más vigorosos.

Debajo de aquel, y entre otros dos sacerdotes que le asistían, iba el abate Judaine sosteniendo al Santísimo Sacramento, apretado fuertemente con sus diez dedos, como le había recomendado Berthaud, dirigiendo inquietas miradas á derecha é izquierda, sobre la invasora muchedumbre, demostrando la zozobra que le causaba conducir á buen puerto este pesado y divino viril que le había ya roto los puños. Cuando el sol obliquo le hirió de frente, se hubiera dicho que era él otro sol. Los niños de coro balanceaban los incensarios produciendo una polvorienta claridad que cegaba y envolvía á toda la procesión en un esplendor. Y finalmente, detrás no había más que una confusa ola de peregrinos, un pisoteo de rebaño, fieles y curiosos entusiasmrdos que se atropellaban, cerrando el surco de aquella inmensa ola.

Hacía un instante que el padre Massías había subido al púlpito; y esta vez había pensado otro ejercicio. Después de los ardientes gritos de fe, de esperanza y de amor que lanzaba, ordenaba de pronto un silencio absoluto para que cada cual, con los labios cerrados, pudiese hablar en secreto á Dios, durante dos ó tres minutos.

Este silencio instantáneo en medio de la vasta multitud, estos minutos de voces mudas, en el que todas las almas obraban su misterio, era de una grandeza conmovedora y extraordinaria. La solemnidad llegaba á ser formidable; se sentía allí pasar el vuelo del deseo, del inmenso deseo de vivir. Después el padre Masísas invitó solamente á los enfermos á hablar; á suplicar á Dios que les concediese lo que ellos reclamaban de su omnipotencia. Entoncen comenzaba una lamentación lastimera, centenáres de voces temblorosas y cascadas que se elevaban en un concierto de lágrimas.

—¡Señor, si vos lo queréis, podéis curarme! ¡Señor, tened piedad de vuestro hijo que se muere de amor! ¡Señor, haced que vea, haced que oiga, haced que ande!

Una voz aguda de niña, de una ligereza y una vivacidad de flauta, dominaba el sollozo universal y repetía á lo lejos:

—¡Salvad á los demás, salvad á los demás, Señor!

Las lágrimas corrían de todos los ojos; estas súplicas trastornaban los corazones, hacian sentir á los más endurecidos el frenesí de la caridad, en un sublime desorden que les hubiera ñecho abrir con sus dos manos su pecho para dar al más prósimo su salud y su juventud.

Y el padre Massías, sin dejar decaer este entusiasmo empezaba de nuevo sus exclamaciones, sacudía nuevamente á la delirante multitud, mientras que el padre Fourcade, sobre uno de los escalones del púlpito; sollozaba tambien levantando hacia el cielo su rostro bañado en lágrimas, para pedir á Dios que descendiese.

Pero la procesión llegaba; las delegaciones y los sacerdotes estaban alineados á derecha é izquierda, y cuando el palio entró en el recinto reservado á los enfermos delante de la Gruta, cuando éstos vieron la Custodia, el Santísimo Sacramento, reluciente como un sol en las Manos del abate Judaine, no hubo más dirección posible; las voces se confundieron, y al vértigo arrebató todas las voluntades. Los gritos, los llamamientos, los ruegos se convertian en gemidos. Los cuerpos se levantaban de su lecho de miseria; los brazos, temblorosos, se tendías; las manos, crispadas, parecían querer detener el milagro á su paso.

—¡Señor, salvadnos, que perecemos!

—¡Señor, nosotros os adoramos; curadnos!

—¡Señor, vos sois el Cristo, el hijo de Dios vivo; curadnos!

Por tres veces las voces desesperades, exasperadas, lanzaron la suprema lamentación, en un clamor que horadaba el cielo; y las lágrimas redonblaban, inundaban los rostros ardientes, transfigurados por el deseo.

Por un momento el frenesí llegó á ser tal, que el ímpetu instintivo hacia el Santísimo Sacramento pareció tan irresistible, que Berthaud mandó formar la cadena á los camilleros que se hallaban allí. Era esta la maniobra de protección extrema: una valla de camilleros se formaba á derecha é izquierda del palio, enlazados fuertemente por los brazos, de modo que formaban una especie de muro viviente. No había hueco alguno; nadie podía pasar. Pero estas barreras humanas se doblaban tambien bajo la pasión del desdichado ansioso de vida que quería tocar, besar á Jesús; y aquéllas oscillaban, se encontraban rechazadas contra el palio que defendían, y el mismo pálio, bajo la continua amenaza de ser arrebatado, pasaba por entre la muchedumbre, como una barca santa en peligro del naufragio.

Entonces, en lo más fuerte de esta sagrada locura, en la súplica y en los sollozos como en una tempestad cuando el cielo se abre y el rayo cae, estallaron los milagros. Una paralítica se levantó y arrojó sus muletas. Hubo un grito penetrante; una mujer apareció de pie sobre su

colchón, envuelta en un cobertor blanco como si fuese un sudario; y decíase que era una tísica medio muerta que resucitaba.

Golpe á golpe, la gracia resonó dos veces más: una ciega que veía la Gruta repentinamente, en una llama; una muda que caía de rodillas dando gracias á la Santa Vírgen, en voz alta y clara. Y todos se prosternaban á un tiempo á los pies de Nuestra Señora de Lourdes, locos de júbilo y de gratitud.

Pero Pedro no había separado su vista de María y lo que veía le trastornaba de enternecimiento. Los ojos de la enferma, apagados todavía, se habían ensanchado, mientras que su pobre rostro, descolorido, se contraía como si aquella estuviese sufriendo horriblemente. No hablaba nada, desesperada y creyéndose sin duda presa otra vez del mal.

Después, de pronto, cuando pasó el Santísimo Sacramento y ella miró el astro relumbrar al sol tuvo un desvanecimiento, creyo ser herida por un rayo. Sus ojos se habían reanimado ante esa claridad y volvían á encontrar el fulgor de la vida, brillantes como estrellas.

Su semblante, á impulsos de aquella savia de vida, se animaba, se coloreaba, brillaba de alegría y de salud. Y Pedro la vió levantarse repentinamente, mantenerse de pie en su carrito, vacilante, tartamudeando, no encontrando más que ostas frase cariñosa:

—¡Oh, amigo mío!... ¡Oh, amigo mío!

Se aproximó vivamente para sostenerla. Pero ella le separó con un gesto; se mostraba cada vez más firme, tan conmovedora y tan bella, dentro de su vestido de lana negra, con las zapatillas que siempre conservaba, esbelta y delicada, circundada de un nimbo de oro, formado por su admirable cabellera rubia, cubierta por un ligero encaje. Todo su cuerpo de vírgen era presa de profundas sacudidas, como si una poderosa fermentación le hubiese regenerado.

Primero fueron las piernas las que libraron de las cadenas que las sujetaban. Después, mientras que brotaba en ella en manantial de sangre, junto con la vida de la mujer, de la esposa y de la madre, sintió una última angustia, un peso enorme que le subía del vientre á la garganta. Solamente que esta vez, no se detuvo, no le ahogó; salió de su boca abierta y se escapó en un sublime grito de júbilo.

—¡Estoy curada!... ¡Estoy curada!

Entonces sucedió un espectáculo extraordinario. El lienzo que antes la cubría estaba á sus pies; ella triunfaba, tenía un rostro brillante y soberbio. Y su grito de curación acababa de resonar con tal alborozo, que la muchedumbre entera quedó desatinada. No había más que María, no se veía más que á ella, de pie, crecida, radiante, divina.

—¡Estoy curada!... ¡Estoy curada!

Pedro, por efecto de la violenta conmoción que había recibido en el corazón, se había echado á llorar. De nuevo corrían las lágrimas de todos los ojos. En medio de las exclamaciones, de las acciones de gracias y de alabanzas, un frenético entusiasmo iba sintiéndose acercar cada vez más, embargando con una emoción inexplicable á los millares de peregrinos que se aplastaban para llegar á ver. Desencadenáronse los aplausos, una furia de apiansos que como un trueno fué rodando de un extremo á otro del valle.

El padre Foucarde agitaba los brazos; el padre Massías pudo por fin hacerse oir desde lo alto del púlpito.

—Dios nos ha visitado, mis queridos hermanos.. *Magnificat anima mea Dominum...*

Y todas las voces, los millares de voces, entonaron el canto de adoración y de reconocimiento. La procesión se hallaba detenida, y el abate Judaine había podido ganar la Gruta con el viril, pero aguardaba allí antes de dar la bendición. De la parte de afuera de la reja le esperaba el palio rodeado de los sacerdotes.

Sin embargo, María se había arrodillado sollozando, y todo el tiempo que duró el cántico, un ardiente acto de fe y amor subió de lo íntimo de su ser.

Pero la multitud quería verla andar, algunas mujeres felices la llamaban, un grupo la rodeó y, casi levantándola, la empujó hacia la oficina de reconocimientos para que fuese probado aquel milagro, resplandeciente como la luz del sol. Su carrito quedó olvidado; Pedro la siguió, mientras que balbuceando, vacilante, con una torpeza adorable, María, que hacía siete años no se servía de sus piernas, avanzaba con el aire inquieto y suspenso del niño que da sus primero pasas; y esto era tan enternecedor, tan delicioso, que Pedro no pensaba más que en la inmensa dicha de verla renacer á su juventud. ¡Ah, querida amiga de la infancia, querido amor lejano; ella sería, pues, por fin la mujer de belleza y de encantos que prometía en otro tiempo la niña, cuando en el jardincito de Neuilly estaba tan hermosa, tan alegre, bajo los grandes árboles asaeteados por el sol!

La muchedumbre seguía aclamándola furiosamente; una ola enorme afluía, la acompañaba, y todos la esperaron con febril ansiedad ante la puerta del despacho, en donde únicamente Pedro fué admitido con María.

Aquella tarde había poca gente en la oficina de reconocimientos.

La salita cuadrada cuyos muros de madera quemaban, lo mismo que su rudimentario mobiliario, sus sillas de paja y sus dos mesas de desigual altura, no estaba ocupada, aparte del personal acostumbrado, sino por cinco ó seis médicos sentados y silenciosos. Ante las mesas, el jefe de servicio de las piscinas y dos jóvenes abates tenían los registros y hojeaban los legajos, mientras que el padre Dargelés, en uno de los extremos, escribia una nota para su periódico. Y, justamente, el doctor Bonamy empezaba á examinar el lupus de Elisa Rouquet que por vez tercera iba á hacer constar la creciente cicatrización de su llaga.

—En fin, señores—exclamaba el doctor,—¿han visto ustedes jamás un lupus corregirse de tal modo, tan rápidamente?... Yo bien sé que ha aparecido una nueva obra sobre la fe que cura, y en ella se dice que algunas llagas pueden ser de origen nervioso. Solamente, nada se ha probado en el caso del lupus, y desafío á que una comisión de médicos se reuna y se entienda para explicar cómo ha podido por sí sola curarse de su enfermedad esta señorita.

Se interrumpió, volviéndose hacia el padre Dargelés.

—¿Ha notado usted bien, padre, que la supuración ha desaparecido completamente y que la piel vuelve á tomar su color natural?

No esperó la respuesta. María entraba seguida de Pedro, y al instante adivinó el golpe de fortuna que se le presentaba al observar el brillo que resplandecía en la curada milagrosa.

María estaba admirable; parecía hecha para arrastrar y convertir las muchedumbres. El doctor despidió vivamente á Elisa Rouquet, pidió el nombre de la recién llegada y reclamó el legajo á uno de los jóvenes sacerdotes. Después, como María andaba algo vacilante, quiso hacerla sentar en el sillón.

—¡Oh, no, no!—exclamó ella rehusando.—¡Soy tan feliz pudiendo servirme de mis piernas!...

Pedro había buscado con la mirada al doctor Chassaigne, desconsolado por no encontrarle allí. Se mantuvo á distancia y esperó mientras que ojeaban los cajones en desorden, sin poder hallar el legajo.

—Veamos—repetía el doctor Bonamy:—María de Guersaint, María de Guersaint... Seguro estoy de haber visto este nombre.

Por fin, Raboin descubrió el legajo, clasificado por error con una falsa letra inicial, y cuando el doctor se enteró de los dos certificados que contenía, se entusiasmó.

—He aquí un caso muy interesante, señores. Ruego á ustedes que me escuchen con atención.

Esta señorita que ven ustedes de pie, estaba herida de una gravísima lesión de la médula. Y por si hubiese la menor duda, estos dos certificados bastan para convencer á los más incrédulos, puesto que están firmados por dos médicos de la facultad de París, cuyo nombres son bien conocidos de todos nuestros colegas.

Hizo pasar los certificados á los médicos presentes, quienes los leyeron con ligeros movimientos de cabeza. Esto era innegable; los firmantes tenían la reputación de prácticos, honrados y entendidos.

—Y bien, señores; si el diagnóstico no es discutido (y no puede serlo cuando una enferma nos aporta documentos de este valor), vamos á ver ahora las modificaciones que se han producido en el estado de esta señorita.

Antes de interrogarla se contuvo, se volvió hacia Pedro y dijo:

—Señor abate; según creo, ha venido usted de París con esta señorita. ¿Ha hablado usted con los médicos antes de partir?

El sacerdote sintió un extremecimiento que le dejó helado en medio de su alegría.

—He asistido á la consulta, señor.

Y la escena se le representó de nuevo. Volvió á ver á los dos doctores graves y razonables, vió nuevamente á Beauclair que sonreía mientras que sus compañeros redactaban sus certificados conformes. ¿Iba, pues, á reducir éstos á la nada, á hacer conocer el otro diagnóstico, el que permitía explicar científicamente la curación? El milagro estaba previsto y destruído anticipadamente.

—Notarán ustedes, señores—repitió el doctor Bonamy,—que la presencia del señor abate aporta nueva fuerza á estas pruebas. Ahora, la señorita va á decirnos exactamente lo que ha sentido.

Y se inclinó sobre la espalda del padre Dargelés, recomendándole que no se olvidase de dar á Pedro un papel de testigo en la narración.

—¡Dios mío! Señores, ¿cómo decir á ustedes?...—exclamó María con su voz jadeante, trémula de dicha.—Desde ayer, estaba yo segura de ser curada. Y, sin embargo, aun en el mismo momento, cuando los cosquilleos se apoderaron de mis piernas, tuve miedo de que esto fuese una nueva crisis, y dudé un instante... Entonces, los cosquilleos se detuvieron.

Después, volvieron á comenzar, desde que volví á entregarme á mis oraciones... ¡Oh, rogaba, rogaba con toda mi alma! Acabé por abandonarme como un niño.

«¡Vírgen Santa, Nuestra Señora de Lourdes, haz de mí lo que quieras!...» Los cosquilleos no cesaban; me pareció que mi sangre hervía; una voz me gritaba: «¡Levántate, levántate!» Y comprendí el milagro al sentir un gran crugido de todos mis huesos, de toda mi carne, como si hubiese sido herida por un rayo.

Pedro la escuchaba muy pálido. Bien le había dicho Beauclair que la curación vendría como un rayo, cuando, bajo la influencia de la imaginación, poderosamente sobreexcitada, se produjese en ella un súbito despertar de la voluntad, desde tan largo tiempo adormecida.

—Primeramente han sido las piernas las que la Santa Vírgen me ha desatado—continuó María.—La sensación que experimenté, no me dejó duda. Las ligaduras de hierro que las anudaban, resbalaban á lo largo de mi piel como cadenas rotas. Después, el peso que me ahogaba siempre en el vacío izquierdo, subió y he creído morirme, de tal modo me destrozaba. Pero pasó por mi pecho y mi garganta, le sentí en la boca y le escupí violentamente... Se había concluído; ya no quedaba nada, mi mal había volado.

Hizo el pesado gesto del ave de noche que bate las alas, y se calló, sonriendo á Pedro, que estaba trastornado. Todo esto lo había dicho antes Beauclair, sirviéndose casi de las mismas palabras, de las mismas imágenes.

El pronóstico se realizaba punto por punto, y no había allí más que fenómenos previstos y naturales.

Ravoin había seguido el relato con los ojos abiertos y el entusiasmo de un devoto de cortos alcances, dominado por la idea del infierno.

—¡Es el diablo—exclamó;—es el diablo lo que ha escupido!

Pero el doctor Bonamy, más prudente, le hizo callar, y volviéndose hacia los médicos:

—Señores, saben ustedes que aquí evitamos siempre pronunciar la gran palabra *milagro*. Unicamente, he aquí un hecho que tengo curiosidad de saber cómo lo explicarán ustedes dentro de la naturaleza, y sin salir del proceso ordinario. Desde hace siete años esta señorita estaba atacada de una grave paralisis debida evidentemente á una lesión de la médula. Y esto no podrá ser negado: los certificados están ahí, indiscutibles. No andaba, no podía hacer un movimiento sin exhalar una queja; había llegado al extremo aniquilamiento que precede de cerca á los más tristes desenlaces. De pronto, he aquí que se levanta, que anda, que ríe y que deslumbra. La paralisis ha desaparecido completamente; no queda ningún dolor; la enferma se vale tan bien como ustedes y como yo... Veamos, señores; aproxímense ustedes, examínenla y díganme qué es lo que ha pasado.

El doctor Bonamy triunfaba. Ningún medico pidió la palabra. Dos de ellos, sin duda católicos practicantes, habían aprobado con un enérgico movimiento de cabeza. Los demás quedaron inmóviles, con aire mortificado, algo recelosos de mezclarse en esta historia. Sin embargo, uno de ellos, pequeño y delgado, cuyos ojos relucían detrás de los cristales de su binóculo, acabó por levantarse para ver á María más de cerca. La pidió una mano, miró sus pupilas, pareciendo preocuparse solamente del aire de transfiguracion que la inundaba. Después de un modo muy cortés, sin querer ni aun discutir, volvió á sentarse.

—El caso escapa á la ciencia, he ahí todo lo que yo declaro, concluyó victoriosamente el doctor Bonamy. Y añado que aquí no tenemos convalecencia; la salud se ha restablecido de un golpe, llena y entera... Vean esta señorita. La mirada brilla, el cutis es sonrosado, la fisonomía ha vuelto á hallar su viva alegría. Indudablemente la reparacion de los tejidos va á continuar con alguna lentitud; pero ya puede decirse que la señorita acaba de renacer... ¿No es cierto, señor abade, usted que la ve con frequencia, que no la reconoce?

Pedro balbuceó:

—Es verdad, es verdad...

Y en efecto María se le aparecia ya fuerte, con las mejillas llenas y frescas, de una alegría floresiente. Pero una vez más. Beauclair le había anunciado ese sobresalto de hosanna, ese enderezamiento y esa luz que irradiaria su cuerpo quebrantado, cuando la vida volviera á entrar en él, por la fuerza de su voluntad de curar y de ser dichosa.

El doctor Bonamy se había inclinado nuevamente sobre la espalda del padre Dargelés, que acababa de escribir su nota, una especie de acta completa de todo lo ocurrido.

Los dos cambiaron algunas frases á media voz. Se consultaron, y doctor prosiguyó:

—Señor abate, usted que ha presenciado estas maravillas, no rehusará firmar la exactísima relación que acaba de redactar el reverendo padre para el *Diario de la Gruta*.

¡Firmar él esta página de error y de mentira! La indignación le sublevó y estuvo á punto de pregonar la verdad. Pero sintió el peso de la sotana sobre sus espaldas; y sobre todo, le llenaba tambien á él el corazón la divina alegría de María.

¡Esperimentaba una dicha tan grande al verla salvada! Desde que no se la interrogaba más, abía ido á apoyarse en su brazo y seguía sonriendo, con ojos de embriaguez.

—¡Oh, amigo mío—dijo ella muy bajo; dé usted gracias á la Santa Vírgen! ¡Ha sido tan buena! ¡Héme aquí agora tan bien, tan bella, tan joven!.., ¡Y mi padre, mi pobre padre, qué contento va á ponerse!

Entonces Pedro firmó. Todo se hundía en él, pero le bastaba que ella se salvase; hubiera creído ser sacrílego, tocando á la fe de esta niña, aquella fe tan grande y pura que le había curado.

En la parte de afuera, cuando María reapareció, comenzaron de nuevo las aclamaciones; la multitud batió las manos. Parecía que ahora el milagro era oficial.

Sin embargo, varias personas caritativas, temiendo que María se fatigase y tuviese necesidad de su carrito, abandonado por ella delante de la Gruta, lo habían llevado hasta la oficina de reconocimientos. Cuando ella le volvió á encontrar, sintió profunda emoción.

¡Ah, este carrito, donde había vivido tantos años; este recinto movible, en el cual ella se emaginaba á veces estar enterrada viva, de cuántas lágrimas, da cuántas desesperaciones, de cuántos malos días había sido testigo!

Y de pronto, le vino á la mente el pensamiento de que, puesto que tan largo tiempo había participado de sus penas, debía tambien participar del triunfo.

Fué una inspiración, una santa locuza, la que le impulsó á empuñar de nuevo la guía del carricoche.

En este momento pasaba la procesión de vuelta de la Gruta, donde el abate Judaine había dado la bendición. María, empujando su carrito, se colocó detrás del palio, y en zapatillas, la cabeza cubierta con un encaje, marchó así, el pecho temblorozo, la faz alta, iluminada y soperbia empujando siempre aquel miserable carrito, aquel recinto movíble donde ella había agonizado durante tanto tiempo. Y la muchedumbre frenética la aclamaba y la seguía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Pedro había seguido á María, y se encontraba detrás del palio con ella, como arrastrado en el viento de gloria que le hacía guiar triunfalmente su carrito. Pero tales empujes llegaban á cada minuto sobre él con violencia de tempestad, que hubiese caído seguramente, si una mano ruda no le hubiese sostenido.

No tenga usted miedo, déme el brazo. De otro modo no podrá usted tenerse de pie.

Se volvió, y quedó sorprendido al reconocer al padre Massías, que había dejado al padre Fourcade en el púlpito, para acompañar el palio. Una fiebre extraordinaria le sostenía, le lanzaba adelante, con una solidez de rocas, los ojos parecidos á tizones, la faz exaltada, cubierta de sudor.

—Prevéngase pues, deme el brazo.

Una nueva ola humana acababa de arrastrarles, y Pedro se abandonó á este hombre terrible á quien recordaba haber tenido por condiscípulo en el Seminario. Qué singular encuentro y cómo hubiera querido Pedro por ser esta violenta fe, esta locura de fe, que le hacía jadear de ese modo, con la garganta llena de sollozos, y continuar repitiendo á gritos la ardiente súplica:

—¡Señor, curad á nuestros enfermos! ¡Señor, curad á nuestros enfermos!

Detrás del palio el grito no cesaba, y había siempre allí un vociferador, encargado de no dejar en paz la demasiado lenta bontad divina. A veces era una voz gruesa, desconsolada; otras veces era aguda, desgarradora. La del padre Massías, imperiosa, acababa por quebrantarse de la misma emoción.

—¡Señor, curad á nuestros enfermos! ¡Señor, curad á nuestros enfermos!

El rumor de la imponente curación de María, de ese milagro, cuyo ruído iba llenar la cristianidad, se había extendido ya de un extremo á otro de Lourdes, y de ahí venía este vértigo acrecentado de la muchedumbre, esta crisis de contagioso delirio que la hacía levantarse hacia el Santísimo Sacramento vertiginosamente, en un flujo desencadenado de marea alta. Ninguno cedía á la incosciente pasión de verle, de tocarle, de ser curado, de ser feliz.

Dios pasaba y no tenía allí sino enfermos ardiendo en deseo de vivir todos estaban destrozados por el deseo de dichas que les trastornaba, el corazón abierto y sangrando, las manos ansiosas.

También Berthaud, que temía el exceso de este amor, había querido acompañar á sus hombres. Les mandaba y cuidaba de que la doble cadena de camilleros, á los dos lados del palio, no fuese rota.

—¡Estrechad vuestra linea más aún! ¡Y los brazos sólidamente enlazados!

Estos jóvenes, escogidos entre los más vigoroses, tenían mucho que hacer.

El muro que levantaban de este modo, hombro con hombro, los brazos unidos á la cintura y al cuello, se plegaba á cada instante bajo la fuerza de los asaltos involuntarios.

Nadie creía empujar, y eran remolinos, ondas profundas que venían de lejos y que amenazaban tragarlo todo.

Cuando el palio se encontró en medio de la plaza del Rosario, el abate Judaine creyó ya que no iría más lejos. En el vasto espacio se habían formado varios corrientes contrarias, en remolino, acometiéndole por todas partes. Tuvo detenerse bajo el palio balanceado, azotado, como si fuera una vela á lo ancho, cogida por un brusco golpe de viento.

Sostenía el Santísimo Sacramento muy alto, en sus dos manos entumecidas, con miedo de que un último empuje le derribase.

Porque él notaba bien que el virit de oro, radiante de sol, era la pasión de todo este pueblo, el Dios que exigía para besarle, para fundirse en él, aun á riesgo de destruirlo.

Entonces parado, volvió hacia Berthaud inquietas miradas.

—¡No dejéis pasar á nadie—gritaba éste á los camilleros;—¡á nadie! ¡La orden es formal! ¿Oía?

Pero las voces suplicantes se elevaban, los miserables enfermos sollozaban, los brazos tendidos, los labios abiertos, con el loco deseo de que se les dejase aproximarse y arrodillarse á los pies del sacerdote.

¡Qué placer verse arrojado en tierra, ser arrollado, piseteado por toda la procesión!

Un enfermo mostraba su mano seca, convencido de que iba á reflorecer al extremo de su brazo si se le permitía tocar el viril. Una muda empujaba con sus fuertes hombros rabiosamente para desatar su lengua en un beso. Otras y otras aún, gritaban, imploraban, acababan por cerrar los puños contra los crueles que les impedían conseguir la curación de los sufrimientos de su cuerpo y de las miserias de su alma. La consigna era absoluta; se temían los más graves accidentes.

—¡Nadie, nadie!—repetía Berthaud.—¡No dejéis pasar á nadie!

Sin embargo, había allí una mujer, cuya vista conmovía los corazones.

Miserablemente vestida, tenía la cabeza descubierta, el rostro bañado en lágrimas, y llevaba en los brazos un muchacho de unos diez años, cuyas piernas, paralíticas y flojas, colgaban

Era un peso demasiado grande para su debilidad, mas ella no parecía sentirlo. Había llevado su niño, y conjuraba á los camilleros con sorda obstinación; pero ni sus palabras ni sus atropellos triunfaban.

Por fin, el abate Judaine, muy conmovido, la hizo seña de que se aproximase. Obedeciendo á esta piedad del oficiante, á pesar del peligro que había en abrir una brecha, dos de los camilleros se apartaron, y la mujer se precipitó con su fardo, se arrojó ante el sacerdote.

Este, colocó un instante el pie del Santísimo Sacramento sobre la cabeza del niño. La madre misma colocó allí sus ansiosos lábios.

Después, como el sacerdote volvía á continuar su marcha, quiso ella quedarse detrás del palio, y siguió la procesión, los cabellos al viento, jadeante, vacilando bajo el peso demasiado grande que le quebraba las espaldas.

Con gran trabajo, concluyeron de atravesar así la plaza del Rosario. Y entonces comenzó la subida, la gloriosa subida por la escalera monumental; mientras que muy alto, á orillas del cielo, la Basílica mostraba su aguda flecha, de donde se escapaba un repique de campanas, anunciando el triunfo de Nuestra Señora de Lourdes.

Hacia aquella apoteosis se elevaba ahora lentamente el palio; hacia esta puerta alta del santuario, que parecía abierta sobre el infinito, encima de la inmensa muchedumbre, cuyo mar abajo, por las plazas y avenidas, seguía engruesando.

Ya, el lujoso suizo, vestido de azul y plata, llegaba con la cruz procesional á la altura de la cúpula del Rosario, sobre la explanada.

Las delegaciones de la peregrinación se desplegaban, las banderas de seda y terciopelo, de colores vivos, flotaban en medio del incendio del sol poniente. Después, la clerecía resplandeciente, los sacerdotes con blanca sobrepelliz ó revestidos de casullas de oro, parecía á un desfile de astros. Y los incensarios se balanceaban y el palio subía siempre sin que se distinguiese á los portadores, como si una fuerza misteriosa, como si ángeles invisibles lo hubiesen llevado, en esta ascensión gloriosa, hacia la gran puerta del cielo, abierta de par en par.

Varios cantos resonaban; las voces no reclamaban ya la curación de los enfermos en aquellos momentos en que ya se hallaban separados de la multitud.

El milagro se había producido y se le celebraba á voz en grito en el vuelo de las campanas y en la vibrante alegría del aire.

—*Magnificat anima mea Dominum.*

Este era el cántico de gracias, entonado ya en la Gruta, que salía nuevamente de los corazones.

—*Et exaltavit spiritus meus in Deo salutari meo...*

Y esta radiente subida, esta ascensión por las colosales escaleras hacia la Basílica de luz, la verificaba María con un desbordamiento de creciente alegría.

A medida que subía le parecía que se encontraba más fuerte, más sólida sobre sus piernas resucitadas, muertas durante tanto tiempo.

El carrito que guiaba victoriosamente era como el despojo de su mal, el infierno de donde la Santa Vírgen la había sacado; y aunque el timón le maceraba las manos, quería ella llevarle allá arriba consigo para arrojarle á los pies de Dios.

Ningún obstáculo la detenía; reía en medio de su abundante llanto, con el pecho jadeante y con aire varonil.

En su camino, una de sus zapatillas se había desatado, y el encaje había resbalado de sus cabellos á las espaldas. Pero ella marchaba así y todo; andaba siempre adornada de su admirable cabellera rubia, la faz radiante, con tal despertar de voluntad de fuerza, que se oía detrás de ella el pesado carricoche saltar trepando la ruda pendiente de piedras lo mismo que si fuera un carrito de niño.

Pedro, detrás de María, seguía del brazo del padre Massías, que no le había soltado. Se encontraba incapaz de reflexionar, perdido su espíritu en aquella profunda emoción. La sonora voz de su acompañante le ensordecía.

—*Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles...*

Por el otro lado, á su derecha, Berthaud sereno ya, seguía también al palio. Había dado orden á sus camilleros de no formar la cadena, y examinaba con aire sospenso este mar humano por donde acababa de atravesar la procesión. Cuanto más se subía á lo largo de las escaleras, más se extendía debajo, más se desenvolvían á la vista la plaza del Rosario, las avenidas y las calles de los jardines, negras de tanto gentío. Era todo un pueblo á vista de pájaro; un hormigueo cada vez más extenso y lejano.

—¡Mire usted—acabó por decir á Pedro—qué grandioso es esto, qué bello! Vamos; el año no será malo.

Berthaud, para quien Lourdes era, sobre todo, un centro de propaganda donde satisfacía sus rencores políticos, se regocijaba de las numerosas peregrinaciones, que creía eran desagradables al Gobierno. ¡Ah, si él hubiese podido traer á los obreros de las ciudades y crear una democracia católica.

—El año último—continuó—apenas llegó á doscientos mil peregrinos. Este año espero que pasará de esta cifra.

Y con su alegre aire de buen camarada, á pesar de su pasión de sectario, exclamó:

—A fe mía que en este instante, cuando se aplastaban unos á otros, estaba yo contento... Dentro de mi decía: ¡Esto marcha, esto marcha!

Pero Pedro no escuchaba; estaba impresionado por la grandeza del espectáculo, Esta muchedumbre, que se extendía más á medida que él se elevaba por encima de ella; este valle magnífico que se ahuecaba debajo de él, que se agrandaba sin cesar, desarrollando el horizonte fastuoso

de montañas, le llenaban de extremecedora admiración. Su turbación aumentó, buscó la mirada de María y le indicó el inmenso circo, con un gesto.

Este gesto engañó á María, que no vió la materialidad del espectáculo en la espiritual exaltación en que se hallaba. Creyó que él tomaba la tierra por testigo de los prodigiosos favores con que la Santa Vírgen acbaba de colmarles á los dos, porque ella se imaginaba que Pedro había tenido su parte de milagro, que en el golpe de gracia que la había puesto de pie y había curado la carne, él, tan cerca de ella, cuyo corazón se hallaba tan unido al suyo, se había sentido envuelto, levantado por la misma fuerza divina, con el alma libre de toda duda, reconquistado por la fe.

¿Cómo habría él podido asistir á su extraordinaria curación sin quedar convencido? Y por otra parte, ¡había ella suplicado tanto la noche precedente, ante la Gruta! Veía á Pedro, á través del exceso de su júbilo, transfigurado también, llorando y riendo, entregado á Dios. Y esto enardecía su fiebre de dicha: María empujaba su carrito con una mano sin sentir fatiga; hubiera querido guiarle durante leguas y leguas aún, siempre más arriba, hasta inaccesibles alturas, hasta llegar al deslumbrante paraíso, como si ella hubiese llevado en esta ascensión tan renombrada una doble cruz: su propio rescate, y el rescate de su amigo.

—¡Oh, Pedro, Pedro,—balbuceó ella—qué grato es haber experimentado juntos esta gran dicha! Se lo había pedido yo tan ardientemente, que la Vírgen ha querido, y ha salvado á usted, salvándome á mí... Sí, yo he sentido que su alma de usted se fundía en mi alma. ¿Verdad que nuestros ruegos han sido atendidos, que he obtenido yo su salud como usted ha obtenido la mía?

Pedro comprendió su error, y tembló.

—Si usted sabe—continuó ella,—que sería mortal mi disgusto, subiendo así, completamente sola en medio de la claridad. ¡Oh, ser elegida sin usted, irme allá arriba sin usted! Pero con usted Pedro, es un arrobamiento... ¡Salvados juntos, felices para siempre! Yo me siento con fuerzas para ser dichosa. ¡Oh! con fuerzas para levantar el mundo.

Pedro, tuvo, sin embargo, que responderla y mintió escandalizado á la idea de echar á perder, de empañar una felicidad tan grande y pura.

—¡Sí sí! Sea usted dichosa, María, porque yo mismo soy muy feliz, y todas nuestras penas están rescatadas.

Pero al hablar así sintió dentro de sí una profunda herida, como si bruscamente hubiese sentido que un brutal hachazo les separaba al uno del otro.

Hasta entonces, en sus comunes sufrimientos, ella había seguido siendo la pequeña amiga de la infancia, la primera mujer ingenuamente deseada, que imaginaba siempre suya, puesto que no podía ser de nadie. Pero ahora estaba curada y él se quedaba sólo, en su infierno, diciéndose que aquella mujer jamás le pertenecería.

Este súbito pensamiento le sublevó de tal modo, que apartó los ojos, desesperado de que le hiciese sufrir así la dicha inmensa en que ella se regocijaba.

El canto continuaba; el padre Massías, sin oír nada, sin ver nada, a entregado enteramente á la ardiente gratitud hacia Dios, lanzaba el último verso con voz de trueno:

—*Sicut locutus est ad patres nostros, Abraham et semini ejus in sæcula.*

Todavía faltaba por subir aquella cuesta; todavía un esfuerzo que hacer en esta ruda ascensión por las resbaladizas piedras. Y la procesión se elevaba aún y la ascensión se acababa en plena luz viva.

Allí había un último recodo; las ruedas del carro sonaron contra el borde de granito. ¡Siempre subiendo, siempre subiendo! Rodaba más alto, franqueaba la orilla del cielo.

Entonces, apareció de pronto el palio á lo alto de las gigantescas escaleras, ante la puerta de la Basílica, sobre el balcón de piedra que dominaba la inmensa extensión. El abate Judaine adelantóse, llevando con las dos manos en el aire el Santísimo Sacramento. Detrás de él, María había izado el carrito, latiéndole el corazón por la fatigosa caminata hecha, el rostro encendido, entre el oro suelto de sus cabellos.

Después, detrás, toda la clerecía estaba alineada, con las sobrepellices de nieve y las casullas brillantes; mientras que las banderas flotaban, así como los estandartes, empavesando la blancura de las balaustradas.

Hubo allí un momento solemne.

No había nada más grandioso que aquel espectáculo contemplado desde allá arriba. Primero veíase la muchedumbre, el mar humano en sombría ola, la marejada incesantemente movible, quieta sólo algunos instantes, en la cual no se distinguía sino como pequeñas manchas pálidas, los rostros levantados hacia la Basílica en espera de la bendición; y todo lo lejos que la mirada podía alcanzar, desde la playa del Rosario al Gave, por los caminos, las avenidas, las encrucijadas, hasta la pequeña villa lejana, aquellos semblantes pálidos se multiplicaban, innumerables sin fin; todos con la boca abierta y los ojos fijos en el augusto umbral por donde se iba á abrir el cielo.

Después, el inmenso anfiteatro de laderas, colinas y montañas, surgía, subía por todas partes, desde las cimas hasta el infinito, perdiéndose en el espacio azul.

Al Norte, del lado de allá del torrente, sobrelas primeras pendietes, entre los árboles, los numerosos conventos, las Carmelitas, las Asuncionistas, las Domínicas, las Hermanas de Nevers, se doraban de un reflejo color rosa, bajo el incendio del sol poniente. Las masas de árboles se alzaban en seguida, ganaban las alturas del Buala, que pasaba la sierra de Julos, dominada por el Miramont. Al Sur, se abrían ótros valles profundos, estrechas gargantas entre el hacinamiento de gigantescas rocas,

cuya base se hundía ya en mares de sombra azulada, cuando las alturas centelleaban al adiós sonriente del sol. De este lado, las colinas de Visens eran de púrpura, un promontorio de coral que separaba el lago durmiente del éter, con una transparencia de záfiro. Pero al Este, en frente, el horizonte se extendía aun hasta la encrucijada misma de los siete valles. El castillo que los había guardado antiguamente, estaba de pie, sobre la roca que bañaba el Gave, con su torreón, sus altas murallas, su perfil negro de antigua fortaleza feroz. Del lado de acá, la nueva villa estaba muy alegre en medio de sus jardines; con sus blancas fachadas, grandes hoteles, casas de huéspedes, hermosos almacenes, cuyos escaparates se encendían, semejantes á ascuas; mientras que detrás del castillo, el antiguo Lourdes, ostentaba confusamente sus techados descoloridos en una nube de luz rosada. A esta tardía hora, el pequeño Gers y el gran Gers, las dos enormes cumbres de roca matizada, salpicada de hierba lisa, destrás del las cuales descendía regiamente el astro al declinar, no eran más que un fondo neutro, violáceo: dos severas cortinas extendidas al borde del horizonte.

Y el abate Judaine, en frente de esta inmensidad, levantó con sus dos manos, más alto, todavía más alto, el Santísimo Sacramento. Le paseó lentamente de un extremo al otro del horizonte; y le hizo describir una gran señal de la cruz, en pleno cielo. A la izquerda, saludó los conventos, las alturas del Baula, la sierra de Jutos, el Miramont; á la derecha saludó los grandes bloques blanqueando entre los oscuros valles, las colinas purpúreas de Visens; en frente, saludó las dos villas, el castillo bañado por el Gave, el pequeño Gers y el gran Gers, ya adormecidos; y saludó también los bosques, los torrentes, los montes, las indeterminadas cadenas de los picos lejanos, la tierra entera, por el lado de allá del horizonte visibile. ¡Paz á la tierra, esperanza y consuelo á los hombres!

Abajo, la muchedumbre habíase extremecido, bajo esta gran señal de la cruz que la envolvía completamente. Pareció que pasaba un soplo divino, córriendo entre la marejada de rostros pálidos, tan numerosos como las olas de un océano.

Un rumor de adoración se elevó; todas las bocas cantaron la gloria de Dios, cuando el viril, que el sol poniente iluminaba de lleno, apareció de nuevo como otro sol; un puro sol de oro, trazando la señal de la cruz con rasgos de llama, en el umbral del infinito.

Ya las banderas, la clerecía, el abate Judaine bajo el pálio, entraban nuevamente en la Basílica, cuando María, en el momento en que también penetraba allí sin dejar el timón de su carrito, fué detenida un instante por dos señoras que la abrazaron llorando.

Eran la señora de Jonquiére y su hija Ramona, que subieron allí para asistir á la bendición y que se habían enterado del milagro.

—¡Ah, querida niña, qué alegría!—repetía la dama hospitalaría,—y

¡qué orgullosa estoy de haberla tenido á usted en mi sala! Ha sido para todas nosotras un preciado favor el que la Santa Vírgen nos haya escogido.

Romona guardó entre las suyas una mano de María.

—¿Me permite usted llamarla mi amiga, señorita? ¡La compadecía á usted tanto, y he experimentado un placer tan grande al verla andar tan fuerte, tan bella ya?... Pérmitame usted abrazarla otra vez: esto me hará también dichosa.

María balbuceaba de alborozo.

—Gracias, mil gracias de todo corazón... ¡Soy tan venturosa, tan feliz!

—¡Oh, no la dejamos á usted más!—repitió la Señora de Jonquièrel —¡Oyes, Ramona? sigámosla, vamos á arrodillarnos con ella, y nosotras la acompañeremos después de la ceremonia.

En efecto, estas señoras se unieron al cortejo, y marcharon al lado de Pedro y del padre Massías, detrás del palio, hasta en medio del coro, entre las hileras de sillas ocupadas ya por las delegaciones. Solamente las banderas fueron admitidas á los dos lados del altar mayor. Y María se adelantó también, no se detuvo sino al pié de los escalones, con su carrito, cuyas fuertes ruedas sonaban sobre las piedras. Lo había llevado adonde la santa locura de su deseo soñaba subirle; él, tan doloroso y tan pobre, en el esplendor de la casa de Dios para que fuese una prueba del milagro.

Después de entrar, los órganos estallaron en un canto triunfal, una aclamación estruendosa de pueblo dichoso, de la cual se destacó bien pronto una celeste voz de ángel, llena de viva alegría y pura como el cristal.

El abate Judaine acababa de colocar el Santísimo Sacramento sobre el altar; la multitud concluía de llenar la nave; cada cual ocupaba su sitio, se amontonaba, esperando que comenzase la ceremonia.

En seguída, María cayó de rodillas, entre la señora de Jonquière y Ramona, cuyos ojos estaban húmedos de enternecimiento, mientras que el padre Massías, sin fuerzas ya, después de la crisis de extraordinaria tensión nerviosa que le exaltaba desde la Gruta, sollozaba, caído á tierra, el rostro entre sus manos. Detrás, Pedro y Berthaud estaban de pié; este último vigilando siempre, la vista en acecho, velando por el buen órden, aún en medio de las más fuertes emociones.

Entonces, en su turbación, aturdido por el canto de los órganos. Pedro levantó la cabeza y miró al interior de la Basílica. Era una nave estrecha, alta, de vivos colores mezclados, que numerosos huecos inundaban de luz. Las naves laterales apenas existían; se encontraban reducidas á un simple corredor, que seguía entre los haces de los pilares y las capillas laterales; lo cual parecía aumentar aún la esbeltéz de la nave con este vuelo de la piedra en delgadas líneas, de una gracia infantil. una reja por completo dorada, transparente como un encaje, cerraba el

coro, donde el altar mayor, de marmol blanco, cubierto de esculturas, tenía una exuberancia de candor virginal.

Pero lo que asombraba era la extraordinaria ornamentación, cuyo cúmulo transformaba la iglesia entera en un bazar rebosando bordados y joyería, banderas, exvotos innumerables, todo un río de donativos, de presentes, que había corrido y se había amontonado sobre los muros todo un arroyo de oro, de plata, de terciopelo, de seda, que tapizaba la Basílica de arriba abajo. Era el santuario incesantemente agobiado de muestras de reconocimiento, entonando aquellas mil riquezas un contínuo canto de fé y de gratitud.

Las banderas, sobre todo, abundaban, se multiplicaban, como las hojas de los árboles, innumerables. Unas treinta de ellas estaban suspendidas de la bóveda. En lo alto, guarnecían todo el contorno del techo; otras formaban cuadro, rodeadas por las columnatas. Se extendían á lo largo de las murallas, flotaban en el fondo de las capillas, rodeaban el coro de un cielo de seda, de satén y de terciopelo. Se contaban por cientos, y la vista se fatigaba de admirarlas. Muchas eran célebres, de un trabajo tan hábil, que bordadoras notables se molestaban para ir á verlas; la de Nuestra Señora de Fourvière, con las armas de Lyón; la de la Alsacia, de terciopelo negro bordado de oro; la de la Lorena, donde se veía una Vírgen cubriendo dos niños con su manto; la de la Bretaña, azul y blanca, que mostraba un Sagrado corazón en medio de una gloria. Todos los imperios, todos los reinados de la tierra se encontraban representados. Los más lejanos países, Canadá, Brasil, Chile, Haití tenían allí su bandera, de los que habían ido devotamente á rendir homenaje á la Reina del cielo.

Después, detrás de las banderas, había allí todavía una maravilla; los millares y millares de corazones de oro y de plata, colgados de todas partes, reluciendo en los muros como las estrellas en el firmamento. Dibujaban rosas místicas, trazaban festones, guirnaldas, que subían á lo largo de los pilares, rodeaban las ventanas, y brillaban en las profundas capillas.

Por encima del altar mayor habían tenido la ingeniosa idea de escribir con letras grandes formadas de estos corazones, las diversas palabras que la Santa Vírgen había dirigido á Bernadette, y de este modo se extendía un largo friso por encima de la nave, que era la alegría de las almas infantiles, muy ocupadas en deletrear aquellas frases.

Esto era un hormiguero, un hervidero prodigioso de corazones, cuyo infinito número abrumaba, al pensar en todas las manos temblorosas de reconocimiento que los habían regalado.

Además entraban en la decoración otros muchos exvotos y de los más inimaginables.

Se veían, encerrados bajo cristal, bouquets de casadas, cruces de honor, alhajas, fotografías, rosarios y hasta espuelas. Allí había hombreras de oficial, así como espadas, y entre ellas, un soberbio sable, dejado allí en recuerdo de una milagrosa conversión.

Pero esto no era bastante; otras riquezas de todas clases relumbraban por todas partes: estatuas de marmol, diademas adornadas de diamantes, un maravilloso tapiz dibujado en Blois, bordado por las damas de la Francia entera, una palma de oro, adornada de esmalte, enviada por el Soberano Pontífice.

Las lámparas que descendían de las bóvedas eran igualmente regalos, algunas de oro macizo y del más delicado trabajo. No se contaban, estrellaban la nave como astros preciosos. Ante el tabernáculo había una, ofrecida por Iriandia, una obra maestra de cincelado. Además, la de Valença, la de Lille, la de Macao, enviada ésta desde el fondo de la China, eran verdaderas joyas, deslumbrantes de pedrería.

¡Y qué resplandor, cuando las veinte arañas del coro estaban encendidas, cuando los cientos de lámparas, los centenares de cirios ardían á la vez en las grandes ceremonias de la noche! Entonces se incendiaba la iglesia entera; todas esas pequeñas llamas de capilla ardiente se reflejaban en mil fuegos en los millares de corazones de oro y de plata.

Era un brasero de luces; los muros despedían vivos rayos; se entraba en la gloria deslumbrante del paraíso, mientras que las innumerables banderas extendían por todos los lados sus sedas, su satén y su terciopelo, bordados de corazones heridos, de Santos victoriosos, de Vírgenes cuya bella sonrisa producía los milagros.

¡Ah, esta Basílica; qué de magníficas ceremonias había ya celebrado! Jamás el culto, jamás las oraciones y los cantos cesaban allí. De un extremo al otro del año, humeaba el incienso, los órganos resonaban, las muchedumbres, arrodilladas, rogaban con toda su alma. Eran continuas misas y sermones, y las bendiciones y los ejercicios empezados todos los días de nuevo y las celebradas fiestas con una magnificencia sin igual.

Los más simples aniversarios servían de pretesto á suntuosas solemnidades. Cada peregrinación debía tener su parte en aquellos fulgores deslumbrantes. Esos enfermos y humildes llegados de tan lejos, era necesario enviarlos otra vez consolados, arrobados, llevando consigo la visión del paraíso entreabierto.

Habían visto el lujo de Dios y conservarían de él eterno éxtasis. En el fondo de las pobres cámaras desnudas, en frente de los grabados dolorosos, en la cristiandad entera, se evocaba la Basílica con su llamarada de riquezas, como un sueño de promesas y de compensaciones; como la misma riqueza, el tesoro de la vida futura, donde los pobres entrarán ciertamente algún día, después de su larga miseria de aquí abajo.

Y Pedro no sentía ningún júbilo; miraba esos esplendores sin consuelo ni esperanza. Su horrible malestar aumentaba, todo lo veía oscuro dentro de sí, con una oscuridad tempestuosa, cuando las ideas y los sentimientos se encrespan y rugen.

Desde que María se levantó de su carrito, gritando que estaba curada; desde que andaba tan fuerte, tan viva, sentía Pedro apoderarse de él una desolación inmensa. Sin embargo, la amaba con fraternal pasión, había experimentado una dicha sin límites al ver que ella no sufría más. ¿Por qué, pues, agonizaba él de este modo, con la felicidad de ella? No podía mirarla, ahora, arrodillada, radiante en medio de sus lágrimas, de una belleza reconquistada y grandiosa, sin que su pobre corazón manase sangre como de una mortal herida.

Quería quedarse, no obstante; volvía los ojos, trataba de interesarse por el padre Massías, siempre agitado por sus sollozos, sobre las piedras, y del cual envidiaba el arrobamiento en la devoradora ilusión del amor divino. Hasta llegó un instante á preguntar á Berthaud, y fingió admirar una bandera, acerca de la cual pidió explicaciones.

—¿Cuál? ¿Esa bandera de encaje, allá abajo?

—Sí, á la izquierda.

—Es una bandera ofrecida por Puy. Las armas son las de Puy y las de Lourdes unidas por el Rosario .. El encaje es tan fino, que cabe en la mano cerrada.

Pero el abate Judaine se adelantaba; la ceremonia iba á empezar. Los órganos resonaron de nuevo; entonaron un cántico, mientras que, sobre el altar, el Santísimo Sacramento estaba como el astro-rey, entre el centelleo de los corazones de oro y plata, innumerables como las estrellas.

Y Pedro, no tuvo fuerza para seguír más allí. Puesto que María estaba con la señora de Jonquière y Ramona, quienes la acompañarían, podía él irse, desaparecer en un ángulo oscuro, donde por fin lloraría. En pocas palabras se excusó, protextando una cita con el doctor Chassaigue. Después, sintió aún un temor: el de no saber como salir; de tal modo ocupaba la puerta la prensada ola de los fieles. Tuvo una inspiración: atravesó la sacristía y descendió á la cripta por la estrecha escalera interior.

Repentinamente, sucedió un silencio profundo, una sombra sepulcral, á las voces de alegría, al prodigioso estallido de arriba.

La cripta, tallada en la roca, constaba de dos estrechos pasillos, separados por el cimiento que sostenía la nave; y los cuales conducían bajo la bóveda á una capilla subterránea iluminada noche y día por pequeñas lámparas.

Un oscuro bosque de pilares se entrecruzaba; existía allí un místico terror, en las semi-tinieblas, donde reinaba el misterio. Las paredes estaban desnudas; eran la piedra misma del sepulcro en cuyo fondo todo hombre debe dormir su último sueño.

A lo largo de las pasillos, contra las paredes, recubiertas de arriba abajo por las placas de marmol de los exvotos, no se veía más que una doble hilera de confesonarios; porque se confesaba en esta paz muerta

de la tierra; había allí sacerdotes que hablaban todos los idiomas, para perdonar sus faltas á los pecadores, llegados de los cuatro ángulos del mundo.

A esta hora, mientras que la muchedumbre se aplastaba arriba, hallábase la cripta completamente desierta; ni un alma dejaba allí sentir su pequeño extremecimiento; y Pedro, en este gran silencio, en esta oscuridad, en este fresco de la tumba, se inclinó sobre sus rodillas. No era necesidad de ruego y adoraciones lo que sentía, era que todo su ser desfallecía bajo la tormenta moral que acababa de destrozarle. Tenía sed torturadora de ver claro en sí. ¡Ah; por que no podía hundirse más profundamente en la nada de las cosas, reflexionar, comprender, calmarse, en fin!

Y experimentaba una terrible agonia.

Trató de reconstruir todo lo pasado, desde el primer minuto en que María, de pronto, levantaba de su cama de miseria, había lanzado su grito de resurrección. ¿Por qué, pues, á pesar de su júbilo fraternal al volverla á ver de pie, sentía desde entonces un malestar atroz, como si le hubiese herido la más mortal desdicha? ¿Estaba celoso de la gracia divina? ¿Sufría porque la Vírgen, al curarla á ella, le olvidó á él, cuya alma estaba tan enferma?

Se acordaba del último plazo que se había dado, de la suprema cita que había fijado á la fe, en el momento en que pasase el Santísimo Sacramento, si María era curada; y estaba curada y él seguía no creyendo, y en lo sucesivo no tenía más esperanza, porque no creería jamás.

Allí sangraba la llaga viva. Esto saltaba con una crueldad con una certidumbre ciega: ella estaba salvada, él estaba perdido.

El pretendido milagro que la resucitaba á la vída concluyó de determinar en él la ruína de toda la creencia en lo sobrenatural. Lo que había soñado un instante: buscar todavía y volver á encontrar quizás en Lourdes la fe ingénua, la fe dichosa del niño, no era ya posible, no reflorecería después de este anonadamiento del prodigio, de esta curación que Beauclair le había anunciado, y que se había realizado punto por punto.

¡Celos! ¡Oh! ¡No! Pero anonadado, mortalmente triste, de quedar de este modo completamente solo, en el desierto helado de su inteligencia, adhelando la ilusión, la mentira, el divino amor de los simples de espíritu, de que su corazón no era ya cabaz.

Una ola de amargura ahogó á Pedro y las lágrimas brotaron de sus ojos. Cayó sobre las losas, aniquilado de angustia. Y recordó esta deliciosa historia desde el día en que María, que había adivinado la tortura de su duda, se apasionó por su conversión tomándole la mano en la oscuridad, guardándola entre las suyas, balbuceando que ella rogaría por él ¡oh! con toda su alma. Ella se olvidó de sí misma; suplicaba á la Santa Vírgen que salvase á su amigo antes que á ella, si no tenía más que una gracia que obtener de su divino Hijo.

Después, fué otro recuerdo el que se le presentó: las horas adorables que habían pasado juntos bajo de espesa noche de los árboles, durante el desfile de la procesión de las antorchas. Allí todavía habían rogado el uno por el otro, se habían fundido uno en otro los dos espíritus con tan ardiente deseo de su mutua dicha, que habían tocado un instante el fondo del amor que se da y que se inmola. Y su largo cariño empapado en lágrimas, el puro idilio de su sufrimiento terminaba en esta brutal separación.

Ella salvada, radiante en medio de los cantos de la Basílica triunfante; él perdido, sollozando de miseria, hundido en el fondo de las tinieblas de la cripta, en una helada soledad de tumba. Así era como acababa de perderla por segunda vez para siempre.

Repentinamente sintió Pedro la puñalada que este pensamiento le daba en pleno corazón. Comprendió por fin su mal, y fué una claridad súbita que iluminó la terrible crisis en que se debatía.

La primera vez perdió á María el día en que se hizo sacerdote, diciéndose que bien podía él no ser más hombre puesto que ella jamás sería mujer, herida en su sexo de una enfermedad incurable. Y he aquí que estaba curada, que llegaba á ser mujer, he haí que, de un golpe, la volvía á ver tan fuerte, tan bella y viva, y deseable y fecunda.

El estaba muerto; no podía volver á ser hombre. Jamás levantaría la losa sepulcral que aplastaba, que sellaba su carne. Ella se escapaba sola; le dejaba en la tierra fría.

Era el vasto mundo el que se abría ante ella: la dicha, el amor que sonríe iluminando como un sol todos los caminos con el nombre de marido é hijos sin duda. Mientras que él, como amortajado hasta los hombros, no guardaba libre más que su cerebro para sufrir más.

María era aún suya, mientras no era de ningún otro. Y Pedro comprendía que la angustia horrible que le ahogaba hacia una hora, era tan solo causada por aquella desgarradura última que le separaba de él, y esta vez para siempre.

Entonces, la irá sacudió á Pedro. Tentado estuvo de subir y á gritos declarar la verdad á María. ¡El milagro, mentira! ¡La bondad caritativa de un Dios todopoderoso, ilusión pura! Sólo la naturaleza había obrado: la vida acababa de vencer una vez más. Y hubiera dado pruebas, hubiera mostrado la única vía soberana que había devuelto la salud con todos los sufrimientos de aquí abajo. Después partirían juntos, irían lejos, muy lejos para ser dichosos. Pero un súbito terror le invadió. ¡Qué? ¡Tocar á esta pequeña alma inmaculada, matar en ella la creencia, llenarla de esas ruínas de la fe, que él mismo contemplaba destrozada dentro de sí? Eso le apareció de repente como un odioso sacrilegio. Hubiese en seguida sentido horror, hubiera creído haberla asesinado, si se reconocía algún día incapaz de darle una dicha ugual.

Tal vez ella no le creyese. Por otra parte, jamás se casaría con un

sacerdote perjuro ella, que miraba la inolvidable dulzura de haber sido curada en el éxtasis. Todo esto le pareció loco, monstruoso, sucio.

Por fin su resolución se apaciguó, y no guardaba sino una infinita lasitud, una ardiente sensación de llaga incurable, su pobre corazón, muerto y arrancado.

Después, en su abandono, en la vida que él arrastraba, le angustió el temor de una lucha suprema. ¿Qué iba á hacer? Hubiera querido huir, no ver más á María, volverse cobarde ante el sufrimiento. Porque comprendía bien que necesitaría mentir ahora, puesto que María le creía salvado con ella, convertido, curada su alma como ella había curado su cuerpo. Bien le había expresado su júbilo mientras iba guiando su carrito por las monumentales escaleras. ¡Oh, haber tenido esa gran dicha juntos, juntos! ¡Haber sentido fundirse sus almas una en otra! Y Pedro había mentido ya, estaría obligado á mentir siempre para no echar á perder en María esta bella y purísima ilusión.

Dejó apagarse las últimas pulsaciones de sus venas; juró tener la sublime caridad de aparentar la paz, el arrobamiento del que se salva. La quería completamente dichosa, sin un disgusto, sin una duda, en plena serenidad de fé, convencida de que la Santa Vírgen había consentido en su unión, enteramente mística. ¡Qué importaban las torturas de él! Tal vez más tarde se enmendaría.

En medio de la soledad desoladora en que iba á hallarse su inteligencia, ¿no era ya un poco de felicidad que le fortificaría el dejar á María gozar de todo su júbilo por medio de una consoladora mentira?

Transcurrieron aún algunos minutos y Pedro quedó sobre las losas, aniquilado, calmanda su fiebre. No pensaba más, no existía más, en la prostración de todo su ser, que sigue á las grandes crisis; hasta que creyó oir ruído de pasos. Levantóse penosamente, fingió leer los exvotos, las inscripciones grabadas sobre las losas de marmol á lo largo de los muros.

Pero se había engañado; nadie estaba allí; sin embargo, no dejó su lectura; continuó maquinalmente buscando una distracción, que halló en seguida por una nueva emoción.

Esto era inimaginable. La fé, la adoración, la gratitud, se mostraban en esta losas de marmol, grabadas en letras de oro, por cientos, por miles de ejemplares. Había ingenuidades que daban risa. Un coronel había hecho esculpir su pié con estas palabras: «Vos me le habéis conservado; haced que os sirva.» Más lejos se leía: «¡Qué su protección se extienda á la fábrica!»

Aún eran más extrañas las peticiones que se adivinaban en medio de la franqueza de las gracias que daban: «A María inmaculada, un padre de familia; salud devuelta, pleito ganado; ascenso obtenido.»

Pero esto se perdía en el concierto de los ardientes gritos que subían. El grito de los amantes: «Pablo y Ana, piden la bendición de Nuestra Señora de Lourdes para su unión.» El grito de las madres: «Grati-

tud á María; tres veces ha curado mi niño.» «Gracias por el nacimiento de María Antoñeta que le confió, así como los míos y yo.—P. D., edad de tres años, ha sido conservada para el amor de los suyos.» El grito de las esposas, el grito de los enfermos aliviados, el grito de las almas entregadas á la dicha: «Proteged á mi marido, haced que mi marido se porte bien.—Me hallaba enfermo de las dos piernas; estoy curado.—Hemos venido y esperamos.—Yo he rogado, he llorado, y ella me ha atendido.»

Y gritos aún de ardiente discreción hacían pensar en largas novelas: «Vos nos habéis unido; protégednos.»—«A María, por la mayor de las bondades.» Y siempre los mismos gritos, las mismas frases, llegaban con un fervor apasionado: gratitud, reconocimiento, homenaje, acción de gracias. ¡Ah, cientos millares de gritos, fijados para siempre en el marmol, que del fondo de la cripta clamaban á la Vírgen la eterna devoción de las miserias humanas que había socorrido!

Pedro no dejaba de leer lleno de amargura hasta la boca, sintiendo una desolación creciente. ¡Tan sólo él no tenía que esperar ningún socorro! Cuando tantos sufrimientos eran atendidos, ¿él únicamente no había sabido hacerse oir? Y pensaba ahora en la extraordinaria cantidad de súplicas que debían hacerse en Lourdes, desde el principio al fin del año. Trataba de calcular el número de aquéllas: los días vividos ante la Gruta, las noches pasadas en la iglesia del Rosario, las ceremonias en la Basílica y las procesiones bajo el sol y bajo las estrellas. Pero era incalculable esta continua súplica de todos los segundos. El propósito de los fieles era fatigar los oídos de Dios, arrancarle mercedes, perdones, por la fuerza de la masa misma; de la enorme masa de los ruegos.

Los sacerdotes decían que era preciso ofrecer á Dios las expiaciones exigidas por los pecados de Francia, y que cuando la suma de esas expiaciones fuese bástante fuerte, Francia dejaría de ser golpeada. ¡Qué dura creencia esa de la necesidad del castigo! ¡Qué feroz imaginación la que engendraba tan negro pesimismo! ¡Qué mala debía ser la vida para que una súplica semejante, un grito tal de miseria física y moral, subiese hacia el cielo!

Pero en medio de esta tristeza sin límites, Pedro notó que iba sintiendo una piedad profunda. ¡Ah, esta miserable humanidad le trastornaba al verla en este exceso de desdicha tan desnuda, tan débil, tan abandonada que renunciaba á su razón para no esperar la dicha posible sino en la embriaguez ó la alucinación de un sueño.

De nuevo las lágrimas llenaron sus ojos; lloraba por él mismo, por las demás, por todos los pobres seres torturados que necesitan dejar su mal adormecido, á fin de sustraeres á las realidades de este mundo. Le parecía oir aún á la muchedumbre hacinada, arrodillada ante la Gruta lanzando al cielo la infiamada súplica de su ruego; las multitudes de veinte y trenta mil almas de donde subía un fervor de deseo que se veía humear bajo el sol, como incienso.

Después, debajo de la cripta, en la iglesia del Rosario, se abrasaba otra exaltación de fé, las noches enteras pasadas en el paraíso del éxtasis, las muchas delicias de las comuniones, los ardientes llamamientos sin palabras, en que toda criatura se consume, arde y se disipa.

Después, como si los gritos lanzados ante la Gruta, como si la perpetua adoración al Rosario no fuese bastante, volvía á comenzar este clamor de ardiente demanda, alrededor de él sobre los muros de la cripta; pero allí, se eternizaba en el marmol, no cesaría de gritar el sufrimiento humano, hasta lejanas edades; era el marmol, eran los muros quienes suplicaban, invadidos de la calentura de universal piedad que ablandaba hasta á las piedras.

Y finalmente, las preces seguían subiendo más arriba, siempre más allá lanzadas desde la radiante Basílica que bullía encima de él, llena en este momento de un pueblo frenético, cuyo soplo enorme, estallando en un canto de esperanza, creía sentir á través de las losas de la nave.

Acabó Pedro por sentirse arrastrado, como si se encontrase en medio del vaivén mismo de esta inmensa ola de súplicas, que, partiendo del polvo mismo del suelo, trepaba por los pisos de las iglesias superpuestas, conmovía las murallas hasta el extremo de hacerlas sollozar también, y el grito supremo de miseria iba á horadar el cielo, con la aguja blanca, la alta cruz dorada colocada al extremo de la torre.

¡Oh, Dios Todopoderoso! ¡Oh!, divinidad, fuerza compasiva; quien quiera que seas, ten piedad de los pobres hombres; haz cesar el sufrimiento humano!

Repentinamente quedó Pedro deslumbrado. Había seguido el pasillo de la izquierda, y desembocaba en plena luz, á lo alto de las escaleras. En seguida, dos brazos amigos le sujetaron, le envolvieron. Era el doctor Chassaigne, cuya cita había olvidado, que le aguardaba allí para llevarle á visitar la cámara de Bernadette y la iglesia del cura Peyramale.

—¡Oh, hijo mío, qué alegría debe ser la de usted!... Acabo de saber la gran noticia, la gracia extraordinaria con que Nuestra Señora de Lourdes ha colmado á su amiga de usted... Acuérdese de lo que yo le decía anteayer. Ahora, estoy tranquilo, está usted salvado.

El sacerdote, muy pálido, sintó una última amargura. Pero pudo sonreir y respondió con dulzura:

—Sí, estamos salvados; soy muy feliz.

Era la mentira que empezaba, la divina ilusión con que él quería engañar caritativamente á los demás.

Y Pedro presenció aún otro espectáculo. La gran puerta de la Basílica estaba abierta de par en par, los rayos rojos del sol enfilaban la nave de un extremo á otro. Todo llameaba con un resplandor de incendio; la reja dorada del coro, los exvotos de oro y plata, las lámparas enriquecidas de pedrerías, los estandartes bordados de colores, los incensarios balanceados, parecidos á joyas que volaban. Allá abajo, en el fondo

de este ardiente esplendor, entre las sobrepellices y casullas de oro, reconoció á María, con sus cabellos sueltos, cabellos de oro también cuya ola la revestía de un manto dorado.

Y los órganos estallaban en un canto regio, el pueblo delirante aclamaba á Dios, y el abate Judaine, que acababa de tomar nuevamente del altar del Santísimo Sacramento le presentaba por última vez, magnífico, altísimo y resplandeciente como una gloria, en medio de ese torrente de oro de la Basílica, cuyas campanas, echadas á vuelo, tañían proclamando el prodigioso triunfo.

V.

En seguida, y mientras bajaban las escaleras, el doctor Chassaigne dijo á Pedro:

—Acaba usted de ver el triunfo; le voy á enseñar ahora dos grandes injusticias.

Y le condujo á la calle de los Petits-Fossés, á visitar la cámara de Bernadette, esta cámara baja y oscura, de donde ella salió el día en que la Santa Vírgen se le apareció.

La calle de los Petits-Fossés, parte de la antigua calle del Bosque, hoy día calle de la Gruta y va á cortar la calle del Tribunal. Es una callejuela tortuosa, algo pendiente y muy triste. Los transeuntes son raros en ella; sólo está bordeada por altas paredes, casas miserables y fachadas sombrías, en las que no se abre una sola ventana. Un árbol en un patio es su única alegría.

—Ya llegamos—dijo el doctor.

La calle en este sitio se estrechaba mucho, y la casa se hallaba en frente de una alta muralla gris, la muralla desnuda de un granero. Los dos, levantando la cabeza miraron la casita que parecía muerta, con sus ventanas estrechas, su grosero blanqueo violáceo, de una vergonzosa fealdad de pobre. Abajo, el pasadizo se hundía enteramente negro; sólo le cerraba una delgada y antigua reja; había que subir un escalón, que el arroyo bañaba en las épocas de tormenta.

El doctor exclamó:

—Entre usted, amigo mío, entre usted. No hay más que empujar la reja.

El pasadizo era profundo; Pedro seguía con la mano en el humilde muro, por temor á dar un paso en falso.

Se le figuraba que descendía á una cueva en plena oscuridad, pareciéndole senitr bajo sus pies un suelo resbalazido y húmedo. Después, al final, á una nueva indicación del doctor, volvió á la derecha.

—Bájese, porque podría usted tropezar. La puerta es baja... Eso, ya estamos.

Como la de la calle, esta puerta del cuarto estaba abierta de par en par, demostrando el mayor abandono. Y Pedro, que se había detenido en medio de la habitación, perplejo con los ojos heridos todavía por la viva claridad de fuera, no distinguía absolutamente nada, al caer allí en plena noche. Un gran frío, parecido á le sensación de un lienzo mojado, le corrió por sus espaldas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de este ardiente esplendor, entre las sobrepellices y casullas de oro, reconoció á María, con sus cabellos sueltos, cabellos de oro también cuya ola la revestía de un manto dorado.

Y los órganos estallaban en un canto regio, el pueblo delirante aclamaba á Dios, y el abate Judaine, que acababa de tomar nuevamente del altar del Santísimo Sacramento le presentaba por última vez, magnífico, altísimo y resplandeciente como una gloria, en medio de ese torrente de oro de la Basílica, cuyas campanas, echadas á vuelo, tañían proclamando el prodigioso triunfo.

V.

En seguida, y mientras bajaban las escaleras, el doctor Chassaigne dijo á Pedro:

—Acaba usted de ver el triunfo; le voy á enseñar ahora dos grandes injusticias.

Y le condujo á la calle de los Petits-Fossés, á visitar la cámara de Bernadette, esta cámara baja y oscura, de donde ella salió el día en que la Santa Vírgen se le apareció.

La calle de los Petits-Fossés, parte de la antigua calle del Bosque, hoy día calle de la Gruta y va á cortar la calle del Tribunal. Es una callejuela tortuosa, algo pendiente y muy triste. Los transeuntes son raros en ella; sólo está bordeada por altas paredes, casas miserables y fachadas sombrías, en las que no se abre una sola ventana. Un árbol en un patio es su única alegría.

—Ya llegamos—dijo el doctor.

La calle en este sitio se estrechaba mucho, y la casa se hallaba en frente de una alta muralla gris, la muralla desnuda de un granero. Los dos, levantando la cabeza miraron la casita que parecía muerta, con sus ventanas estrechas, su grosero blanqueo violáceo, de una vergonzosa fealdad de pobre. Abajo, el pasadizo se hundía enteramente negro; sólo le cerraba una delgada y antigua reja; había que subir un escalón, que el arroyo bañaba en las épocas de tormenta.

El doctor exclamó:

—Entre usted, amigo mío, entre usted. No hay más que empujar la reja.

El pasadizo era profundo; Pedro seguía con la mano en el humilde muro, por temor á dar un paso en falso.

Se le figuraba que descendía á una cueva en plena oscuridad, pareciéndole senitr bajo sus pies un suelo resbalazido y húmedo. Después, al final, á una nueva indicación del doctor, volvió á la derecha.

—Bájese, porque podría usted tropezar. La puerta es baja... Eso, ya estamos.

Como la de la calle, esta puerta del cuarto estaba abierta de par en par, demostrando el mayor abandono. Y Pedro, que se había detenido en medio de la habitación, perplejo con los ojos heridos todavía por la viva claridad de fuera, no distinguía absolutamente nada, al caer allí en plena noche. Un gran frío, parecido á le sensación de un lienzo mojado, le corrió por sus espaldas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero poco á poco se habituaron sus ojos, la dos ventanas de desigual tamaño, tomaban la luz de un estrecho patio interior, del que sólo bajaba una luz verdosa, como al fondo de un pozo; y para leer en el cuarto en pleno medio día, era necesario encender una luz.

Este cuarto, del tamaño de cuatros metros, por tres cincuenta próximamente, estaba enlosada con grandes piedras desiguales, mientras que la viga maestras y los tirantes del cielo raso, descubiertos, se habían ennegrecido á lo largo, con un tono sucio de hollin. En frente de la puerta se encontraba la chimenea, una pobre chimenea de roble, cuyo anaquel estaba formado de una vieja plancha carcomida. Entre la chimenea y una de las ventanas había un fregadero. Las paredes, cuyo viejo estuco se desconchaba, manchado de humedad, agrietado, daban la vuelta como al cielo raso, á una salita negra. Allí no había muebles; la habitación parecía abandonada; no se vislumbraban sino objetos confusos y extraordinarios, desfigurados en la sombra pesada en que se anegaban los ángulos.

Después de un momento de silencio habló el doctor:

—Sí, esta es la cámara; todo ha partido de aquí... Nada ha sido cambiado; solamente que los muebles no están. He tratado de reponerlos los lechos se encontraban seguramente contra esta pared, en frente de las ventanas; tres lechos por lo menos, porque los Soubirous eran siete el padre, la madre, dos muchachos, tres niñas... ¡Piense usted en esto, ¡Tres lechos llenando esta pieza, y siete personas viviendo en algunos metros cuadrados! ¡Y este montón de gente, enterrado en vida, sin aire, sin luz, casi sin pan! Qué baja miseria, qué humildad de pobres y lastimosos seres!

Pero de pronto fué interrumpido por una sombra que entraba, y á la que Pedro tomó al principio por una vieja mujer. Era un sacerdote, el vicario de la parroquia, que justamente ocupaba hoy día la casa, y que conocía al doctor.

—He oído su voz de usted, Sr. Chassaigne, y he bajado. ¿Con que por lo visto todavía hace usted visitar el cuarto?

—En efecto, señor abate, me he permitido... ¿Le molesta á usted?

—Oh, absolutamente nada!... Venga usted tantas veces como desee, y traiga gente.

Rió con aire seductor, y saludó á Pedro, que, asombrado por su tranquila indiferencia, exclamó:

—Sin embargo. la gente que viene debe á veces importunar á usted....

A su vez, el vicario pareció sorprendido.

A fe mia, no. Nadie viene. Comprenda usted que este es casi desconocido aquí. Todo el mundo se queda allá abajo, en la Gruta... Dejo la puerta abierta para que no se me moleste. Pero se pasan los días sin que oiga ni siquiera el rumor de un ratón.

Los ojos de Pedro se acostumbraban cada vez más á la oscuridad; y en los objetos vagos, inquietantes, que llenaban los ángulos, acabó por reconocer viejos toneles, restos de de jaulas de perdices, utensílios rotos, todos los trastos viejos que se arrojan en el fondo de las cuevas. Después pendientes de las vigas, vió provisiones, una cesta de ensalada llena de huevos y rastras cebollas de color de rosa.

—Y á lo que veo—repitió con un ligero temblor,—ha creído usted deber utilizar el cuarto....

El vicario empezó á sentirse molesto.

—Sin duda; eso es ni más ni ménos. ¡Qué quiere usted, la casa es pequeña, y tengo tan poco sitio! Y además no puede usted figurarse lo húmeda que es esta habitación; es completamente imposible habitar en ella... Entonces, ¿qué quiere usted? poco á poco, todo eso se ha amontonado ahí por sí solo: sin proposito ninguno.

—Una habitación de desechos—concluyó Pedro.

—¡Oh, no, con todo!... Una habitación desocupada; y á fe mía, sí, si usted me apura, una habitación de desechos.

Su malestar, mezclado con un poco de vergüenza iba en aumento. El doctor Chassaigne estaba callado, sin intervenir en la conversación; pero sonreía, se hallaba visiblemente encantado al ver sublevarse á su acompañante contra la ingratitud humana.

Pedro, no pudiéndose dominar, continuó:

—Verdaderemente, señor vicario, perdóneme si insisto. Pero piense usted que se lo debe todo á Bernadette, que sin ella, Lourdes, sería aún una de las más ignoradas villas de Francia... Y en verdad, me parece que el reconocimiento de la parroquia debía transformar este miserable cuarto en una capilla...

—¡Oh, una capilla!—interrumpió el vicario;—sólo se trata de una criatura y la Iglesia no podría darle culto.

—Pues bien, no digamos una capilla; digamos que aquí debiera haber luces, flores, canastillos de rosas, renovadas continuamente por la piedad de los habitantes y de los peregrinos... En fin, yo quisiera un poco de afecto, un recuerdo conmovedor, una imagen de Bernadette: cualquier cosa que atestiguase delicadamente el sitio que ella debe ocupar en todos los corazones... Esto es monstruoso; este olvido, este abandono, la sociedad en que se ha dejado caer esta habitación.

De pronto, el vicario, un pobre hombre incosciente é inquieto se convenció y dijo:

—En el fondo, tiene usted mucha razon. Pero yo no tengo ninguna influencia, no puedo nada. El día en que vengan á pedirme la habitación para arreglarla, la daré lo mismo, quitaré mis toneles, aunque no sepa en verdad dónde meterlos... Solamente, lo repito, esto no depende de mí; no puedo nada, absolutamente nada.

Y, so protexto de que tenía que salir, se apresurò á pedir permiso, y se marchó diciendo de nuevo al doctor Chassaigne:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Quédese, quédese todo el tiempo que le plazca. Usted no me molesta nunca.

Cuando se encontró solo con Pedro, el doctor le cogió las manos con verdadera y alegre efusión.

—¡Ah, querido niño, que placer acaba usted de proporcionarme! ¡Qué bien ha dicho usted todo cuanto hervía en mi corazón desde largo tiempo atrás! Yo he tenido la idea de traer aquí todas las mañanas rosas... He hecho sencillamente limpiar la habitación, y me hubiera contentado con poner sobre la chimenea dos grandes canastillos de rosas, porque usted sabe que guardo hacia Bernadette un cariño infinito, y me parecía que esas rosas serían aquí la florescencia misma, el resplandor y el perfume de su memoria... Solamente, solamente...

Hizo un gesto desesperado.

—Me ha faltado siempre valor... Sí digo que valor, por no haberse atrevido nadie todavía á declararse abiertamente contra los padres de la Gruta... Se vacila, se retrocede ante un escándalo religioso. Piense usted en el lamentable zipi-zape que esto levantaría; y los que como yo se indignan, se reducen á callar, prefieren guardar silencio.

Y añadió en conclusión:

— Es muy triste, mi querido niño, la ingratitud y la rapacidad de los hombres. Cada vez que vengo aquí, y veo esta negra miseria, siento el corazón apenárseme, hasta el punto que no puedo contener las lágrimas.

Después, dejó de hablar; ni uno ni otro pronunciaron una palabra más, invadidos por la punzante melancolía que se desprendía de la habitación.

Les bañaban las tinieblas, les daba frío la humedad en medio de aquellas paredes ruinosas, de aquellos trastos viejos amontonados. Y les vino á la memoria el pensamiento de que, sin Bernadette, nada existiría de los prodigios que habían hecho de Lourdes la ciudad única en el mundo. A su vez había brotado el milagroso manantial; se había abierto la Gruta brillante de cirios. Se ejecutaban numerosos trabajos, se levantaban del suelo iglesias nuevas; colosales escaleras conducía hasta Dios; toda una nueva ciudad se edificaba como por encanto, con sus jardines, sus paseos, sus muelles, sus puentes, sus tiendas y sus hoteles. Y los más lejanos pueblos de la tierra acudían en masa, y la lluvia de millones caía tan espesa, tan abundante, que la nueva ciudad parecía querer agrandarse hasta lo infinito, llenar todo el valle de un extremo á otro de las montañas.

Si se suprimía á Bernadette, no existía nada; la extraordinaria aventura volvería á entrar en la nada; el antiguo Lourdes, desconocido, dormiría aún su sueño secular al pie del castillo.

Bernadette era la única obrera, la creadora, y este cuarto, de donde salió el día que vió á la Vírgen, esta misma cuna del milagro, de la

maravillosa riqueza futura, se hallaba desdeñada, abandonada á los gusanos buena tan sólo para hacer una habitación de trastos viejos, donde se encerraban las aves y los toneles vacíos.

Entonces surgió en el espíritu de Pedro la contradicción con tal intensidad, que vió de nuevo el triunfo que acababa de presenciar, la exaltacion de la Gruta y de la Basílica, mientras que María, guiando su carrito, subía detrás del Santísimo Sacramento, en medio de los clamores de la muchedumbre. Pero, sobre todo, la Gruta radiante, no la antigua cruz de roca salvaje ante la cual la niña se había arrodillado antiguamente sobre la desierta orilla del torrente, sino la capilla arreglada, enriquecida, la ardiente capilla por donde desfilaban las naciones.

Todo el ruído, toda la claridad, toda la adoración, todo el dinero brillaban allá abajo con un resplandor de continua victoria. Aquí, en esta cuna, es este tabuco helado y sombrío, ni un alma, ni un cirio, ni un canto, ni una flor. Nadie llegaba allí, nadie se arrodillaba ni rogaba. Unicamente aquellos sensibles visitantes habían desmenuzado bajo sus dedos, para llevar un recuerdo, la tabla medio podrida que servía de repisa á la chimenea.

El clero parroquial ignoraba ese lugar de miseria, donde debían dirigirse las procesiones como á una estación de gloria. Allí era donde la pobre niña comenzó su sueño, una fría noche, acostada entre sus dos hermanas, presa de un acceso de su mal, mientras que toda la familia dormía pesadamente; de allí era de donde partió, llevando ese inconsciente sueño, que iba á renacer en ella en pleno día, para florecer tan primorosamente en una visión de leyenda. Y nadie rehacía el camino, el pesebre estaba olvidado, se dejaba en las tinieblas este pesebre donde había germinado la pequeña semilla tan humilde, que hoy día brotaba allá abajo, en prodigiosas mieses; que recolectaban los obreros de última hora, en medio de la soberana pompa de las ceremonias.

Pedro, á quién la gran emoción humana de toda esta historia enternecía y hacía llorar, repitió por fin á media voz, resumiendo en una palabra sus pensamientos.

—Esto es Belén.

—Sí—dijo el doctor Chassaigne á su vez—este el miserable alojamiento, el asilo en donde nacen las nuevas religiones del sufrimiento y de la piedad... Y á veces me pregunto si todo esto no es mejor así, si no es preferible que este cuarto quede en esta indigencia y abandono. Me parece que Bernadette no tiene nada que perder con ello, porque yo la amo más cuando vengo aquí á pasar una hora.

Se calló de nuevo; después hizo un gesto de rebeldía.

—¡No, no! Yo no puedo perdonar; la ingratitud me pone fuera de mí... He dicho á usted que estoy convencido de que Bernadette fué á encerrarse libremente en Nevers.

Pero si nadie la ha echo desaparecer, ¡qué consuelo para aquellos á quienes ella empezaba á sujetar aquí! Y los mismos hombres, tan deseosos

de ser los dueños absolutos, son los que hoy día se esfuerzan por todos los medios en hacer silencio sobre su memoria... ¡Ah, mi querido amigo, si se lo dijese á usted todo!

Poco á poco, habló, se desahogó. Esta Bernadette, cuya obra explotaban los padres de la Gruta tan exageradamente, era, aun muerta, más temida que cuando vivía.

Mientras que vivió, el gran terror de ellos era seguramente que Bernadette volviese á la Gruta á participar de la presa; y sólo su humildad les tranquilizaba, porque ella no era ni mucho menos una dominadora; ella misma había escogido el velo tras del cual debía borrarse su memoria... Pero al presente, temblaban más aun, á la idea de que otra voluntad las pudiese traer las reliquias de la vidente. Desde el día que siguió á su muerte, esta idea se le había ocurrido al consejo municipal: la villa entera quería abrir una suscripción. Las hermanas de Nevers se negaron abiertamente á entregar el cuerpo, que según decían ellas les pertenecía. Detrás de las hermanas, todo el mundo vió entonces á los padres, muy inquietos, que obraban, que se oponían secretamente á este regreso de las veneradas cenizas, en las cuales olían ellos una posible competencia á la misma Gruta. ¿Se podía imaginar cosa más amenazadora? Una tumba monumental en el cementerio, los peregrinos dirigiéndose allí en procesión, los enfermos yendo á besar calenturientos el mármol, los milagros produciéndose allí en medio de un santo fervor. Era la competencia segura, desastrosa, el cambio de la devoción y del prodigio. Y el grande, el único miedo se presentaba entonces; el de tener que repartir, el de ver el dinero marcharse á otra parte, si la villa, instruída entonces, sabía sacar partido del sepulcro.

Hasta se atribuía á los padres un proyecto lleno de profunda astucia. Habían pensado secretamente reservar para sí el cuerpo de Bernadette, que las hermanas de Nevers estaban cándidamente empeñadas en guardar en la paz de su capilla. Sólo que ellos esperaban; no querían traerle hasta el día en que la afluencia de peregrinos empezase á decrecer. ¿A qué apelar á ese recurso solemne ahora, cuando ya las muchedumbres acuden sin cesar más numerosas, y puesto que el día que el extraordinario éxito de Lourdes declinase, como todas las cosas de este mundo, se adivinaba que el despertar de la fe podría ser la ceremonia solemne y resonante, en la cual la cristiandad vería las reliquias de la elegida, volver á tomar posesión de la tierra sagrada, de donde había hecho brotar tantas maravillas? Y los milagros comenzarían de nuevo, lo mismo sobre el mármol del sepulcro que ante la Gruta ó en el coro de la Basílica.

—Puede usted buscar,—continuó el doctor Chassaigne—y no encontrará en Lourdes ni una sola imagen de Bernadette. Se vende su retrato, pero no está en ninguna parte, en ningún santuario... Es el olvido sistemático, el sentimiento mismo de sorda inquietud el que ha hecho

el silencio y el abandono en este triste cuarto en que estamos. Lo mismo que se teme un culto posible sobre su tumba, se tiene miedo de que las muchedumbres vengan á arrodillarse aquí el día en que ardan dos cirios, ó dos ramos de rosas adornan esta chimenea.

Y si una paralítica se levantase gritando que estaba curada, ¡qué escándalo, qué turbación en las almas de los buenos comerciantes de la Gruta, que verían su monopolio comprometido gravemente!... Son los dueños, esperan seguir siéndolo, y no quieren soltar nada de la magnífica hacienda que han conquistado y explotan.

—Pero tiemblan no obstante, sí, tiemblan ante la memoria de los obreros de primera hora, de esta niña que es una muerta tan grandiosa, cuya enorme herencia les quema de codicia hasta tal punto, que después de haberla enviado viva á Nevers, no se atreven ni aún á traer su cuerpo, abandonado y aprisionado bajo la losa de un convento.

¡Ah, este destino miserable del pobre ser que fué separado de los vivos y cuyo cadáver después ha sido castigado con la pena de destierro! ¡Y cómo compadecía Pedro á esta miserable criatura que parecía haber sido elegida tan sólo para sufrir en su vida y en su muerte! Aun admitiendo que una voluntad única, persistente, no le hubiese hecho desaparecer, y custodiado después hasta en la tumba, ¡qué extraña serie de circunstancias, por las cuales parecía que alguien, inquieto del inmenso poder que ella podía adquirir, se esforzaba siempre celosamente por tenerla aislada! Bernadette seguía siendo á sus ojos la elegida, la mártir; y si Pedro no podía creer más, si la historia de esta desdichada bastaba para acabar de arruinar en él la creencia, no le desconcertaba menos en toda su fraternidad, revelándole una religión nueva, la única de que su corazón estaba aún lleno, la religión de la vida, del dolor humano.

El doctor Chassaigne, un momento antes de abandonar el cuarto, exclamó:

Y he aquí que es preciso creer, mi querido amigo. Vea usted este oscuro tabuco, piense en la Gruta resplandeciente, en la Basílica triunfante, en toda la villa edificada, en este mundo creado; en esas muchedumbres que acuden. Pero si Bernadette era tan solo una alucinada, una loca, ¿no sería la aventura más asombrosa, más inexplicable aún? ¡Cómo! ¿el despertar de una demente habría bastado para remover de este modo las naciones?... ¡No, no! Un soplo divino lo ha creado al pasar; sólo así puede explicarse el prodigio.

Pedro sintió vivos deseos de responder. Sí, era verdad, un soplo había pasado; el sollozo de dolor, el deseo inextinguible hacia lo infinito de la esperanza. Si el sueño de una niña enferma había bastado para traer los pueblos, para hacer llover millones y brotar del suelo una ciudad nueva, ¿no era acaso porque este sueño venía á apagar un poco el hambre de la pobre humanidad, la insaciable necesidad que sienten los hombres de ser engañados y consolados?

Bernadette había abierto de nuevo lo desconocido, sin duda en un momento social é histórico favorable; y las muchedumbres se habían precipitado allí. Oh, refugiarse en el misterio, cuando la realidad es tan dura; entregarse al milagro, puesto que la naturaleza cruel parece una larga injusticia! Pero en vano se trata de organizar lo desconocido, reducirlo á dogmas, hacer religiones reveladas. En el fondo, nunca hay más que este llamamiento, este grito de vida exigiendo la salud, la alegría, la dicha fraternal, hasta aceptarle en otro mundo sino puede ser en esta tierra. ¿A qué creer en los dogmas! ¿No basta llorar y amar?

Y Pedro, sin embargo, no discutió nada. Retuvo la respuesta que le subía á los labios, convencido por otra parte de que el eterno deseo de lo sobrenatural, haría vivir en el hombre dolorido la eterna fe. El milagro que no podía hacerse constar, debía ser un alimento necesario á la desesperación humana. Además, ¿no había jurado caritativamente no afligir á nadie más con sus dudas?

—¡Qué prodigio! ¿No es cierto?—insistió el doctor.

¡Cierto!—acabó por decir Pedro.—Todo el drama humano se ha representado, todas las fuerzas desconocidas han obrado, en este pobre cuarto tan humilde y tan oscuro.

Quedaron allí en silencio algunos minutos aún. Volvieron de nuevo á desandar lo andado, levantaron los ojos hacia el ahumado cielo raso y arrojaron una última mirada sobre el estrecho patio verdoso. Era en verdad aflictiva tanta indigencia, aquellas telas de araña colgantes, aquella soledad de viejos toneles, de utensilios inservibles, de ruinas de todas clases que se pudrían amontonados en los ángulos de aquella estancia.

Y sin añadir una palabra, lentamente, se fueron por fin con la garganta oprimida por la tristeza.

Tan sólo en la calle pareció despertar el doctor Chassaigne. Tuvo un pequeño calofrío y apretó el paso diciendo:

—No se ha concluído, mi querido amigo, sígame usted... Vamos á ver ahora la otra gran iniquidad.

Era del abate Peyramal y de su iglesia de quien hablaba. Atravesaron la plaza del Porche y volvieron la calle de San Pedro; algunos minutos debían bastar. Pero la conversación recayó sobre los padres de la Gruta, sobre la terrible guerra sin piedad, hecha por el padre Sempé al antiguo cura de Lourdes. Este, vencido, murió en una horrible amargura; y después de haberle así matado de disgusto, se acabó de matar su iglesia, que dejaba sin acabar, sin techado, abierta al viento y á la lluvia. ¡Esta iglesia monumental, de qué glorioso sueño llenó los últimos años de su existencia! Después que se le desposeyó de la Gruta, arrojado de esta obra de Nuestra Señora de Lourdes, cuyo primer obrero era él con Bernadette, su iglesia venía á ser su revancha su

protesta, su parte de gloria, la casa de Dios, donde triunfaría en hábito sagrado, donde traería interminables procesiones para realizar el deseo formal de la Santa Vírgen.

El hombre de autoridad y de dominio que era en el fondo de su ser, el pastor de las muchedumbres, el constructor de templos, sentía una impaciente alegría en acelerar los trabajos, con una imprevisión de hombre apasionado, que no se inquietaba de la deuda y se dejaba robar por los contratistas, con tal que tuviese siempre un pueblo de obreros sobre los andamios. Y la veía agrandarse, veía su iglesia acabada en una bella mañana de estío, completamente nueva, en el sol Levante.

¡Ah! esta visión, evocada incesantemente, le daba valor para luchar en medio de la sorda guerra de que se sentía rodeado. Su iglesia, dominando la vasta plaza, se levantaba por fin en su colosal majestad. La había querido de estilo romano, muy grande, muy sencilla, con la nave de 90 metros de largo y la torre de 140 de alto.

Resplandecía al claro sol, desembarazada la víspera del último andamiaje, aún toda fresca de juventud, con sus anchas hileras de piedra superpuestas por líneas iguales.

Y, en su imaginación, daba vueltas al rededor de ella, encantado de su desnudez, de su castidad de vírgen niña, de su candor gigante, sin una escultura, sin un ornamento que la hubiese recargado inútilmente.

Los techados de la nave reinaban á la misma altura, encima de la cornisa, hecha de severas molduras; asímismo los huecos de los bajocostados y de la nave, no tenían otro adorno que las volutas, siguiendo los pies derechos. Se detenía ante las grandes ventanas del fondo, cuyos rosetones centelleaban; daban la vuelta, pasando detrás de la redonda ábside contra la cual el edificio de la sacristía alineaba dos filas de pequeñas ventanas; y volvía y no podía cansarse ante este real orden, esas grandes líneas que se cortaban sobre el azul, esos techos superpuestos, esta masa enorme cuya solidez desafiaba á los siglos.

Pero cuando cerraba los ojos, evocaba sobre todo la fachada, el campanario, en orgulloso arrobamiento: abajo, el pórtico de tres bovedillas, la derecha y la de la izquierda, cuyos techados formaban azotea, mientras que el campanario naciendo de la bovedilla central se alzaba atrevido.

Contra la parte superior, en el remate de un pináculo y entre los altos huecos de la nave, hallábase una estatua de Nuestra Señora de Lourdes bajo un pálio. Encima, se abrían otros huecos, que guarnecían los transparentes frescamente pintados. Los estribos partían del suelo, en los cuatro ángulos, y se adelgazaban subiendo, con una fuerte ligereza, hasta la torre, una atrevida torre de piedra, flanqueada por cuatro cimbalillos, adornada también de pináculos, elevándose, perdida en pleno cielo. Y le parecía á él que era su alma de sacerdote ferviente que había

subido, que se había elevado con esta torre para atestiguar su fe á través de las edades, allá arriba, muy cerca de Dios.

A veces, le encantaba aun otra visión más. Creía ver el interior de su iglesia el día de la primera misa solemne que celebraría allí. Las vidrieras de las ventanas arrojaban fuego como pedrerías, las capillas de los bajo costados irradiaban de cirios.

El se hallaba en el altar mayor de mármol y oro, y las catorce columnas de la nave, de mármol de los Pirineos, magníficos regalos de los cuatro ángulos de la cristiandad, se levantaban soportando la bóveda, que las voces sordas de los órganos llenaban de un canto de alegría. Un pueblo de fieles se prensaba allí, arrodillado sobre las losas, en frente del coro precedido de una ligera reja parecida á un encaje, rodeada de admirable ensambladura esculpida. El púlpito, regio donativo de una gran señora, era una maravilla de arte, y de pleno roble. Las fuentes bautismales habían sido talladas en la dura piedra, por un artista de gran talento. Cuadros de maestros adornaban las murallas; cruces, copones, preciosos viriles y vestimentas sagradas parecidas á soles, se amontonaban en el fondo de los cajones de la sacristía.

¡Y qué sueño ser el Pontífice de semejante templo, reinar en él después de haberle edificado con pasión, bendecir allí á las muchedumbres que llegarían de toda la tierra, mientras que las sonoras campanas de la torre irían á decir á la Gruta y á la Basílica que ellas tenían allá abajo, en el viejo Lourdes, una rival, una hermana victoriosa, en la cual también triunfaba Dios!

Después de haber seguido un instante la calle de San Pedro, el doctor Chassaigne y su acompañante volvieron á la pequeña calle de Langelle.

—Ya llegamos—dijo el doctor.

Pero Pedro no veía señal ninguna de iglesia. Allí no había sino miserables casuchas, todo un barrio de arrabal pobre, obstruído de leprosas construcciones. Por fin, vió en el fondo de un callejón sin salida, un lienzo de la vieja empalizada, medio podrido, que rodeaba todavía el vasto terreno cuadrado comprendido entre las calles de San Pedro, de Baquières, de Langelle y de los Jardines.

—Es preciso volver á la izquierda—repitió el doctor que había entrado en un estrecho pasillo entre los escombros. Hénos ya.

Y la ruina apareció repentinamente, en medio de las fealdades y miserias que la cubrían.

Todo el poderoso armazón de la nave, de los bajo costados y la ábside, se hallaban de pie.

Los muros se levantaban en todas partes hasta el nacimiento de las bóvedas. Se entraba allí como en una verdadera iglesia, se podía pasear con facilidad y reconocer los sitios acostumbrados. Solamente, cuando se levantaban los ojos, se veía el cielo: faltaban los techados; la lluvia

caía y el viento soplaba libremente. Quince años hacía que los trabajos estaban abandonados; las cosas quedaron en el estado que las dejó el último albañil.

Lo que primeramente llamaba la atención, eran los diez pilares de la nave y los cuatro del coro, esos magníficos pilares de mármol de los Pirineos, de un sólo bloque, que habían sido recubiertos de una camisa de tablas para protegerlos contra todo estrago. Las bases y los chapiteles, aún en bruto, esperaban á los escultores. Y esas columnas aisladas, revestidas de madera, tenían gran tristeza.

Además, subía una melancolía del abierto recinto, de la hierba que cubría el suelo destruído, los costados y la nave, una abundante hierba de cementerio, á través de la cual las mujeres de la vecindad acabaron por trazar senderos. Allí entraban á tender sus coladas. Todo un lavado de pobre: gruesas sábanas, camisas hechas girones; pañales de niños acaban precisamente de secarse allí á los últimos rayos del sol, que penetraban por las anchas ventanas.

Lentamente, sin hablar, Pedro y el doctor Chassaigne dieron la vuelta por el interior. Las diez capillas de los bajos costados formaban especies de compartimientos llenos de escombros y ruinas. Habíase cimentado el suelo del coro para protegerle, sin duda, de las filtraciones de abajo; desdichadamente, las bóvedas debían pronto caer amontonadas; existía allí una depresión, que la lluvia de la noche anterior había convertido en un pequeño lago. Por lo demás, esas partes de la ábside eran las que menos habían sufrido. Ni una piedra se movía; los grandes rosetones centrales, encima del triforium, parecían esperar sus vidrieras; mientras que los maderos olvidados en lo alto de los muros del ábside, hubieran podido hacer creer que se iba á empezar á cubrirla al día siguiente.

Pero cuando volvieron sobre sus pasos y salieron para ver la fachada, se mostró el lamentable peligro de esta ruína.

Por este lado habían adelantado mucho menos los trabajos; sólo estaba construído el pórtico de triple bovedilla, y quince años bastaron á los inviernos para carcomer las esculturas y las columnatas en un trabajo de destrucción verdaderamente singular, como si la piedra, carcomida profundamente, destruída, se hubiese fundido bajo lágrimas. El coro se ocultaba á la vista de esta destrucción que atacaba á la obra, hasta que fuese terminada. ¡No ser todavía y ya desmenuzarse así, bajo el cielo, inmovilizarse en su creencia de colosal gigante para sembrar de hierba los escombros!

Entraron en la nave, y encontraron allí la horrible tristeza de este asesinato de un monumento.

El vasto terreno, indeterminado en el interior, estaba obstruído, por las ruínas del andamiaje que había sido necesario derribar podrido casi, por lemor de que en su caída aplastase el mundo; y había por todas

partes, en medio de las altas hierbas, bordas, bolinas, cimbras, mezcladas con manojos de viejas cuerdas que la humedad concluía de destruir. Tambien había allí el delgado armazón de una cábria levantándose como una potencia. Mangos de pala, pedazos rotos de carretones, estaban tirados por el suelo, olvidados, junto á montones de ladrillos verdosos, cubiertos de musgo, donde florecían las campanillas. Bajo las ortigas, se distinguía la vía colocada para el acarreo, y en un ángulo yacía una vagoneta volcada.

Pero la gran melancolía de esta muerte de las cosas, era sobre todo el locomóvil, bajo el cobertizo que le abrigaba. Hacía quince años que estaba allí, enfriado, muerto. El cobertizo acabó por hundirse sobre él, y anchos agujeros permitían á la lluvia mojarle á cada chubasco. Un extremo de la correa de trasmisión que movía la cábria, colgaba, parecía harle, semejante á un hilo de gigante araña. Y sus aceros y sus cobres se pudrían también, como enmohecidos de liquen, recubiertos de una vegetación de vejez, y cuyas placas amarillentas hacían de él una especie de máquina muy vieja, cubierta de hierba, que los inviernos habían descarnado.

Esta máquina muerta, fría, con el hogar apagado y la caldera muda, era el alma misma del trabajo que se había ido en la vana espera del gran corazón caritativo, cuya llegada, á través de los espinos y escaramujos, debía despertar á la Iglesia de su pesado sueño de ruina.

El doctor Chassaigne habló por fin.

—¡Ah,—dijo,—cuando se considera que habrían bastado 50,000 francos para impedir tal desastre! Con 50.000 francos se podía cubrir, estaba salvado el cuerpo de obra, y podía esperarse todo el tiempo que se quisiera... Pero querían matar la obra como mataron al hombre.

Con un gesto designó allá abajo, á los padres de la Gruta, que evitaba nombrar.

—¡Y decir que tienen ingresos anuales de 900.000 francos! Prefieren enviar regalos á Roma, para mantener amistades poderosas.

A pesar suyo, volvía de nuevo á hablar contra los adversarios del cura Peyramale. Toda esta historia la producía una santa cólera de justicia. Enfrente de la ruína lamentable, reproducía los hechos, el cura entusiasta lanzándose á la construcción de su iglesia, entrampándose, dejándose robar, mientras que el padre Sempé, en acecho, aprovechábase de todas sue fáltas, le desacreditaba ante el obispo, acabando por agotar las limosnas y por hacer detener los trabajos. Luego, despues de la muerte del vencido, venían los interminables procesos, quince años de pleitos que dieron tiempo bastante á los inviernos para destruir la obra. Y ahora, se hallaba ésta en un estado tan lastimero, ascendía la deuda á una cifra tan elevada, que todo parecía haber concluído. La muerte lenta, la muerte de las piedras se acababa. Bajo su hundido cobertizo, el locomovil caería en girones, azotado por la lluvia, corroído por el musgo.

—Bien sé que cantan victoria, que nadie hay allí sino ellos; y era lo que deseaban: ser los dueños absolutos, guardar para sí todo el dinero-.. Y diré á usted que su terror á la competencia, les ha llevado á alejar de Lourdes á cuantas órdenes religiosas han intentado venir. Las jesuítas, los domínicos, los benedictinos, los capuchinos, los carmelitas, todos lo han solicitado, pero siempre los padres de la Gruta han conseguido evitarlo. No permiten sino las órdenes de mujeres; no quieren más que un rebaño... Y así, la vida les pertenece; tienen allí su tienda y en ella venden á Dios al por mayor y al detalle.

A pasos lentos, había llegado en medio de la nave, entre los escombros. Con un gesto mostró la devastación que les rodeaba.

—Vea usted esta tristeza, horrible míseria... Allá abajo, el Rosario y la Basílica, les han costado más de tres millones.

Pedro, entonces, lo mismo que en la negra y fría cámara de Bernadette, vió levantarse la Basílica, radiosa en su triunfo. No era aquí donde se realizaba el sueño del cura Peyramale, oficiando, bendiciendo á las muchedumbres arrodilladas, mientras que los órganos resonaban de alegría. La Basílica surgía allá abajo, aturdiendo con el volteo de sus campanas, resonando con la sobreheman alegría de un milagro, resplandeciente de llamas, con sus banderas, sus lámparas, sus corazones de oro y plata; su clerecía de oro y su viril semejante á un astro de oro. Llameaba á los rayos del sol poniente, tocaba el cielo con su torre, acompañada por el vuelo de millares de oraciones que hacían extremecer las paredes.

Aquí, la iglesia muerta antes de nacer, la iglesia en entredicho por un mandamiento del obispo, caía convertida en polvo, abierta á los cuatro vientos.

Cada chubasco quitaba un poco de las piedras; grandes moscas zumbaban solas sobre las ortigas que habían invadido la nave; y no había allí más devotos que las mujeres de la vecindad recogiendo su pobre ropa tendida sobre la hierba.

En medio del profundo silencio, parecía sollozar una voz sorda, tal vez la voz de las columnas de mármol, llorando su inútil lujo, bajo sus camisas de tablas. A veces, las aves atravesaban el ábside desierta, lanzando un pequeño grito. Bandadas de enormes ratas, refugiadas bajo las piezas del derribado andamiaje, se mordían y retozaban fuera de sus agujeros, en un espantoso galope. No había nada tan angustioso y desesperante como esta querida ruína, en frente de su triunfante rival, de la Basílica radiante de oro.

De nuevo el doctor Chassaigne dijo sencillamente:

—Venga usted.

Salieron de la iglesia, siguieron el bajocostado de la izquierda, llegaron ante una puerta, hecha groseramente con algunas tablas cuadradas; y cuando hubieron descendido una escalera de madera, medio rota, cuyos escalones vacilaban bajo sus pies, encontráronse en la cripta.

Era ésta una sala baja, de bóvedas aplastadas, que reproducía exactamente las disposiciones del coro. Las rechonchas columnas, dejadas en bruto, esperaban también sus escultores. Los materiales, tirados por el suelo; las maderas acababan de pudrirse sobre la tierra removida; toda la vasta sala estaba blanqueada de yeso, en el triste abandono de las obras que no se terminan.

En el fondo, tres ventanas, antiguamente con vidrieras, y de las cuales no quedaba más que un cristal, iluminaban con una gran luz fría la desolada desnudez de los muros.

Y allí, en medio, dormía el cuerpo del cura Peyramale. Varios fervientes amigos tuvieron la afectuosa idea de enterrarle así, en la cripta de su iglesia inconclusa.

La tumba era toda de mármol, sobre un ancho escalón. Las inscripciones, en letras de oro, decían el pensamiento de los suscriptores, el grito de verdad y de reparación que salía del monumento.

En el fondo se leía: «Piadosos óbolos llegados de todo el universo, han elevado este sepulcro á la bendita memoria del gran servidor de Nuestra Señora de Lourdes.»

A la derecha, se leían estas palabras de un buleto apostólico de Pío IX: « Os habéis dedicado enteramente á edificar un templo á la Madre de Dios. »

A la izquierda, veíase esta frase del Evangelio: « Dichosos aquellos que sufren persecución por la justicia. »

¿No era esto precisamente la quejá verídica, la esperanza legítima del vencido, que tanto tiempo combatió con el único deseo de ejecutar estrictamente las órdenes de la Vírgen que Bernadette le había transmitido?

Y allí se hallaba Nuestra Señora de Lourdes, una delgada estátua, colocada encima de la inscripción fúnebre, contra la gran muralla desnuda, tan sólo adornada por algunas coronas de aljófar pendientes de clavos. Y ante el sepulcro, lo mismo que ante la Gruta, estaban alineados cinco ó seis bancos para los fieles que quisiesen sentarse.

Con un nuevo gesto de conmovida piedad, el doctor Chassaigne, silenciosamente, mostró á Pedro una enorme mancha de humedad, que verdeaba el muro del fondo.

Pedro se acordó del pequeño lago que había notado arriba, en el cimento desunido del coro, unamontón de agua dejado por la lluvia de la noche precedente. Evidentémente, se producían infiltraciones, corría abajo una verdadera fuente, invadiendo la cripta en tiempo de grandes lluvias.

Los dos sintieron oprimido el corazón, cuando vieron que el agua seguía la bóveda en delgados hilos, y caía en gotas grandes, regulares, cadenciosas, sobre el sepulcro.

—El doctor no pudo contener un gemido.

—Ahora llueve; llueve sobre él.

Pedro seguía inmóvil, en una especie de sagrado terror. Bajo este agua que caía bajo los golpes de viento que debían entrar en invierno por los cristales rotos de las ventanas, este muerto le pareció lamentable y trágico. Adquiría terrible grandeza, completamente solo en su rico sepulcro de mármol, en medio de los escombros, en el fondo de las ruínas desplomadas de su iglesia. Era el guardián solitario, el muerto adormecido y pensativo que custodiaba allí los espacios vacíos abiertos á todas las aves nocturnas. Era la protesta muda, obstinada, eterna; era la esperanza. Acostado en su ataúd, teniendo la eternidad para tomar paciencia, esperaba allí sin laxitud, á los obreros quo volverían tal vez una bella mañana de Abril. Si transcurrían diez años, él estaría allí; si transcurría un siglo, allí estaría aún. Esperaba que los andamiajes podridos allá arriba, entre la hierba de la nave, resucitasen como los muertos, prodigiosamente, de pie á lo largo de los muros.

Esperaba que el locomovil, encedido de pronto, encontrase de nuevo alientos para levantar las armaduras del techo. Su obra amada, su gigante construcción se desplomaba sobre su cabeza, y él con las manos unidas, los ojos cerrados, custodiaba los escombros y aguardaba.

A media voz, acabó el doctor la cruel historia. Cómo después de haber perseguido al cura Peyramale y á su obra, se perseguía también á su sepolcro.

Antiguamente había allí un busto del cura, ante el cual algunas manos devotas mantenían la pequeña luz de una lámpara. Pero había caído con la cara en tierra una mujer, diciendo que veía el alma del difunto; los padres de la Gruta se conmovieron. ¿Es que iban á producirse los milagros? Ya los enfermos pasaban días enteros sentados en los bancos, ante el sepulcro. Otros se arrodillaban, besaban el mármol implorando su curación. Y esto produjo gran terror: ¡si sanasen, si la Gruta tuviese una competencia en este martir, acostado completamente solo, en medio de las viejas herramientas abandonadas por los albañiles!..

Prevenido de ello el obispo de Tarbes, trabajó, publicó el mandamiento que entredecía la iglesia, prohibiendo todo culto, toda peregrinación y procesión al sepulcro del antiguo cura de Lourdes.

Lo mismo que para Bernadette, su recuerdo estaba proscrito, su imagen no se encontraba oficialmente en ninguna parte. Así como se habían encarnizado contra el hombre vivo, se encarnizaban los padres contra la memoria del gran muerto. Le persiguían hasta en la tumba.

Ellos tan solos, hoy día, impedían aún que los trabajos de la iglesia comenzasen de nuevo, creando continuos obstáculos y rehusando compartir su rica parte de limosnas. Esperaban que las lluvias de los inviernos cayesen y acabasen la obra de destrucción; que la bóveda, los muros, toda la gigante construcción se desplomase sobre el sepulcro de mármol, sobre el cuerpo del vencido; que éste fuese sepultado, pulverizado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

—¡Ah—murmuró el doctor,—yo que le he conocido tan valiente, tan entusiasta, de tan nobles acciones! Ahora, ya lo ve usted, llueve, llueve sobre él. Penosamente se arrodilló apoyándose en una larga piedra.

Pedro, que no podía rogar seguía de pie. Una emoción humana se desbordaba de su corazón. Escuchaba las pequeñas gotas de la bóveda estrellarse una á una sobre el sepulcro, en un ritmo lento, que parecía contar los segundos de la eternidad en medio de aquel profundo silencio. Pensaba en la eterna miseria del mundo, en esta elección del sufrimiento hiriendo siempre á los mejores.

Los dos grandes obreros de Nuestra Señora de Lourdes, Bernadette y el cura Peyramale revivían ante él, como víctimas lastimosas, torturadas durante su vida y desterradas después de su muerte.

Seguramente que esto hubiera acabado de matar en él la fe. Porque la Bernadette que acababa de encontrar al cabo de su investigación, no era más que una hermana humana, cargada de todos los dolores. Pero Pedro, no guardaba menos para ella un culto de fraternal ternura; y dos lentas lágrimas corrieron por sus mejillas.

JORNADA QUINTA

I.

Aquella noche, en el hotel de las Apariciones, tampoco pudo Pedro cerrar los ojos. Después de haber pasado por el Hospital para adquirir noticias de María, que dormía con un sueño profundo de niño, delicioso y reparador, desde su regreso de la procesión, se acostó él también inquieto de no haber visto reaparecer al Sr. de Guersaint. Le aguardaba lo más tarde para la hora de la comida; sin duda le había retenido en Gavarnie algún accidente; y Pedro pensaba en el tormento de la joven si su padre no iba á abrazarla á la mañana siguiente. Con este hombre tan distraído, de cerebro de pájaro, eran posibles todos los temores.

Tal vez esta inquietud hubiera bastado, desde luego, para tener á Pedro despierto, á pesar de su gran fatiga. Pero después, el nocturno zipizape del hotel había verdaderamente tomado proporciones intolerables. Al día siguiente, martes, era el día de la partida, el último día que la peregrinación nacional debía pasar en Lourdes, y sin duda, los peregrinos aprovechaban ansiosamente las horas, llegaban de la Gruta y volvían á ella en plena noche; trataban de violentar el cielo por su agitación, sin sentir necesidad alguna de descanso.

Las puertas golpeaban, los techos temblaban, la casa entera vibraba como bajo el desordenado galope de una muchedumbre. Jamás habían resonado en las paredes toses tan pertinaces, voces tan grandes é indistintas. Y Pedro, poseído por el insomnio, se volvía sobresaltado, se levantaba, creyendo á cada momento que era el Sr. de Guersaint qu regresaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Ah—murmuró el doctor,—yo que le he conocido tan valiente, tan entusiasta, de tan nobles acciones! Ahora, ya lo ve usted, llueve, llueve sobre él. Penosamente se arrodilló apoyándose en una larga piedra.

Pedro, que no podía rogar seguía de pie. Una emoción humana se desbordaba de su corazón. Escuchaba las pequeñas gotas de la bóveda estrellarse una á una sobre el sepulcro, en un ritmo lento, que parecía contar los segundos de la eternidad en medio de aquel profundo silencio. Pensaba en la eterna miseria del mundo, en esta elección del sufrimiento hiriendo siempre á los mejores.

Los dos grandes obreros de Nuestra Señora de Lourdes, Bernadette y el cura Peyramale revivían ante él, como víctimas lastimosas, torturadas durante su vida y desterradas después de su muerte.

Seguramente que esto hubiera acabado de matar en él la fe. Porque la Bernadette que acababa de encontrar al cabo de su investigación, no era más que una hermana humana, cargada de todos los dolores. Pero Pedro, no guardaba menos para ella un culto de fraternal ternura; y dos lentas lágrimas corrieron por sus mejillas.

JORNADA QUINTA

I.

Aquella noche, en el hotel de las Apariciones, tampoco pudo Pedro cerrar los ojos. Después de haber pasado por el Hospital para adquirir noticias de María, que dormía con un sueño profundo de niño, delicioso y reparador, desde su regreso de la procesión, se acostó él también inquieto de no haber visto reaparecer al Sr. de Guersaint. Le aguardaba lo más tarde para la hora de la comida; sin duda le había retenido en Gavarnie algún accidente; y Pedro pensaba en el tormento de la joven si su padre no iba á abrazarla á la mañana siguiente. Con este hombre tan distraído, de cerebro de pájaro, eran posibles todos los temores.

Tal vez esta inquietud hubiera bastado, desde luego, para tener á Pedro despierto, á pesar de su gran fatiga. Pero después, el nocturno zipizape del hotel había verdaderamente tomado proporciones intolerables. Al día siguiente, martes, era el día de la partida, el último día que la peregrinación nacional debía pasar en Lourdes, y sin duda, los peregrinos aprovechaban ansiosamente las horas, llegaban de la Gruta y volvían á ella en plena noche; trataban de violentar el cielo por su agitación, sin sentir necesidad alguna de descanso.

Las puertas golpeaban, los techos temblaban, la casa entera vibraba como bajo el desordenado galope de una muchedumbre. Jamás habían resonado en las paredes toses tan pertinaces, voces tan grandes é indistintas. Y Pedro, poseído por el insomnio, se volvía sobresaltado, se levantaba, creyendo á cada momento que era el Sr. de Guersaint qu regresaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Durante algunos minutos, escuchó febrilmente y no oyó sino los extraordinarios rumores del corredor, de los cuales no se distinguía nada determinado. ¿Era á la izquierda, el padre, la madre y las tres hijas la familia de viejos, quienes tropezaban contra los muebles? ¿O era más bien, á la derecha, la otra familia tan numerosa, el otro señor sólo ó la joven señora que incomprensibles acontecimientos arrojaban en medio de las aventuras? Por un instante, saltó de su lecho, quiso visitar el cuarto vacío de su ausente acompañante, seguro de que allí pasaban cosas violentas.

Pero por más que escuchó, no sintió detrás del delgado tabique sino el tierno murmullo de dos voces, con una ligereza de caricia. Súbitamente le acudió á la memoria el recuerdo de la señora Volmar, y volvió á su lecho, tiritando.

Por fin Pedro, al amanecer, se dormía ya, cuando le sobresaltaron varios golpes rudos dados en su puerta. Esta vez no se engañaba; una voz fuerte y ahogada por la angustia gritaba:

—¡Señor abate, señor abate, por favor, despiértese!

Era decididamente el señor de Guersaint, á quien traían muerto cuando menos. Despavorido, corrió á abrir en camisa y se encontró delante del Sr. Vignerón, su vecino.

—¡Oh, por favor, señor abate, vístase usted de prisa! Se necesita su Santo Ministerio.

Entonces le refirió que acababa de levantarse para mirar la hora en su reloj, colocado sobre la chimenea, cuando oyó salir atroces suspiros del cuarto vecino, en donde estaba acostada la señora Chaise. Esta había dejado por cortesía abierta la puerta de su cuarto, á fin de estar más con ellos. El Sr. Vignerón, naturalmente, se precipitó allí, abriendo las persianas y haciendo entrar luz y aire.

—¡Y qué espectáculo, señor abate! Nuestra pobre tía, sobre su lecho, medio amoratada ya, con la boca abierta, sin poder respirar y con las manos crispadas entre las sábanas.. Comprenderá usted que es su mal de corazón!...

¡Venga, venga de prisa para asistirla, señor abate; se lo suplico á usted!

Pedro, aturdido, no encontraba su pantalón ni su sotana.

—Sin duda, sin duda; voy con usted. Pero no puedo administrarla; no tengo lo que es preciso.

El Sr. Vignerón le ayudó á vestirse, y se inclinó en busca de las zapatillas.

—No importa; su sola mirada de usted la ayudará á pasar, si Dios nos reserva esta aflicción... ¡Tome usted, cálcese de prisa y sígame! ¡Oh! ¡En seguida, en seguida!

Y marchóse como un huracán, precipitándose en el vecino cuarto. Todas las puertas habían quedado de par en par. El joven sacerdote que

le seguía, no notó en la primera habitación, obstruída por un desorden increíble, sino al pequeño Gustavo, medio desnudo, sentado sobre el canapé, donde dormía, inmóvil, muy pálido, olvidado y tiritando, en medio de ese brutal drama de la muerte. Varias maletas desvencijadas cerraban el paso, restos de embutidos manchaban la mesa, y el lecho del padre y de la madre parecía destruído por la catástrofe, con los cobertores sacados, arrojados en tierra. Y luego, en el segundo cuarto, vió á la madre, vestida aceleradamente con un viejo peinador amarillo, de pie, con aire espantado.

—Y bien, amiga mía,—repitió el Sr. Vignerón, tartamudeando.

Con un gesto, sin responder, la señora Vignerón mostró á la señora Chaise, que no se movía, con la cabeza caída sobre la almohada, las manos vueltas y tiesas.

El rostro estaba azul, la boca abierta como en el último soplo enorme que se le había escapado.

Pedro se inclinó. Déspues á media voz, dijo:

—Está muerta.

¡Muerta! Esta palabra resonó en el cuarto, á media luz, donde reinaba un pesado silencio. Y los dos esposos se miraron estupefactos desatinados. ¿Se había, pues, acabado? La tía moría ántes que Gustavo, el pequeño heredero de los quinientos mil francos. ¡Cuántas veces habían tenido este sueño, cuya brusca realizacion les aturdía! ¡Cuántas veces habían desesperado temiendo que el pobre niño partiese antes que ella! ¡Muerta, Dios Santo! ¿Es que tenían ellos la culpa? ¿Es que lo habían solicitado realmente de la Santa Vírgen? Se mostraba ésta tan buena con ellos que temblaban de no haber podido expresar un deseo sin ser escuchados. Ya en la muerte del jefe del negociado, súbitamente arrebatado para dejarle su plaza, habían reconocido el dedo poderoso de Nuestra Señora de Lourdes. ¿Es que acababa de colmarles nuevamente, escuchando hasta los inconscientes pensamientos de su deseo?

Sin embargo, ellos no habían querido jamás la muerte de nadie; eran buenas gentes, incapaces de una mala acción, muy amantes de su familia, que practicaban, se confesaban y comulgaban, como todo el mundo, sin ostentación.

Cuando pensaban en esos quinientos mil francos; en que su hijo podía morirse antes; en la contrariedad que tendrían al ver á otro sobrino menos digno heredar esta fortuna; ¡era todo tan discreto en el fondo de ellos, tan sencillo, tan natural en suma! Y ciertamente que habían pensado acerca de ello en la Gruta; pero ¿no era la Santa Vírgen la suprema sabiduría; no sabía mejor que nosotros mismos lo que debía hacer para la dicha de los vivos y los muertos?

Entonces, muy sinceramente, la señora Vignerón rompió en sollozos, llorando por su hermana á quien adoraba.

—¡Ah, señor abate, yo la he visto estinguirse; ha muerto ante mi

vista! ¡Qué desdicha que no haya venido usted más pronto para recibir su alma!... Ha muerto sin sacerdote. ¡Su presencia de usted la hubiera consolado tanto!

Con los párpados llenos de lágrimas, cediendo también al enternecimiento, el señor Vignerón consoló á su mujer.

—Tu hermana era una santa; ha comulgado aún ayer mañana; y puedes estar tranquila porque su alma ha ido derecha al cielo... Sin duda que ella hubiera experimentado gran placer si el señor abate hubiese llegado á tiempo... Pero qué quieres; la muerte ha sido más ligera. Yo he acudido en seguida; no hemos tenido hasta el fin nada que reprocharnos.

Y volviéndose hacia el sacerdote:

—Señor abate; la excesiva piedad de ella es la que, seguramente ha acelerado la crisis. Ayer, en la Gruta, tuvo ya un sofoco cuya violencia era insignificante. Y, á pesar de su fatiga, se obstinó en seguir á la procesión... Yo, naturalmente, creí que no iría más lejos, pero era esto tan delicado, que nadie se atrevía á decirla nada por temor de asustarla.

Suavemente, se arrodilló Pedro y recitó las oraciones de costumbre con esta emoción humana, que sustituye la falta de creencias ante la vida eternal, la eterna muerte, tan lastimosas.

Déspues continuó un instante de rodillas, oyendo los cuchicheos de la familia.

El pequeño Gustavo, olvidado en su lecho, en el desórden del cuarto próximo, debió impacientarse. Lloraba, gritando:

—¡Mamá, mamá, mamá!

Por fin fué á calmarlela señora Vignerón.

Tuvo la idea de llevarle entre sus brazos, para que abrazase por última vez á su pobre tía. El niño se resistía al principio, rehusando y llorando con fuerza. Tanto que el señor Vignerón se vió obligado á intervenir, tratando de avergonzarle, diciendo:

—¡Cómo; él, que no tenía miedo á nada, que demostraba ante el mal tanto valor como un hombre! ¡Y su pobre tía, siempre tan amable, cuyo último pensamiento debió ser seguramente para él!

—Dámele—dijo á su mujer;—va á ser razonable.

Gustavo acabó por ceder, cogiéndose al cuello de su padre. Llegó en camisa tiritando, mostrando la denudez de su miserable y pequeño cuerpo, roído por la escrófula. Parecía que el agua milagrosa de la piscina, lejos de curarle avivó la llaga de sus riñones, mientras que su enjuta pierna pendía inerte, semejante á un palo seco.

—Abrázala—repitió el señor Vignerón.

—El niño se inclinó y besó á su tía en la frente. No era la muerte lo que le inquietaba y le hacía sublevarse. Desde que estaba allí, miraba la muerta con aire de tranquila curiosidad. No la quería; había sufrido por ella mucho tiempo. Había en él ideas, sentimientos de persona mayor, cuyo peso le ahogaba á medida que se desenvolvían y se aguzaban con su mal. Conocía bien que era demasiado pequeño y que los niños no deben comprender las cosas que pasan en el fondo de las gentes.

Su padre que se había sentado en un rincón; le conservó sobre sus rodillas, mientras que la madre cerraba la ventana y encendía las bujías de los dos candelabros de la chimenea.

—¡Ah, pobre nene mío!—murmuraba el Sig. Vignerón, en la necesidad que sentía de hablar,—es esta una pérdida cruel para todos nosotros. He aquí perdido completamente nuestro viaje, porque hoy era el último día; partíamos esta tarde... ¡Y la Santa Vírgen justamente que se mostraba tan buena.

Pero ante la mirada de asombro de su hijo, una mirada de infinita tristeza y de reproche, se apresuró á exclamar:

—Sí, sin duda; sé que no te ha curado aún del todo. Pero es preciso no desesperar jamás de su benevolencia.. La Santa Vírgen nos ama mucho, nos colma de demasiadas gracias y acabará seguramente por curarte, puesto que ahora sólo tiene que concedernos este gran favor.

La señora Vignerón, que lo había oído, se aproximó.

—¡Qué dichosos hubiéramos sido regresando los tres á París, completamente curados! Nunca es nada completo.

—Ahora que pienso—dijo bruscamente el Sr. Vignerón;—no voy á poder partir con vosotros esta tarde, á causa de las formalidades... Con tal que mi billete de regreso sea valedero hasta mañana...

Los dos se reponían de la agitación pasada, algo consolados, á pesar del cariño que tenían á la señora Chaise; y la olvidaban ya, no experimentando más deseo que el de abandonar Lourdes, como si el objeto principal de su viaje se hubiese cumplido. Les inundaba un júbilo honesto y disimulado.

—Después, en París, tendré tanto que correr...—continuo el Sr. Vignerón.—Yo, que sólo aspiro al descanso... Pero no le hace; seguiré mis tres años en el ministerio, hasta mi retiro; sobre todo, ahora que estoy seguro de mi retiro de jefe de negociado. Sólo que después, ¡oh! después espero gozar algo de la vida, Puesto que nos llega este dinero, voy á comprar en mi país el dominio de los Billottes, esta soberbia tierra con la que siempre soñé. ¡Y os aseguro que no me quemaré la sangre en medio de mis caballos, mis perros y mis flores!

El pequeño Gustavo seguía sobre sus rodillas, temblando con todo su pobre cuerpo de insecto abortado, con su camisa retorcida hasta la mitad, dejando ver su delgadez de niño moribundo. Cuando se apercibió de que su padre no se daba cuenta de que estuviese allí, completamente entregado á sus sueños de realizar al fin la rica existencia deseada, tuvo una de esas sonrisas enigmáticas, de una melancolía aguzada por la malicia:

—Y bien, padre, ¿y yo?

El Sr. Vignerón, despertó como sobresaltado, se agitó, y pareció no comprender al principio:

—¿Tú, pequeño mío?... ¡Tú, estarás con nosotros, pardiez!

Pero Gustavo continuó mirándole fija y profundamente, sin cesar de sonreir con sus labios finos, tan ulcerados.

—¡Oh! ¿lo crees así?

—¡Ciertamente que lo creo!... Estarás con nosotros; será muy grato tenerte á nuestro lado.

Inquieto, balbuceando, el Sr. Vignerón, que no hallaba frases adecuadas, quedóse helado, cuando su hijo rizando sus delgadas espaldas, díjo con aire de filosófico desdén:

—¡Oh, no!... ¡Yo me habré muerto!

Y el padre, aterrado, leyó de pronto en la mirada profunda del niño; una mirada de hombre viejo, muy sabio en todas las materias, que conocía las abominaciones de la vida por haberlas sufrido. Sobre todo, lo que le azoraba, era la súbita certidumbre de que este niño le había penetrado siempre hasta el fondo del alma, más allá de lo que él no se atrevía á confesar. Y recordaba, desde la cuna, los ojos del pequeño enfermo fijos en los suyos; esos ojos que el sufrimiento volvía tan perspicaces, y que dotaba sin duda de extraordinaria fuerza de adivinación, hojeando los inconcientes pensamientos en la oscuridad de los cráneos.

Y por una singular repercusión, las cosas que jamás había dicho, las encontraba de nuevo entonces en los ojos de su hijo, las veía, las leía á pesar suyo. La historia de su larga avaricia se desarrollaba; su cólera por tener un hijo tan mezquino; su angustia al pensar que el capital de la señora Chaise descansaba en una existencia tan frágil; su áspero deseo de que ella se apresurase á morir, para que el niño estuviese aún en el mundo, y de este modo asegurarse la herencia para ellos.

Era sencillamente cuestión de días ese duelo sobre quien partiría primero. Después, al cabo, volvía la muerte á presentarse: el pequeño se iba á su vez, sólo él amontonaba el dinero, envejeciendo muy lentamente en medio de aquel placer.

Y estas cosas horribles, salían tan claras de los ojos finos, melancólicos y sonrientes del pobre ser condenado; se traslucían por ellos con tal clarividencia, que por un instante parecióles al padre y al hijo que se las decían en voz muy alta.

Pero el Sr. Vignerón se sublevó, volvió la cabeza y protestó violentamente.

—¡Cómo! ¿Tú habrás muerto? ¡Miren qué ideas! ¡Es un absurdo abrigar semejantes pensamientos!

La señora Vignerón se puso á sollozar.

Niño malo, ¿puedes complacerte en causarnos tal pena, en el momento en que lloramos ya una pérdida tan cruel?

Fué necesario que Gustavo les abrazase prometiéndoles vivir, hacerlo por ellos. Sin embargo, no cesó de sonreir, sabiendo bien que la mentira era necesaria cuando no se quería entristecer demasiado, resignado por otra parte á dejar él después á sus parientes dichosos, puesto que la misma Santa Vírgen no podía darle en este mundo el pequeño rincón de dicha, para el cual toda criatura habrá debido nacer.

Su madre volvió á acostarle y Pedro se levantó, por fin, en el momento en que el señor Vignerón acababa de disponer el cuarto de un modo conveniente.

—Usted me dispensará, ¿no es cierto, señor abate?—dijo acompañando al joven sacerdote hasta la buerta.—No tengo huena la cabeza. En fin, es un mal cuarto de hora que hay que pasar. Será fuerza que salga de él.

En el corredor, Pedro, se detuvo un minuto, escuchando un ruído que subía de la escalera. Pensó aún en el Sr. de Guersaint; creyó reconocer su voz. Después, mientras estaba allí inmóvil, ocurrió un acontecimiento que le mortificó atrozmente

Con prudente lentitud, acababa de abrirse la puerta del cuarto ocupado por el señor que vivía completamente solo; y salió una señora vestida de negro, tan ligera, que por el hueco que dejó la puerta al abrirse apenas hubo tiempo para ver á aquél, de pie, con los dedos sobre los labios. Pero cuando la señora se volvió, hallóse repentinamente frente á Pedro, y esto fué tan claro, tan brutal que no pudieron volverse de espaldas para fingir no haberse conocido.

Era la señora Volmar. Después de los tres días y tres noches que había pasado allí, en el fondo de este cuarto de amor, en completo encierro, se escapaba de madrugada y con un impulso que parecía salir de lo más íntimo de su ser.

Aún no habían dado las seis. Ella esperaba no ser vista de nadie, desaparecer por los pasillos y la escalera solitarios con una ligereza de sombra; y deseaba también subir un momento al Hospital; pasar allí esta última mañana para justificar su presencia en Lourdes.

Cuando vió á Pedro, fué presa de un temblor, y balbuceó:

—¡Oh, señor abate, señor abate!

Después, notando que el sacerdote había dejado su puerta de par en par, pareció ceder á la fiebre que le quemaba, á una necesidad de hablar, de explicarse, de sincerarse.

Llena de rubor pasó la primora, entró en el cuarto, á donde la siguió Pedro, muy turbado con la aventura. Y como él dejase aún la puerta abierta, la señora Volmar, con un gesto, le suplicó que cerrase, queriendo confiarse á él.

—¡Oh, señor abatc; suplico á usted que no me juzgue demasiado severamente!

Pedro hizo un gesto para decir que no se permitía juicios acerca de ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

—Sí, sí, bein sé que usted conoce mi desdicha... En París me ha visto usted una vez detrás de la Trinidad , con una persona. Y el otro día, aquí, usted me ha reconocido en el balcón. ¿No es eso? usted presumía que yo vivía allí, cerca de usted, encerrada con una persona en este cuarto.. ¡Solamente, si usted supiese, si usted supiese!

Sus lábios temblaron y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pedro la miraba sorprendido de la extraordinaria belleza que transfiguraba su rostro.

Esta mujer, siempre de negro, muy sencilla, sin una joya, se le aparecía iluminada por una llamarada de pasión, fuera de la sombra en que se desvanecía y se ocultaba de costumbre.

No era nada hermosa á primera vista demasiado morena, demasiado delgada, los rasgos muy acentuados, la boca grande, la nariz larga; pero tomaba, á medida que Pedro la examinaba, un encanto turbador, un poder de atracción irresistible. Sus ojos sobre todo, grandes y magníficos, cuyo fuego ocultaba ordinariamente bajo un velo de indeferencia, ardían como antorchas, en los momentos en que, como entonces, se abandonaba por entero.

Y Pedro, comprendió que se la adorase, que se la pudiese desear hasta morir.

—¡Si usted supiese, señor abate; si yo le contase lo que he sufrido! Son cosas que usted habrá supuesto, sin duda, conociendo como conoce á mi suegra y á mi marido. Las pocas veces que ha estado usted en mi casa, no ha dejado de comprender las cosas abominables que en ella pasaban, sin embargo de mi constante aire de contento, en aquel pequeño rincón silencioso y oscuro en que vivo... ¡Pero vivir así diez años, sin existir, sin amar nunca, sin ser jamás amada; no, no he podido!

Entonces contó la dolorosa historia; su matrimonio con el mercader de diamantes, desastroso tras de su aparente riqueza; su suegra, un alma dura de verdugo y carcelero; su marido un monstruo de fealdad física de suciedad moral. Se la aprisionaba; no se la permitía ni aún asomarse sola á una ventana. Se la había golpeado; se la había escarnecido en sus gustos, en sus deseos, y en sus inocentes debilidades de mujer.

Sabía que su marido sostenía fuera queridas; y si ella sonreía á un pariente, si llevaba una flor en el corsé, algún día, por rareza, alegre, él la arrancaba la flor, se entregaba á transportes celosos, la destrozaba las muñecas y la hacía horribles amenazas. Durante varios años había vivido en este infierno, esperando así y todo, por la fuerza de vida que la animaba, por la ardiente necesidad de cariño; esperando la dicha, creyendo siempre verla entrar, al menor soplo.

—Señor abate, le juro á usted que no he podido dejar de hacer lo que he hecho. Era yo demasiado desdichada; todo mi ser ardia en deseos de entregarse... Cuando mi amigo me dijo por primera vez que me amaba, dejé caer mi cabeza sobre su ombro; todo acabó, era suya para

siempre. Es preciso comprender esas delicias, ser amada, no encontrar junto á él sino caricias, dulces palabras, la continua preocupación de mostrarse conmigo obsequioso y amable; y saber que piensa en una, que hay en algún sitio un corazón donde una vive; y no ser los dos, sino uno, olvidarse de todo en un abrazo en que se funden los cuerpos y las almas... ¡Ah; si esto es un crimen, señor abate, yo no puedo tener remordimientos! Y hasta confesaré que no se me ha impelido á él; que le he cometido con la misma naturalidad con que respiro, porque era necesario á mi vida.

Llevó la mano á sus labios como para dar un beso al mundo. Y Pedro, se sintió sublevado ante esta amante que era la pasión misma, el eterno deseo. Después, comenzó á nacer en él una inmensa piedad.

—¡Pobre mujer!—murmuró.

—No es al sacerdote á quien me confieso, repitió ella; es al hombre que me haría dichosa comprendiéndome. No; no soy creyente: la religión no me ha bastado. Pretenden que hay mujeres que se contentan con ella, que en ella encuentran una protección sólida contra la falta. Yo he sentido siempre frío en las iglesias, muero allí sintiendo el vacío. Y bien sé que está mal fingir religión y mezclarla á las cosas de mi corazón. Pero ¡qué quiere usted! Me veo obligada á ello.

Si usted me ha encontrado en París, detrás de la Trinidad, es porque esta iglesia es el único sitio á donde se me deja ir sola; y si usted me encuentra aquí en Lourdes, es porque en todo el año no tengo más que estos tres días de libertad absoluta, de absoluta dicha.

Un calofrío se apoderó de ella, y ardientes lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Ah, estos tres días! No puede usted saber con qué ardor los espero, con qué fuego los vivo, con qué rabia me llevo su recuerdo.

Todo surgía vivo ante la gran castidad de Pedro. Esos tres días, esas tres noches, tan ansiosamente deseadas, tan ávidamente vividas, se las imaginaba en el fondo de ese cuarto del hotel, las ventanas y la puerta cerradas, en la ignorancia en que los mismos criados se hallaban de que allí estuviese encerrada una mujer.

El abrazo sin fin, el continuo besarse, la entrega de todo el ser, el olvido del mundo, el anonadamiento en el inextinguible amor. Para ellos no existía idea de lugar ni tiempo; nada que no fuese el ansia de ser uno del otro sin tregua ni descanso.

Y ¡qué pena desgarradora en el momento de la separación! De esa crueldad era de lo que ella todavía temblaba. Y era tal el dolor que aquella separación de su paraíso le producía, que se olvidaba hasta de quejarse del mal sufrido.

Caer uno en brazos del otro por última vez, querer confundirse para permanecer uno en otro, y separarse como si la mitad de vuestra carne

se fuese, y pensar que se pasarían muchos días, muchas noches, sin poder ni siquiera verse.

Pedro, con el corazón perdido en la evoccaión de este tormento de la carne, repitió:

—¡Pobre mujer!

—Y, señor abate,—continuó ella—piense usted en el infierno en que voy á entrar de nuevo. Durante semanas, durante meses, se cierra mi cielo y vivo mi martirio sin exhalar una queja. Una vez más he acabado de ser dichosa para un año. ¡Dios mío! tres pobres días, tre pobres noches al año, ¿no es para volverme loca en mi violencia por gozarlos, y mi paciencia en esperar que vuelvan? Soy muy desdichada, señor abate. ¿No cree usted á pesar de todo que soy una mujer honrada?

Pedro estaba profundamente conmovido por este gran arrebato, por este fuego de pasión y de sincero dolor. Sentía allí el soplo del deseo universal, una llama soberana que lo purificaba todo. Desbordóse su piedad y fué indulgente.

—Señora, la compadezco y la respecto á usted infinitamente.

Entonces ella no habló más. Le miró con sus grandes ojos, velados por las lágrimas; y después, con un brusco apretón, le asió las manos y las tuvo cogidas entre sus ardientes dedos. Luego partió, desapareció en el fondo del corredor con su ligereza de sombra.

Pero cuando no estuvo ya allí, Pedro sufrió más que con su presencia, y abrió completamente la ventana para arrojar el olor de amor que aquella mujer había dejado. Ya el domingo, cuando observó que en el cuarto vecino vivía oculta una mujer, sintió este terror público, diciéndose que era la revancha de la carne en medio de la exaltación mística de Lourdes la inmaculada.

Y ahora, volvía este espanto; comprendía el poder, la invencible voluntad de la vida que quiere ser.

El amor era más fuerte que la fe; tal vez no había allí nada divino sino la posesión. Amarse, pertenecerse, á pesar de todo, ¿no era ese el único fin de la naturaleza, aparte de las reglas sociales y religiosas?

Por un instante, tuvo conciencia del abismo: su castidad era su último sostén, la dignidad misma de su frustrada existencia de sacerdote incrédulo. Comprendía que después de haber cedido á su razón, estaba perdido si cedía á su carne. Todo su orgullo de pureza, toda su fuerza, que había puesto en su honestidad profesional, volvió á él; y se juró de nuevo no ser hombre, puesto que voluntariamente se había suprimido del número de ellos.

Dieron las siete. Pedro no volvió á acostarse; se lavó mucho, sintiéndose dichoso con esta agua fresca que acababa de calmar su fiebre. Cuando concluía de arreglarse, volvió á su pensamiento el ansioso recuerdo del señor de Guersaint, al escuchar ruído de pasos en el corredor.

Se detuvieron ante su puerta, llamaron; Pedro fué á abrir, aliviado, y dió un grito de viva sorpresa.

¡Cómo! ¿es usted? ¡Ya levantada, recorriendo las calles y subiendo á ver á las gentes!

María estaba de pie sobre el umbral, sonriendo. De ella, sor trás de Jacinta que la acompañaba, sonreía también con sus hermosos y cándidos ojos.

—¡Ah, amigo mío!—dijo la joven;—no he podido seguir acostada. En cuanto ví el sol, salté del lecho; ¡tenía tanta necesidad de andar, de correr, de saltar como un niño!... Y tanto he hecho, tanto he suplicado, que mi hermana ha sido bastante amable para salir conmigo. Creo que me habría ido por la ventana si me hubiesen cerrado la puerta.

Pedro las hizo entrar; una indecible emoción le oprimía la garganta oyéndola bromear tan alegremente, viéndola moverse con facilidad, tan viva, tan graciosa. ¡Ella, Dios mío, ella, á la que había visto años enteros con las piernas muertas y el rostro de color plomizo!

Desde que la dejó la víspera en la Basílica se había desarrollado en juventud y belleza. Una noche bastó para que encontrase crecida á la querida y tierna criatura, á la soberbia niña, brillante, que tan locamente había abrazado en otros tiempos detrás del florido seto, bajo los árboles asaeteados por el sol.

—¡Qué interesante, qué bella está usted, María!—dijo sin poderse contener.

Entonces intervino sor Jacinta.

—¿Verdad, señor abate, que la Santa Vírgen ha hecho bien las cosas? Cuando ella interviene, ya lo ve usted, se sale de sus manos fresca como una rosa y oliendo bien.

—¡Ah!—repitió la joven;—soy muy feliz; me siento muy fuerte, muy sana, muy blanca, como si acabase de nacer.

Pedro la escuchaba con deleite. Le parecía que lo que aún quedaba allí del hálito esparcido por la señora Volmar se disipaba, era purificado. María llenaba el cuarto con su candor, con su perfume, con el brillo de su inocente juventud. Y, sin embargo, esta alegría de la belleza pura, de la vida que reflorecía, no pasaba por él sin una gran tristeza. En el fondo, la revolución que había tenido en la cripta, la herida de su frustrada existencia, debía dejar su corazón sangrando incesantemente.

¡Tanta gracia resucitada; la mujer adorada que renacía en flor y por entero! Y él jamás conocería la posesión; estaba fuera del mundo, en el sepulcro. Pero no sollozaba más; experimentabe una melancolía sin límites, un inmenso aniquilamiento al decirse que estaba muerto, que esta aurora de mujer se alzaba sobre la tumba donde dormía su virilidad. Era la renuncia aceptada, querida, en la grandeza desolada de las existencias fuera de la naturaleza.

Igual que la otra, la apasionada, tomó María las manos de Pedro.

Pero, sus pequeñas manos ¡eran tan dulces, tan frescas, tan consoladoras! Ella le miraba algo confusa, con un gran deseo que no se atrevía á formular. Después, valientemente:

—Pedro, ¿quiére usted darme un beso? ¡Me alegrará tanto!

Pedro tembló con el corazón deshecho por una extrema tortura. ¡Ah, los besos de antes, los besos cuyo gusto había guardado siempre en sus labios! Desde entonces nunca más la había besado, y hoy era una hermana la que saltaba á su cuello. María le besó estrepitosamente en los dos carrillos, tendiéndole los suyos, exigiéndole que saldase su cuenta. El, á su vez, la besó dos veces.

—Yo tambien, se lo juro á usted; María, estoy contento, muy contento.

Y, herido por tan viva emoción, sin valor ya, dominado al mismo tiempo por una sensación de dulzura y de amargura, estalló en sollozos; lloró tapando su rostro entre las manos, como un niño que quiere ocultar sus lágrimas.

—Vamos, vamos, no nos vayamos á enternecer demasiado—repitió alegremente sor Jacinta.—El señor abate sería muy orgulloso si creyese que hemos venido solamente por él... El señor de Guersaint está ahí, ¿no es cierto?

Entonces Pedro tuvo que contar que el señor de Guersaint no había regresado de su excursión á Gararnie. Descubría su creciente inquietud, aunque se esforzaba por explicar el retraso, inventando obstáculos, complicaciones imprevistas. Por otra parte, la joven no se asustaba casi, se reía diciendo que su padre no había podido ser exacto jamás. ¡Tenía, sin embargo, una impaciencia tan grande de que la viese andar, de que la encontrase de pie, resucitada, en su floreciente juventud!

Sor Jacinta, que fué á inclinarse sobre el balcón, volvió al cuarto, diciendo:

—Hele aquí... Abajo está, apeándose del coche.

—¡Ah! Usted no sabe nada—exclamó María con la alegre vivacidad de un colegial.—Es preciso darle una sorpresa... Sí; necesitamos ocultarnos, y cuando él esté aquí, nos mostreremos de pronto.

Y arrastró á sor Jacinta hacia el cuarto próximo.

Casi en seguida, entró el Sr. de Guersaint por la puerta del corredor que Pedro se había apresurado á abrir, y apretándole la mano.

—¡Heme aquí, por fin! Ejen. No habrá usted sabido qué pensar, amigo mío, desde ayer á las cuatro que debe usted esperarme. Pero no puede usted imaginarse las aventuras; primero una rueda de nuestro landeau que se rompió al llegar á Gararnie; después, ayer noche, cuando acabábamos de salir, un espantoso chaparrón que nos ha detenido toda la noche en San Salvador. No he cerrado los ojos.

Se interrumpió un instante y continuó:

—¿Y usted, está bien?

—No he podido dormir más—dijo el sacerdote;—tal ha sido el ruído que han hecho en este hotel.

Pero ya el Sr. de Guersaint repetía:

—No importa, esto es delicioso. No puede imaginarse: será necesario que cuente á usted... estaba con tres eclesiásticos encantadores. El abate Des Hermoises es seguramente el hombre más agradable que he conocido. ¡Oh, nos hemos reído mucho!

De nuevo se detuvo:

—¿Y mi hija?

Entonces, detrás de él oyó una risa cristalina. Se volvió y quedó admirado. María estaba allí, andaba, tenía un rostro de arrobadora alegría, de resplandeciente salud.

El Sr. de Guersaint no había dudado jamás del milagro; no estaba sorprendido, porque volvía con la convicción de que todo acabaría muy bien, que encontraría seguramente curada á su hija. Pero lo que le impresionaba vivamente, era este prodigioso espectáculo que no había previsto. ¡Su hija tan bella, tan divina, con su pequeño vestido negro; su hija, que ni aún llevaba sombrero, con un encaje sencillamente anudado sobre su admirable cabellera rubia; su hija viva, floreciente, triunfante parecida á todas las hijas de todos los padres que envidiaba hacía tantos años!

—¡Oh hija mía, hija mía!

Y como ella se lanzara á sus brazos, la apretó contra su pecho y cayeron juntos, de rodillas. Y todo pareció eclipsarse ante la luz que irradiaba de aquella efusión de fe y de amor.

Este hombre distraído, de cabeza de chorlito, que se dormía en vez de acompañar á su hija á la Gruta, que partía para Gavarnie el día que la Vírgen debía curarla, se desbordó en tales manifestaciones de amor paternal, en una creencia de cristiano tan exaltada por el reconocimiento, que por un momento llegó á estar sublime.

—¡Oh, Jesús; oh, María; yo os doy gracias por haberme devuelto á mi hija! ¡Oh, hija mía; jamás tendremos bastante aliento, alma bastante para dar gracias á María y á Jesús, por la gran dicha que nos otorgan!... ¡Mi hija, á la que han resucitado; mi hija, á la que han rehecho tan bella! Toma mi corazón para ofrecerle con el tuyo. ¡Soy tuyo, soy tuyo eternamente, hija querida, mi niña adorada! De rodillas, ante la ventana abierta, los dos, con los ojos levantados, miraban ardientemente al cielo,

La hija apoyó la cabeza en el ombro de su padre, mientras que él la tenía cogida por el talle. No eran más que uno sólo; lentas lágrimas corrían por sus rostros extasiados, sonrientes, con una felicidad sobrehumana, mientras que balbuceaban un conjunto de desordenadas palabras de gratitud.

—¡Gracias, Jesús! ¡Gracias, Santa Madre de Jesús!... Os amamos, os adoramos... Habeis rejuvenecido la mejor sangre de nuestras venas; es

vuestra, arde para vosotros.. ¡Oh, Madre Todopoderosa, Divino Hijo muy amado, es una hija, es un padre, quienes os bendicen, quienes se sienten anonadados de alegría á vuestros pies!

Este abrazo de dos seres, dichosos después de tantos días negros; este balbuceo de su dicha como heridos aun por el sufrimiento; toda esta escena era tan conmovedora que Pedro empezó á llorar nuevamente. Pero ahora eran dulces lágrimas que apaciguaban su corazón.

¡Ah, pobre humanidad! ¿Qué hermoso era verla un poco consolada y enajedada! ¡Qué importaba, si sus grandes felicidades de algunos minutos venían ó no de la eterna ilusión? La humanidad entera la humanidad piadosa, salvada por el amor, ¿no estaba representada en este pobre hombre-niño, apareciendo sublime, de repente, al encontrar á su hija resucitada?

De pie, un poco separada, sor Jacinta lloraba también, con el corazón preñado de una emoción humana que jamás había sentido, y la que no conoció otros parientes sino el buen Dios y la Santa Vírgen. Reinó el silencio en este cuarto palpitante de una tal fraternidad empapada en lágrimas. Y sor Jacinta fué la primera que habló, cuando el padre y la hija, desfallecidos por el mismo enternecimiento, se levantaron por fin.

—Ahora, señorita, es preciso darse prisa, despachar pronto para volver al Hospital.

Pero todos se opusieron á ello. El Sr. de Guersaint quería retener á su hija, y María demostraba en sus ardientes ojos, el deseo, el ansia de vivir, de andar, de correr el vasto mundo.

—¡Oh, no, no!—dijo el padre. No se la devuelvo á usted... Vamos á tomar un vaso de leche, porque me muero de hambre; después, saldremos, pasearemos, sí, sí, los dos juntos, cogida á mi brazo, como una mujercita.

—Pues bien; se la dejo á usted; diré á esas señoras que usted me la ha robado... Pero yo huyo. No pueden ustedes imaginarse el trabajo que tenemos en el Hospital si queremos estar prontos para la partida; todos nuestros enfermos, todo nuestro material; en fin, un verdadero barullo.

—Luego, ¿hoy es martes?—preguntó el señor de Guersaint, que caía de nuevo en sus distracciones.—¿Partimos esta tarde?

—Ciertamente, no lo olvide usted... El tren blanco parte á las tres y cuarenta. Y si usted es razonable, llevará á la señorita á buena hora para que descanse un poco.

María acompañó á la hermana hasta la puerta.

—Esté Ud. tranquila, que seré muy prudente.

Después quiero volver á la Gruta para dar nuevas gracias á la Santa Vírgen.

Cuando se encontraron los tres solo en el pequeño cuarto bañado por el sol, fué aquello un delicioso espectáculo. Pedro llamó á la criada

para que les trajese leche, chocolate, pasteles, todas las cosas buenas imaginables. Y aunque María había comido ya, volvió á comer de nuevo; de tal modo devoraba desde la víspera.

Arrastraron el velador delante de la ventana, y tuvieron allí un festín al aire libre y vivo de las montañas, mientras que las cien campanas de Lourdes, echadas al vuelo, resonaban la gloria de esta radiosa jornada.

Hablaban muy alto, se reían. María contó á su padre el milagro con detalles cien veces repetidos; cómo dejó su carrito en la Basílica, y cómo acababa de dormir doce horas sin mover ni un dedo.

Después, el señor de Guersaint quiso contar también su excursión, pero se embrollaba y lo mezclaba con el milagro. En suma, ese circo de Gavarnie tenía algo de colosal. Solamente, de lejos, se perdía el sentimiento de sus proporciones, parecía pequeño. Los tres gigantescos escalones, cubiertos de nieve, la artista superior que dibujaba sobre el cielo el perfil de una fortaleza ciclópea; el castillo cerrado, los lienzos cortados, la gran cascada, cuya caída sin fin parecía tan lenta, cuando en realidad debía caer con la violencia del trueno, toda esa inmensidad, esas selvas á derecha é izquierda, esos torrentes, esos desplomes de montañas, parecían caber en el hueco de la mano, cuando se los miraba desde el mercado de la aldea. Y lo que más le llamaba la atención, de lo que hablaba sin cesar, eran las extrañas figuras que dibujaba la nieve, estando allá arriba entre las rocas, y particularmente un inmenso crucifijo, una cruz blanca de muchos millares de metros, que parecía arrojada á través del circo, de un extremo á otro. De pronto se interrumpió para decir:

—A propósito; ¿qué pasa en el cuarto de nuestros vecinos?

Ahora mismo, al subir, encontré al señor Vignerón que corría como un loco; y por la puerta entreabierta de su cuarto me pareció ver á la señora Vignerón muy encarnada... ¿Es que ha tenido una nueva crisis su hijo Gustavo?

Pedro habíase olvidado de la señora Chaise, de la muerta que dormía allí, de otro lado del tabique. Le pareció sentir un pequeño soplo frío.

—No, no; el niño está bien...

Y no continuó; prefirió callarse. ¿A qué santo amargar esta hora tan feliz, de resurrección, de juventud reconquistada, mezclando en ella la imagen de la muerte? Pero, desde esto momento, no dejó de pensar en esa vecindad del no ser, y pensaba también en el otro cuarto, donde el señor solo ahogaba sus sollozos, con los labios colocados sobre un par de guantes que había quitado á su amiga.

Todo el hotel volvía otra vez á sus toses, sus suspiros, sus voces indistintas, el contínuo golpear de las puertas, los cuartos crugiendo bajo el hacinamiento de los viajeros, los corredores barridos por el vuelo de las faldas, por el galope de las familias que se azoraban ahora en la celeridad de la marcha.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Palabra! te va á sentar mal—exclamó el señor de Guersaint riendo cuando vió que su hija tomaba otro bol!o.

María se rió también.

Después, con súbitas lágrimas en los ojos:

—¡Ah, qué contenta estoy, y al mismo tiempo cuánta pena siento al pensar que no todo el mundo está tan contento como yo!

II.

Eran las ocho, y María no podía contenerse de impaciencia en el cuarto, asomándose incesantemente á la ventana, como si con el aliento quisiese beber todo el libre espacio, todo el vasto cielo. ¡Ah, correr por las calles, por las plazas, ir por todas partes, más allá aún, más lejos de donde la llevaba su deseo, y mostrar que ella también estaba fuerte; tener la vanidad de andar leguas enteras ante el mundo, ahora que la Santa Vírgen la había curado! Era un ímpetu, un impulso de todo su ser, de su sangre, de su corazón; irresistible.

Pero en el momento de partir, decidió que su primera visita con su padre, debía ser para la Gruta, donde los dos tenían que dar gracias á Nuestra Señora de Lourdes. Y en seguida, estarían libres; tenían dos largas horas por delante para pasear por donde quisieran, antes de que ella regresase para almorzar y hacer su pequeño paquete en el hospital.

—Veamos; ¿estamos ya? ¿Partimos?—exclamó el Sr. de Guersaint.

Pedro tomó su sombrero, y los tres descendieron hablando muy alto y riendo por la escalera, con una alegría de colegiales que entran en vacaciones. Ganaban ya la calle cuando bajo el soportal se precipitó la señora Majestad, que debía estar acechando su salida.

—¡Ah, señorita; ah, señores, permítanme que les felicite! Hemos sabido la extraordinaria gracia que les ha sido concedida á ustedes, y nos sentimos muy dichosos y muy honrados cuando la Santa Vírgen quiere distinguir á alguno de nuestros clientes.

Su rostro seco y duro se fundía de amabilidad; miraba á María con ojos que acariciaban.

Después, llamó vivamente á su marido que pasaba.

—Mira, amigo mío: es esta señorita.

El mondado rostro de Majestad, untado de manteca amarilla, adquirió una expresión de alegría y de reconocimiento.

—Es verdad, señorita, que puedo expresar á usted cuán honrados hemos sido. Jamás olvidaremos que su señor padre de usted estuvo en nuestra casa.

Esto ha hecho ya muchos envidiosos.

Y la señora Majestad, durante este tiempo, detenia á los demás viajeros que salían, llamaba con gestos á las familias instaladas ya en el comedor, y hubiera hecho entrar á la calle entera, si se la hubiese dejado ocasión para mostrar que tenía allí en su casa el milagro de que estaba maravillado todo Lourdes desde la víspera. La gente acababa por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Palabra! te va á sentar mal—exclamó el señor de Guersaint riendo cuando vió que su hija tomaba otro bol!o.

María se rió también.

Después, con súbitas lágrimas en los ojos:

—¡Ah, qué contenta estoy, y al mismo tiempo cuánta pena siento al pensar que no todo el mundo está tan contento como yo!

II.

Eran las ocho, y María no podía contenerse de impaciencia en el cuarto, asomándose incesantemente á la ventana, como si con el aliento quisiese beber todo el libre espacio, todo el vasto cielo. ¡Ah, correr por las calles, por las plazas, ir por todas partes, más allá aún, más lejos de donde la llevaba su deseo, y mostrar que ella también estaba fuerte; tener la vanidad de andar leguas enteras ante el mundo, ahora que la Santa Vírgen la había curado! Era un ímpetu, un impulso de todo su ser, de su sangre, de su corazón; irresistible.

Pero en el momento de partir, decidió que su primera visita con su padre, debía ser para la Gruta, donde los dos tenían que dar gracias á Nuestra Señora de Lourdes. Y en seguida, estarían libres; tenían dos largas horas por delante para pasear por donde quisieran, antes de que ella regresase para almorzar y hacer su pequeño paquete en el hospital.

—Veamos; ¿estamos ya? ¿Partimos?—exclamó el Sr. de Guersaint.

Pedro tomó su sombrero, y los tres descendieron hablando muy alto y riendo por la escalera, con una alegría de colegiales que entran en vacaciones. Ganaban ya la calle cuando bajo el soportal se precipitó la señora Majestad, que debía estar acechando su salida.

—¡Ah, señorita; ah, señores, permítanme que les felicite! Hemos sabido la extraordinaria gracia que les ha sido concedida á ustedes, y nos sentimos muy dichosos y muy honrados cuando la Santa Vírgen quiere distinguir á alguno de nuestros clientes.

Su rostro seco y duro se fundía de amabilidad; miraba á María con ojos que acariciaban.

Después, llamó vivamente á su marido que pasaba.

—Mira, amigo mío: es esta señorita.

El mondado rostro de Majestad, untado de manteca amarilla, adquirió una expresión de alegría y de reconocimiento.

—Es verdad, señorita, que puedo expresar á usted cuán honrados hemos sido. Jamás olvidaremos que su señor padre de usted estuvo en nuestra casa.

Esto ha hecho ya muchos envidiosos.

Y la señora Majestad, durante este tiempo, detenia á los demás viajeros que salían, llamaba con gestos á las familias instaladas ya en el comedor, y hubiera hecho entrar á la calle entera, si se la hubiese dejado ocasión para mostrar que tenía allí en su casa el milagro de que estaba maravillado todo Lourdes desde la víspera. La gente acababa por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amontonarse, se hacía poco á poco un corrillo, mientra que ella cuchicheaba al oído de todos:

—Mire usted; esa es la joven; ya sabe usted; la joven...

De pronto exclamó:

—Voy á buscar á Apolonia el almacén. Es preciso que vea á esta señorita.

Pero entonces la detuvo Majestad con aire digno.

—No; deja á Apolonia: ya tiene tres señoras á quien servir... Seguramente que esta señorita y estos señores no dejarán Lourdes sin hacer algunas compras. ¡Es tan agradable contemplar más tarde los recuerditos llevados! Y nuestros clientes no quieren comprar jamás sino en nuestra casa, en el almacén que tenemos junto al hotel.

—Ya he hecho mis ofrecimientos de renuevo,—añadió la señora Majestad.—Apolonia se considerará muy feliz mostrando á esta señorita lo más bonito que tenemos, y en condiciones de venta verdaderamente increíbles. ¡Oh, cosas encantadoras!

María empezaba á impacientarse de verse así detenida, y Pedro sufría con la despertada curiosidad que iba agrandándose alrededor ellos. Cuanto al señor de Guersaint, gozaba deliciosamente de esta popularidad, de este triunfo de su hija.

Prometió volver.

—Ciertamente; compraremos algunos juguetes. Recuerdos para nosotros, regalos que tenemos que hacer... Pero más tarde, cuando regresemos.

Por fin, se escaparon y descendieron por la avenida de la Gruta. Hacía un tiempo soberbio después de los chubascos de las noches precedentes. El aire matinal, refrescado, sentada bien, bajo la turbulenta alegría del claro sol. Una muchedumbre apresurábase sobre las aceras, atareada, contenta de vivir.

¡Qué arrobamiento para María, á quien todo parecía nuevo, encantador, inapreciable! Por la mañana, tuvo que aceptar que Ramona le prestase un par de botinas, porque ella se guardaría bien de tomar una de su maleta por superstición, temiendo buscar la mala ventura.

Las botinas le sentaban á las mil maravillas, y escuchaba con infantil júbilo á los pequeños talones pisar gallardamente sobre las losas. No recordaba haber visto casas tan blancas, árboles tan verdes, transeuntes tan gozosos. Todos sus sentidos parecían estar de fiesta y llenos, de maravillosa delicadeza; escuchaba músicas, olía perfumes lejanos, saboreaba el aire golosamente, como si fuese una soave fruta. Pero, sobre todo, lo que encontraba más encantador, más delicioso, era pasearse de aquel modo, del brazo de su padre. Jamás lo había hecho; era su constante sueño hacía muchos años, como una de esas dichas imposibles con las cuales se distrae el sufrimiento. El sueño se realizaba; su corazón palpitaba de alegría.

María se apretaba contra su padre, se esforzaba por marchar muy derecha, muy bella, para hacerle honor. El, estaba muy orgulloso, tan feliz como ella, mostrándola, pregonándola, desbordando de la alegría de sentirla á su lado, su sangre, su carne, su hija, radiante para siempre de juventud y de salud.

Cuando los tres atravesaban la meseta de la Merlasse, ocupada ya por la bandada de mercaderes, de velas y de *bouquets*, lanzados en persecución de los peregrinos, el señor de Guersaint exclamó:

—Seguramente que no vamos á llegar á la Gruta con las manos vacías.

Pedro, que iba al otro lado de María, dominado también por la ruidosa alegría que estaba viendo, se detuvo. En seguida fueron rodeados, invadidos por una nube de vendedores, cuyas rapaces manos les presentaban las mercancías hasta tocar en la cara con ellos. «¡Mi bella señorita; mis buenos señores; cómprenme á mí, cómprenme á mí, á mí, á mí!» Fué necesario forcejear para desembarazarse de ellos. El Sr. de Guersaint acabó por comprar el *bouquet* más grande, un ramo de blancas margaritas, apretado y duro como un repollo, á una hermosa muchacha gruesa y rubia, de veinte años á lo más, tan poco vestida en su desenvoltura que dejaba ver la libre redondez de su garganta bajo su camisa medio desabrochada. El *bouquet* no costaba, por otra parte, más que veinte sueldos; se dispuso á pagarlo de su pequeño bolsillo, algo extrañado de las maneras de la joven; y pensando interiormente que aquella muchacha se dedicaba seguramente á otro comercio, cuando la Santa Virgen descansaba.

Por su parte, Pedro pagó las tres velas que María tomó á una vieja; tres velas de dos francos, demasiado baratas, según ella decía. La vieja, de cara angulosa, de nariz de presa, y ojos de lucro, se deshacía en melífluas reverencias.

«¡Que Nuestra Señora de Lourdes bendiga á usted, mi bella señorita; que cure á usted y á los suyos sus enfermedades!» Esto les divertió nuevamente y partieron riendo los tres, encantados como niños, pensando que se había ya realizado el voto de la buena mujer.

En la Gruta María quiso desfilar inmediatamente para dar por sí misma el *bouquet* y las velas antes de arrodillarse. Aún no había allí mucha gente; se pusieron á la cola y pasaron al cabo de tres ó cuatro minutos.

¡Con qué miradas, llenas de éxtasis, lo examinó ella todo; el altar de plata labrada, el órgano-armonium, los exvotos, las gradas relucientes de cera, llameantes en pleno día! En esta Gruta, la cual aún no había visto sino de lejos, desde su carrito de miseria, encontraba por fin ella; respiraba allí como en el Paraíso mismo, bañada de un aire tibio y un soave olor, en que se dejaba María ahogar dulcemente.

Cuando depositó las velas en el fondo de la gran cesta y se subió

para enganchar el ramo en una lanza de la reja, besó detenidamente la roca por debajo de la Santa Vírgen, en ese sitio que millones de lábios habían pulimentado ya.

Y dió á esta piedra un beso de amor en el que puso la llama de su gratitud, un beso en el que se fundió su corazón.

Fuera, después, María se prosternó, entregándose á un acto de gracias sin fin. Su padre se había arrodillado también, junto á ella, mezclando al suyo el fervor de su gratitud. Pero no podía hacer mucho tiempo una misma cosa; poco á poco llegó á sentirse inquieto; acabó por inclinarse al oído de su hija para decirle que tenía que hacer un encargo del que no se había acordado antes. Seguramente, lo mejor era que ella se quedase allí en oración esperándole. Mientras ella acababa sus devociones, él despacharía, concluiría su comisión, y después pasearían con facilidad por donde ella quisiese.

María no le comprendió; ni siquiera le oyó. Se contentó con inclinar la cabeza, prometiendo no moverse, poseída de tal fe y enternecimiento que sus ojos se llenaban de lágrimas, fijos en la blanca estatua de la Vírgen.

Cuando el Sr. de Guersaint se unió á Pedro, que se había quedado algo separado, se explicó:

—Querido amigo; es un caso de conciencia. He prometido formalmente á nuestro cocherо de Gavarnie ver á su patrón para decirle las verdaderas causas del retraso. Ya sabe usted: el barbero de la plaza del Marcadall... Y además, es preciso que me afeite.

Pedro, inquieto, tuvo que ceder ante la promesa de que estaría de vuelta dentro de un cuarto de hora. Solamente, como la carrera le parecía larga, se obstinó por su parte en tomar un coche que se hallaba estacionado á lo bajo de la meseta de la Merlasse. Una especie de cabriolé verde, cuyo cochero era un grueso muchacho, de unos treinta años, con un casquete en la cabeza, y fumando un pitillo. Sentado oblicuamente sobre el pescante, las rodillas separadas, guiaba con un *sans-façon* tranquilo de hombre bien alimentado y dueño de la calle.

—Esperemos usted—dijo Pedro al bajar, cuando llegaron á la plaza del Marcadal.

—Bien, bien, señor abate. Espero á ustedes.

—Y dejando su delgado caballo á los rayos del sol, fuese á bromear con una fuerte doméstica, desmelenada y despechugada, que se hallaba lavando un perro en el pilón de la vecina fuente.

Cazabán estaba justamente en el umbral de su tienda, cuyos altos cristales y claro color verde, alegraban la triste plaza, desierta toda la semana. Cuando el trabajo no apretaba, gustaba él de mostrarse así, entre sus dos escaparates, llenos de tarros de pomada y frascos de perfumes que despedían vivos matices.

En seguida reconoció á los visitantes.

—Me encuentro muy honrado... Suplico á usted que entren.

Después, á las primeras palabras que el señor de Guersaint quiso pronunciar para excusar al hombre que le condujo á Garvarnie, se mostró benévolo. Indudablemente que no era culpa del cochero, pues no tenía poder para impedir que las ruedas se rompiesen ni que lloviese. Desde el instante en que los viajeros no se quejaban, todo estaba muy bien.

—¡Oh!—exclamó el señor de Guersaint;—un país admirable, inolvidable.

—Pues bien, señor; puesto que nuestro país le gusta, usted volverá á vernos, que es cuanto podemos pedir.

En seguida, cuando el arquitecto pidió ser afeitado, se apresuró á servirle. Su mancebo estaba aún ausente, en unos recados de los peregrinos que albergaba. Toda una familia, que llevaba una maleta de rosarios, Vírgenes de yeso y grabados en cuadros.

Se oían en el primer piso multitud de pisadas, voces violentas, un barrullo de gentes enloquecidas por la próxima partida, en medio de un amontonamiento de compras que embalar.

En el comedor próximo, cuya puerta había quedado abierta, dos niños rebañaban jícaras de chocolate, tiradas entre el desórden del servicio de mesa. Y estaba la casa entera alquilada, entregada, durante las últimas horas de esta invasión del extranjero, que obligaba al barbero y á su mujer á refugiarse en el sótano, una estrecha cueva donde se acostaban sobre un catre de tijera.

Mientras que Cazaban le frotaba las mejillas con espuma jabonosa, el señor de Guersaint preguntó:

—Y bien, ¿está usted contento de la estación?

Ciertamente, señor; no me quejo. Ya oye usted; mis viajeros parten hoy, pero espero otros mañana por la mañana. Apénas queda tiempo para dar un limpión... Y así estaremos hasta Octubre.

Después, como Pedro siguiese de pié, yendo y viniendo por la tienda, mirando las paredes con aire de impaciencia, se volvió políticamente hacia él, diciéndole:

—Siéntese usted, señor abate; tome un periódico... Esto no será largo.

Con un gesto, el sacerdote dió las gracias rehusando sentarse; y el barbero continuó en su constante prurito de hablar:

—¡Oh! yo marcho siempre; mi casa es conocida por la limpieza de los lechos y por la bondad de la cocina... Solamente, la ciudad no está contenta; ¡ah, no! Y hasta puedo decir que jamás he visto un descontento parecido.

Se calló un minuto, afeitó la mejilla izquierda; é interrumpiéndose de nuevo, declaró repentinamente, en un grito que la verdad le arrancaba:

—Señor, los padres de la Gruta juegan con el fuego; he ahí todo lo que tengo que decir.

Desde entonces dió rienda suelta á su lengua y habló, habló hasta no poder más. Sus grandes ojos se agitaban en su larga faz, de pómulos salientes y tez morena, salpicada de rojo; mientras que todo su pequeño cuerpo, nervioso, se retorcía, sacudido por su exuberancia de palabras y de gestos.

Llegaba á su acta de acusación; decía los innumerables agravios que la antigua villa tenía contra los Padres. Los hospederos se quejaban, los mercaderes de objetos religiosos no tenían la mitad de los ingresos que debían percibir; en fin, la villa nueva acaparaba los peregrinos y el dinero; no había ganancia posible más que para las casas de huéspedes, hoteles y almacenes abiertos en las cercanías de la Gruta.

Era la lucha sin cuartel, la hostilidad homicida, agrandándose cada día; la vieja ciudad perdiendo en cada estación un poco de vida, destinada seguramente á desaparecer, á ser ahogada, asesinada por la ciudad joven.

¡Ah, aquella obscena Gruta! Era mejor cortarse los piés antes que pisarla. ¿No era descorazonador ver la tienda de juguetes que habían colocado al lado? Una verdadera vergüenza, acerca de la cual el obispo se mostraba indignando, y decíase que había escrito al Papa.

El, que se lisonjeaba de ser un libre pensador y un republicano de la antevíspera, que ya bajo el Imperio votaba por los candidatos de la oposición, bien tenía derecho á declarar que no creía en esto en la obscena Gruta, y que se le importaba un ardite de ella.

—Mire usted, señor, voy á contarle un hecho. Mi hermano es del Consejo municipal y pol él lo sé... Es necesario decir á usted antes, que tenemos un Consejo municipal republicano, al cual le aflige mucho la desmoralización de la ciudad.

Por la noche no se puede salir sin encontrar muchachas en las calles, ya sabe usted, vendedoras de velas, que se pierden con los cocheros que la estación nos trae; una población equívoca y flotante, llegada no se sabe de dónde... Es preciso también que explique á usted la situación de los Padre en frente de la ciudad. Cuando compraron los terrenos de la Gruta, firmaron un acta, por la cual se comprometían formalmente á no ejercer comercio alguno. Después han abierto una tienda, burlándose de su compromiso.

¿No es esto una competencia desleal, indigna de gentes honradas?... Así es que el nuevo consejo ha decidido enviar una comisión para exigir de los Padres el respeto al contrato, ordenándoles cerrar su tienda inmediatamente. ¿Y sabe usted, señor, lo que han contestado? ¡Oh! Lo que han contestado veinte veces, lo que contestan siempre, cuando se les recuerda sus compromisos: «Está bien; cumpliremos lo ofrecido; pero, como somos los dueños en nuestra casa, cerramos también la Gruta.»

Estaba indignado, con la navaja en el aire, y repetía marcando las palabras, con los ojos escandalizados por esta atrocidad:

—«¡¡Cerraremos la Gruta!!»

Pedro, que continuaba su lento paseo, se detuvo bruscamente, y le dijo cara á cara:

—¡Pues bien! El Consejo municipal no tiene más que responder: «¡Cerradla!»

Al oirle, Cazaban, casi ahogándose, muy encarnado y fuera de sí, balbuceando, repetía:

—¡Cerrar la Gruta!... ¡Cerrar la Gruta!...

—¡Ciertamente! Puesto que le irrita á usted y le descorazona esta Gruta, puesto que es causa continua de guerra, de injusticia, de corrupción. Esto se acabará y no se oirá hablar más de ello... En verdad, que sería una solución excelente, y si se tuviese algún poder para ello, se les hacía á ustedes un servicio obligando á los Padres á ejecutar su amenaza.

A medida que hablaba Pedro, perdía Cazaban su cólera, quedándose muy calmado y un poco pálido. Y en el fondo de sus grandes ojos, el sacerdote veía crecer una inquietud. ¿No habría ido demasiado lejos en su pasión contra los Padres? Muchos eclesiásticos no les querían, y tal vez este joven sacerdote se encontrase en Lourdes tan sólo para emprender una campaña contro ellos. Entonces, ¿quién sabe? Dentro de algún tiempo se vislumbraba el cierre probante de la Gruta.

Se vivía tan sólo de ella; y si la vieja ciudad gritaba, rabiosa por no recoger más que las migajas, aún era felíz con este provecho; y los mismos libre-pensadores que recogían á manos llenas el dinero de los peregrinos como todo el mundo, se callaban, mal de su grado, asustados desde el momento en que veían que los demás participaban de su opinión en contra de la Gruta.

Era necesario, pues, ser prudente.

Cazaban ocupóse de nuevo del señor de Guersaint. Se puso á afeitar el otro carrillo, murmurando con aire desapasionado.

—Oh! yo, lo que digo de la Gruta es que no me inquieta en el fondo. Y además, es muy necesario que todo el mundo viva.

En el comedor los niños acababan de romper una de las vasijas, en medio de ensordecedores gritos. Y Pedro púsose otra vez á mirar los grabados de santos y la Vírgen de yeso, con que el barbero había decorado la habitación para hacerla agradable á sus parroquianos.

Una voz gritó desde il primer piso, que la maleta estaba cerrada, y que el muchacho podía atarla cuando regresase.

Pero Cazaban, ante estos dos señores á quienes en suma no conocía, estaba desconfiado, molesto, con la cabeza llena de intranquilizadoras hipótesis. Le desesperaba dejarles partir de ese modo, sin saber nada acerca de ellos, después de haberse comprometido él por su parte. ¡Si estuviese á tiempo para recoger sus demasiado vivas palabras acerca de los Padres! Así es que, cuando el señor de Guersaint se levantó para lavarse la barba, cedió aquél á su necesidad de renovar la conversación.

¿Han oído ustedes hablar del milagro de ayer? La villa está desconcertada; más de veinte personas me lo han contado ya... sí; parece ser que han obtenido un milagro extraordinario, una jove señorita paralítica, que se ha levantado y ha guiado su carrito hasta el coro de la Basílica.

El Sr. de Guersaint, que iba á sentarse después de haberse enjugado, rióse muy complacido.

—Esa jóven señorita es mi hija.

Entonces, á este repentino rayo de dichosa luz, Cazaban se tranquilizó. Consolado ya, acabó de peinarle magistralmente, en medio de la exuberancia de gestos y palabras que le venían á la boca.

—¡Ah, señor! Felicito á usted y me considero muy honrado con haberle tenido entre las manos... Desde el momento en que su hija de usted está curada, esto basta á su corazón de padre. ¿No es cierto?

Y también encontró para Pedro una frase amable. Después, cuando se decidió á dejarles partir, miró al sacerdote con aire convencido, y dijo como hombre práctico, deseoso de concluir con lo referente á los milagros:

—Hay según se ve, señor abate, dicha para todos. De cuando en cuando, nos es conveniente uno de esta calidad.

Fuera ya, el Sr. de Guersaint tuvo que ir á buscar al cochero, quien seguía riendo con la criada, cuyo perro, mojado de agua, se sacudía al sol. En cinco minutos les condujo el coche á lo bajo de la meseta de la Merlasse.

La excursión había durado media hora, y Pedro quiso conservar el coche, con la idea de enseñar la ciudad á María sin fatigarla demasiado. Mientras que el Sr. de Guersaint corría á la Gruta á buscar á su hija, él esperó allí bajo los árboles.

En seguida el cochero trabó conversación con el sacerdote. Había encendido otro pitillo y se mostraba muy familiar. Era de una aldea de las cercanías de Tolosa, y no se quejaba, ganaba muy buenos jornales en Lourdes. Allí se comía bien, se divertía uno y era lo que podía llamarse un buen país. Decía estas cosas con el abandono del hombre á quien no inquietan los escrúpulos religiosos, sin olvidar, nobstante, el respeto debido á un eclesiástico.

Finalmente, desde lo alto de su pescante, medio echado, con una de sus piernas colgando, dejó caer lentamente estas palabras:

—¡Ah! sí, señor abate, Lourdes ha tenido buen éxito; pero el caso está en saber si esto durará mucho tiempo.

Pedro, impresionado por estas palabras, trataba de sondear la profundidad que encerraban, cuando reapareció el señor de Guersaint llevando á María. La había encontrado arrodillada en el mismo sitio, entregada aún al mismo acto de fe y de gratitud, á los pies de la Santa Vírgen; y parecía reflejar en los ojos toda la deslumbradora luz de la Gruta; de tal modo relucían de celestial alegría por su curación.

María no consintió de ningún modo en conservar el coche. ¡No, no! prefería andar; la importaba poco ver la ciudad, con tal que durante una hora aún, anduviese del brazo de su padre por los jardines, por las calles, por las plazas, por donde quisieran. Y cuando Pedro pagó al cochero, ella fué quien echó á andar por un paseo del jardín de la Explanada, arrobada de pasearse así, á pasos cortos, á lo largo de los céspedes, cuajados de floridas cestillas, bajo los grandes árboles.

¡Eran tan dulces, tan frescas, todas esas hierbas, todas esas hojas esos paseos umbrosos, solitarios, desde donde se oía el eterno murmullo del Gave!

Después deseó volver á las calles, entre la muchedumbre, para encontrar allí de nuevo la agitación, el ruído, la vida, de la cual sentía la necesidad todo su ser.

En la calle de San José, al reparar en un panorama donde se veía la antigua Gruta con Bernadette arrodillada el día del milagro de la vela Pedro tuvo la idea de entrar. María sintió una alegría infantil, y el señor de Guersaint también mostró el más inocente júbilo, sobre todo cuando notó que muchos de los peregrinos que se precipitaban con ellos en el fondo del oscuro corredor, acababan de reconocer en su hija á la jóven curada milagrosamente la víspera, ya gloriosa, y cuyo nombre circulaba de boca en boca. Arriba, sobre el estrado circular, cuando María se mostró á la difusa luz de un velón, hubo una especie de ovación alrededor de ella; dulces cuchicheos, devotas miradas, un estático arrobamiento al verla, al seguirla, al tocarla. Ahora, era esto la gloria; sería amada así en todas partes por donde fuese.

Para que se olvidasen un poco de ella, fué necesario que el empleado encargado de las explicaciones, se pusiese á la cabeza del pequeño ejército de visitantes, dando la vuelta, contando el episodio que representaba la inmensa tela circular de 126 metros de largo. Tratábase de la décima séptima aparición de la Santa Vírgen á Bernadette, el día en que, arrodillada ante la Gruta, tenía por descuido durante la visión, abandonada una mano sobre la llama de su vela, sin quemarse; y todo el antiguo paisaje de la primitiva Gruta se encontraba allí restablecido, toda la escena hallábase reconstituída, con sus históricos personajes, el médico haciendo constar el milagro con el reloj en la mano, el alcalde, el comisario de policía, cuyos nombres pronunciaba el empleado, en medio del embelesamiento del público que le seguía.

Entonces, por un inconsciente enlace de ideas, Pedro recordó las palabras que el cochero acababa de pronunciar: «Lourdes ha tenido buen éxito; pero el caso está en saber si esto durará mucho tiempo.» En efecto, esa era la cuestión. ¡Cuántos santuarios venerados habían ya sido edificados de este modo, á la voz de inocentes niños, elegidos entre todos, y á los cuales se había mostrado la Santa Vírgen!

Siempre comenzaba de nuevo la misma historia; una aparición, una

pastora perseguida, á quien se trataba de embustera; después un sordo empuje de la miseria humana hambrienta de ilusión; luego, la propaganda, el triunfo del santuario radiante; y mas tarde, la decadencia, el olvido, cuando en otro sitio nacia otro santuario del estático sueño de otra vidente. Parecia que el poder de la ilusión se gastaba; que era necesario á través de los siglos variarla de lugar, colocarla en una nueva decoración, en una nueva aventura, para renovar su poder.

La Saleta destronó á las antiguas vírgenes de madera ó de piedra que curaban; Lourdes acababa de destronar á la Saleta, esperando á su vez ser destronada por la Nuestra Señora, de mañana, cuyo dulce y consolador rostro se mostraría á un puro niño, que estaría aún por nacer.

Solamente, si Lourdes tuvo un éxito tan rápido, tan prodigioso, lo debía seguramente á la almita sincera, al delicioso encanto de Bernadette.

Aquí no habia ninguna superchería, ninguna mentira; sólo había la florescencia del sufrimiento; una miserable niña enferma que llevaba al pueblo de los que sufren su sueño de justicia, de igualdad en el milagro. No era más que la eterna esperanza, el eterno consuelo. Por otra parte, todas las circunstancias históricas y sociales parecían haberse unido para exasperar la necesidad de este vuelo místico, al final de un terrible siglo de investigación positiva. Y por esto, sin duda, duraría Lourdes aún mucho tiempo en su triunfo, antes de ser tan sólo una leyenda, una de esas religiones muertas, cuyo poderoso perfume se ha evaporado.

¡Ah, cuán fácilmente reconstituía Pedro, dando la vuelta á la vasta tela del panorama, este antiguo Lourdes, esta villa pacífica y creyente, única cuna posible donde podia nacer la leyenda! Esta tela lo decía todo, y constituía la mejor lección que se puede ver de las cosas. No se atendían las monótonas explicaciones del empleado: el paisaje hablaba por sí solo.

En primer lugar estaba la Gruta, el hueco de roca á orillas del Gave, un sitio de ensueño salvaje, pendientes terrenos cubiertos de matorrales, desplomamientos de piedras, sin un camino señalado, nada más; nada de embellecimientos, nada de estanque monumental, ni de paseos de jardin inglés serpenteando entre arbustos podados; nada de Gruta arreglada, reformada, cerrada por una reja, y sobre todo, nada de tienda de objetos religiosos, como estas cuya simonía era el escándalo de las almas piadosas.

La Vírgen, no había podido escoger en el desierto un rincón más encantador, para mostrarse á la elegida de su corazón, á la pobre niña que paseaba allí el sueño de sus penosas noches, recogiendo leña muerta.

Después, del lado de allá del Gave, detrás de la roca del Castillo, hallábase el antiguo Locer desconfiado y dormido. Otra edad se evocaba; una pequeña villa, con sus calles estrechas, empedradas de guijarros, sus casas negras, sus marcos de mármol, su antigua iglesia medio española, llena de antiguas esculturas, poblada de visiones de oro y de pintada carne.

Solamente, dos veces diarias, las diligencias de Bagnéres y de Cauterets atravesaban á vado el Lapaca, para subir en seguida la ruda calzada de la calle Baja.

El espíritu del siglo no había soplado aún sobre estos pacíficos techos, abrigando una población atrasada, que había quedado niña, enteramente encerrada en la estrecha cadena de una fuerte disciplina religiosa. Ningún exceso; un lento comercio secular bastaba á su vida cuotidiana, una vida pobre, cuya rudeza era la salvaguardia de sus costumbres. Y jamás comprendió mejor Pedro, como Bernadette, nacida en esta tierra de fe y de honestidad, había florecido allí á la manera de una rosa natural, abierta en los escaramujos del camino.

—Esto es sumamente curioso,—declaró el Sr. de Guersaint, cuando se volvió á encontrar en la calle.—No siento haberlo visto.

María rióse también llena de alegría.

—Padre, parece que está uno allí ¿verdad? Por momentos se diría que los personajes van á moverse... ¡Y qué encantadora está Bernadette, de rodillas, en éxtasis, mientras que la llama de la vela lame sus dedos sin dejar de arder!

—Veamos—repitió el arquitecto;—sólo tenemos ya una hora, y, sin embargo, será preciso pensar en hacer nuestras compras, si es que deseamos comprar alguna cosa... ¿Quieren ustedes que demos una vuelta por las tiendas? Hemos prometido á Majestad darle la preferencia; pero esto no impedirá que nos enteremos algo. Pedro, ¿qué le parece á usted?

—Ciertamente; como ustedes quieran—respondió el sacerdote.—Por otra parte, con esto pasearemos.

Y siguió á la jóven y á su padre, quienes volvieron á la meseta de la Merlasse. Desde que salió del Panorama, experimentaba una singular sensación de extrañeza, como si de pronto le hubiesen transportado de una villa á otra, á través de los siglos. Dejaba la soledad, la adormecida paz del antiguo Lourdes, aumentada aún más por la mortecina luz del velón, para caer bruscamente en el nuevo Lourdes, radiante de luz, ruidoso de muchedumbre.

Acababan de dar las diez; la animación era extraordinaria en las aceras; todo un pueblo que antes del almuerzo se apresura á terminar sus compras, para no pensar después más que en la partida. Los millares de personas de la peregrinación, en un último barullo, murmurando por las calles, asediando las tiendas. Parecían los gritos, los codazos, el brusco galopar de una feria que se acaba, en medio del continuo rodar de los coches.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Muchos se abastecían de provisiones de viaje, desvalijaban los puestos que había al aire libre, ó aquellos donde se vendía pan, embutidos ó jamón. Compraban frutas y vino; se llenaban las cestas de botellas y de papeles grasientos, hasta estallar. Un mercader ambulante, que paseaba varios quesos en un cochecito, veía su mercancía arrebatada, como barrida por el viento.

Pero la muchedumbre compraba sobre todo objetos religiosos; y los mercaderes ambulantes, cuyos cochecitos estaban cargados de estátuas y de grabados piadosos, realizaban pingües negocios.

La clientela de las tiendas formaba cola sobre el arroyo; las mujeres estaban envueltas en inmensos rosarios, tenían sobre los brazos santas Vírgenes y llevaban vasijas para llenarlas de agua milagrosa. Estas vasijas, de unos diez litros de cabida, unas sin imágenes y otras pintarrajeadas de una Nuestra Señora de Lourdes en azul, añadían gran alegría á la barahunda, con su brillo de hojalatería nueva y su claro retintín de cacerola, llevadas á mano ó colgadas á la espalda.

Y la fiebre del negocio, el placer de gastar su dinero, de vaciar de dinero los bolsillos, llenándolos de fotografías y medallas, iluminaba las fisionomías con un aire de fiesta, transformaba la muchedumbre abierta en una muchedumbre de *kermesse*, con los apetitos excitados y satisfechos.

En la meseta de la Merlasse el señor de Guersaint estuvo tentado por un instante de entrar en una de las tiendas más bellas y acreditadas, cuya muestra tenía en letras grandes estas palabras: «Soubirons, hermano de Bernadette.»

—¡Ejém! ¿si hiciésemos aquí nuestras compras? Esto sería más propio; nuestros pequeños recuerdos tendrían mayor interés.

Después pasó, repitiendo que era preciso antes verlo todo.

Pedro miró la tienda del hermano de Bernadette, oprimiéndosele el corazón. Le molestaba que el hermano vendiese la Santa Vírgen que había visto la hermana. Pero era muy necesario vivir, y seguro estaba de que la familia de la vidente, al lado de la Basílica triunfal, resplandeciente de oro, no haría negocio; tan terrible era la competencia.

Si es verdad que los peregrinos dejan en Lourdes millones, en cambio los mercaderes de artículos santos son allí más de doscientos, sin contar á los hospederos y patronos de casas de huéspedes que se llevan la mayor parte del dinero; de suerte que las ganancias, tan ásperamente disputadas, acaban por ser bastante medianas.

A lo largo de la meseta á derecha é izquierda del hermano de Bernadette, se abrían otras tiendas: una hilera no interrumpida de tiendas, apretadas unas contra otras, que ocupaban los cajones del barracón de madera, especie de galería, construída por el Ayuntamiento y de la cual sacaba más de sesenta mil francos.

Eran verdaderos bazares, muestrarios abiertos, llenando la acera, deteniendo la gente al paso. En el trayecto de unos trescientos metros

no había otro comercio; un río de rosarios, de medallas, de estátuas, corriendo sin fin á través de los cristales. Y las muestras pregonaban en letras enormes nombres venerados: San Roque, San José, Jerusalén, la Vírgen Inmaculada, el Sagrado Corazón de María, todo lo mejor que el paraíso contiene para conmover y atraer á la clientela.

—A fe mía—declaró el señor de Guersaint,—creo que en todas partes hay lo mismo. Entremos en cualquier tienda.

Estaba ya cansado de esta interminable fila de escaparates. Sentía fatigadas las piernas.

—Puesto que has prometido comprar allá abajo—dijo María que no se cansaba nada,—lo mejor es volver.

—Eso es; volvamos á casa de Majestad.

Pero las tiendas volvieron á comenzar en la avenida de la Gruta. A los dos lados, se apretaban nuevamente; y allí se mezclaban los joyeros, los mercaderes de novedades, de paraguas, teniendo el artículo religioso; hasta había allí un confitero que vendía cajas de pastillas de agua de Lourdes, cuya cubierta llevaba una imágen de la Vírgen. Las vitrinas de un fotógrafo desbordaban de vistas de la Gruta y de la Basílica, retratos de obispos, de reverendos padres de todas las órdenes, mezclados con los sitios célebres de las montañas vecinas.

Una librería presentaba las últimas publicaciones católicas, volúmenes con títulos devotos, entre las numerosas obras publicadas acerca de Lourdes desde veinte años atrás, algunas con un éxito prodigioso, cuya resonancia duraba todavía. Por esta gran vía populosa, la muchedumbre corría en desatada ola, las vasijas sonaban; era una intensa alegría de vida, al claro sol que enfilaba la calzada de un extremo á otro. Y las estátuas, las medallas, los rosarios, no parecían cesar jamás; un escaparate seguía al otro; los kilómetros iban así extendiéndose, devanando las calles de la villa entera, ocupada por el mismo bazar, vendiendo los mismos artículos.

Ante el hotel de las Apariciones, el señor de Guersaint, sintió aún una nueva vacilación.

—¿Con qué está decidido que haremos aquí nuestras compras?

—Ciertamente—dijo María.—Mira qué bella es la tienda.

Y entró la primera en el almacén, uno de los más vastos de la calle, en efecto, que ocupaba la planta baja de la izquierda del hotel. El Sr. de Guersaint y Pedro la siguieron.

Apolonia, la sobrina de los Majestad, encargada de la venta, hallábase de pié sobre un escabel, tomando pilas de agua bendita, de una alta vitrina, para enseñárselas á un joven y elegante camillero, que llevaba unas admirables polainas amarillas. Reíase Apolonia con un arrullo de tórtola encantadora, con sus espesos cabellos negros, sus soberbios ojos en un rostro algo cuadrado, de frente recta, anchos carrillos y fuertes labios rojos. Y Pedro, vió muy claramente la mano del

jóven en el borde de la falda, haciendo cosquillas en el bajo de una pierna, que parecía ofrecerse gustosa. Esto sólo fué, por otra parte, cosa de un segundo. Ya la joven había saltado con presteza á tierra, preguntando:

—¿Luego, usted cree que este modelo de pilas convendrá á su señora tía de usted?

—¡No, no!—respondió el camillero marchándose.—Procúrese usted otro modelo. No parto hasta mañana; volveré.

Cuando Apolonia supo que María era la joven curada milagrosamente de que hablaba la señora Magestad desde la víspera, se mostró muy diligente.

La miraba con su alegre sonrisa, en la que había algo de sorpresa, de discreta incredulidad, expresando cierta oculta mofa natural en una bella joven, orgullosa de su cuerpo, al verse en presencia de una virginidad tan infantil y retrasada. Pero como hábil vendedora que era, se deshizo en amables palabras:

—¡Ah, señorita; seré muy dichosa vendiéndola á usted algo! ¡Es tan hermoso su milagro de usted! Mire: todo el almacén está á su disposición. Tenemos de las mejores cosas.

María estaba inquieta.

—Muchas gracias; es usted muy amable... Sólo venimos á comprar cosas pequeñas.

—Si nos permite usted—dijo el señor de Guersaint,—las escogeremos nosotros mismos.

—Ya lo creo, con mil amores; escójalas usted, señor. Luego nos veremos.

Y como entraran otros clientes, Apolonia les olvidó, volviendo á su oficio de hermosa vendedora, con frases cariñosas y gestos seductores, sobre todo para los hombres, á quienes no dejaba partir sin los bolsillos llenos de compras.

Al señor de Guersaint quedábanle dos francos de los luises que Blanca, su hija mayor, le diera para los gastos de viaje. Así es que no se atrevía á lanzarse demasiado en las compras. Pero Pedro declaró que se le causaría gran pena si no se le permitía ofrecer á sus amigos los pocos objetos que llevasen de Lourdes. Entonces, se convino en escoger desde luego un regalo para Blanca; después, para María y su padre, tomarían cada uno el recuerdo que más les gustase.

—No nos apresuremos—repetía el señor de Guersaint muy contento. —Veamos, María, busca bien... ¿Qué es lo que más le gustará á Blanca? Los tres miraban, huroneaban, ojeaban. Solamente, su indecisión aumentaba á medida que pasaban de un objeto á otro. El vasto almacén con sus mostradores, sus escaparates, sus encasillados que lo llenaban de arriba abajo, era un mar de innumerables olas, un desbordamiento de todos los artículos religiosos imaginables.

Allí había rosarios, paquetes de rosarios pendiendo á lo largo de las paredes: montones de rosarios en los escaparates; desde, los más humildes, de veinte sueldos la docena, hasta los de madera olorosa, ágata ó lapislázuli, con cadenas de oro y plata. Algunos de ellos inmensos, hechos para ceñir con doble vuelta el cuello y el talle, mostraban cuentas trabajadas, grandes como nueces, separadas por calaveras.

Allí había medallas; una lluvia de medallas; cajas llenas, de todos los tamaños, de todas las materias, desde las más modestas hasta las más preciosas, con diversas inscripciones, representando la Basílica, la Gruta, la inmaculada Concepción, grabadas, esmaltadas con cuidado, ó fabricadas por gruesas, para todos los bolsillos.

Había allí Santas Vírgenes, pequeñas, grandes, de zinc, de madera, de marfil, sobre todo de yeso; unas de una blancura desnuda, otras pintadas de vivos colores, reproduciendo hasta lo infinito la descripción hecha por Bernadette, con el rostro amable y sonriente, el velo muy largo, la banda azul, las rosas de oro sobre los pies, con ligeras modificaciones para cada modelo, con el fin de garantir la propiedad del editor.

Y había además una inmensa ola de otros artículos religiosos; las cien variedades de escapularios, los mil clichés de la estampería devota, las cromolitografías de colores chillones, todo inundado por un sinnúmero de pequeñas imágenes coloreadas, doradas, barnizadas, adornadas de *bouquets* y de encajes.

También había joyería: sortijas, broches, brazaletes cargados de estrellas y de cruces, decorados de figuras santas.

Y finalmente, el artículo parisiense dominaba, sumergía el resto: portalápices, portamonedas, petacas, prensa-papeles, plegaderas y hasta tabaqueras; innumerables objetos en los cuales hallábanse reproducidas de todos los modos y por todos los procedimientos conocidos, la Basílica, la Gruta, la Santa Vírgen.

En una caja de cincuenta céntimos la pieza, amontonábanse en desórden aros de servilletas, hueveras y pipas de madera, donde estaba esculpida radiante, la aparición de Nuestra Señora de Lourdes.

Poco á poco se sintió el señor de Guersaint invadido de una tristeza de una excitación propia del hombre que se precia de artista.

—¡Pero todo esto es feísimo, horroroso!—repetía á cada nuevo objeto que examinaba.

Se consoló, sin embargo, recordando á Pedro la ruinosa tentativa que había hecho para renovar la estampería religiosa. En este intento quedaron los restos de su fortuna, lo cual le hacía ser más severo aún ante las pobres cosas de que se hallaba desbordado el almacén. ¿Habíanse visto jamás objetos de una fealdad tan necia, tan pretenciosa, tan complicada? La vulgaridad de la idea, la necedad de la expresión, disputaban la banal habilidad de la fabricación. Eso, parecía el grabado de

moda, la cubierta de una caja de bombones, las muñecas de cera que dan vueltas en los escaparates de las peluquerías; un arte falsamente hermoso, aniñado, sin humanidad real, sin acento, sin sinceridad alguna.

Y el arquitecto, desesperado, no se detuvo más; expresó también su disgusto ante las construcciones del nuevo Lourdes, la lastimosa fealdad de la Gruta, la colosal monstruosidad de las escaleras, las desastrosas desproporciones de la iglesia del Rosario y de la Basílica; aquélla demasiado pesada; ésta, de una delgadez de fábrica anémica, bastarda y sin estilo.

—¡Ah, verdaderamente!—acabó por decir.—Es preciso amar mucho al buen Dios, para tener valor de venir á adorarle en medio de semejantes horrores. Todo lo han errado, todo lo han amasado, como á capricho, sin que ni uno sólo haya tenido un minuto de inspiración, de verdadera ingenuidad, de fe sincera, que informa las obras maestras. Todos malignos, todos copistas; ni uno sólo ha dado su carne y su alma. ¡Cuánto necesitarán entonces para hacer obras grandiosas si ni siquiera rodeados de tantos milagros sienten inspiración!

Pedro, no respondió; estaba singularmente absorto en estas reflexiones y se explicaba por fin la causa del malestar que esperimentaba desde su llegada á Lourdes.

Este malestar procedía del desacuerdo entre el medio enteramente moderno y la fe de los siglos pasados, cuya resurrección ensayaba. Evocaba las antiguas catedrales donde temblaba esta fe de los pueblos; veía de nuevo los antiguos objetos del culto, la estampería, la orfebrería, los santos de piedra y de madera, de una fuerza, de una bondad de expresión admirables. Y era que en aquellos tiempos lejanos, los obreros creían, daban su carne, daban su alma con toda la ingenuidad propia de su inspiración, como decía el Sr. de Guersaint.

Y hoy día, los arquitectos edificaban las iglesias con la tranquila ciencia que empleaban en edificar casas de cinco pisos; así como los objetos religiosos, los rosarios, las medallas, las estátuas, eran fabricadas en montón, en los barrios populosos de París, por obreros que ni aún cumplen con las prácticas religiosas.

Y también, ¡qué juguetería, qué quincallería de pacotilla, de una belleza que hacía llorar, de un necio sentimentalismo que sublevaba el corazón! Lourdes estaba inundado, estragado, afeado, hasta el punto de incomodar á las personas de gusto un poco delicado, perdidas en sus calles.

Todo esto chocaba brutalmente con la resurrección que se intentaba, con las leyendas, las ceremonias, las procesiones de las edades muertas; y Pedro, de pronto, pensó que la condenación histórica y social de Lourdes estaba allí, que la fe estaba muerta para siempre en un pueblo, cuando no la demuestra en las iglesias que construye, ni en los rosarios que fabrica.

María continuaba mirando los escaparates con una impaciencia de niño, vacilando, no hallando nada que le pareciese digno del gran sueño de éxtasis que ella iba á guardar en sí.

—Padre; la hora adelanta, y es preciso que me conduzcas al Hospital... Y para acabar, mira, daré á Blanca esta medalla, con esta cadena de plata. Esto es lo más sencillo y bonito que hay. La llevará y le servirá como una pequeña joya. Para mí, esta estatua de Nuestra Señora de Lourdes, este pequeño modelo, que está bastante graciosamente pintado. La pondré en mi cuarto, y la rodearé de flores frescas. Estará muy bien, ¿verdad?

El Sr. de Guersaint lo aprobó, y después, pensando de nuevo en su propia elección, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío! Estoy perplejo.

Examinó varios portaplumas de marfil, terminados en bolas parecidas á guisantes, en las cuales se hallaban microscópicas fotografías. Y al aplicar un ojo á uno de los pequeños agujeros, para ver, dió un grito, maravillado.

—¡Toma; el circo de Gavarnie! ¡Ah; esto es prodigioso! Está muy bien. ¿Cómo puede el coloso caber aquí dentro?... A fe mía, tomo para mí este portaplumas. Es muy gracioso; me recordará mi excursión.

Pedro escogió sencillamente un retrato de Bernadette: la gran fotografía que la presenta de rodillas en traje negro, con una cinta anudada á sus cabellos. Decíase que era el único retrato hecho del natural. Se apresuró á pagar, y los tres partían, cuando entró la señora Majestad; se admiró y quiso absolutamente hacer un pequeño regalo á María, diciendo que esto reportaría dicha á su casa.

—Señorita, suplico á usted que tome este escapulario. ¡Mire; entre los de aquí! La Santa Vírgen que ha elegido á usted, me lo pagará en buena suerte.

Alzó la voz, y tanto hizo, que los compradores que llenaban la tienda se interesaron y miraron desde entonces á la joven con ávidos ojos. Era que empezaba la popularidad alrededor de María, que acabó hasta por ganar la calle, cuando la hostelera fué al umbral de la tienda á hacer señas á los mercaderes de en frente, amotinando á la vecindad.

—¿Partimos?—repitió María, cada vez más mortificada.

Pero su padre la retuvo aún, al ver que entraba un sacerdote.

—¡Ah, el señor abate Des Hermoises!

Era, en efecto, el buen abate, en fina sotana, oliendo bien, con el rostro fresco, de una soave alegría. No había visto á su acompañante desde la víspera. Se aproximó vivamente á Apolonia, llevándola aparte, y Pedro oyó que decía á media voz:

—¿Por qué no ha ido usted esta mañana á llevarme mis tres docenas de rosarios?

Apolonia se reía con su arrullo de tórtola, mirándole bajo, con malicia, sin responder.

—Son para mis pequeños penitentes de Tolosa; quería ponerlos en el fondo de mi maleta, y usted me ofreció que me ayudaría á colocar mi ropa.

Ella seguía riendo; le excitaba con el rabillo de sus hermosos ojos.

—Ahora no partiré hasta mañana. Llevémelos usted esta noche ¿no es eso? cuando se quede usted libre... Es en el extremo de la calle, en casa de la Duchêne, el cuarto amueblado del piso bajo... Sea usted amable y vaya usted misma.

Con el extremo de sus lábios rojos, Apolonia dijo por fin chanceándose, sin que el sacerdote pudiese saber si sostendría su promesa:

—Ciertamente, señor abate; iré.

Fueron interrumpidos por el Sr. de Guersaint que se adelantó para apretar la mano al sacerdote. En seguida, hablaron del circo de Gavarnie; una partida deliciosa; horas encantadoras que jamás olvidarían. Después se rieron de sus dos acompañantes, dos eclesiásticos poco afortunados, buenas gentes, cuyas ingenuidades les habían divertido extraordinariamente.

El arquitecto, acabó por recordar á su nuevo amigo, que le había prometido interesar á un personaje de Tolosa diez veces millonario, en sus estudios sobre la dirección de los globos.

—Un primer adelanto de cien mil francos bastará, dijo:

—Cuente usted conmigo,—declaró el abate Des Hermoises. No habrá usted rogado en vano á la Santa Vírgen.

Pedro, que había conservado en la mano el retrato de Bernadette, acababa de extrañar la extraordinaria semejanza de Apolonia con la vidente. Era la misma cara un poco gruesa, los mismos magníficos ojos; y recordó que la señora Majestad le había señalado esta semejanza, singular, tanto más, cuanto que Apolonia había tenido la misma infancia pobre, en Bartrés, antes de que su tía la recogiese para que la ayudase á llevar la tienda.

¡Bernadette; Apolonia! ¡Qué extraña semejanza, qué reencarnación inesperada, en treinta años de diferencia!

Y de pronto, con esta Apolonia tan gallardamente risueña, que aceptaba citas, acerca de las cuales circulaban los más amables rumores, se presentó ante sus ojos el nuevo Lourdes; los cocheros, los mercaderes de velas, los alquiladores de cuartos, deteniendo al cliente en la estación, las cien casas amuebladas con pequeños y discretos alojamientos, la barahunda de sacerdotes libres de hospitalarias apasionadas de simples paseantes llegados allí para satisfacer sus apetitos.

Después, había allí el furioso delirio por el negocio, desencadenado por la lluvia de millones; la villa entera entregada al lucro, las tiendas convirtiendo las calles en bazares, devorándose entre sí; los hoteles, viviendo vorazmente de los peregrinos, hasta las Hermanas Azules que tenían mesa de hotel; hasta los padres que sacaban dinero de su Dios. ¡Qué triste y espantosa aventura la visión de una Bernadette tan pura, apasionando á las muchedumbres, haciéndolas lanzarse á la ilusión de la dicha, llevando un río de oro, y desde ese día pudriéndolo todo! Bastó que soplase la superstición, que se amontonase la humanidad, que fuese aportado el dinero, para que este honesto rincón de tierra se corrompiese para siempre.

Donde florecía antiguamente el cándido lirio, elevábase ahora la rosa carnal, en el nuevo estiercol de avaricia y de goce. Sodoma nació en Belén, después que un niño inocente vió á la Vírgen.

—Ejém, ¿qué le dije yo á usted?—exclamó la señora Majestad, notando que Pedro comparaba á su sobrina con el retrato. Apolonia es Bernadette.

La joven se aproximó, con su amable sonrisa, honrada desde luego con la comparación.

—¡Veamos, veamos!—dijo el abate Des Hermoises, con aire de vivo interés.

Pidió la fotografía, comparó á su vez, y se maravilló.

—Esto es prodigioso; los mismos rasgos... Aún no lo había notado; estoy encantado, en verdad.

—Sin embargo—acabó por declarar Apolonia,—creo que ella tenía la nariz más gruesa. El abate entonces dió un grito de irresistible admiración.

—¡Oh! Usted es más bella, mucho más bella; esto es evidente... Pero no le hace: se las tomaría á ustedes por hermanas.

Pedro encontró esta frase tan singular, que no pudo menos de reir. ¡Ah! la pobre Bernadette estaba bien muerta, y no tenía hermana. No hubiera podido renacer, no era posible, en ese país de barahunda y de pasión que había formado ella.

María partió por fin del brazo de su padre, y convinieron en que los dos irían á buscarla al hospital para dirigirse juntos á la estación. En la calle la esperaban, como en éxtasis, más de cincuenta personas.

La saludaron, la siguieron; una mujer hizo tocar el vestido de la joven curada milagrosamente, á su niño enfermo, á quien llevaba á la gruta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

A las dos y media, el tren blanco, que iba á dejar Lourdes á las tres y cuarenta, hallábase en la estación á lo largo del segundo muelle. Había esperado tres días sobre una vía de apartado, enteramente formado, tal como llegó de París; y desde que se le arrastró allí, varias banderas blancas flotaban sobre los vagones de la cabeza y de la cola, para servir de indicio á los peregrinos, cuyo embarque era de ordinario muy largo y laborioso.

Este día, debían partir los catorce trenes de la peregrinación nacional. A las tres de la mañana salió el tren verde, después el rosa, y detrás de éste el amarillo; después, partía el tren blanco, y los demás, el naranja, el gris, el azul, le seguirían.

Era este, para el personal de la estación, otro día terrible: un tumulto, un barullo que enloquecía á los empleados.

Pero la partida del tren blanco despertaba siempre el más vivo interés; era la gran emoción de la jornada, porque transportaba los enfermos de más importancia que había traído, y entre los cuales, estaban naturalmente los privilegiados de la Santa Vírgen, los elegidos del milagro.

Así es que bajo la marquesina se prensaba la muchedumbre, obstruyendo el vasto paseo, cubierto de un centenar de metros de largo. Todos los bancos estaban ocupados, llenos de peregrinos y de paquetes, que esperaban ya.

En uno de los extremos, habían tomado por asalto las mesitas del *buffet;* los hombres bebían cerveza, y las mujeres hacíanse servir lucionada gaseosa; mientras que ante la puerta de las mensajerías, al otro extremo, los camilleros mantenían el paso libre para asegurar el rápido transporte de los enfermos que iban á conducir.

Y había á lo largo del ancho embaldosado un incesante paseo, un vaivén contínuo de pobres gentes azoradas, de sacerdotes corriendo, prodigándose; de señores con abrigo, curiosos y pacíficos; todo un hacinamiento, una barahunda, la más heterogénea, la más diversa que se ha encontrado jamás en una estación.

A las tres se despertó el barón Suire, lleno de inquietud, porque faltaban los caballos, pues una grande é inesperada llegada de turistas había alquilado los coches para Bareges, Cauterets y Gavarnie. Se dirigió hacia Berthaud y Gerardo, que acudían por fin, después de haber revuelto la villa; pero afirmando que todo marchaba á pedir de boca.

Habían recolectado los caballos necesarios, y el transporte se verificaría en excelentes condiciones.

Ya en el patio, el servicio de camilleros, con sus camillas y sus cochecitos, acechaban los furgones, los carros, los vehículos de todas clases que se habían reclutado para el traslado del hospital. Al pie de un mechero de gas amontonábase una reserva de colchones y almohadas. Y como llegaban los primeros enfermos, el barón Suire perdió de nuevo la cabeza, mientras que Berthaud y Gerardo se apresuraban á ganar el muelle de embarque, vigilando y dictando órdenes en medio del creciente barullo.

Entonces, sobre este muelle, el padre Foucarde, que se paseaba á lo largo del tren del brazo del padre Massías, se detuvo viendo llegar al doctor Bonamy.

—¡Ah, doctor; soy dichoso!... El padre Massías, que va á partir, me hablaba aún en este momento del extraordinario favor con que la Santa Vírgen ha colmado á esa joven tan interesante, la señorita María de Guersaint. Hacía años que no tenía lugar un milagro tan brillante.

Es una insigne fortuna para todos nosotros, es una bendición que debe fecundar el fruto de nuestros esfuerzos... Toda la cristiandad será iluminada, reconfortada, enriquecida con este milagro.

El sacerdote irradió el gozo, y el doctor se regocijó también, con su cara afeitada, de grandes rasgos pacíficos, de ojos cerrados generalmente.

—Esto es prodigioso, prodigioso, mi reverendo padre. Escribiré un folleto acerca de ello. Jamás se ha producido una cura, por las vías sobrenaturales, de un modo más auténtico... ¡Oh, qué ruído va á dar esto!

Después, como los tres echaron á andar, observó el doctor que el padre Foucarde arrastraba más la pierna, apoyándose fuertemente en el brazo de su acompañante.

—¿Se ha agravado su acceso de gota, mi reverendo padre?—preguntó. —Parece usted sufrir mucho.

—¡Oh! no me hable usted de ello; no he podido cerrar los ojos en toda la noche. ¿No es enojosa esta crisis que se ha apoderado de mí, el día de mi llegada aquí? Bien hubiera podido esperar. Pero nada puede hacerse; no hablemos de ello. Estoy demasiado contento de los resultados de este año.

—¡Ah; sí, sí!—dijo á su vez el padre Massías, con una voz trémula de fervor;—podemos estar orgullosos; podemos irnos con el corazón desbordando entusiasmo y reconocimiento.

Aparte de esta joven ¡cuántos prodigios más hemos obtenido! Son innumerables los milagros; sordas y mudas curadas; caras roídas por llagas, que se han vuelto lisas como la mano; tísicas moribundas que comen, que bailan, resucitadas. Esto no es un tren de enfermos, es un tren de resucitados, un tren de gloria que llevo conmigo.

Había cesado de ver los enfermos alrededor de él; se iba en pleno triunfo divino, en la ceguedad de su fe. Y los tres continuaron su lento paseo á lo largo de los vagones, cuyos compartimientos comenzaban á llenarse, sonriendo á los peregrinos que les saludaban, deteniéndose nuevamente á veces para dirigir palabras de consuelo á alguna triste mujer que pasaba, pálida y tiritando, sobre una camilla. Y ellos, declaraban siempre que la enferma tenía mejor cara; que se salvaría seguramente.

Pero el jefe de estación, muy atareado, pasó rozándoles, exclamando con voz aguda:

—¡Dejen ustedes libre el muelle; desocupen el muelle!

Después, como Berthaud le hizo observar que no obstante, era necesario colocar las camillas antes de subir á los enfermos, se enojó:

—Veamos; ¿es esto razonable? Mire usted allá abajo aquel cochecito que ha quedado á través de esta vía. Espero dentro de algunos minutos el tren de Tolosa. ¿Quiere usted, pues, que se aplaste á su gente?

Y partió corriendo, para colocar hombres del servicio, que apartasen de las vías el espantado rebaño de los peregrinos, que pisoteaba al azar. Muchos, viejos y tontos, no reconocían ni aun el color, de su tren, y por eso llevaban todos al cuello una tarjeta del mismo color, á fin de que se les dirigiese, de que se les embarcase como ganado marcado y cercado.

Pero ¡qué continua alerta, con esas catorce partidas de trenes suplementarios, sin que se detuviese la circulación de los trenes acostumbrados!

Pedro, con su maleta en la mano, llegó y á duras penas pudo ganar el muelle. Estaba solo; María había expresado el ardiente deseo de arrodillarse una vez más en la Gruta, para que, hasta los últimos minutos, su alma ardiese de gratitud ante la Santa Vírgen; y Pedro dejó al señor de Guersaint que la acompañase, mientras que él arreglaba las cuentas en el hotel.

Por otra parte, les había hecho prometer que tomarían en seguida un coche, y estarían allí seguramente antes de un cuarto de hora.

Esperándoles, su primera idea fué buscar su vagón y desembarazarse de su maleta. Pero esto no era un trabajo fácil. Por fin le reconoció por el cartel que se balanceaba allí hacía ya tres días, bajo el sol y las lluvias, un cuadrado de papel fuerte, con los nombres de la Señora de Jonquiére, sor Jacinta y sor Clara de los Angeles.

Era realmente él; Pedro volvía á ver evocados por su recuerdo los compartimientos llenos de sus compañeros de viaje, varios almohadones señalaban ya el rincón del señor Sabathier, y aún volvió á encontrar, sobre la banqueta en que María había sufrido tanto, una señal hecha en la madera por el herraje del carrito.

Después, cuando colocó su maleta en su sitio, quedóse sobre el

muelle, paseando, algo sorprendido de no ver al doctor Chassaigne que le prometió ir á abrazarle al partir.

Ahora, que María estaba de pie, abandonó Pedro sus correas de camillero, y no llevaba sobre su sotana más que la cruz roja de los peregrinos. Esta estación, que había visto solamente bajo la lívida luz de la aurora, en la angustiosa y terrible mañana en que llegaron, le sorprendía ahora por sus vastos embaldosados, sus anchas puertas y su clara alegría.

No se veían las montañas; pero del otro lado, en frente de la sala de espera, subían verdes ribazos de un encanto delicioso. En aquella tarde, la temperatura tenía infinita dulzura, un fino plumón de nubes había velado al sol, en un cielo de una blancura de leche, de donde no caía sino una gran luz difusa, como polvo nacarado de perlas. Un tiempo de señorita, como dicen por allí aquellas buenas gentes.

Las tres acababan de dar, y Pedro miraba al gran reloj, cuando vió llegar á las señoras Désagneaux y Volmar, que seguían á la señora de Jonquiére y á su hija.

Estas señoras á quienes trajo del Hspital un *landeau*, buscaron también su vagón en seguida. Ramona fué la que reconoció el compartimiento de primera clase, en el cual había llegado.

—¡Mamá, mamá; por aquí, héle aquí! Quédate un poco con nosotras; tiempo tienes para instalarte después con tus enfermos, puesto que aún no están ahí.

Y Pedro entonces, hallóse frente á la señora Volmar. Sus miradas se encontraron; pero él no la reconocía, y en cuanto á ella, apenas si hizo un ligero movimiento de pestañas.

Era otra vez la mujer vestida de negro, lenta, indolente, de oculta modestia deseando pasar inadvertida. El fuego de sus grandes ojos había muerto, avivándose sólo por instantes con un centelleo, bajo su velo de indiferencia, y una suave sombra que parecía apagarlos.

—¡Oh; una jaqueca atroz!—repetía ella á la señora Desagneaux.—Mire usted; aún no tengo mi pobre cabeza en su natural estado. Es el viaje el que me produce esto. Todos los años estoy segura de que ha de sucederme.

Más viva, más sonrosada, más desmelenada que nunca, agitábase la otra.

—Querida mía, en estos momentos, yo tengo otro tanto. Sí; se ha apoderado de mí esta mañana una neuralgia terrible... Solamente...

Se inclinó y continuó en voz baja.

—Solamente creo que será por fin... Sí; ese bebé que deseo tanto, que no quiere salir. ¡He suplicado á la Santa Vírgen, y he estado enferma, ¡oh! enferma al despertar! En fin: ¡todas las señales! ¡Vea usted qué cabeza tiene mi marido, que me espera en Trouville! ¡Será feliz!

La señora Volmar escuchaba muy seria. Después, con aire tranquilo, dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Y bien! Yo, querida mía, conozco á una persona que no quiere tener más niños. Ha venido aquí y ha logrado cuanto deseaba.

Pero Gerardo y Berthaud, que habían visto á esta señora, se apresuraron á ir junto á ellas. Por la mañana se habían presentado los dos hombres en el Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, y la señora Jonquière los recibió en un pequeño despacho, próximo á la lencería. Allí, muy correctamente, excusándose con sonriente naturalidad de este paso tan atropellado, Bérthaud pidió la mano de la señorita Ramona para su primo Gerardo. En seguida se sentaron á su gusto, y la madre le enterneció diciendo que Lourdes haría dichoso al joven matrimonio.

De suerte que la boda se encontró así concertada en algunas palabras, en medio de la general satisfacción. Hasta se citaron para el 15 de Setiembre en el castillo de Berneville, junto á Caen, una propiedad del tío, el diplomático á quien conocía Berthaud, que prometió llevar á Gerardo. Después Ramona, á quien llamaron, se ruborizó de placer al colocar sus dos pequeñas manos en la de su desposado.

Este último, muy diligente, preguntó á la joven:

—¿Quiére usted almohadas para la noche? No se inquiete usted; se las puedo dar, lo mismo que á estas señoras que acompañan á usted.

Ramona rehusó alegremente.

—¡No, no! no las necesitamos. Es preciso reservar eso á los pobres enfermos.

Por otra parte, estas señoras hablaban todas á la vez. La de Jonquiére declaraba que se hallaba tan fatigada que no sabía si estaba viva ó muerta; y, sin embargo, se mostraba muy feliz; sus miradas reían al mirar á su hija y al joven, mientras éstos hablaban juntos.

Pero Berthaud no podía estarse allí; su servicio le reclamaba lo mismo que á Gerardo. Los dos pidieron permiso, después de haber recordado la cita. El 15 de Septiembre en el castillo de Berneville ¿verdad? Sí, sí, era cosa convenida. Aún hubo allí risas, apretones de manos mientras que los ojos, ojos de caricia y de alegría, acababan lo que no se osaba decir alto en medio de esta muchedumbre.

—¡Cómo!—exclamó la pequeña señora Désagneaux,—¿van ustedes el 15 á Berneville? Pues si nosotros nos quedamos en Trouville hasta el 20, como desea mi marido, iremos á verles.

Volvióse hacia la señora Volmar, que estaba silenciosa, y la dijo:

—Venga usted también. Tendrá mucha gracia encontrarnos de nuevo todos allá abajo.

La joven hizo un gesto lento, respondiendo con su aire de abandono nada indiferencia.

—¡Oh, para mí ha concluído el placer! Regreso.

Nuevamente sus ojos encontráronse con los de Pedro, que se había quedado cerca de estas señoras; y él creyó verla turbarse un segundo mientras que por su muerta faz pasaba una expresión de indecible sufrimiento.

Las hermanas de la Asunción llegaron; esas damas las reunieron ante el furgón de la cantina. Ferránd, que había llegado en coche con las religiosas, subió allí primero; luego ayudó á sor San Francisco á subir á su vez el alto estribo; y quedóse de pié en el umbral de este furgón, trasformado en cocina donde hallábanse las provisiones para el viaje: pan, caldo, leche, chocolate; mientras que sor Jacinta y sor Clara de los Angeles, que se quedaron sobre el embaldosado, pasábanle su pequeña farmacia así como los demás paquetes que constituían sus bagajes.

—¿Lo tiene usted ya todo? —le preguntó sor Jacinta.—Bueno; ahora no ha de hacer usted más que acostarse en su rincón y dormir, puesto que se queja usted de que no se le utiliza.

Ferránd se rió dulcemente.

—Hermana; voy á ayudar á sor San Francisco. Encenderé el hornillo de petróleo, lavaré las tazas y llevaré á cada cual su porción á las horas de parada que están marcadas en ese cuadro de ahí. Y en el momento que tenga usted necesidad de médico, venga á buscarme.

Sor Jacinta rióse también, diciendo:

—Pero ¡si no tenemos necesidad de médico, puesto que todos nuestros enfermos están curados!

Y con los ojos en los suyos, con su aire calmoso y fraternal, exclamó:

—Adiós, señor Ferránd.

El sonrió aún, mientras que una infinita emoción humedecía sus ojos. El tembloroso sonido de su voz expresó el inolvidable viaje la alegría de haberla vuelto á ver, el recuerdo de eternal y divina ternura que llevaba consigo.

—Adiós, hermana mía.

La señora de Jonquière hablaba de ir á su vagón con sor Clara de los Angeles y sor Jacinta. Pero ésta le aseguró que no necesitaba apresurarse nada, puesto que apenas llevaba enfermos.

La dejó; llevóse á la otra hermana, prometió vigilarlo todo, y hasta quiso desembarazarla absolutamente de su saquito, diciéndole que se encontraría en su sitio.

Por su parte, esas señoras siguieron hablando entre ellas alegremente, paseando sobre el ancho embaldosado, donde se disfrutaba de una temperatura tan agradable.

Sin embargo, Pedro, que con los ojos en el reloj de la estación veía correr los minutos, empezaba á sorprenderse de no ver á María regresar con su padre. ¡Con tal de que no se perdiese en el camino el señor de Guersaint!

Hallábase así acechando, cuando el señor Vigueròn llegó exasperado, empujando furiosamente delante de él á su mujer y al pequeño Gustavo.

—¡Oh, señor abate! Suplico á usted que me diga dónde está nuestro

vagón, y que me ayude á meter en él mis equipajes y este niño. Pierdo la cabeza; me han sacado de quicio.

Después, ante el departamento de segunda clase, se desbordó mientras cogía las manos del sacerdote, en el momento en que iba á subir al enfermito.

—¡Figúrese usted! Quieren que parta, y me han asegurado que si espero á mañana, mi billete de regreso no será válido. Por más que les he contado el accidente; ni por esas. Y cuidado si tendrían gracia después de quedarse con esta muerta, para velarla, meterla en el ataúd y llevárnosla en los plazos fijados. Pues bien; objetan que todo eso no les importa; que ya hacen bastante con reducir los billetes para la peregrinación, y no tienen nada que ver con las historias de las gentes que se mueren.

La señora Vignerón le escuchaba temblorosa, mientras que Gustavo, olvidado, tambaleándose de fatiga sobre su muleta, levantaba su pobre y curioso rostro de agonizante.

—En fin; les he gritado en todos los tonos; es caso de fuerza mayor. ¿Qué quieren que haga de ese cuerpo? No puedo cogerle bajo el brazo y llevarle hoy como equipaje. Estoy por tanto, obligado á quedarme. ¡No! Lo que hay es que son gentes bestias y mezquinas.

—Pero, ¿no ha hablado usted al jefe de estación?—preguntó Pedro.

—¡Ah; sí, en seguida, el jefe de estación! Está por ahí entre el barullo. Aún no han podido dar con él. Pero, ¿cómo quiere usted que se hagan bien las cosas, en medio de semejante confusión? Es preciso encontrarle. ¡Quiero decirle mi manera de pensar!

Y viendo á su mujer fija é inmóvil, le gritó:

—Pero, ¿qué haces ahí tú? Sube ya, para que puedan darte los bagajes y el pequeño.

Y entonces, precipitadamente, la empujó y le arrojó los paquetes, mientras que el abate levantaba á Gustavo en sus brazos. Aquel desdichado ser, ligero como un pájaro, parecía haber adelgazado todavía más.

Las llagas que cubrían su cuerpo dolorido, le arrancaban de vez en cuando un débil grito.

—¡Oh! ¡Pobrecillo mío! ¿Te he hecho tal vez daño?

—No, no; señor abate. Es que como me han zarandeado tanto esta noche, estoy fatigado.

Y sonreía de aquel modo fino y tan triste. Después, se hundió en un rincón, medio muerto, antes aun de empezar el viaje.

—Comprenda usted—repitió el Sr. Vignerón, lo poco que me divierte consumirme aquí—mientras que mi mujer y mi hijo regresan á París sin mí. Pero es preciso; la vida no es tolerable en el hotel; y por otra parte, ya me ve usted obligado á pagar de nuevo tres asientos si no quieren venirse á razón... Está visto, mi mujer no tiene cabeza. Jamás sabrá desenvolverse.

Entonces, con un último desaliento, abrumó á la señora Vignerón con las más minuciosas observaciones; lo que debía hacer durante el viaje, de que modo regresaría á su habitación, y como había de cuidar á Gustavo si tenía una crisis. Dócil, un poco azorada, repetía ella á cada frase:

—Sí, sí, amigo mío... Sin duda, amigo mío.

Pero volvió á apoderarse de él una brusca cólera.

—Definitivamente, ¿será ó no válido mi billete de regreso? Quiero saberlo sin embargo... Es preciso que encuentre á ese jefe de estación.

Lanzóse de nuevo entre la muchedumbre, cuando vió sobre el muelle, caída á tierra la muleta de Gustavo. Fué esto un desastre que le hizo levantar los brazos al cielo, para tomar á Dios por testigo de que jamás saldría de tantas complicaciones. Arrojó la muleta á su mujer, y se alejó, desatinado, exclamando:

—¡Toma; de todo te olvidas!

En aquel momento afluían los enfermos; y lo mismo que á la llegada, en el barullo, era aquello un acarreo sin fin, á lo largo de los embaldosados y á través de las vías.

Todos los males abominables, todas las llagas, todas las deformidades desfilaban una vez más, sin que la gravedad ni el número pareciesen menores; como si las pocas curaciones fuesen una humilde claridad inapreciable en medio de aquel inmenso duelo, se les volvía á llevar tales como se les trajo. Sonaban sobre los rails los cochecitos cargados de viejas impotentes con sus esportillos á sus pies. Las camillas, donde yacían cuerpos como fardos, y rostros pálidos de miradas lustrosas, se balanceaban entre el empuje de aquella barahunda.

Era aquello un aceleramiento loco, sin razón, una confusión inapreciable, preguntas, llamamientos, carreras bruscas, el remolino de un rebaño que no encuentra la puerta del aprisco.

Y los camilleros acababan por perder la cabeza, no sabiendo que camino seguir ante los gritos de alerta de los empleados, que cada vez espantaban á las gentes, las desatinaban de angustia.

—¡Atención! ¡Atención allá abajo!... ¡Despache usted, pues! ¡No, no; no atraviese más!... ¡El tren de Tolosa, el tren de Tolosa!

Pedro, vuelto sobre sus pasos, vió aún á la señora de Jonquière que continuaba hablando alegremente con las demás. Cerca de ellas oyó á Berthaud, á quien el padre Fourcade detuvo para felicitarle por el buen órden observado durante toda la peregrinación.

El antiguo magistrado inclinóse muy honrado.

—¿No es cierto, mi reverendo padre, que esto es una lección dada á la República? Siempre que en París se celebra alguna fecha sangrienta de su execrable historia y hay muchedumbres como éstas, resulta alguna muerte. ¡Qué vengan aquí á aprender!

El pensamiento de ser desagradable al Gobierno que le obligó á

dimitir, le enajenaba. Jamás era tan dichoso en Lourdes como en medio de las grandes afluencias de fieles, cuando las mujeres corrían el riesgo de ser aplastadas. Sin embargo, no parecía satisfecho del resultado de la propaganda política, que venía allí á hacer todos los años durante tres días. Varias impaciencias le ocupaban; esto no marchaba bastante de prisa. ¿Cuándo, pues, traería Nuestra Señora de Lourdes la monarquía?

—Mire usted, mi reverendo padre, el único medio el verdadero triunfo, sería traer aquí en masa á los obreros de las ciudades. Yo no voy á pensar, no voy á emplearme más que en esto. ¡Ah, si se pudiese crear una democracia católica.

El padre Fourcade se había puesto muy grave. Sus hermosos é inteligentes ojos llenáronse de ensueño, perdiéronse á lo lejos. ¡Cuantas veces había dado por término de sus esfuerzos la creación de ese nuevo pueblo! Pero ¿no era preciso allí el soplo de otro Mesías?

—Sí, sí—murmuró:—una democracia católica. ¡Ah! ¡Volvería á comenzar la historia de la humanidad!

El padre Massias interrumpióle apasionadamente, diciendo que todas las naciones de la tierra acabarían por venir; y mientras que el doctor Bonamy que sentía asomar ya un ligero enfriamiento en el fervor de los peregrinos, movía la cabeza, era de parecer de que los fieles de la Gruta debían redoblar su celo. El ponía sobre todo, el éxito, en la mayor publicidad posible dada al milagro. Y fingía entusiasmarse, reía complaciente, mostrando el tumultuoso desfile de los enfermos.

—¡Mírenles, pues! ¿Verdad que parten con mejor fisonomía? Muchos no tienen el aire de curados, pero llevan en sí el germen de la curación. Estén ustedes seguros de ello... ¡Ah! Esas buenas gentes, hacen más que todos nosotros por la gloria de Nuestra Señora de Lourdes.

Pero tuvo que callarse. La señora Dieulafay pasaba ante ellos, en su caja capitoneada de seda. Se la depositó ante la puerta del vagón de primera clase, donde una doncella arreglaba ya los equipajes.

La piedad oprimía los corazones; la miserable mujer no parecía haber despertado de su aniquilamiento durante los tres días vividos en Lourdes. Igual que la bajaron en medio de su lujo, la mañana de la llegada, la iban á subir los camilleros, vestida de encaje, cubierta de joyas, con su faz muerta é imbécil de momia que se liquidaba, y aún hubiérase dicho que estaba más empequeñecida, que se la transportaba disminuida, más reducida cada vez á la talla de un niño, en este horrible mal, que después de haber destruído los huesos acababa de fundir la parte blanda de los músculos.

Su marido y su hermana, inconsolables, con los ojos rojos, destruídos por la pérdida de su última esperanza, la seguían con el abate Judaine, como se sigue un cuerpo al cementerio.

—¡No, no; en seguida, no!—dijo el sacerdote á los portadores, impidiéndoles subirla.—Tiempo tiene de rodar allá dentro. ¡Qué al menos guarde en sí la dulzura de este hermoso cielo, hasta el último minuto!

Después, viendo á Pedro cerca de él, llevósele á algunos pasos de distancia, y repitió con la voz quebrantada de disgusto:

—¡Ah! estoy afligido... Esta mañana aún esperaba. La hice llevar á la Gruta; he dicho mi misa por ella y he vuelto á rogar hasta las once; y nada: la Santa Vírgen no me ha escuchado. Yo, á quien ella ha curado; yo, un pobre viejo inútil, no he podido obtener de la Santa Vírgen la curación de esta mujer tan bella, tan joven, tan rica, cuya vida debía ser una contínua fiesta. Ciertamente que la Santa Vírgen sabe mejor que nosotros lo que debe hacer y me inclino bendiciendo su nombre. Pero la verdad, mi alma está llena de horrible tristeza.

No lo decía todo; no confesaba el pensamiento que le sublevaba así, en su simplicidad de buen hombre niño, á quien jamás habían visitado la pasión ni la duda. Era que esas pobres gentes que lloraban, el marido y la hermana, tenían demasiados millones: era que habían traído demasiados bellos regalos, que habían dado demasiado dinero á la Basílica.

El milagro no se compra; las riquezas de este mundo más bien perjudican ante Dios. Seguramente que la Santa Vírgen no había sido sorda para ellos, no les había mostrado un corazón frío y severo, si no para escuchar mejor la débil voz de los miserables llegados á ella con las manos vacías, ricos sólo de su amor, colmándoles con su gracia, inundándoles de su ardiente ternura de divina Madre.

Y esos pobres ricos desconsolados; esta hermana, este marido tan infeliz, junto al triste cuerpo que transportaban, se sentían parias en medio de la muchedumbre de los humildes consolados ó curados; parecían embarazados por su lujo; retrocedían llenos de inquietud y de malestar, con la vergüenza de ver que Nuestra Señora de Lourdes había salvado mendigos, mientras que se mostraba desdeñosa, sin una mirada para la bella y poderosa señora, agonizante entre sus encajes.

Pedro, tuvo la brusca idea de que podía no haber visto llegar al señor de Guersaint y á María, y tal vez hallaríanse ya en el vagón. Se volvió y no vió allí más que su maleta sobre el banco. Sor Jacinta y sor Clara de los Angeles empezaban á instalarse esperando sus enfermos; y como Gerardo trajese en un cochecito al Sr. Sabathier, Pedro ayudó á subirle, rudo trabajo que les hizo sudar.

El antiguo profesor, con el aire abatido, y no obstante muy sosegado y resignado, se colocó también, volvió á tomar posesión de su rincón.

—Gracias, señores... por fin llegamos; menos mal. Ahora, no habrá más que desembalarme en París.

La señora Sabathier, después de haberle envuelto las piernas en una manta, volvió á bajar y quedóse de pié junto á la abierta portezuela del vagón. Hablaba con Pedro, cuando se interrumpió para decir:

—¡Toma! He ahí á la señora Maze, que acaba de volver á tomar su sitio. Me ha hecho el otro día algunas confidencias. ¡Una mujercita bien desdichada!

Obsequiosamente, ella la interpeló ofreciéndola cuidar de sus objetos. Pero la recién llegada exclamó riendo y moviéndose como una loca.

—¡No, no! No parto.

—¿Cómo? ¿No parte usted?

—¡No, no! No parto... Es decir; parto, sí; pero no con usted, no con usted.

Y estaba tan extraordinaria, tan embriagada de alegría, que los dos apenas la reconocían. Su rostro de rubia, ajado antes de la edad, irradiaba; parecía diez años más joven, al salir de pronto de la infinita tristeza de su abandono.

Con un grito, con desbordante alegría, continuó:

—Parto con él... sí; ha venido á buscarme y me lleva con él... sí sí; partimos á Luchón; ¡juntos, juntos!

Después, indicando con extasiada mirada un muchache grueso, moreno, de aire alegre y labios frescos, que compraba unos periódicos:

—Mire usted; allí tiene usted á mi marido, ese hombre guapo que se ríe allá abajo con la vendedora... Se ha presentado en mi casa esta mañana; me ha levantado, y tomamos el tren para Tolosa, dentro de dos minutos... ¡Ah, querida señora! Usted, á quien he contado mis penas, comprende mi alegría. ¿Verdad? Pero no podía callarse; volvió á hablar de la horrible carta que había recibido el domingo; una carta en la que él la significaba que si ella se aprovechaba de su estancia en Lourdes, para ir á acosarle en Luchón, la cerrraría la puerta. ¡Un hombre casado por amor; un hombre que la desdeñaba hacía diez años; que aprovechaba sus continuas ausencias de viajante de comercio para pasear mujeres de un extremo á otro de Francia!

Esta vez, había concluído; ella pidió al cielo que la hiciese morir porque no ignoraba que el infiel estaba en ese mismo momento en Luchón con dos señoras, hermanas las dos, y amantes suyas. ¡Y qué había pasado, Dios Santos! Seguramente, habría caído un rayo sobre ellas. Las dos señoras debieron recibir de arriba alguna advertencia del pecado que cometían; tal vez un sueño durante el cual se vieron en el infierno.

Sin explicación alguna, una noche, habíanse escapado del hotel, dejándole plantado; mientras que él se sintió hasta tal punto castigado que tuvo la repentina idea de ir á buscar á su mujer, para llevársela, para estar junto á ella ocho días... El, no lo decía, pero le había herido seguramente la gracia; encontraba á su mujer tan agradable, que podía esperarse un verdadero principio de conversión.

—¡Ah; qué gratitud guardo hácia la Santa Vírgen!—continuó.—Solo ella ha debido obrar, y yo lo he comprendido muy bien ayer tarde. Me ha parecido que me hacia un pequeño gesto cabalmente en el instante

mismo en que mi marido se decidía venir á buscarme. Le he preguntado la hora exacta, y concuerda perfectamente... Ya ve usted; no hay milagro mayor; los otros me dan risa; esas piernas repuestas, esas llagas desaparecidas. ¡Ah! ¡Bendita sea Nuestra Señora de Lourdes, que ha curado mi corazón!

Su marido volvía, y ella se lanzó á reunirse con él, olvidándose hasta de despedirse. Esta inesperada aurora de amor, este tardío brote de la luna de miel; toda esa semana que iba á pasar en Luchón con el hombre tan llorado, la enloquecía realmente. El, después de haberla vuelto á buscar en una hora de despecho y de soledad, acababa por enternecerse, encantado de la aventura, encontrándola mucho mejor de lo que imaginó.

En este momento, durante la creciente ola de enfermos que acudían, llegó por fin el tren de Tolosa.

Esto redobló el tumulto; se produjo una confusión extraordinaria. Sonaban los timbres, maniobraban las señales. Veíase al jefe de estación que acudía gritando con todos sus pulmones:

—¡Atención allá abajo!... ¡Desalojen la vía!

Fué necesario que se precipitase un empleado para poner fuera de los rails un cochecito olvidado allí con una vieja dentro. Una azorada banda de peregrinos atravesó aún á treinta metros de la locomotora, que adelantaba lenta, ruidosa, humeante.

Algunos, perdiendo la cabeza, hubieran rodado bajo las ruedas, si los empleados no les hubiesen cogido brutalmente por las espaldas.

Por fin, se detuvo el tren, sin aplastar á nadie, en medio de los colchones, de las almohadas, de los cojines que había en el suelo, de los grupos espantados, que seguían dando vueltas.

Abriéronse las portezuelas y descendió una inmensa ola de viajeros, mientras que otra ola subía, en una doble corriente contraria, con una obstinación que hizo llegar el tumulto á su colmo. En las ventanillas de las portezuelas cerradas, asomáronse varias cabezas, curiosas al principio y heridas después de gran estupor ante el asombroso espectáculo. Dos cabezas de jóvenes adorablemente hermosas, acabaron por expresar la más dolorosa piedad.

La señora Maze subió á su vagón seguida de su marido, tan dichosa, tan ligera como cuando tenía veinte años, como en la noche ya lejana de su viaje de novios.

Las portezuelas fueron cerradas; la locomotora lanzó un gran silbido; extremecióse después, y partió lenta, pesadamente entre la barahunda que detrás del tren refluyó sobre las vías en una inundación de exclusa suelta, invadiéndolo todo de nuevo.

—¡Barran el muelle!—gritó el jefe de estación á sus hombres.—¡Y vigilen cuando se traiga la máquina!

En medio de este alerta, acabaron de llegar los peregrinos y los

enfermos retrasados. La Grivota, pasó con sus ojos de hiebre, con su danzante excitación, seguida de Elisa Rouquet y de Sofía Couteau, muy alegres, sofocadas de haber corrido.

Las tres se apresuraron á ganar el vagón donde sor Jacinta las riñó. Acababan de estar en la Gruta, donde á menudo se olvidan de todos los peregrinos, no pudiendo separarse de allí implorando, dando aún gracias á la Santa Vírgen, cuando el tren las aguardaba en la estación.

De pronto, Pedro, inquieto también, no sabiendo qué pensar, vió al Sr. de Guersaint y á María detenidos tranquilamente bajo la marquesina, hablando con el abate Judaine. Corrió á reunirse con ellos, diciendo con impaciencia:

—¿Qué han estado ustedes haciendo? Empezaba á desesperar.

—¡Cómo! ¿Qué hemos hecho?—respondió el Sr. de Guersaint, asombrado y con su aire pacífico.—Hemos estado en la Gruta; ya lo sabe usted muy bien... Hallábase allí un sacerdote que predicaba de un modo notable. Aún estaríamos allí, si no me hubiese acordado de que partíamos. Y según le prometimos á usted, hemos tomado un coche.

Interrumpióse para mirar el gran reloj, y continuó:

—Si no hay prisa ninguna, ¡qué diablo! El tren no partirá antes de un cuarto de hora.

Era verdad, y María sonrió con divina alegría.

—¡Oh, Pedro, si usted supiese qué dicha me llevo de esta última visita á la Santa Vírgen! He visto que me ha sonreido; he sentido que me daba nuevas fuerzas para vivir... Verdaderamente, son deliciosas estas despedidas, y no está bien que nos regañe usted por eso, Pedro.

Este riόse también algo molestado al recordar la exagerada ansiedad sentida. Era que tenía tan vivo deseo de estar lejos de Lourdes. Temía que María quedase encerrada en la Gruta y no volviese más. Ahora que estaba ella allí, se asombraba de todo eso y se sentía calmado por completo.

Cuando les aconsejaba, sin embargo, que fuesen á instalarse en el vagón, reconoció al doctor Chassaigne que corría hácia ellos.

—¡Ah, mi buen doctor; le esperaba á usted! Me habría causado gran disgusto no abrazarle antes de partir.

Pero el viejo médico le interrumpió temblando de emoción.

—Sí, sí; me he retrasado... Figúrese usted que hace diez minutos, viniendo hácia aquí, he tropezado allá abajo con el Comendador; ya sabe usted, ese hombre original. El reía burlonamente al ver á sus enfermos de ustedes volver á tomar el tren para irse á morir en su casa, lo cual decía debieron haber empezado por hacer. Pero he ahí, que súbitamente cayó delante de mí, como herido por un rayo. Era el tercer ataque de paralisis que esperaba y temía.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró el abate Judaine que había oído el relato;—blasfemaba, y el cielo le ha castigado.

El señor de Guersaint y María escuchaban con gran interés, muy conmovidos.

—Le he hecho conducir allí, bajo un rincón del cobertizo,—continuó el doctor. Es cosa concluída; no puedo nada; morirá antes de un cuarto de hora, sin duda... Luego he pensado en un sacerdote y me he apresurado á correr...

Y volviéndose hácia el abate Judaine:

—Señor cura, venga conmigo, usted que le conocía. No se le puede dejar á un cristiano marchar de ese modo. Tal vez se enternezca, y reconociendo su error se reconcilie con Dios.

El abate Judaine le siguió vivamente, y detrás de ellos, el señor de Guersaint llevó á María y á Pedro, apasionándose por aquel drama.

Los cinco llegaron bajo el cobertizo de las mensajerías, á veinte pasos de la muchedumbre, que iba engrosando, sin que nadie sospechase que se hallaba tan cerca un hombre agonizando.

Allí, en un solitario rincón, entre dos montones de sacos de avena, yacía el Comendador sobre un colchón de la Hospitalidad, que se tomó de la reserva. Estaba vestido con su eterno abrigo y llevaba en el ojal su ancha cinta roja. Alguien tuvo la precaución de recoger su bastón con puño de plata y colocarlo cuidadosamente en el suelo, junto al colchón.

En seguida se inclinó el abate Judaine.

—Mi pobre amigo, usted nos reconoce y nos oye, ¿no es cierto?

El Comendador no parecía tener vivos más que los ojos; pero estos lucían aún con una llama de obstinada energía. El ataque, hiriendo esta vez el lado derecho, debió haberle cortado la palabra. Sin embargo, balbuceaba algunas frases y llegó á hacer comprender que quería acabar allí, sin que se le moviese; sin que se le molestase más. No teniendo ningún pariente en Lourdes, donde nadie sabía nada de su pasado ni de su familia, y viviendo hacía tres años de su modesto empleo en la estación, con el aire enteramente dichoso, veía por fin realizarse su ardiente, su único deseo, el de irse, el de caer en el sueño eterno, en el reparador no ser.

Y en efecto, sus ojos expresaban su gran alegría.

—¿Tiene usted algún ruego que expresar?—repitió el abate Judaine.—¿No podemos serle útiles en algo?

¡No, no! Sus ojos respondían que se hallaba bien, que estaba contento. Hacía ya tres años que no se levantaba una mañana sin esperar dormir por la noche en el cementerio. Cuando el sol brillaba, tenía costumbre de decir con aire de envidia: «¡Ah, qué hermoso día para partir!» Y la muerte que llegaba á librarle de esta execrable existencia, era muy bien recibida.

El doctor Chassaigne, amargamente, repitió muy bajo al viejo sacerdote, quien le suplicaba que intentase algo:

No puede hacerse nada; es impotente la ciencia... Está condenado.

En este momento, una vieja, una peregrina de ochenta años descamisada, entró bajo el cobertizo, sin saber á donde iba. Arrastrábase sobre un bastón, patizamba y encorvada, habiéndose reducido de nuevo al tamaño de un niño, afligida por todos los males de la decrepitud; y llevaba pendiente del asa una vasija llena de agua de Lourdes, para prolongar más esta vejez, en el horroroso estado de ruina en que se hallaba.

Por un instante, se azoró su senil imbecilidad. Miró á este hombre desatinado, testarudo, que se moría, y después, apareció en el fondo de sus turbios ojos una bondad de abuela, una fraternidad de anciana pacientísima que la hizo aproximarse más. Y con sus manos agitadas de un continuo temblor, tomó su basija y se la tendió al hombre.

Esto fué para el abate Judaine una brusca claridad; algo así como una celeste inspiración. El que tanto había rogado por la curación de la señora Dieulafay, y á quien la Santa Virgen no había escuchado, se sintió abrasado de una nueva fe, convencido de que si el Comendador bebía, sería curado.

Cayó de rodillas al borde del colchón, y dijo:

—¡Oh, hermano mío! Dios es quien le envía á usted esta mujer... Reconcíliese con Dios; beba usted y ruegue mientras que nosotros mismo vamos á implorar con toda nuestra alma la misericordia divina... Dios querrá probar su poder, Dios va á hacer el gran milagro de volver á poner á usted de pie para que pase aún largos años en esta tierra amándole y glorificándole.

¡No, no! Los ojos brillantes del Comendador gritaban que no. Ser él también débil, como esos rebaños de peregrinos llegados de tan lejos, atravesando tantas fatigas para arrastrarse por tierra y sollozar suplicando al cielo que les deje vivir un mes, un año, diez años más! ¡Era tan bueno, tan sencillo morir tranquilamente en su lecho! Se vuelve uno contra la pared y muere.

—Beba usted, hermano mío; se lo suplico... Es la vida la que va usted á beber; la fuerza, la salud; y es también la alegría de vivir... ¡Beba usted para volverse joven, para comenzar de nuevo una existencia piadosa! ¡Beba usted para cantar las alabanzas de la Divina Madre que habrá salvado su cuerpo y su alma de usted!... Ella me habla; su resurrección de usted es segura.

¡No, no! Los ojos rehusaban, rechazaban la vida con creciente obstinación; y en ellos mezclábase ahora un sordo temor al milagro. El Comendador no creía; hacía tres años que alzaba las espaldas ante las pretendidas curas. Pero ¿sabía uno jamás nada, en este risible mundo? ¡Verificábanse á veces cosas tan extraordinarias! Y si, por azar, esa agua tenía en realidad una virtud sobrenatural; y si, á la fuerza, le hiciesen beber, sería terrible revivir, volver á comenzar su tiempo de

cárcel, la abominación que Lázaro el lastimoso elegido del gran milagro sufrió dos veces. ¡No, no! No quería beber, no quería intentar la horrible chanza de la resurrección.

—Beba usted, hermano mío, beba usted—repetía el viejo sacerdote inundado de lágrimas:—no se empeñe usted en rehusar las gracias celestiales.

Y entonces se vió una cosa terrible; se vió á este hombre, medio muerto ya, levantarse, sacudir las estrechas ligaduras de la parálisis, desatar un segundo su lengua anudada, balbuceando, gritando con voz ronca:

—¡No, no, no!

Fué preciso que Pedro se la llevase, volviendo á poner en su camino á la vieja peregrina espantada, que no comprendía se pudiese rehusar el agua que ella llevaba como un tesoro inestimable, el presente mismo de la eternidad de Dios á las pobres gentes que no quieren morir. Patizamba, encorvada, arrastrando sobre su bastón el triste resto de sus ochenta años, desapareció entre la paseadora multitud, devorada por la pasión de vivir ansiosa, del aire, del sol y del ruído.

María y su padre acababan de extremecerse ante este deseo de la muerte, esta hambre del no ser, que demostraba el Comendador. ¡Ah, dormir, dormir sin despertar en el infinito de las tinieblas, eternamente! No había nada tan dulce en el mundo. Y no era por la esperanza de otra vida mejor, por el deseo de ser por fin dichoso en un paraíso de igualdad y de justicia; era sólo la necesidad de la negra noche, del sueño sin fin, la alegría de no ser jamás.

Y el doctor Chassaigne sintió un calofrío, porque también alimentaba un sólo pensamiento: la felicidad del minuto en que partiese. Pero del lado de allá de esta existencia, sus muertas queridas, su mujer y su hija le esperaban en la cita de la vida eterna, y ¡qué frío de hielo, si se le hubiese dicho un sólo momento que no las encontraría allí!

Penosamente, se levantó el abate Judaine. Creyó notar que el Comendador fijaba entonces sus vivos ojos en María; y desolado por sus inútiles súplicas, quiso mostrarle un ejemplo de esta bondad de Dios que el Comendador rehusaba.

—La reconoce usted ¿verdad? Sí; es la joven que llegó el sábado, tan enferma, paralítica de las dos piernas. Ya la ve usted ahora, tan bien, tan fuerte, tan bella... El cielo la ha hecho esta gracia, y vea usted cómo renace á su juventud, á la larga vida en que nació para vivir. ¿Le disgusta á usted el verla? ¿Quisiera usted, pues, también la muerte para esta niña y la habría usted aconsejado que no bebiese?

El Comendador no podía responder, pero sus ojos no se apartaban del joven rostro de María, donde se leía una gran dicha de la resurrección, una vasta esperanza en el sinnúmero de días que tenía delante de sí y las lágrimas aparecieron, corrieron por sus mejillas, ya frías.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Lloraba seguramente por ella; pensaba en el otro milagro que la deseó si curaba: el de ser feliz. Era el enternecimiento de un viejo conocedor de la miseria de este mundo, apiadándose de todos los dolores que aguardaban á esta criatura.

¡Ah, cuántas veces tal vez, sentiría la triste mujer no haber muerto á los veinte años!

Después, los ojos del Comendador se oscurecieron, como si los hubiesen fundido esas lágrimas de piedad última. Era el fin; llegaba el último sueño, marchándose la inteligencia con el aliento. Volvióse y murió.

En seguida el doctor Chassaigne apartó á María.

—¡El tren parte; despáchese, despáchese!

En efecto; el ruido de la campana llegaba distintamente en medio del crecido tumulto de la muchedumbre. Y habiendo encargado el doctor Chassaigne á dos camilleros que velasen el cuerpo, el cual sería levantado después, cuando hubiese partido el tren, quiso acompañar á sus amigos hasta el vagón.

Todos se apresuraban. El abate Judaine, desesperado, se les unió después de haber dicho una corta oración por el descanso de aquella alma sediciosa.

Cuando María, seguida de Pedro y del señor de Guersaint, corría á lo largo del muelle fué detenida aún por el doctor Bonamy, que triunfante se la presentó al padre Fourcade.

—Reverendo padre, he aquí la señorita de Guersaint, la joven que ayer, lunes, fué curada tan milagrosamente.

El padre tuvo una radiante sonrisa del general, á quien se recuerda su más decisiva victoria.

—Ya sé, ya sé; estaba yo allí... Mi querida niña, Dios la bendijo entre todas; vaya usted y haga adorar su nombre por todas partes.

Después felicitó al señor de Guersaint, cuyo orgullo paternal brillaba de una manera extrahumana.

Era la ovación que comenzaba de nuevo; el concierto de tiernas palabras, de miradas de asombro que siguieron á la joven por la mañana, á través de las calles de Lourdes, y que nuevamente la rodeaban en el último minuto de la partida.

Por más que la campana sonaba aún; formóse un círculo de peregrinos arrobados. Parecía que llevaba María en su persona la gloria de la peregrinación, el triunfo de la religión, que resonaría en adelante en los cuatro ángulos de la tierra.

Y Pedro, sintióse conmovido en este momento, notando el doloroso grupo que formaban cerca de ellos el señor Dieulafay y la señora Jousseur.

Tenían sus miradas fijas en María, asombrándose, como los demás, de la extraordinaria resurrección de esta joven tan bella, que habían visto

muerta, delgada, con la faz terrosa. ¿Por qué, pues, esta niña, y no la joven, la mujer querida que ellos transportaban moribunda?

Su confusión, su vergüenza pareció haber aumentado; retrocedían en su malestar de parias demasiado ricos; y fué un consuelo para ellos ver á tres camilleros, después de subir con gran trabajo á la señora Dieulafay al compartimiento de primera clase, que pudieron desaparecer de ahí á su vez, en compañía del abate Judaine.

Pero ya los empleados gritaban:

—«¡Al coche, al coche!»

El padre Massías, encargado de la dirección piadosa del tren, volvió á ocupar su sitio, dejando sobre el pavimento al padre Fourcade apoyado en la espalda del doctor Bonamy. Vivamente, Gerardo y Berthaud saludaron aún á las señoras, mientras que Ramona subía á reunirse con las señoras Désagneaux y Volmar, instaladas en su rincón; y la señora de Jouquière, en fin, corrió á su vagón, á donde llegó al mismo tiempo que los Guersaint.

Atropellábase uno entre aquellos gritos, entre aquellas locas carreras de un extremo á otro del interminable tren, al cual acababa de unirse la locomotora, una máquina de cobre, reluciente como un astro.

Pedro hacía pasar á María delante, cuando llegó al galope el señor de Vignerón, gritándole:

—¡Es valedero, es valedero!

Muy encarnado, mostraba, agitándole, su billete; y corrió hácia el departamento donde se encontraba su mujer y su hijo, para anunciarles la buena nueva.

Después que se hallaron instalados María y su padre, quedóse Pedro un minuto aún sobre el andén con el doctor Chassaigne, quien le abrazó fraternalmente. Quería hacerle prometer que volvería á París á recuperar un poco su existencia; pero el viejo médico movía la cabeza.

—No, no, mi querido amigo; me quedo... Ellas están aquí; ellas me guardan.

Hablaba de sus muertas queridas. Después, dulcemente y muy enternecido, dijo:

—¡Adiós!

—Adiós no, mi buen doctor; hasta la vista.

—Sí, sí; adiós... El Comendador tenía razón, ya lo ve usted. No hay nada tan bueno como morir, pero para revivir.

El barón Suire daba la órden de levantar los estandartes blancos á la cola del tren. Los gritos de los empleados continuaban más imperiosos: «¡Al coche, al coche!» Era el barullo supremo: la ola de los retrasados enloquecidos, llegando sudorosos y sin aliento. En el vagón contaban su gente la señora de Jonquiére y sor Jacinta. La Grivota, Elisa Rouquet y Sofía Couteau, estaban allí. La señora Sabathier hallábase sentada en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su sitio, en frente de su marido, quien esperaba pacientemente la partida con los ojos medio cerrados.

Una voz preguntó:

—¿Y la señora Vincent, no parte con nosotros?

Sor Jacinta, que estaba inclinada cambiando aún una sonrisa con Ferrand, el cual se hallaba en el umbral del furgón, exclamó:

—¡Aquí está!

La señora Vincent atravesaba las vías, acudía la última, desalentada, huraña. Y en seguida, con una involuntaria ojeada, miró Pedro á sus brazos. Estaban vacíos.

Todas las portezuelas se cerraban ya; crugían unas tras otras. Los vagones estaban llenos. Sólo faltaba dar la señal. Resoplando y humeante, la máquina lanzó un primer silbido con aguda alegría, y en este minuto el sol, velado hasta entonces, disipó la ligera nube é hizo resplandecer el tren con esa máquina enteramente dorada que parecía marchar hacia el paraíso de las leyendas.

Era una partida de alegría infantil, divina, sin amargura alguna. Todos los enfermos parecían curados. Por más que se les transportaba tal como se les llevó, partían consolados, dichosos por una hora al ménos, y ni la menor envidia echaba á perder su fraternidad; aquellos que no estaban curados se alegraban, triunfaban con la curación de los demás. Su vez llegaría seguramente; el milagro de ayer era la formal promesa del milagro de mañana.

Al cabo de estas tres jornadas de ardientes súplicas, continuaba la fiebre del deseo; la fe de los olvidados seguía tan viva en la certidumbre de que la Santa Vírgen había sencillamente diferido para más tarde el saludo de su alma. En todos ellos, en todos estos miserables seres hambrientos de vida, ardían el inestinguible amor y la invencible esperanza.

Desbordando de los vagones llenos, había también un último estallido de júbilo, una turbulencia de extraordinaria dicha; risas y gritos. «¡Hasta el año que viene; volveremos!» Y las hermanitas de la Asunción, tan alegres, palmotearon, y el cántico de reconocimiento, el *Magnificat*, entonado por los 800 peregrinos comenzó:

—*Magnificat anima mea Dominum.*

Entonces, el jefe de estación, asegurado por fin, moviendo los brazos, hizo dar la señal. La máquina silbó de nuevo, y después se extremeció, rodó en medio del brillante sol, como en una gloria.

Sobre el andén quedóse el padre Fourcade apoyado en la espalda del doctor Bonamy, sufriendo mucho de su pierna y saludando así y todo con una sonrisa la partida de sus hijos queridos; mientras que Berthaud, Gerardo y el barón Suire formaban otro grupo, y cerca de ellos, el doctor Chassaigne y el señor Vignerón agitaban su pañuelo.

En las portezuelas de los vagones que huían, se inclinaban cabezas felices, y los pañuelos volaban con el viento de la carrera.

La Señora Vignerón obligaba al pequeño Gustavo á mostrar su rostro pálido. Por largo tiempo pudo verse la regordeta mano de Ramona enviando saludos, y María quedóse la última, viendo decrecer á Lourdes entre las verduras.

Triunfal, á través de la clara campiña, desapareció el tren resplandeciente, ruidoso, cantando á voz en grito:

—*El exaltavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

De nuevo, hácia París, rodaba de regreso el tren blanco. Y en el vagón de tercera clase, donde el *Magnificat*, cantado á gritos por agudas voces, sobrepujaba al ruído de las ruedas, se veía el mismo cuarto, la misma sala de hospital ambulante y común, que se divisaba de una sola ojeada por encima de los bajos tabiques, en su desórden, en su mezcolanza de ambulancia improvisada.

Medio escondidos bajo la banqueta rodaban por el suelo los vasos de noche, las jofaínas y las esponjas. Más ó menos, por todas partes se apilaban los fardos, el lastimoso montón de pobres cosas usadas, cuyo encumbramiento volvía á comenzar en el aire; paquetes, cestas, sacos suspendidos de los ganchos de cobre, donde se balanceaban sin descanso.

Las mismas hermanas de la Asunción, las mismas damas hospitalarias estaban allí con sus enfermos, entre el amontonamiento de los peregrinos válidos, sufriendo ya el calór sofocante, el insoportable olor. Allí estaba siempre, en el fondo, el compartimiento entero de mujeres, las diez peregrinas apretadas unas contra otras, jóvenes, viejas, todas de la misma triste fealdad, que cantaban violentamente, con un tono lastimero y falso.

—¿A qué hora estaremos en París?—preguntó el Sr. de Guersaint á Pedro.

—Creo que mañana á eso de las dos de la tarde, respondió el sacerdote.

Desde la partida, María miraba á este con aire de inquieta preocupación, como poseída de un brusco disgusto que no expresaba. No obstante, encontraba de nuevo su sonrisa de bella salud recouquistada.

—Veintidós horas de viaje. ¡Ah! Será menos largo y menos duro que á la venida.

—Y además—repitió su padre,—hemos dejado gente allá abajo y estamos más desahogados.

En efecto; la ausencia de la señora Maze dejaba un rincón libre, al extremo de la banqueta que María, sentada ahora, no llenaba con su carrito; y hasta se hizo pasar á la pequeña Sofía al compartimiento vecino, donde no se encontraban ahora el Padre Isidoro ni su hermana Marta, que habíase quedado de servicio en Lourdes, en casa de una señora piadosa, según decían. Al otro lado, la señora Jonquiére y sor Jacinta se aprovechaban igualmente de un sitio, el de la señora Vetu. Además tuvieron la idea de desembarazarse también de Elisa Rouquet instalándola con Sofía; de modo que no conservaban más que al matrimonio Sabathier y la Grivota.

Gracias á esta nueva organización, estaban con más desahogo, y hasta podrían tal vez dormir un poco.

Acababa de ser cantado el último versículo del *Magnificat*, y las señoras concluían de instalarse lo más confortablemente posible, haciendo su pequeño ajuar. Fué preciso, sobre todo, esconder las vasijas de zinc llenas de agua, que molestaban las piernas de los viajeros. Se corrieron las cortinillas de todas la portezuelas de la izquierda, porque el sol oblícuo hería el tren, entrando en ardiente cascada. Pero las últimas lluvias debieron batir el polvo, y la noche seguía seguramente fresca.

Además, el sufrimiento era menor; la muerte habíase llevado los más enfermos, y no quedaban allí más que males atrofiados, entorpecidos por la fatiga, sumidos en lento entorpecimiento.

Bien pronto iba á producirse la reacción de aniquilamiento de que son siempre seguidas las grandes sacudidas morales. Las almas habían hecho su esfuerzo; los milagros se habían terminado, y la distensión de nervios comenzaba en el embrutecimiento de un desahogo profundo.

Hasta Tarbes, fueron así muy ocupados, arreglándose cada cual, tomando posesión de su sitio. Y cuando dejaron esta estación, sor Jacinta se levantó, y dando una palmada, dijo:

—Hijos míos: es preciso no olvidarse de la Santa Vírgen que ha sido tan buena. Empecemos el Rosario.

Todo el vagón dijo con ella el primer Rosario, los cinco misterios gloriosos, la Anunciación, la Visitación, la Natividad; la Purificación y el encuentro de Jesús. Después, se entonó el cántico: «Contemplemos el celeste arcángel...» con voz tan alta, que los aldeanos de los sembrados levantaban la cabeza y miraban pasar este tren que cantaba.

María admiraba fuera la vasta campiña, el cielo inmenso, que iba serenándose poco á poco de su bruma de calor, presentándose con un azul brillante. Era el fin delicioso de este hermoso día. Y sus miradas se transportaban, se dirigían sobre Pedro, con esta muda tristeza que los había velado ya, cuando ante ella estallaron en furiosos sollozos. El cántico terminó, y la señora Vincent gritaba, balbuceaba palabras confusas, ahogadas por las lágrimas.

—¡Ah, pobre hija mía!... ¡Mi joya, mi tesoro, mi vida!

Hasta entonces estuvo en su rincón hundiéndose, desapareciendo. Huraña, no había dicho una palabra; los labios apretados, los ojos cerrados, como para aislarse más, en el fondo de su fiero dolor. Pero al abrir los ojos, acababa de ver la tira de cuero que colgaba junto á la portezuela, y la vista de este tirante que su niña había tocado, con el cual había jugado su hija, la sublevó con una desesperación, cuyo frenesí impedía toda voluntad de silencio.

—¡Ah, mi pobre Rosita!... Su mano había cogido esto, y lo volvía

y lo miraba; fué su último juguete... ¡Ah! Estábamos los dos aquí y ella vivía aún; la tenía yo sobre las rodillas, en mis brazos. ¡Estaba aún tan buena, tan buena! ¡Y no la tengo más, no la tendré jamás, á mi pobre hija, á mi pobre Rosita!

Desatinada, sollozante, miraba sus rodillas y sus brazos vacíos, con los que no sabía que hacer. La había mecido tanto tiempo, la había llevado tantos días en sus brazos, que ahora, sentía como una amputación de su ser, una función de menos que la dejaba disminuida, desocupada, enloquecida de sentirlas inútiles. Y sus brazos y sus rodillas la molestaban.

Pedro y María, muy conmovidos; se apresuraron á buscar buenas palabras, tratando de consolar á la desventurada madre. Poco á poco, por las frases sueltas que se mezclaban á sus lágrimas, supieron el calvario que acababa de subir, después de la muerte de su hija. La víspera por la mañana, cuando la llevaba muerta en sus brazos, bajo las lluvias, debió andar de este modo mucho tiempo, ciega, sorda, golpeada por la lluvia torrencial. No recordaba los sitios que había atravesado, las calles que había seguido á través de ese Lourdes infame, de ese Lourdes asesino de niños, al que maldecía.

—¡Ah! ¡No sé, no sé más!... Sí; varias gentes me han recogido, han tenido piedad de mí; varias gentes que no conocía, que habitan en alguna parte... ¡Ah! no sé; alguna parte: allá arriba, muy lejos, al otro extremo de la villa... Pero seguramente son gentes muy pobres, porque yo me encontré en un cuarto pobre, con mi querida hija enteramente fría, á quien acostaron sobre su lecho...

A este recuerdo, una nueva crisis de sollozos la ahogó.

—¡No, no; yo no quería separarme de mi querido cuerpecito, dejándole en esta aborrecible ciudad!

Y no puedo precisarlo, pero deben ser esas pobres gentes quienes me han conducido... Hemos dado muchas carreras, ¡oh! muchas carreras. Hemos visto á todos esos señores de la peregrinación y del camino de hierro... Yo les repetía: «¿Qué más les da á ustedes? Permítanme llevarla á París en mis brazos. Yo la traje cuando estaba viva; bien la puedo llevar muerta. Nadie notará nada; creerán que duerme...» Y toda esa gente, todas esas autoridades han gritado, me han despedido, como si les pidiese alguna villanía.

Entonces, he acabado por decirles sandeces. ¿No es verdad? Cuando se llevan tantos enfermos agonizantes, se debieran encargar de volver á traer los muertos... Y en la estación, ¿saben ustedes lo que han acabado por pedirme? ¡Trescientos francos! Sí; parece ser que ese es el precio. ¡Señor; trescientos francos, á mí que he venido con treinta sueldos en mi bolsillo, de los cuales no me quedan más que cinco! No los gano en seis meses de trabajo. Debieron pedirme mi vida, y la hubiese dado muy gustosa. ¡Trescientos francos! ¡Trescientos francos por ese pobre cuerpecito de pájaro, que yo hubiera traído sobre mis rodillas, tan consolada!

Después, no balbuceó más que sordas quejas.

—¡Ah; si ustedes supiesen todas las razones que esas pobre gentes me han dado para decidirme á partir!...

Una obrera como yo, á quien espera su trabajo, debe volver á París; y, además, que no tengo medio de perder mi billete de regreso; me era preciso volver á tomar el tren á las tres y cuarenta...

También han dicho que es forzoso aceptar las cosas cuando no se es rico. Solamente los ricos, ¿verdad? guardan sus muertos y hacen de ellos lo que quieren... Y no recuerdo más, no me acuerdo de nada más. Ni aun sabía la hora, y jamás hubiera podido encontrar la estación.

Después del entierro, allá abajo, en un rincón donde hay dos árboles, esas pobres gentes han debido traerme medio loca; me han conducido y colocado en el vagón, justamente en el momento en que el tren partía. Pero ¡qué desgarradura he sentido, como si hubiera quedado mi carne bajo la tierra! ¡Esto es horrible, Dios mío; esto es horrible!

—¡Pobre mujer!—murmuró María.— Tenga usted valor y pídale á la Santa Vírgen el socorro que jamás rehusa á los afligidos.

Al oír esto la sacudió la ira.

—¡Eso no es cierto! ¡La Santa Vírgen se burla de mí; la Santa Vírgen es una embustera!...

¿Por qué me ha engañado? Yo no hubiese ido jamás á Lourdes, si no hubiera escuchado esta voz en una iglesia. Mi hija viviría aún; tal vez me la habrían salvado los médicos... ¡Yo que por nada del mundo hubiera puesto los pies en casa de los curas! ¡Ah; yo tengo razón! ¡No hay Santa Vírgen; no hay buen Dios!

Y continuó sin resignación, sin ilusión ni esperanza blasfemando con su furiosa grosería de gente baja, llorando por el sufrimiento de su carne, tan rudamente, que tuvo que intervenir sor Jacinta.

—¡Cállese usted, desdichada! El buen Dios es el que castiga á usted haciendo sangrar su llaga.

La escena había durado mucho tiempo, y cuando pasaban á todo vapor por delante de Riscle, dió con una nueva palmada la señal para que se cantase el *laudate, laudate Mariam.*

—Vamos, vamos, hijos míos, todos juntos y con todo vuestro corazón:

Au ciel et sur terre,
Que toutes les voix
Pour vos ô ma mère,
Chantent á la fois:
Laudate, laudate, laudate Mariam.

En el cielo y la tierra
todas las voces,
por vos, ¡oh, madre mía!
cantan acordes:
(*Laudate, laudate, laudate Mariam*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este cántico de amor impedía oir á la señora Vincent, que sollozaba entre sus dos manos, en el paroxismo de su rebelión, con una debilidad balbuciente como una pobre mujer embrutecida por el dolor y el cansancio.

Después del cántico, en el vagón se hizo sentir por todas partes la fatiga. Allí, casi tan sólo sor Jacinta, tan viva, y sor Clara de los Angeles, dulce, seria y menuda, estaban como á su partida de París, como durante su estancia en Lourdes, con una serenidad profesional acostumbrada á todo, vencedora de todo, que tan bien armonizaba con la clara alegría de su griñón y su toca blancos.

La señora de Jonquiére, que durante cinco días casi no había dormido, se esforzaba por tener abiertos sus pobres ojos, encantada, sin embargo, del viaje, regresando con la gran alegría de haber casado á su hija y de llevar consigo el milagro más hermoso, una curada milagrosamente de quien todo el mundo hablaba.

Se prometía dormir bien aquella noche á pesar de los duros vaivenes y poseída sin embargo de un sordo temor acerca de la Grivota, la cual le parecía singular, excitada, huraña, con sus ojos turbados y los carrillos llenos de manchas violáceas. Por dos veces quiso hacerla mantenerse tranquila, sin obtener de ella que no se moviese, con las manos unidas y los párpados cerrados. Afortunadamente, los demás enfermos no la causaban inquietud alguna, todos consolados ó tan cansados que ya dormían.

Elisa Rouquet habíase comprado un espejo de bolsillo, un gran espejo redondo, en el que no dejaba de mirarse, encontrándose bella, notando de minuto en minuto los progresos de su curación con una coquetería que la hacía pellizcarse los lábios y ensayar sonrisas, ahora que su faz de monstruo se volvía de nuevo humana.

Cuanto á Sofía Couteau, jugaba gentilmente; habíase descalzado ella misma viendo que nadie deseaba ver su pié, y repetía que seguramente debía tener un grano de avena bajo la media, y como no siempre se prestaba atención á ese pequeño pié visitado por la Santa Vírgen, le conservaba entre sus manos, le acariciaba y parecía arrobada de tocarle, de hacer de él su juguete.

El Sr. de Guersaint se había puesto de pie apoyado de codos en el tabique de madera mirando al Sr. Sabathier.

—¡Oh, padre, padre!—dijo de repente María.—¿Ves esta señal en la madera? ¡Está hecha por el herraje de mi carrito!

Este vestigio hallado de nuevo la hizo considerarse tan dichosa, que por un instante olvidó el secreto disgusto que parecía querer callar. Así como la señora Vincent sollozaba, viendo el tirante de cuero tocado por su hija, María estallaba bruscamente de júbilo á la vista de esta huella que le recordaba su largo martirio en este sitio; todo este aborrecible pasado, desaparecido, disipado como una pesadilla.

—¡Decir que apenas hace cuatro días estaba yo acostada allí, no podía moverme, y ahora, ahora voy, vengo, estoy tan cómoda, Dios mío!

Pedro y el Sr. de Guersaint la miraban sonriéndose. Después, el Sr. Sabathier, que había escuchado, dijo lentamente:

—Es mucha verdad; en cada cosa parece que deja uno un poco de sí, de sus sufrimientos, de sus esperanzas, y cuando se las vuelve á encontrar, le hablan á uno, le vuelven á decir esas cosas que nos entristecen ó alegran.

Con su aire resignado, estuvo silencioso en su rincón desde la partida de Lourdes; y su misma mujer, cuando le envolvían las piernas, preguntándole si sufría, sólo obtenía movimientos de cabeza. No sufría, pero hallábase invadido de invencible postración.

—Así, yo, miren—continuó;—durante el largo viaje, al venir, me distraje en contemplar los frisos del techo, allá arriba. Había trece desde la lámpara hasta la portezuela. Acabo de volverlos á contar y, naturalmente, siempre hay trece... Lo mismo que este botón de cobre que está á mi lado. No se imaginan ustedes los sueños que he formado, mirándole brillar, durante la noche en que el señor abate nos leyó la historia de Bernadette. Sí, yo me veía curado; hacia á Roma el viaje de que hablo, hace veinte años; andaba, corría el mundo; en fin, sueños locos y deliciosos... Y después, he aquí que regresamos á París; ¡hay allá arriba trece frisos, el botón brilla y todo ello me dice que me hallo de nuevo sobre esta banqueta con mis piernas muertas... Vamos; está dicho: soy y seguiré siendo una pobre vieja bestia muerta.

Dos gruesas lágrimas aparecían en sus ojos; debía atravesar una hora de horrible amargura. Pero levantó su gran cabeza cuadrada de maudíbulas, que indicaban paciente obstinación.

—Es el séptimo año que vengo á Lourdes, y la Santa Vírgen no me ha escuchado. No importa; esto no me impedirá volver el año próximo. Tal vez se digne oirme por fin.

No se sublevaba. Y Pedro, murmurando, quedó estupefacto de la credulidad persistente, viva, resistente, que, á pesar de todo, continuaba en este cerebro cultivado. ¿Qué ardiente deseo de curación y de vida había formado esta denegación de la evidencia, esta ciega voluntad? Se empeñaba en ser salvado, en contra de todas las probabilidades naturales, cuando la experiencia misma del milagro habíase frustrado tantas veces; y se explicaba á sí propio su nueva desgracia, achacándola á varias distracciones tenidas ante la Gruta, una contrición insuficiente sin duda, todas las clases de pecadillos que debieron disgustar á la Santa Vírgen. Y ya se prometía el año próximo hacer una novena en alguna parte antes de dirigirse á Lourdes.

—A propósito—repitió;—¿saben ustedes la suerte que ha tenido mi sustituto? Sí; ustedes se acordarán de ese tuberculoso por el cual di los cincuenta francos del viaje, cuando me hice inscribir en el hospital. Pues bien, ha sido radicalmente curado.

—¡De veras un tuberculoso?—exclamó el Sr. de Guersaint.

—Perfectamente, señor; curado como con la mano.. Le había visto tan bajo tan amarillo, tan enflaquecido, y ha ido á visitarme al hospital, enteramente regocijado. A fe mía, le he dado cien sueldos.

Pedro tuvo que reprimir una sonrisa, porque sabía la historia que le había contado el doctor Chassaigne. El curado en cuestión, milagrosamente, era un simulador á quien acabaron por conocer en la oficina médica de reconocimientos. Debía ser por lo menos el tercer año que se presentaba allí, la primera vez por una parálisis, la segunda por un tumor y las dos, curado lo mismo, completamente. Cada vez se hacía pasear, hospedar, alimentar y partía colmado de limosnas. Antiguo enfermero de los hospitales, se pintaba, se transformaba la cabeza y el cuerpo todo, de la manera adecuada que la enfermedad exigía con un arte tan extraordinario que fué precisa una casualidad para que el doctor Bonamy se diese cuenta de la superchería. Por otra parte, los padres exigieron en seguida el silencio sobre la aventura. ¿A qué santo entregar este escándalo á las burlas de los diarios? Cuando descubrían estas especies de estafas al milagro se contentaban con hacer desaparecer á los culpados. Los simuladores eran, por lo demás, bastante raros, á pesar de las envidiosas historias esparcidas sobre Lourdes por los espíritus volterianos. Por desgracia, aparte de la fe, bastaban la necedad y la ignorancia

El Sr. Sabathier estaba muy alterado con la idea de que el cielo había curado á aquel hombre que había viajado á sus espensas, mientras que él seguia impotente, reducido al mismo lamentable estado. Suspiró y no pudo menos de concluir con alguna envidia en medio de su resignación:

—En fin, ¿qué quieren ustedes? La Santa Vírgen debe saber bien lo que hace. No seremos ni ustedes ni yo, ¿verdad? quiénes iremos á pedirla cuenta de sus acciones... Cuando la plazca echar sobre mí una mirada, me encontrará siempre á sus pies.

En Mont-de-Marsan, después del *Angelus*, sor Jacinta hizo rezar el segundo rosario, los cinco misterios dolorosos: Jesús en el Jardín de los Olivos, Jesús azotado, Jesús coronado de espinas, Jesús llevando su cruz y Jesús muriendo en la cruz.

En seguida, se cenó en el vagón, porque no había parada hasta Burdeos, donde no se debía llegar antes de las once de la noche. Todas las cestas de los peregrinos estaban llenas de provisiones, sin contar la leche, el caldo, el chocolate y las frutas que sor San Francisco había enviado de la cantina. Después se hicieron fraternales particiones; se comía sobre las rodillas y en vecindad; cada compartimiento no era más que una colección de huéspedes reunida al azar, una merienda en la que cada cual aportaba su escote. Habíase terminado y vuelto á guardar el resto del pan y los papeles gracientos, cuando pasaban ante Morcenx.

—¡Hijos míos!—dijo sor Jacinta levantándose.—¡La oración de la noche!

Entonces hubo un confuso murmullo de *Padres nuestros* y *Ave Marías*, un exámen de conciencia, un acto de contrición, un abandono de sí mismo á Dios, á la Santa Vírgen y á los Santos; toda una acción de gracias de la dichosa jornada, que terminó en una oración para los vivos y para los fieles fallecidos.

—A las diez, cuando estemos en Lamothe—repitió la religiosa,—prevengo á ustedes que haré tener silencio. Pero creo que habrán sido ustedes bastante prudentes y que no habrá necesidad de mecerles para que se duerman.

Esto hizo reir. Eran las ocho y media; una lenta noche había envuelto á la campiña. Solamente los ribazos conservaban el vago adiós del crepúsculo, mientras que la espesa sábana de las tinieblas inundaba los terrenos bajos. El tren, á todo vapor, desfiló por una inmensa llanura, y allí no hubo más que este mar de sombras en que rodaba sin fin, bajo un cielo de un azul negro, sembrado de estrellas.

Al cabo de un instante, Pedro se asombró de los ademanes de la Grivota. Mientras que los peregrinos y los enfermos dormitaban ya, hundidos entre los equipajes, que se balanceaban con las continuas sacudidas, ella se levantó muy derecha, se afianzó al tabique en una brusca angustia. Y bajo la lámpara, cuya pálida luz amarilla bailaba, aparecía como adelgazada de nuevo, con la faz lívida y torturada.

—¡Señora, tenga cuidado, que va á caer!—gritó el sacerdote á la señora de Jonquière que con los ojos cerrados, cedía al sueño:

Esta se apresuró; pero sor Jacinta se volvió con un movimiento más vivo y recibió en sus brazos á la Grivota, que en un furioso acceso de tos se desplomaba sobre la banqueta. Durante cinco minutos, la pobre mujer se ahogaba, sacudida por el acceso de tal modo que su extenuado cuerpo crugía. Después, corrieron varios hilos rojos; luego vomitó sangre á boca llena.

—¡Dios mío, Dios mío; le vuelve de nuevo!—repetía la señora de Jonquière desesperada.—Y yo dudaba, no estaba tranquila al verla de una manera tan rara... Esperen; me voy á sentar junto á ella.

La religiosa no lo consintió.

—No, no, señora; duerma usted un poco, que yo velaré. Usted no está acostumbrada y acabará por ponerse enferma también.

Instalóse y conservó contra su espalda la cabeza de la Grivota, cuyos labios sanguinolentos limpió. La crisis se calmó, pero la debilidad volvía á ser tan grande, que la desdichada apenas tuvo fuerzas para balbucear:

—¡Oh; esto no es nada, absolutamente nada!... ¡Estoy curada; estoy curada; completamente curada!

Pedro quedóse trastornado. Esta repentina recaída había helado el vagón. Muchos se levantaban y miraban con terror. Después, todos se

hundieron de nuevo en un rincón; nadie habló; nadie se movió. Y Pedro pensaba en el asombroso caso médico ofrecido por esta jóven: las fuerzas restablecidas allá abajo, el gran apetito, las largas carreras, el rostro radiante, los miembros bailando; después esta sangre escupida, esta tos, esta faz plomiza de agonizante, el brutal regreso de la enfermedad, á pesar de todo victoriosa.

¿Era, pues, una tisis particular, complicada con una enfermedad nerviosa? ¿Era alguna otra enfermedad; un mal desconocido que obraba tranquilamente en medio de los contradictorios diagnósticos? Empezaba el mar de ignorancias y de errores; esas tinieblas en que se debate aun la ciencia humana.

Y Pedro veía de nuevo al doctor Chassaigne alzar desdeñosamente las espaldas mientras que el doctor Bonamy, lleno de serenidad continuaba tranquilamente su trabajo de reconocimientos, en la absoluta certeza de que nadie le probaría la imposibilidad de sus milagros, así como que él mismo no habría podido demostrar su posibilidad.

—¡Oh; no tengo miedo!—balbuceaba siempre la Grivota;—bien me lo han dicho todos allá abajo: estoy curada, completamente curada.

El vagón rodaba, rodaba en la negra noche. Cada cual tomaba sus disposiciones, se acomodaba para dormir lo mejor posible; obligósela á la señora Vincent á tenderse sobre la banqueta, se la dió una almohada donde pudiese descansar su pobre cabeza dolorida; y habiéndose transformado su cólera de antes en una docilidad infantil, atontada, dormía con un entorpecimiento de pesadilla, mientras grandes y silenciosas lágrimas seguían corriendo de sus cerrados ojos.

Elisa Rouquet, teniendo también toda una banqueta para ella, se disponía á acostarse allí; pero con el rostro siempre en el espejo, hacía ante todo una gran *toilette* de noche; anudábase en la cabeza el pañuelo negro que le sirvió para ocultar su llaga, y miraba si estaba bella así, con su labio deshinchado. Y Pedro, asombrábase nuevamente al ver á aquella llaga en vía de curación, si no cerrada; al contemplar aquel rostro de monstruo que se podía mirar ahora sin horror. El mar de incertidumbres comenzaba de nuevo. ¿No era eso mismo un verdadero lupus? ¿Era tan solo una especie desconocida de úlcera, de orígen histérico? ¿O bien era necesario admitir que algunos lupus mal estudiados, provenían de la mala nutrición de la piel, pudiendo ser enmendados por una gran sacudida moral? Era un milagro, á menos que en tres semanas, en tres meses ó en tres años, no reapareciese como la tisis de la Grivota.

Eran las diez y todo el vagón dormía cuando dejaron Lamothe. Sor Jacinta, que había conservado sobre sus rodillas la cabeza de la Grivota amodorrada, no pudo levantarse y se contentó con decir por fórmula, con una voz ligera, que se perdió en el ruído de las ruedas:

—¡Silencio, silencio, hijos míos!

Pero alguna cosa siguió moviéndose en el fondo del compartimiento vecino; un ruído que la excitaba y que acabó por comprender.

—Sofía ¿porqué da usted golpes con el pie en la banqueta? Es preciso dormir, hija mía!

—Yo no doy golpes, mi hermana. Es una llave que rodaba bajo mi calzado.

—¿Cómo una llave? Pásemela usted.

Sor Jacinta la examinó: una llave muy pobre, muy vieja, negruzca, adelgazada, pulida por el uso, y cuyo anillo, reseldado, conservaba la señal. Todo el mundo habíase registrado; nadie había perdido una llave.

—La encontré en ese rincón—repitió Sofía. Debe ser del hombre.

—¿Qué hombre?—preguntó la religiosa.

—Pues el hombre que murió ahí.

Ya se le había olvidado. Sor Jacinta se acordó; sí, sí, era seguramente del hombre, porque oyó caer alguna cosa cuando le lavaba la frente. La volvía y seguía mirando, aquella fealdad de llave, pobre, lastimosa, inútil en adelante; que no abriría ya jamás la cerradura desconocida, en alguna parte, en el fondo del vasto mundo.

Por un instante, pensó en guardarla en su bolsillo, movida de una especie de piedad hacia ese pequeño trozo de hierro tan humilde, tan misterioso; lo único que quedaba de aquel hombre. Después, la vino á la memoria el devoto pensamiento de que no convenía apropiarse nada en esta tierra; y por el hueco del cristal medio bajado, arrojó la llave, que fué á sumergirse en la oscura noche.

—Sofía, es preciso no jugar; es necesario dormir. ¡Vamos, vamos, hijos míos; silencio!

Solamente después de la corta parada en Burdeos, hácia las once y media, el sueño volvió á apoderarse, á postrar el vagón entero. La señora Jonquière no había podido luchar más; la cabeza contra la madera del tabique, la faz dichosa en medio de la fatiga. Los Sabathier dormían también, sin oírseles la respiración; mientras ningún ruído llegaba tampoco del otro compartimiento, que ocupaban Sofía Couteau y Elisa Rouquet, echadas á lo largo una en frente de otra sobre las banquetas. De cuando en cuando se elevaba una queja sorda, un grito ahogado, de dolor ó de espanto, que se escapaba de los labios de la señora Vicent amodorrada, torturada por malos ensueños.

Casi tan solo quedaba sor Jacinta con los grandes ojos abiertos, muy preocupada del estado de la Grivota inmóvil ahora, como adormecida, respirando con esfuerzo, con un continuo estertor.

De un extremo á otro de este dormitorio en movimiento, sacudido por la trepidación del tren lanzado á todo vapor, se abandonaban los peregrinos y los enfermos; los miembros colgaban, las cabezas rodaban bajo el pálido y oscilante resplandor de las lámparas.

En el fondo, en el compartimiento de los diez peregrinos, había una

mezcla lastimosa de pobres y feas caras, viejas, jóvenes, que el sueño parecía haber herido del rayo al fin de un cántico, con la boca abierta. Una gran piedad subía de estas tristes gentes, fatigadas, aniquiladas por cinco días de locas esperanzas, de éxtasis infinitos, y que al día siguiente despertarían sintiendo la dura realidad de la existencia.

Entonces, Pedro se consideró como sólo con María. Esta no había querido echarse sobre la banqueta, diciendo que bastante tiempo había estado acostada, durante siete años, y él, para dejar más cómodo al Sr. de Guersaint, quien desde Burdeos había cogido de nuevo su profundo sueño de niño, fué á sentarse junto á María.

La claridad de la lámpara la molestaba; Pedro tiró de la pantalla, encontrándose así en la sombra, una sombra transparente infinitamente dulce. En este momento, el tren debía rodar por la llanura, deslizándose en la noche, como en un vuelo sin fin, con un rumor de alas enorme y regular. Por el hueco del cristal que habían bajado, llegaba una exquisita frescura de los campos negros, de los campos insondables, donde no lucía ni aún el pequeño resplandor perdido de una aldea. Un instante se volvió hacia ella y vió que tenía los ojos cerrados; pero adivinó que no dormía; saboreando esta gran calma, rodeada de rumores de tempestad en aquella carrera á todo vapor en el fondo de las tinieblas, lo mismo que ella, cerró los párpados y soñó largo tiempo.

Una vez más se evocaba ante él el pasado; la casita de Neuilly, los besos que habían cambiado junto al referido seto, bajo los árboles asaeteados por el sol. ¡Cuán lejos hallábase ya todo eso; pero, sin embargo, conservaba de ello su vida entera! En seguida, volvióle la amargura del día en que se hizo sacerdote. Jamás ella debía ser su mujer; él consintió en no ser más hombre. Esta sería su eterna desdicha, puesto que la irónica naturaleza iba á rehacer en María una esposa y una madre. Si al menos hubiese Pedro conservado la fe, habría encontrado en ella el eterno consuelo. Pero en vano lo había intentado todo para reconquistarla; su viaje á Lourdes, sus esfuerzos ante la Gruta, su esperanza de un instante, de que acabaría por creer si María era curada milagrosamente. Después, la ruina total, irremediable, cuando la curación anunciada se produjo científicamente.

Y su idilio tan puro y tan doloroso, la larga historia de su cariño empapado en lágrimas, desarrollábase también. La misma María, conocedora de su secreto fué á Lourdes sólo para pedir al cielo el milagro de su conversión. Durante la procesión de las antorchas; cuando se quedaron solos bajo los árboles, entre el perfume de las invisibles rosas rogaron el uno por el otro, perdidos uno en otro con el ardiente deseo de su mutua dicha. Aún ante la Gruta, ella suplicó á la Santa Vírgen que la olvidase, que le salvase á él si no podía obtener más que una gracia de su divino hijo.

Después, curada, fuera de sí, sublevada de amor y de reconocimiento, llevada por las escaleras con su carrito, hasta la Basílica, se creyó escuchada, le manifestó su júbilo por haber sido salvados juntos los dos.

¡Ah! esta mentira; esta mentira de afección y de caridad; el error en que la dejaba desde ese momento. ¡con qué peso le aplastaba el corazón! Era la pesada losa que ahora le dejaba encerrado en el fondo de su sepulcro voluntario.

Recordaba la horrorosa crisis en la que estuvo á punto de morir, en la sombra de la cripta; sus sollozos, su brutal revolución primero; su necesidad de guardarla para sí sólo, de poseerla, puesto que sabía que era suya; toda esa amenazadora pasión de su virilidad despertada, que después, poco á poco, se había vuelto á dormir, ahogada bajo el río de sus lágrimas; y para no destruir en ella la divina ilusión y cediendo á una fraternal piedad, se había hecho á sí mismo el heroico juramento de mentirla siempre, aunque su cumplimiento le hiciera á él agonizar.

Pedro, en su desvarío, no pudo menos de temblar. ¿Tendría fuerza bastante para sostener siempre este juramento? En la estación, cuando la esperaba ¿no acababa de sorprender en su corazón una impaciencia, una celosa necesidad de dejar ese Lourdes demasiado amado, con la vaga esperanza de que ella volvería á ser suya allá lejos? ¡Y pensar que si él no hubiese sido sacerdote se habría casado con ella!

¡Qué arrobamiento, qué existencia de adorable felicidad entregarse enteramente á ella, poseerla completamente, revivir en el querido hijo que nacería! No había allí seguramente de divino más que la posesión, la vida que se completa y que se multiplica. Y su sueño le extravió. Vióse casado llenándole esta idea de tan viva alegría que se preguntó por qué había de ser irrealizable ese sueño.

Ella, María, tenía la ignorancia de una niña de diez años; él la instruiría y la dotaría de un alma. Comprendería que esta curación que ella creía deber á la Santa Vírgen, la llegaba de la madre única, de la impasible y serena naturaleza.

Pero á medida que Pedro arreglaba así las cosas, creció en él una especie de terror sagrado, que provenía de su educación religiosa. ¡Dios santo! ¿Sabía él si esa dicha humana con que la quería colmar, valdría jamás la santa ignorancia, la infantil ingenuidad en que ella vivía? Y más tarde ¡qué de reproches si no era dichosa! Después, ¡qué draina de conciencia, arrojar la sotana, casarse con esta curada milagrosamente de ayer, devastar su fe para inducirla al consentimiento de este sacrilegio! Y, sin embargo, ahí estaba el valor, ahí estaba la razón, la vida, el verdadero hombre, la mujer verdadera, la unión necesaria y grande. ¿Por qué, pues, Dios mío, no se atrevía? Una horrible tristeza se apoderaba de él y le hacía desvariar en medio de su sueño, no oía sino á su pobre corazón sufrir.

El tren, rodaba con su enorme batir de alas, tan sólo sor Jacinta seguía despierta en el postrado sueño del vagón; y en este momento María, inclinándose hacia Pedro, le dijo dulcemente:

—Esto es singular, amigo mío; me caigo de sueño y no puedo dormir.

Después, con una ligera sonrisa:

—Tengo á París metido en la cabeza.

—¿Cómo, París?

—Sí, sí; pienso que me aguarda, que voy á volver á entrar en él. ¡Ah; ese París del que nada conozco y en donde va á ser necesario vivir!

Esto causó á Pedro gran angustia. Bien lo había previsto, ella no podía ser suya, sería de los demás. París iba á tomarla si Lourdes la devolvía. Y ya se figuraba ver á esta ignorante, haciendo fatalmente allí su educación de mujer. Esta almita enteramente blanca, que se había conservado cándida en la gran niña de veintitrés años; el alma que la enfermedad había puesto separada, lejos de la vida, lejos hasta de las novelas, llegaría bien pronto á la madurez ahora que volvía á tomar su libre vuelo. Veía á la jóven risueña, buena, corriendo por todas partes, mirando, aprendiendo y encontrando un día al marido que acabaría de instruirla.

—Luego, ¿se promete usted divertirse en París?

—¿Yo, amigo mío? ¡Oh! ¿Por qué dice usted eso?... ¿Acaso somos lo bastante ricos para divertirnos?... No; pensaba en mi pobre hermana Blanca, y pensaba en lo que podría yo hacer en París, á fin de aliviarla algo del trabajo. Ella es tan buena y trabaja tanto, que no quiero que continúe ganando sola todo el dinero.

Y, después de un nuevo silencio, como él mismo se callase muy conmovido, continuó ella:

—Hace tiempo, antes de sufrir tanto, yo pintaba bastante bien en miniatura. Usted se acordará que hice un retrato de papá muy parecido; que todo el mundo encontraba muy bonito... Usted me ayudará, ¿verdad? Usted me buscará retratos que hacer.

Después, habló de esta nueva vida que iba á llevar. Quería arreglar su cuarto, hacerle colgaduras de cretona de florecitas azules, con sus primeros ahorros. Blanca la había hablado de los grandes almacenes donde se compraba todo muy barato. ¡Sería tan distraído salir con Blanca, correr un poco, ella que no conocía nada, que no había visto nada, clavada en un lecho desde la infancia!

Y Pedro, calmado un instante sufría de nuevo sintiendo en ella este ardiente deseo de vivir, esta vehemente ansia por verlo todo, conocerlo todo y gustar de todo. Era por fin el despertar de la mujer, que debía llegar, que había antiguamente adivinado, adorado en la niña; una querida mujer alegre y apasionada, con su boca floreciente, sus ojos de

estrellas, su color de leche, sus cabellos de oro, toda ella resplandeciendo con la alegría de ser.

¡Oh, trabajaré trabajaré; y además, tiene usted razón, Pedro, me divertiré también; porque esto no es nada malo ¿verdad? en esto consiste al fin y al cabo ser dichosa!

—No; seguramente que no, María.

—El domingo iremos al campo ¡oh! muy lejos, á los bosques donde habrá hermosos árboles... Iremos también al teatro, si papá nos lleva. Me han dicho que hay muchas piezas que se pueden oir... Pero, por otra parte, no es eso todo.

Con tal que salga, que ande por las calles, que vea cosas ¡seré tan feliz y volveré á casa tan alegre!... ¡Es tan bueno vivir! ¿Verdad, Pedro?

—Sí, sí, María; es muy bueno.

Un pequeño frío de muerte le invadía, le torturaba el pesar de no ser un hombre. ¿Por qué, pues, ya que ella le tentaba de ese modo, con su candor irritante no le descubría el sentimiento que le destrozaba? Tal vez la conquistaría así; la haría suya para siempre. Jamás lucha tan horrorosa se libró entre el corazón y la voluntad. Por un momento, estuvo á punto de pronunciar las palabras irreparables.

Pero ya ella volvía á hablar con su voz de niño juguetón.

—¡Oh! mírele usted; pobre papá. ¡Qué contento se halla durmiendo tan profundamente!

En efecto; sobre la banqueta, en frente de ellos, el Sr. de Guersaint dormía santamente, como en su lecho, pareciendo no tener conciencia de las continuas sacudidas que se sentían. Ese vaivén, ese balanceo monótono parecían, por el contrario, no ser más que el mecimiento que hacía más pesado el sueño del vagón entero. Era el abandono completo, el aniquilamiento de los cuerpos en medio del desórden de los equipajes, hundidos también, como amodorrados bajo la humeante luz de las lámparas.

Y el ruído siempre igual de las ruedas no cesaba, en lo desconocido de las tinieblas por donde el tren rodaba siempre. Solamente á veces, ante una estación ó bajo un puente, se precipitaba más el viento levantado por la carrera, y un huracán soplaba bruscamente. Después, el ruído adormecedor comenzaba de nuevo, uniforme, hasta el infinito.

María tomó dulcemente la mano de Pedro. ¡Estaban tan perdidos, tan solos, entre todo ese mundo anonadado, en esa gran paz ruidosa del tren lanzado á través de la oscura noche! Una tristeza, la tristeza que hasta entonces había ocultado acababa de reaparecer, velando sus grandes ojos azules.

—Mi buen Pedro: usted vendrá con nosotros, ¿verdad?

El se había extremecido sintiendo aquella pequeña mano apretar la suya. Su corazón subía á sus lábios y se decidía á hablar. Sin embargo, todavía se contuvo y balbuceó:

—María, yo no soy siempre libre; un sacerdote no puede ir á todas partes.

—Un sacerdote—repitió ella;—sí, sí, un sacerdote; comprendo...

Entonces fué María quien habló, quien confesó el mortal secreto en que su corazón se ahogaba desde la partida. Inclinóse más y repitió en voz más baja:

—Escuche usted, mi buen Pedro; estoy horriblemente triste. Tengo aire de estar contenta, pero llevo la muerte en el alma... Usted me ha mentido ayer.

Pedro se azoró; no comprendió al principio.

—¡Yo la he mentido!... ¿Cómo?

Una especie de vergüenza la detuvo; titubeó aún en el momento de penetrar en el misterio de una conciencia que no era la suya. Después, como amigo, como hermano, prosiguió:

—Sí; usted me ha dejado creer que estaba salvado conmigo; y no era verdad, Pedro. Usted no ha vuelto á hallar la fe perdida.

¡Gran Dios, lo sabía ella! Fué esto para Pedro una desolación, una catástrofe tal que le hizo olvidarse de su propio tormento. Al principio quiso obstinarse en su mentira de fraternal caridad.

—¡Le aseguro á usted, María!... ¿De dónde puede provenirla á usted una idea tan mezquina?

—¡Oh, amigo mío; cállese usted, por piedad! Me causaría demasiada pena que mintiese usted más... Oiga usted; allá abajo, en la estación, en el momento de partir y cuando aquel desdichado murió, el buen abate Judaine se arrodilló, y rezó sus oraciones por el descanso de aquella alma rebelde. Y entonces yo, todo lo noté; todo lo comprendí al ver que usted no se ponía de rodillas, que el ruego no subía igualmente á sus labios de usted.

—En verdad, María, le aseguro...

—No, no; usted no ha rogado por el muerto; usted ya no cree... Y además, hay también otra cosa y es todo lo que adivino; todo lo que me llega de usted; una desesperación que usted no puede ocultar, una melancolía en sus pobres ojos cuando se encuentran con los míos... La Santa Vírgen no me ha escuchado; no le ha devuelto á usted la fe, y yo soy por ello muy desdichada...

Lloraba; una ardiente lágrima cayó sobre la mano del sacerdote, que ella retenía aún entre las suyas. Esto le sublevó; cesó de luchar, confesándolo todo, dejando á su vez correr sus lágrimas, mientras que balbuceaba con voz muy baja:

—¡Oh, María! Yo también soy muy desdichado; sí; ¡muy desdichado!

Por un instante se callaron, ahogados por la pena cruel de sentir entre ellos el abismo de sus creencias. Estaban condenados á no ser estrechamente el uno del otro; se desesperarían, sobre todo, al verse imposibilitados de acercarse uno al otro en adelante, puesto que el cielo

mismo les rehusaba los medios de anudar los vínculos deseados. Uno al lado del otro, lloraban por su separación.

—¡Yo—repitió María dolorosamente,—yo, que rogué tanto por su conversión: yo, que era tan feliz!... Me pareció que su alma de usted se fundía en mi alma; y ¡era tan encantador pensar que habíamos sido salvados juntos, juntos! Me sentía con fuerzas para vivir. ¡Oh! con fuerzas para levantar el mundo.

Pedro no respondió; sus lágrimas seguían corriendo incesantemente.

—¡Y pensar—repitió ella—que he sido curada sola; que he tenido esta gran dicha sin usted! Verle á usted tan abandonado, tan desolado, es lo que destroza mi corazón, precisamente cuando me veo colmada de beneficios y de alegría,.. ¡Ah, que severa ha sido la Santa Vírgen! ¿Por qué no ha curado su alma de usted, al mismo tiempo que curaba mi cuerpo?

La última ocasión se presentaba; hubiera debido hablar, arrojar por fin en el ánimo de esta inocente, la claridad de la razón; explicarla el milagro, para que la vida, después de haber cumplido en él á su obra de salud, acabase su triunfo, arrojándoles á uno en brazos del otro. El también estaba curado, con la inteligencia sana en adelante; y no era ni mucho menos por haber perdido la fe: era por perderla á ella por lo que lloraba.

Pero una invencible piedad le invadió en medio de su disgusto. ¡No, no! No turbaría él esta alma; no la separaría de su creencia, que tal vez algún día sería su único sostén en medio de los dolores de este mundo. No se les puede pedir también á los niños ni á las mujeres el amargo heroísmo de la razón.

Pedro no tenía fuerzas para ello, y hasta pensaba que no tenía derecho. Le hubiera parecido esto una violencia, un abominable homicidio; y no habló nada; sus lágrimas corrieron más ardientes en esta inmolación de su amor, en este sacrificio desesperado de su dicha, para conseguir que ella siguiese siendo cándida, ignorante y feliz.

—¡Oh, María; qué desdichado soy! No hay en las calles, ni en las cárceles de infelices, ninguno que lo sea más que yo... ¡Oh, María; si usted supiese cuán desdichado soy!

A estas palabras pareció ella perder el juicio; cogióle entre sus temblorosos brazos y quiso consolarle con un fraternal abrazo. Pero de repente, la mujer que despertaba en ella, lo adivinó todo y sollozó también por el conjunto de voluntades humanas y divinas que les separaban.

María, que jamás había pensado en esas cosas, entrevía repentinamente la vida con sus pasiones, sus luchas, sus sufrimientos; buscaba algo que decir para apaciguar un poco ese corazón que manaba sangre y balbuceó muy bajo, sintiendo no hallar nada bastante dulce:

—Ya sé, ya sé...

Después, encontró qué decir; y como si lo que iba á hablar no pudiese ser escuchado más que de los ángeles, inquietóse y miró alrededor suyo, en el vagón. Parecía que el sueño se había hecho allí más pesado aún. Su padre dormía siempre, con su inocencia de niño grande. Ninguno de los peregrinos, ninguno de los enfermos se había movido, en el rudo balanceo que les transportaba.

La misma sor Jacinta, cediendo á la aniquiladora fatiga, acababa de cerrar los ojos, después de haber puesto á su vez la pantalla de la lámpara de su compartimiento. Solo había allí dentro una sombra vaga, cuerpos indistintos entre objetos sin nombre: apenas apariencias; y allá fuera un soplo de huracán, una huída furiosa que gritaba sin cesar en el fondo de las tinieblas. Y María, desconfió también de la negra campiña desconocida que desfilaba á los dos costados del tren, sin que ni siquiera se pudiese saber qué selvas, qué ríos, qué colinas atravesaban. En este momento, aparecieron vivos centelleos; tal vez lejanas fraguas; tristes lámparas de trabajadores ó de enfermos; pero de nuevo la noche corrió profunda, el mar oscuro, infinito, innominado, donde se estaba siempre más lejos, en otros sitios y en ninguna parte.

María, entonces, presa de púdica confusión, enrojeciendo en medio de sus lágrimas, aplicó sus lábios al oído de Pedro.

—Escuche usted, amigo mío... Hay un gran secreto entre la Santa Virgen y yo. Le había jurado no decirlo á nadie, pero es usted demasiado desdichado, sufre usted demasiado y ella me perdonará que se le confíe.

Después, como en un soplo, continuó:

—Durante la noche de amor, ya sabe usted, la noche de ardiente éxtasis que pasé ante la Gruta, he empeñado un voto: he prometido á la Santa Virgen hacerla el dón de mi virginidad si ella me curaba... Me ha curado, y jamás, escuche usted, Pedro: jamás me casaré con nadie.

¡Ah, qué inesperada dulzura! Creyó que un rocío caía sobre su pobre corazón magullado. Fué esto un encanto divino, un delicioso consuelo. Si ella no era de ningún otro, sería pues, siempre, algo suya. ¡Cómo había comprendido María su mal y lo que necesitaba decir para hacerle aún posible la existencia! Quiso á su vez encontrar palabras expresivas, darle gracias; prometerla que tampoco sería él más que de ella; que la amaría incesantemente, como la amaba desde la infancia, en la querida criatura cuyos únicos besos, antiguamente, bastaron para perfumar toda su vida.

Pero María le hizo callar, inquieta ya, temiendo envenenar este minuto tan puro.

—¡No, no! amigo mío, no digamos nada más. Tal vez sería un mal... Estoy muy fatigada y voy á dormir ahora tranquila.

Continuó con la cabeza en su hombro y se durmió en seguida, como una hermana confiada.

Pedro, siguió un instante despierto; en esa dolorosa dicha de renuncia que acababan de saborear juntos. Esta vez había terminado todo; estaba consumado el sacrificio; viviría aislado; fuera de la vida de los demás hombres. Jamás conocería á la mujer; jamás engendraría él un ser viviente. Y no tenía más que el orgullo consolador de este suicidio aceptado, querido, en la solitaria grandeza de las existencias que están fuera de la naturaleza.

Pero la fatiga le abrumó también; sus párpados se cerraron y se durmió á su vez.

Después resbaló su cabeza; su mejilla llegó á tocar la de su amiga, que dormía muy dulcemente con la frente contra su espalda. Entonces se mezclaron sus cabellos; ella tenía sus cabellos de oro, sus majestuosos cabellos medio desatados; él tuvo el rostro rodeado de ellos y soñó en el olor de esos cabellos. Sin duda les visitaba á la vez el mismo sueño de beatitud, porque sus tiernas caras, adquirieron la misma expresión de arrobamiento; reían los dos á los ángeles. Era el abandono casto y apasionado; la inocencia de este venturoso sueño, el que les colocaba así, uno en brazos del otro, los miembros juntos, los lábios tibios y próximos, confundiendo sus alientos como niños desnudos acostados en la misma cuna.

Tal fué la noche de sus bodas, la consumación del matrimonio espiritual en que debían vivir; un delicioso aniquilamiento de laxitud, casi un sueño lejano de posesión mística en medio de este vagón de miseria y de sufrimiento, que rodaba y rodaba siempre en la negra noche.

Las horas corrieron; las ruedas resonaban; los equipajes se balanceaban colgados de las perchas; mientras que de los cuerpos amontonados, aniquilados, no subía sino la enorme fatiga, el gran cansancio físico del país de los milagros, alrededor de las almas salvadas.

Por fin á las cinco, cuando el sol se levantaba, hubo un brusco despertar; la entrada resonante en una gran estación; llamadas de los empleados, portezuelas que se abrían, la gente que se atropellaba. Estaban en Poitiers y todo el vagón se encontró de pie, en medio de un ruído de voces, de exclamaciones y de risas.

Era la pequeña Sofía, que se apeaba allí, y que se despedía. Abrazó á todas aquellas señoras, y hasta pasó por encima del tabique, para pedir permiso á sor Clara de los Angeles, á quien nadie volvió á ver desde la víspera, oculta en su rincón, pequeña y silenciosa, con sus ojos de misterio. Después, la niña volvió; tomó su paquetito y se mostró muy amable, sobre todo para sor Jacinta y para la señora Jonquière.

—¡Hasta la vista, hermana mía! ¡Hasta la vista, señora! Doy á usted gracias por todas sus bondades.

—Es necesario volver el año próximo, hija mía.

—¡Oh, mi hermana, no faltaré! Es un deber mío.

—Y, querida niña, condúzcase usted bien; pórtese muy bien, para que la Santa Vírgen esté orgullosa de usted.

—Seguramente, señora; ¡ha sido tan buena y me encanta tanto volver á verla!

Cuando estuvo en el andén, todos los peregrinos del vagón se inclinaron, y la siguieron con sus rostros dichosos, con saludos, con gritos.

—¡Hasta el año próximo! ¡Hasta el año próximo!

—Sí, sí; ¡muchas gracias! ¡Hasta el año que viene!

No debía decirse la oración de la mañana hasta llegar á Châtellerault. Después de la parada en Poitiers, cuando de nuevo rodaba el tren, subiéndose ya el pequeño calofrío fresco de la mañana, declaró el Sr. de Guersaint con su aire alegre, que había dormido superiormente, á pesar de la dureza de la banqueta.

La señora de Jonquière se felicitaba también por el buen descanso que había tenido y del que tan necesitada estaba; algo confusa, no obstante, de haber dejado á sor Jacinta velar sola por la Grivota, que ahora tiritaba con una intensa fiebre, presa otra vez de su horrible tos.

Los demás peregrinos hacían su *toilette;* las diez mujeres arreglaban sus ropas, reanudaban los lazos de sus gorras con una especie de púdica inquietud, en su pobre y triste fealdad. Elisa Rouquet, con el rostro en su espejo, no cesaba de examinar la nariz, la boca, los carrillos, admirándose, embebiéndose, hallando que decididamente volvía á estar bien.

Pedro y María sintieron entonces gran piedad, mirando á la señora Vincent, á quien nada había podido sacar del entorpecimiento en que se hallaba; ni la tumultuosa parada en Poitiers, ni el ruído de las voces desde que rodaban de nuevo. Aniquilada sobre la banqueta, no había vuelto á abrir los ojos, y dormía siempre, atormentada por atroces sueños. Mientras que gruesas lágrimas seguían corriendo de sus párpados cerrados, acababa de coger la almohada que la obligaron á tomar, y la apretaba estrechamente contra su pecho, en alguna pesadilla de su doliente maternidad. Sus pobres brazos de madre, cargados tanto tiempo con el peso de su hija moribunda; sus brazos desocupados, vacíos para siempre, encontraron esa almohada en su sueño y se agarraron á ella, como á un fantasma, en un ciego abrazo.

El Sr. Sabathier tuvo un despertar feliz. Mientras que la señora Sabathier subía la manta, envolviendo cuidadosamente sus piernas muertas, él se puso á hablar, con los ojos brillantes, entregado á la gracia de la ilusión. Decía que había soñado con Lourdes, que la Santa Vírgen se había inclinado hacia él con una sonrisa de benévola promesa. Y ante la señora Vincent, ésta madre á cuya hija había dejado morir; ante la Grivota, la miserable mujer curada por ella, y vuelta á caer tan rudamente en su mortal enfermedad, el señor Sabathier se regocijaba y repetía al señor de Guersaint, con un aire de absoluta certidumbre:

—¡Oh, señor! voy á regresar á mi casa muy tranquilo... Seré curado el año que viene... Sí, sí; como ahora mismo gritaba esa querida niña; ¡hasta el año próximo; hasta el año próximo!

Era la ilusión indestructible, victoriosa hasta de la certidumbre; la eterna esperanza que no quería morir, que surgía más viva, después de cada derrota, sobre las ruínas de todo. En Châtellerault, sor Jacinta hizo decir la oración de la mañana, el *Padre Nuestro* y el *Ave María* el *Credo*, un llamamiento á Dios para pedirle la dicha de una jornada gloriosa. ¡Oh, Dios mío! ¡Dadme bastante fuerza para evitar todo mal, para practicar enteramente el bien; para sufrir todas las penas!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

Y el viaje continuó, siguiendo su marcha el tren que rodaba, rodaba sin cesar.

En Saint Maure se dijeron las oraciones de la Misa y se cantó el Credo en Saint Pierre des Corps. Pero los ejercicios piadosos no eran tan agradables: el fervor habíase entibiado algo con la creciente fatiga de aquel retorno después de una excitación de ánimos tan prolongada.

Así, pues, sor Jacinta, comprendiendo que una lectura sería feliz recurso para entretener y hacer olvidar su cansancio á aquellas pobres gentes, prometió que concedería permiso al señor abate para leerles el final de la vida de la Bernadette, cuyos maravillosos episodios ya habían empezado á conocer por dos anteriores narraciones. Pero para esto se esperaba llegar á los Aubrais, distante de Etampes, cerca de dos horas, que era todo el tiempo necesario al objeto de acabar la historia reposadamente y sin atropellamiento.

Las estaciones entonces se sucedían de nuevo, con la monótona repetición de aquello que se había hecho á través de las mismas llanuras yendo á Lourdes.

Volvióse á comenzar el rosario en Ambroise, donde se dijo la primera parte, los cinco misterios gozosos; luego, después de haber entonado en Blois el cántico «Bendice ¡oh! Tierna Madre:» se rezó en Beaugency el segundo Rosario, los cinco misterios dolorosos.

El sol habíase cubierto desde por la mañana con un fino encaje de nubes: la campiña huía muy suavemente y algo triste, balanceándose con su continuo movimiento de abanico. A los dos lados de la vía, bajo la luz gris, desaparecían los árboles y las casas con una vaga ligereza de sueño; mientras que á lo lejos, los ribazos cubiertos de bruma se iban más lentos, con un pacífico balanceo de ola. Entre Beaugency y los Aubrais, el tren pareció disminuir su velocidad, rodando siempre con el ruído rítmico obstinado de las ruedas, que ni aun siquiera oían los aturdidos peregrinos.

Por fin, cuando hubieron dejado los Aubrais, se pusieron á almorzar en el vagón. Eran las doce menos cuarto. Y después de decir el *Angelus*, las tres *Ave Marías* repetidas tres veces, sacó Pedro de la maleta de María el librito cuya cubierta azul estaba adornada con una sencilla imágen de Nuestra Señora de Lourdes. Sor Jacinta dió una palmada para obtener silencio, y entonces pudo comenzar su lectura el sacerdote, con su hermosa y penetrante voz en medio de la atención de todos,

de la curiosidad de esos niños grandes á quienes apasionaba este prodigioso cuento.

Ahora era la estancia en Nevers y la muerte de Bernadette. Pero lo mismo que hizo las dos primeras veces, dejó bien pronto de atenerse al texto del librito, mezclando á él relaciones encantadoras; lo que sabía y lo que adivinaba; y para él aún se evocaba la verdadera historia, la humana, la lastimosa, la que nadie había contado y que le trastornaba el corazón.

El 8 de Julio de 1866 fué cuando Bernadette dejó Lourdes. Partía para encerrarse en Nevers, en el convento de Saint-Gildard, la casa madre de las hermanas que servían el Hospicio, donde ella había aprendido á leer, donde vivía hacía ocho años. Tenía entonces veintidós años, y hacía ocho que se le apareció la Santa Vírgen.

Sus despedidas de la Gruta, de la Basílica, de toda la villa, á la que amaba, fueron empapadas en lágrimas. Pero Bernadette no podía vivir allí, en la continua persecución de la curiosidad pública, de las visitas, de los homenajes, de las adoraciones. Su débil salud acababa por sufrir con ello cruelmente. Una humildad sincera, un tímido amor á la oscuridad y al silencio, concluyeron por hacerla sentir el ardiente deseo de desaparecer, de ir á ocultar en el fondo de las ignoradas tinieblas su gloriosa fama de elegida, que el mundo no quería dejar en paz; y soñaba tan sólo con la sencillez de espíritu, con la vida tranquila, común, entregada á la oración y á las pequeñas ocupaciones cuotidianas. Esta partida fué, por tanto, un alivio para Bernadette y para la Gruta, á la que empezaba á molestar con su demasiada grande inocencia y sus males en extremo pesados.

En Nevers, Saint-Gildard, hubiera podido ser un paraíso. Allí encontró aire, sol, vastas habitaciones, un gran jardín plantado de hermosos árboles; y sin embargo, no saboreó la paz absoluta, el olvido total del mundo en el lejano desierto. Apenas pasados veinte días desde su llegada, tomó el santo hábito, bajo el nombre de hermana María Bernarda, no empeñándose aún sino por votos parciales. Y así y todo, el mundo la había acompañado, y la persecución de la muchedumbre alrededor de ella comenzó de nuevo. Se la perseguía hasta en el claustro, con un inextinguible deseo de obtener gracias de su santa persona.

¡Ah; verla, tocarla, llevarse la dicha contemplándola, frotando, sin que ella lo supiese, alguna medalla contra su vestido! Era la crédula pasión por el ídolo, los fieles arrojándose ante ella, acosando á ese pobre ser convertido en buen Dios, queriendo cada cual llevarse su parte de esperanza y de divina ilusión.

Bernadette lloraba de cansancio, de impaciente rebelión, repitiendo: «¿Qué consiguen, pues, con atormentarme así? ¿Qué soy yo más que los demás?» La causaba verdadera pena el ser una especie de *bestia curiosa*, como ella misma acabó por llamarse con triste sonrisa. Defendíase todo lo posible, rehusando ver á nadie.

Se la vedaba también, y muy estrechamente en algunas circunstancias, mostrándola tan sólo á los visitantes autorizados por el obispo. Las puertas del convento estaban cerradas y casi sólo los eclesiásticos forzaban la consigna. Pero todavía era esto demasiado para su deseo de soledad, y tuvo con frecuencia que obstinarse y hacer despedir á los sacerdotes, molestada de antemano, de tener siempre que contar la misma aventura; de sufrir eternamente las mismas preguntas. Pero á veces, tenía que ceder; monseñor en persona llevaba grandes personajes, dignatarios y prelados: y entonces Bernadette se mostraba con su aire grave, respondía con política, lo más brevemente posible, y no se encontraba cómoda sino cuando se la dejaba volver á su sombrío rincón.

Un día, como se la preguntase si no estaba orgullosa con aquellas continuas visitas de su obispo, respondió dulcemente:

—Monseñor no viene á verme; sino á hacerme visible.

Varios príncipes de la Iglesia, grandes polemistas católicos, quisieron verla, se enternecieron y sollozaron ante ella; y en el horror de estar en espectáculo, en el aburrimiento que causaban á su sencillez, Bernadette les dejó sin haber comprendido, muy fatigada y muy triste.

Esto no obstante, había arreglado su vida en Saint-Gildard; llevaba allí una existencia monótona, acomodada ya á las costumbres que llegaron á serle agradables. Su delicada salud y sus frecuentes achaques fueron causa de que la destinaran á prestar servicios en la enfermería. Aparte de algunos cuidados que allí tenía á su cargo, trabajaba, y acabó por ser una obrera bastante hábil, bordando con esmero vestiduras sacerdotales y paños de altar. Pero, con frecuencia, llegaban á faltarle enteramente las fuerzas y ni aun dedicarse podía á sus ligeros trabajos. Cuando no estaba en el lecho, pasaba días tras días en un sillón, sin otro entretenimiento que su rosario y las lecturas piadosas. Desde que supo leer, le habían interesado los libros, las admirables historias de conversiones, las hermosas leyendas donde figuraban los santos y las santas, los bellos y también horribles dramas donde se veía al diablo burlado, sumergido en su infierno.

Solamente, el objeto de su gran ternura, de su continua admiración, seguía siendo la Biblia, ese Nuevo Testamento prodigioso, cuyo perpetuo milagro no la cansaba jamás. Acordábase de la Biblia de Bartrés, de aquel viejo y rancio libro que contaba cien años en poder de la familia; volvía á ver á su padre bienhechor cada velada, introducir un alfiler al azar, y comenzar después la lectura en alta voz por la página de la derecha.

Y en aquel tiempo, Bernadette ya conocía aquellas admirables narraciones, de tal suerte, que hubiera podido seguir relatándolas de memoria, después de cualquier frase.

Ahora al leerlas por sí misma hallaba en ellas una eterna sorpresa, un arrobamiento siempre nuevo. Sobre todo, la trastornaba el relato de la Pasión, como un acontecimiento extraordinario y trágico sucedido la víspera.

Sollozaba de piedad, y todo su cuerpo, debilitado por los padecimientos, quedábase frío durante algunas horas. Tal vez en sus lágrimas hubiese el inconsciente dolor de su misma pasión, el desolado calvario que también ella iba subiendo desde su juventud.

Cuando no sufría, cuando podía ocuparse de la enfermería, Bernadette iba, venía, llenaba la casa con la viveza y jovialidad de una niña. Hasta su muerte, siguió siendo la inocente, la criatura infantil que, riendo, saltando y jugando gozaba. Era muy pequeña, la más pequeña de la Comunidad, lo cual era causa de que sus compañeras la trataran constantemente casi como una chiquilla.

Su rostro se alargaba, se hundía, perdía el brillo de la juventud; pero los ojos conservaban su pura y divina claridad: los bellos ojos de visionaria, donde como en un cielo límpido, pasaba el vuelo de los sueños.

Envejeciendo, sufriendo, llegaba á ser un poco áspera y violenta; su carácter se estropeaba, inquieto, rudo á veces; pero éstas eran pequeñas imperfecciones por las que tenía, después de las crisis, mortales remordimientos. Se humillaba; creíase condenada y pedía perdón á todo el mundo. Pero generalmente, ¡qué buena hija del buen Dios era! Viva, alerta, encontraba respuestas, reflexiones que excitaban la risa; tenía en sí una gracia que la hacía adorar. A pesar de su gran devoción, aunque pasaba días enteros orando, no alardeaba de una religión acerba; sin exceso de celo para los demás, tolerante y piadosa.

El don de la infancia que conservaba la Bernadette, la sencilla inocencia de niño que siguió teniendo, hacía que los niños la quisiesen, reconociendo siempre en ella uno de los suyos. Todos corrían á ella, saltaban sobre sus rodillas, la apretaban el cuello entre sus bracitos; y entonces resonaba el jardín de juegos locos, de carreras, de gritos, y no era Bernadette la que menos corría, sintiéndose feliz con volver á ser una niña pobre, ignorada, como en los lejanos días de Bartrés.

Más tarde, cuéntase que una madre llevó al convento á su hijo, paralítico, para que la Santa le tocase y le curase. Esta madre, sollozó tanto, que la superiora acabó por consentir en la tentativa; pero como Bernadette se rebelaba indignada cuando se la pedían milagros, no se la previno de ello: llamáronla solamente para que condujese á la enfermería aquel niño enfermo. Bernadette lo llevó, y cuando le puso en el suelo, al momento anduvo. El niño estaba curado.

¡Ah, cuántas veces Bartrés, su infancia libre detrás de sus corderos, y los años vividos por las colinas, por las altas hierbas, por los espesos bosques, debieron revivir en Bernadette, en las horas en que despertaba, cansada de haber rogado por los pecadores! Nadie descendió entonces á su corazón; nadie puede decir si involuntarios disgustos hicieron sangrar su corazón herido.

Un día, tuvo una frase que sus historiadores relatan con el fin de hacer su pasión más atractiva. Encerrada lejos de sus montañas, clavada en un lecho de dolor, exclamaba:

—Me parece que he nacido para vivir, para trabajar, para moverme siempre, y el Señor me quiere inmóvil.

¡Aquellas palabras eran un testimonio terrible, revelador, de inmensa tristeza! ¿Porqué, pues, el Señor había querido que estuviese inmóvil esta predilecta criatura llena de alegría y de gracia? ¿No le hubiera honrado más viviendo la vida libre, la vida sana, que parecía ser su destino? Y en vez de rogar por los pecadores, su continua y vana ocupación, ¿no habría ella trabajado más, acrecentando la dicha del mundo y la suya, si hubiese dado su parte de amor al marido que la esperaba, á los hijos que nacieran de sus entrañas?

Dícese que algunas noches, Bernadette, tan alegre, tan activa, caía en gran abatimiento. Volvíase sombría, se replegaba sobre sí como aniquilada por el exceso de dolor. Sin duda el cáliz acababa por ser demasiado amargo, y entonces ella desfallecía ante la idea de la continua renuncia de su existencia.

En Saint Gildard, ¿soñaba Bernadette frecuentemente con Lourdes? ¿Qué podría saber á cerca del triunfo de la Gruta, de los prodigios que diariamente transformaban aquella tierra del milagro?

Nunca fué resuelta claramente tal cuestión. Habíaseles prohibido á sus compañeras hablarla de estas cosas y se la rodeaba de un absoluto y continuo silencio. Ni aun la misma Bernadette quería hablar nada de estos asuntos; callábase acerca del pasado misterioso y no manifestaba deseo alguno de conocer el presente por triunfal que fuese. Pero, sin embargo, su corazón ¿no volaba en alas de la fantasía hácia aquel encantado país de su infancia, donde vivían los suyos, donde hallábanse anudados todos los lazos de su vida, donde había dejado el sueño más extraordinario que jamás criatura alguna pudo imaginar?

Bien puede afirmarse que ella con frecuencia desechaba en su mente el delicioso viaje de sus recuerdos, presintiendo todos los grandes acontecimientos de Lourdes.

Lo que la aterraba era presentarse allí en persona retrocediendo ante la contemplación de las muchedumbres que la esperaban para adorarla. ¡Qué gloria, si ella fuese una mujer voluntariosa, ambiciosa, dominadora! Habría regresado al santo lugar de sus visiones; hubiera hecho allí milagros, apareciendo como sacerdotisa ó papisa, con una infinibilidad, con una soberanía de elegida y de amiga de la Santa Vírgen.

Jamás los padres sintieron seriamente este temor; bien que la orden formal fuese la de apartarla del mundo, por su salud. Estaban tranquilos; la conocían tan dulce, tan humilde, en su terror de ser divina, en su ignorancia de la colosal máquina que había puesto en movimiento, y

cuya explotación la habría hecho retroceder de espanto si la hubiese comprendido. ¡No, no! No era el suyo aquel país de muchedumbre, de violencia y de negocio. Allí habría sufrido demasiado, extrañada, aturdida, avergonzada. Y cuando los peregrinos que á ella se presentaban la preguntaban sonrientes: «¿Quiere usted venir con nosotros?» Sentía un ligero escalofrío y se apresuraba á responder: «¡No, no! ¡Cómo lo quisiera si fuera un pájaro!»

Su único desvarío fué este pájaro viajero, de vuelo rápido, de alas mudas, que continuamente hacía su peregrinación á la Gruta. Ella que no había ido á Lourdes, ni aun en la muerte de su padre, ni aun en la de su madre, debía vivir allí continuamente con el pensamiento. Sin embargo, amaba á los suyos, se preocupaba por asegurar el trabajo á su familia, que había quedado pobre, y quiso recibir á su hermano mayor, que se presentó en Nevers para quejarse, y al que se dejaba á la puerta del convento. Pero él la encontró cansada y resignada; y ella no le preguntó ni aun por el nuevo Lourdes, como si esta villa creciente la causase miedo.

El año de la coronación de la Vírgen, un sacerdote á quien dió encargo de rogar en su nombre ante la Gruta, volvió á contarla las inolvidables maravillas de la ceremonia, los cien mil peregrinos que acudieron, los treinta y cinco obispos vestidos de oro, en la Basílica radiante. Bernadette tembló, sintió un escalofrío de deseo y de inquietud. Y cuando el sacerdote exclamó: «¡Ah; si usted hubiese visto aquel esplendor!» respondió:—«Yo? Estoy mejor aquí, en mi enfermería, en mi pequeño rincón.»

La habían robado su gloria; su obra resplandecía en un continuo hosana, y no sentía júbilo sino en el fondo del olvido, en la sombra del claustro, donde la olvidaban los opulentos arrendadores de la Gruta.

Las solemnidades resonantes no eran nunca ocasiones para sus misteriosos viajes; la pequeña ave de su alma tan sólo volaba allá abajo en los días de soledad, en las horas pacíficas, cuando nadie podía turbar sus devociones; ante la salvaje Gruta primitiva, donde volvía á arrodillarse, entre los zarzales de rosales silvestres, en los tiempos en que el Gave no estaba aún cercado de un muelle monumental.

Después, era la vieja villa, la que ella visitaba al declinar el día, en la olorosa frescura de las montañas; la vieja iglesia pintada y dorada, medio española, donde había hecho su primera comunión, el viejo Hospital, de tan tibio sufrimiento, donde durante ocho años se había acostumbrado al retiro; toda esta antigua ciudad, pobre é inocente, en la que cada piedra despertaba antiguas ternezas en el fondo de su memoria.

Y Bernadette, ¿no llevaba jamás hasta Bartrés la peregrinación de sus sueños? Preciso es creer que á veces, en su sillón de enferma, cuando dejaba resbalar aquel libro piadoso de sus fatigadas manos y cerraba los

párpados, Bartrés aparecía, iluminaba la noche de sus ojos. La antigua y pequeña iglesia romana, con su nave color de cielo, con sus retablos, estaba allí, en medio de las tumbas del reducido cementerio.

En seguida, se encontraba de nuevo en la casa de Lagües, en la vasta pieza de la izquierda, donde había lumbre, donde se la contaban en invierno tan bellas historias, mientras que el gran reloj sonaba gravemente la hora. Después se extendía toda la campiña, las praderas sin fin, los gigantes castaños bajo los cuales se había perdido, las desiertas mesetas desde donde se descubrían lejanas montañas, la cuna del Midi y la de Viscos, ligeras y rosadas como ensueños, envueltas en el plano paraíso de las leyendas. En seguida, se la evocaba su libre juventud, corriendo por donde quería, al aire libre, sus trece años solitarios y soñadores, paseando por la vasta naturaleza su júbilo de vivir. Y en esta hora, ¿no se volvía tal vez á ver lo largo de los arroyos, á través de los zarzales de ogiacanto, debilitada en las altas hierbas por un ardiente sol de Junio? ¿No se volvía á ver allí, crecida, con un enamorado, de la misma edad que ella, á quien habría amado con toda la sencillez y ternura de su corazón?

La visión pasaba confusa: un marido que la adoraba, varios hijos que saltaban á su alrededor: la existencia de todo el mundo; las alegrías y tristezas que habían conocido sus padres, y que á su vez hubieran debido conocer sus hijos. Y todo se borraba poco á poco; Bernadette volvía á encontrarse en su sillón de dolor, aprisionada entre cuatro frías paredes, teniendo tan sólo el violento deseo de una muerte pronta, puesto que no había habido para ella sitio en la pobre dicha común de esta tierra.

Cada año aumentaban los males de Bernadette. Era, por fin, la pasión que comenzaba, la pasión de este nuevo Mesías niño, llegado para el alivio de los miserables, encargado de anunciar á los hombres la religión de divina justicia, la igualdad ante los milagros, escarneciendo las leyes de la impasible naturaleza. No se levantaba más que para arrastrarse de silla en silla, durante algunos días, y recaía viéndose obligado á ocupar de nuevo su lecho. Sus sufrimientos llegaban á ser espantosos. Su herencia nerviosa, su asma agravada por el claustro, debió degenerar en tisis. Tosía horriblemente; los accesos desgarraban su ardiente pecho y la dejaban medio muerta.

Para colmo de miseria, se la había declarado una carie en los huesos de la rodilla derecha; un mal roedor, cuyas punzadas la arrancaban gritos. Su pobre cuerpo, bajo las continuas curas, no ofrecía más que una llaga viva, irritada incesantemente por el calor del lecho, por esa continua estancia entre las sábanas, cuyo roce acababa por desgastarla la piel.

Todos la tenían lástima; los testigos de su martirio decían que no se podía sufrir más ni mejor. Ella probaba el agua de Lourdes, que no la reportaba alivio alguno.

¡Señor, rey Todopoderoso! ¿Por qué, pues, la curación de los demás y no la suya? ¿Para salvar su alma?... Entonces, ¿no salváis las almas de los demás?...

¡Qué inexplicable elección; qué absurda necesidad de las torturas de ese pobre ser, en la eterna evolución de los mundos!

Bernadette sollozaba y repetía para darse valor: «El cielo está al fin; pero, ¡qué largo de llegar es ese fin!» Era siempre la idea de que el sufrimiento es el crisol; que es preciso sufrir sobre la tierra, para triunfar en otra parte; que es indispensable, envidiable y bendito el sufrir.

¿No es eso una blasfemia, señor? ¿No habéis hecho, ni la alegría ni la juventud?... ¿Queréis, pués, que vuestras criaturas no gocen de vuestro sol, ni de vuestra festiva naturaleza, ni de las ternuras humanas con que habéis florecido su carne? Ella sentía la revolución que la desesperaba á veces; quería también resistirse contra el mal que la hacía gritar, y se crucificaba con el pensamiento; extendía sus brazos en cruz para unirse á Jesús, los miembros contra sus miembros, la boca contra su boca, manando sangre como él, abrevado como él de amargura. Jesús murió en tres horas, aún era la agonía más larga en ella, que renovaba la redención por el sufrimiento, que moría para aportar la vida á los demás. Cuando sus huesos crujían de angustia, lanzaba quejas, de las que bien pronto se reprochaba.

«¡Oh, cuánto sufro, cuánto sufro! Pero ¡qué dichosa soy de sufrir!»

No hay una palabra más horrenda ni de más negro pesimismo. ¡Dichosa de sufrir, Señor! ¿Y por qué; con qué fin ignorado é imbécil? ¿A qué santo ésta inútil crueldad, ésta rebelante glorificación del sufrimiento; cuando de la humanidad entera no sube más que un loco deseo de salud y dicha?

En medio de su horroroso suplicio, la hermana María-Bernarda pronunció sus votos perpétuos el 22 de Septiembre de 1878. Veinte años hacía que la Santa Vírgen se le apareciera, visitándola como á ella le había visitado el Angel, escogiéndola como ella fué escogida, entre los más humildes y los más cándidos para ocultar en su ser el secreto del rey Jesús. Esta era la explicación mística de la elección del sufrimiento, la razón de ser de aquella criatura separada tan duramente de los demás, colmada de males, convertida en lastimoso campo de todas las aflicciones humanas. Bernadette era el jardín cerrado donde con tanto gusto recrea sus miradas el esposo; él la había escogido y sepultado en la muerte de su oculta vida.

Así es que cuando la miserable vacilaba bajo el peso de su cruz, sus compañeras la decían:

—La Santa Vírgen le ha prometido que será dichosa, no en este mundo, sino en el otro. ¿Lo olvida usted?

Y Bernadette respondía, reanimada, golpeándose la frente:

—¿Olvidarlo? ¡No, no! ¡aquí estás!

Y solo hallaba nuevas fuerzas en esta ilusión de un paraíso de gloria, donde entraría escoltada por serafines, eternamente bienaventurada. Los tres secretos personales que la Santa Vírgen la había confiado para armarla contra el mal, debían ser promesas de bondad, de felicidad, de inmortalidad en el cielo.

¡Qué monstruoso engaño si sólo hubiese tenido la noche de la tierra más allá del sepulcro; si la Santa Vírgen de su sueño no se hubiese encontrado en la cita con las prodigiosas recompensas prometidas!

Pero Bernadette no dudaba un instante, y aceptaba gustosa todos los encarguitos que ingénuamente, para el cielo, le daban sus compañeras: «Hermana María-Bernarda, dirá usted esto ó aquello al buen Dios...» «Hermana María-Bernarda, abrazará usted á mi hermano si se le encuentra en el paraíso... «Hermana María-Bernarda, guárdeme un asientito á su lado para cuando yo muera...» Y ella, complaciente, respondía á cada una: «Descuide usted, que haré su encargo.»

¡Ah, ilusión omnipotente, delicioso descanso, fuerza siempre rejuvenecida y consoladora!

Y esta fué la agonía; esta fué la muerte. El viernes 28 de Marzo de 1879 se creyó que no pasaría de la noche. Bernadette tenía un desesperado deseo de la tumba, para no sufrir más, para resucitar en el cielo. Así es que rehusaba obstinadamente recibir la Extrema Unción, diciendo que ya la había curado por dos veces. Quería que Dios la dejase morir por fin, porque esto era demasiado, y Dios no sería prudente exigiéndole aún más sufrimientos. Sin embargo, acabó por consentir en ser administrada, y su agonía se prolongó cerca de tres semanas. El sacerdote que la asistía, repetíale frecuentemente: «Hija mía, es preciso hacer el sacrificio de su vida.»

Un día ella, impaciente, le respondió con viveza: «Pero, padre mío, esto no es un sacrificio.»

Terrible frase también aquella, disgusto del ser, furioso desprecio de la existencia, que es el fin inmediato de la humanidad, si pudiera suprimirse con un gesto. Verdad es que la pobre niña no tenía nada que sentir; habíanla obligado á colocar totalmente su salud, su alegría, su amor, fuera de la vida, para que la dejase, como se deja una ropa hecha girones, usada y sucia.

Tenía razón; condenaba su vida inútil, su vida cruel, cuando decía: «Mi pasión sólo acabará con mi muerte, y durará, para mí, hasta mi entrada en la eternidad.»

Y esta idea de su pasión la perseguía, la iba uniendo más estrechamente en la cruz con su divino Maestro.

A sus instancias diéronle un gran crucifijo, y le apretaba violentamente contra su triste pecho de vírgen, diciendo que hubiera deseado hundirle en su garganta y que quedase allí.

Por último, le faltaron las fuerzas, y no podía tenerle entre sus temblorosas manos. «¡Unirle á mí—exclamaba;—apretarle muy fuerte para que le sienta hasta en mi último suspiro!» Era el único hombre á quien su virginidad debía conocer, el único beso cruento dado á su maternidad inútil, desviada y pervertida.

Las religiosas tomaron cuerdas y las pasaron bajo sus riñones doloridos; rodearon con ellas sus miserables entrañas infecundas, ataron el crucifijo sobre su garganta, tan rudamente, que entró en ella.

Al fin tuvo piedad la muerte. El lunes de Páscuas fué presa de un gran frío. Varias alucinaciones la turbaban y tiritaba de pavor; veía al demonio reir falsamente, rodar alrededor de ella. «¡Vete, vete, Satán; no me toques, no me lleves!» Y, en seguida, contaba en su delirio que el diablo había querido arrojarse sobre ella; que había sentido su boca soplándole todas las llamas del infierno.

¡El diablo en esta vida tan pura; en esta alma sin pecado! ¿por qué, Señor? Más aún, ¿por qué este sufrimiento sin perdón, exasperado hasta el último instante; por qué este fin de pesadilla, esta muerte turbada con horribles imaginaciones, después de una santa vida de candor, de pureza y de inocencia? ¿No podía Bernadette dormirse serena en la paz de su alma pura?

Sin duda mientras le quedaba un aliento, era preciso dejarla el odio y el miedo de la vida, que es el diablo. Era la vida la que la amenazaba, era la vida lo que ella arrojaba, así como antes la había negado, reservando al Esposo celeste su virginidad torturada, clavada sobre la cruz.

Aquel dogma de la Inmaculada Concepción, que su sueño de soltera paciente había llegado á consolidar, abofeteaba la mujer, la esposa y la madre. Decretar que la mujer no es digna de un culto, sino á condición de ser vírgen; imaginar una que queda vírgen llegando á ser madre; que haya nacido sin tacha, ¿no es escarnecer la naturaleza, condenar la vida, negar á la mujer, arrojarla á la perversión?

¿No es desconocer que sólo aparece grande siendo fecundada, perpetuando la vida? «¡Vete, vete, Satán! Déjame morir estéril.» Y arrojaba el sol de la sala, arrojaba el aire libre que entraba por la ventana, el aire embalsamado de flores, cargado de errantes gérmenes que conducían el amor á través del vasto mundo.

El miércoles de Pascuas, el 16 de Abril, comenzó la última agonía. Cuéntase que la mañana de este día, una compañera de Bernadette, una religiosa presa de un mal mortal, y acostada en la enfermería, en el contiguo lecho, fué curada súbitamente después de haber bebido un vaso de agua de Lourdes. Pero ella, privilegiada, bebió inútilmente. Dios la hacía por fin el insigne favor de colmar sus votos, adormeciéndola en el último sueño, donde no se sufre más.

Bernadette pidió perdón á todo el mundo. Su pasión estaba consumada; tenía como el Salvador, los clavos y la corona de espinas, los

miembros azotados, abiertas las entrañas. Como él, levantó los ojos al cielo, extendió los brazos, lanzando el gran grito de «¡Dios mío!» Y como él, á las tres, dijo: «Tengo sed.» Mojó sus lábios en el vaso, inclinó la cabeza y murió.

Así murió, muy gloriosa y muy santa, la vidente de Lourdes, Bernadette Soubirous, sor María-Bernarda, de las hermanas de la Caridad de Nevers. Su cuerpo quedó expuesto durante tres días, y ante él desfilaron inmensas muchedumbres; acudió todo un pueblo, la interminable cola de los devotos hambrientos de esperanza, que frotaban contra el vestido de la muerta medallas, rosarios, imágenes, libros de misa, para obtener de ella una gracia, un ídolo portador de dicha.

Ni aún en la muerte se la podía dejar en su sueño de soledad; la barahunda de miserables de este mundo se arrojaba, bebía la ilusión alrededor de su ataúd.

Y se notó que su ojo izquierdo había quedado obstinadamente abierto; el ojo que durante las apariciones se encontraba del lado de la Santa Vírgen. Un último milagro maravilló al convento; el cuerpo no cambió; se la enterró al tercer día, flexible, tibia, los lábios rosados, la piel muy blanca, como rejuvenecida y oliendo bien. Hoy día, Bernadette Soubirous, la gran desterrada de Lourdes, mientras que la Gruta resplandece en su triunfo, duerme oscuramente su último sueño en Saint-Gildard, bajo la losa de una pequeña capilla, á la sombra y en el silencio de los viejos árboles del jardín.

Y todo el vagón le escuchaba aún, con el sobrecogimiento apasionado de este fin tan trágico y tan patético. Tiernas lágrimas corrían de los ojos de María, mientras que las demás, Elisa Rouquet, la misma Grivota, un poco calmada, uniendo las manos, rogaban á la que estaba con el buen Dios, que intercediese por el término de su curación.

El señor Sabathier hizo una gran señal de la cruz; después comió el pastelón que su mujer le había comprado en Poitiers.

En medio de la historia, el señor de Guersaint, á quien incomodaban las cosas tristes, se había vuelto á dormir. Solo la señora Vincent, con el rostro hundido en la almohada, no se movió, como sorda y ciega, no queriendo ver ni oir nada.

El tren rodaba siempre. La señora de Jonquière con la cabeza fuera de la ventanilla del vagón, anunció que se aproximaban á Etampes; y cuando dejaron esta estación, sor Jacinta dió la señal y rezaron el tercer Rosario, los cinco Misterios gloriosos: Resurrección de Nuestro Señor, la Ascensión de Nuestro Señor, la Misión del Espíritu Santo, la Asunción de la Santísima Vírgen y la Coronación de la Santísima Vírgen. Después se entonó el cántico: «Pongo mi confianza, Vírgen Santa, en vuestro socorro...»

Entonces, Pedro, cayó en un profundo desvarío. Sus miradas se habían dirigido sobre la campiña, bañada por el sol, que con su continua fuga parecía mecer sus pensamientos. El ruído de las ruedas le aturdía y acabó por no distinguir claramente los horizontes familiares de aquella gran comarca que había conocido en otro tiempo.

Todavía faltaban Brétigny y Juvisy; y llegarían por fin á París antes de hora y media. ¡Estaba, pues, terminado este gran viaje! ¡Habíanse verificado la investigación tan deseada y la experiencia que intentara con tanto apasionamiento!

Quiso cerciorarse, estudiar sobre el terreno el caso de Bernadette, ver si tocado por un rayo de la divina gracia volvía á recuperar la fe perdida.

Y ahora, estaba seguro; Bernadette había soñado con el continuo tormento de su carne, y él ya nunca podría ser creyente.

Esto se imponía con la brutalidad de un hecho: la fe sencilla del niño que se arrodilla y que ruega, la primitiva fe de los pueblos jóvenes, encorvada por el sagrado terror de su ignorancia, había muerto. Por más que los millares de peregrinos se dirigían todos los años á Lourdes, los pueblos no estaban con ellos, la tentativa de esta resurrección de la fe total, de la fe de los siglos muertos, sin rebelión ni exámen, debía fatalmente abortar. La historia no retrocede, la humanidad no puede volver á la infancia, los tiempos han cambiado mucho; sobrados alientos han dado las nuevas cosechas para que los hombres del día retrocedan tales como los hombres de otras épocas.

Sin género de duda, Lourdes era tan sólo un accidente, explicable, cuya misma fuerza de reacción aportaba una prueba de la agonía suprema donde se debatía la creencia, bajo la antigua forma del catolicismo. Nunca más se prosternaría la nación entera, como lo hacía la antigua nación creyente en las catedrales del siglo XII, semejante á un rebaño docil á los manejos del maestro. Empeñarse ciegamente en querer esto, sería estrecharse contra lo imposible y correr tal vez á las grandes catástrofes morales.

Y de su viaje, tan sólo le quedaba á Pedro una inmensa piedad. ¡Ah; su sensible corazón le rebosaba; su pobre corazón volvía magullado! Acordábase de las palabras del buen abate Judaine; había visto aquellos millares de seres rogar, sollozar, suplicar á Dios que tuviese misericordia de su tortura; y Pedro había sollozado con ellos, guardaba en sí, como una llaga viva, la lamentable fraternidad de todos los males. Tampoco podía pensar en aquellos pobres seres sin arder en deseos de consolarlos. Si la fe de los simples no bastaba, si se corría el riesgo de extraviarse queriendo volver hacia atrás ¿iba, pues, á ser preciso cerrar la Gruta, predicar otro esfuerzo, otra prueba de paciencia?

Pero su piedad se rebelaba. ¡No, no! Sería un crimen cerrar el sueño de su cielo á los pacientes del cuerpo y del alma, cuyo único sosiego era arrodillarse allá abajo, en medio del esplendor de las velas, con la mecedora preocupación de los cánticos. El mismo no había come-

tido el homicidio de desengañar á María; él se había inmolado para dejarla la alegría de su quimera, el divino sostén de haber sido curada por la Virgen.

¿Dónde estaba el hombre duro que tendría la crueldad de impedir á los humildes creer, de matar en ellos el consuelo de lo sobrenatural, la esperanza de que Dios se ocupaba en atenderles, que les reservaba una vida mejor en su Paraíso? La humanidad entera lloraba, desatinada de angustia, parecida á una enferma desesperada, condenada á la que sólo podía salvar un milagro.

La imaginaba tan desdichada, temblaba de fraternal ternura ante este cristianismo lastimoso; la humildad, la ignorancia, la pobreza con sus andrajos, la enfermedad con sus llagas y su olor fétido; todo ese bajo pueblo de los pacientes, en el hospital, en el convento. en las bohardillas; y la miseria, la porquería la fealdad, la imbecilidad de los rostros, una inmensa protesta contra la salud, contra la vida, contra la naturaleza, en el nombre triunfal de la justicia, de la igualdad y de la bondad.

¡No, no! no convenía desesperar á nadie; era preciso tolerar á Lourdes, así como se tolera la mentira que ayuda á vivir. Y como Pedro había dicho en la cámara de Bernadette, ella seguía siendo la mártir, ella le revelaba la única religión de que su corazón estaba aún lleno, la religión del sufrimiento humano. ¡Ah, ser bueno, pensar en todos los males, adormecer el dolor en un sueño; mentir aun para que nadie sufra más!

Atravesaron una aldea á todo vapor, y Pedro vió confusamente una iglesia en medio de grandes manzanos. Todos los peregrinos del vagón se santiguaron. Pero ahora le asaltaba inquietud; varios escrúpulos rendían su ansioso desvarío. Esta religión del sufrimiento humano, este rescate por el sufrimiento, ¿no era también un engaño, una continua agravación del dolor y de la miseria? Es cobarde y peligroso dejar vivir la superstición. Tolerarla, aceptarla, es volver á comenzar y hacer eterna la sucesión de los siglos malos. Debilita, atonta; las faltas y los vicios devotos que la herencia lega hacen esas generaciones humilladas y temerosas; pueblos degenerados y, dóciles; toda una cómoda presa de los poderosos de este mundo. Se explota á los pueblos, se les roba, se les come, cuando han puesto el esfuerzo de su voluntad en la sola conquista de la otra vida.

¿No valdría más tener desde luego la audacia de operar á la humanidad brutalmente, cerrando las Grutas milagrosas donde va á sollozar, y entregándola así al valor de vivir la vida real, aún en las lágrimas! Lo mismo que el ruego, esa ola de continuos ruegos que subía de Lourdes, cuya incesante súplica le había bañado y enternecido, ¿no era tan sólo un mecimiento pueril, una degeneración de todas las energías? Allí se adormecía la voluntad, se disolvía el ser, tomando la vida y la

acción á disgusto. ¿A qué fin querer, á qué fin obrar, cuando se entrega uno completamente al capricho de una omnipotencia desconocida? Por otra parte, ¡qué cosa tan extraña ese loco deseo de prodigios, esa necesidad de impeler á Dios á trastornar las leyes de la naturaleza que el mismo ha establecido en su infinita sabiduría! Evidentemente allí había peligro y falta de razón; sólo era necesario desenvolver en el hombre, y sobre todo en el niño, la costumbre del esfuerzo personal y el valor de lo verdad, á riesgo de perder la ilusión, el divino consuelo.

Entonces, una grande y completa claridad elevó é iluminó á Pedro. Tenía razón, protestaba contra la glorificación de lo absurdo y la caducidad del sentido común.

¡Ah; la razón! por ella sufría, por ella tan sólo no era feliz. Como había dicho al doctor Chassaigne, únicamente le abrasaba el deseo de comprobar cada vez más la dicha, que allí dejaba. Era la razón, la comprendía bien ahora; era ella, la que con continua revolución en la Gruta, en la Basílica, en Lourdes entero, le había impedido creer. No podía matarla, humillarla y aniquilarla, como su antiguo amigo, el gran anciano herido por el rayo, en la senectud dolorosa, vuelto niño en el desastre de su corazón. Era la dueña soberana; le tenía de pie aún en medio de las oscuridades y de los abortos de la ciencia. Cuando no se esplicaba una cosa, la razón le apuntaba: «Hay ciertamente una explicación natural que se me oculta». Repetía que no era posible tener sanamente un ideal, fuera de la marcha en lo desconocido para conocerlo, de la victoria lenta de la razón á través de las miserias del cuerpo y de la inteligencia.

El, sacerdote, era capaz de destruir su vida para sostener su juramento, en el combate de su doble herencia; su padre, todo cerebro; su madre, toda fe. Tuvo fuerza para matar la carne, para renunciar á la mujer, pero notaba bien que su padre le llevaba definitivamente porque el sacrificio de su razón, le sería en adelante imposible; no renunciaría á ella, no la mataría.

¡No, no! el mismo sufrimiento humano, el sufrimiento sagrado de los pobres no debía ser un obstáculo, una necesidad de ignorancia y de locura. La razón, ante todo; sólo tenía salud en la razón. Si bañado en lágrimas, si ablandado por tantas enfermedades había dicho en Lourdes que bastaba llorar y amar, se había engañado peligrosamente. La piedad no era más que un cómodo expediente. Es preciso vivir; es preciso obrar; es preciso que la razón combata el sufrimiento, á menos que no quiera eternizarle.

Pero de nuevo, en la rápida huída de la campiña se apareció una iglesia; esta vez en contacto con el cielo, en el límite del horizonte sobre una colina; alguna capilla, hija de algún voto, sobre la cual se erguía una gran estátua de la Santa Virgen. Y una vez más hicieron todos los peregrinos la señal de la cruz.

Entonces extravióse nuevamente Pedro en su desvarío, y otra ola de reflexiones le entregó á su angustia. ¿Cuál era, pues, esta imperiosa necesidad del más allá qué torturaba á la humanidad paciente? ¿De dónde venía? ¿Por qué se quería la igualdad, la justicia, cuando esas cosas parecían ausentes de la impasible naturaleza? El hombre las había puesto en lo desconocido del misterio, en lo sobrenatural de los paraísos religiosos, y allí satisfacía su ardiente sed.

Siempre le había abrasado la sed inextinguible de la dicha; siempre le abrasaría. Si los padres de la Gruta hacían tan gloriosos negocios era porque vendían lo divino. Esta sed de lo divino, que no ha podido extinguirse á través de los siglos, parece renacer con una violencia nueva al fin de nuestro siglo de ciencia. Lourdes es el ejemplo brillante, innegable, de que nunca tal vez el hombre podrá olvidarse del sueño de un Dios soberano restableciendo la igualdad, rehaciendo la dicha con milagros.

Cuando el hombre ha tocado el fondo de la vida infeliz vuelve á la divina ilusión; y el origen de todas las religiones está allí, en el hombre débil y desamparado, que no tiene fuerza para vivir en la miseria terrestre, sin la eterna mentira de un paraíso.

Ahora se había hecho el experimento; la ciencia por sí sola al parecer no era suficiente, y forzoso sería dejar una puerta abierta.

Bruscamente, sonó la palabra en el cráneo de Pedro, absorto en profundas meditaciones. ¡Una religión nueva! Esta puerta que era necesario dejar abierta sobre el misterio, era en suma una religión nueva. Operar brutalmente á la humanidad privándola de su sueño, arrancarle á la fuerza lo maravilloso de que tiene tanta necesidad como del pan para vivir, sería tal vez matarla. ¿Tendría ella jamás el valor filosófico de la vida tal como es, viviéndola por sí misma, sin la idea futura de las penas y de las recompensas?

Bien podía considerarse que se pasarían algunos siglos antes de que una sociedad bastante sabia pudiese vivir honestamente sin la policía moral de un culto cualquiera, sin el consuelo de una igualdad, de una justicia sobrehumanas.

¡Sí; una religión nueva! Allí brillaba; resonaba en él, como el grito mismo de los pueblos, la necesidad ávida y desesperada del alma moderna.

El consuelo, la esperanza que el catolicismo había aportado al mundo parecía extinguida, después de dieciocho siglos de historia, de tantas lágrimas, de tanta sangre, de tantas agitaciones bárbaras y vanas.

Era una ilusión que se iba, y por lo menos sería preciso cambiar de ilusión. Si antiguamente habíase arrojado uno en el paraíso cristiano, provenía de que entonces ofrecíase como la joven esperanza. Una religión nueva, una nueva esperanza, un nuevo paraíso; sí; el mundo tenía sed de él en el malestar en que se debatía.

Y bien lo notaba el padre Fourcade, quien no otra cosa quería decir cuando se afanaba suplicando que se llevase á Lourdes el pueblo de las grandes poblaciones, la masa intensa de los humildes é ignorados habitantes que forma la nación. Cien mil, doscientos mil peregrinos al año en Lourdes, todavía no eran más que el grano de arena. Hubiera sido preciso el pueblo, el pueblo todo entero. Pero el pueblo ha desertado para siempre de las iglesias y ya no pone su alma en las santas vírgenes que fabrica; nada podrá en adelante devolverle la fe perdida. ¡Una democracia católica, y la historia comenzaría de nuevo! Pero ¿era posible esta creación de un nuevo pueblo cristiano? ¿No sería necesaria la venida de un nuevo Salvador, el soplo prodigioso de un nuevo Mesías?

Este grito sonaba siempre, acrecentado como un volteo de campana, en el pensamiento de Pedro ¡Una religión nueva, una nueva religión!

Estaría indudablemente más cerca de la realidad de la vida, haciendo en la tierra un papel más ámplio, acomodándose á las verdades conocidas. Y sobre todo era precisa una religión que no fuese un apetito de la muerte. Bernadette viviendo tan sólo para morir, el doctor Chassaigne aspirando á la tumba, como la única dicha; todo aquel abandono espiritualista, era una desorganización continua de la voluntad de vivir. Al cabo, existía allí el odio á la vida, el disgusto y la paralisis de la acción.

Ciertamente que toda religión es tan sólo una promesa de inmortalidad, un embellecimiento del más allá, el jardín encantado del día siguiente de la muerte. ¿Podría jamás una religión nueva poner sobre la tierra este jardín de eterna dicha? ¿Dónde estaba, pues, la fórmula; dónde el dogma que colmaría la esperanza de los hombres del día? ¿Qué creencia sembrar para que brotase en una cosecha de fuerza y de paz? ¿Cómo fecundar la duda universal para que diese á luz una nueva fe, y qué especie de ilusión, qué mentira divina podía aún germinar en la tierra contemporánea, destruída por todas partes, ahondada por un siglo de ciencia?

En este momento, sin transición aparente, sobre el turbado fondo de sus pensamientos, vió Pedro que se le presentaba la figura de su hermano Guillermo. No se sorprendió, sin embargo; un lazo secreto debía traerle. ¡Cómo se amaban antiguamente, y qué bueno era este gran hermano tan recto y tan dulce! En adelante era completa la ruptura; no le volvería á ver más desde que aquel se había encerrado en sus estudios de química, habitando, retirado del mundo, una casita del arrabal, con una querida y dos grandes perros. Después, continuando aún en su delirio, pensó en aquel proceso en que se había pronunciado el nombre de Guillermo como sospechoso de tener amistades comprometedoras entre los más violentos revolucionarios.

Contábase que después de largos estudios, acaba Guillermo de descubrir la fórmula de un terrible explosivo, del cual solamente una libra

bastaría para hacer saltar una catedral. Y ahora Pedro pensaba en aquellos anarquistas que querían renovar y salvar el mundo destruyéndolo. Eran tan solo soñadores, y soñadores atroces; pero no menos soñadores que los inocentes peregrinos, cuyo rebaño había visto estático, arrodillado ante la Gruta. Si los anarquistas, los socialistas extremos, pedían violentamente igualdad en la riqueza, la posesión en común de los goces de este mundo, los peregrinos reclamaban con lágrimas la igualdad en la salud, el reparto equitativo de la paz moral y física.

Estos contaban con el milagro; aquellos se dirigían á la acción brutal. En el fondo era el mismo sueño exasperado de fraternidad y de justicia, la eterna necesidad de dicha; sin pobres, sin enfermos; todos dichosos. Antiguamente, los primeros cristianos, ¿no fueron revolucionarios temibles para el mundo pagano, al que amenazaban, y al que, en efecto, destruyeron? Aquellos á quienes se persiguió, á quienes se trató de exterminar, son hoy día inofensivos, porque han llegado á formar el pasado. El porvenir horroroso, es siempre el hombre que sueña con la sociedad futura; es hoy día, la locura de la renovación social de formar el gran sueño negro, de purificarlo todo por la llama de los incendios.

Esto es monstruoso. Pero ¿quién sabe? Tal vez esté ahí el mundo rejuvenecido de mañana.

Y Pedro, perdido, incierto, en su horror á la violencia, hacía causa común con la vieja sociedad en su defensa, sin poder decir de dónde vendría el Mesías de dulzura, en cuyas manos hubiera deseado poner á la pobre humanidad enferma.

Una religión nueva; sí, una religión nueva. Pero no es fácil inventarla; y no sabía cómo concluir entre la antigua fe que había muerto y la joven fe de mañana, aún por nacer. Pedro, desolado, sólo estaba seguro de tener su juramento; sacerdote sin creencia velando por la creencia de los demás, cumpliendo casta, honestamente su oficio, con la altiva pesadumbre de no haber podido renunciar á su razón como había renunciado á su carne. Y continuaba suspenso.

Pero el tren, rodando entre grandes parques, la locomotora prolongando sus silbidos, parecían entonar una sonata de alegría que sacó á Pedro de sus reflexiones. Alrededor suyo, se emocionaba, se agitaba el vagón. Acababan de dejar Juvisy; llegarían por fin á París dentro de media hora.

Y cada cual arreglaba sus cosas; los Sabathier rehacían sus paquetitos; Elisa Rouquet echaba la última ojeada á su espejo. Hubo un momento en que la señora de Jonquiére, inquietándose por la Grivota, decidió hacerla conducir directamente al hospital, en el lastimoso estado en que se hallaba; mientras que María trataba de sacar á la señora Vincent de su entorpecimiento, del cual parecía no querer salir.

Fué preciso despertar al Sr. de Guersaint, que había hecho un fin de siesta. Y habiendo dado una palmada sor Jacinta, todo el vagón entonó el *Te Deum*, el cántico de acción de gracias: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur...»*

Las voces subían en medio de un último fervor; todas aquellas ardientes almas daban gracias á Dios por el feliz término del viaje, por los maravillosos favores con que los había colmado y por los demás beneficios que todavía esperaban alcanzar de la misericordia divina.

Entraron en las fortificaciones. En el gran cielo puro de una cálida serenidad, el sol de las dos descendía lentamente. Por encima del inmenso París, humos lejanos, rosáceos, se elevaban en ligeras nubes; un aliento esparcido y volante de un coloso en faena.

Era París en su fragua; París con sus pasiones, sus luchas, su estruendo cada vez mayor, su vida constantemente ardiente en alumbramiento de la vida del día siguiente. Y el tren blanco, el lamentable tren de todas las miserias y de todos los dolores, regresaba allí con gran velocidad, sonando más alto la desgarradora y estridente fanfarria de sus silbidos.

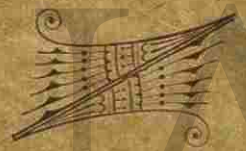
Los quinientos peregrinos, los trescientos enfermos iban á perderse allí, á caer de nuevo en el duro pavimento de su existencia, al salir del prodigioso sueño que acababan de tener, hasta el día en que la necesidad consoladora de un nuevo sueño les obligase á comenzar nuevamente la eterna peregrinación del misterio y del olvido.

¡Ah, tristes hombres, pobre humanidad enferma, hambrienta de ilusión, que en la laxitud de este siglo moribundo, desatinada y atormentada por haber adquirido vorazmente excesivo caudal de ciencia, se cree abandonada por los médicos del alma y del cuerpo, con gran peligro de sucumbir al mal incurable; y retrocede, y suplica el milagro de su curación á los Lourdes místicos de un pasado muerto para siempre!

Allá abajo, Bernadette, el nuevo Mesías del sufrimiento, tan conmovedora en su realidad humana, es la lección terrible, el holocausto apartado del mundo, la víctima condenada al abandono, á la soledad y á la muerte, herida por el desuso de su naturaleza, no habiendo sido mujer, ni esposa, ni madre, porque había visto á la Santa Virgen.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS